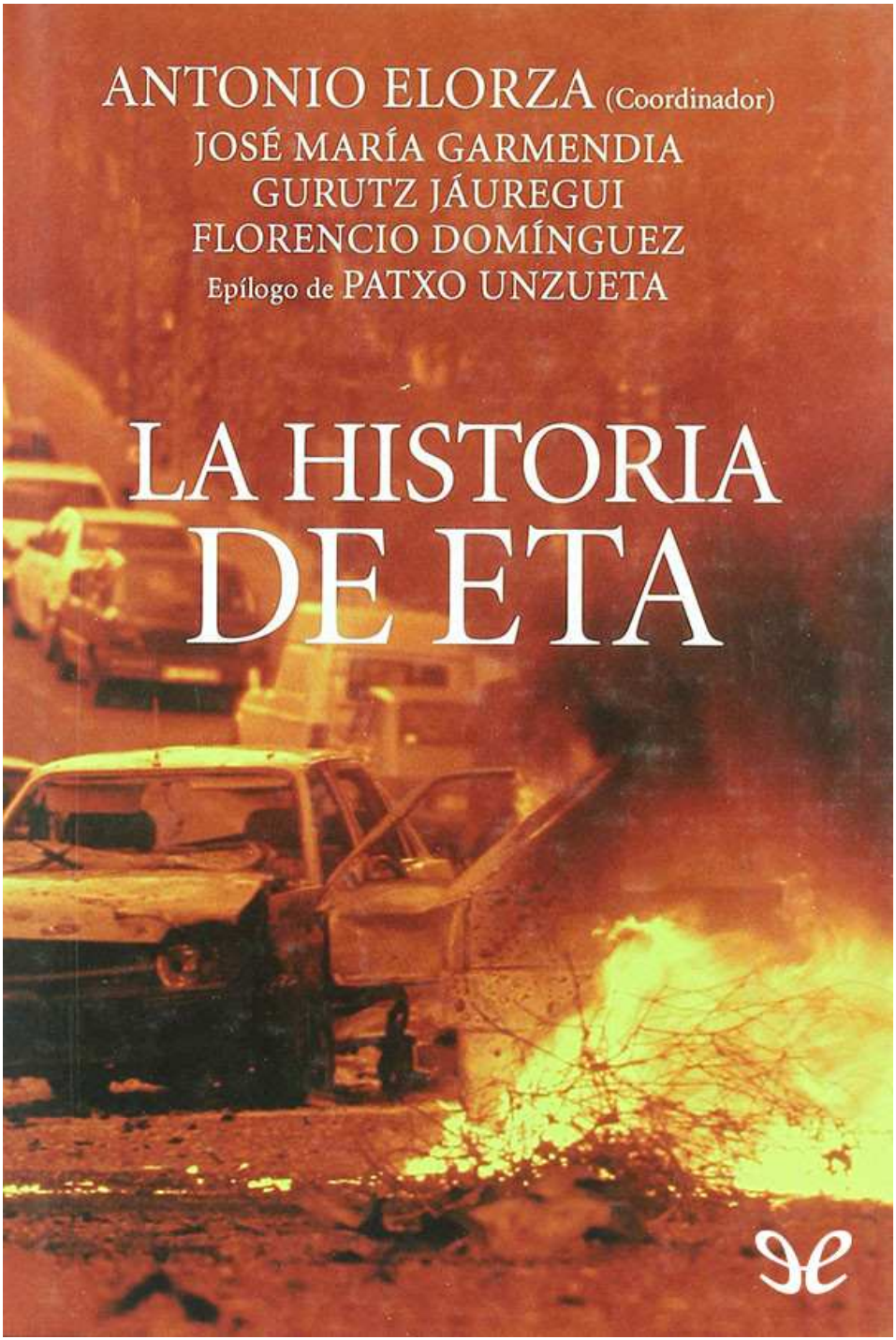
ANTONIO ELORZA (Coordinador)
JOSÉ MARÍA GARMENDIA
GURUTZ JÁUREGUI
FLORENCIO DOMÍNGUEZ
Epílogo de PATXO UNZUETA

LA HISTORIA DE ETA



¿Cómo puede explicarse el imperio de la violencia que recae sobre la sociedad vasca, o esa sucesión de atentados que llenan de dolor a tantas familias e indignan a la mayoría de los ciudadanos?

ETA, una organización que nació hace ya más de cuarenta años, no surge de la nada. Su núcleo fundacional lo constituye un grupo de jóvenes estudiosos del pensamiento de Sabino Arana, de la lengua y la historia vascas, que discrepan de la «pasividad» del PNV frente al franquismo. Pero de la antropología, el euskera y el folclore, de la oposición intransigente a una solución al problema vasco dentro del Estado español, pronto se pasa a concepciones más agresivas. Y las especulaciones acerca de la «liberación de Euskal Herria», que intentan conciliar el marxismo más radical —con respecto al cual se marcarán distancias después— con los conceptos nacionalistas sabinianos, conducen a la secuencia de atentados, secuestros y extorsiones, inicialmente justificadas por la opresión franquista.

A lo largo de los años, ETA ha sufrido numerosos vaivenes ideológicos, escisiones y mutaciones que han llevado a la situación actual. Esta obra —la síntesis más completa de cuantas se han escrito sobre el tema— ofrece las claves que permiten entender lo que ocurre en Euskadi. Desde el rigor, la autoridad intelectual, a la luz de la historia sin falsificaciones.

Antonio Elorza (coordinador)
José María Garmendia (Primera parte)
Gurutz Jáuregui (Segunda parte)
Florencio Domínguez (Tercera parte)
Patxo Unzueta (Epílogo)

La historia de ETA

ePub r1.0
Titivillus 17.12.17

Título original: *La historia de ETA*
Antonio Elorza (coordinador), 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Ni hilen naiz, / nire arima galduko da, / nire askazia galduko da, / baina nire aitaren etxeak / iraunen du / zutik.

«Moriré, se perderán mi alma y mi descendencia, pero la casa de mi padre seguirá en pie».

Gabriel Aresti, *Harri eta herri*, 1964.

«En este mito, la persona de carne y hueso que es un sustrato, no existe más que como tal sustrato, no es humana».

Diario de Yoyes.

Introducción

Vascos guerreros

Ecos de txalaparta

Pocas gentes tienen la suerte de asistir a la presentación en sociedad de un artefacto forjado en la prehistoria. Hacía poco tiempo que alguien había descubierto el curioso instrumento de percusión que tocaban dos *mutilzarrak*, literalmente «muchachos viejos», esto es, solterones, en la soledad de su caserío de Guipúzcoa. Se llamaba *txalaparta* y estaba destinada a sustituir al *txistu*, mucho más cercano a otros instrumentos latinos, como seña de identidad musical del pueblo vasco. Del mismo modo que, según cuenta Marfany, la sardana llegada de Madrid en una zarzuela del maestro Bretón pasó a ser rápidamente la expresión de la sensibilidad musical y del carácter nacional catalán, el «tac, tac-tac-tac, tac-tac-ta-tac-tac» de la *txalaparta* fue aceptado como expresión de la singularidad de los vascos desde tiempo inmemorial. Hoy es interpretada en las ceremonias nacionalistas, con especial devoción entre los simpatizantes de HB, la mayoría de las veces por un joven en actitud casi religiosa, ante la oportunidad que se le concede de demostrar con su tac-tac la eternidad de un pueblo. Pero en la mencionada presentación, dentro del festival de *jazz* de San Sebastián, el *disc-jockey* que hacía de maestro de ceremonias, un extraño al país apellidado Palau, no entendió la emoción de los asistentes y trató de forma realmente despectiva a los *mutilzarrak*, siempre silenciosos, hasta el punto de tildarles de aborígenes o cosa

similar al inquirir de qué animal era el cuerno que hacían sonar antes de iniciar la percusión. Sin pestañear, el casero se puso a su lado y le colocó el cuerno sobre la frente. El público estalló en una gran ovación. La *txalaparta* podía ser cosa de ayer, pero la forma de expresión de la violencia frente al otro, en especial si éste vulneraba las reglas de la comunidad, sí hundía sus raíces en el pasado.

Este episodio tuvo lugar hacia 1970, algún tiempo después de que el azar me pusiese en contacto, siquiera epidérmico, con las formas de violencia que emergían en la sociedad vasca. Fue a mediados de los sesenta, y los aspectos teóricos del nacionalismo no constituían el punto fuerte del grupo de estudiantes vascos constituido en la Universidad de Madrid. Tal vez por eso Gillen Azkoaga, estudiante zarauztarra de Ciencias Políticas y Económicas, debió proponer mi integración en sus actividades, pensando que yo era un joven profesor vasquista y que debía saber algo sobre pensamiento social o cuestiones nacionales. Pero si las ideas eran todavía confusas, el sentimiento identitario era ya bien firme y se apoyaba en un no menos firme rechazo de lo que era visto como la opresión política ejercida por España sobre los vascos. Este aspecto, no obstante, resultaba de momento secundario en las actividades del grupo que se celebraban en torno a un chalet de una colonia hoy desaparecida junto a la calle Francos Rodríguez. Entre sus inquilinos no faltaba el cura, un joven discreto y sensible, Martín Garin, mientras la voz cantante correspondía a un estudiante vizcaíno de Ciencias Políticas, ya bastante maduro, Txomin Ziluaga. Era él quien tomaba la iniciativa de los actos que periódicamente reunían en el chalet a notables ya consagrados o en gestación de la cultura vasca, empezando por el lingüista Koldo Mitxelena, o de las actuaciones en locales universitarios de voces de la nueva canción vasca, como Mikel Laboa o Lourdes Iriondo. El chalet era también el centro de celebración de seminarios sobre temas teóricos relacionados con el País Vasco o con la cuestión nacional, si bien algunas de las conferencias, como la que yo pronuncié con acogida francamente hostil sobre el mito de la nación, tenían lugar en las aulas de instituciones religiosas dedicadas a la enseñanza. A pequeña escala, el movimiento nacionalista demostraba así su tradicional vocación organizativa, favorecida en aquellos momentos aurorales de ETA por el hecho de que, al no existir una universidad

vasca, resultaba natural la sociabilidad entre los estudiantes procedentes de una misma región, y también porque el ascenso vertiginoso de la militancia nacionalista entre los jóvenes vascos tardó en ser percibido como un peligro desde el poder. Incluso cuando ya podían contarse los primeros muertos, y sobre todo los detenidos y torturados, al terminar el estado de excepción en 1969, los policías encargados de su vigilancia se acercaron al chalet la noche anterior para decir: «¡Chicos, el estado de excepción se acaba mañana!».

Corrían los años 1965 y 1966. Todo estaba relativamente tranquilo. Las misas oficiadas por un cura conciliar en el Colegio Mayor Landirás, en la Ciudad Universitaria, facilitaban la reunión. A veces también una misa servía de cobertura para una conmemoración patriótica, como el aniversario del bombardeo de Guernica por la Legión Cóndor. Otro motivo de reunión eran los partidos del Athletic de Bilbao, que entonces alcanzaba con cierta facilidad la final de la Copa. Intentábamos entrar en el campo con pancartas donde se leía «Gora gu ta gutarrak!» (un viva a nosotros, el sujeto colectivo al que estaba prohibido nombrar, y a los nuestros), casi siempre sin éxito. Gritábamos a voz en cuello las glorias del portero atlético Iríbar —«… como Iríbar no hay ninguno»— cada vez que por uno u otro motivo asomaba en el público un aplauso a Franco. Y después del encuentro la fiesta continuaba en torno a la Puerta del Sol, aprovechando el desconocimiento policial del euskera: recuerdo a unas chicas haciéndole el corro a un policía armado, a un *gris*, mientras cantaban con la música de un espiritual negro otra letra que terminaba con un rotundo «Gora Euskadi askatuta!». ¡Aleluya!

Era la nueva juventud vasca, la *gaztedi berria* a quien Michel Labeguerie dedicaba sus canciones, nuestra seña de identidad ideológica. Labeguerie fue médico de la localidad vasco-francesa de Cambó, elegido diputado a la Asamblea de París con etiqueta democristiana, pero profundamente nacionalista. Las dos más celebradas constituían otros tantos llamamientos a la movilización de los jóvenes vascos por su patria humillada, sin por eso romper los vínculos con el nacionalismo tradicional. En *Gudari eskualdunaren kantua*, el canto del *gudari* euskaldún, se trataba del lamento por la libertad vasca perdida, de suerte que los vascos no

podrían sentirse alegres hasta que los hijos de la Madre Euzkadi saliesen definitivamente de la prisión, la muerte y el destierro. Fue la estrofa más repetida por la propaganda de ETA: «Lagunak hilak, gorputz lur pean, edo desterruan…». (Nuestros compañeros están muertos o desterrados). En *Gaztedi berria*, «La nueva juventud», complementaria de la anterior, se trataba ya del llamamiento directo a la acción, una vez conscientes de que a un lado y a otro de la *muga*, de la frontera política entre España y Francia, se alzaba la patria vasca: «Gu gira Euzkadiko gaztedi berria, Euzkadi bakarra da gure aberria». Somos la nueva juventud de Euzkadi, nuestra única patria.

El argumento coincidía con el de una de las canciones más conocidas de Lourdes Iriondo, en vestido y gesto algo así como la versión euskaldún de Joan Baez: *Gaztedi berri-zalea*, «Juventud hambrienta de renovación». Según la letra, el País Vasco cambiaba y con ello despierta la juventud vasca, que no quiere romper los puentes con el pasado, pero busca nuevas vías, siempre con el objeto de conservar y afirmar el alma y la lengua vascas frente a las «costumbres extrañas». Escritas las letras para ser interpretadas bajo la dictadura, el objetivo político no podía ser tan explícito como en los cantos de Labeguerie. La camisa de fuerza que atenazaba a la sociedad vasca sólo podía ser rota con el grito que presidía los versos del poeta Gabriel Aresti, interpretados por Mikel Laboa: «Apur dezagun katea,/ kanta dezagun batea». Rompamos la cadena. Cantemos todos a una.

Un día tuvimos la sorpresa de que a uno de los miembros del grupo de universitarios le fue prohibida la participación en las actividades. Creo que su apellido era Zubillaga. Personalmente, me resultaba difícil de entender que a alguien le fuera vetado el acceso a una misa o a una reunión cultural, así que decidí plantearle el tema al líder visible de la sociedad vasquista. Txomin me lo explicó, no en el chalet, sino en la habitación de un colegio mayor. La expulsión era una consecuencia necesaria de la campaña para eliminar a los escisionistas de la organización. Porque el núcleo de la sociedad no tenía carácter cultural alguno: era ETA, y el expulsado pertenecía al grupo ETA Berri. Esto debió suceder a comienzos de 1967, coincidiendo con la V Asamblea, y todavía la presencia de ETA era conocida hacia el exterior por sus actos de

propaganda. De ella formaban parte los *Zutik!* que recibía en mi domicilio con el curioso remite de marquesa del Real Sagrario, o algo parecido. Me enviaron también el libro de un viejo independentista de los años treinta que todavía conservo y que vale la pena por su título: *De Euzkadi nación a España ficción*. La estampa de unos guardias civiles presidía la portada. Pero no hubo tiempo de probar qué había de nuevo en la etapa del grupo situado ya abiertamente bajo control político. Los acontecimientos se aceleraron tanto en Euskadi como en el resto de España. A Txomin le detenían tanto en el Aberri Eguna como en el Primero de Mayo. Luego cayó definitivamente, y tras ser torturado pasó varios años en prisión, de la que salió sólo después de la muerte de Franco. Fue diputado *abertzale* y secretario general de HASI, el partido medular de Herri Batasuna, abandonándolo en silencio forzoso por disentir del atentado de ETA en Hipercor. Con casi cincuenta años, volvió entonces a la Universidad Complutense para acabar la carrera e intentar ganarse la vida. La relación volvió a estrecharse, pero sólo hablamos superficialmente de los tiempos del chalet. Una vez obtenido el doctorado, la reinserción plena de Txomin en la sociedad vasca supuso también el regreso ideológico a los orígenes, y hoy elogia con pasión a los chicos de Jarrai, los mejores de cada pueblo y «orgullo de sus *amonas* (abuelas)». Milita en Euskal Herritarrok.

De los otros pobladores y visitantes del chalet no volví a saber nada. Con una fugaz excepción, que me permitió ver de cerca el rumbo que tomaban las cosas, y también la continuidad de fondo con las ansias de movilización expresadas en vísperas del 68. Muerto ya Franco, en la primavera de 1976, Gillen Azkoaga, que pronto sería víctima de una rápida enfermedad, me localizó en San Sebastián, proponiéndome asistir a un festival de música patriótica en Deba. El ambiente era enfervorizado y alcanzó el máximo grado de entusiasmo cuando el dúo compuesto por Pantxo eta Peio entonó *Batasuna* («Unidad»), el canto compuesto y escrito por Telesforo Monzón, exministro del Gobierno vasco de 1936, que pronto pasaría a ser el himno oficioso del nacionalismo radical.

En *Batasuna* no había ya lamento alguno por la libertad perdida, sino llamamiento a que todos los *abertzales*, los patriotas vascos, tomasen las armas unidos en el levantamiento contra el enemigo.

«Goaz borrokora!», vamos a la *borroka*, a la lucha, era la única consigna. Al otro lado, tras la victoria se materializaría el sueño de una libertad fraterna entre vascos, recuperando las formas de vida idílicas, propias de un mundo agrario, la danza y la cordial reunión de los pastores cuyas ovejas nunca más serán devoradas por el «lobo negro», el «otso beltza», el opresor español. El grito de guerra de 1936, el *irrintzi*, convocaba a todos los *abertzales* para que en nombre de la patria Euskal Herria, encarnada ya en los presos y los muertos, emprendieran la lucha definitiva contra el lobo negro. La muerte de Franco no había cambiado nada. Su represión sanguinaria servía de justificación para aprovechar la incipiente democracia como marco más favorable para el desarrollo de una guerra nacional en cuyo curso la acción de la minoría terrorista había de transformarse en movilización general de los patriotas.

A modo de balance, la relación superficial con un grupo ligado a la joven ETA, pero marginal en el mapa de la organización —de hecho nunca se manifestó como tal nadie fuera de Txomin—, sólo con el tiempo fue arrojando luz sobre el contenido del movimiento. En un primer momento, la crispación observable cada vez que surgía algo relativo a España pudo ser atribuida al rechazo de la dictadura, que cercenaba todas las dimensiones posibles de la expresión vasca, desde el uso y la enseñanza públicas del euskera a las más tímidas manifestaciones de nacionalismo político (no ya la *ikurriña*, sino el uso de la palabra Euskadi seguía proscrito). Con el paso del tiempo, sin embargo, resultó claro que para aquellos jóvenes *abertzales* trasplantados por un tiempo a la Corte lo vasco y lo español eran, en todos los órdenes, polos de signo opuesto, y que al propio tiempo aquel que pusiera en duda dicha incompatibilidad pasaba a recibir el peor insulto, el de español.

El aspecto más positivo de las actividades visibles consistía sin duda en el ansia por recuperar la cultura proscrita, tanto en el plano científico (conferencia de Koldo Mitxelena), como en el estético (proyección de la película *Ama Lur*) y en el mítico. Estos dos últimos planos se fundían en la actitud reverencial ante la labor como teórico del escultor Jorge Oteiza, cuyo libro *Quousque tandem* se había publicado en 1963 y sobre el que nos fue impartida una extensa conferencia cargada de elogios. Oteiza lamentaba la decadencia inevitable de lo vasco, su deslizamiento hacia la nada,

metáfora útil para expresar la situación de la cultura vasca bajo el franquismo, pero al mismo tiempo describía un alma vasca marcada por la excepcionalidad, con un estilo fijado ya en el cromlech prehistórico. Y al mismo tiempo que desde el arte quedaba dibujada la inmutable esencia vasca, recogida en las formas culturales de la sociedad preindustrial, era formulada la acusación: «Un vasco puede perdonar muchas cosas (todas), menos a otro vasco aquellas faltas que afectan a las cualidades (en peligro) de nuestra personalidad tradicional». La agresividad no sólo se volvía contra quienes desde fuera eran incapaces de entender esa alma vasca —rasgo que percibí claramente en Oteiza gracias a una entrevista ocasional que propició Txomin—, sino también contra los vascos que no sabían serlo. Doble confrontación cuyo sentido político sólo entendí, al lado de otras muchas cosas, cuando en el verano de 1968 pude leer las obras completas de Sabino de Arana Goiri. Decididamente, el nacionalismo vasco tenía poco que ver con el talante cordial, federativo, de galleguistas como Castelao, cuyo *Sempre en Galiza* disfruté casi al mismo tiempo que leía los escritos de Arana, por no hablar de la afirmación conciliadora de la personalidad nacional en el catalanismo.

En las conversaciones del chalet podía ya apreciarse una carga excesiva de maniqueísmo, de conciencia de pertenecer a un pueblo elegido y de angustia patriótica inclinada hacia la violencia. De momento, eran palabras, pero los hechos pronto llegaron, y entonces el recuerdo de las reflexiones a mi juicio desquiciadas y esencialistas de Oteiza, el aquí Euskadi/allí España que regía todos los argumentos, el belicismo y la xenofobia de Sabino Arana, se convirtieron en otros tantos cabos sueltos que fueron anudándose uno tras otro, en una atmósfera cada vez más irrespirable por la respuesta policial a las primeras muertes de ETA en 1968. Aún podía esperarse, desde el exterior, que ETA se destrozase a sí misma por el enfrentamiento entre izquierdistas y nacionalistas. A fines de 1970, el juicio de Burgos contra el grupo de etarras acusados de la muerte en Irún de un policía con fama de torturador vino a alterar decisivamente la situación. Nadie podía dudar de que un consejo militar con penas de muerte para los jóvenes activistas iba a proporcionar a ETA una auténtica plataforma de lanzamiento político. Desde una perspectiva democrática, y frente a la

posibilidad muy real de un rosario de ejecuciones, era preciso hacer todo lo posible para que el franquismo no saciase su sed de venganza contra los supuestos ejecutores del policía Manzanas; pero en otro sentido, resultaba evidente que esa solidaridad convertiría a ETA en el símbolo de la represión sufrida por todos los vascos. Por un camino o por otro, era el triunfo de la muerte.

A título personal, ese dilema fue asumido por mí como una doble desesperación, de un lado por la barbarie y estupidez política de los verdugos y de otro por el inmerecido premio político que habrían de recibir en el futuro las posibles víctimas. Actitud de la cual, pensando en lo que vino después, no tengo que arrepentirme.

Casa, sangre, fuero

Aun contemplado el fenómeno desde una atalaya marginal, demasiadas cosas miraban hacia el pasado en el ambiente intelectual que rodeó a la formación de ETA. Era claro que el franquismo favorecía la eclosión de un nacionalismo radical, poniendo de manifiesto fehacientemente la opresión del Estado español, fundido con la dictadura, sobre la sociedad vasca. Pero una cosa era agudizar unas tensiones, y otra bien distinta generarlas, e incluso dotarlas de una envoltura mitológica en la que nunca faltaban dos elementos: la evocación de una sociedad vasca cargada de valores comunitarios y la denuncia de que, por uno u otro camino, era España, y no sólo la dictadura de Franco, la responsable de que dicha sociedad vasca se encontrase en trance de desaparición. Por lo cual había que recurrir a todo tipo de medios excepcionales para forzar su vuelta a la vida, sin olvidar el empleo de la violencia.

El tipo de relaciones políticas, de asociaciones y rechazos, en el nacionalismo radical de los años sesenta remitía sin lugar a dudas a formulaciones anteriores a 1936. Pero al mismo tiempo, eran también evidentes, aunque situadas en un terreno resbaladizo entre el mito y la realidad, las conexiones con la sociedad vasca preindustrial. De suerte que el camino que llevaba a un intento de comprensión de lo que representaba ETA, organización que mediante el terror creía llevar a cabo la lucha armada por la

independencia vasca, exigía revisar esos antecedentes inmediatos de un nacionalismo donde se forjaron sus actitudes políticas de base, pero también las formas de la organización política y social del mundo vasco del Antiguo Régimen. En ellas germina la doble especificidad que nos ocupa: un nacionalismo que parte de un rotundo rechazo frente a la integración del País Vasco en España, y una orientación consiguiente hacia el empleo de la violencia para la obtención de la finalidad política perseguida, la independencia.

Llegados a este punto, cuentan también las condiciones en que tiene lugar el cambio histórico. Para empezar, resulta fácil designar una unidad política, en este caso Euskal Herria, el país de los que hablan vascuence, pero de inmediato salta a la luz que las bases de semejante unidad son quebradizas, tanto en el plano cultural (el euskera se ha perdido en gran parte del territorio desde tiempo atrás) como político, ya que nunca existió una unidad política en ese espacio, fragmentado hasta el siglo XVI entre Francia, Navarra y Castilla, y desde entonces entre Francia y España. En el siglo XIX, el retroceso del euskera acompaña al empobrecimiento y a la pérdida de población de las zonas agrarias, en tanto que la industrialización focalizada en Vizcaya conlleva cambios demográficos (inmigración de trabajadores) y pérdida de la cultura tradicional. Desaparece también entonces el régimen foral de las provincias vascoespañolas, y parcialmente del reino de Navarra. Hacia 1851, Friedrich Engels clasificaba a los vascos entre las *Völkerruinen*, ruinas de pueblos, como los corsos, condenados a desaparecer por el progreso y que entre tanto únicamente servirían para sostener causas reaccionarias. No es extraño que, como consecuencia, el nacionalismo surja acompañado de un sentimiento agónico, visible en el «esto se va» que anuncia su fundador, Sabino Arana, y décadas más tarde en la posición de intelectuales y jóvenes nacionalistas bajo un franquismo que aplastaba los rasgos culturales vascos, impidiendo asimismo toda forma de expresión política. El vascuence en retroceso, perdida toda forma de autogobierno, sometido el País a unas transformaciones económicas, culturales y demográficas que tienden a anular su personalidad. «Gure lur honetan, nora, nora?», «En esta tierra nuestra, ¿adonde, adonde?», se preguntaba el poeta Gabriel Aresti. Pero agonía es también lucha, una dimensión que nunca está ausente de la actitud nacionalista en tiempo de crisis.

El pasado, la sociedad tradicional, será revivido por el nacionalismo contemporáneo en forma de mito. Ahora bien, eso no significa que en una sociedad como la vasca donde el substrato rural conserva tanto peso, los usos y los valores propios del mundo preindustrial sean indiferentes a la hora de entender un fenómeno de nuestro siglo como ETA. Es más, los estudios antropológicos sobre la violencia terrorista a escala local, ejemplo el de Joseba Zulaika sobre ETA en la localidad guipuzcoana de Itziar, muestran la necesidad de inquirir sobre los elementos que se consolidan en el orden tradicional y que luego entran en juego. Serán otros tantos recursos a disposición de los grupos inclinados a la violencia, desde el «joan mendira», el irse al monte del carlismo, al establecimiento de los grupos de acción etarras. Hay que recordarlo cuidando, eso sí, de no incluir todo, usos, valores, formas de control social, rituales, en un mismo saco de la intemporalidad, presentándolos como si fueran propiedades eternas de lo vasco que la historia nunca hubiese logrado modificar.

Desde esta perspectiva, nuestra propuesta consiste en enfocar el fenómeno del reciente terrorismo político vasco, la comprensión de lo que es y representa ETA, acudiendo al análisis de los movimientos sociales y políticos, teniendo en cuenta que los rasgos ideológicos de las minorías activas que lo protagonizan se mueven en la estela de violencia trazada por la definición nacionalista de Sabino Arana. A su vez, este componente remite a la legitimación de la violencia a partir de un agregado de construcciones míticas que traducen en términos positivos la sucesión de unas guerras, las carlistas, que acompañan a la traumática transición de la sociedad del Antiguo Régimen al liberalismo en tierras vascas. Del trauma de esta primera transición surge la disponibilidad del campesinado vasco para la violencia bélica de las partidas carlistas, así como del cruce de sus efectos con una segunda transición muy conflictiva, la de la industrialización de Vizcaya, procede el nacionalismo, también cargado de violencia, que formula en el fin de siglo Sabino Arana Goiri. Por fin, de la tercera transición, de la oleada de industrialización y urbanización de la posguerra, con el nuevo trauma ahora generado por la opresión franquista, emerge ETA. Y en los tres productos históricos de estas crisis el orden agrario tradicional desempeña un doble papel, en primer plano como mito

legitimador, pero también como realidad que proporciona los usos, los valores, los rituales, las formas de control social, en que ha de asentarse la violencia.

Desde los escritores decimonónicos como Campión a investigadores jóvenes como Julen Viejo, pasando por don Julio Caro Baroja, la sociedad rural vasca del Antiguo Régimen se presenta como un agregado estable, autorregulado, con una alta capacidad para dominar las tensiones internas y para proyectarlas hacia el exterior. Y con dos ejes en torno a los cuales gira su funcionamiento: la casa y el medio local. Caro Baroja destaca la significación del proverbio vascofrancés en que ambos elementos aparecen como piedras angulares de la construcción social vasca: «Herrik bere legue, etxek bere astura», que traducido viene a decir «cada país su propia ley, cada casa su costumbre». *Herria/país* es aquí pueblo, comarca, localidad. El protagonista real y simbólico de la vida social no es el individuo, ni siquiera la familia elemental, a la que se conoce por el nombre de la casa en que vive. Es ésta espacio en que se desenvuelven las relaciones primarias, la configuración elemental del poder en torno a una herencia donde la decisión del padre interviene para designar un heredero encargado de mantener el patrimonio que le es encomendado. «Según mi impresión —escribe Caro Baroja—, la casa con sus habitantes y pertenencias es, ante todo, una unidad de trabajo elemental y de esta noción, más o menos claramente poseída, dependen otras muchas». La familia puede sufrir todo tipo de alteraciones, la casa permanece y en ella la decisión capital corresponde al padre de familia. Se convertirá así en el símbolo central de la existencia vasca: «Defenderé la casa de mi padre», es al final del franquismo el compromiso expresado por Gabriel Aresti en *Harri eta herri*, «Piedra y pueblo». La autoridad dual ejercida por el padre y por la madre, «etxeko andrea», de acuerdo con una clara distribución de funciones, es encargada de contener las inevitables tensiones internas y de mantener una estimación positiva hacia el exterior. La agregación de esas formas de control primario genera un espacio autorregulado a escala local, con un alto grado de permanencia en las formas de relación y control de los comportamientos, normas implícitas, rituales muy formalizados que van desde el nacimiento y la fiesta hasta la muerte, y sanciones para los infractores que

incluyen acciones punitivas y, en el límite, la exclusión de la comunidad.

El panorama que describe Joseba Zulaika para el pueblo guipuzcoano de Itziar en los años ochenta responde punto por punto a esos antecedentes. Aquel que se ajusta al sistema de valores dominante en ese momento, con el marchamo del compromiso nacionalista, puede cometer toda clase de tropelías, e incluso en razón de ellas llegará a ser considerado un héroe por sus paisanos (caso del etarra Martín); el que vulnera la normativa implícita y aparece asociado a su oponente, el régimen de Madrid, con base o sin ella acaba siendo excluido, y de forma concreta en la historia que nos ocupa, caso de Carlos, acusado de chivato, objeto de la reprobación general que culmina en un asesinato por ETA, probablemente ejecutado por algún antiguo conocido del pueblo, entre el asentimiento de todos. La historia de Yoyes en Ordizia, con el aislamiento y la reprobación que ejecutan puntualmente convecinos y familiares, premisa de su asesinato, recuerda también la fuerza de esa cohesión interna del mundo rural, hasta aceptar la aberración y el crimen.

Es lo que refiere el etarra entrevistado por Miren Alcedo en su *Militar en ETA*: el verdadero miedo dentro de la banda no es a ser ejecutado, sino al desprecio de que sería objeto alguien considerado un infractor, por lo demás premisa posible de la misma ejecución: «Terror a la marginación y terror a la calumnia. La gente tiene más miedo que le vuelvan a su pueblo y que en su pueblo la gente del *poteo* le diga "tú eres un *txakurra*" y que escupa al suelo, que el propio riesgo a que te toque la china y te peguen un tiro en la nuca en un callejón». «Algo habrá hecho», decían las gentes cuando ETA cometía uno de sus asesinatos. Hasta el punto de que más de una vez, tras un atentado mortal, los familiares salían para explicar que la víctima en nada había faltado al código de comportamiento imperante en el pueblo, que el pobre no era un chivato ni un antinacionalista.

Para que en la década de 1980 las cosas funcionasen de este modo tenían que existir hondas raíces en el mundo rural vasco, anteriores sin duda a un nacionalismo que como fuerza hegemónica es en muchos lugares del país un fenómeno reciente, posterior a la guerra civil. La condición básica para este tipo de comportamientos

es un alto grado de cohesión social, un intenso sentimiento comunitario —de un carácter parecido a la *umma* islámica—, con un régimen de control y de sanciones que adquiere su máxima eficacia al aparecer como natural y espontáneo, sin que en su desencadenamiento incida otro agente que la autoridad comúnmente aceptada, militar por supuesto, en tiempos recientes la que corresponde a ETA, cuyo único competidor a escala local es el nacionalismo democrático del PNV (o EA).

La cohesión interna del ámbito local es, evidentemente, un rasgo que la sociedad vasca del Antiguo Régimen comparte con otras sociedades tradicionales. Hay, sin embargo, elementos complementarios que agudizan considerablemente sus aristas, tanto hacia el exterior como frente a toda disidencia interna. Sin duda, el idioma da solidez a las defensas frente a ese exterior. El «imposible vencido», como calificara al euskera en el siglo XVIII el jesuita Larramendi, crea dos niveles de comunicación social: el externo, el plano del derecho, del Estado y de la relación comercial con el exterior, que tiene lugar en castellano o en francés; más la red de comunicación interior, en la que está incorporado el párroco, y por consiguiente la religión, que emplea uno de los dialectos del vascuence. La bipolaridad *in group-out group* tiende a dejar fuera lo extraño, espacio donde se habla algo incomprensible para los naturales y de donde proceden los actos del poder público, en tanto que el uso de la lengua propia ampara las relaciones de poder societarias, así como los valores y los símbolos del mundo rural.

De ese aislamiento surgirá una conciencia de superioridad. Sabedores de su condición diferencial, guipuzcoanos y vizcaínos del Antiguo Régimen reivindican la hidalguía universal, que pronto se traduce en una declaración de nobleza universal. Existiría una nobleza concedida por los reyes y otra que se constituye a sí misma, según las palabras de Larramendi, como «nobleza de la sangre y del linaje». Es una nobleza «común y heredada», distinta de la «adquirida», y que determina que todos los guipuzcoanos sean iguales unos a otros. Se trata de un caso de igualdad entre iguales, lo que hace necesario que existan quienes no tienen acceso a semejante igualdad en el privilegio. La definición de lo puro se apoya siempre en la existencia de lo impuro. Cuando un hidalgo carranzano de la familia De la Peña se presentaba en Madrid hacia

1770 con su probanza para ser reconocido del estado noble por su condición de vizcaíno, añadía que era «de esmerada generación» y que su sangre no estaba contaminada por la de judíos, moros, herejes, ni otras gentes de mala raza, descendiendo nada menos que de los Reyes Magos. A mediados del siglo XVIII, un apologista del fuero de Vizcaya, el letrado Fontecha y Salazar, recordaba el enlace entre ambas proposiciones, la exhibición de nobleza y el rechazo de las razas inferiores: «instaba el Señorío con el tesón antiguo de los pobladores, que siendo sus naturales de tan notoria y calificada nobleza, recibirían notoria injuria si admitiesen a morar entre ellos una gente inmunda, soez y de vilísima condición: por tal es reputada entre todas las naciones la prosapia y descendencia de judíos y moros, que ni gozan de nobleza, ni son capaces de tenerla».

Los estatutos de limpieza de sangre, dirigidos inicialmente en España a excluir a los judeoconversos de determinadas instituciones, desde una cofradía a la Mesta, desde un colegio mayor a una orden religiosa, son asumidos por la provincia de Guipúzcoa y por el señorío de Vizcaya con carácter de generalidad a comienzos del siglo XVI, dando así fundamento a una actitud racista cuyo celo intenta contrarrestar más de una vez el Consejo de Castilla. Así, por auto del Consejo de 19 de julio de 1561 se disponía que «no se ejecute lo dispuesto en las provisiones presentadas por el condado de Vizcaya, para que en él no haya judío ni moro, y que los que hubiere salgan; y se diga a los procuradores del dicho condado que están tratando de esto, se vayan por no convenir ahora otra cosa». Un nuevo auto de 31 de agosto de 1565 reiteraba: «No se dé provisión en el Señorío de Vizcaya, para que los nuevamente convertidos salgan de él». Impedir que se avecindasen judíos y moros, expulsarles antes de seis meses so pena de graves sanciones, son propósitos racistas que se reiteran una y otra vez entre los siglos XVI y XVIII. Tal es el precio de la ensalzada nobleza universal, cuyo soporte es la pureza de sangre, tan viva aún en el pensamiento de un Sabino Arana. Y el antecedente de lo que luego va a ocurrir, sin que falten pruebas de ello. El 7 de julio de 1766, en la Junta de la Provincia de Guipúzcoa, reunida en Fuenterrabía, «se acordó que todos los advenedizos establecidos en Guipúzcoa hagan sus informaciones de limpieza de sangre y cristiandad inmediatamente, y los que no se

sujetaren a este medio se les eche luego de Guipúzcoa». Al comentar el acuerdo muchos años después, el semanario del PNV *Gipuzkoarra*, de 22 de junio de 1907, titula: «En tiempos mejores».

La coartada para la exclusión venía dada por la fidelidad a la religión cristiana, de modo que Guipúzcoa y Vizcaya se convertían de este modo, no sólo en sedes de una nobleza universal de sus pobladores, por la limpieza de sangre y ausencia de todo contacto con unas minorías impuras a las que se expulsaba de la convivencia, sino en un verdadero pueblo elegido, superior a quienes, aun siendo católicos, no tomaban esa prevención frente a los que biológicamente amenazaban la verdadera religión. De ahí también la desconfianza contra cualquier forastero que tratase de instalarse en el País. El forastero podía ser un judío, un moro o un hereje disimulado, y como tal había que adoptar frente a él todas las precauciones. Los textos de los fueros son muy precisos al respecto. Estaban reunidos todos los elementos para fundamentar una actitud xenófoba.

El sistema de privilegios de las provincias, normativizado en los códigos forales, podía entonces presentarse como un derecho propio, y no otorgado. Así como la nobleza universal era anterior a cualquier concesión nobiliaria, la provincia o el señorío asentaban en ella los fueros, en tanto que leyes propias de su condición excepcional, y no de privilegio real alguno. Por eso eran la expresión de una independencia originaria que no se había desvanecido al incorporarse a Castilla —del mismo modo que Navarra, por otra vía, conservaba la independencia en la unión «eque-principal» que legaliza la invasión del rey Fernando—, y que resultaba preservada tras dicha unión voluntaria. Tal unión representaba una cuadratura del círculo: implicaba la sumisión a la soberanía real, sin que se borrase el derecho a la independencia originaria. En el caso de Vizcaya, las Juntas en el roble de Guernica añadían además a la escena un toque de sacralidad. Y, claro, para poder hablar de unión voluntaria, igual que en el caso de la relación entre lo puro y lo impuro, había que exhibir los ejemplos de que en caso de haberse intentado por la fuerza, dicha incorporación a Castilla hubiese fracasado. De ahí el valor ejemplar de la batalla de Padura o Arrigorriaga, la de las mismas piedras teñidas de sangre roja, a la que se alude una y otra vez entre los siglos XVI y XIX. El

mito de la unión voluntaria desemboca así en una primera legitimación de la violencia, en el marco de una confrontación imaginaria entre Vizcaya y Castilla (o León, tanto da al efecto). «Con esta batalla mostraron y asentaron los vizcaínos su primera y antiquísima libertad…».

Son palabras que pertenecen al relato, en 1604, de un personaje de la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, el lacayo vizcaíno, símbolo de esa nobleza vasca que alcanza a los más bajos oficios. El orgulloso lacayo expone puntillosamente ese entramado ideológico sobre el cual reposa la excepcionalidad de Vizcaya, y el comentario de su interlocutor refleja una clara preocupación: «que era mucha pasión de nuestro lacayo por hacer a Vizcaya querer deshacer a España». No obstante, la profecía tardó en cumplirse, aun cuando hasta el fin del Antiguo Régimen se sucedieran los conflictos entre los regímenes forales y la Corona, con intensidad creciente eso sí conforme discurre el siglo XVIII. Nadie en las provincias podía pensar en oponerse frontalmente a la Corona y la dureza de los argumentos tenía por único objeto apuntalar, hoy diríamos blindar, el privilegio que no se reconocía como tal.

No obstante, la red de proposiciones presentadas como otras tantas evidencias, era de una solidez envidiable. Cohesión de los valores del mundo rural, cierre hacia el exterior favorecido por el euskera, nobleza universal y rechazo del otro, fueros como expresión de una independencia tan inexistente como inmarchitable, componían un engranaje defensivo cuyo potencial conflictivo sólo había de revelarse cuando incidiera con fuerza sobre el sistema una variable externa. Es lo que sucederá de improviso al entrar España en guerra con la Convención francesa en 1793, y sobre todo al conquistar los franceses Guipúzcoa al siguiente año. Al quedar huérfanos de la protección real por la derrota militar, la Junta de Guetaria proclamó la independencia de la provincia, bajo la tutela de la República francesa. Los jacobinos no llegaron a entender tal actitud, procediendo a recluir a los junteros en la cárcel de Bayona, y lo que de hecho tendrá lugar es una primera acción de resistencia de los campesinos guipuzcoanos contra los descreídos portadores de la modernidad: en uno de los combates, a los franceses que cantan la *Marsellesa*, se opondrán los lugareños rezando el rosario. Pero sobre todo queda de manifiesto

la fragilidad que de cara al futuro evidenciaba esa relación entre régimen foral y soberanía española, que desde la noción de independencia originaria, la misma que hoy manejan los nacionalistas, conduce directamente a la legitimidad de una ruptura. No cabe considerar el episodio como prenacionalista, pero sí como anuncio de que el fuero podía ser interpretado sin demasiados problemas en clave de independencia.

Es el primer golpe contra la cohesión del orden rural, y no ha de faltar la manifestación ideológica que, al cerrarse el siglo XVIII, con el *Peru Abarca* responde al inicio de una coyuntura agraria adversa y a la primera incidencia de esa variable externa que viene a quebrar una prolongada estabilidad, la guerra de la Convención. El escrito del párroco de Jemein, Juan Antonio Moguel, contrapone la verdadera cultura del *baserritarra*, del hombre del caserío, Peru Abarca, a la inútil del «barbero», habitante en el centro urbano. Es la expresión de un ideal autárquico fundado sobre el caserío, desde la obtención de alimentos («eztogu etxetik urten ezeren bila», lo tiene todo sin salir de casa) hasta el vestido (la hija hace las camisas de lino). El elogio se extiende a otras formas de producción tradicionales, como la ferrería, en la que trabajan «bizkaitar garbiak», vizcaínos puros, limpios de sangre. El recuerdo de la guerra está próximo y se plasma en canciones donde los soldados vascos de Baigorri, en la Navarra francesa, se lamentan de la falta de libertad, pero para oír misa («mezaren entzuteko, libertade gabe»). Fue un mal año, «urte txar». Pero una vez pasado, es restaurada la existencia circular del labrador, fiel a su Dios y a su trabajo, señor en su familia, incluso para escoger el heredero de la casa, y dotado de una peculiar sabiduría cuya esencia consiste en seguir las enseñanzas del pasado. «Euskaldunak bagara benetan, bizi behar dogu geure asabak erakatsi deuskuezan ekanduakaz», lo propio del vasco es vivir como lo hicieron sus antepasados. Es un mundo perfecto en su cierre sobre sí mismo, que lógicamente proyecta un tajante rechazo sobre el exterior: «Arrotz herri, otso herri», país extraño, país de lobos.

La independencia imaginaria

Es fama que fue Juan Antonio Moguel quien encontró en el archivo de una casa noble de Marquina un manuscrito del «Canto de Lelo», pronto publicado por el alemán Guillermo de Humboldt. Se trata de un poema apócrifo, que relata una supuesta victoria de los vascos, guiados por su señor Lekobide, nada menos que sobre los romanos invasores. El desenlace no es glorioso, ya que el enfrentamiento se cierra con un pacto de sumisión «porque somos muy pocos y ellos son muchos más». Pero antes aparece un planteamiento destinado a alcanzar fortuna por reiteración a lo largo del siglo XIX, la innata belicosidad del vasco cuando el de fuera le ataca: «Erromako arrotzak / alegiñ eta / Bizkayak daroa / zantzoa». El extranjero romano quiere subyugar a Vizcaya y ésta responde con el *zantzoa*, el grito de guerra. Enlazando con el dicho recogido en *Peru Abarca*, si el país extraño es de por sí país de lobos, a su intromisión ha de responderse con la violencia. Pero para que el tópico cobre toda su fuerza ideológica, tendrá que sobrevenir la prolongada crisis del mundo agrario y lo que está a ella estrechamente ligado, las guerras carlistas.

Según la visión clásica que nos proporcionara E. Fernández de Pinedo, la coyuntura depresiva de la economía vasca, en la primera mitad del siglo XIX, hizo que las tensiones latentes en el mundo agrario se agudizaran hasta convertirlo en protagonista de la movilización antiliberal apoyando por las armas a los sucesivos pretendientes absolutistas. La caída de los precios agrícolas, la desamortización de las propiedades concejiles y el traslado de las aduanas a la costa habrían creado un frente del malestar, integrado por campesinos y notables rurales, con apoyo de parte del clero, que entra en acción cuando el infante don Carlos alza su bandera antiliberal. La cuestión foral no entra inicialmente para nada en el movimiento, si bien luego ha de convertirse en tema crucial de su resolución en 1839, y ulterior legitimación ideológica: resultará mucho más presentable la falsa imagen de un Zumalacárregui alzándose en defensa de la Constitución vasca que como partidario de un pretendiente cerril cuya vinculación previa a intereses vascos había sido nula. «Mis abuelos se levantaron por los fueros», aducirá en nuestros días un líder del nacionalismo vasco, ennobleciendo de este modo una guerra campesina en la que una religión opuesta a la modernidad y el absolutismo constituían los banderines de

enganche para la masa popular. La introducción del tema foral correspondía en todo caso a los notables de la insurrección, como la Junta de Vizcaya que en 1834 propone a los vizcaínos: «Juremos ante el signo / del lábaro guerrero / morir por nuestro fuero / por Carlos y la fe».

Las dos sublevaciones carlistas, en la década de 1830 y en la de 1870, fueron lógicamente otras tantas escuelas de violencia para el campesinado vasco. En la segunda, se hará célebre la figura sanguinaria del cura Santa Cruz al frente de su partida, pero ya en la primera la ferocidad asoma desde el inicio de los combates. Tomemos, por ejemplo, la descripción que hace Pirala de la victoria sobre los liberales de las tropas mandadas por Zumalacárregui, al día siguiente de vencer en Alegría, causando cientos de muertos a los derrotados: «Embriagados con la sangre de la víspera, se mostraron sedientos de ella, más y más sañudos cada vez. Tanto fue su coraje y tan espantosa la carnicería, que tuvo que correr Zumalacárregui por entre las primeras filas diciéndoles: "Muchachos, basta, basta; dad cuartel a los rendidos"». Las escenas de brutalidad se repiten una y otra vez, sobre el telón de fondo del apoyo popular a la causa —«sus soldados eran casi todos voluntarios y el país les protegía»— en una guerra donde los carlistas luchaban casi desde su propia casa, yendo a «mudarse de camisa» y encontrando apoyo de ser heridos en cualquier caserío, «seguros de estar tan bien cuidados como en su propio hogar». Para el mundo rural vasco y navarro, los liberales eran decididamente los de fuera.

Por su naturaleza ideológica, el carlismo descansaba sobre una visión maniquea de las relaciones sociales, perfectamente ajustada a la contraposición entre lo puro y lo impuro, de suerte que todo aquel que estuviera contaminado de liberalismo era adscrito a otra especie biológico-doctrinal, con la consiguiente carga de demonización. Los liberales serán llamados *beltzak*, negros, acuñándose más tarde otra calificación peyorativa más compleja, *azurbeltzak*, huesos negros, o lo que es lo mismo, que llevan el liberalismo, lo perverso, en los huesos. El esquema se mantiene todavía hoy al calificar en Zarautz a los vascos contrarios al terror: tienen «la sangre rojigualda». Son el polo negativo frente a la limpieza de sangre de los auténticos vascos. (*Jatorra*, la

denominación del vasco castizo, puro, como debe ser, hasta nuestro siglo, evoca esa sangre no contaminada, el comportamiento acorde con el linaje, *jatorri*). Este sentido de pertenencia a un mundo extraño se completa en la última carlistada con la denominación de «cipayo» para el vasco que lucha por la causa liberal. Tomado de la guerra anglo-india, el vocablo, recuperado no hace mucho con la misma intención por el nacionalismo radical, subraya el extrañamiento justificado por la traición a la causa propia. El tratamiento que corresponde dar a tales elementos extraños, por las ideas y la raza, queda reflejado en el texto del conocido canto programático del carlismo, el «Eta tiro», pronto asumido por el primer nacionalismo vasco: «Eta tiro, eta tiro, eta tiro, eta tiro beltzari; eta tiro, eta tiro, eta tiro, belarrimotzari». A tiros, a tiros, con los *beltzak* (liberales); a tiros, a tiros con los *belarrimochas*. «Belarrimochas» era la calificación racista de fines del siglo XIX que contaba con mayor solera. «Belarrimochas», orejas cortas, habían sido llamados los agotes, minoría discriminada en las dos vertientes pirenaicas desde la Edad Media, y ahora pasaba a designar a las gentes ajenas al país. El texto es suficientemente explícito como para que haga falta extenderse en el comentario: las concepciones racistas del Antiguo Régimen revelaban todo su potencial para introducirse en los planteamientos dualistas, propios de una traumática transición a la modernidad, legitimando de este modo la acción violenta.

Desde muy pronto, las guerras carlistas encontraron un respaldo implícito en el terreno literario, dando forma a la imagen de un pueblo vasco esencialmente guerrero, capaz de expulsar a todo enemigo que intentara adentrarse en su territorio. El precursor es aquí el mitómano vascofrancés Joseph Augustin Chaho, quien antes de inventar la leyenda de Aitor crea en 1835 la del Zumalacárregui luchador por la causa nacional y por la independencia vasca. Los vascos son, para Chaho, el pueblo solar, libre por antonomasia, sin duda superior a esos castellanos que son simples «agotes degenerados». Sus *Palabras de un vizcaíno a los liberales de la Reina Cristina* constituyen una advertencia de la inexorable derrota que les espera al intentar oponerse a tales guerreros invencibles: «Han derramado su sangre en defensa de la libertad de España contra los celto-galos, contra Cartago y los romanos. Han sido el terror de los

visigodos por espacio de tres siglos. Han restaurado la España, echado a los moros, que la habían conquistado de los bárbaros en año y medio».

La exaltación del vasco en pie de guerra por causas nobles anticipa las descripciones del fundador del nacionalismo, Sabino Arana, en *Bizkaya por su independencia*. Siempre celosos de su libertad como pueblo, los vascos derrotaron en toda ocasión a los insensatos que se atrevieron a ensayar su conquista. Tras la siempre evocada batalla de Arrigorriaga, eligieron señor a Jaun Zuria, en su calidad de «hombres libres» que «hablaban el euskario». Y en el futuro habrán de recuperar esa libertad bajo el árbol de Guernica, «regado con vuestra sangre».

Cuando vuelva la paz, los rasgos efectivos de las contiendas irán difuminándose, cediendo paso a imágenes positivas, merced a la fusión de la naturaleza guerrera de los vascos con una plácida existencia habitual como labriegos virtuosos. Pero siempre la primera sirve de base a la segunda. Por supuesto, nadie habla de los conflictos que acaban de suceder, sino de unos antecedentes remotos a los que resulta posible modelar a gusto del escritor, según qué clase de consecuencias intente extraer de su relato. Por lo general, se trata de consolidar mediante ese componente belicista el mito de una vida agraria feliz, ajena a las convulsiones del mundo moderno. Es lo que recoge la canción emblemática del también vascofrancés Elissamburu, *Nere etxea*, «Mi casa»: mira el hermoso caserío sobre la montaña, con el perrillo que juega, allí vivo yo en paz. Claro que vista de cerca, la realidad del mundo agrario en crisis era algo bien diferente del paisaje revestido de valores morales que describía el antiguo oficial del ejército de Napoleón III. No era cosa que preocupase demasiado a quienes se entregaban conscientemente a elaborar un mito que sirviera de justificación a un nuevo alzamiento carlista.

A falta de historia patria, buenas son las leyendas, explica Juan Vicente de Araquistain al presentar en 1866 sus *Leyendas vasco-cántabras*. Con cada una de éstas, intentará inculcar a sus lectores «o un principio de moral eterna, o el culto santo del hogar paterno, o el apasionado amor de sus montañas», por otro nombre «el amor a la patria». En el límite, la literatura crea mitos que sustituyen con ventaja a la historia. «Con razón se dice, pues —concluye—, que la

nación más completa de tradiciones, cantos y leyendas populares, sería la que tuviera la historia más acabada». La historia formará eruditos, añade respondiendo a las críticas del historiador Nicolás de Soraluce, pero sólo tradiciones y cantos «tienen fuerza para inflamar la imaginación de los pueblos». Los dos elementos que Araquistain emplea en su fábrica de leyendas nos son ya conocidos: el vasco libre trabaja feliz como agricultor y defiende esa existencia con las armas. La descripción del personaje mereció ser reproducida un cuarto de siglo más tarde por Sabino Arana Goiri: «Allí vive sin siervos ni señores / con sus hijos "arrando" en la alta sierra,/ como vivieron antes sus mayores / fatigando sus armas, o su tierra; / que hidalgos a la par que labradores / al oír la "vasca-tibia" en son de guerra, / trocaban su "chartés" por la coraza… / la antigua "laya" por la férrea maza».

Para ilustrar esa estampa, Araquistain nos cuenta el desarrollo de la batalla de Beotibar, enfrentamiento victorioso en que los guipuzcoanos rechazan a los invasores franceses y navarros. Como siempre en este tipo de relatos, los vascos pecan de imprevisión ante la amenaza exterior: «y es que aquellos orgullosos montañeses no podían concebir en su loca arrogancia que pudiera el Extranjero atreverse a profanar sus tierras». Pero en nuevo Roncesvalles, al adentrarse los invasores por el desfiladero son recibidos por el asalto de «los alegres euskaldunes» empujados por sus propios gritos de guerras, se supone que por el *sansúa*. Todo acabó en una terrible matanza. Y Guipúzcoa fue salvada. Es el mismo esquema que volveremos a encontrar en la narración de las cuatro batallas que componen el libro-programa de Sabino Arana, *Bizkaya por su independencia*.

Con la segunda guerra carlista y la inmediata pérdida de los fueros, no dejó de crecer el gigante de cartón a que hacía referencia Soraluce. Los antecedentes literarios del período de entreguerras proporcionaban el entramado en que era posible insertar el elogio de los tenaces y tradicionalistas guerreros vascos para preparar los ánimos de cara a una nueva confrontación. Es la tarea que acomete el neocatólico Francisco Navarro Villoslada al escribir *Amaya, o los vascos en el siglo VIII*, a fines de la década de 1870. El título, nombre de la heroína, encierra el programa ideológico del libro: *amaya* significa «fin», y el fin es el principio. La acción se sitúa en torno al

año 711, cuando los moros, asistidos por unos cuantos traidores y por los tenebrosos judíos, provocan con su invasión la pérdida de España. Después de muchas peripecias, ahí se alzarán los vascos, bajo el emblema de su cruz que encarna la doble defensa, de su independencia y del cristianismo, asumidos por el linaje de Aitor que personifica su nieta Amaya. Las primeras palabras del libro son ya un anuncio inequívoco de lo que vendrá después, con todos los tópicos incorporados en una narración edificante: «Los aborígenes del Pirineo occidental, donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y amor a la soledad, no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Afables y sencillos, aunque celosos de su independencia, no podían carecer de esa virtud característica de las tribus patriarcales…».

Tal y como corresponde al discurso de los vencidos, el relato presenta tintes agónicos, reforzados por el episodio sangriento de Teodosio de Goñi, un parricidio involuntario, pero es sobre todo un ejemplo, tendente a mostrar los valores imperecederos de un pueblo dispuesto siempre a la guerra para defenderlos. El fin ha de ser conocido para que exista el principio de un desarrollo histórico bajo el doble signo de la Providencia cristiana y del legado de Aitor. En «la Vasconia independiente y libre» eran «días de íntimo y profundo gozo, de fiesta y de esperanzas; fin de tiempos desdichados como todos los que se prolongan mucho, y principio de una época venturosa, como todo comienzo de nuevas eras». El mito servía de cortina de humo frente a los desastres de la pasada guerra y como aliciente para emprender una nueva Reconquista. Fue sobre el contenido político de ésta en lo que discreparon Navarro Villoslada y sus lectores nacionalistas que, desde Arturo Campión a Carlos Garaikoetxea, encontraron en el novelón esa llama capaz de inflamar la pasión política. En palabras de un lector fuerista de 1880 *Amaya* era «el libro de la Patria».

En los años que siguen al fin de la última carlistada, el esquema se repite una y otra vez, con iguales o parecidos ingredientes: el escenario de una guerra de destrucción se transforma en recinto de virtudes patriarcales propias de un mundo agrario y cristiano que con las armas responde a todos aquellos que intentan violar su condición de pueblo elegido y que, una vez desaparecidos sus

fueros, llora con desesperación esa pérdida a la que pronto seguirá la de su propia vida histórica si también se pierde el euskera. La acción político-cultural de la Asociación Euskara de Navarra a partir de 1878, los lamentos coetáneos del poeta Arrese y Beitia por la muerte del euskera y su evocación de los «bizkaitar zarrak», los antiguos vizcaínos, en lucha contra los romanos, o las *Leyendas de Euskaria* que publica en 1882 un Vicente de Arana, emparentado con el fundador, repiten una y otra vez los mismos tópicos, que acabarán siendo asumidos como verdades históricas, según deseaba Araquistain. «La imaginación de Arana —explica en 1883 un comentarista del libro—, semejante a un rayo de luz, ha ejercido la magia de sus evocaciones en todos los ámbitos de la vida euskara; ha teñido las escenas del presente con los suaves colores de una fantasía tierna (…). Ya es el caserío posado en la montaña como una paloma en la pradera; ya el castillo feudal alzando sus almenadas torres al cielo como una afirmación de orgullo, de fuerza, de intrepidez; ya la ancha arena del torneo, donde se lidia por la posesión de la virtud y de la hermosura; ya el sangriento combate por la independencia de la patria…». El principal publicista del grupo de «euskaros» navarros, Arturo Campión, completa el cuadro en la poesía donde describe la victoria de los vascones sobre el ejército de Carlomagno en Orreaga/Roncesvalles: «Erbesteric ez da Euscal-errian, eta menditarren deadar ta pozezco irrintziac eltzen dirac eruberatańo». (Ya no hay extranjeros en Vasconia, y hasta el cielo sube el *irrintzi* de los montañeses). Lo de siempre.

La deriva hacia el tema de la independencia alcanza incluso a aquellos escritores estrechamente vinculados a la causa del Pretendiente, como ese Arístides de Artiñano que en 1885 publica *El señorío de Bizcaya, histórico y foral*, trece años después de haber justificado el levantamiento de 1872. Todos los valores positivos confluyen en ese mundo agrario de los vizcaínos, con los fueros como bastión de su «fiera independencia» y de su «libertad nativa». Sólo la preferencia por la solución señorial, inevitable en el carlismo, separa a Artiñano del planteamiento sabiniano: «Después de ver cómo el Señorío mantiene, a través de los siglos, su independencia, conserva intacta su fe religiosa y llena su misión de pueblo noble y leal, necesitamos conocer por qué en estas montañas

se respira la modesta felicidad que distingue al pueblo bizcaíno…». Etcétera, etcétera.

Tal es el ambiente que rodea a una generación de vascos que ha vivido la guerra carlista en su niñez y que ahora siente la propia identidad protegida únicamente por símbolos a los que es preciso sacralizar. El poema al roble de Guernica que en 1888 redacta el joven Miguel de Unamuno, «Agur, arbola bedeinkatube!», ¡salve, Árbol bendito! resume esa actitud ampliamente compartida. El saludo al árbol protector y a la «villa santa de los vascos» va asociado al lamento por la supresión de los fueros, descritos ya como hará Sabino Arana en su calidad de «viejas leyes», legalidad que regulaba un venturoso orden tradicional. Y al anuncio de su recuperación: «Nos arrebataron las Viejas Leyes, siendo como eran nuestra vida, pero si guardamos nuestra alma euskaldún, de aquí surgirán de nuevo los Fueros, surgirá el sol de la Justicia en una primavera perdurable».

No era muy diferente el diagnóstico que hacía de la situación otro joven vizcaíno, Sabino de Arana Goiri, casi coetáneo de Unamuno. Pero desde sus primeros escritos el tratamiento era otro, ya que el capital objetivo de conservar el alma euskaldún no era sólo cuestión de voluntad en una sociedad que, a juicio de Sabino, se encontraba bajo la amenaza de una inevitable degradación por el contacto cotidiano con un pueblo degenerado, el español, causante además de su subordinación política. Los fueros, entendidos como antiguas leyes que expresaban la independencia efectiva de Vizcaya, tenían un valor instrumental de salvaguardia de los valores raciales. Habían sido suprimidos, no en 1876, sino en 1839, cuando se afirmó la supremacía de la Constitución española. El concepto de raza estaba en Sabino directamente asociado a las ideas vigentes en el Antiguo Régimen acerca de la limpieza de sangre, pero ahora se revestían de los tópicos procedentes del nuevo racismo cuyo prestigio se extendía en mancha de aceite por Europa, y que él conoció muy probablemente durante sus años de estudiante fracasado en Barcelona.

Para Sabino Arana, lo puro era lo vasco, tradicional y cristiano; lo impuro procedía en este caso de España, la tierra de los *belarrimochas* y *azurbeltzas*, o, como se decía en la Bilbao finisecular, de los *maketos*. No era ya además la defensa estática de las medidas

adoptadas en el Antiguo Régimen para expulsar a los posibles conversos y a otras gentes de mala raza. Bilbao y su entorno minero e industrial se habían transformado desde 1876 en un espacio de modernización sumamente conflictiva, con la llegada de trabajadores inmigrantes, la erosión de los usos tradicionales y rápidos cambios en las relaciones de poder. La predicación de los euskaros en Navarra tuvo mucho de inútil protesta por la desaparición paulatina del componente vasco de una sociedad todavía preindustrial; en Vizcaya esa protesta encontraba un destinatario en los grupos autóctonos enfrentados a un cambio social y económico del que sólo percibían la conflictividad y la formación de un nuevo poder capitalista vinculado a la minería y a la siderurgia. Viejo y nuevo racismo, más reunión de todos los tópicos fueristas, sacralización incluida, serán los componentes de la síntesis doctrinal en que consiste el primer nacionalismo vasco.

Violencia en el proceso de cambio económico, demográfico y cultural; violencia en la respuesta. Sabino Arana no necesitaba ir muy lejos para encontrar los materiales de su construcción ideológica. El gigante de cartón le ofrecía todo un repertorio de comportamientos heroicos, de los que únicamente era preciso extraer la consecuencia política. Así nace uno de los libros-programa más sorprendentes en la historia del pensamiento político del siglo XIX: *Bizkaya por su independencia*, cuya primera redacción aparece en 1890, en una revista, y que es objeto de publicación independiente dos años más tarde. Para asombro del lector, no estamos ante una sucesión de argumentos políticos, sino ante los apolillados relatos de cuatro batallas, comenzando por la inevitable de Padura/Arrigorriaga, donde los vizcaínos habrían rechazado a los invasores castellanos, conservando de este modo su independencia originaria.

Un escrito anterior, el poema *Kantauritarrak* —que le sitúa en la estela del vascocantabrismo de Araquistáin—, presenta ya lo esencial y lo inevitable: los cántabros contemplan cómo los guerreros romanos llegan con el ánimo de conquistarles. Pretenden esclavizar «nuestra» libertad, arrasar las costumbres, alterar la religión. Así que toca morir con gloria proclamando la guerra al extranjero. La idea del mártir por la patria sagrada emerge ya en el primer Sabino: la felicidad será dada al que muera en la cruz (él

utiliza el término *lauburu*, la esvástica o cruz vasca, reforzando el doble carácter, nacional y sacro del martirio). Para exclamar finalmente: «Jaungoikuagan Lagizarra!… Guda sansua!)». Lancemos el grito de guerra. Dios y leyes viejas. Los mitos que en los precursores sirvieran para apuntalar el fuerismo o la causa carlista se han convertido ahora en dueños de la escena. No son algo que está en el pasado y que permite contemplar el futuro con esperanza. Constituyen el ejemplo de la única pauta de comportamiento admisible en un «cántabro»: asumir la causa sagrada de la patria y estar dispuesto a morir inmediatamente por ella. Además, la invocación del grito de guerra envuelve un necesario anacronismo. Dios y leyes viejas no podía ser una consigna destinada a la lucha contra los romanos, sino contra los nuevos invasores de Vizcaya, a quienes todavía no conviene nombrar.

Las cuatro batallas de *Bizkaya por su independencia* —pues el sabinianismo es vizcaíno antes de aplicarse a todo el País Vasco y a Navarra: Euzkadi— son otras tantas ilustraciones de esa actitud fundamental que resulta preciso inculcar a los vizcaínos de hoy. No hay perspectiva histórica. La tradición ofrece un repertorio de hechos y comportamientos en que el protagonista es siempre el mismo, la nación, en el pasado defendida, y en el presente entregada por los malos vizcaínos a la dominación española. Así, al comentar la victoria de los vizcaínos en Otxandiano, a costa nada menos que de Pedro el Cruel: «Llegó la hora decisiva. O los españoles vuelven a su tierra derrotados y duramente escarmentados; o Bizkaya cae bajo el poder del rey de España. Pero… son bizkainos del siglo XIV los que se encuentran apostados en Otxandiano; son bizkainos que, si bien algo degenerado su espíritu político, comprenden perfectamente aquella dura alternativa, y que en su corazón nacionalista la contestan todos y cada uno: o libro a mi patria Bizkaya de la opresión española, o no vuelvo a abrazar a mis padres y a mi esposa ni a recibir las caricias de mis hijos, y dejo mi cuerpo en estas montañas para cebo de los buitres de Gorbea y Anboto».

El hidalgo de Abando, como su antecesor manchego, había asumido como fundamento de su existencia las nuevas novelas de caballería y estaba decidido a que todos los vizcaínos lo hicieran. Sólo que en este caso el sueño tenía poco de entrega generosa y

mucho de odio xenófobo contra ese enemigo español cuya destrucción por las armas invocaba. Y además, tanto la traslación de las desgracias carlistas al mito nacional como el enfrentamiento a la nueva realidad de la Vizcaya industrial configuraban un arsenal de ideas para cuya oferta no faltaron los posibles clientes en una sociedad sometida a un acelerado proceso de cambio. Al analizar las raíces del *antimaketismo* en 1898, Unamuno hacía notar que «las raíces del movimiento son de carácter económico, radicando en el desarrollo industrial de la razón minera». Mientras los naturales de otras provincias suponían entre el 5 y el 15 por ciento de la población total, en otras zonas del país, en Bilbao, según el censo de 1887, eran casi el 40 por ciento, y en la zona minera de la margen izquierda, entre el 50 y el 65 por ciento. Un informe del Instituto de Reformas Sociales sobre la cuenca minera en 1904 arrojaba un 70 por ciento de trabajadores procedentes de la submeseta norte, en tanto que los vascos «están en exigua minoría» y ocupan puestos privilegiados. «El desdén al *maqueto* no es en el fondo más que el desprecio al pobre», estimaba Unamuno en 1901. La exaltación del mito identitario constituye siempre una buena coartada para legitimar el ejercicio de la discriminación contra «los otros».

De fuera vendrá… es el título de una obra teatral escrita por Sabino Arana, en este caso descalificando a los castellanos que por medio del matrimonio aspiran a alcanzar posiciones ventajosas en la escala social vizcaína, en tanto que «la hez del proletariado *maketo*» pone en grave riesgo el orden económico y moral. Ante todo, Arana es un racista que conjuga las posiciones del racismo del Antiguo Régimen, asentado en la pureza de sangre, y del nuevo racismo que justifica la exclusión de pueblos y de hombres juzgados como inferiores. Aquí puede residir una de las razones de la audiencia alcanzada por sus propuestas: ofrecían una sanción de apariencia histórica y religiosa a posiciones y actitudes que de otra forma cualquiera juzgaría como inhumanas. Y que desde hoy cabe pura y simplemente estimar como prenazis. Es lo que pone de relieve el suelto publicado como «Cosas del día» en *Bizkaitarra*, el 30 de junio de 1895: «Si algún español que estuviese, por ejemplo, ahogándose en la ría, pidiese socorro, contéstale: “Nik eztakit erderaz”», no hablo erdera o castellano. Vizcaíno, luego vasco, y *maketo* o español son polos siempre enfrentados: «Oídle hablar a un

bizkaíno, y escucharéis la más eufónica, moral y culta de las lenguas; oídle a un español y si sólo le oís rebuznar podéis estar satisfechos, pues el asno no profiere voces indecentes ni blasfemias». El español es un pueblo degenerado cuyo simple contacto envilece al vasco, es «nuestro parásito nacional». Su símbolo es el chulo de la navaja, el individuo cobarde, blasfemo y rastrero. España es Maketania, fuente de todas las desgracias para Vizcaya, luego para Euzkadi. «Entre el cúmulo de terribles desgracias que afligen hoy a nuestra amada patria —resume—, ninguna tan terrible y aflictiva, juzgada en sí misma cada una de ellas, como el roce de sus hijos con los de la nación española». Hay que desterrar todo afecto hacia lo español, hacer del idioma el bastión que impida las relaciones entre vascos y españoles, combatir a los vascos españolistas o «maketófilos», con lo cual la línea de hostilidades no se establece entre vascos y no vascos, sino entre auténticos vascos, patriotas, y quienes pertenecen a España o defienden cualquier tipo de amistad con ella. Fue y es una distinción muy útil en la historia del nacionalismo, porque la exclusión de los españolistas evita todo debate surgido de la pluralidad de opiniones en el colectivo autóctono: quien no comulgue con el credo nacionalista es un traidor a su patria. Según propone Sabino en una de sus poesías titulada *Ken!*, fuera *maketos* y *maketófilos*, echemos a los *azurbeltzas* y a todos sus amigos. El odio a lo español se convierte en la seña de identidad del buen vasco.

Todo ello revestido de una capa de religiosidad integrista. Este componente ideológico refuerza los mecanismos de exclusión del otro, que es presentado como agente de degeneración moral y descristianización de Vizcaya. La bandera vizcaína pensada y diseñada por los hermanos Arana pone por encima de todo la cruz blanca, lo cual significa subordinación a Jaungoikua, a Dios, pero según una perspectiva de tradición religiosa, incompatible con todo laicismo. El lema adoptado por Sabino es GETEJ: todo para la patria y la patria para Dios. El deber de cristianos es el primer fundamento de la profesión de fe nacionalista, ya que «la invasión de cierta gente extraña», procedente del pueblo de la blasfemia, corrompe moral y religiosamente a Vizcaya. De ahí la particular cruzada que en nombre del puro y limpio baile suelto vasco emprenderán Sabino y sus seguidores contra el «agarrao», convertido en «el baile

español» por excelencia y definido como «el liviano, asqueroso y cínico abrazo de los dos sexos». Tolerar el efecto de degeneración que induce la presencia *maketa* no es sólo pecar contra la patria, sino pecar contra Dios. La desvasquización consiguiente conduce a la pérdida del alma cristiana del pueblo vasco. El deber patriótico es, pues, un deber religioso, y la sacralización afecta consecuentemente tanto al comportamiento del traidor como al de quien entrega su vida por la patria, convirtiéndose en mártir. Pero Sabino Arana sabe que en su tiempo hay una desproporción evidente de fuerzas y la cruzada militar del nacionalismo estaba condenada al fracaso. De ahí que esa sacralización del objetivo político se acomode a un modelo organizativo que no es otro que la Compañía de Jesús, a la que define nada menos que como infalible. Es «la invencible Guardia Real del Salvador de los hombres». La acción disciplinada e implacable de los «gudaris de Jesús» contra quienes no aceptan su creencia, a los que engloba siempre bajo la calificación de «el enemigo», da la pauta para conjugar el absolutismo de los principios integristas con el pragmatismo en los medios a adoptar.

Quedaba así configurada una religión de la violencia política, cuyo propósito fundamental consistía en formar una comunidad de creyentes, acorazados frente al exterior por la intransigencia y la disciplina. Su deber consistía en actuar desde el interior de la sociedad vasca, creando las condiciones para erradicar la opresión y la presencia de Maketania en Euzkadi. Como suele ocurrir en las construcciones ideológicas de los nacionalismos reaccionarios, el sabiniano propone a sus seguidores un esquema bipolar con oposiciones muy nítidas entre los principios del bien y del mal. La distinción fundamental se establece entre Euzkadi y España, lo vasco y lo español. Es algo tan simple como la profesión de fe, el *shahada* en el Islam: de acuerdo con la lógica ignaciana, una vez que se ha hecho esa elección fundamental, todo lo demás se deduce de ella y no cabe momento alguno de discusión o de duda ideológica, pues ya la autoridad en el partido, como en la orden, piensa por todos. Aquí Euzkadi, allí España, y en el futuro aquí Euzkadi, fuera España. En torno a este eje giran los argumentos que lo refuerzan (la evocación pseudohistórica de la pasada independencia vasca, y sobre todo de la disposición de los

verdaderos vascos a defenderla), que lo ilustran (ejemplos de la opresión española en todos los órdenes de la vida, y de sus perniciosos efectos) y los que enlazan con la búsqueda de medios para hacer avanzar la causa, aspecto en que muy pronto tiene lugar una preferencia por la acción social, ya que los afiliados no participan de la vida política del partido, y sí de su sociabilidad como miembros de los *batzokis* o centros nacionalistas. Siempre desde una perspectiva de confrontación, primer paso de la acción de exterminio del extraño: «Agrupémonos todos bajo una misma bandera, fundemos sociedades puramente vascongadas, escribamos periódicos vascongados», que todo lleve el sello indeleble de lo vasco y de eliminación de «lo exótico».

La evolución españolista que apunta para su partido el último Sabino (muere en 1903) puede parecer un indicio de moderación, pero sólo lo es de pragmatismo, reconociendo las dificultades insalvables que esperaban a un naciente grupo separatista. Para dejar claro cuál era entonces su pensamiento, escribe en 1902 el drama *Libe*, otro relato de cartón piedra con la inevitable batalla entre invasores castellanos y vascos triunfantes, más la debilidad de la heroína que se enamora del enemigo para expiar después ese pecado muriendo por la patria. «Nuestra sangre siempre pura; no demos nuestras hijas a los extranjeros», es la consigna. Todo envuelto en el también inevitable canto al caserío, a los corderillos y a los prados verdes, marco de la virtud aldeana que se convierte en movilización guerrera al sentir la amenaza exterior. Un supuesto canto explica al programa que no ha cambiado nada desde 1890: «Bizkaya lucha por su independencia. Siempre fue libre. El extranjero podrá entrar en nuestra tierra, pero saldrá escarmentado. Los que no salgan reposarán en zanjas que nosotros les abriremos para morada suya». Una vez reconciliada con el sentimiento patriótico, Libe entrega su mensaje a los vizcaínos del nuevo siglo: «Luchad, luchad, luchad sin descanso».

Era un mensaje de exaltación guerrera, aspecto crucial que nunca ha de faltar en el futuro nacionalismo sabiniano. Por razones obvias, el impacto de tales enseñanzas sobre los primeros nacionalistas no encuentra el eco que se merece en la prensa. Pero contamos con el relato retrospectivo de uno de los principales discípulos de Sabino, el ya moderado Luis de Eleizalde, a partir del

cual podemos formarnos una idea acerca de la mentalidad resultante, fruto a medias del llamamiento del Fundador y del recuerdo todavía cercano de las contiendas carlistas: «Nuestros veinte años eran ya nacionalistas, de un nacionalismo ingenuo y sentimental que nos hace sonreír —pero no nos sonroja— al cabo de estos otros veinte. Sin duda perduraba en nosotros vivamente alguna reliquia de la impresión recibida en la niñez de los relatos escuchados a viejos guerrilleros del País, a jefes de partidas que durante varios años habían andado a tiro limpio con los *guiris* en los montes de Guipúzcoa y de Navarra. (…) Soñábamos entonces —que nos arroje la primera piedra quien jamás haya soñado— con la vida agitada, azarosa, jocunda y épica del "partidario" que, carabina en bandolera, salta y trisca por los peñascos con la agilidad de un gamo, burla ingeniosamente la vigilancia del enemigo (…) castiga a los traidores, perdona a los vencidos y deja consignadas sus páginas en el folclore y vive eternamente en la poesía popular, como Marko Kraliewitx en las *pesmas* serbias. Éste era el atrayente anverso de la medalla, de cuyo reverso no nos ocupábamos por entonces». En una palabra, el joven nacionalista de principios de siglo era, en el plano imaginario, un guerrillero carlista que enarbolaba la bandera de Euzkadi.

En la primera novela nacionalista, *Don Fausto*, obra del vasco-cubano Francisco de Ulacia, de 1906, el protagonista refleja análogas aspiraciones, eco fiel de la enseñanza de Sabino: «Créeme, José María, que si hubiese en Vizcaya cien hombres como yo, fanáticos por nuestra doctrina, la manifestación armada sería un hecho».

El huevo de la serpiente

Aparentemente, en las tres décadas largas que discurren entre la muerte de Sabino Arana y el comienzo de la guerra civil, van limándose las aristas más agresivas del nacionalismo. Al fijar como finalidad política la reintegración foral, el regreso a la situación anterior a 1839, cabían tanto la lectura independentista como la que va convirtiendo a la autonomía en objetivo real de la actuación del PNV. Éste se adapta a la vida legal, participa en elecciones, y

acaba por dictaminar que antes de llegar a una solución política definitiva hace falta restaurar el «alma vasca», dañada por un largo período de desvasquización.

De momento, los fieles al gran rechazo de Sabino son minoría, pero sus tomas de posición distan de ser irrelevantes. Es el caso de Santiago de Meabe, director un tiempo del semanario del partido, *Aberri*, que adopta el pseudónimo «Geyme», esto es, «Gora Euzkadi y muera España». Meabe profetiza con satisfacción un futuro de represión española y enfrentamientos cada vez más graves, hasta que se produjera el alzamiento definitivo por la independencia. Sería preciso pasar por tres etapas, la de «prisión preventiva», la de «presidio mayor», y por fin la marcada por el fusilamiento de los patriotas. Cuanto antes, mejor: «Yo anhelo que llegue pronto esta tercera etapa —confiesa Meabe—. El día en que un vasco nacionalista caiga al grito de "Gora Euzkadi!" y de "¡Muera España!", tras el estampido de los fusiles disparados por gente criminal mecánicamente movida, se habrán roto las cadenas de nuestra Patria. Los vascos nobles que saben sentir sobre su rostro la sangre fecunda del héroe, despertado por el grito redentor del mártir, besarán su frente y levantarán sus puños en señal de patriótica venganza. Entonces habrá llegado la hora de la Libertad». El escenario no está ya vuelto hacia un pasado de justas medievales o de guerras carlistas. Apunta a un enfrentamiento a muerte entre vascos y españoles, con los segundos dispuestos a borrar todo rasgo propio de la raza vasca, ahogándola en sangre, y los vascos preparándose a su vez a sufrir el martirio con tal de lograr la redención de Euzkadi. En el texto de Meabe, «O anarquismo nacionalista o ¡viva España!», de 1910, aparece por vez primera el recurso al terrorismo, expresión del «odio fiero e insaciable», «la destrucción y la muerte» que han de presidir la actuación de los patriotas contra «esa colilla europea» que es España. Aconseja no obstante esconder esa política de terror bajo el manto de una fingida legalidad. El pronóstico resulta en todo caso inequívoco: «El porvenir se presenta como gigantesca antorcha encendida. Gora JEL!». (JEL, Dios y leyes viejas, el lema sabiniano por excelencia).

Solitario en la expresión de su radicalismo, condenado además a buscar refugio en publicaciones nacionalistas americanas, el planteamiento de Santiago de Meabe supone en apariencia un

callejón sin salida en la trayectoria nacionalista. Refleja algo real, sin embargo, la radicalización de los jóvenes *abertzales* que en los comienzos de siglo dan gritos contra los *belarrimochas*, por Euzkadi y contra España, lo cual les lleva más de una vez a prisión. Comenzando por la biografía política del propio Sabino Arana, la cárcel fue desde muy pronto el lugar simbólico de la represión contra los más vehementes nacionalistas, que de este modo se acercaban a la condición de mártires por la patria. El verdadero patriota, había escrito Sabino Arana en 1897, «como patriota vivirá y morirá, viviendo su vida de sacrificios y ofreciéndose a la muerte si las circunstancias a los sacrificios y a la muerte le conducen».

Los años dorados de la Primera Guerra Mundial vinieron paradójicamente a crear las condiciones para que la ortodoxia sabiniana, con su correlato de violencia, reapareciese en la historia de la ahora denominada Comunión Nacionalista. Los grandes beneficios derivados de la neutralidad en el conflicto favorecieron al sector burgués y aliadófilo del partido, encabezado por el naviero Ramón de la Sota, así como la aproximación al regionalismo catalán, en un marco de avances electorales. La meta de la autonomía pasaba a primer plano. Pero en la guerra también se registró el estallido del inconformismo nacionalista en Irlanda, con el enfrentamiento abierto que culminó en la Pascua Sangrienta de Dublín, en 1916, y en las ejecuciones de patriotas. Era un ejemplo que había de impresionar a los jóvenes nacionalistas, disconformes con una evolución política que según todas las trazas acabaría en el regionalismo. Con la actuación de los *sinn-feiners* reaparecía la noción de que la independencia nacional sólo podría alcanzarse mediante la lucha armada, y que por otra parte, en el caso vasco, la enseñanza de Sabino Arana convertía a la independencia en objetivo irrenunciable.

Entre 1916 y 1921, la polémica interna entre jóvenes nacionalistas y dirección del partido va convirtiéndose en escisión. La bandera que se alza, desde el órgano de la Juventud Vasca, es la de «la pureza doctrinal», el regreso a los principios de Sabino, según los cuales no cabía aspirar a otra cosa que a la total independencia de los territorios vascos sometidos a Francia y a España. En cuanto al contenido de la nueva militancia a la irlandesa, quedaba reflejado en el seudónimo de Elias Gallastegui, principal animador del

resurgido PNV sabiniano: Gudari, guerrero o soldado. De momento, la fidelidad al patrón irlandés consistirá en imitar su activismo, así como su vocación de cubrir los distintos campos de la vida social, empezando por la organización de la mujer. No había perspectivas de sublevación nacionalista en la España de 1920, si bien la línea trazada por Gudari insiste siempre en tomar posición respecto de cuanto ocurre en el catalanismo, desde el canto recriminatorio de *Els segadors* que dedica a Francesc Cambó en 1916, cuando visita Bilbao, al intento de enlace con el catalanismo independentista, y de paso con el galleguismo, que da lugar a la fugaz Triple Alianza de 1923. La búsqueda de campos para la movilización le lleva a asumir la posición de los trabajadores nacionalistas y a denunciar el carácter antinacional del gran capitalismo vizcaíno, al que designa como «el capitalismo vasco rojo-amarillo». Pero es en el marco de esta apertura social donde recupera su sitio la violencia sabiniana, dirigida ahora contra los trabajadores *maketos* que militan en el sindicalismo socialista. Sabinianos y trabajadores solidarios recuperaban el racismo, con tonos muy agrios, para afrontar el conflicto social en un período de crisis.

Más allá de su significación concreta en la historia de las organizaciones nacionalistas, el movimiento *aberriano* no se limitaba a reivindicar el núcleo doctrinal de Sabino en cuanto al independentismo, la intransigencia moral, la exaltación de la militancia y el martirio, o el sesgo racista. La influencia del modelo irlandés permitía dar nuevos contenidos a la propaganda y a la organización, esbozando ya la imagen del movimiento nacionalista, tal y como por lo demás previera el fundador, a modo de un capullo que se abre y despliega sus pétalos en todas las direcciones, desde la incorporación de la mujer patriota al teatro nacional. El rechazo del españolismo y la orientación populista convergen en las dimensiones de crítica del capitalismo ajeno a los intereses nacionales y en la defensa del obrerismo autóctono. Un entramado *völkisch* muy complejo y polisémico cobra forma, configurándose como primer antecedente del modelo de articulación entre ideología y pluralismo orgánico propio en fechas más recientes de la constelación que rodea a ETA. También despunta la lucha armada, con el objeto de derrocar la Dictadura de Primo de Rivera, pero es sólo un episodio ingenuo y pintoresco que por fortuna no alcanzó a

cuajar: se trataría de que trescientos hombres fingiesen desplazarse a Lourdes para una peregrinación y que al regreso, una vez armados, cayeran sobre Bilbao. En fin, la adhesión a la causa irlandesa y el rechazo del colonialismo español en Marruecos suscitan otra orientación novedosa, adelanto también del futuro, favorable a las causas de independencia nacional cuya justicia se identifica a la vasca. La lucha por la emancipación nacional es, en consecuencia, asimilada a la lucha de clases y Euzkadi tendría su sitio lógicamente entre las naciones esclavizadas por el imperialismo.

En 1930 las dos ramas del nacionalismo vasco se reunifican, bajo las siglas comunes PNV, y ello hace posible temporalmente que todo el partido, pronto enfrentado a la Segunda República española, se impregne del radicalismo y de la vocación organizativa propia de los *aberrianos*, con el hermano del fundador, Luis Arana Goiri y el propio Gallastegui en el EBB, vértice de la dirección partidaria. En el quinquenio republicano, las organizaciones de inspiración nacionalista se desarrollan en todos los aspectos de la vida social: campesinos, enfermeras, estudiantes, niños. El nacionalismo adquiere una gran capacidad de movilización social, visible en el éxito del primer Aberri Eguna, Día de la Patria vasca, en 1932, impulsado por Gallastegui, y que tiene lugar en el emblemático Domingo de Resurrección: muerta la patria bajo la opresión española, se disponía a renacer luchando por la independencia. Los 65 000 manifestantes inauguraban la que será vía maestra en el futuro del nacionalismo radical: la imagen de masas como sustitutivo del voto, encarnando la aspiración del Pueblo Vasco por la independencia.

No eran sólo palabras. Inicialmente el PNV se aproxima a los partidos monárquicos que conspiran contra la República, con la cuestión religiosa como lazo de unión frente al laicismo democrático. La organización de excursionistas montañeros o *mendigoxales*, agrupación muy radical dirigida por el propio Gudari, se convierte en el esbozo de una fuerza paramilitar. Con anterioridad a 1923, año en que nace la Federación Vizcaína de Mendigoxales, ligada al PNV sabiniano, su presidente había ya definido al excursionismo como crisol de los valores morales amenazados por el exotismo español, ya que el que recorre los

montes vascos escapa así a la tentación de los bailes pecaminosos: «El nacionalismo, que creó el tipo ideal del *mendigoxale*, está obligado a favorecer esta afición en defensa de la raza, por propia dignidad, por la nobleza de los sentimientos que ella inspira y sobre todo por conseguir su independencia, su separación de algo que destroza nuestra nacionalidad con más eficacia que los cañones: las costumbres importadas y entre ellas la perniciosa del inmoral baile "agarrao"». Ahora, frente a la República, llegaba la hora de asumir una mentalidad militar. «Te lo voy a decir en secreto, *mendigoxale* —cita J. M. Lorenzo del semanario *Jagi-Jagi* en septiembre de 1932 —, tú no eres un deportista. Óyelo bien: tú eres un soldado de la Patria (…). Sí, eres un soldado… Soldado de un Estado que no existe, pero cuya futura existencia depende en gran parte de ti».

El movimiento independentista radical que va formándose en torno a Gudari y sus *mendigoxales* dentro del PNV reunificado será conocido por el nombre de su semanario *Jagi-Jagi*, cuyo primer número ve la luz el 17 de septiembre de 1932, con un objetivo muy claro: ser el portavoz «de esa Euzkadi ideal que queremos edificar sobre la Euzkadi esclava». «Yagui-yagui», como resulta leído, es un título que sugiere de inmediato movilización, alzarse, «arriba, arriba» en castellano, consigna para montañeros vascos tanto en el plano físico como doctrinal, si bien probablemente procede del primer verso de una antigua canción de corsarios de San Juan de Luz, «Jeiki, jeiki», en vascuence laburdino. El lenguaje militante y agresivo del semanario hará que, en los primeros meses de vida de la publicación, su pulso con las autoridades sea constante, con un rosario de denuncias y suspensiones. «Los nacionalistas deben corresponder a esa guerra sorda contra nuestra patria con una guerra franca», resume.

La confrontación alcanza su máxima intensidad en los primeros meses de 1933. Hasta noviembre incluido, José Luis Granja da las cifras de 117 procesos instruidos contra nacionalistas, 436 nacionalistas encarcelados, 116 detenidos y 514 multados. Los activistas del nacionalismo son detenidos con frecuencia creciente: nada menos que 80, reseña este historiador, por pintadas en las carreteras —del tipo «Euzkadi es la patria de los vascos» o «Exigimos la independencia»—, cuando a fines de abril se anuncia la visita del presidente de la República, Alcalá Zamora, acompañado

del ministro socialista casi bilbaíno Indalecio Prieto. Se inicia así una secuencia que más tarde se hará clásica. A los encarcelamientos de los nacionalistas, presentados por sus correligionarios como mártires de la patria, sigue la acción de protesta de los presos en la forma gandhiana de huelga de hambre, de modo que el acto de represión es vuelto contra sus promotores, como denuncia de la opresión sufrida por todo el pueblo. Entra en juego de inmediato la movilización, a cargo de la organización de masas menos vulnerable a la represión, las mujeres de Emakume Abertzale Batza, que en manifestación aguantan el choque con la fuerza pública, definida ya como «fuerza de ocupación», mientras el conflicto representa haber ganado «una trinchera más». Sigue entonces la huelga general convocada en protesta de todo lo anterior por Solidaridad de Obreros Vascos.

Estamos por vez primera ante la espiral ascendente de acción-represión-acción. También el regreso del racismo no declarado, con el dibujo donde el trabajador solidario, de noble estampa emboinada, agarra por el cuello al pistolerillo *maketo* de la UGT. La muerte culmina el ciclo: el 14 de mayo, un tiroteo desde o contra el *batzoki* de Usánsolo (Vizcaya) ocasiona dos muertos. Los socialistas hablan respecto del PNV de nacional-fascismo. Los escritores nacionalistas ensalzan el valor del sacrificio como piedra angular sobre la cual ha de construirse la independencia patria. «Todo nacionalismo verdadero precisa de aceptar la persecución», puede leerse en *Jagi-Jagi*. El martirio por la patria no es sino «una heroica vocación». Incluso resulta pertinente hacerlo inevitable mediante la desobediencia civil frente al Estado español. «Provocada la desobediencia civil —recoge el semanario, el 7 de enero de 1933—, vendrá el momento de practicar el sacrificio; vendrá la persecución más intensa por parte del poder gobernante; los encarcelamientos serán continuos; las cárceles se llenarán de patriotas amantes de la libertad de su patria…». Estamos dentro de la línea trazada por «Geyme» en los albores del siglo, juzgando que la creciente represión habría de convertirse en fundamento de la lucha definitiva por la liberación.

Pero ya en 1932 queda roto el enlace con la derecha antirrepublicana y a partir de entonces despunta tímidamente la posibilidad de alcanzar la autonomía merced a un Estatuto

concedido por la República. Algo que cobra forma en noviembre de 1933, pero que ya antes representa claramente la posición mayoritaria del PNV. «Gudari» y los suyos resultan progresivamente arrinconados en la Federación de *mendigoxales*, sin conseguir resucitar el bloque sabiniano en torno a la Juventud Vasca de 1920-1921. Quedan fuera de la disciplina nacionalista, como grupo minoritario, y Gallastegui acaba entregando el carnet del partido en diciembre de 1934. Esta derrota política coincide, no obstante, con una mayor precisión ideológica, en sentido obrerista y populista, ensalzando a Solidaridad y condenando los intentos de paternalismo burgués sobre los trabajadores nacionalistas desde la cima del partido. Ante la división orgánica de los patriotas, surge la propuesta de un Frente Nacional vasco, seña de identidad desde entonces en el nacionalismo radical. El racismo es matizado con el reconocimiento de que la futura sociedad vasca estará compuesta en su mayoría por «mestizos» y que resulta necesario ganarles para el patriotismo. Esa orientación moderada se compensa de sobra con la adhesión al sabinianismo por lo que toca a la voluntad de independencia. Alcanzar este objetivo se convierte en el único objeto de la política nacionalista: «Euzkadi, en relación con España, o sea dentro hoy del Estado español, no tiene más problema capital que el de su independencia, el de la restitución pura y simple de nuestra soberanía política». (*Jagi-Jagi*, 18-1-1936). Da lo mismo que gobiernen derechas que izquierdas, lo importante es rechazar al mismo tiempo a españoles y españolistas, por lo cual ningún sentido tiene que diputados vascos ocupen escaños en el Parlamento español. Incluso cuando insiste en el frente nacional, el 25 de enero de *1936, Jagi-Jagi* propone «elegir diputados nacionalistas que renuncien públicamente a sentarse en el Parlamento español, por no reconocerle el derecho a legislar en Euzkadi». Lo que cuenta es «la lucha de pueblo a pueblo», y por eso tanto el viejo Luis Arana Goiri como Gudari opinarán que el nacionalismo nada tiene que hacer en una guerra entre españoles, para el caso la que se inicia en julio de 1936.

El período de conflictividad 1931-33 había proporcionado además otro nuevo elemento: el enlace entre lucha política y reivindicación nacionalista basada en el idioma. No fue un episodio muy glorioso, porque la figura elegida como emblema de las

injusticias que por la discriminación lingüística recaen sobre el pueblo vasco, era un euskaldún de apellido Idiákez que en 1932 había asesinado a un republicano en Guetaria, y según testimonios nacionalistas posteriores era efectivamente culpable. Pero la propaganda nacionalista en 1933 hizo de él un símbolo del pueblo oprimido, condenado por no entender bien el jurado compuesto de euskaldunes la lengua del ocupante español. Finalmente fue absuelto, pero entre tanto se convirtió en una bandera de los sufrimientos vascos, hasta el punto de que fue propuesto por los de *Jagi-Jagi* para que encabezase la candidatura nacionalista por Guipúzcoa. El preso pasaba a ser el símbolo privilegiado de la opresión sufrida, y como tal había de ser enviado al Parlamento español. Un antecedente más.

En suma, iban encajando las piezas del *puzzle*, con los dos colores dominantes del independentismo y del recurso a la violencia. El principio de la indiferencia ante el marco político español y la estrategia de oportunidad política se combinaban en la definición de los planteamientos que constituyen el núcleo del nacionalismo radical versión *Jagi-Jagi*, el grupo precursor de ETA. Los patriotas vascos no tenían por qué preocuparse de lo que ocurriera en España, democracia, monarquía o dictadura, pues todas eran formas de opresión, pero la democracia ofrecía el mayor peligro, el de una captación hacia falsas vías como el autonomismo, y de paso creaba un marco más amplio donde ejercer acciones de mayor dureza. A más democracia en el Estado español, más intensos movilización y desenmascaramiento. Las elecciones juegan un papel secundario, y en todo caso el auténtico nacionalista no debe participar en las que llevan al Parlamento de Madrid. La lucha se desenvuelve en otro terreno. En el orgánico, intentando desplegar el máximo abanico de organizaciones sectoriales susceptible de impulsar a la sociedad civil, impregnándola de valores patrióticos, y en el de la acción, donde los militantes nacionalistas pondrán a prueba la paciencia del Estado, buscando el sacrificio y el martirio, emblemas decisivos para que el pueblo se convenza de la necesidad —política, moral, religiosa— de la confrontación decisiva por la independencia.

Paralelamente, esa apelación al pueblo se impregna de contenidos populistas y obreristas, referidos a los trabajadores

autóctonos, cuyo sindicato opta también por la independencia, reforzando de paso la orientación reivindicativa frente al doble conformismo de unos capitalistas proclives a la manipulación de los obreros y al acuerdo con el poder español. La denuncia del estatutismo ha de hacerse, en fin, en todos los frentes, ofreciendo como compensación la propuesta de un frente nacional, el cual, lógicamente habría de tener como meta la independencia.

En *Jagi-Jagi* se encontraba el germen de un movimiento político dispuesto a traducir los ideales sabinianos en una acción violenta contra la República, pero su desarrollo se vio cortado de cuajo por el predominio del autonomismo en la actuación política del PNV y en la expectativa de las masas nacionalistas. Su condición marginal se acentuó incluso con la nueva coyuntura surgida del levantamiento militar en España, pero esto es en realidad lo que había de preservar sus posibilidades de cara al futuro, ya que después de la victoria de Franco la expectativa autonomista resultó brutalmente eliminada. A la violencia de Franco, esto es, a la violencia española contra Euzkadi, tendría que responder la violencia vasca, y a la acción militar española, la lucha armada vasca. Ésta fue la lección principal que tomaron del *Jagi-Jagi* los jóvenes nacionalistas de los años cincuenta, amén del repertorio de actitudes ante los símbolos y de formas de acción a que podrán recurrir en apoyo de la misma posición política de base.

En la década de 1920, o quizás antes, una canción donostiarra evocaba ingenuamente las ventajas de la paz frente a una guerra colonial española que se llevaba lejos a los jóvenes. «Zertara joaten dira kintuak kaiera,/ ur gaziya besterik ez da parajea?;/ obe luteke joan San Bishente atzera,/ kixkurrakin erretako sardiñak jatera». ¿Para qué van los quintos al puerto, si allí sólo hay agua salada? Mejor estarían comiendo sardinas detrás de la iglesia de San Vicente. Ahora en 1936-1937, con la misma música, en el «Eusko gudariak…» los quintos pasivos se trocaban en soldados vascos, *gudaris* convocados a luchar, en pos de la *ikurriña*, ante la llamada del *irrintzi*, para liberar a Euskadi. El escenario de las guerras de liberación nacional ya no era de cartón piedra, y merced a la acción de unos generales antirrepublicanos, cobraba forma una nueva lucha que había de prolongarse mucho más allá de la derrota del Ejército vasco en junio de 1937. Lo advertía un mes antes el

fundador de las milicias vascas, Cándido Saseta, desde las páginas del semanario *Gudari*: «Todas las sugerencias que no procedan de nuestra independencia —de nuestro derecho a la libertad— han de ser rechazadas por todos los vascos. Si vencemos —y venceremos a no dudar— seremos libres».

Contra la ocupación

La fórmula de Gurutz Jáuregui proporciona la clave para entender la historia posterior: Sabino Arana había descrito erróneamente a Euskadi como un país ocupado por España, pero Franco hizo efectiva esa ocupación. Todas las exageraciones en que había incurrido el nacionalismo radical durante la República, menospreciando el papel de la democracia y describiendo una situación inexistente de represión pavorosa, se hicieron efectivas a partir de la guerra civil. La represión no fue cuantitativamente tan intensa como en otras zonas de España, pues en definitiva los nacionalistas eran gentes de orden, y para el nuevo régimen se trataba de extirpar el virus «separatista», no de exterminar a grupos sociales enteros de acuerdo con la operación quirúrgica que Franco anunciara para la izquierda española en noviembre de 1935. Pero no por eso faltaron los fusilamientos, las penas de cárcel, las depuraciones, la humillación en particular de las mujeres y los destierros, así como una prolongada persecución del euskera en la esfera pública, por no hablar de los símbolos nacionalistas, incluidos el *makilla* o bastón y la chaqueta de tipo *kaiku*. El propio nombre de Euzkadi o Euskadi quedó proscrito. Era un ensayo de erradicación de todo símbolo nacional que se había iniciado con éxito durante la guerra con el bombardeo de la Legión Cóndor que arrasó Guernica, la villa santa de los vizcaínos.

No había razones para que los muchos nacionalistas supervivientes en las provincias y en Navarra se sintieran atraídos por una dictadura empeñada en borrar para siempre su identidad. Por otra parte, el brillante papel desempeñado por las fuerzas carlistas en el Ejército de Franco no tuvo la menor recompensa política, y el carlismo fue diluyéndose con el tiempo, sumando con las nuevas generaciones su propia frustración a la del nacionalismo.

Los leales al régimen eran conocidos en pueblos como Azkoitia por los demás, algún carlista incluido, bajo la etiqueta de «los moros leales».

En cuanto al PNV, decidió no jugar baza alguna con las fuerzas que le quedaban en el interior, con el consiguiente efecto de ausencia de desgaste, pero también de frustración, confiando erróneamente en que la victoria de los aliados en 1945 se traduciría en la desaparición del franquismo. Así que las cosas iban, dentro de lo posible, bien y mal al mismo tiempo. Mal porque la dictadura se consolidaba y los vascos, igual que les ocurría a los demás españoles disidentes, contemplaban con desesperación el paso del tiempo; bien porque la ideología lograba ser transmitida, y ya sin la competencia del carlismo. El PNV nunca había centrado su labor en la esfera política, y sí en la sociabilidad, de modo que la supresión de las organizaciones no impedía que la familia, la cuadrilla y en parte la Iglesia, actuasen sin demasiados problemas transmitiendo los valores, las aspiraciones y los mitos anteriores a 1936, reforzados incluso por la prohibición de que eran objeto.

El retroceso del euskera, la nueva oleada inmigratoria de los años cincuenta —los «coreanos»— contribuían al renacimiento de un agonismo sabiniano. Además, el peligro de que esta inquietud fuera canalizada por las vías de la democracia antifascista resultaba alejado por el hecho de que la comunidad nacionalista mantenía el cierre hacia el exterior, a lo que contribuyó la peculiar posición del PNV. Lejos de reconocer que la guerra de 1936-37 había sido secundariamente una especie de contienda civil entre vascos, con los carlistas agrediendo a los nacionalistas y a la República, los medios del PNV intensificaron la vieja propaganda favorable a las guerras carlistas en cuanto antecedentes de su propia posición política, tendiendo de paso a ver en la República un régimen que primero no comprendió las aspiraciones vascas y luego dejó de prestar ayuda suficiente durante los once meses de resistencia. Una curiosa memoria, o desmemoria selectiva, mediante la cual Zumalacárregui o el cura Santa Cruz, los antecedentes de las Brigadas Navarras que entraron en Bilbao, mantenían sus hornacinas en el santoral prenacionalista. Espartero seguía siendo, y lo será hasta los tiempos de Arzalluz, el malo de la película. Los carlistas podían de este modo ser recuperados y los demócratas

españoles considerados una relación poco deseable, a pesar de la alianza política anudada entre PNV y PSOE desde 1936. La experiencia de la guerra se constituirá en referente fundamental, pero como invasión de Euskadi por España, dejando al margen la cuestión del carlismo, la incorporación de tantos vascos y navarros a la causa de Franco.

Nada tiene de extraño que el ideario *Jagi-Jagi*, con sus raíces sabinianas, recuperase sin dificultades su papel como vivero de ideas del nacionalismo radical. El franquismo venía a probar el carácter opresor del dominio de España sobre los vascos, los españoles mostraban su verdadera faz como siervos de tiranos y opresores de otros pueblos, los medios legales resultaban inútiles y había que recurrir al sentimiento patriótico para producir por los medios que fuesen una oposición nacionalista cuyo punto de llegada fuera, una vez más y más que nunca, la lucha definitiva por la independencia. Sólo que para relanzar esa lucha había que actualizar bastantes cosas. La guerra mundial había invalidado los planteamientos racistas y tampoco había nadie en Europa occidental que admitiese la licitud de una lucha por la independencia dentro de los Estados existentes. Y menos una lucha armada como la que exigía el antecedente *Jagi-Jagi* y sabiniano. El propio Sabino aparecía a estas alturas como una figura claramente anacrónica. ¿Qué hacer entonces?

Según explicará más adelante con todo detenimiento Gurutz Jáuregui, es aquí donde entra en juego, poco después de nacer ETA, la obra de un filólogo bilbaíno de origen alemán, Federico Krutwig, quien en 1963 publica en Buenos Aires su libro *Vasconia* bajo el pseudónimo vasquizado de Fernando Sarrailh de Ihartza. No es que los futuros etarras bebiesen literalmente los contenidos del libro, ni que se tomaran en serio las delirantes consideraciones acerca de la extensión de una Vasconia que comprendía según sus mapas repintados desde Burdigala (Burdeos) hasta los suburbios de Zaragoza y de Soria. Pero como en el caso de la obra de Marx, lo que cuenta es la renovación del enfoque, haciendo presentable lo impresentable, e introduciendo un cambio de fachada decisivo en lo que él llamaba el «aranismo» (sabinianismo hasta 1936). Ese cambio consiste en abandonar el caparazón inservible de la raza, trazando sin embargo una divisoria igualmente rígida en torno al

idioma, visto desde una perspectiva etnicista como el alma de los pueblos. De ahí no nace, empero, una mayor tolerancia: donde antes estaba el *belarrimocha*, está ahora el *euskeldunmocha*, el que no sabe euskera o no aspira a aprenderlo. La sanción es la misma que Sabino aplica a los *maketófilos*, en su calidad de traidores más indignos a la patria: el *lehendakari* Leizaola debiera ser fusilado por la espalda, ya que no enseñó el euskera a sus hijos. «No hay duda de que un vasco castellanizante —escribe Krutwig—, por muchos apellidos vascos que lleve y por mucha conciencia independentista que posea, si no domina el euskara y no lo emplea corrientemente, es menos vasco que un euskaldún que se sirva de esta lengua, por más que no tenga ni un solo apellido vasco».

En *Vasconia*, la recusación brutal del otro se mantiene; así que adaptando el concepto elaborado por Mona Ozouf para designar la transferencia de sacralidad desde la monarquía del Antiguo Régimen al nuevo orden de la Revolución francesa, cabría en este caso hablar de una transferencia de discriminación. El fondo racista permanece, bajo la máscara. La meta no cambia: aquí Vasconia, fuera España y Francia. Y las consecuencias se ponen a la altura de los tiempos, salvando de paso esa molesta situación creada por la inmutabilidad de las fronteras europeas. El caso vasco es asimilado por Krutwig a las luchas de liberación nacional en lo que pronto ha de llamarse el Tercer Mundo, por sufrir una opresión colonial que ejercen Francia y España. Desde un punto de vista objetivo, la apreciación es disparatada, pero sirve para proponer sin más problemas la aplicación a Vasconia de los esquemas revolucionarios de un Mao o del FLN argelino, en el cual posiblemente se apoya para recomendar que policías y militares españoles sean degollados, en el marco de una acción implacable de «terrorismo selectivo» (sic).

El proyecto es claro, sólo la lucha armada llevará a la independencia, y únicamente cabe pactar con el enemigo las modalidades que rodearán la obtención de tal fin: «Antes o después, el pueblo oprimido que tenga la firme voluntad de alcanzar los derechos naturales de su persona tendrá que valerse de la fuerza de las armas, es decir, del empleo de la violencia para que su derecho natural sea reconocido. Es una argumentación falsa la de los políticos que pretenden hacer ver que las negociaciones pueden

traer la independencia nacional. Las negociaciones están bien cuando las armas hablan, están bien para que callen cuanto antes. Nadie más que un pueblo sometido, que tiene que empezar a reconstruir su propia alma nacional, tendrá interés en que las armas callen, en que se llegue a un estatus en que el antiguo opresor reconozca la soberanía nacional de su antigua presa». Las líneas maestras de lo que ha de ser la estrategia de ETA por espacio de cuatro décadas quedaban perfiladas definitivamente. La lucha armada nacionalista se justificaba desde una concepción de la guerra, de contenido terrorista, que muchos vascos habían de vivir situándose voluntariamente en el plano imaginario, no ya como herederos de las luchas carlistas, sino como partícipes de un movimiento revolucionario de liberación nacional, mucho más gratificante en el ambiente juvenil de los años sesenta. Lo esencial permanecía: el nacionalismo sabiniano, aparentemente difuminado, matriz de una religión política de la violencia antiespañola.

No nos corresponde aquí describir la aparición en escena de ETA, a partir de 1959, ni reconstruir su ideología. De ello se ocuparán los demás autores de este libro. Bastará con proponer el análisis de ETA desde el punto de vista de la formación de una minoría activa, que muy pronto es consciente de que su papel fundamental consiste en suscitar un movimiento político de mayor amplitud que permita alcanzar el objetivo de la emancipación política vasca. De ahí que sus atentados tengan, de forma muy clara a partir del asesinato del policía Melitón Manzanas, en Irún, el 2 de agosto de 1968, un doble carácter: se trata, por un lado, de poner en marcha la lucha armada contra el Estado opresor, en su forma de dictadura franquista, y por otro de practicar lo que los anarquistas llamaban «la propaganda por el hecho», es decir, de mostrar mediante el acto terrorista al conjunto de la sociedad tanto la fuerza del movimiento de liberación como la vía a seguir para alcanzarla.

No faltaban los recursos disponibles para poner en marcha la lucha terrorista en la década de 1960. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el terrorismo había sido uno de los componentes imprescindibles de las grandes luchas de liberación nacional, desde el Irgún israelí hasta el FLN argelino. Las técnicas y los medios, con el comercio clandestino de armamento, se encontraban en un mercado abierto del que se aprovecharán los practicantes de la

lucha armada, si bien todo indica que en los primeros años había una extrema penuria de armas. En el plano ideológico, fue también el cenit del prestigio revolucionario de ese tipo de luchas, con las leyendas de Mao y del Che, la mitificación del FLN argelino, la guerra antiimperialista de Vietnam. ¿Por qué no ensayar la reproducción en Euskadi de esas sendas gloriosas? El camino no fue fácil, porque esa deriva lo era también hacia el socialismo y el marxismo, lo cual encajaba mal con una mentalidad de fondo conservador de nacionalistas tradicionales, aunque éstos aceptaran el activismo. En todo caso, con la V Asamblea, a principios de 1967, ETA encontró el punto de mira ideológico que a través de muchos vaivenes posteriores había de mantener: el doble objetivo de la liberación nacional y social de Euskadi por medio de la lucha armada.

La incidencia positiva de tales variables externas actuaba sobre el fondo de recursos del propio movimiento nacionalista. El primero, la conservación de una base social fiel a la ideología vencida en 1937, y que de un modo u otro, con más o menos reservas, hizo posible la transmisión por vía familiar del testigo patriótico. Además, el enlace simbólico era inmediato y de gran intensidad: había que vengar la doble derrota, de la madre Euskadi y del padre físico a manos de una dictadura española, empeñada en mostrar toda su negatividad con la persecución de la lengua y de los símbolos nacionales. La supervivencia nacionalista, con el respaldo de la mentalidad religiosa, y la inactividad del nacionalismo tradicional, explican que el sentido de «acción» (*ekin, ekintza*) sea clave para explicar la actitud de los jóvenes, desde la primera disidencia frente al PNV a la puesta en marcha de la lucha armada. Con el desarrollo de ésta, y también de una represión espectacular en sus modos públicos y en el recurso a la tortura, ETA irá ganando otra baza importante, la de la solidaridad del tejido social vasco, activando los resortes de la cohesión interna que ya conocemos desde el Antiguo Régimen, tanto en el sentido de la solidaridad —los etarras al ser detenidos gritan su condición para que la gente les ayude a escapar, los vecinos dan refugio, etc.—, como en la asunción posterior de la causa de ETA como causa propia, poniendo así en marcha los mecanismos de control y punitivos sobre el otro que también conocemos del período preindustrial de la historia

vasca.

Además, con la dictadura y sus métodos cobra operatividad el modelo simplificado y agresivo de nacionalismo sabiniano, codificado antes de 1936 por los de *Jagi-Jagi*. Euskadi frente a España, ningún punto intermedio autonomista que no sea liberación total de la patria, compromiso religioso del militante dispuesto a convertirse en mártir, recurso al patrón irlandés, populismo y obrerismo. La coyuntura económica de los sesenta, con su fuerte crecimiento económico y el incremento en flecha de la conflictividad social, favorece esta dimensión obrerista de la primera ETA, incluso alianzas ocasionales con el PCE y el trabajo en Comisiones Obreras. El racismo clásico desaparece, pero transformado en una discriminación no menos tajante frente al que no asume las reivindicaciones nacionales vascas. Incluso en los jóvenes de procedencia nacionalista —EGI, Juventud Vasca— sigue imperando un fondo visceralmente anticomunista, so pretexto de que lo esencial es la vertiente militar de lucha contra España. Pero el balance no será nulo: la rendija abierta a la clase obrera por los *Jagi-Jagi*, vuelta a utilizar en los sesenta, se convierte en un camino de captación cuyas dimensiones se irán ensanchando en el futuro. El fondo seguía siendo sabiniano, pero la fachada era otra, y de hecho la mayoría de los militantes o simpatizantes de ETA rechazarán airadamente la adscripción a lo que era de hecho el núcleo de su ideología.

Sin embargo, la oscilación del péndulo entre izquierdismo y nacionalismo no sólo permitió ensanchar el horizonte ideológico de la primera ETA. Fue también el origen de tensiones internas recurrentes que se tradujeron en sucesivas escisiones y que al final de la década, con los éxitos logrados en 1968-1969 por la represión policial, amenazaron incluso la supervivencia del movimiento. Tuvo que ser de nuevo una variable externa lo que salvó la situación. El juicio militar contra los dirigentes etarras acusados de la muerte de Manzanas culminó en el consejo de guerra de Burgos cuya secuela inmediata estuvo a punto de ser un rosario de ejecuciones. Éstas no llegaron, y sí en cambio se produjo una enorme oleada de solidaridad española e internacional frente al imperio de la muerte que pretendía restaurar el franquismo. La escena final, con los militares perdiendo los nervios y enarbolando sus sables, mientras

los condenados entonaban el «Eusko gudariak…» fue decisiva para el prestigio de ETA. Encarnaba simbólicamente al pueblo vasco y al único adversario que se atrevía a desafiar abiertamente a la tiranía militar, española por más señas. Era el prólogo del nuevo salto de prestigio que se deriva en diciembre de 1973 del asesinato de Carrero Blanco. «Voló, voló, Carrero voló», celebrarían más tarde los jóvenes vascos en una canción que reproducía simbólicamente la voladura del automóvil, lanzando todo tipo de objetos al aire. Era ETA la que hería de muerte a la Dictadura, y ello hizo que algunos comunistas especialmente apegados al activismo decidieran, como Alfonso Sastre en un plano y su compañera Eva Forest en otro, apoyar las *ekintzas*, si bien el resultado no tuvo nada de glorioso. Fue la matanza de la calle del Correo, que en 1974 recordó a muchos que bajo el aparente antifascismo lo que había era una decidida voluntad de actuar a cualquier precio, incluso el del horror.

La larga agonía del franquismo resultó decisiva para la consolidación de ETA, aun cuando los enfrentamientos internos y las rupturas fueran más fuertes que nunca. La organización se recuperaba, a lomos de su prestigio, y también lo hacían las *ekintzas* sangrientas —aunque los asesinatos no alcancen cifras significativas hasta 1974-75 y la represión pareciera imponerse cuantitativamente. Los secuestros, terminados más de una vez con la muerte de la víctima, comenzaron a cobrar importancia. Pero sobre todo fue la imagen de un País Vasco ocupado por unas fuerzas del orden torturadoras lo que había de pasar al futuro. Los fusilamientos de septiembre de 1975 cerraron simbólicamente esa imagen que venía a justificar la intensificación de la lucha armada.

… herria zurekin!

La transición democrática no supuso el fin de ETA, sino la supervivencia, y a escala ampliada, de las acciones terroristas. Si en 1975 hubo dieciséis personas asesinadas por ETA, en 1978 llegaron a ser setenta y cuatro y en 1980, noventa y tres. En su mayoría, militares y policías, pues el planteamiento de la organización continuista ETA militar —pues el otro sector, ETA político-militar,

inició una reconversión política— descansaba sobre el supuesto de que la democracia española no era tal, primero porque sobrevivía la dominación de España sobre Euskadi, y segundo porque la transición era sólo aparente, manteniéndose como eje del sistema los «poderes fácticos» —ejército, policía— del franquismo y contra ellos había que actuar preferentemente hasta forzar su voluntad. Hay que decir que por espacio de más de una década, esta interpretación encontró una base en la persistencia de las violaciones de los derechos humanos por parte de las llamadas fuerzas del orden, especialmente respecto de los terroristas vascos. Incluso tras iniciar desde las mismas un terrorismo anti-ETA, con un llamado Batallón Vasco-español, la llegada al gobierno del PSOE a fines de 1982 fue seguida de la puesta en marcha de una trama de terrorismo de Estado, en que se implicaron altos cargos del Ministerio del Interior, policías corruptos y simples matarifes a sueldo, sin olvidar para el caso Lasa y Zabala verosímilmente también mandos importantes de la lucha antiterrorista en la Guardia Civil. Los veintisiete muertos logrados entre 1983 y 1988 por los GAL, que así se llamó la banda en cuestión, constituyeron un espléndido apoyo a las argumentaciones de ETA y sus simpatizantes acerca de la inexistencia en España de un Estado de derecho. Por supuesto, cuando éste se puso en marcha para encontrar y castigar a los culpables de los GAL, la apreciación anterior no se modificó lo más mínimo.

La continuidad de ETA tuvo lugar bajo el signo de la militarización. El debate ideológico cedió paso a la máquina de matar. Shabad y Llera subrayan los cambios sociológicos. Hubo más inmigrantes, que además cometieron las *ekintzas* más sanguinarias. El eje se desplazó de los estudiantes y clases acomodadas a la expresión del malestar en la crisis económica. Y de Bilbao y su área hacia Guipúzcoa, de las capitales al medio rural.

En la década de 1980, ETA consiguió por fin una articulación satisfactoria de sus diversas estructuras. En el terreno de la acción terrorista, hasta bien entrada la década el santuario francés permitía situar la infraestructura económica, logística y de dirección, sin demasiados problemas. El desmantelamiento de la casa Sokoa, en Hendaya, con su gran *lauburu* en la fachada para que nadie se equivocase en caso de visita, no llega hasta 1986. «Localícenos en

los medios vascos de San Juan de Luz», se decía más o menos en cartas destinadas a obtener el pago del llamado «impuesto revolucionario». Éste y los secuestros proporcionaban los fondos para el costoso mantenimiento de comandos y adquisición de armamento. En el plano político-social, la conocida capacidad del nacionalismo para las movilizaciones sectoriales se aplicará aquí con especial intensidad a campos específicos, como serán los presos (Gestoras pro Amnistía, Senideak) o los jóvenes activistas (Jarrai). El sindicato LAB fundía las ideas pro-ETA con la actuación reivindicativa, aproximándose cada vez más al hermano mayor próximo al PNV, ELA. Las instituciones de todo tipo, con especial énfasis en lo cultural, garantizarán la presencia del nacionalismo radical en una sociedad vasca que ve en las *herriko tabernas*, tabernas del pueblo, unas felices sucesoras de los *batzokis*. El tejido social se impregna de radicalismo *abertzale*, que obedece a las consignas políticas de la coalición Herri Batasuna, fiel seguidora de las indicaciones de ETA.

En fin, el enlace queda garantizado por la Koordinadora Abertzale Socialista (KAS), que pasará a primer plano tras la caída de la cúpula de Bidart. El enjambre de organizaciones seguidoras de ETA será conocido como MLNV, Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

Si hay disidentes, han de escurrirse como puedan y en silencio pactado (caso de la minicrisis que sigue al atentado de Hipercor): en la primera transición, el asesinato —con posterior desaparición del cadáver— del *polimili* renovador Pertur, enseñó a todos el precio que pagaría quien se atreviera a formular abiertamente las propias ideas. Más tarde, el asesinato de Yoyes demostraría que nada, ni la propia supervivencia en silencio, podría realizar un militante sin el permiso de ETA. Fueron muertes ejemplares que cortaron de cuajo todo intento de disidencia o de huida voluntaria. Como compensación, las movilizaciones, casi siempre por la reafirmación de los objetivos (independencia, euskera) o por los presos, favorecen el estrechamiento de los vínculos de cohesión entre los militantes y simpatizantes.

Cobra forma, en consecuencia, una «constelación ETA», con un sistema de planetas y satélites en torno al centro solar, fuente de símbolos y de decisiones, que es la banda. Una nueva versión del

«pueblo en marcha» que ya diseñó el PNV en los años treinta. La microsociedad del radicalismo *abertzale* se expresa en las movilizaciones y en las fiestas, siempre teñidas del aire macabro que proporciona el reinado de la muerte impuesto por ETA. Protestas por presos y muertos en enfrentamientos con la policía, mártires de la patria, que justifican el recurso a la violencia callejera en cada celebración. La *ekintza* sangrienta de ETA nunca se lamenta: está justificada de por sí, sea cual fuere el grado de barbarie, y llegado el caso se exhiben las propias víctimas como justificación. Si ETA comete un secuestro, los presos terroristas se convierten para la propaganda en secuestrados por España. Lo esencial es mantener la impresión de una guerra imaginaria en la que la voluntad inquebrantable de los vascos hará ceder a los opresores. Como en las leyendas románticas, y para que el enlace no sea sólo implícito, los rituales de HB incluyen siempre la evocación del armónico país vasco tradicional, con sus niños disfrazados de caseritos e hilanderas, los deportes rurales, el *aurresku* y la *txalaparta*, amén de la evocación de la gloria patria que venga al caso, como puede ser en Navarra la batalla de Noain que en 1521 consagró la pertenencia a Castilla, o la de Roncesvalles, mientras se alza el pendón del *arrano beltza*, el águila negra. De poder asistir al espectáculo, Sabino lloraría de emoción ante la fidelidad a sus planteamientos. Como ha sugerido recientemente Félix de Azúa, son los mitos de un idílico país rural que se transforman en un ritual de apología de la muerte, una auténtica metamorfosis de lo siniestro.

En ese engranaje, la comunicación social juega un papel destacado, y en ella la centralidad correspondió sin duda al diario *Egin*. Amén de su posible papel en la transmisión de consignas o en la elaboración de informaciones para la ejecución de las *ekintzas*, el diario emitía día a día con suma coherencia el mensaje doctrinal de una ideología *völkisch*, de apariencia progresista, con unos ejes inequívocos. Respecto de la política vasca, demostración de la incompatibilidad en todos los campos de un desarrollo libre de Euskal Herria con las acciones de España y el gobierno español. Denuncia de actos de represión. Crítica a los nacionalistas moderados y llamamiento al PNV para que abandone las relaciones con los partidos españoles y sea un auténtico partido patriota. En fin, presentación de los actos de ETA, de cualquier naturaleza que

sea, como encaminados a la paz, buscando la resolución «democrática» del «contencioso» con España; simétricamente, denuncia de la intransigencia del «enemigo», lo que a su vez explica los actos de violencia supuestamente espontánea realizados por «el pueblo». Respecto de la política internacional, que no cuesta, adhesión a las causas del Tercer Mundo, denuncia del imperialismo capitalista y, de ser posible, elogio y exposición de las tácticas de grupos que actúan mediante la lucha armada. La que desarrollan los patriotas vascos encuentra así una doble justificación, en la opresión española y en lo que dictan los mandatos de la justicia a escala internacional.

No hay que olvidar, empero, las vertientes de captación de clientela social y de vinculación con los elementos tradicionales de la ideología. En lo primero, *Egin* estuvo siempre muy atento a las formas de cultura juvenil, presentando como ideal vasco algo muy diferente del soñado *baserritarra* del PNV: un joven ansioso de contracultura y revolución que encuentra su lugar en la *borroka*. Los temas obreros son asimismo objeto de atención, habida cuenta de la presencia de LAB y a favor de la orientación burguesa del resto de la prensa vasca. En los primeros años, la vertiente prosoviética fue ocasionalmente acusada, en especial al calor de las buenas relaciones entre HB y el PC prosoviético, creado desde la embajada de la URSS por Ignacio Gallego, pero tras la caída del muro prevalecen más los aspectos críticos que la referencia a utopías constructivas, con la excepción de Cuba.

Revolución y ruptura cultural por un lado, pero también tradicionalismo. Información exhaustiva y obsesiva de deportes, con patriotismo vasco por doquier, y como telón de fondo regreso, pelotaris y traineras mediante, al fondo agrario, rural, donde se revela la esencia de lo vasco. Las biografías de los etarras describen siempre chicos de pueblo, aunque sean de ciudad, simpáticos, *jatorras*, ejemplo de las virtudes exigidas en el mundo rural tradicional. De ahí también la fusión de la fiesta, momento supremo de expresión de los impulsos que llevan a los vascos a permanecer fieles a sus costumbres, derrochando alegría y felicidad, mientras en la vertiente de *borroka* atienden al deber patriótico. Hemos cumplido el regreso a los orígenes.

En *Egin* culmina, en fin, toda una estrategia del discurso,

tendente como es lógico a encubrir el horror de la lucha armada, y llegado el caso a satanizar al más pacífico de los «enemigos». El control de las designaciones, y la consiguiente inversión deliberada de los significados, presiden invariablemente editoriales y noticias de acuerdo con un código inmutable. Como en el caso del «lazo azul»: pacifismo es hipocresía y complicidad con la opresión, legitimación de la violencia de las fuerzas de ocupación españolas; en tanto que terror es democracia. Es una orientación que alcanza su máximo desarrollo en los años noventa y que remite a los procedimientos del famoso «Arbeit macht frei» que presidía Auschwitz. A fin de cuentas, se trata de sostener un imaginario tan armónico como cargado de violencia, y ello sólo puede lograrse rompiendo los puentes con el conocimiento de lo real.

Final para seguir: txanpas

Cuando en una playa hay un fuerte oleaje, pero también una fuerte resaca, el único medio para volver a la orilla, después de adentrarse en el mar, consiste en montarse sobre la ola, lo que suele llamarse «coger una *txanpa*». La imagen puede ser útil para entender la táctica utilizada por ETA por dos veces en los últimos diez años: ante una situación abiertamente desfavorable desde el punto de vista de evolución de la lucha armada, no ha intentado seguir braceando inútilmente contra la resaca, sino que ha buscado la ola que la llevase a una posición más propicia. Hay que decir que para lograrlo hubo de contar con la ayuda prestada desde la orilla por el nacionalismo democrático. Sin el salvavidas que le fue lanzado en la segunda ocasión, toda su habilidad natatoria hubiese resultado seguramente inútil.

La cooperación policial hispanofrancesa desempeñó un papel fundamental en el desmantelamiento de las estructuras de ETA en 1992. La caída de la cúpula de Bidart hizo incluso surgir la perspectiva de un punto de llegada policial al terrorismo. Ello provocó un giro táctico, pronto acompañado de una paulatina reorientación del PNV hacia lo que Joseba Egibar llamó «sacarles del pozo». El nacionalismo democrático comenzó a actuar, desde la resolución favorable a ETA, gracias a la ayuda externa, del

contencioso sobre el trazado de la autovía de Leizarán, en un sentido de creciente integración de HB en el sistema político, como si la supervivencia del nacionalismo radical de base terrorista fuera un dato positivo para su propio proyecto político. La ronda de conversaciones PNV-HB, a partir de junio de 1992, comenzó a diseñar un tipo de relaciones en que la discrepancia sobre los medios no impidiera la manifestación de coincidencias de fondo sobre «la construcción nacional». El MLNV, aglutinado en torno a ETA, era el adversario, no el enemigo. Al avanzar las relaciones, de ser fiable una famosa filtración, Arzalluz habría incluso esbozado un reparto de tareas: unos sacuden el árbol y otros recogen las nueces caídas. Cierto o no el episodio, el PNV iniciaba la deriva hacia el acuerdo con ETA que culmina en agosto, de 1998.

En 1993, la reconducción de la estrategia por KAS y ETA partirá de reconocer la difícil situación creada por el descabezamiento. Inevitablemente, menos atentados pero «de calidad» (lo que culminó en el infame asesinato de Francisco Tomás y Valiente, en febrero de 1996), amenazas contra los medios de comunicación hostiles y, por fin, búsqueda de una compensación a la debilidad del terror, imponiendo al modo nacionalsocialista el reinado de la violencia propia sobre el espacio público vasco. Como resultado, el potencial de la juventud proetarra para perturbar la vida cotidiana, articulado desde 1990 en los «grupos Y», fue utilizado más allá de la «guerra festiva», gracias a la cual, las fiestas de cada pueblo se convertían durante el verano en campos de batalla ocasionales y en espacios de afirmación de la simbología nacionalista. Ahora la *kale borroka*, la lucha de calles, servirá al doble efecto de mostrar mediante actos recurrentes de vandalismo la imposibilidad de una vida normal en los pueblos y de poner de relieve la vulnerabilidad de aquellos vecinos conocidos por la adscripción a organizaciones españolistas. Los atentados se hicieron selectivos, siempre con ese objeto de mostrar al «enemigo», en este caso el Estado español, que más valía rendirse a la evidencia y ceder a lo que en 1995 se llamó por ETA «la alternativa democrática», es decir, una autodeterminación controlada desde los *abertzales*, con elementos simbólicos tales como la previa «salida de las fuerzas de ocupación», que indicaban el resultado inexorable de la consulta. Para subrayar el carácter democrático de su política, ETA intentó asesinar al

candidato de la oposición, José María Aznar, coincidiendo con la publicación de su propuesta. La escalada en el crimen político selectivo fue acompañada de secuestros de industriales para recabar fondos e inducir al pago del impuesto revolucionario.

El inconveniente de esta estrategia fue que suscitó una amplia movilización social en Euskadi contra las extorsiones y los asesinatos. El «lazo azul» y las manifestaciones silenciosas demostraron que los pacifistas estaban dispuestos a disputarle a los partidarios de ETA el uso del espacio público. Era algo que no podían tolerar y su réplica fueron las contramanifestaciones con consignas pro-ETA y a favor de la supuesta liberación de Euskal Herria que había de producir la alternativa democrática. Y las agresiones y amenazas. Con la *kale borroka*, el movimiento nacionalista pro-ETA se lanzó por una senda de intimidación y violencia urbana programada que le emparentó inevitablemente con el antecedente del nazismo. Siempre con los recursos de captación e inversión de significados, como al elaborar el lema de que «los asesinos llevan lazo azul». El PNV adoptó una elusiva posición de equidistancia, contra la violencia, pero viendo con disgusto que alguien no nacionalista intentara disputarle la calle a los patriotas. Y con el pretexto de celebrar el centenario del partido, Arzalluz hizo renovar a los militantes el juramento del fundador, haciendo constar en su texto que los vascos de ambos lados del Pirineo, unidos supuestamente por su voluntad y por la historia, no aceptaban otra soberanía que la propia. El «soberanismo» del PNV, todavía reservado, convergía en espacio y objetivos con la independencia de Euskal Herria reivindicada desde ETA y HB.

Tras la victoria electoral del PP, éste se convirtió en el objetivo prioritario. La historia es conocida, hasta el asesinato de Miguel Ángel Blanco y las grandes movilizaciones anti-ETA que siguieron. Por vez primera, HB corrió un riesgo real de aislamiento en la propia sociedad vasca. No obstante, pronto encontró sorprendentes apoyos indirectos en intelectuales (Miguel Herrero de Miñón, Manuel Vázquez Montalbán), que pasaban por alto los buenos resultados que iba dando en Francia el aislamiento del Frente Nacional de Le Pen y desautorizaban con unas u otras palabras el «espíritu de Ermua». El PNV e IU se montaron rápidamente en el carro, el PP hizo también lo suyo al intentar la capitalización

partidista del movimiento unitario, y éste perdió fuerza. Pero la presión policial y judicial sobre ETA y HB se incrementó hasta el punto de descabezar a HB, con su Mesa Nacional en la cárcel, y privar al movimiento de su pieza clave de comunicación, *Egin*. Era imprescindible tomar una nueva *txanpa* y escapar del remolino en que la izquierda *abertzale* estaba a punto de quedar sumida.

Una variable externa favoreció el nuevo viraje: la negociación del Ulster pareció resolver un conflicto cuyos datos y cuya resolución no se parecían en nada al vasco. Pero contaban dos cosas, aislables de todo el resto: negociación política con los terroristas para la paz, reconocimiento a largo plazo de la autodeterminación para Irlanda del Norte. Lo suficiente para unir posiciones entre PNV y ETA, y descalificar de paso la actitud del Gobierno español. Era un banderín de enganche unitario fácil y convincente. Solamente faltaba que el PNV, acompañado de EA, diese el paso decisivo, reconduciendo su soberanismo hacia el objetivo de la unificación e independencia de Euskal Herria como objetivo político de todos los *abertzales*. El frente nacional estaba creado y por el pacto secreto de agosto de 1998 los nacionalistas demócratas se comprometían a utilizar su control de recursos políticos legales para servir al objetivo común. El brazo político de ETA, rebautizado para la ocasión como Euskal Herritarrok, nueva etiqueta para el producto de siempre, subrayaría el carácter legal y democrático de sus actuaciones, respaldando a PNV y EA de modo que éstos no tuviesen que recurrir a los partidos españolistas. Y por si acaso, el terrorismo de baja intensidad mantendría su presión para que todos supieran quién era el amo de la situación en Euskadi. ETA podía hacer la espectacular entrega de calidad que representaba la tregua indefinida, viendo de hecho reconocido su liderazgo real, aunque encubierto, en el complejo de organizaciones *abertzales*.

La *txanpa* llevaba en este caso directamente a la orilla, pues ETA no contaba ya solamente con un peón muy eficaz en HB o EH, con todos sus instrumentos de actuación legal dentro de la sociedad y de la política vascas, sino con el propio Gobierno vasco y los dos partidos democráticos PNV y EA como agentes encargados de promover, con el respaldo de EH, la superación de las ataduras constitucionales y estatutarias para desde el «marco de decisión»

vasco ir a donde siempre se había propuesto. Sólo el carácter muy minoritario del nacionalismo en el País Vasco francés y el menos acusadamente minoritario, pero sin perspectivas de mejora sustancial, en Navarra, ennegrecían el panorama. Para soslayar pronto el inconveniente de que el País Vasco urbano era poco proclive a la aventura, una Asamblea de Municipios, inspirada en el mito de la «democracia vasca» del Antiguo Régimen, haría parecer abrumadora la mayoría de los independentistas. Sólo que en ese camino feliz, los resultados electorales no acompañaron a las expectativas, ni de ETA, ni del PNV. El juego de «ilusión» e intimidación arrojó una corta mayoría nacionalista, tanto en octubre de 1998 como en junio de 1999. La estrategia quedaba bloqueada y si el tiempo seguía pasando con la tregua, la paz sería irreversible sin que el frente nacional hubiera alcanzado sus objetivos.

Desde esta perspectiva, recompuesta en lo posible la organización tras el descanso logrado, ETA debía romper la tregua, y así lo hizo. Aunque no pudiera confesarlo, también el PNV requería escapar a un callejón sin salida, donde en cada nueva consulta perdía votos y veía acercarse a EH. El rosario de comunicados de ETA entre septiembre de 1998 y noviembre de 1999 no deja lugar a la duda. Como el último recuerda claramente al PNV, no es cuestión de paz, no se trataba de «un proceso de paz sin contenido», sino de «construcción nacional», esto es, de independencia. Los presos ocupan un lugar secundario y lo que plantea ETA al Gobierno español para una eventual negociación es pura y simplemente un ultimátum de rendición. El Gobierno tendría que aceptar el procedimiento, la fórmula y la gestión que «Euskal Herria», es decir, ellos, adoptasen para conocer «la voluntad que libremente expresará», liberar de antemano a los terroristas presos y sacar a las «fuerzas extranjeras españolas del País». En suma, podía negociarse el horario de trenes para la salida de los ocupantes extranjeros. De otro modo, ni siquiera reanudaría los contactos. No aceptar semejante ultimátum es lo que se ha venido conociendo como «inmovilismo». El PNV no se pronunció sobre la declaración de su aliado y siguió volcando sus críticas contra Madrid.

A partir del 3 de diciembre de 1999, y en particular tras el atentado mortal del 21 de enero, ETA puede compensar su posible

debilidad potencial para las acciones terroristas con esa indudable ventaja política, surgida exclusivamente del alineamiento del PNV, fiel a la alianza de Lizarra a pesar del regreso de la muerte. Habrá evidentemente fricciones, pero de momento queda diseñada una división del trabajo, mediante la cual los partidos del frente nacional siguen esgrimiendo el objetivo de «paz», léase soberanía vasca, como si ETA no actuase, pero contando con la indudable presión que supone su presencia activa; ETA actuará lo necesario para insistir en la simple idea de que nunca va a permitir un desarrollo pacífico de la vida política vasca en régimen de autonomía, y la *kale borroka* en sus distintas variantes mantendrá la intimidación. Cuenta también el cansancio de los demócratas, tanto vascos como españoles en su conjunto, prefiriendo muchos ignorar que una negociación entablada en los términos actuales es una rendición de la democracia, pues el resultado final se encuentra preestablecido por los componentes del frente *abertzale* y debe ser para ellos la única salida de dicha negociación. Los vascos guerreros, los auténticos vascos, impondrán si les dejan su ley a los ciudadanos vascos. No en vano el último documento de Euskal Herritarrok, en su proyecto de «democracia vasca», plantea la justificación histórica del supuesto deseo unánime de los vascos por la independencia con una secuencia de acontecimientos que culmina en Guernica 1937, pero que arranca ni más ni menos que de Roncesvalles/Orreaga, la victoria de los vascones contra Carlomagno. El mito nacido de las guerras románticas se convertirá entonces en realidad política.

Primera Parte

ETA: nacimiento, desarrollo y crisis (1959-1978)

Capítulo I

La crisis del nacionalismo en la posguerra y el nacimiento de ETA

El 31 de julio de 1959, un grupo de jóvenes nacionalistas, de clase media urbana, estudiantes en su mayoría, iban a crear un nuevo movimiento con las siglas ETA. Era el día de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, una orden religiosa que había servido de modelo de organización a Sabino Arana, el padre del nacionalismo vasco. Es probable que los reunidos no estuvieran al cabo de la calle del valor simbólico de la fecha; tampoco nadie, ni ellos mismos, hubieran podido imaginar la trascendencia de lo que estaban pariendo, a medio y largo plazo. Pero algo nuevo estaba en marcha, un nuevo movimiento nacionalista que no se quedaría varado, casi sin salir de *boxes*, como el antiguo *Jagi-Jagi* u otras expresiones radicales que, al margen de disensiones puntuales, no habían alterado en lo sustancial el orden de la casa paterna.

Tampoco ETA lo hará, al menos en esta primera fase en la que vamos a entrar a continuación. Quizá nunca, porque si algo explica su supervivencia es el sedimento nacionalista de su ideología: todos aquellos militantes, incluso máximos dirigentes, que fueron evolucionando en otra dirección acabaron siendo unos extraños ante su base social. Pero esto se verá *a posteriori*, y sin perjuicio de la importancia que tuvieron las tensiones de izquierda de ETA para el conjunto de la sociedad vasca. Por ahora, las cosas están claras:

estamos ante un grupo de jóvenes que hacen suyo el regeneracionismo tan propio de cualquier nacionalismo y pretenden «refundarlo». Ha pasado el tiempo de los mayores, hicieron lo que pudieron y les salió mal; se acabó la legitimidad republicana y se ha quebrado el bastón americano. Lo dice Txillardegi, uno de los fundadores: «Por eso, los nacionalistas vascos de la generación última, que sólo hemos conocido la farsa franquista del sindicato vertical, la política norteña, la "democracia orgánica", las garras de Eymar y sus esbirros, la monstruosa confabulación de los obispos con el régimen más abyecto y reaccionario de la Tierra y la espera paciente a que los yanquis impongan unas elecciones libres en el estado español… creemos haber comprendido. Y, a diferencia de nuestros mayores, estamos decididos a cambiar de rumbo».

Había que tirar por la calle de en medio. Euskadi era un país ocupado desde el final de la primera carlistada, según Sabino Arana, y ahora ya no había margen para la duda: el coronel Eymar, la Guardia Civil, los «grises», significaban la evidencia de la ocupación. Entraba en escena una nueva generación nacionalista dispuesta a darlo todo y a romper con todo, tras constatar el fracaso de sus mayores después de muchos años de «politiqueo». Aquellos jóvenes redescubrieron, en clave sabiniana, la historia del País Vasco, se sintieron atraídos por la experiencia irlandesa —algo que venía de lejos en el nacionalismo vasco— y acabaron seducidos por fenómenos como el Irgun israelí. Al fin y al cabo, una pequeña minoría podía lograr cosas impensables si actuaba con decisión y valentía.

Nosotros, que nos quisimos tanto…

En junio de 1951, las autoridades franquistas se hicieron con el edificio de la Avenue Marceau, sede del Gobierno vasco en el exilio y buque insignia de las actividades diplomáticas del PNV desde el final de la guerra civil. Era la niña de sus ojos, como han reiterado diversos dirigentes *jelkides*. Los tribunales franceses y su Gobierno fueron, para más *inri*, los autores de la afrenta. El hecho se veía venir desde hacía tiempo, pero ese «nos echan de casa» escenificaba la más cruel realidad: la de la derrota. Nada mejor para demostrarlo

que las palabras de Mary Zabala, esposa del *lehendakari* Aguirre: «es quizás la única vez que he visto a mi marido cabizbajo, triste, sin poder ocultar como tantas otras veces el dolor que le embargaba y sin que lograra recuperar su optimismo innato».

Estamos en el túnel de los años cincuenta, una década triste para el nacionalismo vasco, que arranca de la fugaz e inútil llamarada de la huelga de 1951 y culmina con la muerte de Aguirre. Fueron años de frustración provocados por la llamada «traición americana», es decir, por el reconocimiento del régimen franquista por parte de Occidente y, en primer lugar, por EEUU. Fue una auténtica carga de profundidad que hundió el conjunto de la nave nacionalista, aun cuando puedan establecerse diversos matices. Pero, en cualquier caso, la definitiva consolidación de Franco en el poder tuvo efectos devastadores: el Gobierno vasco —y Aguirre en particular— quedó limitado a ser una figura decorativa, una reliquia de tiempos pasados antifascistas; la organización interna del PNV no se sabía muy bien a qué jugaba, máxime tras la desaparición de su *alma mater*, Juan Ajuriaguerra, que marchó a Lyon a raíz de un singular conflicto con un sector de su partido que seguía trabajando para los norteamericanos; estaba por los suelos la moral de una generación que había hecho la guerra, la había perdido y también había fracasado en la posguerra… En fin, el golpe fue muy duro tras años de fiarlo todo a la carta americana. No es la letra del bolero que sirve de título de este epígrafe, pero el contenido del telegrama enviado por la más alta autoridad del PNV al presidente Truman el 22 de septiembre de 1950 da fe de la intensidad de los sentimientos nacionalistas hacia el amigo de allende los mares: «Así como hace años (…) la palabra y los actos del gran presidente Roosevelt constituían, después de Dios, nuestra suprema luz y esperanza, hoy también las palabras y los actos de usted, su ilustre sucesor, constituyen la esperanza más firme de cuantos luchamos por la libertad y la dignidad humana, contra sus opresores, sean los fascistas de Franco o los comunistas de Stalin».

Quizá no había sido para menos. En abril de 1945, Aguirre llegó a París «en un avión puesto a su disposición por los americanos», según relata Jesús Solaun, uno de los más activos dirigentes nacionalistas del interior, asumiendo el papel de presidente de un país ocupado por una potencia fascista extranjera tras la

correspondiente agresión militar. Eran tiempos de euforia, «nuestra victoria será la de los aliados», como acertadamente señala Gregorio Morán en su obra *Los españoles que dejaron de serlo*. En París, el *lehendakari* se reunió con el *staff* dirigente de su partido de cara a fijar una estrategia común, unificando diversas iniciativas en marcha y decidiendo otras nuevas. Siguiendo con Solaun, «Aguirre venía con un plan muy concreto y organizado en relación con los americanos». Se trataba, en definitiva, de reordenar los pilares de lo que desde el nacionalismo se ha venido en llamar «resistencia» y que, como tal, con ese concepto, fue transmitido a las siguientes generaciones, con el resultado traumático que conocemos.

Estamos a primeros de los años cuarenta, una época difícil pero ilusionante a partes iguales. Difícil porque el PNV estaba desperdigado por el mundo, entre cárceles, exilio, o peripecias diversas como la del propio Aguirre, que logró escapar del encierro de Dunkerque para llegar a ¡Berlín! y, tras más de un año, acabar en Río de Janeiro. Ilusionante porque parecía clara la victoria final aliada tras Stalingrado. Se pensaba también que la entrada de España en la guerra era inevitable, al menos en los años 1940 y 1941, pero, en cualquier caso, lo que sí estaba claro es que, normalmente, las guerras alteran las fronteras: «muchos pequeños pueblos salieron de la última guerra con su libertad. Ahora también será así», como escribía Aguirre a Ziaurriz, el presidente de su partido. Había, pues, que estar preparado para cualquier contingencia, y ello se tradujo en dos tipos de iniciativas: máxima colaboración con los aliados, primero, y con EEUU, después, y la creación de un embrión de aparato de Estado en el interior. La colaboración con los aliados no se hizo, obviamente, en el terreno militar —hubiera resultado ridículo, aunque para el imaginario nacionalista quede la intervención de un batallón vasco en un combate en los últimos días de la guerra en territorio francés—, sino en el de la información. El conocido como «sector servicios» —es decir, los aparatos de información del PNV— entró muy pronto en funcionamiento, como nos lo demuestra la caída de la red Álava tras la toma de París. Según el sumario incoado, la red funcionaba en colaboración con el Ejército francés, pero su pronta desarticulación —que costó la vida a su máximo responsable, Luis de Álava— no supuso mayor obstáculo para la posterior

organización de numerosas estructuras de información en los lugares mas insólitos del planeta, como Filipinas.

El protagonista político de la operación fue Aguirre en persona tras su desembarco en Brasil. Desde allí se trasladó a Nueva York, aceptó la proposición de impartir algunas clases en la Universidad de Columbia y, en especial, decidió jugarlo todo a la carta americana, poniéndose a disposición de su Departamento de Estado. Así, por ejemplo, realizó un espectacular viaje por América Latina, «organizado y respaldado por EEUU» —según el citado Solaun—, en el que, además de ser recibido por los respectivos jefes de Estado, impartió diversas conferencias con el común lema del «panamericanismo». Sin embargo, lo fundamental del viaje se tradujo, al parecer, en otra dirección, más prosaica: poner a disposición de los norteamericanos la tupida red de centros vascos desperdigados por el continente.

Sólo así puede entenderse el porqué de las estrechas relaciones establecidas entre Aguirre —presidente de un Gobierno derrotado militarmente, y/o representante de un minúsculo pueblo enclavado en la vieja Europa— y EEUU. En América Latina residían miles de vascos desde tiempo atrás, como producto de la emigración —además de los nacionalistas exiliados tras la guerra— y se encontraban perfectamente situados en las respectivas sociedades. Los centros vascos actuaban como núcleo de organización, o, al menos, de encuentro. Aguirre se encargó de situarlos en la órbita de los intereses del Departamento de Estado de EEUU. Era un bocado apetecible para más de uno. Como declara el ya citado Solaun, «en 1942 se nos presentaron dos emisarios nazis con el fin de convencernos del interés que por nuestra causa sentían los alemanes (…) uno de los ofrecimientos que nos presentaron fue el de la colaboración de los vascos instalados en América a cambio de etéreas promesas de autonomía vasca. En realidad (…) los vascos de América estaban cumpliendo, y de manera organizada, el papel exactamente contrario».

Según Antonio Irala —brazo derecho de Aguirre ante el Departamento de Estado, para el que acabará trabajando tras lograr la nacionalidad estadounidense— en testimonio verbal al autor de estas líneas, EEUU no tuvo necesidad de enviar agentes «autóctonos» —OSS primero y CIA después— a la zona hasta bien

entrada la década de los sesenta. En definitiva, los llamados «vasco-americanos» jugaron un papel importante como instrumento de la política exterior americana, tanto durante la guerra contra las potencias de Eje, como después.

Quizás fue ésta la estructura de «servicios» más importante, pero tampoco cabe despreciar a las que actuaban en el interior del País Vasco, en España y en Europa. Cabe decir que el conjunto de la organización del PNV se volcó en la tarea de trabajar para los aliados hasta 1945, cuando Aguirre impuso, en la ya citada reunión de París, una única vía: los informes irán dirigidos exclusivamente al Departamento de Estado americano. Como en todas las historias de espionaje, los datos no abundan, pero basta contemplar los comprobados para saber de la complicidad de EEUU con los nacionalistas encarcelados. Por ejemplo, Jesús Insausti, *Uzturre* —un hombre que llegaría a ser presidente del PNV décadas después— fue detenido en 1947, condenado a muerte, trasladado a trabajos forzosos en el Canal de Isabel II y ayudado a escapar tras uno de sus «estrambóticos paseos» —las palabras son suyas— por un joven vasco, nacionalizado americano, que conducía un descapotable amarillo.

El embrión de ese aparato de Estado del que se ha hablado antes tuvo su epicentro en la organización denominada Euzko-Naia («Deseo Vasco»). Era una estructura paramilitar que reunía a lo más fiable y entregado del Ejército nacionalista en la guerra civil, algo insólito si no se contemplan dos circunstancias previas. Una, la rendición de Santoña, que permitió que el grueso de los *gudaris* nacionalistas, presos por supuesto, mantuvieran un cierto nivel de organización en las cárceles o campos de trabajo forzado. Y, dos, la represión franquista fue comparativamente más suave para con los católicos nacionalistas vascos; claro que hubo fusilamientos y condenas a muerte, pero Santoña tuvo poco que ver con Badajoz, por ejemplo. Decretos de revisión de penas, intervención del Vaticano… para 1943 no había ningún preso nacionalista condenado por motivos de guerra. El último en salir fue Juan Ajuriaguerra, el artífice del pacto de Santoña; se presentó en esta ciudad cuando aún la controlaban los italianos y tras el desastre fue condenado a muerte por los franquistas que llegaron poco después. Conmutada la pena, se paseó por toda la geografía carcelaria

española hasta ser puesto en libertad en la prisión de Las Palmas. Previamente se había negado a redimir condena trabajando en el Valle de los Caídos. Un hombre de carácter, con el que habrían de verse las caras los jóvenes que pretendían «refundar» el nacionalismo en los años cincuenta.

El caso es que, una vez todos en libertad, el PNV decidió reorganizar los restos de su ejército —Euzko Gudarostea— para lo que hiciera falta. El objetivo era —Solaun de nuevo— «controlar a los *gudaris*, de tal manera que en cualquier momento se pudiera reorganizar el Ejército vasco». En 1943 era ya bastante improbable la entrada de España en la guerra, lo que hubiera situado a Euzko-Naia, *de facto*, como fuerza aliada, pero tampoco se sabía nada acerca del cómo de su desenlace. La cuestión era estar preparado para el esperado derrumbamiento del franquismo y contar con instrumentos de poder para garantizar la hegemonía nacionalista, independientemente del estatus jurídico en el que se situara el País Vasco. Era el embrión de un Estado, y no algo concebido para una acción militar o de guerrillas, salvo en la hipótesis de la participación española en la Segunda Guerra Mundial. Por eso, y tal como se desarrollaron las cosas, Euzko-Naia nunca entró en acción; en su currículum queda la exhibición realizada con motivo de la visita del diputado laborista británico Noel-Baker durante el verano de 1946, cuando los *gudaris* uniformados, desafiando a la policía franquista, cubrieron su paso por algunas de las carreteras vascas.

En la misma dirección se creó una unidad de élite para garantizar el orden público. Lo cuenta su organizador, Primitivo Abad: «Estando en Bayona se presentó Ajuriaguerra con Solaun (…) para decirme que me tenía que hacer cargo de un grupo de 114 hombres que nos íbamos a preparar militarmente en comandos con el Ejército norteamericano, con vistas a volver a Euzkadi Sur y organizar la policía vasca». Efectivamente, este grupo fue entrenado por oficiales americanos —además de un coronel inglés— durante tres meses en los alrededores de París.

Servicios de información, embriones de ejército y policía… el PNV lo tenía todo preparado para cualquier circunstancia favorable. En el vértice de todas las operaciones, Aguirre se hallaba situado en unas condiciones inmejorables para la acción diplomática: asistió a la Conferencia de San Francisco, plena de fervor antifascista, tuvo

un papel decisivo —como afirman todos los investigadores— en la reorganización del Gobierno republicano en el exilio, hizo lo propio con el suyo… Estamos en 1945 y, si antes se había jugado con todo tipo de bazas, ahora quedaba sólo una: el restablecimiento de la República española a través de la intervención aliada. «Si yo hago caso a lo que me dijo Batista cuando le visité en Cuba hubiera declarado la independencia de Euzkadi. (…) Serán Washington, Londres y Moscú los que tendrán que dar el pase», escribe Aguirre a uno de sus consejeros. No tenía teclas que tocar en Moscú, apenas en Londres —por voluntad propia—, pero pensaba que las americanas eran suyas, que estaban en sus manos. Al fin y al cabo, fue el propio Departamento de Estado quien sugirió a Aguirre la idea de que tomara la iniciativa de formar un gobierno republicano ¡en España!

En una situación privilegiada, en la cima de su poder, el *lehendakari* no se apercibió de que si el futuro del País Vasco dependía del restablecimiento de la democracia en España, estaba más solo que la una. No exactamente, para ser precisos, porque al lado estaban los comunistas, unos malos compañeros de viaje —malos, por ahora; luego no habrá ni viaje—. La oposición española era un páramo, por muy reorganizado que estuviera el Gobierno en el exilio.

Luego vino lo que vino, la «Nota tripartita» —firmada por los gobiernos francés, inglés y norteamericano— por ejemplo. Sucesivas condenas internacionales del régimen franquista, pero ninguna medida eficaz. Había que esperar y sacudir las conciencias. La espera suponía portarse bien y olvidar cualquier tentación armada, no fuera a ser que se confluyera objetivamente con el movimiento guerrillero dirigido por el PCE. Esto supuso la desactivación de Euzko-Naia y la disolución del Batallón Vasco y de aquella unidad policial entrenada cerca de París. Para sacudir las conciencias se convocó una huelga general en mayo de 1947.

La huelga fue un éxito para Aguirre y un desastre para los que participaron en ella, para los trabajadores. El Gobierno vasco en el exilio asumió la responsabilidad política de la movilización, formalmente convocada por las centrales sindicales en la clandestinidad; se trataba de demostrar a Occidente la legitimidad de aquel Gobierno, que seguía contando con la confianza de su

pueblo, a pesar de las consecuencias que implicaba apoyar una huelga en las condiciones impuestas por el franquismo. En este sentido, el *lehendakari* se cubrió de razones. Los trabajadores, por su parte, secundaron la convocatoria con entusiasmo: la huelga era para los días 1 y 2 y acabó el 12. El régimen respondió con su consabida brutalidad, despidiendo a todos los huelguistas y obligándoles a pedir su readmisión en el Gobierno Civil tras perder sus derechos de antigüedad, todo ello sin perjuicio de detenciones, encarcelamientos, etc. La huelga se materializó por el optimismo generalizado que todavía se mantenía tras la victoria aliada, pero también por las penosas condiciones de vida de la clase obrera, el hambre de la época. El optimismo se truncó pronto en desesperanza y la represión hizo que los trabajadores desistieran de movilizarse en espera de tiempos mejores. El precio había sido demasiado alto, a cambio de nada.

El PNV entró en la boca del túnel poco después, con el inicio de la guerra fría. Se encontró atado de pies y manos, es decir, sin capacidad de maniobra. Por un lado, a partir de 1945 era evidente que el futuro del País Vasco dependía de la solución que se diera al «caso español» y, por otro, esa solución estaba en manos de EEUU. Dicho de otra manera, los nacionalistas vascos se encontraron de repente desempeñando un papel subsidiario de las estrategias políticas de la oposición española y, al mismo tiempo, se vieron obligados a jugar su única baza, la americana, hasta sus últimas consecuencias.

No vamos a entrar en la descripción de los avatares de la oposición española; sólo insistir en su debilidad, plasmada en el triste devenir del Gobierno republicano en el exilio o en el desenlace de la llamada «alternativa monárquica», aún más triste. Si como sugería la «Nota tripartita», no se tenía «la intención de intervenir en los asuntos internos de España», con la esperanza «de que los españoles patrióticos y de mentalidad liberal de más relieve puedan pronto encontrar los medios para lograr la retirada pacífica del general Franco», la única salida parecía ser la preconizada por Indalecio Prieto desde tiempo atrás: el pacto con las fuerzas monárquicas.

El PNV se vio obligado a tragarse el sapo, eso sí, participando en todas las conspiraciones. Ajuriaguerra se entrevistó con el general

Aranda, el de Oviedo; fiel a su estilo y en una sala de banderas, acabó espetándole que «no se puede traicionar dos veces». Aguirre, en sus declaraciones públicas, se encargó de hacer encaje de bolillos, recordando la legitimidad de su Gobierno y del estatuto de 1936, pero felicitando al mismo tiempo la iniciativa que podía fraguarse. El problema fue que el llamado Pacto de San Juan de Luz entre socialistas y monárquicos quedó en nada. Además, para el PNV, la nada estaba casi garantizada de antemano porque Prieto no parecía estar muy dispuesto a defender la causa de la autonomía ante sus hipotéticos aliados. Según investigaciones de Harmut Heine, la dirección *jelkide* estaba dispuesta a olvidarse del Gobierno vasco, conformándose con una especie de diputación general en la monarquía de don Juan. El sapo posibilista fue muy mal digerido por algunas personalidades como el exministro Irujo, pero también expandió el runrún del «politiqueo» entre la base social nacionalista.

Con semejante panorama en relación a la oposición española, la colaboración con EEUU se convirtió, no ya en una baza política, sino en un chaleco salvavidas. Como ha escrito Gregorio Morán en su *Los españoles…*, las delegaciones del Gobierno vasco sirvieron «de importantes centros de información para el Departamento de Estado USA», desde El Cairo a Manila o desde Budapest a Praga, ya comenzada la guerra fría. El correlato de esta intensa relación fue el anticomunismo, que como una espesa capa de aceite, impregnó el conjunto de la base social nacionalista.

Tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta su ideología católica y conservadora y el entusiasmo con el que acogieron los socialistas la marea anticomunista. La víctima resultó ser la unidad antifascista articulada en 1936, en plena guerra civil, y ratificada en el Pacto de Bayona de 1945. El único representante del PCE fue expulsado del Gobierno vasco en 1948 —al igual que en Italia, Francia…—, una medida escasamente relevante desde el punto de vista de la eficacia opositora, dada la debilidad de los comunistas vascos, pero muy significativa en cuanto a definir las posiciones en lo sucesivo.

El anticomunismo militante, dirigido al mundo occidental en forma de credencial respetable, y al interior como eje ideológico, se convirtió en un elemento central del discurso nacionalista. El propio

Aguirre, un hombre bastante reacio a entrar en esa dinámica, escribió con ocasión del inicio de la guerra de Corea, que «la civilización de Occidente, que es la de la libertad, se siente amenazada por el certero y bien estudiado ataque del totalitarismo soviético». Para lo que nos interesa, la cuestión tuvo una trascendencia no desdeñable, no porque en ETA anidara la más mínima tentación prosoviética, sino por la virulenta reacción que provocaron en el PNV las tendencias marxistas de ETA, que ésas sí las hubo.

Probablemente no tenga nada que ver, pero estas posiciones vinieron acompañadas, cronológicamente, por una especie de regreso a la vieja ortodoxia sabiniana a través del órgano oficial del partido, *Alderdi*. Por ejemplo, la guerra civil es presentada como una invasión española: «la Nación vasca, la más vieja de Europa (…) es la única nación de la Europa occidental que no ha quedado liberada de la ocupación militar extranjera». El editorial acaba afirmando que «podremos preferir, dentro de la ocupación extranjera, una situación a otra, en cuanto nos facilite o no nuestra acción, nuestra lucha y nuestra empresa nacional vasca, pero nuestro objetivo es siempre el mismo, constante y fijo». Lo mismo va a poder leerse enseguida, en decenas de artículos de *Zutik!*, portavoz de ETA. No faltan ejemplos en la misma dirección, como el texto de un tal «Belandia», titulado «Efectos de la invasión coreana» —la segunda oleada de inmigrantes que llegaron al País Vasco en busca de trabajo—, donde dice, entre otras cosas, que «se montan todos los días nuevas industrias a beneficio de los coreanos, que vienen en masa a ofrecer su mano de obra. Luego, hay que albergar a esos coreanos, a quienes no importa vivir en barracones inmundos, pero que, por decencia pública, hay que darles viviendas decorosas».

Hay matices en estas posiciones, digamos, «oficiales». Luego nos referiremos a las mismas. Ahora, dejando a un lado el análisis ideológico —que ya tiene su espacio en esta obra— volvamos a retomar el curso de la acción política.

De esa máxima colaboración con EEUU que hemos comentado, el PNV esperaba una contrapartida: que mantuvieran en el ostracismo al régimen franquista, algo cada vez más complicado según se consolidaba la guerra fría y a la vista de la incapacidad de

la oposición española para articular una alternativa mínimamente factible. Los dirigentes nacionalistas eran plenamente conscientes de la dificultad de la tarea, como puede verse en su correspondencia particular, pero tenían a su favor la desastrosa situación económica española, al borde del colapso en aquellos años de autarquía y hambre. Había, pues, que mover los hilos para evitar no sólo el reconocimiento internacional del franquismo, sino la concesión de posibles créditos de la banca americana que podrían suponer su lancha salvavidas.

El PNV se lanzó de lleno. Intentó incluso actuar como contrapoder, gestionando créditos norteamericanos a la empresa privada. «Si sabemos llevar las cosas de tal forma que las empresas privadas de nuestro país obtengan créditos, y que en caso de oposición de Suances surja en ellos la protesta y la irritación, habremos ganado una batalla de gran importancia», escribía Aguirre a un dirigente del interior. Más allá de este tipo de quimeras, cuando la posibilidad de un acercamiento de EEUU a Franco empezó a verse como una realidad, el PNV quemó su último cartucho: convocar una huelga general.

En peores condiciones que en 1947, el objetivo venía a ser el mismo, es decir, demostrar ante el mundo la debilidad del franquismo, que Occidente no podía apoyarse en semejante régimen para defender sus intereses contra la Unión Soviética. En peores condiciones, efectivamente: se evitó cualquier contenido político a la convocatoria —la carestía de la vida fue el lema de la huelga— realizada el lunes 23 de abril de 1951, huyendo como de la peste de la fecha simbólica del 1 de mayo, que podría tener connotaciones contraproducentes.

La huelga volvió a ser un éxito en cuanto a participación. En la correspondencia interna nacionalista pueden leerse valoraciones como éstas: «los comunistas se han llevado un disgusto tremendo. No han intervenido para nada. (…) La huelga ha sido un gran triunfo antifranquista y anticomunista. Y en este sentido van los informes a las cancillerías y concretamente a la de Washington». El problema es que volvía a repetirse la situación de 1947: los convocantes de la movilización y los participantes en la misma seguían estando solos, salvo el referente de la llamada «huelga de tranvías» de Barcelona. El plan inicial era otro: «insisto ahora en la

necesidad de llegar rapidísimamente a la coordinación de esfuerzos. Desgraciadamente las cosas de Cataluña (…) nos hacen ver que no acaban de entenderse los distintos grupos. (…) En Madrid no vemos tampoco que avancen las cosas como quisiéramos. Creo que es misión nuestra el empujar estos propósitos, y creo que debéis desplazaros inmediatamente interviniendo con prudencia, pero señalando con energía la necesidad de que marchen, sobre todo Madrid y Barcelona, como Euzkadi ha marchado. Y de allí extendiendo las cosas a otras regiones».

Nadie se movió y lo que vino después es de sobra conocido. La crisis que provocó en el PNV el cambio de pareja del galán norteamericano, largamente cortejado, fue brutal y afectó a toda una generación que había perdido la guerra y fracasado en la posguerra. Ni siquiera el Congreso Mundial Vasco, celebrado en París en 1956, sirvió para poco más que de recordatorio, para mostrar el orgullo herido y, significativamente, hacer públicas ciertas diferencias políticas de fondo.

Hay de todo en la crisis de esta década triste, pero conviene detenerse brevemente en alguna cuestión que va a tener relación directa con el despertar de las nuevas generaciones.

No todo fue proamericanismo, anticomunismo y regreso a la ortodoxia sabiniana, porque hay matices, como se ha señalado anteriormente. De entre ellos es obligado señalar dos nombres propios, los de Jesús Galíndez y Javier Landáburu. La figura del primero es conocida sobre todo por su trágica desaparición en aguas del Atlántico, en un hecho comúnmente atribuido al dictador Trujillo. El segundo fue uno de los fundadores de los Nuevos Equipos Internacionales, el antecedente de la Democracia Cristiana europea. Ambos eran personalidades influyentes en el mundo nacionalista y sus escritos —dominados por el interés hacia la cuestión social y una cierta visión cosmopolita del nacionalismo— dejaron una importante huella en los jóvenes que llegaban a la lucha política.

Sólo podemos citar algunos párrafos al respecto. «Ser vasco —escribe Galíndez— no supone superioridad alguna sobre los demás pueblos», o «el patriotismo no puede confundirse con el mantenimiento de una clase privilegiada, por patriotas que sean algunos de sus componentes». Landáburu escribió un libro —*La*

causa del pueblo vasco— que tuvo una influencia no desdeñable entre los jóvenes: a ellos iba dirigido el primer capítulo. Entresacamos esta cita: «muchos de esos patronos vascos que han sido o son patriotas en lo profundo de su conciencia, han adquirido desde la guerra civil una segunda naturaleza con la que están en conflicto íntimo (…) abominan del régimen franquista (…) pero están congraciados con el propio régimen que ha favorecido la audacia estraperlista, la habilidad del más astuto, al mismo tiempo que, por ley penal, les evita las huelgas de los obreros (…) el drama de estos burgueses patriotas es que desean una Euskadi en libertad, pero sin huelgas, sin emociones, sin quebraderos de cabeza, con un orden social como el de ahora, que recuerda la paz de los cementerios y con tal de que sean el competidor o el trabajador quienes tengan que hacer de difunto».

Y, ya para terminar, la crisis política derivada de la «defección americana» conllevó una grave crisis organizativa. En el epicentro de la misma se hallaban Juan Ajuriaguerra, por un lado, y el llamado «sector servicios», por otro. Aspe —nombre de guerra de Ajuriaguerra, el organizador de la huelga de 1951— definió la situación como un enfrentamiento «con cierto sector del Partido que, fruto tal vez de la desmoralización, mostraba a mi modo de ver cierta tendencia a la desmovilización». En la misma entrevista, concedida a Eugenio Ibarzábal (en el libro *50 años de nacionalismo vasco*), el dirigente nacionalista dice que el cambio de la política americana respecto a Franco «hizo que se alterara sustancialmente nuestra actitud hacia ellos, lo que traería como consecuencia, tras diversos enfrentamientos, el fin de sus relaciones con la resistencia vasca en el interior».

En realidad, las cosas fueron algo más complejas. En el terreno político, los dirigentes del «sector servicios» se hallaban dispuestos a seguir girando la tuerca del anticomunismo, buscando, nada más y nada menos, la victoria definitiva de EEUU sobre la URSS. El citado Ibarzábal, un autor nacionalista, describe perfectamente la situación: «Para dichos sectores, a pesar del cambio de actitud de EEUU —dato evidente para todos—, si se persistía en calificar de imprescindible la ayuda exterior para derrocar a Franco, la única posibilidad residía en que los americanos se impusieran definitivamente a la Unión Soviética. Sólo de esa manera dejaría

Franco de serles de utilidad y sólo así se vería obligado el Departamento de Estado a cumplir sus antiguas promesas» («Así nació ETA», *Muga*, número 1). En cambio, Ajuriaguerra, al parecer, ya había tragado los suficientes sapos como para estar dispuesto a continuar en esa dinámica, máxime cuando él, el hombre de la organización, no controlaba el trabajo de la gente de «servicios».

La batalla fue sorda y aún está por esclarecerse. Aspe intentó recuperar el control de los servicios dirigidos desde París por Pepe Michelena y éstos le tendieron una trampa, interviniendo su correspondencia y acusándole de traición. Según Gregorio Morán, en la obra ya citada, Ajuriaguerra tuvo que escuchar esta palabra maldita en boca de un diplomático americano, agente de la CIA, un tal Klott. A la vista de la, para él, posición tibia de su partido, lo abandonó todo, incluido el PNV, y marchó a trabajar a una fábrica de Lyon en febrero de 1952. Era un hombre de carácter, como queda dicho, y ni siquiera las visitas de Aguirre o Landáburu consiguieron hacerle cambiar de postura. Según su propia versión, sí lo hizo un accidente laboral: volvió al interior en octubre de 1953.

Una vez en su terreno, se dedicó a reorganizar el partido al margen del sector servicios. Muy pronto se encontró con un grupo de jóvenes estudiantes denominado EKIN que, al menos en Guipúzcoa, se hallaba en contacto directo con los agentes del servicio de información del PNV, aunque quizás no lo supieran. Va a comenzar una nueva etapa en la historia del nacionalismo.

Volver a empezar

Casi como Sabino Arana, cuando escribió aquello de «Euzkadi es la Patria de los vascos». Una frase clave, la más admirada en ETA en sus primeros años: «La conciencia nacional, atosigada de tanto historicismo “común” (español y francés) se asfixiaba, pero la sonrisa que este desolador panorama había provocado en la vieja historia oficial —versiones española y francesa— se petrificó en estúpido rictus. Sucedía que en el horizonte de Euskadi se erguía la otra Historia, rescatada por la fe de un hombre: Sabino de Arana y Goiri. Al conjuro de una frase decisiva y llena de consecuencias, los

labios de este hombre pronunciaron: “Euskadi es la Patria de los vascos”».

Volver a empezar, desde el principio, y el principio ha sido siempre el mismo, qué es Euskadi y qué somos los vascos. Hoy también se plantean las mismas preguntas, como una de las posibles funciones de la Asamblea de Municipios Vascos. En aquellos años, Jorge Oteiza, el genial artista vasco, pensaba algo parecido: «Pero ahora debemos preguntarnos qué somos para saber qué es lo que en nosotros decae. Somos un pueblo en derrota, en lenta decadencia (…) hace tiempo que nuestro motor espiritual se ha parado (…) no podemos seguir detenidos en este bache histórico en el que ha llovido ya tanto…». Es una cita del libro *Quousque tandem*, que tuvo una cierta influencia en el mundo de ETA, menos, desde luego, que *Vasconia* de Krutwig. Oteiza y Krutwig, dos representantes del renacimiento vasco de los años sesenta, tenían poco que ver entre sí, pero fueron determinantes en la definición del nuevo nacionalismo representado por ETA en aquellos años.

Pero volvamos al túnel de los cincuenta. Absolutamente por libre, sin conexión orgánica alguna, un grupo de jóvenes nacionalistas decidieron compaginar sus estudios académicos con otros ya no tan académicos, al menos en aquella época. De las primeras tertulias —a partir de 1952— pasaron a organizarse bajo la denominación de EKIN; sus nombres son ya conocidos: en Vizcaya, Julen Madariaga, Irigoyen, Manu Aguirre, José María Benito del Valle y Gainzarain; en San Sebastián Txillardegi, Larramendi y Albizu. Su actividad consistía en estudiar partiendo de cero, es decir, redescubrir el nacionalismo.

Eran pocos, pero con una determinación indiscutible. Txillardegi, por ejemplo, no sólo aprendió euskera sino que se convirtió en un más que digno escritor en esta lengua. Estudiaron de todo, desde filosofía hasta historia, pasando por derecho, economía, etc., eso sí, con un denominador común en las fuentes: autores católicos —en general— y nacionalistas para la historia del País Vasco. Así fueron publicados más de una veintena de «cuadernos de formación» abarcando temas variados, con un contenido ideológico del que se habla en otra parte de este libro.

La determinación de este primer núcleo de estudiosos tuvo una relación directa con su religiosidad. Krutwig, un hombre de todas

maneras bastante proclive a los excesos verbales, los definía como «supercatólicos, guardando los primeros viernes de mes de una manera no ya española, sino andaluza, mirando el reloj para comprobar si habían dado las doce y así comer al fin carne». Pero esta religiosidad pudo estar también en el origen del mesianismo que siempre ha caracterizado a ETA. Citando al filósofo católico Maritain, en un artículo significativamente titulado «Proféticas minorías de choque» (*Zutik!*, número 9) puede leerse que «en las sociedades modernas suelen surgir minorías que se preocupan profundamente del bien de la sociedad política en que viven. Su existencia y actividad implican automáticamente un fermento dinámico o energía que estimula y pone en movimiento a la masa».

Las masas no estaban precisamente en condiciones de ponerse en movimiento en esta década deprimente, pero ahí continuaba el activo organizado del nacionalismo, aun cuando tampoco estaba en situación de tirar cohetes. Había que empezar por algún lado, por lo que la confluencia entre el grupo EKIN y las juventudes del PNV —Euzko Gaztedi— se hizo inevitable.

Fue un encuentro inevitable, porque no había diferencias ideológicas o sociales entre ambos, pero breve y con tintes surrealistas por la absoluta ignorancia de los de EKIN acerca de lo que se cocía en el PNV —como acertadamente escribe Morán, «tantean a manotazos sobre los cadáveres de una guerra que no vivieron»— y por los recelos y suspicacias que se generan en toda casa paterna ante la aparición de un hijo que discute la manera de hacer las cosas.

Ajuriaguerra estaba en lo suyo, es decir, reorganizar el PNV en el interior y «hacer país», algo que, por ejemplo, podía representarse en el incipiente movimiento cooperativo de Mondragón, del que surgirían Caja Laboral, Fagor, etc. Los de EKIN también querían hacer país, pero en una dirección no tan prosaica, no tan a largo plazo, aun cuando, en los años cincuenta, estos jóvenes fueran más conocidos por sus manías clandestinas y la afición por el estudio. De ahí los apelativos de «siniestros» e «intelectuales» con que eran obsequiados desde las filas de los mayores. Desde el comienzo, no fue precisamente propicio el clima que rodeó las relaciones entre EKIN y las juventudes del PNV.

Este tema es ya suficientemente conocido y, visto desde hoy,

carece, además, de importancia. Resumiendo en pocas líneas, los «intelectuales» de EKIN accedieron a impartir charlas de formación a los, proclives al folclore, miembros de EGI; de ahí llegó la fusión entre ambos grupos, un recorrido fugaz por los problemas que surgieron casi de inmediato y que desembocaron en la ruptura. Insistimos en su escasa relevancia —para entonces— pero conviene detenerse en un par de cuestiones que sí resultan significativas *a posteriori*.

La primera se refiere a las personas, algo nada despreciable en términos históricos tratándose, en este caso, de Ajuriaguerra. Muerto Aguirre en 1960, su poder fue indiscutible hasta su propio fallecimiento, en tiempos de la transición española. Ya queda dicho que recuperó el control de la organización nacionalista del interior a partir de 1953, con la piel muy sensible todavía por lo sucedido un par de años atrás. Enseguida se encontró con los de EKIN y sus ansias renovadoras, con la ponencia presentada por J. M. Aguirre y Benito del Valle en el Congreso Mundial Vasco de 1956 acerca de la situación de la juventud, con las estrechas relaciones que se establecen entre ellos —y otros, como Txillardegi— y los prohombres nacionalistas en el exilio —Aguirre, Landáburu, Irujo…—, con la unificación entre EKIN y EGI… Muchas cosas en poco tiempo y algunas fuera de su control.

Mayor motivo de alarma fue para él el conocimiento de las relaciones de algunos miembros de EKIN con el sector «servicios» o, directamente, con el consulado de EEUU en Bilbao. José Murúa, un destacado miembro de tales servicios vasco-americanos ocupaba un no menos destacado papel en el tándem EKIN-EGI; Julen Madariaga mantenía contactos con un tal Danielson, vicecónsul americano en la capital vizcaína. Es obvio que EKIN, como tal, se hallaba al margen de este embrollo, pero Ajuriaguerra decidió que volvía a tener el enemigo en casa.

No sirvieron de nada las posiciones flexibles de los dirigentes del exilio o los esfuerzos de algunos miembros de EKIN para evitar la ruptura. En el interior mandaba el interior, es decir, Ajuriaguerra. Insistamos en que la secuencia concreta de la misma es casi una anécdota; no lo fue la actitud de Aspe, que llegó incluso a hablar de cunetas con motivo de la expulsión de Benito del Valle. Como escribe G. Morán, se acabó fijando toda una estrategia política, en

vigor durante décadas: «a esos de EKIN primero aplastarlos y luego irlos asimilando de uno en uno».

La ruptura tuvo así unas fuertes connotaciones de tipo personal en el interior, algo que no puede olvidarse al analizar el posterior desarrollo de ETA. Además, el exilio, su papel político, fue difuminándose con el paso de los años. Muerto Aguirre, desaparecía su principal referencia. Su sucesor, Leizaola, —un hombre de Ajuriaguerra, al parecer— bastante tuvo con mantener a duras penas la legitimidad de su Gobierno, máxime cuando Krutwig, en su *Vasconia*, escribía aquello de que merecía ser fusilado de rodillas y por la espalda por, se supone, haber cometido el delito de no enseñar euskera a sus hijos. Tras la derrota, en la clandestinidad y con semejante clima, llegaba una década conflictiva para la familia nacionalista.

La segunda cuestión a considerar es más compleja y puede dar lugar a equívocos o, según convenga, interpretaciones interesadas. Nos referimos a las primeras tentativas de usar la violencia, no tanto desde EKIN, sino desde sectores de EGI.

Vamos a limitarnos a la historia política o, más exactamente, a resumir los hechos conocidos y ya expuestos por diversos autores, algunos nacionalistas, dado que, además, no faltan en esta obra otros análisis realizados desde diferentes perspectivas. Sin remontarnos a otras épocas históricas, una podríamos llamar «pulsión violenta» es perceptible en las filas nacionalistas desde, al menos, el final de Segunda Guerra Mundial; ya se ha hablado suficientemente de los aparatos creados en aquellos años, nunca diseñados para una práctica armada, pero que sí dejaron una mística «resistente» en ese imaginario colectivo. En la década de los cincuenta y tras el fracaso definitivo, las nuevas generaciones retomaron la idea, esta vez dispuestas a llevarla a la práctica por su cuenta.

Paradójicamente, y aunque el principal reproche que los de EKIN dirigían al PNV era su inactividad —«replegarse en las palabras»—, fueron la juventudes adscriptas orgánicamente a este partido quienes optaron primero por el activismo en esta coyuntura de rifirrafe entre ambas ramas juveniles nacionalistas. Así, se colocaron *ikurriñas* en diversas localidades y en días significativos se realizaron pintadas en monumentos conmemorativos de la

Victoria…, y se intentó avanzar en la creación de algún grupo guerrillero.

Los datos existentes y el sentido común vienen a indicar que el PNV acabó controlando esta iniciativa, aun cuando, según el citado Ibarzábal, se viera obligado «en alguna ocasión a admitir algunos intentos, aunque, todo hay que decirlo, sin fe ninguna en sus posibles resultados». En cualquier caso, los protagonistas conocidos de esta historia no eran de segunda fila: Iker Gallastegui, hijo del dirigente del grupo radical *Jagi-Jagi*, nada marginal en tiempos de la República y de la guerra civil por su influjo político e ideológico en el conjunto del mundo nacionalista; Mikel Isasi, años después consejero del Gobierno vasco en el exilio; Borja Escauriaza, sobrino de José María de Areilza, entonces embajador en París; Peru Ajuria, Patxi Amézaga… y José Antonio Echebarrieta, presumiblemente el líder del grupo. Su hermano pequeño, Txabi, fue más conocido por su trágica muerte a manos de la Guardia Civil, pero la figura del mayor —que tampoco tuvo una vida muy larga ni placentera— planeó decisivamente sobre ETA en los años siguientes.

Desde las filas de EGI, José Antonio Echebarrieta se convirtió en un decidido defensor de la lucha armada a finales de los cincuenta tras analizar la crisis del nacionalismo y tomar contacto, en París, con las teorías tercermundistas. Él era más bien un intelectual, como lo demostró en el proceso de Burgos, pero a su lado estaba Gallastegui, un joven que, por vía paterna, mantenía contactos con el IRA; allá fueron, a Irlanda, a aprender de qué iba la lucha guerrillera, además del citado, Isasi, Amézaga y Escauriaza. Estuvieron dos meses y a la vuelta, Amézaga fue detenido por la policía. En la cárcel iba a coincidir con antiguos compañeros de EGI, ya en ETA, hechos presos por intentar descarrilar un tren. Echebarrieta, por su parte, se encargaba entretanto de buscar financiación para la nueva estrategia, proveerse de armas y establecer contactos políticos allá donde le fuera posible.

Para lo que nos interesa, el fruto más significativo de su actividad fue el acuerdo logrado con representantes de la incipiente ETA para crear un «Comité de Acción Directa» fundamentado en el independentismo y la lucha armada. Estamos a finales de 1961. Lo que pretendía Echebarrieta, probablemente, era reeditar la vieja política radical del grupo *Jagi-Jagi*, esta vez con las armas en la

mano. El tándem EGI-ETA podría ser el catalizador de un Frente Nacional destinado a acabar con el colonialismo y la ocupación españoles en Euskadi.

Nada de esto alcanzó efecto práctico alguno. El PNV no estaba dispuesto a ninguna aventura, por lo que acabó imponiendo el orden en sus filas, por muy jóvenes que fueran. Ya habrá ocasión de seguir la trayectoria de José Antonio Echebarrieta. Pero la semilla estaba echada, no sólo por la incorporación de Txabi, el hermano pequeño, a las filas del nuevo nacionalismo, sino porque esa semilla acabó germinando años más tarde, en los setenta, como veremos más adelante.

Hemos dicho que el PNV no quería más aventuras, pero había otros, no muchos por ahora, que sí estaban dispuestos a lo que hiciera falta, a «cambiar de rumbo». Volvamos, pues, a la gente de EKIN.

El 20 de mayo de 1958 y en casa de Retolaza —*alter ego* de Ajuriaguerra, llegó a ser consejero de Interior en el primer Gobierno vasco de la democracia y, en consecuencia, organizador de la Ertzaintza— se consumó la ruptura definitiva entre EKIN y el PNV. Julen Madariaga y Manu Aguirre se entrevistaron con Ajuriaguerra y su postura intransigente. Mejor no comentar el resultado. De nada sirvieron las manos tendidas del *lehendakari* Aguirre y de los dirigentes del exilio; tampoco la flexibilidad de los representantes de EKIN, que ni tenían previsto ni les apetecía romper con el padre de familia. La prueba es que tardaron más de un año en dar el paso definitivo, el de fundar ETA.

Fue Txillardegi quien propuso el nombre, desechando el inicial ATA —Aberri ta Askatasuna, «Patria y Libertad»— porque en su traducción española significa «pato». Euskadi ta Askatasuna vendría a suponer, según su creador, una «Euskadi independiente, por medio de un Estado vasco, y Askatasuna, el hombre libre dentro de Euskadi».

Tras el acto fundacional de aquel día de San Ignacio, la nueva organización se lanzó de lleno al activismo, dentro de sus limitadas posibilidades. Colocación de *ikurriñas*, pintadas de «Gora Euskadi» y «ETA» —algo, por cierto, difícilmente identificable para los euskeroparlantes, porque significa la conjunción «y» en castellano; la prensa franquista deshizo pronto el equívoco, con un artículo de

El Español titulado «ETA. Organización terrorista vasca»— se sucedieron, además, en abierta competencia con sus excompañeros de EGI. La respuesta de la policía no se hizo esperar en forma de detenciones, discriminadas o no, de unos o de otros o de los que parecían serlo. El 26 de marzo de 1960, por ejemplo —no es un ejemplo, sino el inicio de una trágica dinámica—, la Guardia Civil ametralló un coche donde suponía que viajaba Madariaga. Un industrial, apellidado Batarrita, resultó muerto y su compañero Ballesteros quedó paralítico.

Estos primeros meses de vida de ETA acabaron siendo determinantes para su posterior evolución: activismo y represión policial pusieron encima de la mesa la opción terrorista, término que, por cierto, no avergonzaba entonces para nada a los primeros dirigentes. Jon Nikolas, uno de ellos y magnífico conocedor de esta época, lo cuenta así en la colección *Documentos* Y: «En este escaso tiempo una evolución muy significativa se produce entre las dos organizaciones, ya que el activismo que ha hecho estallar a EGI por saturación excesiva, hace recobrar la posición política moderada al PNV abandonando definitivamente el Consejo de la Resistencia (…) replegándose en las palabras; mientras que la independencia orgánica de ETA paralelamente le llevará a tomar el relevo en la lucha antifascista, potenciando la nueva Resistencia con una fuerza alimentada por los jóvenes. (…) Surge la necesidad de cerrar más la organización y se replantea una estructura más selectiva, siguiendo el modelo del Irgun israelí, que fuera capaz de volar el Gobierno Civil, símbolo de la opresión, como los propios sionistas volaron el ala derecha del Hotel Rey David de Jerusalem. (…) Dos miniasambleas se celebran de manera simultánea en Vizcaya y Guipúzcoa (…). Tanto en Bilbao como en Zumárraga se rechaza el proyecto de la dirección, denunciando el carácter aventurerista de la propuesta y exigiendo, por el contrario, una estrategia de apoyo en el pueblo (…) ETA debe dejar de ser una marca de jabón desconocida y contar con raíces bien profundas en todos los sectores de Euskadi».

La cita quizá haya sido larga pero resulta muy ilustrativa de la situación. Por un lado, el atractivo de la lucha armada, presente en las nuevas generaciones, sin excepción. «Saquemos la cabeza de la arena y miremos a nuestro alrededor —escribía Echebarrieta— y

pregunto ¿creen sinceramente que existiría hoy una Irlanda libre y digna si los irlandeses hubieran usado de los boletines y las misas a San Patricio?». Desde ETA, más de lo mismo: «El Irgun sólo eran veinte y en su fase álgida cuarenta contra todo un ejército británico bien armado y disciplinado». Y por otro lado el pueblo, engancharse con el mismo y no emprender aventuras difíciles de ser asimiladas por la comunidad nacionalista, que ETA confunde con el pueblo. Pasarán años hasta que se decida que ya no hay problemas: «Como tantos otros peones del capitalismo español, Melitón Manzanas estaba condenado a muerte desde hace mucho tiempo (…) el mismo pueblo que conocía bien su actitud, le había sentenciado a muerte. El pasado 2 de agosto (1968) ETA ejecutó esta sentencia del pueblo».

A primeros de los sesenta, el voluntarismo se enfrentaba a la realidad, una realidad definida —al margen de los exiguos efectivos propios— por la nula predisposición de la base social nacionalista a emprender vías violentas. Así que se desechó la propuesta de volar el Gobierno Civil de Bilbao y la primera acción aprobada se realizó con tantas precauciones que nadie resultó dañado. Fue el 18 de julio de 1961: voluntarios franquistas viajaban a San Sebastián para conmemorar el Alzamiento; se intentó descarrilar el tren, sin más consecuencias que una espectacular oleada represiva que produjo decenas de detenidos y exiliados, entre ellos, bastantes de los dirigentes de ETA.

Después de esto, la nueva organización, con prácticamente todos sus efectivos en la cárcel o en el exilio, se paró a reflexionar y preparar su primer congreso, es decir, la I Asamblea. Ya se dice en otra parte que no hay nada nuevo bajo el sol en el terreno ideológico, dominado por el nacionalismo tradicional. Tampoco puede hablarse de mayores novedades en cuanto a la práctica política, donde prima el activismo, compartido también por EGI. Pero sí hay dos elementos que explican el hecho de que ETA no quede varado en *boxes,* como decíamos al principio de este capítulo. Su ruptura con los mayores —resignados a esperar, sin argumentos, desnudos políticamente— ha sido traumática, sobre todo en el terreno de lo personal. Y se ha ensayado la vía violenta, con todas las limitaciones que se quiera, pero se ha ensayado. El militarismo aún está lejos de convertirse en la única seña de identidad de esta

primera ETA, incluso hay corrientes «gandhianas» de peso, como veremos a continuación, pero, podríamos decir, la suerte estaba echada.

Capítulo II

La moneda de las dos caras

En ETA, en líneas generales, se hace o se discute. Se sublima la praxis y el activismo, marginando la letra impresa y a sus adictos «intelectuales», o se intenta bucear en los océanos del conocimiento para hallar la teoría correcta, la solución del problema, aunque éste sea universal. Por ejemplo, un grupo se empeñó, a primeros de los setenta, en analizar la crisis del movimiento comunista internacional y dar con la respuesta definitiva. Esta época, que finaliza en 1967, tras la V Asamblea, pertenece al segundo de los modelos casi con exactitud: prima la elaboración teórica sobre el activismo realmente llevado a la práctica.

No vamos a insistir en el hecho del punto de partida ideológico de la nueva organización, pero sí señalar su absoluta necesidad de abrirse paso en aquella sociedad vasca de los años sesenta, es decir, diferenciarse de los mayores, conectar con los nuevos fenómenos que empezaban a producirse —las huelgas, por ejemplo— y abrir los ojos hacia el mundo exterior, donde la descolonización estaba ya a la orden del día. Aquellos jóvenes estudiantes de la década anterior y los que les siguieron estaban absolutamente dispuestos a verlo todo, pasara lo que pasara, una vez rotos los vínculos orgánicos con el PNV. Y lo que pasó fue que no todo el mundo vio la realidad de la misma manera, dando lugar a la primera escisión de ETA.

Esto es bastante difícil de entender, vistas las cosas desde hoy, pero entonces todo era muy distinto. No había una práctica única

en el conjunto de la militancia —y, menos, basada en el activismo— ni tampoco un grupo de dirección que pudiera imponerse al resto de forma inapelable. Más bien se trataba de un movimiento incipiente, absolutamente abierto, «un alegre y jubiloso tropel», como lo definiría años más tarde uno de sus representantes, aquejado, quizás, de un ataque de melancolía. Porque, y al margen de las diferencias que vayan a producirse, algo sí que va a quedar grabado para siempre en el fondo de la militancia: la mística del resistente. La cita es de estos años: «Ser resistente (…) es vivir las veinticuatro horas con la mirada puesta en Euskadi. (…) El resistente va al cine para poder hacer tiempo hasta la siguiente cita (…) se da una vuelta por las tabernas tomando unos "chiquitos" con la intención de captar las conversaciones de la gente: qué piensa, qué le preocupa, qué espera. Así podrá actuar y sus actuaciones se acomodarán a los deseos del pueblo. (…) El mayor banco de pruebas para un resistente son sus propios conciudadanos. Mientras él vive para los demás, éstos viven para sí mismos (…) mientras él arriesga su vida por el bien común, éstos viven sin arriesgar ni siquiera un poco de su bienestar».

Junto a esta mística, de origen claramente religioso, estaba la determinación de empezar a actuar, no se sabía cuándo, pero sí cómo. Uno de los máximos dirigentes de ETA de esta época, José Luis Zalbide, escribió desde la cárcel, bajo el seudónimo de K. de Zumbeltz, un folleto que no cayó en saco roto en la ETA de los setenta. Entre otras cosas decía que «en octubre de 1963, la represión acabó de un golpe con todos los medios materiales y humanos que formaban ETA. Algún militante logró escapar y algunos otros sin ninguna experiencia se agruparon en torno a la delegación de Biarritz. Entonces, en un momento en que los medios de que disponía ETA habían quedado reducidos a una multicopista y poco más, se lanzó el folleto "La guerra revolucionaria", lo cual no sólo mostraba un optimismo que hizo sonreír a muchos, sino sobre todo una firme voluntad de alcanzar las metas revolucionarias, por inaccesibles que pudieran parecer. (…) El abismo que se abría entre los fines deseados y los medios inexistentes se salvaba de un salto. (…) En 1964 los primeros militantes liberados no tenían qué comer, pero en cambio ya tenían algunas armas. Claro que no tenían munición ni tampoco hubieran

sabido muy bien qué hacer con ellas; pero en todo caso la mirada no se apartaba del camino que se abría por delante».

En la etapa que abarca este capítulo, ETA fue un *puzzle* dominado por el debate ideológico, tema del que se ocupa mi colega y vecino, en estas páginas, Gurutz Jáuregui. Pero también hay otras cuestiones importantes a considerar desde la llamada historia política —y no la contemplamos desde compartimentos estancos— que conviene analizar. Al menos una: cómo un pequeño grupo de nacionalistas va a situarse en condiciones de acabar siendo el símbolo de la opresión vasca bajo el franquismo tras un período de debate y de crisis interna.

Nos vamos de casa

ETA celebró su primera Asamblea en mayo de 1962, recordemos, un año después de la fracasada reunión en casa de Retolaza y transcurridos varios meses desde el fallido atentado del tren y de la quema, a plena luz del día, de la bandera española que ondeaba en la Diputación de Guipúzcoa en San Sebastián. Estas dos acciones provocaron una oleada represiva desconocida para los primeros militantes de ETA y el primer aprendizaje directo de la experiencia de la tortura, algo que no estaba previsto. «En los interrogatorios la tortura como método técnico e instrumental de habilidad policial —escribe Jon Nikolas en *Documentos* Y—, destruye todas las pautas de conducta y autodefensa que las normas de seguridad pretendían crear en el activista. Eran tiempos en que a la policía se la consideraba torpe, relajada y corrompida, como un cuerpo de funcionarios en el que para ser admitido bastaba con la afiliación falangista». Félix Arrieta, el autor de la quema de la bandera, fue uno de los primeros en conocer los nuevos métodos policiales y al propio coronel Eymar en las dependencias de la Dirección General de Seguridad de Madrid.

El resultado de la represión fue el desmantelamiento de la escasa organización que había, además de una cierta desbandada —según reconocen los protagonistas de la época— de militantes, atemorizados por la actuación de la policía. También su correlato, si es que hacía falta: una mayor radicalización de lo que quedaba. Y,

además, algo que tampoco estaba previsto, esto es, la consolidación en el exterior —País Vasco francés— de un núcleo de militantes en contacto permanente y dedicación plena —a la fuerza; aún no se había aprobado la figura del *liberado*— a las tareas de impulsar las estructuras de la nueva organización y debatir estrategias políticas. Los apoyos eran escasos, aquellos que provenían del movimiento nacionalista vasco-francés EMBATA, y el dinero también, lo poco que llegaba de la solidaridad de vascos exiliados en México o Venezuela, pero sí lo suficiente para ir tirando.

En este contexto se preparó la I Asamblea de ETA, a partir de los primeros exiliados y refugiados en Bayona o Biarritz. Buscaban la solidaridad del Gobierno vasco, con escaso éxito, y al final lograron un refugio, el proporcionado por la abadía de benedictinos de Belloc, lugar donde acabaría de celebrarse la reunión. Asistieron tres militantes guipuzcoanos exiliados y uno procedente del interior, dos vizcaínos huidos y otro del interior que a su vez contaba con dos militantes encuadrados como base de trabajo. No había más, entre otras cosas porque solamente tres miembros de ETA detenidos en las redadas anteriores y puestos en libertad provisional se reincorporaron a la organización.

Ya en esta primera reunión surgieron, al parecer, discrepancias significativas en el terreno ideológico, pero fueron resueltas por la vía de aprobar lo que ya se había elaborado previamente. Así, los llamados «Principios de ETA», el documento oficial de la I Asamblea, vienen a sintetizar los contenidos de los escritos de los tiempos de EKIN. No hubo decisiones de mayor calado; las tareas consideradas como urgentes fueron las propaganda y la definición del «ideario de ETA», crear una auténtica organización en el interior y comenzar a editar desde Bayona el órgano oficial *Zutik!* —«¡En pie!»—. Fue su seña de identidad durante años: «gran parte de la historia política de la organización —escribe Zalbide— es inseparable de los esfuerzos por publicar *Zutik!* en el exterior o en el interior, a imprenta o a multicopista, en trastiendas, desvanes y cuevas. Durante años puede afirmarse que existía ETA en la medida en que aparecía *Zutik!* Y los conflictos internos y las escisiones giraron en torno al control que se ejerciera sobre esta, a la vez, humilde y definitiva publicación».

A pesar de los escasos efectivos, los «Principios» fueron

difundidos con un considerable éxito. Según Francisco Letamendía, en su *Historia del nacionalismo vasco y de ETA*, se distribuyeron treinta mil ejemplares escritos en euskera y traducidos al castellano, francés e inglés, muchos de ellos en mano, en el Paseo de la Concha de San Sebastián, por ejemplo. Es obvio que el impacto, en aquellos años de oscurantismo franquista, fue importante, sobre todo «en las conciencias conservadoras del nacionalismo, surgiendo reacciones de denuncia para el nuevo grupo y sus dirigentes, con acusaciones de comunistas, animadas y sostenidas en todos los ambientes *abertzales* por la propia militancia anticomunista del PNV». Quizás el autor de estas palabras, Jon Nikolas, se anticipe demasiado, pero éste va a ser el clima de la década de los sesenta: el hijo mayor se iba de casa y había que neutralizarlo a través del anticomunismo, seña de identidad de la familia.

De lo que no hablaban los «Principios» era sobre la violencia; la única mención que se acercaba al tema consistía en dos líneas ininteligibles: «la condenación del militarismo y, por ende, la supresión de la organización militar existente en Euskadi». La cuestión saltó enseguida a las páginas de *Zutik!*, en forma de supuesto debate. Digo supuesto porque, sin despreciar la importancia del órgano oficial, lo reflejado en el mismo no se correspondió con la realidad en demasiadas ocasiones; el control de la organización no estaba en la redacción de *Zutik!*, sino en otras instancias, en los que «hacen» y no en los que escriben. En todo caso, un esforzado militante «gandhiano» publicó un artículo defendiendo alternativas pacifistas dado que «la Dictadura de Franco se basa en la fuerza: atacarla con medios violentos es llevar la lucha a su terreno». Julen Madariaga, responsable de la llamada rama sexta —la militar— desde antes de la I Asamblea, zanjó rápidamente la polémica virtual: «Euskadi, es decir, nosotros, nos hallamos en estado de guerra con el ocupante extranjero».

Tras la I Asamblea, el trabajo político de esta especie de miniorganización se limitó a lo allí aprobado, es decir, labores de propaganda y captación de nuevos miembros. Más allá de alguna pintada, el esfuerzo se concentró en el reparto de los «Principios» y de los ejemplares de *Zutik!* editados en Bayona; también alguna acción más osada, como la colocación de una cinta magnetofónica en la radio parroquial de Tolosa que permitió a los oyentes conocer

extractos de los «Principios» antes del rezo del rosario. En cuanto a las tareas de encuadramiento, las cosas tampoco fueron demasiado bien. Alguna que otra captación en Vizcaya y Guipúzcoa y nada que hacer en Álava y Navarra. En la primera se repartía propaganda en círculos reducidos, aprovechando las redes de las organizaciones apostólicas. En Navarra se optó por la técnica del camuflaje, editándose una revista con el título de *Iratxe* que era distribuida en portales de Pamplona, Estella y Olite por militantes desplazados *ad hoc*. Un par de años después, *Zutik!* anunciaba a bombo y platillo la integración del llamado grupo Iratxe en ETA.

Fue casi algo obligado en esta década que los influjos determinantes vinieran de fuera. En el terreno intelectual se llamaban Krutwig, Oteiza o Frantz Fanon. En el de la práctica política cotidiana fueron las huelgas obreras, las que resurgieron con una fuerza inusitada a partir de 1962.

El movimiento obrero tuvo desde el principio una incidencia enorme entre aquellos jóvenes a los que el mundo de los trabajadores —muchos de ellos inmigrantes— les era completamente extraño. El tema se analiza en otro lugar; aquí baste señalar que el interés que suscitaron las luchas sociales abrió las puertas del marxismo para muchos militantes de ETA que pronto comenzaron a frecuentar malas compañías. Así, y ya en el período comprendido entre las dos primeras Asambleas, Txillardegi —alguien que a la larga se mantendrá inmune a este tipo de influencias—, en nombre de ETA, y Martín Santos y José Ramón Recalde en el de ESBA —rama vasca del Frente de Liberación Popular— mantuvieron una serie de contactos de cara a organizar unas llamadas «células fantasmas que aparecerían y desaparecerían tras una acción concreta». También se establecieron relaciones entre presos de ETA y del PSOE en Carabanchel. Nada de ello acabó cuajando, pero eran los primeros nubarrones que anunciaban la tormenta.

La represión que siguió a las huelgas de 1962 en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa —estado de excepción incluido— se centró sobre todo en los comunistas y en los «felipes», como serían conocidos muy pronto los militantes del FLP vasco en ambientes nacionalistas. Esta vez no afectó a ETA, por razones obvias. Su apertura hacia la izquierda estuvo a punto de causar algún disgusto

cuando algunos refugiados acogieron a un tal Leunda, militante «felipe», en Bayona; estaba siendo seguido de cerca por dos policías que se hacían pasar por militantes represaliados en la huelga asturiana. El incidente generó las primeras desconfianzas entre las dos formaciones, casi virginales, y la adopción de estrictas medidas de seguridad por parte de ETA.

En cualquier caso, parece que ya son visibles dos tendencias en el seno de la misma, según apunta Letamendía, quien llega a afirmar que la II Asamblea se celebró en la localidad francesa de Hossegor —en Las Landas— tras ser convocada en otro lugar para dificultar la asistencia de los representantes «izquierdistas» en beneficio de los «guevaristas». Tampoco hubo novedades de fondo en esta reunión, celebrada en marzo de 1963, pero sí de imagen, una imagen proyectada hacia sí mismos. Asistieron dos mujeres «superando la vieja concepción de *emakumes* que cosen la *ikurriña* que los militantes pondrán esa noche», algunos delegados del interior ya llevaban pistola y, aunque todavía se limitara al terreno organizativo, entraron de lleno los aires argelinos. ETA se organizó en los llamados *herrialdes*, que no tenían nada que ver con los territorios históricos, al modo de las *wilayas* argelinas. De todas maneras, su objetivo era despistar a la policía y lograr una mayor capacidad operativa, aunque el tema de la lucha armada volvió a quedar adormecido en el limbo de los justos, o a la espera de tiempos mejores.

Hubo también un par de cuestiones significativas. Una proveniente de los viejos tiempos, como la propuesta del delegado procedente de París en el sentido de buscar financiación de «la CIA americana a través de los antiguos miembros de Servicios». Según Jon Nikolas, de quien proviene la cita, la oferta fue rechazada radicalmente. La segunda anunciaba el futuro: se creó por primera vez un frente obrero, con el objetivo de organizar células de militantes en las fábricas, con prioridad en la margen izquierda de la ría de Bilbao, epicentro de las huelgas. En palabras de Gregorio Morán, «en dos años ETA cruzó el camino que iba desde recomendar como lectura formativa *El sistema sindical* de monseñor Pildain y las *Lecciones de filosofía moral* de Yurre, a alentar a sus militantes en la lucha de clases».

Pero el acontecimiento más celebrado a continuación fue el

Aberri Eguna de Itxasu, organizado por el grupo ENBATA. En esta localidad vasco-francesa se congregaron unas mil personas, cifra respetable para la época, y allí se produjeron dos hechos dignos de mención. Uno, la puesta de largo del citado movimiento nacionalista, que publicó un manifiesto, afirmando, entre otras cosas, que «la nación vasca está actualmente separada en dos, bajo la dependencia de los estados francés y español. La lengua vasca está en vías de extinción. La economía de las tres provincias del Norte está en regresión, privando de esta manera al país de su población y de su juventud». Y el otro, fue descubierto el coronel Dapena, miembro del servicio de información del Ejército español. Se le ocupó su cámara fotográfica, su listado de matrículas de coches, sonaron algunas bofetadas… Nada del otro mundo, vistas las cosas desde hoy, pero su valor simbólico en aquellos años fue más que notable.

La decisión de crear el frente obrero tuvo consecuencias inmediatas. Estamos en el rebufo de las huelgas de 1962, ante la solicitud de readmisión de los despedidos y las primeras acciones públicas de CCOO, creadas en la coyuntura citada. ETA no tuvo mayores dudas y puso su aparato de propaganda al servicio de la causa de los represaliados. En un clima de «cierta euforia» según Zalbide se lanzaron a la calle once mil octavillas en octubre de 1963. La respuesta policial desmanteló por completo el recién creado frente obrero en Vizcaya. La euforia, de todas maneras, no desapareció: «Las caídas de una organización clandestina son como los jalones principales de su historia. La organización queda desarticulada. Pero caída tras caída, desarticulación tras desarticulación, la organización entra en la historia y se convierte en indestructible por el mismo hecho de ser tantas veces destruida».

En este clima y de nuevo bajo la iniciativa de los militantes del exterior —cuyo número va creciendo en proporción directa a las intervenciones policiales— se realizó la III Asamblea entre abril y mayo de 1964. Lo fundamental de la reunión giró en torno a una ponencia acerca de la lucha armada, publicada después bajo el título *La insurrección en Euskadi* y que se comenta en otro lugar de estas páginas. En los terrenos organizativo y político, ETA se radicalizó de forma definitiva. Se crearon las figuras del *liberado* y los llamados *hirurkos*, células de tres militantes absolutamente

compartimentadas; con respecto a las relaciones con otras fuerzas vascas —nacionalistas—, el acta de la reunión, no oficial al parecer, afirma lo siguiente, tan escueta como contundentemente:

«PNV: Se aprueba unánimemente que la labor del PNV es contraria a los intereses de la Liberación Nacional. Se aprueba, por tanto, ir a su destrucción. Tácticas diversas.

ENBATA: Se aprueba endurecer a ENBATA por medio de cursillos y otros procedimientos.

ELA: Se aprueba reforzar los lazos de amistad con esta organización».

Efectivamente, el clima en el seno de la familia nacionalista se volvió extremadamente bronco. De nada sirvieron las gestiones de Txillardegi con representantes del PNV en el sur de Francia. Ajuriaguerra no había variado ni un ápice su posición y prohibió los contactos. Las acusaciones fueron subiendo de tono, como afirman estas citas recogidas por Gurutz Jáuregui: «el PNV no puede recibir a los de ETA, ni en conversación, por razones de dignidad: a) son unos calumniadores; b) son unos mentirosos; c) emplean procedimientos repugnantes. En resumen, son unos sinvergüenzas». Más grave aún: ETA es «una organización comunista, subvencionada por el comunismo y que realiza pactos con el Partido Comunista».

Retornaba el anticomunismo, el viejo fantasma de la guerra fría y al que era tan sensible la base social nacionalista. Obviamente, nada estaba más lejos de la realidad que las acusaciones vertidas por el PNV; las críticas de ETA al PCE y al PSOE fueron radicales desde el principio, y más aún en lo referente a las organizaciones vascas de esos partidos. De los comunistas se dice que son imperialistas, argumentando el caso de la URSS, y «como cualquier españolista, antivascos». Los socialistas no quedaban mejor parados: «es un partido de una minoría extranjera importada en Euskadi para desnacionalizar a ese pueblo esclavizado por España». Las relaciones entre ambos mundos eran inexistentes, al margen de alguna tertulia de café entre intelectuales. La única razón que explica la virulencia de los ataques del PNV podría ser el interés y la conexión entre ETA y el incipiente movimiento obrero, además de la publicación de *Vasconia* de Krutwig.

ETA se defendió como pudo, pero se vio obligada a salir a la

palestra, adoptando el papel de víctima «que hasta el momento había guardado silencio prudente en aras del honor y paz familiares», como se afirma en el *Zutik!* número 19. Ahí, en un artículo titulado «A todos los vascos de buena fe», se pasa revista a la historia del PNV, donde sólo los *gudaris* de 1936 quedan libres de polvo y paja. Eso sí, el texto termina con un llamamiento a todas las fuerzas nacionalistas para celebrar una reunión con objeto de «limar directamente nuestras diferencias». No alcanzó eco alguno. No sabría muy bien cómo decirlo, si es el padre quien expulsa de casa al díscolo hijo mayor o si es este último quien se va. Encuentros y desencuentros, ésta es la historia del nacionalismo vasco en los años sesenta.

El nuevo nacionalismo

El 22 de febrero de 1964 el semanario franquista *El Español* no tuvo mejor idea que dedicar varias páginas a «Los delirios del separatismo», como afirmaba su titular, junto al de «ETA, organización terrorista vasca». El autor del texto comenzaba diciendo que «seguramente al lector medio español las siglas de ETA no le dirán nada expresivo». Fue en lo único que acertó, pues el resto era, ahora sí, puro delirio, como cuando, en la misma entradilla, definía a la organización como «el núcleo activista extremo del Partido Nacionalista Vasco». Por lo demás, el artículo se centraba fundamentalmente en comentar el recién publicado *Vasconia*, catalogándolo como la Biblia de ETA.

El PNV entró al trapo de inmediato con un comunicado del Gipuzku Buru Batzar y un editorial de *Alderdi*, el boletín oficial, titulado «Aclarando confusiones». Efectivamente, en un mensaje dirigido a su propio mundo, ambos textos trataron de dejar claro que sus relaciones con ETA eran nulas y que «Krutwig era un *plastikolari* —podría ser traducido como "aficionado a las bombas"— literario, cuyos adjetivos y falsedades recuerdan el lenguaje y el estilo de la propaganda de los mejores tiempos de Hitler y Stalin». ETA, por su parte, se tomó el asunto como lo que era realmente, un chollo, hasta el punto de que su delegación en Venezuela envió un cable al director de *El Español* agradeciendo los

servicios prestados y solicitando más propaganda gratuita en números sucesivos.

Lo cierto es que en este año de 1964 la joven organización sentó las bases de su despegue definitivo, acompañada por unas circunstancias exteriores también favorables. La sociedad vasca comenzó a salir del letargo de los tristes años cincuenta; las huelgas previas ya lo habían dejado claro, pero en otros ámbitos también las cosas empezaron a moverse, como lo demuestra el renacimiento cultural en lengua vasca. El Aberri Eguna de ese año se celebró en el interior, en Guernica, por primera vez desde el final de la guerra civil, con asistencia numerosa. Miles de trabajadores se manifestaron en Bilbao el 1 de mayo. Se supone que sería por la apertura franquista, pero, y por primera y última vez, no se registraron incidentes. ETA por su parte empezaba a sonar, por un lado gracias a *El Español* y por otro a su actividad propagandística.

Comenzó también lo que algunos han denominado «el microterrorismo» de aquella época. Denuncias de presuntos «chivatos» con la consiguiente exigencia de marginación y boicot a sus negocios, algún apaleamiento de cierto maestro falangista o peticiones de ayuda económica a gente adinerada y perteneciente al mundo nacionalista. Esto último tenía poco que ver con el posterior «impuesto revolucionario»; más bien se trataba de buscarle las cosquillas a la propia familia, como se escribía en el número 17 de *Zutik!* en relación con una tal Concha Goiri, que se habría negado a aportar dinero alguno por considerar que los de ETA eran unos «izquierdistas» y estaban creando la lucha de clases en Euskadi, además de considerar que Franco, en la cuestión social, estaba a la cabeza de Europa aunque resultara condenable por el «asunto vasco».

La respuesta policial a estas acciones —y no olvidemos la propaganda, las pintadas, etc.— fue para ETA más rentable que las mismas. Sólo por tocar el *txistu*, cualquier ciudadano se situaba en condiciones de ser multado o de comprobar cómo le era denegado el preceptivo certificado de buena conducta para obtener, por ejemplo, el carnet de conducir. Algo de esto debió de intuir José Luis Zalbide, un estudiante de Ingeniería, hecho preso en las caídas anteriores a la III Asamblea y que, tras su salida de la cárcel, regresó a la militancia activa.

Suyas fueron las dos aportaciones decisivas de esta etapa y que dan sentido a eso que hemos denominado «nuevo nacionalismo». Por un lado, la «Carta a los intelectuales» —fueron dos, más bien—, un documento de estimable altura intelectual que analiza Gurutz Jáuregui. Por otro, las «Bases teóricas de la guerra revolucionaria», un texto que tiró a la papelera la inservible *Insurrección en Euskadi* y situó en una óptica bastante realista la puesta en práctica de la estrategia violenta en aquellas circunstancias. Insistamos, quizás fue la propia policía la principal fuente de inspiración de Zalbide a la hora de redactar su ponencia, aprobada en la IV Asamblea.

El concepto de «guerra revolucionaria» fue definido como «el proceso político-militar que tiene por meta la autodeterminación del pueblo vasco, haciendo evidente la calidad ocupante del sistema actual, y que con este fin usa del mecanismo acción-represión repetido en espiral ascendente». Más allá de esta frase rimbombante, la filosofía de la espiral fue descrita con claridad por su autor: «Supongamos una situación en la que una minoría organizada asesta golpes materiales y psicológicos a la organización del Estado haciendo que éste se vea obligado a responder y reprimir violentamente la agresión. Supongamos que la minoría organizada consigue eludir la represión y hacer que ésta caiga sobre las masas populares. Finalmente, supongamos que dicha minoría consigue que en lugar de pánico surja la rebeldía en la población de tal forma que ésta ayude y ampare a la minoría en contra del Estado, con lo que el ciclo acción-represión está en condiciones de repetirse, cada vez con mayor intensidad».

Fue demasiado suponer, como veremos en el capítulo próximo, pero no cabe duda de lo acertado de muchas de las predicciones de Zalbide, teniendo en cuenta la cerrilidad represiva del franquismo.

En cualquier caso, las dos aportaciones que giraron en torno a su persona abrieron una nueva etapa, ya iniciada de todas maneras en la III Asamblea. Es la de la «moneda de las dos caras», el intento de compaginar liberación nacional y liberación social, ese binomio independencia-socialismo que se sigue repitiendo hoy en día. En el terreno doctrinal ya lo decía la «Carta a los intelectuales»: «para ETA no existe posibilidad práctica de conseguir la liberación nacional de Euskadi si no luchamos por la socialización de la economía vasca y no podremos derrocar al capitalismo si nuestra

lucha no se dirige al mismo tiempo a conseguir la Autodeterminación nacional del pueblo vasco (…) los problemas "nacional" y "social" son abstracciones de la misma realidad creada en el desarrollo del capitalismo en nuestra Patria. Y si una es la realidad, parece lógico que una sea también la lucha emprendida para modificarla». En cuanto a la práctica política, sería determinante el uso de la violencia cuando las condiciones organizativas lo hicieran factible, tras la escisión de la V Asamblea.

La consolidación ideológica de este «nuevo nacionalismo» tuvo su correlato en el orden organizativo, con un origen fortuito, al parecer, pero extremadamente significativo del clima en el que vivía el mundo nacionalista. Según la única versión existente, la de ETA, el asunto comenzó con la denuncia efectuada a la policía francesa por Ramón de la Sota, acusando a Madariaga e Irigarai de coacción y extorsión de fondos; al parecer, Sota se había ofrecido voluntariamente como colaborador económico de ETA e incluso quería que sus dos hijos formaran parte de la organización. De pronto, habría cambiado de opinión. Lo cierto es que, en octubre de 1964, la policía francesa se presentó en las oficinas de una empresa de *import-export*, llamada Ikar y situada en Biarritz a nombre de Irigarai; allí descubrió algún arma, propaganda y documentación robada.

Las consecuencias del incidente fueron dobles. Más leña al fuego a las tensas relaciones entre ETA y PNV —«recordaremos que el Sr. Sota, según declaración hecha a la policía, se declara miembro del PNV (…) desenmascarar traidores en nuestra propia casa es la cosa más desagradable para un patriota», dice el número 26 de *Zutik*!— y el alejamiento de la vieja guardia de ETA del País Vasco francés por las medidas adoptadas por las autoridades, por primera vez en la historia. Así, Madariaga, Irigarai, Benito del Valle y Txillardegi abandonaban Francia, siguiendo diversos destinos.

En la mayoría de los partidos u organizaciones políticas y sindicales, los relevos en el poder suelen ser, en general, traumáticos. En ETA jamás, salvo casos aislados, y la razón es bien sencilla: para eso estaba la policía. Al menos entonces, cualquier miembro de ETA tenía asumido que su paso por las estructuras organizativas, incluidas las de dirección, era algo efímero; dos años era la media deseada. La cárcel o el exilio se sentían como algo

prácticamente inevitable, máxime cuando uno estaba «quemado», es decir, fichado por la policía. Si además intervienen las autoridades francesas, el alejamiento significa la pérdida de control, del poder en la organización, siempre volcada hacia el interior.

Madariaga e Irigarai marchan a Argelia, Benito del Valle a Venezuela y Txillardegi a Bruselas. Sólo este último contará algo en los meses sucesivos gracias al control de la delegación belga sobre el resto de las delegaciones extranjeras, a pesar de que, según Patxo (José Luis) Unzueta, en su artículo «La V Asamblea de ETA» en la revista *Saioak*, afirme que era Argel la sede oficial de las delegaciones. Desaparecía la vieja guardia, la generación de los fundadores, y el poder pasó de nuevo al interior, pero a otras manos. Básicamente a las de Zalbide, acompañado en la nueva singladura, entre otros, por Patxi Iturrioz, José María Escubi y los hermanos Echebarrieta. Probablemente el cóctel más brillante y explosivo de la historia de ETA.

Para mantener viva la tradición de las asambleas anuales o para consolidar el poder recién adquirido, el nuevo equipo convocó en el interior —detalle harto significativo de los nuevos tiempos— la IV Asamblea en agosto de 1965. La reunión comenzó en la Casa de Ejercicios de los jesuitas en Loyola —Azpeitia— pero fue suspendida precipitadamente ante la noticia de que los delegados del exterior habían sido sorprendidos en la frontera por una patrulla de la Guardia Civil (fueron detenidos por dos agentes de este cuerpo pero lograron escapar camino de Vera del Bidasoa). Los liberados del interior permanecieron «enchopinados» —escondidos— durante un mes y la reunión se reanudó, esta vez no en la confortable pero espartana Casa de Ejercicios Espirituales, sino en una cabaña de ovejas de las campas de Urbía, muy cerca de otro referente religioso, el Santuario de Aránzazu —éste regentado por la orden franciscana—, la virgen patrona de Guipúzcoa, al igual que San Ignacio.

La IV Asamblea oficializó la moneda de las dos caras, es decir, aprobó la ponencia «Bases teóricas de la guerra revolucionaria» y la segunda «Carta a los intelectuales». Además de lo ya señalado anteriormente, de la ponencia cabe destacar la reestructuración de ETA en secciones (militar, activista, de información y oficina política). En la «Carta», reelaborada a partir de la primera durante

el mes de «enchopanamiento», se registraba también alguna novedad, como la diferenciación entre autodeterminación —propio del derecho natural— e independencia, a decidir por la población. Además quedó algo para las generaciones venideras, aquello de cuanto peor, mejor: «podemos afirmar que la dictadura del general Franco está siendo para nuestro pueblo infinitamente más positiva que una República democrático-burguesa, que hubiera ahogado nuestras aspiraciones sin crear unas tensiones como las que ahora disponemos para lanzar al pueblo a la lucha». El párrafo era entonces coherente con la teoría de la espiral, pero luego fue interpretado de modo distinto.

Sin lugar a dudas, la IV Asamblea, una reunión de la que se ha escrito poco —hasta las actas se han extraviado—, fue una de las importantes de la historia de ETA. No pasó nada en especial, es decir, no hubo escisiones ni siquiera broncas que hayan trascendido, pero allí se modificaron los «Principios» de 1962 y se aprobó la opción socialista como el futuro de la sociedad vasca liberada de la opresión nacional. Dicho de otra manera, la reunión permitió, oficialmente, la apertura a las corrientes marxistas, revolucionarias, de liberación colonial, etc., un vendaval que en los años sesenta parecía poder barrerlo todo. En ETA, una organización con puertas y ventanas abiertas, pero que venía de donde venía, el vendaval se convirtió en un tornado. Nada de lo que pasó en las dos posteriores asambleas es explicable sin entender lo que se aprobó en las campas de Urbía.

Los planes previstos se vieron truncados muy pronto por la detención de Zalbide; en realidad, fueron aplicados dos años después, tras la escisión de la V Asamblea. Por ahora, charlas y cursillos a los nuevos militantes eran la actividad principal. Las charlas versaban sobre lo divino y lo humano: las experiencias argelinas, el neocapitalismo, la historia del País Vasco, la sociedad de consumo, la «descolonización de la mujer», como escribía Patxi Iturrioz en el *Zutik!* número 29… Los cursillos, dirigidos a militantes más concienciados, tenían carácter militar, si es que puede hablarse en estos términos si casi no había armas. Como escribe Gregorio Morán, refiriéndose a Izco de la Iglesia —condenado a muerte en el proceso de Burgos—, «viajaba con un Colt 45 cargado con balas de diferente calibre, introducidas en el tambor gracias a la lima y el

martillo». Pero creaban ambiente, un estado de ánimo que cristalizará más adelante.

Zalbide escribió desde la cárcel que en estos cursillos se vivía un clima de «insurrección revolucionaria, pero cuando el militante salía de nuevo a la calle oía decir que ETA son esos que pintan las paredes». Quizás por esto o, más bien, porque la organización no tenía un duro, se decidió perpetrar un atraco, el primero de la historia, y de paso, ver qué pasaba con la teoría de la espiral acción-represión-acción.

Probablemente, jamás en la historia se haya anunciado un atraco antes de ser cometido. Lo hizo el *Zutik!* 32, a través de un «Comunicado al pueblo vasco» firmado por el Ejecutivo de ETA que, en su párrafo preliminar, decía lo siguiente: «En razón del aumento de necesidades inherentes a la presente etapa, se comenzará a efectuar, en determinadas circunstancias, e independientemente de la ayuda popular, la requisa de medios necesarios a la lucha revolucionaria. Estas medidas serán tomadas con extraordinaria prudencia y en ningún caso se lesionarán los bienes materiales de una persona que necesite de ellos para vivir con dignidad». No nos resistimos a reproducir lo sustancial de la argumentación posterior porque, vistas las cosas desde hoy, resulta insólita:

«Nunca hemos contado con otros ingresos que los que nuestros compatriotas nos han proporcionado individual y voluntariamente. (…) Nuestra organización se encuentra precisamente en el estado de transición entre no hacer más que propaganda, a hacerse un verdadero movimiento revolucionario. El pueblo sabe que lo que pretendemos constituye una empresa gigantesca —casi una utopía — y que los medios deben de estar a la altura de la misma. Por eso se ve tan poco la actividad de ETA (…) y por eso ha tomado nuestro Ejecutivo la decisión publicada arriba. Quisiera ahora resaltar la afirmación de que estas medidas a que nos empuja la lógica revolucionaria no serán tomadas en contra del pueblo. (…) Esperamos que nuestro pueblo sabrá comprender las causas de esta decisión, tan apartada ciertamente de las medidas políticas tradicionales, pero inevitable si queremos ser consecuentes en nuestro ideal de liberación total de la nación vasca».

Las precauciones fueron tantas que incluso se recabó la opinión de algún sacerdote. Por fin, el 24 de septiembre, un comando de

ETA asaltó en Bergara a un cobrador, desarmado, del Banco de San Sebastián, para arrebatarle la bolsa con el dinero. Al parecer se equivocaron y se llevaron otra inservible, llena de letras de cambio. Uno de los atracadores era Zalbide.

La teoría del «cojonímetro» —de «cojones»— o los hombres orquesta. Zalbide ha sido uno de los teóricos más brillantes de la historia de ETA y se ha pasado media vida en la cárcel por participar en una requisa, como se decía entonces. Txabi Echebarrieta tenía afición por la poesía, le gustaban Ortega y Unamuno y era de un talante extremadamente conciliador, «el diplomático» le llamaban. Fue quien mató al primer guardia civil y resultó ser también el primer muerto de ETA. Sin llegar a los extremos posteriores, cuando leer un libro de ensayo resultaba sospechoso, parecería que la prueba de fuego del activismo era indispensable para hacerse reconocer como dirigente de la organización; uno podía escribir ponencias o artículos de *Zutik!*, pero donde de verdad se cortaba el bacalao era demostrando valentía y arrojo en las acciones. Ahí estaba la autoridad.

Tras el atraco frustrado, Zalbide, que tampoco debía de ser muy buen conductor, cayó con su coche en un socavón de la carretera de Durango y fue detenido varios días más tarde. Para más *inri* le dieron trato de preso común, por lo que inició una huelga de hambre reclamando su condición de preso político. La cosa es que quedó fuera de circulación. Sin él, la moneda ya no caía de canto, sino que se desplazaba hacia uno de sus lados, el de Patxi Iturrioz y su evolución izquierdista.

La primera cruzada contra el españolismo

En los escritos internos de aquellos años, ETA era reconocida bajo el apodo «Y»; también con el de «jaula». Efectivamente, en eso se convirtió la organización tras la caída de Zalbide, en una jaula, pero de grillos.

La primera razón fue la debilidad del Comité Ejecutivo; con Zalbide en la cárcel y Escubi en el exilio —«quemado» por el atraco —, quedó Iturrioz, al mando de la Oficina Política, como el hombre fuerte, pero duramente contestado desde instancias diversas desde

muy pronto. El resto de los componentes de la dirección (Zaharra, El Calvo, Soli y Pirri) no parece que tuvieron mayores funciones que las de actuar de enlaces en el fregado que se avecinaba.

No tenemos páginas para ser exhaustivos, pero tampoco hace falta, porque bastan algunos ejemplos. Empezando por la rama militar, su responsable, elegido en la IV Asamblea (apellidado Zumalde, era conocido bajo el apodo de *El Cabra*, según F. Letamendía «por su habilidad y afición a moverse en lugares escarpados»), se declaró abiertamente en rebeldía con la dirección, negándose a acudir a la convocatoria del Aberri Eguna de Irún-Hendaya de 1966 y menos a obedecer la orden de colocar *ikurriñas* en Erandio el 1 de mayo. Como contrapartida, Zumalde y sus compañeros de la rama militar, que se mantenían en la órbita descrita por «La insurrección en Euskadi», decidieron practicar la guerrilla rural ocupando Garay, una pequeña localidad vizcaína, desde primera hora de la mañana. Cortaron los teléfonos, colocaron *ikurriñas*, repartieron octavillas a la salida de misa y luego se fueron. Como pronto va a ser habitual en la historia de ETA, la rama militar empezaba a ir a su aire y/o imponiendo situaciones de hecho. Esta vez no ocurrió nada de esto, porque «los cabras» se automarginaron de la organización y, hasta 1968, cuando sus principales militantes fueron detenidos, se mantuvieron fieles a la guerrilla rural, aunque sólo en plan de entrenamiento.

En el exterior, otro foco de disidencia, la figura más sobresaliente era la de Txillardegi que, además, no estaba en Argelia, como Madariaga, sino en Bruselas. De esta época es su obra *Hizkuntza eta pentsakera* («Lengua y pensamiento»), donde defendía que el idioma no pertenece al terreno de la superestructura, sino que condiciona el pensamiento de forma determinante. No hace falta explayarse en su reacción cuando comprobó que los *Zutik!* editados por la Oficina Política de Iturrioz se redactaban cada vez más en castellano.

En Bruselas también estaba Krutwig. El autor de *Vasconia* ingresó en la organización en estas fechas, aportando, como tarjeta de visita, los folletos «La cuestión vasca» y «El nacionalismo revolucionario», ambos fundamentados en el maoísmo. Entre la capital belga y París, Krutwig conectó con lo que sería después la dirección de ETA: José María Escubi, Bilbao Barrena y Bareño, por

un lado, y un grupo de exseminaristas guipuzcoanos —todos procedentes de un mismo curso del Seminario Diocesano de San Sebastián— entre los que sobresalían José María Aguirre, *Txato*, Mikel Azurmendi y José María Matxain. Su labor fue básicamente la de impartir ciencia en forma de cursillos o conferencias, donde también participaba, por poner un ejemplo, el teórico trotskista Ernest Mandel.

Para su definición del «nacionalismo revolucionario», Krutwig se valió de todo tipo de autores marxistas —Lenin, Mao y el vietnamita Truong Chinh, sobre todo—, pero lo que quedó en la mente de sus contertulios fueron tres ideas: nacionalismo, revolución —es decir, radicalismo, nada de tonterías reformistas— y guerrillas. Más que suficiente para acometer con garantías de éxito la batalla que se avecinaba en el interior.

Y en el interior mandaba Iturrioz. Los hermanos Echebarrieta se habían situado en una posición, sino de apoyo, sí de contemporización con la Oficina Política. El mayor, José Antonio —ya enfermo, pero con la mente en perfectas condiciones— se ocupaba sobre todo de elaborar una historia del nacionalismo vasco partiendo de Sabino Arana. Txabi era un brillante estudiante de Económicas en la facultad de Sarriko, más dado a actividades intelectuales que a otra cosa. Quizás ese carácter abierto de ETA del que hemos hablado se refleje perfectamente en ambos hermanos, que mantenían estrechas relaciones con Jorge Oteiza, pero que asistían también, de forma regular, a una tertulia con gentes como Agustín Ibarrola, Dionisio Blanco, Antonio Pericás —todos del PCE — y Luciano Rincón —exdirigente «felipe»—, por citar a los más representativos, más que denostados en el mundo nacionalista. En cualquier caso, dejaron hacer, políticamente hablando, a los nuevos dirigentes de la organización, cuyo epicentro se situaba, además, en la entonces lejana San Sebastián.

Hemos hablado mucho de Patxi Iturrioz, para personalizar un tanto (no era ningún novato: había ingresado en ETA en 1959 y ya conocía la experiencia de la cárcel), pero junto a él se encontraban una serie de jóvenes estudiantes con un nivel cultural elevado, como Álvarez Dorronsoro, Eugenio del Río, Iñaki Zubiaur, Uresberoeta o Bordonabe. Estos dos últimos llegaban a ETA procedentes de ESBA, lo que dio pie a que la acusación de

infiltración españolista realizada en la V Asamblea acabara siendo indiscutible. El nuevo equipo, al mando de la Oficina Política, sin mayores problemas con el Comité Ejecutivo y con los bilbaínos en plan diletante, impusieron una nueva línea política.

El cambio fue visible en varias direcciones. En primer lugar, la teoría de la espiral quedó en el baúl de los recuerdos; ni se planteó llevar a cabo alguna acción armada tras la detención de Zalbide —tampoco había mayores posibilidades con el díscolo grupo de *El Cabra*—, y lo único que se intentó fue la movilización popular, con un resultado poco esperanzador: según F. Letamendía, cincuenta personas acudieron a la primera manifestación convocada y ciento cincuenta a la segunda. Pero es más, las referencias al uso de la violencia desaparecieron de *Zutik!*, salvo una brevísima en el número 38. ETA se había configurado como una organización «armada más del deseo de armarse que de armas reales» como dice Patxo Unzueta en el citado artículo de *Saioak*, pero de ahí a olvidarse del tema iba un abismo que pronto salvarán Escubi y compañía.

El trabajo militante se orientó fundamentalmente hacia el interior de las masas, hacia los trabajadores, en un intento de superar el anterior alejamiento en relación al movimiento obrero. La nueva política no fue seguida obviamente por la totalidad de los militantes —tampoco muchos eran obreros—, pero sí produjo algún resultado en Guipúzcoa. Durante el verano de 1966 se creó en Zumárraga la primera Comisión Obrera Provincial de CCOO con participación de varios militantes de ETA, que consiguieron lograr de la asamblea el reconocimiento del derecho de autodeterminación para el pueblo vasco.

El Aberri Eguna de 1966 fue convocado por ETA en Irún-Hendaya, y decimos por ETA porque, en principio, nadie estaba en desacuerdo, ni siquiera Txillardegi. La primera vez que se abordó el tema, en el *Zutik!* 39, se decía que «nuestra Patria está no sólo ocupada sino además dividida. Unos vascos nos enfrentamos con la Guardia Civil, otros con la Gendarmería. (…) Pero los vascos del Norte y los vascos del Sur no buscamos dos revoluciones distintas, sino una sola y total revolución vasca». Era normal que todo el mundo asumiera este mensaje inequívocamente nacionalista. Pero hubo dos problemas; uno, que el PNV convocó esa festividad en

Vitoria y, otro, que el sentido del llamamiento de la Oficina Política de ETA cambió de la noche a la mañana.

Había dos convocatorias para el Aberri Eguna, por primera vez en la historia del nacionalismo, lo que suponía pasar de los enfrentamientos verbales a algo más serio, a confrontar los efectivos de cada cual. Esto en un principio. Pero cuando ETA convocó definitivamente la concentración en Irún-Hendaya, lo hizo con un lema extremadamente grave para el PNV: «Patriotismo obrero frente a nacionalismo burgués», con una argumentación que no tiene desperdicio: «En el momento de redactar estas líneas podemos afirmar que la elección de Vitoria ha sido el resultado de las componendas llevadas a cabo por la burguesía vasca, el capital monopolista español y la socialdemocracia hispana, que no contenta con traicionar a las clases obreras de su país, trata de comerciar ahora con las del nuestro».

La inmensa mayoría de los ciudadanos movilizables para el Aberri Eguna —una odisea en aquella época franquista— acudió a Vitoria, sin que se sintiera cómplice de la burguesía vasca, del capital monopolista español y, menos, de la socialdemocracia hispana. La concentración de Irún-Hendaya tuvo un carácter militante. La Guardia Civil se empleó sin contemplaciones; dos jóvenes —Mertxe Eguren y Xabier Amiano— resultaron heridos de bala.

La gota que colmó el vaso y provocó la rebelión definitiva fue la posición adoptada con respecto a las elecciones sindicales de 1966. Como se sabe, el PCE y el FLP propugnaban la participación, ante la consigna abstencionista del resto de las fuerzas políticas y sindicales, salvo, claro está, CCOO que, por cierto, obtuvieron el mayor éxito de su historia. Pues bien, la Oficina Política, en nombre de ETA, se mostró favorable a la participación.

La evolución ideológica que sustentaba esta nueva política se analiza en otro lugar de estas páginas. Limitémonos pues a señalar que, en cualquier caso, las posiciones de los miembros de la Oficina Política eran tan herederas de la «Carta a los intelectuales» como la de los nacionalistas revolucionarios o la de Txillardegi y los suyos. El problema era que la famosa moneda no podía caer de canto, a no ser que la organización basara su actividad en la lucha armada, la única que ha dado continuidad a la unidad del aparato.

La cosa es que el grupo de Iturrioz estaba llevando a ETA hacia el marxismo internacionalista. Por primera vez surgían las dos vías que han coexistido en ETA para luego bifurcarse: aquella que ha pretendido crear un partido obrero, marxista, socialista o como se llame —según las épocas— y la que siempre ha pretendido el *sorpasso*, sustituir la influencia del PNV por la propia. Basta contemplar la última versión de este proceso con las trayectorias seguidas por Euskadiko Ezkerra y Herri Batasuna.

El conjunto de la comunidad nacionalista no tardó en reaccionar, lanzando una furiosa campaña con una acusación explícita y contundente: la de españolismo. Mal estaba que los de ETA se marcharan de casa y anduvieran por ahí refundando el nacionalismo y preconizando o intentando experiencias armadas; pero esto era demasiado, se estaban yendo a la casa de enfrente. Había surgido un cuerpo extraño y había que extirparlo sin contemplaciones. De ahí puede comprenderse con facilidad la entusiasta colaboración prestada a la campaña antiespañolista por grupos como ELA —la fracción *berri* para ser exactos— o sectores no muy progresistas precisamente del nacionalismo en una lucha interna de ETA que, en principio, ni les iba ni les venía.

En el seno de la organización, sus distintos sectores se aliaron en contra de la Oficina Política, partiendo también de una reacción un tanto espontánea de parte de la base que se había negado a repartir los últimos *Zutik!* y quemado el dedicado a las elecciones sindicales. Txillardegi llevaba meses denunciando lo que para él era una «desviación norteña»; los nacionalistas revolucionarios, por su parte, tomaron una decisión más drástica y eficaz: volver al interior y hacerse con el control de ETA. Así, *Txato* Aguirre, Mikel Azurmendi… y los conocidos como «los tres mosqueteros» (Escubi, Bilbao Barrena y Bareño) cruzaron clandestinamente la frontera en verano de 1966.

La batalla en el interior de ETA no era nada sencilla por el control que el equipo de Iturrioz ejercía sobre la militancia, muy compartimentada por razones obvias. Había llegado la hora de José María Escubi Larraz, un estudiante de Medicina, con experiencia de detención y cárcel, nacido en Leiza (un pequeño pueblo navarro, cuna también del famoso levantador de piedras Iñaki Perurena). No era un brillante intelectual, como Zalbide o Echebarrieta (tampoco

tenía un pelo de tonto), pero era valiente, quizás también habilidoso y, sobre todo, tuvo siempre el santo de cara. No fue apresado, y sigue vivo, tras sus tres años de estancia ilegal en el interior, siendo el dirigente indiscutido de ETA y el más buscado por la policía, con más de una escaramuza a tiro limpio. Fue el protagonista de la siguiente fase, la del próximo capítulo.

Ya en el interior, «los tres mosqueteros» conectaron de inmediato con los hermanos Echebarrieta y poco a poco, célula a célula, se fueron haciendo con el control de la organización. Una vez asegurada la mayoría, convocaron la V Asamblea, que se inició la noche del 7 de diciembre de 1966 en la casa cural del pueblecito guipuzcoano de Gaztelu. Asistieron cuarenta y cinco delegados. (Lucas Dorronsoro, hermano de dos de los procesados en Burgos y cura de la localidad, pidió el ingreso en ETA en esta Asamblea y acudió, ya como delegado, a su segunda parte). Previamente, el Comité Ejecutivo había expulsado a Patxi Iturrioz y disuelto la Oficina Política.

Conviene un inciso, porque se ha especulado demasiado acerca del clima violento que rodeó la reunión, antes y después de su celebración. Es cierto que hubo excesos verbales, como la de un grupo de militantes de San Sebastián que presentaron un esbozo de la táctica a seguir en la Asamblea —tal y como lo define Patxo Unzueta en el artículo citado— como «alternativa ante la aparente imposibilidad de eliminar físicamente a los responsables de la traición, lo que sería a nuestro entender el único camino correcto de eliminación». Sin llegar a estos extremos de eliminación física, la violencia verbal fue nota característica de la campaña antiespañolista, pero la V Asamblea se desarrolló sin incidentes, aunque, como muestra de la tensión, baste decir que Izco de la Iglesia, el jefe de seguridad, retiró previamente a todos los asistentes no sólo las pistolas, sino cualquier objeto punzante.

Iturrioz no pudo asistir a la Asamblea, por haber sido expulsado; tampoco asistieron Txillardegi y Madariaga, al parecer porque no se atrevieron a cruzar la frontera. Sólo había un representante de la «vieja guardia», Xabier Imaz, actuando como portavoz de la misma. Poca cosa ante el empuje de Escubi y Echebarrieta. A pesar de las trampas tendidas por estos últimos —cambios de citas, etc.—, trece militantes de la corriente fiel a la Oficina Política lograron llegar a

Gaztelu. Comenzada la reunión, plantearon como cuestión de orden previa que la misma no podía constituirse sin la presencia de Iturrioz. Perdida la votación correspondiente, se vieron obligados a permanecer en una habitación contigua hasta poco antes de que se clausurara la Asamblea. Se adujeron motivos de seguridad.

El resto fue un paseo. Txabi Echebarrieta leyó el llamado «Informe Txatarra» —se titulaba «Análisis y crítica del españolismo social-chovinista»— elaborado por su hermano José Antonio y basado en el *Qué hacer* de Lenin. En él se acusaba de «utópico, ucrónico, anacional, reformista, antiorganizativo y pacifista» al reciente planteamiento de la Oficina Política. Más allá de la palabrería y del *Qué hacer*, del que los delegados no tenían noticia, de lo que se habló fue de españolismo, glosado por algunos de los asistentes tras las casi dos horas de intervención de Txabi. Veintinueve delegados votaron a favor del informe y de la consiguiente expulsión de los españolistas, dos se abstuvieron y un voto resultó nulo.

Al parecer, la mayoría de los reunidos no pensaba que aquello iba a acabar en una escisión, y menos Txabi Echebarrieta, el presidente de la Asamblea a sus recién cumplidos veintidós años, un joven prudente y sensato, según sus amigos. Pero los que en la reunión eran denominados como los «disidentes», mostraron desde la primera votación adversa una actitud muy clara, denunciando los «métodos fascistas» —son sus palabras— de sus adversarios. Una vez finalizada la Asamblea, la disidencia devino en escisión, porque los expulsados siguieron llamándose ETA (*berri*, «nueva») durante algún tiempo. Ni que decir tiene que abandonaron la lucha armada y que su evolución les llevó hacia el marxismo-leninismo versión maoísta, adoptando las siglas de Movimiento Comunista de Euskadi, una fuerza no marginal en la Euskadi de los setenta.

En términos formales, ya había vencedores y vencidos, pero los primeros tenían ante sí un par de problemas. Parafraseando el conocido dicho de un dirigente de la extinta UCD, habían ganado, pero no sabían muy bien quién, si los etnolingüistas o culturalistas de Txillardegi, o los nacionalistas revolucionarios capitaneados por Escubi y Echebarrieta que, teorías aparte, pensaban en el Che Guevara como modelo, esto es, en la lucha armada. Esto se dilucidó en la segunda parte de la Asamblea, porque el otro problema era

más urgente: ganar definitivamente la partida a los «españolistas» en el mundo nacionalista donde se desenvolvían todos.

De hecho, la primera medida que se adoptó en la Asamblea fue «realizar una fuerte campaña de prestigio y reafirmación organizativa en base a contactos con distintos medios vasquistas». Así qué toda la plana mayor de ETA recorrió el País Vasco conectando con artistas —partiendo de Oteiza—, grupos de danzas, de montañeros, células obreras influenciadas por la dinámica impulsada por la antigua Oficina Política… en fin, con todo lo que se movía. Obviamente, esto tenía que ser realizado desde el interior y no desde Bruselas, por lo que los nacionalistas revolucionarios no tuvieron mayores problemas en matar dos pájaros de un tiro. Ellos sí estaban en la brecha.

Curiosamente —en realidad no es tan curioso— lo más crudo de la cruzada antiespañolista se desarrolló en locales eclesiásticos. Empecemos por situar las cosas en su sitio porque la importancia de los centros religiosos en aquella época era incuestionable para cualquier grupo de oposición antifranquista: más de una vez se celebraron reuniones de CCOO en iglesias o sacristías; la bolsa de resistencia de la famosa huelga de Bandas la llevaban curas de la parroquia de Basauri, por poner algún ejemplo. ETA no fue una excepción, sino más bien la regla, sabiendo, además, de la profesión de fe de la mayoría de sus militantes. Ya hemos visto que no hay asamblea que no se realice en un convento, iglesia o monasterio. Pero además de esta, digamos, ayuda logística prestada a casi todos, los locales parroquiales fueron el escenario de las llamadas «escuelas sociales», donde se impartían conferencias de todo tipo, desde historia del País Vasco hasta nociones de marxismo. Funcionaban en régimen semiabierto, con «gente de confianza», y supusieron un salto cualitativo en la lucha clandestina, por cuanto suponía pasar de la octavilla a una explicación más o menos pública de posiciones políticas y multiplicar las posibilidades de reclutamiento. Esta vía fue iniciada por organizaciones como las JOC —o Herri Gaztedi, su paralelo en el País Vasco— pero fue explotada al máximo por la corriente fiel a la Oficina Política. Escubi y los suyos, la nueva dirección de ETA, no tuvo más remedio que acudir a este escenario desfavorable para plantear la batalla y reclutar nuevos simpatizantes. Teniendo en cuenta el apoyo del

mundo nacionalista y de la mayoría de los sacerdotes que «estaban detrás» de estas escuelas sociales, resulta fácil imaginar que los resultados fueron más que favorables.

Una vez eliminada definitivamente la «traición españolista», quedó el camino libre para convocar la segunda parte de la V Asamblea, celebrada durante la Semana Santa de 1967 en la Casa de Ejercicios regentada por los jesuitas en Guetaria. La correlación de fuerzas quedó aclarada desde el primer momento, cuando la inmensa mayoría de los cuarenta delegados asistentes eligieron a Txabi Echebarrieta como presidente, en detrimento de Imaz, el de la vieja guardia. Las posiciones de los llamados «nacionalistas revolucionarios» se impusieron sin ninguna dificultad.

Sin embargo, la V Asamblea no introdujo sustanciales novedades ideológicas en el seno de ETA, como puede apreciarse en la «Ideología oficial» aprobada en la segunda parte. Causó furor durante una época el concepto de «Pueblo Trabajador Vasco», una transacción entre los nacionalistas revolucionarios y la corriente de Txillardegi, que no causó más que dolores de cabeza e incomprensibles disquisiciones. En realidad, no fue Krutwig sino Zalbide el intelectual vencedor de la V Asamblea, porque en Guetaria no se hizo más que regresar a las resoluciones de la IV por partida doble. Por un lado, la definición del nacionalismo revolucionario aprobada en la V es una mala copia de la «Carta a los intelectuales»: «La liberación nacional del pueblo vasco es la liberación integral del pueblo y del hombre vasco; es la negación total de una realidad actual, opresiva. Esta negación total sólo puede ser realizada por el pueblo trabajador vasco a través de su situación de clase explotada. Por eso, la lucha nacional del pueblo vasco es una afirmación socialista (nacionalismo revolucionario)».

Para este viaje a la moneda de las dos caras no hacían falta tantas reuniones; tampoco fueron convocadas para esto, sino para extirpar el grano españolista. Pero, siguiendo con la herencia de la IV, ahora sí que Zalbide iba a poder contemplar, desde la cárcel, cómo se ponía en funcionamiento su teoría de la espiral. Ya lo veremos a continuación, pero lo que reinaba en el ambiente de la segunda parte de la V Asamblea era la urgencia de comenzar a activar el mecanismo de una vez por todas.

Se volvía, en definitiva, al binomio liberación nacional-

liberación social como objetivos a alcanzar a través de la lucha armada, esto es, a la IV Asamblea. Pero los años no habían pasado en balde, como reconocería Txillardegi mucho después: «Fuimos reemplazados por otra generación lo que, con el tiempo, le ocurre a todo el mundo». La organización que salió de la V Asamblea al mando de los Escubi, Echebarrieta, etc., estaba ya dispuesta a poner toda la carne en el asador. Ello, añadido a la incorporación del marxismo como fuente de inspiración de ETA, puede explicar el «mutis por el foro» de buena parte de la vieja guardia poco después de aquella Semana Santa de 1967. Txillardegi, Benito del Valle, Imaz y Aguirre, cuatro de los fundadores, decidieron abandonar «su» organización alegando que «ha dejado de ser un movimiento de tendencias diversas para convertirse progresivamente en un partido de tendencia claramente marxista-leninista». Como escribe Gregorio Morán, fue la única salida de *gentleman* de toda la historia de ETA.

Txillardegi y sus compañeros se constituyeron en un grupo de presión dentro del mundo nacionalista a través, sobre todo, de la revista *Branka*. Su función política consistió, en adelante, en convertirse en celoso guardián de la unidad de la familia, dentro de su pluralidad, pero en estado de alerta ante cualquier nueva «desviación españolista». De ahí su permanente propuesta de constituir un Frente Nacional, es decir, un frente nacionalista dirigido contra España. Algún otro miembro de los fundadores, como Madariaga, permaneció en las filas de la organización, al igual que Krutwig. Ambos, desde no se sabe dónde, permanecieron también en estado de alerta por si el grano españolista volvía a reproducirse.

De todas maneras, esta ETA que salió de la V Asamblea tenía el campo libre en su interior, pero había sembrado de piedras el camino. La campaña antiespañolista que tuvo que desatar para derrotar al grupo de Patxi Iturrioz despertó viejos demonios, nunca olvidados en el seno del nacionalismo; esos vientos se volvieron en su contra, en forma de tempestad, pocos años después. A su vez, se vio obligada a echar mano de un marxismo *sui generis* para combatir la apertura hacia la izquierda de la Oficina Política, incubando así una especie de virus que acabó afectando a buena parte de los futuros dirigentes de la organización. Los nuevos tiempos, y las

nuevas generaciones, caminaban también en una dirección laica. Pronto quedaron vacíos los seminarios y algunos curas empezaron a casarse, pero también fue muy significativo que sólo asistieran cinco delegados a la misa celebrada por Lucas Dorronsoro el día de Jueves Santo de 1967, en plena V Asamblea. Hoy se habla del origen de las distintas culturas políticas a la hora de explicar las diferencias —y las coincidencias— entre el PNV y HB; es posible que ese origen se sitúe ahí, que entonces, como dice Unzueta, se estuviera cerrando una etapa, en la que la referencia había sido el PNV, y abriendo otra, «caracterizada por la aspiración expresa de alumbrar un nuevo nacionalismo alternativo política y organizativamente, aunque no ideológicamente, al encarnado por los seguidores del inventor del término “Euzkadi”».

Capítulo III

Pasión, muerte y resurrección de ETA

Transcurridos algunos años desde la fundación de ETA y tras la celebración de la V Asamblea, se abría una nueva etapa en la que la importancia política y social de la organización iba a verse multiplicada de manera espectacular hasta llegar a convertirse en el paradigma de la opresión vasca bajo el franquismo y atraer hacia su causa a buena parte de la conciencia democrática, tanto dentro como fuera de España, tal y como quedó patente durante el juicio de Burgos. En el plano interno, en este periodo hubo de todo, como veremos enseguida, desde campañas favorables al Frente Nacional hasta la participación orgánica en CCOO, pero la argamasa fue la lucha armada, impulsada ahora con determinación por primera vez en la historia de ETA.

La militancia creció de forma exponencial: había más de doscientos activistas organizados sólo en la ría de Bilbao en la primavera de 1969. Pero una de sus características básicas era la heterogeneidad de procedencias, culturas y práctica política. Quizá fue en ese momento cuando ETA enlazó con la vieja y tan querida tradición de «movimiento» —y no partido— presente siempre en el nacionalismo. Ese «alegre y jubiloso tropel» del que ya se ha hablado cobraba su exacto sentido; unos actuaban en las fábricas, haciendo lo que podían; otros, en la universidad —si es que puede hablarse de universidad en el País Vasco en aquellos años, pues las

escasas y dispersas facultades dependían de Valladolid; claro que también estaba la privada de los jesuitas en Deusto—; otros se peleaban con las autoridades franquistas en los pueblos y barrios, y todos, hasta que la situación estalló, con la vista puesta en la lucha armada.

La heterogeneidad, este carácter abierto de la organización, facilitó también la influencia de corrientes externas. Los esquemas tercermundistas eran un dogma; aunque tarde y más bien «de oídas», los ecos del 68 llegaron al País Vasco, y no solamente los referidos al mayo francés. Desde luego, no faltaron acontecimientos en aquella famosa coyuntura, desde el colapso de la Primavera de Praga, la crisis definitiva del modelo soviético y la consiguiente aparición del eurocomunismo, hasta el surgimiento de formaciones maoístas y trotskistas en toda Europa. Algo más tarde comenzaron a registrarse acciones armadas por parte de grupos que decían ampararse en el marxismo. Todo ello formará parte de la pequeña historia de ETA en esta etapa, y decimos pequeña porque afectó solamente a sus dirigentes.

Cuando Zalbide elaboró la teoría de la espiral, en los años de la llamada «liberalización», no podía imaginar que su puesta en práctica iba a coincidir con el inicio de la represión indiscriminada y masiva como única respuesta por parte del régimen franquista. Desde la huelga de Bandas, desde la primavera de 1967, el País Vasco estuvo sometido a un casi permanente estado de excepción. El Estado se valía de las FOP como único argumento contra todo lo demás, y ese todo lo demás no era nada despreciable: los obreros, que no tenían miedo a declararse en huelga, la Iglesia, en pie de guerra —pocos años después, hasta la jerarquía—, las actividades vasquistas en auge inesperado, y la provocación de ETA, con sus acciones armadas. No se trataba de un clima prerrevolucionario, ni mucho menos; la rebeldía afectaba a núcleos específicos de la sociedad, pero fue más que suficiente para que el franquismo arremetiera contra ella en su conjunto.

Los nacionalistas revolucionarios dirigidos por el tándem Escubi-Echebarrieta, libres ya de cualquier tipo de contestación interna, se lanzaron de lleno a la acción, y nunca mejor dicho. Había que actuar, donde fuera y como fuera.

Frente Nacional versus *Frente Obrero*

La segunda parte de la V Asamblea acabó aprobando una estructura política y otra organizativa. La primera se refería a la teoría tercermundista de los frentes, según el modelo definido por Truong Chinh: los frentes económico, político, cultural y militar serían los escenarios específicos de lucha contra el ocupante imperialista y debían confluir en un Frente de Liberación Nacional como garantía de unidad y continuidad. Gurutz Jáuregui analiza su inviabilidad. En cuanto a la segunda, ETA se dotó de un organismo llamado Biltzar Ttipia («Pequeña Asamblea») encargado de velar por la pureza doctrinaria y controlar al Comité Ejecutivo; este último dirigió de todas maneras la actividad sin ningún problema, porque la autoridad de sus cinco miembros era indiscutible: Escubi, Txabi Echebarrieta, Bilbao Barrena, Emilio López Adán, *Beltza*, y Edur Arregui. Las dos estructuras de dirección sufrieron importantes modificaciones en función de la actividad policial. En la primavera de 1969, Echebarrieta había muerto, Bilbao Barrena estaba en la cárcel y el resto en el exilio. Fueron reemplazados por otros cuadros, algunos de ellos protagonistas del juicio de Burgos.

Repitamos que la consigna era actuar, sin prestar mayor atención a la coherencia teórica, fuera ésta de Truong Chinh o de Krutwig, su representante en la tierra. Es sabido que cualquier escisión supone un coste en forma de debilitamiento político y organizativo, y así se encontraba ETA, por lo que decidió intervenir simultáneamente en tres direcciones, no muy compatibles entre sí y menos con los supuestos teóricos aprobados. Una, lanzó una campaña de unidad nacionalista, presumiblemente para contrarrestar a la corriente de Txillardegi y, de paso, dejar claro que se está donde se estaba. Dos, ingresó en CCOO, medida claramente orientada a dar la batalla a ETA Berri en su propio terreno y, también de paso, obviar el hecho vergonzoso para cualquier organización revolucionaria de haber quedado al margen de la huelga emblemática de aquellos años, la de Bandas. Y tres, iniciar por fin la lucha armada. Muchas cosas al mismo tiempo, por lo que vayamos por partes.

Según se reconoce en el número 47 de *Zutik!*, la idea de lanzar una campaña en favor del Frente Nacional fue sugerida por

miembros de *Jagi-Jagi*, el antecedente directo de ETA en el terreno doctrinal. Siguiendo el hilo de la historia, el objetivo consistiría en arrastrar al PNV hacia una política de unidad nacionalista y romper su alianza con los socialistas y republicanos, es decir, dinamitar el Gobierno vasco en el exilio y olvidarse de la vieja legitimidad republicana, la del Estatuto de 1936. ETA hizo suya la idea, no tanto porque creía en su viabilidad, sino porque era una excelente plataforma de lanzamiento tras la crisis de la V Asamblea. Entre otras cosas, permitía tender un puente seguro hacia EGI, las juventudes del PNV.

La campaña se articuló en torno al lema BAI, *Batasuna, Askatasuna, Indarra* («Unidad», «Libertad» y «Fuerza»):

«*BATASUNA*: unidad de todos los *abertzales* para conseguir el objetivo de todos los *abertzales*: la libertad de Euskadi.

ASKATASUNA: libertad de todos los grupos y organizaciones *abertzales* para desarrollar su trabajo en común, sin abandonar sus propios programas y teorías sobre el futuro de nuestro pueblo.

INDARRA: fuerza inmensa que conseguirá el pueblo vasco presentando un Frente Unido contra las fuerzas de represión y ocupación».

El argumento principal que acompañó el lanzamiento de la campaña fue el de la reafirmación nacionalista: «dentro de ETA ha cabido todo el que se ha sentido *abertzale*. Hemos tenido y seguimos teniendo en ETA *abertzales* no socialistas. (…) En la historia de ETA sólo ha habido expulsiones por una causa: españolismo». La materialización práctica consistió en la convocatoria para una concentración en las campas de Urbía (allí se había celebrado la IV Asamblea), adonde asistían habitualmente, el primer domingo de octubre, cientos de montañeros a una fiesta vasquista. Tocó el día 1 de octubre de 1967, aniversario de la «Exaltación del Caudillo a la Jefatura del Estado». La Guardia Civil cortó los accesos a la campa, detuvo a todos los que pudo —entre ellos algunos cuadros de la organización— y la concentración quedó inscrita en los anales de la resistencia de los vascos contra la dictadura. Pero ETA logró su principal objetivo, abrir una brecha en EGI, como veremos después. El proclamado, el objetivo de lograr un Frente Nacional, quedó en nada: el PNV no reaccionó hasta dos años después, y su respuesta fue negativa. Ajuriaguerra seguía mandando.

Simultáneamente, como hemos dicho, la organización decidió estar presente en las movilizaciones obreras, desde dentro y, para ello, solicitó su ingreso en CCOO, en una clara apertura hacia la izquierda. Lo lógico, si se hubiera mantenido la coherencia del Frente Nacional, hubiera sido la opción de ELA-STV, pero esta alternativa ni se planteó. Fue el propio Txabi Echebarrieta quien llevó el peso de las negociaciones con la dirección de Comisiones, en concreto con el comunista José Unanue, entonces trabajador de Altos Hornos de Vizcaya. ETA no aportaba militantes obreros, por sus propias características de organización armada —era imposible que alguno de ellos se pusiera al frente de una asamblea o iniciara una «culebra»—, pero sí puso buena parte de su infraestructura de propaganda en manos de CCOO y participó regularmente en la redacción de los boletines que editaba.

Esta decisión, materializada en el verano de 1967, tenía su origen en la necesidad de contrarrestar a ETA Berri, como he dicho, y abrirse paso en un sector combativo, el de los trabajadores. Sus efectos fueron devastadores para la organización.

En principio, lo que solía llamarse «intervención en el movimiento obrero» seguía las pautas marcadas por la teoría acción-represión. El esquema sería el siguiente: los trabajadores de una empresa reclaman un aumento salarial y la dirección se niega, por lo que acuden al sindicato vertical que, por supuesto, se sitúa al lado del capital; agitación y huelga por parte de los obreros y despidos, y amenazas de la patronal; solidaridad de otras empresas vecinas, paros y manifestaciones en la calle, lo que saca el conflicto de su marco primitivo; represión —palos en las calles, detenciones, cárcel— por parte de las Fuerzas de Orden Público. Es el momento clave del proceso, cuando la labor de los instigadores de la huelga ha dejado de ser suficiente y pasa a segundo plano; entran en acción los grupos especializados del Frente Militar: susto a cierto jefe de empresa significativo, secuestro del empresario, quema de coches policiales… Más represión policial, con juicios militares y estados de excepción. Resultado: politización generalizada de algo que había comenzado por la petición de un simple aumento salarial.

En muchos casos ocurrió así, pero en la década siguiente, en las postrimerías del franquismo e inicios de la transición, en ciertas zonas como Tolosa o el Goiherri guipuzcoano. ETA lo intentó,

colocando catorce bombas en edificios oficiales durante la Semana Santa de 1969, cuando las huelgas de aquella primavera se encontraban en recesión. Trataba de mostrar a los trabajadores que no estaban solos, que detrás de ellos se encontraba una fuerza militar dispuesta a defender sus intereses. El problema fue que los presuntos interesados no se dieron por enterados.

Por diversas razones que no podemos analizar aquí, la estrategia de CCOO entró en crisis hacia el año 1968, y en su lugar cobraron protagonismo los llamados Comités de Empresa impulsados por la UGT. Sin conocer el origen de la iniciativa, ETA la apoyó sin reservas, como pudo comprobarse durante el movimiento huelguístico a principios de 1969. La lucha comenzó en Altos Hornos de Vizcaya, se extendió como una marea por toda la ría y alcanzó importantes empresas de Guipúzcoa. Evidentemente, las huelgas fueron decididas por los propios trabajadores, y para ello era necesario luchar en el interior de las fábricas, cosa que corría a cargo de las fuerzas específicamente obreras; ETA no era una de ellas, pero puso su aparato de propaganda al servicio del movimiento, desarrollando una intensa labor en su extensión no igualada por ninguna otra organización.

Esta especie de euforia obrerista acabó generando un serio cortocircuito, tanto práctico como teórico. Muchos militantes y más de un dirigente acabaron tomándoselo en serio y, en consecuencia, fueron evolucionando hacia posiciones claramente de izquierda, olvidándose, por ejemplo, del Frente Nacional. Otros, y en particular un sector significativo del Frente Militar, veían esta actividad como algo exótico, no necesariamente negativo, pero sí lejano a la esencia de la organización. En el plano teórico, la confusión fue aún más evidente, porque el esquema de los frentes se vino abajo, como no podía ser de otra manera.

Al Frente Obrero se le adjudicó la responsabilidad de garantizar la hegemonía obrera en el Frente Nacional Vasco y, en consecuencia, el carácter socialista de la revolución. Esto, obviamente, se alejaba de las concepciones *jagi-jagistas* del Frente Nacional, defendidas también por *Branka*. Se hizo popular entonces un debate sobre la casa; primero vamos a hacerla, decían unos, y luego ya veremos de qué color la pintamos; es imposible hacer una casa sin saber previamente cómo la queremos, respondían los otros.

En el seno de la organización, el debate y las dudas fueron más allá, hasta alcanzar la metafísica: ¿qué era ETA?, ¿era el Frente Obrero o el embrión del Frente Nacional? Preguntas que, además se plantearán en el marco traumático producido por las grandes caídas de 1969.

La espiral que acabó rota

Por fin había llegado la hora de poner en marcha la teoría de la acción-represión-acción. El Comité Ejecutivo diseñó un plan que preveía dos fases: una de colocación de explosivos en los símbolos de la victoria militar franquista y otra posterior de realización de atracos. La realidad se impuso de nuevo porque lo primero era el dinero y el dinero estaba en los bancos. A nadie se le hubiera pasado entonces por la cabeza recurrir al «impuesto revolucionario». El primer atraco exitoso se produjo en abril de 1967 en el Banco Guipuzcoano de Billabona; los dos siguientes en Arechavaleta y de nuevo el mismo de Billabona. Según Jokin Gorostidi, condenado en Burgos a pena de muerte, el botín fue irregular, entre las doscientas mil y los dos millones de pesetas.

Las acciones armadas continuaron a lo largo de los primeros meses de 1968, ahora ya con bombas y explosivos. La «preparación» del Aberri Eguna fue especialmente ruidosa: se colocaron artefactos en el cuartel de la Guardia Civil de Sondica, en el monumento a los Caídos de Algorta, en el Ayuntamiento de Sestao, etc. El periódico *El Correo Español* fue también objeto de dos atentados, en Bolueta y Éibar. Por cierto, en el segundo de ellos el comando que había colocado la bomba se quedó mirando en un bar y vio que se encendían de repente las luces de la oficina. Era la mujer de la limpieza. Subieron corriendo a desactivar el explosivo, pero le estalló a uno en la mano, quedando herido de gravedad. Insólito, vistas las cosas desde hoy.

La campaña produjo enseguida los resultados apetecidos en el orden político: demostrar a la sociedad que ETA iba en serio, que estaba en condiciones de cumplir con su doctrina y emerger como el único grupo antifranquista —ETA era más que eso— que practicaba la lucha armada. Así comenzó el trasvase emocional de importantes

sectores del pueblo vasco hacia esos militantes etarras que se jugaban la vida en aquellas circunstancias de terror franquista y que alcanzó su punto culminante en las movilizaciones que acompañaron el proceso de Burgos. El incipiente culto a la violencia, al parecer, no quedó circunscrito a las filas de ETA, sino que afectó al conjunto del nacionalismo. Según Gregorio Morán, el propio PNV, en contra de la opinión de Ajuriaguerra, se sintió atraído por la fórmula y organizó algún cursillo de formación militar en «el otro lado», dirigido por Emaldi, un antiguo miembro del «sector servicios» que residía en Venezuela y había pasado por la escuela de instrucción norteamericana de Panamá.

La única acción conocida fue la colocación de explosivos en mayo de 1968 en la etapa Vitoria-Pamplona de la Vuelta Ciclista a España. La carrera quedó suspendida por un día. En la actualidad no discurre por carreteras de la Comunidad Autónoma Vasca. En su día, el hecho fue atribuido al grupo de *El Cabra*, lo cual puede ser exacto, porque Zumalde y los suyos ya se habían situado en la órbita del PNV. En cualquier caso, todo ello se reduciría a una mera anécdota si no fuera porque el culto a la violencia se fue abriendo camino en las filas de EGI. Dos de sus militantes, apellidados Artajo y Azurmendi, murieron en 1969 cuando manejaban artefactos explosivos. Es un tema clave, del que hablaremos al analizar la nueva ETA de los setenta, al final de este trabajo.

Además de resultados políticos, el comienzo de la lucha armada significó un salto cualitativo en la organización, en sus militantes. Las palabras se convertían en hechos tras varios años, desde aquellos de «la insurrección en Euskadi», de predicar la violencia sin ponerla en práctica. Los liberados comenzaron a llevar pistolas de manera habitual como medio de defensa personal —o como autoafirmación, la mítica *pipa*—, lo que abría la posibilidad de un enfrentamiento armado directo e inesperado. No pasó nada, pero Sabin Arana, detenido en febrero de 1968, iba armado. Escubi ya sabía de escaramuzas a tiros con la policía.

En este clima, ETA pensó en avanzar una nueva vuelta en la espiral. El 2 de junio de este año, el Biltzar Ttipia tomó la decisión de atentar contra la vida de los jefes de la Brigada Político-Social de Bilbao y San Sebastián. Al parecer, Txabi Echebarrieta era el responsable de la operación guipuzcoana, la dirigida contra Melitón

Manzanas. De nuevo el hombre orquesta que negocia el ingreso de su organización en CCOO y dirige el primer atentado mortal tras pasar a la clandestinidad.

En esto debía de andar Txabi cuando un par de agentes de la Guardia Civil de Tráfico dio el alto al 850 coupé que conducía, al parecer por exceso de velocidad. Sacó la pistola y disparó contra el guardia civil José Pardines, que quedó muerto, tendido al borde la carretera. Txabi y su compañero, Iñaki Sarasketa, llegaron a Tolosa, cambiaron de coche pero fueron interceptados muy cerca, en el cruce de Benta Haundi, de nuevo por la Guardia Civil. Esta vez cambiaron las tornas. Echebarrieta fue muerto a tiros allí mismo, pero Sarasketa logró huir hasta la iglesia de Régil. Allí fue detenido, junto con el párroco. Era el 7 de junio de 1968, y ese día cambió la historia del País Vasco para siempre.

Txabi Echebarrieta tenía interiorizada la idea de la muerte, la suya o la de cualquier otro compañero, según revelan sus escritos personales o aquel profético «para nadie es un secreto que difícilmente saldremos de este año sin ningún muerto» del manifiesto del Aberri Eguna. Pero la organización no. La noticia de su muerte cayó como un mazazo entre los militantes, que quedaron anonadados; a Escubi se le respetaba, pero a Txabi, además, se le quería, por su peculiar personalidad, abierta y simpática. La dirección de ETA barajó diversas respuestas, alguna de ellas descabellada, como lanzar un coche bomba contra el cuartel de la Guardia Civil de La Salve, en Bilbao. Al final se decidió continuar con los planes previstos, pero ya de otra manera, porque la muerte se había hecho presente, la propia y la ajena. Ese sentimiento de rabia que traslucía el panfleto «El primer mártir de la revolución»: «para nosotros Txabi Echebarrieta vale mucho más que todos los guardias civiles de Alonso Vega, él incluido. Ellos nos lo han robado y pagarán por ello».

Nos lo han robado. El escultor Jorge Oteiza andaba por aquellas fechas terminando sus famosos catorce apóstoles en la fachada de la iglesia de Aránzazu. Añadió una escultura de la Piedad, pero sin su hijo yaciente. Fue el homenaje a su amigo muerto. Ese mismo sentimiento de robo se extendió por buena parte de la sociedad vasca, incluyendo los trabajadores no nacionalistas. Txabi pasó a ser patrimonio del pueblo y la oleada de solidaridad se expresó

básicamente en forma de asistencia masiva a multitud de funerales que se celebraron en todos los rincones del País Vasco, sorteando las dificultades oficiales y la represión policial. El clero vasco, ya también muy radicalizado, puso toda la carne en el asador para celebrar las prohibidas ceremonias, a pesar de las multas gubernativas de que fueron objeto.

Al mismo tiempo, Iñaki Sarasketa estaba siendo juzgado en consejo de guerra, una semana después de haber sido detenido. Fue condenado a cincuenta y ocho años de cárcel, pero al capitán general de la VI Región debió de parecerle poco, por lo que, alegando defectos de forma, provocó otro juicio, en el que resultó condenado a muerte. En las manifestaciones de protesta que se sucedieron empezó a cuajar la conciencia antirrepresiva en la sociedad vasca, algo básico para entender lo que vendría después. En cualquier caso, la pena de muerte fue conmutada.

Como ya se ha dicho, ETA seguía con sus planes. El atentado contra Junquera, el jefe de la Brigada Social en Bilbao, fracasó. Pero ese mismo día, el 2 de agosto de 1968, a las tres de la tarde, un militante anónimo —su nombre es el secreto mejor guardado de ETA— esperaba a Melitón Manzanas en el portal de su casa de Irún. Siete balas acabaron con su vida. Se había cruzado el Rubicón, porque, a fin de cuentas, la muerte de Pardines podía ser interpretada como producto de un enfrentamiento no deseado. El atentado contra Manzanas demostraba que ETA estaba dispuesta a disparar con frialdad. Aquel verano de 1968 lo cambió todo.

Como es de suponer, las reacciones que produjo el atentado fueron de todo tipo. Entre los militantes de ETA la alegría fue generalizada, obviamente; muchos de ellos habían pasado por las manos de Manzanas, literalmente. Pero también hubo esa sensación de escalofrío que provoca la espera de tiempos difíciles, ese qué va a pasar ahora. En el mundo nacionalista, la noticia fue acogida con estupefacción, porque nadie se lo esperaba. La opinión dominante en el PNV era de rechazo, aludiendo al tradicional carácter pacífico de los vascos; en sectores de EGI, en cambio, la vía armada empezó a tener un atractivo insuperable. La izquierda tradicional mantuvo políticamente su posición contraria a las acciones armadas, aunque muchos de sus militantes pensaran aquello de un torturador menos. La reacción más fulminante llegó desde el régimen, como era de

esperar.

Quedó decretado el estado de excepción, primero en Guipúzcoa y luego en toda España. Harían falta decenas de páginas para describir el alcance de la represión; baste señalar que según estudios solventes al respecto, hubo 1953 detenidos sin juicio en 1969. La represión fue, en efecto, indiscriminada —al margen de los numerosos errores, en los controles de carretera, por ejemplo, se detenía a «todo lo que se movía», pero ya hemos señalado que no puede hablarse de una sociedad en su conjunto en abierta rebelión —, lo que corroboraba la teoría de la espiral.

De todas maneras, la actividad armada se apaciguó, dejando paso a esa música de fondo conformada por los múltiples incidentes en pueblos y barrios: enfrentamientos con los alcaldes, manifestaciones en solidaridad con algún detenido, represión de fiestas vascas, boicots diversos… Se generalizó un sentimiento de duelo, provocado por la muerte de Txabi, en importantes sectores populares; fue el «Ez kanta, ez dantza, herria lutoz dago ta» («no cantes ni bailes, el pueblo está de luto») que hizo suspender numerosas fiestas tradicionales, mientras los jóvenes se inscribían masivamente en grupos de montañeros, permanente semillero de nuevos militantes etarras. También, la lucha antirrepresiva tomó cuerpo como nueva seña de identidad del nacionalismo en su conjunto y de buena parte de la oposición antifranquista bajo la consigna de la amnistía.

ETA tenía mucho que ver con todo esto, pero tampoco puede decirse que lo hubiera organizado, más bien, se encontró con esta situación. La ralentización del activismo se debió, quizá, a que después del atentado contra Manzanas había que tomarse un respiro. Algo de esto decía Escubi en su «Rapport M», un documento dirigido a los cuadros de ETA: «La política más acertada parece ser interrumpir la escalada de acciones y recoger sus frutos». La organización acabó teorizando a primeros de 1969 la relación entre la lucha armada y las movilizaciones populares, llamadas entonces acciones de masas, aduciendo que cuando éstas van generalizándose, «cualquier acción al margen de la clase trabajadora y en la que ella no intervenga de manera activa, hace el juego al sistema que tendría la oportunidad de emplear toda su demagogia contra nosotros y despistaría a buena parte de la clase

trabajadora». Más de un militante del Frente Militar empezó a ver las orejas al lobo: cuando se mercadea con la lucha armada se acaba en el españolismo. Zalbide, desde la cárcel, fue más contundente: «Rechazar cualquier acción en la que la clase trabajadora no intervenga de manera activa es exigir una insurrección popular como condición previa para que ETA emprenda cualquier acción directa contra el opresor. Pero tomando esta actitud, más que vanguardia de las clases populares vascas, ETA sería su retaguardia (…) cuando las masas aún combaten con piedras, la minoría organizada combate ya por medio de las armas». Empezaba a estar servida la batalla de la VI Asamblea.

Las catorce bombas colocadas durante la Semana Santa de 1969 demostraban que ETA no estaba en contra de la lucha, pero en un sentido radicalmente distinto. Era el Frente Obrero quien impulsó la iniciativa, para demostrar a los huelguistas de semanas anteriores que no estaban solos, como ya ha quedado señalado. Si todo esto de las huelgas era ya algo exótico, colocar bombas en su apoyo inducía a la sospecha.

Cuando el Gobierno levantó el estado de excepción el 25 de marzo de 1969, ETA mantenía aún sus estructuras prácticamente intactas, aunque la policía había ya practicado detenciones importantes, como la de Sabin Arana y José María Dorronsoro durante 1968 y algunas más a primeros del año siguiente. Al parecer sin permiso de la dirección, Izco de la Iglesia y Gregorio López Irasuegui fueron a la cárcel de Pamplona a liberar a la mujer de este último, Arantza Arruti. La acción acabó con el pulmón de Izco atravesado por una bala, Irasuegui detenido y Arruti sin recibir el regalo de Reyes que esperaba (era el 6 de enero de 1969). En marzo fueron detenidos también otros cuadros importantes, como Jokin Gorostidi, Larena, Antxón Carrera e Itziar Aizpurua. A pesar de todo, ETA mantenía el control sobre sí misma.

Pero la espiral se rompió, porque la policía acabó atando los cabos suficientes. Páginas atrás hemos hablado de que era mucho suponer que los distintos pasos contemplados en la teoría de la acción-represión-acción se sucedieran uno tras de otro. ETA cumplió con la parte que le tocaba, *grosso modo*; el franquismo lo hizo, y a lo bestia, pero aquel «supongamos que la minoría organizada consigue eludir la represión» no funcionó.

La minoría organizada, es decir, ETA, quedó desmantelada. Cundió la alarma de que la policía lo sabía todo, lo cual era rigurosamente cierto en algún caso, como el de un militante significativo que afirmaba al autor de estas líneas, tras abandonar la cárcel nueve años después: «golpes y palizas aparte, a mí la verdad es que no tuvieron necesidad de torturarme, porque la policía sabía más que yo. Incluso me recordaron citas y cosas que se me habían olvidado». La única forma más o menos segura de eludir la detención era esconderse en el monte y no acudir a ninguna de las supuestas casas de refugio.

Las caídas comenzaron el 9 de abril de 1969 en Bilbao, en un piso de Artecalle, en pleno Casco Viejo. Mario Onaindía, Víctor Arana, Mikel Echebarría y Josu Abrisqueta volvían a su «piso franco» tras pasar unos días en Mogrovejo (Cantabria). La policía les estaba esperando. El único que consiguió escapar (Mikel Echebarría, herido en un hombro) protagonizó una espectacular odisea. Cogió un taxi en la calle, pero su conductor se apercibió muy pronto de que su cliente sangraba. Detuvo el vehículo y le mandó bajar, con el argumento de que iba a llamar a la Guardia Civil. La respuesta fueron cuatro balazos y Fermín Monasterio, el taxista, se convirtió en el siguiente muerto de la historia de ETA. Echebarría consiguió llegar a Orozco, perseguido por la policía; allí fue atendido hasta que consiguió cruzar la frontera, donde tampoco terminaron sus problemas porque la Interpol tenía orden de busca y captura por delito común. El PCE, que ya mantenía relaciones con algunos dirigentes exiliados de ETA, logró sacarlo de Europa y enviarlo a Cuba.

La Guardia Civil acudió después a Mogrovejo, y al igual que en Artecalle, a tiro limpio. Allí fueron detenidos Eduardo Uriarte, Jone Dorronsoro, Enrique Guesalaga y el sacerdote Jon Echave. Estamos citando los nombres de buena parte de los juzgados en Burgos, pero, insistamos, en aquella primavera, en otros lugares y en momentos y circunstancias diversas, más de cuatrocientas personas presuntamente vinculadas con ETA pasaron por las rebosantes comisarías. Gregorio Morán, en el ya citado *Los españoles…*, escribe un párrafo brillante al respecto: «Con ese laconismo militar, que alguien llegó a llamar estilo, se resumía la actividad policial del año 1969 en Euskadi. Bajas propias, ninguna; del enemigo, cinco —

Urteaga, Artajo, Fernández, Murueta y Azurmendi—. Heridos de bala propios, ninguno; del enemigo, seis —Izco, Echebarría, Arana, Guesalaga, Rodríguez y Orbeta—. Detenidos, 1953. Exiliados forzosos, 300. Años de cárcel decretados por el Tribunal de Orden Público, 223, a repartir entre 93. Cuantía de multas impuestas, siete millones y medio. 1969 fue un año policial cargado de felicitaciones y medallas. Parecía un ejercicio de tiro al blanco. Tú disparabas y caía alguien. El 16 de mayo el policía Fernando Montorco acribilló a balazos al sacristán del pueblo de Urabain, Segundo Urteaga. Evidentemente no era sospechoso; había hecho la guerra con Franco y estaba ligado al Movimiento desde su creación, pero el policía se excitó particularmente por la insistencia de Urteaga al tocar las campanas de la iglesia. Murió allí mismo. Pasó a la categoría de enemigo».

Sin embargo, la policía no pudo detener a Escubi, el más buscado con diferencia desde hacía tiempo. Su mujer, María Asunción Goenaga, dio a luz en 1968 en una casa particular, mientras la policía controlaba todos los hospitales. Poco antes de las caídas de 1969, la familia logró cruzar la frontera.

Se esfumó la fe ciega que se había profesado en la teoría acción-represión. Rota la espiral y con la organización deshecha, sólo cabía agrupar los restos que quedaban y pensar en lo que había sucedido. Es decir, volver al debate, a los papeles. Algunas cosas se hicieron, como veremos, pero ETA siguió existiendo en los próximos dos años casi a pesar de sí misma, en virtud de acontecimientos directamente ligados a sus siglas, como las movilizaciones en contra de la ejecución de la pena de muerte de Andoni Arrizabalaga, la fuga, en diciembre, de diez militantes de la cárcel vizcaína de Basauri y, por supuesto, el proceso de Burgos.

La VI Asamblea y el proceso de Burgos

Tras las caídas, de forma natural y casi obligada se formó en el interior un reducido núcleo de dirección provisional encargado de reorganizar mínimamente las dañadas estructuras. Decimos de forma obligada porque eran los únicos que habían quedado relativamente «vírgenes», conocían a los detenidos y estaban en

disposición de reagrupar lo que quedaba. Eran Patxo Unzueta (*A. Buendía*, de la Oficina Política, íntimo amigo de Txabi Echebarrieta), Peru Erroteta (*Zuri*, del Frente Obrero), Jon Fano (*Pelo Pincho*) y José Vicente Idoyaga (*Pecho Toro*). Su misión primordial era organizar la VI Asamblea.

La autoridad de la nueva dirección era reconocida en términos generales, empezando por Escubi. Sólo un reducido sector del Frente Militar, capitaneado por Juan José Etxabe, los conocidos como *milis* en adelante, mostraron ciertas reticencias, que, en todo caso, venían de antiguo. Consecuentemente con el objetivo de preparar la Asamblea, se prestó en un principio toda la atención a lo que se llamaba el «frente interno», es decir, recomposición organizativa y paralización del activismo para discutir, empezando por las causas de las caídas. En el boletín que la dirección elaboró al respecto (denominado *Kemen*) se habla de «optimismo injustificado», de haber mantenido la práctica activista más allá de lo razonable en lugar de parar a tiempo para recomponer las fuerzas. Por ahora no hay crítica alguna a la lucha armada como tal.

A primeros de 1970, la nueva dirección debió de pensar que lo del «frente interno» estaba resuelto y se lanzó a la actividad política en dos direcciones: nueva campaña pro Frente Nacional y reanudación del activismo. Aparentemente volvían a 1967, aunque con diferencias sustanciales, como veremos. El problema es que, o desconocían o despreciaban lo que se estaba cociendo en el exilio, porque lograron que sus distintas corrientes se volvieran en contra.

Patxo Unzueta, sin duda el dirigente más influyente de estos meses, teorizó la nueva propuesta profrente en las cartas que envió a los presos («Carta a los *makos*»). En la segunda de ellas, Unzueta puso patas arriba toda la ortodoxia anterior, aun manteniendo una fidelidad, aparente como decimos, a la misma. «Ciertamente, en una lucha de liberación nacional, el instrumento fundamental es el Frente. Pero su nacimiento, desarrollo y consolidación está directamente relacionado con el nacimiento… de su vanguardia, el Partido Obrero. (…) Hasta ahora, ETA era el Frente… y a la vez, decía ser la vanguardia del Frente. (…) Hoy hay que ir a la sustitución de ETA por el Frente, con lo que ETA se iría a la vez "especializando" (digamos) como partido de la clase obrera vasca». Notemos que, por ejemplo, ha sido sustituido el concepto de

«pueblo trabajador vasco» por el de «clase obrera». Pero es que hay más novedades, como el tratamiento del tema crucial de los inmigrados o, más serio todavía, el de España: «Nosotros solos no podemos enterrar el fascismo. Por otra parte, el afirmar que "como somos vascos y no españoles nos da igual que haya en Madrid un gobierno u otro" es otra verdad abstracta o falsedad política, porque es evidente que no nos puede resultar indiferente cuál sea la naturaleza del poder que nos oprime y debemos participar con los demás pueblos peninsulares en la destrucción del fascismo. En tiempos no demasiado lejanos hemos dicho cosas como "antes una Euskadi fascista que una Euskadi española", que no es sino ponerle *txapela* a la sentencia de Calvo Sotelo cuando decía preferir una España roja a una España rota».

Las declaraciones izquierdistas de los procesados en Burgos, a lo largo del juicio, no serían entendibles sin estas cartas de Unzueta. Pero, a su vez, el «nacionalismo revolucionario» de Krutwig se fue a la papelera, junto con buena parte de la ortodoxia aprobada en las asambleas anteriores. Para los de *Jagi-Jagi, alma mater* de la idea del Frente Nacional, esto no era más que vulgar españolismo.

En cualquier caso, la campaña profrente se celebró, concretada en una convocatoria en Gernika para el 26 de abril de 1970, aniversario del conocido bombardeo. En la propaganda se retomaron parte de las ideas de 1967, como la de la unidad de todos los vascos contra el opresor, la larga lucha de liberación del pueblo vasco, etc., máxime cuando se pretendía un homenaje simultáneo a Echebarrieta y a los militantes de EGI Artajo y Azurmendi en el aniversario de la muerte del primero de ellos. Ese día, el 7 de junio, no pasó nada; a Gernika no se sabe cuánta gente fue, porque la Guardia Civil cerró los accesos. Muchos de los que consiguieron entrar fueron detenidos, entre ellos algunos militantes del PCE, un detalle que no pasó inadvertido para nadie.

Paralelamente, como en los tiempos de Escubi, la nueva dirección lanzó una campaña activista, pero ya sin relación alguna con la espiral. Para empezar, la organización se hallaba de nuevo con las arcas vacías, por lo que había que volver a los atracos. Por otro lado, los *milis* dirigidos por Etxabe andaban ya funcionando por su cuenta (en abril de este año —1970— realizaron dos atracos, en Elizondo y en Zarautz, obteniendo en este último un botín nada

despreciable para la época: cinco millones de pesetas). Así pues, matando dos pájaros de un tiro —proveerse de fondos y demostrar a los *milis* que no eran necesarios—, se realizaron en julio tres acciones armadas: dos atracos y el asalto a la Delegación de la Vivienda en Bilbao.

Dos de estas acciones fueron extremadamente significativas y desataron parte de la tormenta. El asalto a la Delegación de la Vivienda fue reivindicado como respuesta a la muerte de tres obreros de la construcción en Granada a manos de la policía. Pedían aumento de salario. En el atraco a las oficinas de Astilleros Españoles de Sestao —la famosa Naval, líder de las movilizaciones obreras de aquellos años— fue detenida una joven, Maite Arévalo, miembro del comando, la primera chica en acciones de este tipo. Pero lo más grave vino después, cuando la dirección dedicó parte del botín a socorrer a los familiares de los muertos de Granada. Ya no cabía duda para algunos: el españolismo, y esta vez, además, armado, se había vuelto a adueñar de ETA.

En el exterior, todo el mundo se quedó estupefacto. Nadie entendía los movimientos «hacia la izquierda» o «hacia la derecha» preconizados en la «carta a los *makos*» y aliñados con acciones armadas. Los *milis* pensaron, y con razón, que se les estaba segando la hierba bajo los pies.

El ambiente en el exilio era parecido a la coyuntura previa a la V Asamblea, es decir, una nueva jaula de grillos, sólo que con dos agravantes: había muchos más grillos y la situación era completamente distinta porque ETA se había situado, a partir de 1968, en el centro de la problemática vasca. Había alcanzado la suficiente importancia como para que distintas fuerzas contemplaran su dinámica con atención y se aprestaran a intervenir de una manera o de otra, dispuestas a modificar su rumbo.

Tras algunos años de vida trepidante en el interior y ya fuera del alcance de la policía, algunos militantes significativos de ETA debieron pensar que, efectivamente, después de la tempestad viene la calma. En Bruselas, Lovaina, París y Bayona crearon grupos de estudio y reflexión y los bautizaron con el nombre de «Células Rojas», anticipando lo que sería su trayectoria inmediatamente posterior. Los promotores de la iniciativa se llamaban Escubi, *Txato* Aguirre, Azurmendi, Matxain, etc., a los que se sumó Peru Erroteta,

el miembro del Frente Obrero que formaba parte de la dirección del interior que había tenido que salir a toda prisa tras haber sido identificado por la policía. Salvo Txabi Echebarrieta y Bilbao Barrena, la plana mayor de los que habían dirigido la campaña antiespañolista de 1966. Sin abjurar todavía del nacionalismo de forma explícita, las Células Rojas criticaron las dos iniciativas políticas del interior: el Frente Nacional *abertzale* —nacionalista— y el activismo, lo cual, dicho por Escubi, era mucho decir. En coherencia con la dinámica abierta desde el Frente Obrero, ETA habría de constituirse en un partido obrero revolucionario. Si el marxismo llevaba tiempo introduciéndose en ciertos sectores de ETA, el rebufo del mayo francés y unos meses de serena estancia en Europa hicieron que las Células Rojas abandonaran definitivamente el nacionalismo y criticaran de forma radical su experiencia anterior. En *Saioak* (una revista de la que se editaron tres números y que sirvió durante un año como aglutinante del grupo), puede leerse lo siguiente:

«El creerse lo suficientemente fuerte cuando se vive al margen y se posee una pistola es el resultado de la ideología misma que se profesa. La minoría aislada que considera a los demás, proletariado incluido, como una masa amorfa, sin conciencia ni "rebeldía", de la cual ella se autodefine la más avanzada y revolucionaria, es generalmente una minoría ideológica y prácticamente pequeño-burguesa».

El otro sector que jugó un papel determinante en la coyuntura de la VI Asamblea —y no en su desarrollo— fue el agrupado en torno a Etxabe, los *milis*. Etxabe era ya un veterano de prestigio, nacionalista a secas y partidario de la lucha armada. El resto le traía sin cuidado, aunque tuviera una prevención especial hacia las lecturas políticas que, decía, normalmente conducen al españolismo. Ya hemos señalado que actuaban por su cuenta y que todo lo referente al Frente Obrero, al Partido revolucionario, etc., les sonaba a música celestial. Por ahora.

Junto a estos dos bloques radicalmente enfrentados se hallaban los que seguían manteniendo las tesis colonialistas de la V Asamblea —Krutwig, López Adán, *Beltza*— y, ya fuera de la organización, los «culturalistas» de *Branka*, el grupo de Txillardegi. Pero también núcleos diversos del nacionalismo tradicional, aunque no

vinculados orgánicamente con el PNV: la sociedad Anai-Artea («entre hermanos»), los hermanos Monzón, el cura Larzábal, etc.

La dirección del interior convocó por fin la VI Asamblea, esta vez en el exterior —no estaba el horno para bollos para celebrarlo «dentro» después de lo que había llovido—, para el día 31 de agosto de 1970 en un albergue de la localidad vasco-francesa de Itxaso, por primera vez, un lugar laico. Se encargó de asegurar la llegada de las ponencias a los delegados que, se suponía, iban a asistir y aportó, como tal, un trabajo titulado «Proposiciones generales». En él se abandonaba la independencia como objetivo último a alcanzar, sustituyéndolo por la autodeterminación, el Frente Nacional ni siquiera se contemplaba, se abría el camino del marco estatal de la revolución y se hablaba de la lucha armada como algo a examinar «muy críticamente», algo así como un bicho raro que está ahí, pero que nadie sabe de dónde ha salido.

Nunca se ha escrito tanto para tan poco. Las ponencias fueron, con alguna excepción, larguísimos escritos ilegibles —tampoco ayudaban ni el papel cebolla ni lo apretujado de las líneas— con más citas de Marx, Lenin, Mao, etc., que ideas que tuvieran algo que ver con la sociedad vasca. Lo único entendible que podemos entresacar es este párrafo de la ponencia «Paten Kutzat»:

«Éste es el problema principal que pesa actualmente sobre ETA. Podríamos plantearlo así. ¿Qué es ETA? ¿Es una organización que agrupa y representa a las clases populares vascas contra las oligarquías española y francesa y sus agentes? ¿O es el partido del proletariado vasco para hacer la revolución socialista en Euskadi? Alternativamente, ETA se presenta en uno y otro papel. Realmente esos papeles son incompatibles para una misma organización».

Pero ni siquiera se discutió de esto en la reunión. El caos fue de tal envergadura que ETA tardó casi un año en explicarse a sí misma y a la sociedad lo que había pasado en la famosa VI Asamblea.

Además de a los representantes del interior, la dirección invitó a once miembros de las Células Rojas y a cuatro miembros del Biltzar Ttipia elegido en la V Asamblea, que se hallaban en el exilio y, se suponía, no estaban muy de acuerdo con la nueva línea. Los *milis*, como tales, no fueron invitados. Krutwig, Arregui, Etxabe y Madariaga, los cuatro del BT citado, decidieron publicar un manifiesto impugnando la reunión que iba a celebrarse y enviar

sólo a Madariaga —*missing* en toda esta etapa previa— como antena, para saber de qué iba la cosa. En total, se preveía la asistencia de treinta y tres delegados.

Una vez constituida la Asamblea bajo la presidencia de Patxo Unzueta —que «heredaba» el puesto de su amigo Txabi—, lo primero que plantearon las Células Rojas fue la inmediata expulsión de la organización de Julen Madariaga. Ya hemos dicho que Escubi no tenía un pelo de tonto y, a pesar de su particular camino de Damasco hacia el marxismo, seguía teniendo el suficiente olfato como para saber lo que se cocía, como veremos a continuación. Sólo un delegado se abstuvo en la votación. Madariaga ni siquiera se dignó participar en la misma. Su juego estaba en otra parte.

Lo que vino después fue un enfrentamiento personalizado entre la dirección del interior —Patxo Unzueta— y las Células Rojas —Escubi—. Sobre las cuestiones políticas —«carta a los *makos*», Frente Nacional, activismo, etc.— planeaban también cuestiones de carácter, que venían de años atrás, algo que entonces se llamaba «personalismo» y que ha tenido una influencia no desdeñable en la historia de ETA. La discusión acabó de manera insospechada, cuando los miembros de las Células Rojas se quitaron las capuchas y anunciaron su decisión de abandonar la organización, algo que, de todas maneras, se veía venir por razones múltiples, entre las que se pueden citar el mismo cansancio personal y la vaga idea de que la organización había cumplido su ciclo histórico. Ya solos, los delegados del interior continuaron la reunión para elegir una nueva dirección y decidir que había que celebrar una segunda parte. Según afirma Idoyaga (*Pecho Toro*), el hombre fuerte del nuevo equipo directivo, en *Documentos* Y —Patxo Unzueta fue incomprensiblemente defenestrado—, «los delegados salen con conciencia de una ruptura, por lo demás bastante confusa, con el nacionalismo y el frentismo, con una extrema puesta en cuestión de la actividad armada, con una carga de decepción sobre lo ocurrido, y con la conciencia de que hay que construir un partido proletario». Esto lo escribió años después, pero de sus retrospectivas impresiones caben destacar dos palabras: confusión y decepción.

Los asistentes a la Asamblea que volvieron al interior fueron incapaces de informar o decir algo coherente de lo que había sucedido, en particular sobre el principal referente, Escubi. El «qué

ha pasado con *Bruno* (Escubi) o qué hace *Bruno*» era la pregunta de la militancia en el otoño de 1970. Los presos de Burgos, en la carta que enviaron a la dirección el 1 de enero de 1971, comentaban el tema en el mismo sentido: «Respecto al para todos nosotros triste y desagradable asunto de la dimisión de Escubi, no os podemos mandar nuestra opinión pues carecemos completamente de información sobre él (y decimos triste y desagradable asunto porque casi todos nosotros hemos conocido a Escubi y hemos admirado su enorme voluntad y capacidad revolucionarias, su completa entrega a la lucha de nuestro pueblo)».

Si Escubi era el referente, había que dirigir todas las baterías hacia su persona. El inicio de la nueva cruzada antiespañolista partió de cinco miembros del BT nombrado en la V Asamblea: Madariaga, Krutwig, Etxabe, Arregui y López Adán, *Beltza* (curioso el caso, porque había abandonado la organización meses atrás). Elaboraron un «manifiesto» dirigido al pueblo vasco en el que, amparándose en un lenguaje organizativista, «DENUNCIAN a José María Escubi Larraz y al Comité Ejecutivo formado por él sin consultar a los demás miembros del Biltzar Ttipia, de liquidacionismo españolista y de organizar una Asamblea que podríamos calificar como la Asamblea de la fracción marxista-leninista española de ETA». Acordaron, en consecuencia, expulsar a Escubi y «a cuantos estén de acuerdo con su postura» y organizar una Asamblea general en el plazo más breve posible. La nueva escisión estaba servida.

Como puede observarse, a los firmantes de la carta les importaba un bledo lo que había sucedido en la VI Asamblea. El objetivo era Escubi; aunque nadie se atrevió a llamarle cobarde, fue el hombre más calumniado en los meses posteriores. La verdad es que esta nueva campaña antiespañolista, en versión corregida y aumentada de la anterior, presentaba mayores dificultades. La convocatoria de la Asamblea y la expulsión de Madariaga habían sido «legales»; la totalidad de la militancia del interior se mantenía fiel a la dirección recién elegida y… los presos de Burgos, un capital político clave, también.

Más allá de fraseologías socializantes que se reclamaban continuadoras de la V Asamblea, el tono de la campaña lo dio Etxabe con una «carta abierta a los militantes de ETA»,

profusamente repartida en el interior, y no precisamente por militantes de la organización. Como afirma Gregorio Morán, tenía la virtud de la atemporalidad, porque la podría haber escrito Sabino Arana. Además de exigir que se devuelva el millón de pesetas enviado a «los españoles de Granada» y terminar con un bronco «¡Basta de calumnias, so españolazos!», Etxabe afirmaba:

«En cuanto a la clase trabajadora. ¿No son acaso los trabajadores yanquis los que construyen las armas que matan a miles de vietnamitas? ¿No son acaso trabajadores los españoles que consciente o inconscientemente completan actualmente el genocidio vasco comenzado durante la guerra del 36?

Luego la clase trabajadora puede ser imperialista o progresista, según el grado de concienciación, y lo que está fuera de dudas es que la clase trabajadora española es imperialista en Euskadi, pues el 99,99 por cien consideran que Euskadi es España y quieren una Euskadi española y españolizada».

El ambiente se volvió irrespirable. Lourdes Iriondo, una cantante del grupo Ez dok Hamairu (algo así como la nueva canción vasca) junto con Laboa, Lete, etc., nada sospechosa de españolismo, afirmaba en 1977 en una entrevista a la revista *Garaia*, acerca de la época: «tiempos duros, en los que el público vasco no sólo lloraba de emoción, sino que también mordía. Todo lo oscuro y reaccionario del país mordiéndonos. Mordiéndonos a nosotros, tres cantantes que no éramos nada, pero creyendo morder así al marxismo, al ateísmo, al amor libre. Y ganaron, como siempre. Entre esos vascos y los de arriba nos deshicieron». En la entrevista, Lourdes se refiere sobre todo a los años 1968-69 y a la represión, pero da en el clavo en cuanto a la sorda batalla que se libraba en esas cuestiones y en otras, como la unificación del euskera literario. La batalla contra algo nuevo que hacía peligrar la eterna hegemonía del nacionalismo tradicional.

El conjunto del mundo nacionalista se fundió en una especie de Santa Alianza para extirpar el nuevo grano españolista. Dentro de ETA, los *milis* y los anticolonialistas. Fuera, Txillardegi y los suyos, los grupos que giraban en torno a Anai-Artea, Monzón, etc., que ya hemos citado, y organizaciones como EGI y ELA. El PNV se mantuvo, como siempre, en un segundo plano, sin salir a la luz, al menos sus dirigentes reconocidos. En la campaña, los argumentos

que se utilizaron fueron lo de menos; poco importaban las diferencias que entonces podrían separar a Etxabe y López Adán, por poner dos ejemplos claros. De lo que se trataba, aun a costa de una nueva escisión, era de alterar el rumbo de ETA, recuperarla para la práctica política nacionalista.

Así estaban las cosas cuando el régimen franquista decidió actuar a lo grande, dando un escarmiento que pensaba iba a ser definitivo. El 3 de diciembre de 1970 comenzó en Burgos el consejo de guerra donde se juzgaba a dieciséis militantes de ETA, con petición de la pena de muerte para seis de ellos: Izco, Gorostidi, Onaindía, Uriarte, Dorronsoro y Larena. Se ha escrito abundantemente acerca de este famoso proceso, un auténtico hito de la lucha antifranquista, por lo que podemos obviarlo; tampoco ése es el objeto de estas líneas, que requeriría un espacio imposible. Para lo que aquí interesa, subrayemos el brillante ejercicio teórico realizado por José Antonio Echebarrieta en su defensa de Izco —principal encausado por el atentado contra Manzanas—, y el rosario de declaraciones de los procesados delante del Tribunal Militar que les juzgaba. Oír de boca de Jone Dorronsoro —de Ataún, en la Guipúzcoa «profunda»— que era la misma la lucha de un campesino vasco y la de un jornalero andaluz o a Onaindía declararse marxista-leninista o, en fin, las constantes referencias al papel protagonista del proletariado en la revolución contra la explotación capitalista, levantaron ampollas en la familia nacionalista. De todas maneras, los acusados terminaron gritando «Gora Euskadi» y cantando el «Eusko Gudariak…» (el himno de los soldados vascos). Al fin y al cabo, pese a este desvarío quizás pasajero, seguían siendo unos patriotas, y ésa fue la imagen que se transmitió al mundo entero.

A lo largo de casi un mes, el proceso desencadenó una movilización popular sin precedentes desde el final de la guerra civil, no sólo en el País Vasco, sino también en España y Europa. Los paros y las manifestaciones tenían un carácter antirrepresivo, sin distinciones políticas o ideológicas: se trataba de salvar la vida de seis jóvenes que podían ser víctimas del régimen. Para el conjunto de la base social nacionalista, los procesados eran, ante todo, unos *abertzales* que habían luchado contra el opresor, a pesar de las declaraciones en el juicio. Para el movimiento obrero de

inspiración socialista o comunista, eran unos luchadores antifranquistas. La unidad por la base estaba garantizada sin ninguna dificultad: desde los nacionalistas hasta los comunistas, todos participaron en aquella movilización.

Sus siglas estaban en el centro de la atención general, pero ETA se hallaba con el pie cambiado o, más bien, metiendo la pata ante su base social. El 3 de noviembre firmó un llamamiento conjunto con el PC de Euskadi contra la represión y a favor de la amnistía. Semanas antes, dirigentes del PCE como Manuel Escobedo, de ETA como Fano y Unzueta y la plana mayor de las Células Rojas habían firmado un manifiesto antirrepresivo, con una específica referencia a la autodeterminación del pueblo vasco. Esta especie de encuentro ETA-PCE fue efímero —las bases de ETA se negaron a repartir los panfletos y la evolución de sus dirigentes les llevó a posiciones de extrema izquierda—, pero si alguien necesitaba pruebas de españolismo para atacar a ETA, ya las tenía y, además, nada menos que con el PCE de por medio.

La actividad de la organización fue mínima a lo largo del proceso: hasta la propaganda fue más bien discreta. Sus dirigentes decidieron que lo importante era la lucha de masas y eso era precisamente lo que estaba sucediendo. Sólo que a pesar de ellos, algo que no supieron o no quisieron asumir, y que se sitúa en el origen de su despegue ideológico. Pero escondían un as en la bocamanga, la de los *topos*. Una operación que podía haber cambiado la trayectoria de ETA, si hubiera salido bien, claro.

Se trataba, nada menos, que de liberar a los procesados en Burgos. Mario Onaindía, en la película *El proceso de Burgos*, afirma que durante el juicio vivió una situación esquizofrénica: podían matarle o escapar. No sucedió, como casi siempre, ni lo uno ni lo otro, pero la verdad es que un comando abrió un túnel desde el sistema de alcantarillado de la ciudad. A partir de ahí nada se sabe con claridad, porque las distintas versiones son contradictorias y abundan las leyendas. Una de las más fiables apunta que *Argala* era uno de los integrantes del comando y que su experiencia burgalesa le fue muy útil para llevar a cabo el atentado de Carrero Blanco. En cualquier caso, los *topos* no consiguieron llegar a las celdas y la operación quedó frustrada.

Los otros, los escindidos, expulsados, ETA V o como se quiera

denominarlos, pero que en breve plazo serán ETA a secas, tuvieron las cosas muy claras en esta coyuntura delicada. Carecían de militancia significativa en el interior, por lo que su presencia era, más que nula, imposible. Así que tiraron por la calle de en medio, fueron a lo suyo: si no podemos distribuir octavillas, mejor, menos problemas; nuestra propaganda es la de los hechos y para eso está el aparato militar.

La campaña antiespañolista comenzada durante el verano de 1970 no habría tenido sentido y hubiera quedado muerta si este sector hubiese permanecido en silencio en medio del clamor popular y de la expectación general, máxime cuando las declaraciones de los procesados, aireadas por la prensa, iban en su contra. Había que hacer algo, que no podía ser otra cosa que una acción armada. Al fin y al cabo, según el acta de acusación, en Burgos se estaba juzgando el asesinato de Manzanas, es decir, la auténtica ETA, la protagonista de aquellas semanas, era una organización armada y lo demás tenía que quedarse en un segundo plano.

Un comando de los *milis* secuestró al cónsul alemán en San Sebastián, apellidado Beihl, lo que garantizaba su repercusión internacional. Como acción armada fue una chapuza, pero desde el punto de vista político acabó siendo un éxito absoluto. Así como dicen los Evangelios, «sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia», sobre el secuestro de Beihl emergió una nueva ETA.

Telesforo Monzón, aquel consejero de Orden Público del Gobierno vasco de 1936, retirado del mismo desde 1952 y, a partir de entonces, firme defensor de la unidad nacionalista, tomó la palabra junto con el párroco de Sokoa, Larzábal. Con la autoridad que les confería ser los mediadores del secuestro, declararon a diestro y siniestro que ETA luchaba contra España y Francia o que «dentro de ETA hay dos fracciones; la primera de ellas está formada por aquellos que quieren un País Vasco independiente y socialista, pero no un socialismo internacional como el PC, sino un socialismo de raíz puramente vasca; ésta es la fracción que ha secuestrado al cónsul; no se trata de un partido, sino de un movimiento democrático. La segunda fracción es más pequeña; son gentes que se han unido al partido comunista; se llaman a sí mismos españolistas, sólo existe hace dos meses o así».

Beihl fue liberado sin más, sin que se cumplieran las condiciones impuestas para su puesta en libertad, que eran las vidas de los procesados. Beihl apareció sano y salvo en la localidad alemana de Wiesbaden el 26 de diciembre, días antes de que se conociera la sentencia. Pero el objetivo político, el de demostrar ante el mundo que la ETA «de siempre» seguía existiendo, estaba conseguido.

El secuestro del cónsul alemán no cayó demasiado bien entre la militancia del interior, que se hallaba entusiasmada ante la respuesta popular. Jamás hubiera imaginado nada parecido, y la acción de los *milis* le pareció una interferencia. Tampoco la dirección de lo que ya podemos empezar a llamar ETA VI puso el grito en el cielo, porque el activismo seguía todavía presente en su agenda. Se limitó a criticar el contenido de las declaraciones de los mediadores del secuestro.

La única respuesta contundente a la campaña antiespañolista llegó desde la cárcel de Burgos. Los presos de ETA encerrados en este penal, y no solamente los procesados en el famoso proceso, enviaron una carta a la dirección de su organización, autorizándola para su uso más conveniente. Se hizo pública por partida doble, primero por su primer destinatario y luego por ETA V, cuando ya se había desembarazado de la competencia, lo que da una idea de lo que significó en la batalla entre las dos ramas de ETA. Básicamente, la carta venía a ser una crítica feroz al manifiesto de los cinco miembros del BT que habían iniciado el proceso de la escisión, bajo la acusación de deserción de las actividades encomendadas por la V Asamblea, traición a los acuerdos adoptados en la misma y connivencia con maniobras de la derecha vasca. Fue el documento clave de esta coyuntura; entre los firmantes están dirigentes actuales del PSE-EE, como Mario Onaindía, pero también de HB, como Gorostidi, o el exsecretario general de HASI, Txomin Ziluaga. Con el paso del tiempo, cada cual lo interpretó a su manera, pero entonces escribieron cosas como las que vamos a transcribir a continuación:

«Toda esta evolución de la lucha de ETA, de la lucha del pueblo y, especialmente, de la clase obrera, no podía menos que producir consecuencias y reacciones en la derecha vasca, ya desbancada de la posición directora que durante años había mantenido (…) los movimientos políticos de derecha vascos, los que la única política

que han llevado hasta ahora ha sido una política de inactividad y espera; los que se han abstenido hasta ahora de participar de la lucha popular revolucionaria, desarrollada completamente al margen de ellos, aunque hayan tratado de disimularlo con proclamas autojustificadoras como los anuales de Aberri Eguna, cada vez más moderados a medida que la lucha de masas avanzaba; los que mientras Txabi Echebarrieta moría en una carretera de Euskadi seguían repartiendo calendarios folclóricos o escribiendo novelas; los que han sido un freno para esta lucha revolucionaria al seguir introduciendo sus mitos pacifistas y más o menos racistas; los que no han reconocido nunca la existencia de ETA como no haya sido para lanzar sobre nosotros los más furibundos anatemas, estos movimientos de derecha vascos, decimos, no han podido permanecer impasibles ante el enorme desarrollo de la lucha de ETA, ante el creciente asentimiento del pueblo a esta lucha, ante la elevación de la lucha de masas, ante la posibilidad cada vez más real de que la clase obrera se haga cargo de la dirección del proceso revolucionario vasco, ante la evolución teórica y práctica de ETA tendente a la creación de un Partido de los Trabajadores Vascos que asegure esta dirección política proletaria en el Frente de Liberación Vasco y en la Revolución Vasca y que garantice el triunfo del socialismo en Euskadi. No han podido permanecer impasibles, porque hacerlo era destruirse o desaparecer, y no han tenido más remedio que montarse al carro de la lucha popular y aceptar —púdicamente, eso sí— los métodos de violencia revolucionaria que el pueblo ya había aceptado antes. (…) Para llevar a cabo toda esta maniobra, les faltaba, en principio, un elemento esencial: ETA o, cuando menos, las siglas ETA. Efectivamente, la eficacia de su maniobra se hubiese visto enormemente reducida si hubiesen tenido que excluir de ella las siglas ETA, pues no hubiesen podido saltar por encima del hecho evidente de que ETA había aparecido en todas partes como casi exclusiva impulsadora de la agitación popular, como organizadora y ejecutora de las más fuertes acciones realizadas contra el aparato fascista y, en última instancia, de que los procesados en Burgos, sobre los que iban a centrar su campaña de agitación, somos militantes de ETA. Con todo esto, era absurdo que pretendiesen erigirse en verdaderos responsables de la lucha del pueblo vasco sin referirse para nada a ETA en la misma. Y es aquí

precisamente donde entran en juego los cinco traidores y su grupo. Son éstos los que van a brindar y autorizar a la derecha vasca el uso de las siglas ETA que complete su sectaria maniobra; son éstos los que van a vender a la derecha vasca las siglas ETA y todo lo que, con tanto esfuerzo, hemos conseguido que éstas signifiquen dentro de la lucha de nuestro pueblo».

La cita quizás haya sido demasiado larga, aunque merecería la pena leerla entera. Con ella en sus manos, ETA VI logró un plus de legitimidad, hasta que decidió tirar la casa por la ventana y dejar libre el camino.

La nueva ETA de los setenta

1971 fue un año de transición para el mundo de ETA; lo único destacable es la continuación de la campaña antiespañolista, algo que se convirtió en una obsesión para el pequeño grupo de militantes —apenas una docena— que conformaban ETA V. Los *Zutik!* que se editaron no hablaban de otra cosa y algunos ni siquiera estaban escritos por los propios militantes, sino, alguna vez, por Txillardegi.

ETA VI comenzó el año con un serio contratiempo: la caída de su dirección en Vizcaya, donde se hallaba el núcleo fuerte de la organización en el interior. Pero lo determinante fue el espectacular salto ideológico que realizó en apenas unos meses. Como escribieron en el número 52 de *Zutik!*, ETA habría cambiado de base social, habría dejado de reflejar «la situación de la pequeña burguesía». Ahora, dicen, «la masiva existencia de una base social obrera y el estudio del socialismo científico (…) nos coloca al lado del futuro histórico, de la clase obrera, de la revolución socialista».

Efectivamente, los dirigentes de ETA VI tenían razón al afirmar que su nacimiento se debía a la iniciativa tomada por un grupo de estudiantes o intelectuales procedentes de las clases medias; que el tipo de lucha radical y la represión habían despertado grandes simpatías en la sociedad vasca y producido el ingreso de jóvenes obreros en la organización, casi todos de ideología nacionalista. Sin embargo, el aprendizaje escolástico del marxismo les llevó a conclusiones falsas: en ETA no se había producido ningún cambio

de base social sino el abandono —en el terreno intelectual— del nacionalismo por parte de la dirección y de un número significativo de militantes, muy activos políticamente. Desde luego, este abandono era fruto de la historia, de la dinámica generada por la moneda de las dos caras, pero lo que generó fue, en todo caso, la consolidación del nacionalismo radical.

ETA VI, una vez autoproclamada organización proletaria, trató con un desprecio digno de mejor causa a los pequeño-burgueses nacionalistas de ETA V. En un nuevo intento de construir el sempiterno Frente Nacional, se descolgó con una propuesta de cinco puntos que empezaba reivindicando «la destrucción violenta del Estado y la imposición de los consejos populares armados de obreros, *arrantzales* (pescadores), etc.». Las fuerzas nacionalistas (ETA V y su entorno) se frotaban las manos. La VI Asamblea había decidido la necesidad de una pronta convocatoria de una segunda parte para clarificar las posiciones. Pues bien, no se celebró una, sino dos segundas partes, porque en medio hubo una nueva escisión, la conocida como la de *mayos* y *minos* a lo largo de 1972. El certificado de defunción de ETA VI llegó desde la prisión de Cáceres. Nada menos que por parte de Zalbide, Onaindía y Uriarte: «Nos han preguntado si somos de V o VI. Y tiene que estar confusa la situación en Euskadi para que alguien que nos conozca pregunte semejante cosa (…). También hay una empresa de transportes ETA y nadie nos pide que nos declaremos a favor o en contra (…). No tenemos nada en contra de la literatura, nosotros mismos estamos reducidos a eso. Además no es de ahora el que unos estudiantes se reúnan para intercambiarse teorías y conceptos retorcidos y se imaginen que con eso van a cambiar la base del mundo. La novedad es que ahora se ponen capuchas para hacerlo. Tampoco es novedad que unos estudiantes jueguen en privado a ser de ETA, que digan que han superado el nacionalismo y que ahora traten de decidir qué hacer primero, si tomar el poder en España o preparar la revolución mundial. Que escriban interminablemente sobre "instrumentalización del debate", sobre "inasibilidades organizativas" y otras pedanterías. Con eso lo pasan bien y no hacen ni bien ni mal a la lucha política en Euskadi. Si además, alguno de ellos está en una fábrica y colabora en una huelga, eso queda».

La mayoría de militantes de ETA VI acabó engrosando las filas de la extrema izquierda, de organizaciones como la trotskista LCR —llamada LCR-ETA VI en el País Vasco—, o las maoístas MCE y ORT. También un grupo significativo acabó ingresando en el PCE; Roberto Lerchundi, proveniente de este grupo, llegó a ser su secretario general a finales de los setenta. Pero no hay que olvidar el regreso a casa, a ETA V, de militantes de peso, como es el caso de *Argala* al frente de una treintena de compañeros.

Mientras tanto, el pequeño núcleo de «pequeño-burgueses» agrupado en torno a los restos del Frente Militar estaba sentando las bases de una nueva organización. No tan nueva, evidentemente, porque la ETA que se recompone a partir de 1971 recogía una parte de la herencia y de la trayectoria anterior; es más, sin ella, su existencia hubiera sido imposible. Pero sí va a haber una diferencia clara y determinante. Si hasta esta fecha ETA había sido una organización política, con armas y todo lo que se quiera, pero política, a partir de ahora será militar, estrictamente militar. Hoy esto es una obviedad, por autoproclamada desde ETA; hasta mediados de la década de los setenta no lo era tanto, porque en teoría existían los frentes obrero, cultural, etc. Pero la dinámica impuesta desde el Frente Militar acabó militarizando el conjunto de la organización hasta el punto de que la lucha armada se convirtió en la seña de identidad de ETA. Ello no implicó la ausencia de debate teórico, como en los casos de *Argala* o de *Pertur*, pero en el fondo de todas las discusiones se hallaba la misma cuestión: cómo practicar la lucha armada de la forma más eficaz.

En esta labor de recomposición, los llamados *milis* no estaban solos. Carecían de infraestructura, militancia, etc., en el interior, por lo que fue EGI, las juventudes del PNV, la encargada de sacarles las castañas del fuego. Toda la propaganda de este sector y firmada con las siglas de ETA fue distribuida en el País Vasco por miembros de EGI, prestándole así ese aparato que les faltaba.

Conviene detenerse en esta cuestión, recordando de entrada que las relaciones ETA-EGI vienen de antiguo, desde el nacimiento mismo de la primera. Tras el trauma de la ruptura de finales de los cincuenta, el ambiente se fue normalizando, pero fue a partir de la campaña de Frente Nacional promovido por ETA en 1967 cuando comienza un acercamiento paulatino. EGI, con el respaldo del PNV,

era una organización fuerte, pero vivía en un estado de permanente desencanto por la inoperancia o parálisis del padre y la radicalización de la inmensa mayoría de la juventud nacionalista. Las llamadas a la unidad por parte de ETA, en este contexto, encontraron un eco favorable en las filas de aquella organización juvenil. De ahí surgió un sector (EGI-Batasuna) proclive a buena parte de las tesis etarras. Recordemos que dos de sus integrantes, Artajo y Azurmendi, murieron en 1969 cuando manipulaban artefactos explosivos.

El acercamiento definitivo fue posible cuando desapareció el tufillo españolista que desprendía ETA a finales de los sesenta, es decir, ahora. Y como toda operación se realiza con personas de carne y hueso, en esta ocasión es inevitable citar a dos, uno por cada lado: Eustaquio Mendizábal, *Txikia*, e Iñaki Múgica Arregui, *Ezkerra*. Txikia, un exfraile benedictino natural de Itxasondo —en el Goiherri guipuzcoano—, había sido el brazo derecho de Etxabe en el Frente Militar hasta que en 1971 tomó las riendas de ETA V de una manera absoluta: él mandó en la organización hasta que murió a manos de la policía el día 19 de abril de 1973 en Algorta, Vizcaya, convirtiéndose en un mito. Nacionalista a secas, su universo era la lucha armada, sin mayores disquisiciones teóricas. Ezkerra era un activista de EGI con prestigio por haber colocado una *ikurriña* en la torre de la catedral de Burgos al segundo intento; en el primero se rompió las piernas, pero volvió y lo logró.

Múgica Arregui ya había participado en los cursillos organizados por Joseba Emaldi en el País Vasco francés en 1968, de los que ya hemos hablado. Después fue *liberado* por el PNV para organizar grupos de acción o, más bien, contener el malestar de las juventudes nacionalistas. En éstas entabló relación con Txikia. No había diferencias ideológicas entre ambos —además se hicieron amigos— y cada uno tenía en el otro lo que le faltaba: Ezkerra, armas, porque las proporcionadas por el PNV eran de broma, y Txikia, militantes, algo que sobraba en EGI.

Las condiciones para la fusión estaban, pues, dadas. En EGI se realizó una intensa labor de puesta al día, en forma de charlas, que acercó a sus militantes hacia lo que significaba ETA, es decir, independentismo y lucha armada. Txikia se encontró con alguna resistencia interna, dada la entidad organizativa de EGI: cerca de

quinientos militantes y once *liberados* que estaban presentes en toda la geografía vasca. El origen de los recelos era obvio, pues todo el aparato del interior estaría en manos de los militantes procedentes de EGI de consumarse la fusión. Pues bien, ésta se produjo de manera formal en un día señalado: el Aberri Eguna de 1972.

La fusión se hizo bajo las siglas de ETA, aunque, como afirmaron algunos, fue ETA la que se integró en EGI y no al revés. La posible polémica carece de sentido, porque el nexo de unión, nacionalismo y activismo, era compartido por todo el mundo. Otra cosa es la posterior evolución de unos y de otros, de los protagonistas, como es el caso de Múgica Arregui, uno de los impulsores de la primera Euskadiko Ezkerra.

En cualquier caso, ETA —vamos a olvidarnos de la «V»— estaba ya en situación de recobrar el protagonismo perdido en los últimos tiempos. Los distintos frentes volvieron a reestructurarse, pero, como ya se ha repetido, comenzó el imparable ciclo de la lucha armada.

De hecho, la primera acción se realizó antes de la fusión, en enero de 1972, con el secuestro del industrial Lorenzo Zabala, principal accionista de una empresa denominada Precicontrol, cuyos trabajadores se hallaban en huelga, y en la que había habido más de doscientos despedidos. ETA puso como única condición para su liberación la readmisión de los despedidos, cosa que la empresa cumplió rigurosamente. Un año más tarde se repetía la operación en la persona de Felipe Huarte, dueño de Torfinasa. Al igual que en el caso anterior, había un duro conflicto en la misma, pero ahora, además de exigir que las reivindicaciones obreras fueran atendidas, ETA pidió un rescate de cincuenta millones de pesetas. La operación resultó un rotundo éxito, lo que provocó reacciones airadas en sectores ultras del régimen por el precedente que se establecía. Hubo incluso algún periódico que llegó a afirmar que, para colmo, los secuestradores se bebieron las mejores botellas de vino de la bodega de don Felipe, mientras esperaban pacientemente su llegada. Era un tanto improbable, siendo Txikia el jefe de la operación.

No vamos a entrar en consideraciones ideológicas para explicar estas acciones —Gurutz Jáuregui habla de ellas a continuación—, pero sí destacamos que los conflictos obreros volvían a llamar la

atención de ETA, pero como elemento justificador de la práctica armada. Así, es fácilmente comprensible que el Frente Obrero tuviera una existencia nominal, o que la ORT, la fuerza hegemónica de las CCOO de Navarra, dijera que ya se bastan ellas mismas «para resolver los problemas de los trabajadores de Torfinasa».

Ambos secuestros fueron acompañados por una oleada activista sin precedentes. Atracos —tres en 1972, con un saldo de casi treinta millones de pesetas—, voladuras de monumentos conmemorativos de la Victoria, bombas en edificios del sindicato vertical o en algún club de lujo de la oligarquía vizcaína, quema de bienes de personas consideradas como confidentes de la policía… La policía no se quedó atrás y comenzó, o volvió a comenzar, el rosario de muertes. Jonan Aranguren y Jon Goicoechea fueron muertos en la frontera; Benito Múgica y Mikel Martínez de Murgía en Lekeitio, tras ser cercados por la Guardia Civil. Esta experiencia, la del amigo o compañero muerto, se instaló en ETA de forma definitiva, pero también en sectores de la sociedad vasca, no solamente por cercanía a los militantes, sino porque la represión, si no era ciega, lo parecía en demasiadas ocasiones. La consigna «la policía tortura y asesina», precursora del «que se vayan», tenía el campo abonado, y con abundantes motivos.

La muerte de Txikia, el aglutinante de la organización, puso en peligro la unidad de la misma, en particular por las tensiones existentes entre los frentes militar y obrero. Una vez más, el activismo paralizó las tensiones internas, esta vez por la magnitud de lo que se estaba preparando. José Miguel Goiburu, del Frente Obrero, se quedó estupefacto cuando fue informado de que el próximo objetivo de los *militares* era Carrero Blanco. La confusión interna continuó, porque la *Operación Ogro* era de máximo secreto.

No vamos a detenernos en el atentado contra Carrero Blanco, sin duda el más espectacular y rentable de la historia de ETA, porque existe abundante documentación al respecto. Fue rentable hacia afuera, porque en el interior acabó por desatar las tensiones acumuladas.

Primero, el Frente Obrero acabó desligándose de la disciplina de ETA. Luego vino la escisión entre los *político-militares* y los *militares*. Había problemas de fondo que venían de atrás, más de carácter organizativo, de eficacia, que de otra cosa, pero el detonante de la

escisión fue una nueva acción armada. El 13 de septiembre de 1974 estalló una bomba en la cafetería Rolando de Madrid, cercana a la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol. Se suponía que estaba repleta de policías. El balance fue de trece muertos y ochenta y cuatro heridos, y no precisamente policías. El Comité Ejecutivo se encontró ante el fantasma del terrorismo indiscriminado y elaboró un comunicado diciendo que no tenía nada que ver, que los responsables eran las bandas fascistas. Ahí se enfrentaron Argala y Ezkerra. Según un documento de los *polimilis* recogido en *Documentos* Y, se formaron dos bandos: «a) los que opinaron que había que apoyar [la acción] y b), los que opinaban que no era posible, ya que además el pueblo no lo comprendía». Ninguno de los bandos reflexionó en serio acerca de lo que estaban hablando.

Así que tras la escisión, unos y otros continuaron por la senda marcada. Los *polimilis*, mayoritarios, con más intensidad, hasta que la policía detuvo a la plana mayor —Múgica Arregui, Pérez Beotegui…, sin contar a los militantes muertos—. Los *milis* se tomaron un respiro momentáneo para después recoger el testigo.

Con el proceso de Burgos nació una nueva generación de militantes dispuestos a lo que hiciera falta; el atentado contra Carrero Blanco colmó las mejores expectativas, con lo que el militarismo se situó fuera de todo debate; los procesos de 1975, cuando los militantes de ETA Paredes Manot, *Txiki*, y Ángel Otaegui fueron ejecutados —junto a tres de los FRAP—, sirvieron para atraer a cientos de jóvenes. El franquismo estaba en las últimas, sin que apareciera con claridad una perspectiva de auténtica ruptura. Las condiciones para que la violencia pudiera perpetuarse no podían ser mejores.

Segunda Parte

ETA: Orígenes y evolución ideológica y política

Capítulo IV

Los orígenes ideológicos de ETA

El fenómeno ETA constituye el resultado de la interacción entre dos factores íntimamente unidos entre sí. De una parte el nacionalismo sabiniano, cuyo eje fundamental se basa en la consideración de Euskadi como un país ocupado, y de la otra el franquismo, que hace efectiva y real tal ocupación. Por ello, para entender el nacimiento y posterior evolución de ETA resulta imprescindible conocer, previamente, tanto los fundamentos ideológicos y políticos en los que se sustenta el nacionalismo vasco histórico, como el contexto social, político y económico en el que se produce su surgimiento.

Algunos apuntes sobre el nacionalismo vasco hasta la guerra civil

El nacionalismo moderno surge con la polémica ideológica de los revolucionarios franceses contra el Antiguo Régimen. La Revolución francesa no sólo acaba con el viejo Estado absolutista, sino que barre también los vestigios de las antiguas autonomías, destruyendo los particularismos locales y territoriales. Frente a la vieja sociedad estamental dividida en colectividades territoriales y en grupos sociales cerrados e inmutables, la burguesía revolucionaria afirma la existencia de una sola sociedad política, una nación, basada en la igualdad formal de todos los ciudadanos, creada mediante el

contrato voluntario, el libre consentimiento, de esos ciudadanos. Es así como surge lo que se ha dado en llamar el nacionalismo liberal o «francés».

Como reacción a este nacionalismo se va a desarrollar en Europa, particularmente en Alemania, otra forma de nacionalismo, integrista, antiliberal, ligado a la defensa de la vieja sociedad estamental. Este nacionalismo «germánico» va a contraponer al optimismo universal del nacionalismo liberal el culto romántico y sentimental de la tradición. Para esta corriente, el rasgo distintivo de la nación lo constituye la comunidad de lengua. La lengua es lo que convierte a la nación que la habla en un todo homogéneo, y la comunidad de lengua presupone la comunidad de historia, es decir, el arraigamiento en el pasado.

Inspirándose en el nacionalismo germánico, Sabino Arana va a oponer a la idea de la nación española la idea de una nación vasca, diferente y contrapuesta a aquélla. Sabino Arana sustenta su idea de nación vasca en una serie de elementos de carácter objetivo como son la existencia de una comunidad de lengua y cultura. En su opinión, dado que sus elementos constitutivos tienen un carácter permanente y ahistórico, la nación vasca existe *per se*, independientemente de la situación jurídica real en que se encuentre en un determinado momento e, incluso, independientemente de la voluntad expresada por sus habitantes.

No pretendo analizar aquí, en profundidad, el nacionalismo vasco en su conjunto. Tan sólo voy a limitarme a ofrecer unas pinceladas sobre las bases en las que Sabino Arana, y el nacionalismo vasco en general, sustentan o construyen su concepto de nación vasca.

Los rasgos fundamentales que, en mi opinión, configuran el pensamiento político de Sabino Arana y, en definitiva, su idea de la nación vasca, son cinco: la pureza de raza, el integrismo, el ruralismo, el etnocentrismo y el centripetismo. No todos estos rasgos han tenido la misma importancia, ni se han mantenido con la misma intensidad a lo largo de todo un siglo de historia.

Visto desde la perspectiva actual, podría afirmarse que el ruralismo ha desaparecido por completo, y el integrismo se ha atemperado notablemente, aunque en diferente grado, según las diversas ramas del nacionalismo. Por su parte, el racismo se

subsumió en época bastante temprana, como veremos luego, en el etnocentrismo. Por ello, los rasgos que se han mantenido con mayor fidelidad desde Sabino Arana hasta nuestras fechas, las dos columnas vertebrales en las que se sustenta, tanto históricamente como en el momento actual, el nacionalismo vasco son el centripetismo y el etnocentrismo. Merece la pena, por ello, efectuar una breve alusión a ambos.

Entiendo por centripetismo la tendencia a encerrarse en sí mismo y a fundamentar la reivindicación nacionalista no tanto en la afirmación del «yo» cuanto en la negación del «otro». La mayor o menor acentuación del centripetismo depende de las propias circunstancias históricas, sociales, económicas, culturales, etc., en las que surgen y se desarrollan los diversos nacionalismos. Pues bien, en el caso vasco, esta característica alcanza una intensidad y una importancia extraordinarias.

Resulta suficientemente expresiva, en este sentido, la diferencia existente entre los nacionalismos vasco y catalán. Desde el punto de vista histórico, Cataluña ha sido tradicionalmente una *terra de pas*, mientras que Euskadi ha mantenido a lo largo de los siglos una tendencia hacia el aislacionismo. Los conceptos de hidalguía universal y de pureza de la sangre tan arraigados en los fueros vascos constituyen el mejor ejemplo histórico de ese aislacionismo. Así, mientras Cataluña mantenía una gran flexibilidad, basada en el *jus soli*, a la hora de aceptar a las gentes venidas de fuera, en Vasconia regía un rígido *jus sanguinis*.

El euskera supuso un elemento adicional importante, en el ámbito cultural, para el desarrollo del aislacionismo. Mientras que el catalán es una lengua que no ofrece dificultades notables de aprendizaje, el euskera ha constituido siempre una importante barrera para las gentes llegadas del conjunto de las tierras españolas.

Desde el punto de vista económico, el nacionalismo catalán aparece íntimamente ligado a la revolución industrial, hasta el punto de configurarse como una alternativa modernizadora frente al tradicional atraso de Castilla y el resto de España en general. Por el contrario, el nacionalismo vasco se configura, al menos inicialmente, como una fuerza representativa de la vieja sociedad precapitalista vasca. El nuevo mundo surgido de la revolución

industrial se aparece, a los ojos de Sabino Arana, como la expresión de la destrucción de las «esencias» tradicionales vascas. He ahí un nuevo elemento en favor de la tendencia del nacionalismo vasco a encerrarse en sí mismo.

Como resultado de todas estas diferencias ambos nacionalismos mantienen rasgos diferenciadores muy claros. Si en Cataluña el rasgo básico lo constituía la autodefinición y la composición sociocultural de la comunidad, en Euskadi, el eje fundamental del nacionalismo vasco radicará en la contraposición radical entre lo vasco y lo español, como algo naturalmente antagónico. Surge así el concepto «Euskadi» como antitético del concepto «España», constituyendo precisamente tal antítesis el factor principal, la causa y razón de su propia existencia.

El esquema conductor de la reivindicación nacionalista se sustenta así en una idea que luego adquirirá una gran importancia en ETA, pero que aparece ya muy nítida y desarrollada en la obra de Sabino Arana. Se trata de la idea de la «ocupación» del País Vasco por parte de un Estado extranjero, España. Algunos síntomas de esta «ocupación» en opinión de Arana se manifiestan, entre otros aspectos, en la marginación y debilitación del euskera, en el progresivo desplazamiento de las élites autóctonas, y en la aparición masiva de la inmigración obrera. Por todo ello, la única política válida la constituye la expulsión del «ocupante», el rechazo de lo español, y el mantenimiento —en toda su pureza— de lo vasco, lo cual va a implicar, desde el punto de vista estratégico-político, el abandono de cualquier actividad política en el marco español y la constitución de una fuerza política vasca cuyo objetivo fundamental sea la consecución de la independencia. Ideológicamente hablando, el nacionalismo vasco se configura, por tanto, no ya como un movimiento político antisistema, sino anti-España.

Íntimamente ligado al centripetismo surge otro importante rasgo en el nacionalismo vasco, el etnocentrismo. Como consecuencia del rechazo de todo lo «extranjero», el nacionalismo va a establecer una comunidad sustentada inicialmente en la pureza de la raza y, posteriormente, en el euskera.

Para Sabino Arana la pureza de la raza constituía no sólo la base fundamental, sino incluso la propia sustancia definidora de lo

vasco. El racismo no constituye una idea original de Arana, pues la idea de la pureza de sangre se hallaba fuertemente enraizada en la tradición y en la memoria histórica de los vascos. Lo que resulta nuevo, es su pretensión de asentar la reivindicación nacionalista en ese racismo. La propia composición demográfica del país demostraba el sinsentido de sus tesis. Por eso, desde una época relativamente temprana, la raza va a ceder su puesto simbólico, primero en la práctica y más tarde en la teoría, en favor del euskera. La pureza de raza deja así de ser el factor sustancial, aunque no por ello desaparece del todo de la memoria colectiva de muchos vascos —nacionalistas y no nacionalistas—, cuyos orígenes familiares se remontan a tiempos remotos. De ahí las frecuentes alusiones, todavía hoy, al factor Rh o a los «apellidos vascos».

Sin embargo, la sustitución de la raza por el euskera tampoco iba a permitir resolver el problema. El euskera era en ese momento, como lo es ahora, una lengua minoritaria. Por tanto, no podía ejercer la función de elemento aglutinador de lo vasco. Considerar al euskera como la seña definidora de la identidad de lo vasco implicaba reducir a la categoría de no vasco a un sector mayoritario de la población. Ahora bien, el euskera contaba con una importante ventaja con respecto a la raza. Así como resultaba inviable el logro de una pureza racial, salvo que se recurriese a un genocidio sistemático de buena parte de la población, en cambio sí resultaba posible, en teoría, una recuperación del euskera.

El euskera aparece así como referente simbólico ineludible a la hora de identificar lo vasco. Dado que el euskera se encuentra en una situación agónica, el objetivo fundamental del nacionalismo va a consistir en su recuperación, y en la consiguiente eliminación del castellano, o en su caso el francés, símbolos de la opresión «extranjera».

El silogismo es perfectamente claro. Formalmente el nacionalismo debe proyectarse de modo único, exclusivo y excluyente, sobre la etnia vasca, entendiendo como tal a la que posee una comunidad de lengua. Pero, dado que el «enemigo» ha impedido el uso de la lengua hasta llevarla a una situación de postración, lo verdaderamente importante no es, al menos en primera instancia, recuperar el euskera, sino adherirse al movimiento que va a hacer capaz esa recuperación. De este modo,

el medio, es decir, el nacionalismo, se convierte en fin en sí mismo.

Ello origina importantísimas consecuencias que siguen perviviendo en nuestros días. 1) Lo vasco va a reducirse a lo étnicamente vasco, es decir, a lo euskérico. 2) Esa comunidad étnica va a ser confundida-identificada con la propia comunidad nacionalista. 3) En la medida en que el factor legitimador ya no es el euskera en sí, sino su reivindicación, el euskera deja de ser un valor cultural en sí mismo para convertirse en arma política.

En una palabra, lo importante no es aprender euskera, sino ser nacionalista, ser vasco ya no es ser euskaldún, sino ser nacionalista. A partir de ese momento todo lo no nacionalista va a considerarse como no vasco, o si se quiere, como elemento integrante de ese mundo antitético de lo vasco representado por España. En consecuencia tal mundo es rechazado como ajeno, como no deseable en el tiempo presente, y como tendencialmente carente de existencia en el futuro. Se origina así un profundo sentimiento de comunidad arraigado en el conjunto de la colectividad autóctona, que es consustancial a la propia reivindicación nacionalista.

Es cierto que la estrategia inicial del nacionalismo vasco basada en el rechazo y la apostasía de raíz de lo español, y la consecuente negativa a intervenir en los asuntos políticos del Estado, se atemperó de modo notable a partir de la segunda década de este siglo. Algo parecido sucedió con respecto al antagonismo nacionalismo-no nacionalismo. La integración de los «euskalerriakos» de una parte, y la necesidad de responder a los retos políticos planteados por la sociedad vasca, de otra, favorecieron una paulatina evolución hacia posiciones políticas más pragmáticas. Pero esta política contemporizadora y posibilista iba a chocar siempre con la rigidez de los principios, una rigidez fuertemente enraizada en determinados sectores intransigentes que ostentaban la legitimidad ideológica.

De ese modo, y desde sus inicios, el nacionalismo vasco se va a debatir en una permanente contradicción entre la necesidad de una estrategia posibilista que trata de superar el antagonismo entre lo vasco y lo español, y unas bases ideológicas que propugnan un nacionalismo radical e intransigente. Jalones de esa ambigüedad y contradicción serán la escisión radical provocada por las Juventudes Nacionalistas agrupadas en torno a su líder Eli Gallastegui y el

semanario *Aberri* en 1921 o, ya en la Segunda República, la indisciplina y contestación de la Federación de Mendigoizales (Mendigoizale Batza) agrupada en torno al semanario *Jagi-Jagi*.

Tanto *Aberri* como *Jagi-Jagi* van a constituir el antecedente mediato de la futura ETA. Proclamándose sabinianos a ultranza, ambos grupos representan una línea de conducta opuesta a todo tipo de compromiso de lo genuinamente vasco con lo español invasor: a las viejas concepciones del purismo aranista, añadirán un purismo político consistente en el rechazo de todo compromiso con el poder opresor, de toda aceptación de su legalidad. El estatutismo constituirá para ellos una forma de traición.

Una aproximación a la realidad vasca de la posguerra

-El nacionalismo vasco tras la guerra civil-

La coincidencia en el tiempo del final de la guerra civil española con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial hizo que la actividad política de las fuerzas republicanas en general quedase muy limitada y condicionada por el desarrollo de los acontecimientos bélicos en Europa. Las fuerzas republicanas se hallaban convencidas de que la derrota del Eje iba a suponer la caída automática del régimen franquista, y la consiguiente restauración inmediata de la legalidad republicana.

Sin embargo, al final de la Guerra Mundial, el enfrentamiento entre la Unión Soviética y EEUU por el control de Europa va a dar lugar a la llamada «guerra fría», originándose así una nueva coyuntura internacional, que resultará decisiva para el régimen franquista. A EEUU le convenía la permanencia de un régimen profundamente anticomunista en España, y la vuelta al sistema republicano podía suponer una alteración importante de la estrategia mundial. Se inicia así un proceso de reconocimiento del régimen franquista que culminará con su ingreso como miembro de la ONU en noviembre de 1950.

Al igual que las fuerzas republicanas, el Gobierno vasco venía condicionando toda su actividad cara a la consecución de una política de prestigio ante los gobiernos aliados, y particularmente

ante EEUU. No hay que olvidar que el PNV en general y José Antonio Aguirre, en particular, mantienen una fe profunda en la democracia americana, y una evidente simpatía hacia EEUU. No sólo eso, sino que, incluso, a lo largo de los años en que transcurre la Segunda Guerra Mundial, el PNV mantiene una relación muy estrecha con los Servicios de Información del Departamento de Estado americano.

No resulta extraño, por ello, que el Gobierno vasco se pliegue a las nuevas exigencias determinadas por la situación de guerra fría. A pesar de las llamadas de atención, por parte de Aguirre, para que EEUU adopte una postura más firme contra el régimen franquista, lo cierto es que la actitud norteamericana y la de los demás aliados es de claro abandono del PNV y del Gobierno vasco a su suerte.

La represión franquista y el fracaso de la política proaliada del Gobierno vasco originan una profunda decepción y un escepticismo que se van a extender a ambos lados de la frontera franco-española. El exilio comienza a perder pie en el interior, dejando ya de ejercer la influencia de que había venido gozando, y que ciertamente, no había sabido utilizar de forma adecuada.

Toda la estrategia, basada en el apoyo de las potencias occidentales, y particularmente, de EEUU, se derrumba y no quedan ya arrestos para reiniciar una política de revisión en profundidad, aun cuando se dan tímidas manifestaciones en tal sentido, como por ejemplo el mensaje de *Gabon* (Navidad) de 1952, en el que Aguirre propone un cambio de rumbo en base a una revalorización de las esperanzas en una Federación Europea, o el Congreso Mundial Vasco celebrado en París en 1956, con el único objeto de revitalizar el tema vasco, «intentando demostrar —como confesará años después Jesús Solaun— que, pese a todo, seguíamos siendo algo».

La revitalización, el replanteamiento de las actividades nacionalistas no va a provenir ya del Gobierno vasco en el exilio, ni tan siquiera de la generación nacionalista de la guerra. Esa guerra civil está quedando ya muy lejana, y van a ser las nuevas generaciones las que comiencen a partir de esas fechas a marcar las pautas del nacionalismo vasco.

-El relevo generacional. El grupo EKIN-

Los viejos dirigentes nacionalistas del exilio son perfectamente conscientes del relevo generacional que se está operando en Euskadi a todos los niveles, y observan con inquietud la posibilidad, cada vez más real, de quedar descolgados de la realidad política del país. De ahí su interés por conectar con las nuevas generaciones, a las que se considera como las únicas capaces de mantener la llama nacionalista. Así, José Antonio Aguirre, en su alocución de octubre de 1952 conmemorativa del 16 aniversario de la constitución del Gobierno vasco, aludirá a «la adhesión entusiasta de la nueva juventud de Euzkadi a los ideales de libertad de su pueblo». Igualmente, *La causa del pueblo vasco*, libro publicado por Javier de Landáburu en 1956, tiene como destinatario principal esa juventud vasca, como lo indica su primer capítulo titulado «Un requerimiento a los jóvenes vascos».

En efecto, entre las viejas generaciones la sensación de desilusión y apatía es generalizada, y los pocos focos de resistencia aún vivos se concentran en determinados grupos de jóvenes, como por ejemplo, el grupo estudiantil Eusko Ikasle Alkartasuna (EIA), grupo que será rápidamente desmantelado, en 1950, por la policía franquista, que detiene o provoca el exilio de la mayor parte de sus componentes. Al mismo tiempo, el PNV sigue tratando de reorganizar desde el exilio la organización juvenil del partido, Eusko Gaztedi (EGI), la cual comienza a estructurarse en el interior a partir de 1952.

En esa misma fecha de 1952, un grupo de jóvenes que estudiaban en diversos centros universitarios bilbaínos deciden organizar un grupo de estudio, denominado EKIN, con el fin de dar carácter de continuidad a una serie de reuniones semanales que van manteniendo entre ellos, y en las que se comentan temas fundamentalmente culturales.

Casi todos provienen de familias relativamente acomodadas en las que predomina un sentimiento nacionalista. Algunos de ellos habían participado ya en actividades políticas, concretamente en EIA, e incluso varios habían resultado detenidos en 1950.

A pesar de que mantienen un cierto sentimiento nacionalista, su desconocimiento tanto de la historia del pueblo vasco como del nacionalismo en particular, es absoluto. No hay que olvidar que en la represión de la posguerra resulta muy difícil acceder a

informaciones o publicaciones que de un modo u otro permitan abordar estos temas, ya que hasta la más mínima manifestación vasca, no ya política, sino estrictamente cultural, resulta proscrita. Sienten, por tanto, un vacío informativo y formativo que consideran preciso cubrir a la mayor brevedad, por lo que se marcan como objetivo prioritario tomar conocimiento del pueblo vasco, de su historia y de su cultura.

En principio, el grupo es cerrado, dedicándose de forma intensiva durante más de un año a su propia formación, labor que realizan en la más estricta clandestinidad. Las razones de tales precauciones hay que situarlas en el ambiente de terror en el que se desenvuelve el régimen franquista. La represión era fortísima y, además, algunos miembros del grupo la habían sufrido en su propia carne con motivo de su detención en 1950.

La lectura de las obras nacionalistas de la preguerra, e incluso de algunos libros recientes publicados, sobre todo por la editorial Ekin de Buenos Aires, les proporciona un cierto nivel de información y conocimiento de la historia y de la cultura vascas, pero no tardan en sentir la necesidad de tomar contacto con los protagonistas directos de la actividad política de la guerra y de la inmediata posguerra, a fin de completar el conocimiento de esa realidad vasca de los años precedentes.

Existe entre los miembros de EKIN un profundo respeto y simpatía tanto hacia el Gobierno vasco como hacia el propio PNV, respeto y simpatía lógicos habida cuenta del entorno familiar y cultural en el que se desenvuelven. Tras los primeros contactos con los viejos líderes del nacionalismo, la impresión obtenida por estos jóvenes no es nada halagadora, por lo que la buena disposición inicial se torna, con cierta rapidez, en escepticismo y desaliento.

Entretanto, a partir de 1953, el grupo EKIN comienza a abrirse hacia el exterior, iniciando una labor de captación mediante la impartición de cursillos de formación. De este modo, y a través del PNV, el grupo va a comenzar a tomar contactos con EGI, particularmente en Guipúzcoa, en donde se ofrecen para la impartición de charlas de formación a los militantes de EGI. En esta provincia, el PNV va a proporcionarles la infraestructura necesaria para sus actividades (impresión de propaganda, pase de frontera, etc.).

Por parte del PNV se da un manifiesto interés en controlar a EKIN, y llevarla al seno de EGI, cosa que ocurre en 1956 mediante la fusión de ambos grupos. No van a tardar en surgir los primeros problemas. EKIN se queja del control que el PNV pretende imponer sobre el grupo, así como de la imposición de censuras en las publicaciones de EGI.

Las tensiones irán aumentando hasta provocar, en 1958, la ruptura. En efecto, el 27 de enero de ese año, el Bizkai Buru Batzar acuerda expulsar de EGI a uno de los componentes de EKIN, Benito del Valle, «por su espíritu de rebeldía e indisciplina, con la ridícula pretensión de crear un nuevo GBB —Gipuzku Buru Batzar—», al mismo tiempo que exige «a todos y cada uno de los miembros de la Directiva de Eusko Gaztedi de Bizkaia, la retractación y condena de los acuerdos y acatamiento expreso de la disciplina del Partido».

EKIN no acepta la expulsión de Benito del Valle y, a pesar de que realizan una gestión ante José Antonio Aguirre, a quien visitan en París en la primavera de 1958 con el fin de evitar la ruptura, ésta resultará inevitable.

Durante casi un año van a coexistir dos grupos EGI, uno el formado por EKIN y los numerosos militantes de EGI que se les unen, y el otro por aquellos que deciden continuar bajo la disciplina del PNV. Habrá que esperar más de un año para que el grupo disidente decida crear una nueva organización con el nombre de Euskadi ta Askatasuna, ETA, cosa que sucederá definitivamente en el verano de 1959.

Si bien no resulta fácil establecer las causas que van a provocar el nacimiento de EKIN y su posterior derivación hacia ETA, dado que no se conoce, hasta el momento, documentación escrita del grupo, cabe aventurar, en mi opinión, las siguientes causas: el fracaso de la política proaliada del Gobierno vasco; el escepticismo y el cansancio de la generación de la guerra; la política de pasividad y espera del PNV; el mantenimiento de los centros de poder en el exilio, y las profundas transformaciones sociales operadas en Euskadi en la posguerra.

En las difíciles circunstancias que se derivan de la derrota en la guerra civil, el Gobierno vasco en el exilio se va a constituir en el organismo aglutinante en torno al cual se amalgaman todos los proyectos y todas las ilusiones que han quedado rotas por la

contienda. Este Gobierno, que había sido duramente contestado en el momento de su formación por parte de los nacionalistas radicales de *Jagi-Jagi*, y que no ofrecía confianza alguna a ciertos grupos como la CNT, va a constituir, sin embargo, y durante los primeros años de la posguerra, el norte de toda la actividad vasca, tanto nacionalista como no nacionalista, y el punto de referencia necesario e indiscutible a la hora de plantear cualquier tipo de objetivo en la lucha por la resistencia.

No se debe olvidar, en tal sentido, que el Pacto de Bayona firmado el 31 de marzo de 1945, en cuyo punto 2.º se acuerda afirmar «su confianza a dicho Gobierno (vasco) y prestarle la colaboración necesaria como representación legítima del pueblo vasco, siempre que recoja sus aspiraciones políticas y sociales», fue suscrito por parte de todas las fuerzas políticas de la oposición, incluidos los ya citados *Jagi-Jagi* y CNT. De ahí que todos los conflictos y todas las diferencias internas se sacrifiquen al interés superior de la recuperación del estatus jurídico anterior a la guerra.

El Gobierno vasco hará girar en torno a sí toda la actividad política de la resistencia, y va a ser él quien tome de modo exclusivo las decisiones sobre la estrategia a seguir, la conveniencia de aumentar o disminuir la intensidad de los actos de la resistencia en el interior del país, todo ello condicionado al previsible apoyo de las potencias occidentales para con la causa republicana. Al no surtir la política marcada por el Gobierno los efectos apetecidos, toda su estrategia se vendrá abajo. El fracaso es inmenso y en él quedan implicados no sólo el Gobierno vasco como tal, sino todos y cada uno de los grupos políticos de la oposición, incluidos el Mendigoizale Batza (*Jagi-Jagi*), y la CNT.

Ello va a originar un total estrangulamiento de la resistencia. En el momento en que las potencias occidentales abandonan a José Antonio Aguirre, invalidando de raíz toda su estrategia; cuando los objetivos del Gobierno dejan de tener sentido; en el momento crucial en el que se llega al convencimiento de que todo lo realizado no sirve para nada, un profundo escepticismo se va a extender entre los militantes de la resistencia del interior, como he apuntado ya. El Gobierno en el exilio no había permitido la más mínima autonomía al Consejo de la Resistencia establecido en el interior del País Vasco, y ahora esta resistencia se encuentra

desorientada, cansada y sometida a una intensa represión que apenas le permite el menor movimiento.

La generación de la guerra no va a ser capaz de superar su estado de postración hasta muchos años más tarde. La mayor parte de ellos se ven obligados a rehacer sus vidas y a subsistir en condiciones realmente precarias, mientras que los más avispados, al albur de la favorable coyuntura ofrecida por el incipiente desarrollo industrial, comenzarán una intensa actividad en un campo totalmente diferente al de la lucha clandestina: el mundo de los negocios.

Se produce así un corte definitivo entre el exilio y el interior del país. Todos los centros de decisión política se hallan concentrados en el exilio, con todas las consecuencias que la lejanía supone para una correcta información de la realidad vasca, que va cambiando a un ritmo extraordinariamente rápido.

El PNV es el único partido que, por su popularidad e implantación en el mundo nacionalista, puede resultar capaz de reavivar la lucha y el sentimiento nacionalistas. Sin embargo, en el único campo en el que va a seguir manteniendo una cierta actividad es en el de la juventud, primordialmente a través de EGI.

El encuentro y posterior fusión entre EGI y EKIN resulta lógico e inevitable pues, en definitiva, se trata de dos grupos entre los que no existen diferencias ideológicas o políticas, si bien el origen y formación de ambos es totalmente diferente. En efecto, mientras que EKIN aparece como un grupo cerrado, con reclutamiento selectivo, y dedicado preferentemente a una acción formativa, en la que han adquirido una aceptable experiencia, EGI resulta una organización abierta, de origen popular, reclutamiento fácil, bastante folclórica, y fundamentalmente activista.

El conocimiento de EGI por dentro va a confirmar en los miembros de EKIN la primera impresión nada halagadora habida del PNV. La mansedumbre y fidelidad con la que los jóvenes de EGI aceptan las órdenes del partido, la actividad por la actividad que prima en ellos, la falta de un planteamiento de objetivos políticos concretos, la dependencia absoluta del partido a la hora de las decisiones políticas, y el anquilosamiento de la propia política del partido, cada vez más alejado de las nuevas realidades que van surgiendo tras veinte largos años de franquismo, chocan

sobremanera con la mentalidad de los miembros de EKIN, acostumbrados, a través de sus años de actividad formativa, al raciocinio y a la búsqueda del porqué de las cosas, tal y como he comentado.

Cuando en 1958 se produce la ruptura, va a ser EKIN quien resulte beneficiada del conflicto. La mayor madurez intelectual y cultural de sus componentes; su contacto directo con la realidad vasca de finales de la década de los cincuenta, tan lejana ya, en casi todos los aspectos, de la sociedad de la guerra civil; su no dependencia orgánica de ninguno de los partidos o grupos nacionalistas históricos, tan marcados por la terrible experiencia de la guerra, y el posterior fracaso de su política, toda esta conjunción de elementos va a ser decisiva a la hora de inclinarse la balanza en favor de EKIN.

En el trasfondo del conflicto no existen ni incompatibilidades personales ni una lucha por el poder; ni, tan siquiera, una disputa por la ortodoxia nacionalista. Incluso me atrevería a afirmar que la propia dualidad generacional constituye tan sólo un factor de segundo orden, puesto que no existen diferencias ideológicas de peso. Muy al contrario, los jóvenes que componen EKIN se nutren ideológicamente, de forma exclusiva y excluyente, del nacionalismo histórico vasco, entendiendo como tal ese movimiento patriótico de orden sociopolítico y cultural surgido de Sabino Arana.

Todo el complejo pensamiento nacionalista representado por euskalerriakos y *aberrianos*, comunionistas y sabinianos, *jagi-jagis* y autonomistas, confesionales y aconfesionales; concepciones diferentes tras las cuales se perfilan los conflictos latentes entre algunos de los grupos y clases sociales del país; todo ello, digo, va a constituir el magma ideológico del que se nutre la nueva generación.

No hay, pues, una ruptura ideológica con el nacionalismo histórico, sino meramente estratégica. A la pasividad de las organizaciones de la guerra se contrapone la actividad de la nueva generación; a la apatía de aquéllas, las ganas de lucha de ésta. El propio nombre EKIN («Hacer») es harto simbólico y significativo.

Teóricamente el PNV se encontraba en ese momento en condiciones inmejorables para dar continuidad al nacionalismo, sin necesidad de provocar una ruptura. Contaba con bases ideológicas

más que suficientes para nutrir el pensamiento de las nuevas generaciones, un gran patrimonio histórico avalado por más de cincuenta años de experiencia, cuadros políticos, estructura organizativa. Contaba, en definitiva, con todos los elementos necesarios para evitar tal ruptura, pero se hallaba demasiado anclado en el pasado.

El fantasma de la guerra civil ha quedado atrás definitivamente, y en ese momento, el protagonismo va a comenzar a corresponder a las nuevas generaciones.

Capítulo V

Del nacimiento de ETA a su primera Asamblea (1959-1962)

Las dificultades para la ruptura

La decisión adoptada por EKIN de constituirse como organización independiente con el nombre de ETA es muy arriesgada ya que supone romper con el PNV, fuerza política que ha supuesto casi todo en el nacionalismo vasco durante más de sesenta y cinco años, y que en la posguerra constituye el único partido que, a pesar de la tremenda represión, sigue manteniendo una cierta presencia, más o menos permanente, en el campo de la actividad nacionalista.

Si bien tal ruptura adquiere, aparentemente, carácter definitivo, no parece que fuera ésa la intención perseguida por los dirigentes de la nueva organización. Si tal ruptura no agrada al PNV, tampoco causa demasiada ilusión entre los propios miembros de ETA. De hecho, la decisión de formar un nuevo grupo constituye más bien un medio de presión adoptado con la secreta esperanza de que el PNV reconsidere su actitud. ETA se siente, en el fondo, incapaz para iniciar un camino propio, y si termina por hacerlo, va a ser muy a su pesar. En efecto, tras la creación formal de ETA en 1959, van a continuar las gestiones, particularmente a través del *lehendakari* José Antonio Aguirre, con el objeto de llegar a una solución de compromiso.

En esta época, el tratamiento otorgado por ETA en sus escritos

oficiales al PNV es muy correcto, y si bien se formulan críticas a la pasividad de las fuerzas vascas, se tiene especial cuidado en no herir la susceptibilidad del Gobierno vasco y de su fuerza mayoritaria, el PNV. Buena prueba de ello la constituyen el homenaje por parte del órgano oficial de ETA, *Zutik*, a la figura del *lehendakari* Aguirre con motivo de su fallecimiento, o la atención prestada en ese mismo órgano al nombramiento de Leizaola, el nuevo *lehendakari*.

De otra parte, resulta altamente significativo el hecho de que ETA elija como fecha formal de su creación un 31 de julio, exactamente el mismo día en el que Sabino Arana fundara, sesenta y cinco años antes, el PNV. Para ETA, la elección de esa fecha adquiere una marcada significación de carácter político, cual es la de demostrar al PNV que la juventud nacionalista vasca no necesita someterse a su disciplina para dar continuidad al nacionalismo sabiniano.

Será a partir del verano de 1961 cuando se inicie un progresivo empeoramiento de las relaciones entre ambas organizaciones. El 18 de julio de ese año ETA decide perpetrar un atentado, incruento, contra un tren de excombatientes. El atentado, preparado con todo lujo de detalles para evitar víctimas, tenía por objetivo exclusivo el llamar la atención. Sin embargo, su realización va a provocar en el PNV una reacción violenta contra ETA, que será contestada por esta última. A partir de ese momento, las tensiones se irán agravando, y ETA comenzará a adoptar una actitud anti-PNV que, por extensión, se reflejará también en una actitud contraria al Gobierno vasco y, sobre todo, a su *lehendakari*, Leizaola.

Frente a la moderación y pasividad del PNV, ETA reclama la necesidad de actuar, de no permanecer con los brazos cruzados. Es en esta época cuando comienzan a circular entre sus militantes los primeros libros que hablan de la lucha de los diversos pueblos oprimidos contra el colonialismo y comienza a formularse la necesidad de plantear formas directas de lucha.

No son tanto los medios de lucha —su número de militantes es todavía muy reducido, y la mayor parte de ellos están más preparados para dar conferencias que golpes de mano— como la idea de activismo la que predomina en la ETA de esta época. Este activismo, expresión que cabe entenderla como la sublimación de la

praxis en perjuicio de la teoría, va a constituir, en mi opinión y tal como veremos luego, la principal seña de identidad de ETA a lo largo de su historia. Lo que va a preocupar a ETA no es la legitimidad o no de sus reivindicaciones, sino cómo poner en práctica los mecanismos necesarios para hacer efectivos, a la mayor brevedad posible, los objetivos perseguidos.

La ruptura entre el PNV y ETA deviene inevitable, pues sus planteamientos estratégicos resultan totalmente antagónicos. Es a finales de 1961 cuando se decide dar una perspectiva de futuro a la nueva organización. A tal efecto comienzan los preparativos para la celebración de la I Asamblea, que será fijada para el mes de mayo de 1962. Han sido necesarios, pues, casi tres años para que se produzca la ruptura orgánica definitiva entre ambas organizaciones.

Aspectos ideológicos. El redescubrimiento y la recuperación del nacionalismo sabiniano

Los tres años que transcurren desde el nacimiento oficial de ETA, en 1959, hasta la celebración de su I Asamblea, en 1962, constituyen un período que viene determinado por dos líneas de actuación claramente definidas y diferenciadas.

En el campo doctrinal e ideológico ETA va a seguir, sin solución de continuidad, el cometido iniciado por el grupo EKIN en 1953. En tal sentido, va a continuar realizando una importante labor de estudio e investigación de la historia vasca y del nacionalismo sabiniano, todo ello a través de los textos nacionalistas clásicos.

En esta fase predominan los cursillos de formación de los militantes, la edición de cuadernos de formación y la publicación de numerosos folletos, todo ello con repercusión en un círculo bastante reducido. Esta actividad formativa le permite a ETA redescubrir y recuperar el nacionalismo sabiniano originario.

Si bien ETA pretende realizar una cierta labor de síntesis de ese nacionalismo, lo cierto es que va a terminar por asumir de forma prácticamente literal todo el bagaje ideológico sabiniano clásico, de tal manera que sus bases ideológicas apenas van a diferir de las mantenidas por el nacionalismo de la preguerra.

Sin embargo, ETA va a quebrar la armonía del edificio

ideológico sabiniano en dos de sus columnas básicas: la consideración de la religión y la raza como el fundamento de la reivindicación vasca. Pero no hay originalidad alguna en el rechazo de ambos factores ya que, de un modo u otro, ETA no hace otra cosa que seguir la pauta marcada por las diversas tendencias aconfesionales manifestadas en el nacionalismo de la preguerra.

En el campo estratégico y político, la actividad de ETA viene marcada por el rechazo frontal de la pasividad política del PNV. Pasividad política que, a los ojos de ETA, aparece íntimamente ligada al escrupuloso mantenimiento por parte de aquél de sus compromisos políticos con las fuerzas republicanas. Se da, en opinión de ETA, una mutua interrelación entre pasividad y legitimismo republicano, por lo que a ambos va a oponer un estricto activismo y una ruptura contra todo aquello que provenga del «país opresor», y que desembocará en la estructuración, en época muy temprana, de una rama militar, y en la perpetración de un primer atentado, en julio de 1961, al que ya se ha hecho referencia.

Veamos, con un cierto detalle, algunos aspectos de la evolución de ETA, tanto en el plano ideológico como en el estratégico-político, entre 1959 y 1962.

-Regeneracionismo. Sabino Arana como ejemplo a imitar-

ETA considera que el nacionalismo vasco se halla inmerso en una actividad estéril, en avanzado estado de descomposición, e incapaz de dar la más mínima respuesta a los problemas del país. Por ello, una de sus pretensiones fundamentales consiste en otorgar un nuevo sentido al nacionalismo vasco. El regeneracionismo de ETA hunde sus raíces en Sabino Arana, a quien consideran como el gran maestro y el gran renovador del nacionalismo y la patria vasca. Uno de sus objetivos fundamentales lo constituye, por ello, la vuelta a las esencias del nacionalismo histórico, representadas por el pensamiento y las enseñanzas de Sabino Arana.

Siguiendo las pautas marcadas por el fundador, ETA otorga a ese regeneracionismo un carácter enormemente esencialista, tanto en sus expresiones como en su contenido. Se establece un concepto transustancial de las esencias vascas representadas por el «alma vasca», una especie de mística religiosa que va mucho más allá de la

mera independencia política.

En tal sentido, ETA va a asumir en su integridad los mitos históricos subyacentes tanto en buena parte del pensamiento tradicional vasco como, sobre todo, en el nacionalismo sabiniano. Tales mitos pueden resumirse en torno al siguiente eje: igualitarismo y nobleza universal de los vascos; independencia absoluta del País Vasco hasta la pérdida de los fueros; ocupación actual del país por parte de dos Estados extranjeros.

Siguiendo la pauta marcada por Sabino Arana, ETA comienza ya en esta época a utilizar el mito igualitario y democrático vasco como instrumento de concienciación del pueblo en general y de la juventud en particular. A tal efecto plantea un silogismo muy claro:

a) Euskadi, pueblo noble, justo, demócrata, amante de la libertad y de limpia trayectoria histórica, se encuentra sometido y ocupado por España, país quietista, retrógrado y casi feudal, negando de esa forma al pueblo vasco todos los derechos individuales y nacionales y frenando su progreso cultural y económico.

b) Todas las desgracias que en este momento se abaten sobre el pueblo vasco se hallan provocadas única y exclusivamente por el país ocupante.

c) En consecuencia: la única forma de volver a ser felices y lograr la recuperación de las libertades vascas consiste en luchar a muerte por la independencia de Euskadi.

Sin embargo, la lucha por la reconstrucción nacional no constituye una actividad meramente política, sino que engloba todos los campos que, de un modo u otro, afectan a la resurrección del pueblo vasco. La independencia constituye, en tal sentido, no un fin sino tan sólo un medio, ciertamente importante, pero medio en definitiva, para lograr que el alma vasca siga viva. Consecuente con esa idea, ETA no se define a sí misma como organización o partido político, sino como un movimiento de liberación. La empresa de la liberación nacional no es un cometido de un partido, sino un quehacer patriótico. La lucha patriótica es mucho más que una actividad política, es una actividad de orden superior que viene expresada en la idea de la «resistencia nacional».

Por ello ETA va a otorgar una extraordinaria importancia a la formación de sus militantes. No se trata de una simple preparación

política, sino de crear hombres nuevos, diferentes, plenamente identificados e integrados con el objetivo de la reconstrucción nacional. En tal sentido ETA va a realizar un enorme esfuerzo editorial durante esta época, mediante la publicación del *Libro blanco*, los cuadernos de formación, *Zutik!*, etc.

Además, este proceso formativo no puede quedar reducido de forma exclusiva a los propios militantes. Al contrario, lo que pretende es que todo el pueblo asuma y haga suyo el objetivo de la reconstrucción nacional. Para ello ETA establece un programa a largo plazo a desarrollar en cuatro fases: 1) toma de conciencia de unas minorías; 2) formación concienzuda de esas minorías; 3) planteamiento del problema nacional a todo el pueblo; 4) iniciación de acciones de masas que conduzcan a la liberación total.

Este espíritu regeneracionista aparece íntimamente ligado a la idea agónica de la desaparición inminente del pueblo vasco, o del alma vasca. Por ello se hace preciso actuar sobre las conciencias, dinamizar al pueblo, ponerse a trabajar. He ahí, como ya he señalado antes, la idea clave que subyace en el nacimiento y posterior evolución de ETA: la idea de la actividad, la puesta en práctica de los principios, el no quedarse cruzado de brazos. Hay que evitar por todos los medios que Euskadi muera y, para ello, se impone una doble obligación: la lucha para no perder la personalidad vasca, y la lucha para derrocar al tirano. A la situación límite en que se halla el alma vasca hay que oponer también soluciones límites. Como se señala en uno de sus panfletos publicado en 1961:

«ETA ha elegido el camino del deber, el camino de la resistencia hasta el fin. Que todos los vascos sepan que ha llegado ya el momento de la clasificación de héroes y traidores. Hundiremos lo que haya que hundir. Ni la situación de Euzkadi, ni el secreto martirio de nuestros presos permiten otra alternativa».

-ETA y el movimiento obrero. La cuestión de los inmigrantes-

El desarrollo económico de las décadas de los cincuenta y sesenta va a provocar, en Guipúzcoa y Vizcaya, un extraordinario proceso de expansión industrial. Tal proceso origina un notable aumento de la población representado por las oleadas inmigratorias que, a partir

de 1950, acceden a Vizcaya y Guipúzcoa. La extraordinaria complejidad del fenómeno inmigratorio hace que el mismo tenga una gran influencia en el desarrollo futuro de ETA, el nacionalismo vasco y la propia sociedad vasca en general.

La situación degradada y regresiva en la que se encontraba la lengua y la cultura vascas va a originar, entre los vascoparlantes y entre los autóctonos en general, un rechazo hacia todo aquello que representase, de un modo u otro, la cultura castellana dominante. La masiva oleada inmigratoria provoca entre los nacionalistas un sentimiento antiinmigrante y, sobre todo, una sensación, ciertamente real, aunque de ello no fueran culpables en absoluto los inmigrantes, de que la lengua y la cultura vascas se mueren irremisiblemente.

No hay que olvidar, además, que junto a la enorme masa de inmigrados va a subsistir, e incluso adquirir con el franquismo un relieve mucho mayor, lo que podría calificarse como emigración «estratégica» de élite. En efecto, la falta de una tradición funcionarial, tanto en el orden civil como militar, en el País Vasco, la práctica inexistencia de centros de enseñanza superior y, asimismo, por qué no decirlo, la política seguida por el franquismo para evitar por todos los medios la constitución de élites funcionariales estratégicas autóctonas, y el progresivo aumento de las dotaciones de fuerzas de orden público acuarteladas en el país, harán que la práctica totalidad de los puestos de la administración esté cubierta por funcionarios no autóctonos.

En definitiva, la inmigración aparece rodeada de una serie de circunstancias enormemente complejas hasta el punto de constituirse en uno de los condicionantes más importantes para la consolidación de una sociedad vasca mínimamente homogénea.

La actitud inicial de ETA hacia los inmigrantes va a estar fuertemente influenciada por la ideología sabiniana, si bien no se van a dar connotaciones raciales como en ésta. La prevención de ETA en tal sentido va a tener connotaciones de orden étnico y, sobre todo, lingüístico y cultural. El inmigrante aparece como una fuente de españolismo y de asimilación, y un peligro claro para la identidad cultural y étnica vascas.

En líneas generales puede decirse que el tratamiento de ETA a los inmigrados se halla absolutamente condicionado por el temor a

que su afincamiento en el País Vasco pueda suponer la definitiva desaparición de la identidad vasca, la definitiva asimilación del pueblo vasco por parte del Estado español. A tal efecto distingue el derecho a la inmigración en sí mismo considerado, derecho que reconoce con carácter general, y el problema específico de la inmigración al País Vasco en relación a la situación de «genocidio» en que se encuentra el pueblo vasco.

ETA considera que la inmigración supone una de las fórmulas más eficaces de las promovidas por España para asimilar definitivamente a Euskadi. En su opinión, tal maniobra no proviene del franquismo o de otras fuerzas políticas concretas, sino de España como tal. Se establece, pues, una contraposición, un antagonismo absoluto entre los dos «Estados», España y Euskadi. El fenómeno inmigratorio no aparece, por tanto, como algo derivado de unas coordenadas socioeconómicas concretas, sino única y exclusivamente como un instrumento político dirigido a la extinción progresiva del pueblo vasco.

La oposición al inmigrado como miembro de un ente opresor de la patria vasca aparece, sin embargo, dulcificada a la hora de analizar su situación subjetiva y personal. ETA reconoce que los inmigrantes no son culpables de su situación y que, asimismo, no acuden al país en son de guerra, sino con la idea exclusiva de satisfacer sus necesidades más perentorias.

ETA es consciente de que la inmigración supone uno de los problemas más arduos y difíciles a resolver en la futura construcción del Estado vasco. Las dificultades abarcan, en su opinión, a un triple ámbito: económico, moral y político. Desde el punto de vista económico, a ETA no le preocupan los inmigrados sino el futuro de la economía vasca. La solución ofrecida a tal respecto es draconiana y digna de los más avanzados teóricos del neoliberalismo: el despido y la expulsión masivas, si bien consideran que esa expulsión masiva constituye una utopía. Quizá el aspecto que más le preocupa a ETA es el moral, habida cuenta la formación religiosa de sus militantes. También se establece aquí una pugna entre el emigrante como víctima y el emigrante como agente de la opresión española. Por último, desde el punto de vista político, la única alternativa que se ofrece al inmigrante es la de la asimilación por parte del pueblo vasco.

En definitiva, se parte de la consideración del inmigrado como extranjero que llega de otro país, pero no de un país cualquiera, sino de aquel que está causando, precisamente, la ruina y extinción del País Vasco. La consideración de los inmigrantes como extranjeros constituye, en definitiva, la línea maestra de la actitud de ETA ante los mismos. Dependerá, en consecuencia, de su actitud el que sean bien acogidos o el que sean considerados como enemigos.

En el momento de nacer, ETA carece de un proyecto, ni tan siquiera dispone de una idea medianamente acabada con respecto a las reivindicaciones del movimiento obrero. En este primer período se limita a formular, de modo teórico e ideal, algunas de las ideas reseñadas en la doctrina social de la Iglesia católica.

Por otra parte, la visión de la problemática obrera aparece enormemente condicionada por la perspectiva mítica con que ETA aborda todo lo referente a la organización de la sociedad vasca, su fe en el «innato sentido de justicia de los vascos». Por ello, los aspectos referentes a la futura organización de la sociedad vasca y al reconocimiento institucional de los derechos de los trabajadores constituyen para ETA un aspecto de menor relieve, una cuestión de segundo nivel.

Con respecto a las causas que originan los conflictos sociales, el pensamiento de ETA resulta claramente reaccionario y conservador. Tales conflictos no obedecen en absoluto a la existencia de clases sociales diferentes y al antagonismo existente entre ellas. La causa principal la constituye la falta de responsabilidad, que achaca fundamentalmente a los trabajadores, quienes, por el mero hecho de hallarse bajo la dirección y el mando de otros, mantienen ya una idea preconcebida de oposición a cuanto viene de aquéllos. El mejor antídoto contra esta falta de responsabilidad lo constituye, una vez más, la ilusión y la lucha patrióticas. El idealismo y la ingenuidad alcanzan, en tal sentido, cotas inimaginables, hasta el punto de manifestar que lo ideal sería «que la sociedad fuese a la limitación automática de beneficios por propia convicción».

En definitiva, y a modo de resumen, cabe señalar que la cuestión obrera aparece ante ETA como un fenómeno extraño a sus fines específicos. El tratamiento de este asunto se efectúa desde una óptica de teoría política más que de realidad práctica. Dicho de otro

modo, el problema obrero no aparece como una cuestión que exige respuestas inmediatas sino como uno más de los múltiples asuntos a tener en cuenta en la futura configuración del Estado vasco.

Aspectos estratégicos y políticos. Independentismo e intransigencia política

Aunque a primera vista pueda resulta paradójico, durante esta época ETA apenas va a dedicar espacio en sus escritos a explicar su visión sobre la soberanía del pueblo vasco. ETA parte de la base de que Euskadi es una nación, adopta sin reserva ni discusión alguna el lema sabiniano de «Euzkadi es la patria de los vascos» y da por sentado y demostrado tanto el carácter nacional de la comunidad vasca como el derecho a la plena autodeterminación derivado de esa condición de nación.

Lo que constituye materia de su preocupación no es la legitimidad del derecho de autodeterminación, al que consideran un principio del derecho natural, sino la necesidad de poner en marcha los mecanismos adecuados para que tal reivindicación tenga efectividad a la mayor brevedad posible.

Con respecto a la estructuración jurídico-política de la nación vasca en el momento en que ejercite su derecho de autodeterminación, a ETA le preocupa el grado y forma en que la misma debe ejercer su soberanía. Se barajan, a tal efecto, cinco posibles soluciones: la regionalización político-administrativa; la incardinación de Euskadi en sendas federaciones española y francesa; su integración en Europa a través de las citadas federaciones; la integración federal directa en Europa; y la independencia absoluta.

ETA rechaza *a priori* las dos primeras soluciones, si bien considera que «la autonomía puede ser el primer paso, y si fuese necesario recorrerlo, no podríamos oponernos a darlo; pero nunca podría ser nuestra meta». La aceptación por parte de ETA de un estatuto de autonomía como fórmula intermedia se mantendrá de forma bastante inalterable durante toda su evolución posterior hasta 1975, si bien será rechazada en algún momento por parte de algunos de sus representantes, aunque no de forma muy consistente.

Es necesario hacer hincapié en este aspecto, por cuanto existe una idea ampliamente extendida en el sentido de que ETA rechaza de forma frontal todo tipo de solución autonómica. Otra cuestión muy diferente la constituye el determinar el mínimo aceptable por ETA en lo que se refiere a la asunción por su parte de un proceso estatutario. Esta cuestión apenas será tratada en el período que analizo, entre otros motivos por la sencilla razón de que la propia existencia del régimen franquista impedirá cualquier tipo de ilusión con respecto a la viabilidad de un régimen de autonomía.

Con respecto a la idea de que las regiones vascas peninsulares se federen con España y las continentales con Francia, ETA rechaza esta solución, al menos como solución definitiva.

El ideal lo constituye para ETA la independencia absoluta. A pesar de ello, acepta gustosamente la idea de una integración directa de Euskadi, entendiendo como tal tanto el territorio peninsular como continental, en una federación europea, hasta el punto que va a dedicar uno de sus cuadernos de formación precisamente a este tema.

Con respecto a estos planteamientos cabe destacar dos aspectos dignos de interés. De una parte, el hecho de que ETA va a situar el campo teórico de su actuación o de su acción política en ambas zonas de Euskadi, la peninsular y la continental, sin perjuicio de que, posteriormente, su acción política práctica se limite a la primera de ellas. Es decir, se va a producir una disociación real entre el desiderátum: obtener la independencia de toda Euskadi o, en su caso, el reconocimiento de una Euskadi unificada en el marco global de una federación europea, y la realidad: la limitación de la acción política directa al ámbito territorial estricto de la Euskadi peninsular, dependiente del Estado español.

Un segundo aspecto destacable lo constituye el ensalzamiento, la mitificación de la idea de Europa, la cual se contrapone a las ideas tanto de España como de Francia. Hay, pues, un rechazo total y sin concesiones a la estructura de los Estados-nación español y francés. Los conceptos España o Francia son presentados como fuente de todos los males, en contraposición al concepto Europa, el cual constituiría la estructura ideal en la que Euskadi podría desarrollar su propia identidad soberana.

Así como Euskadi y Europa son compatibles, sin embargo,

España, Francia y Europa resultan estructuras incompatibles, constituyen figuras antagónicas que no encajan en una correcta ordenación de la sociedad política del futuro. La interrelación Euskadi-Europa debe efectuarse de modo directo, sin la participación de entes extraños a ambos. Las realidades estatales España y Francia, que están ahí y que deberían ser tenidas en cuenta, cuando menos como obstáculo para los fines perseguidos, son reducidas a la categoría de mera ficción legal, cuando no desconocidas absolutamente.

La incongruencia del planteamiento es extraordinaria hasta el punto de que, admitiéndose la integración de Euskadi en una federación europea, sin embargo, no resulta admisible que la misma se produzca mediante la integración previa de Euskadi peninsular en una federación española y Euskadi continental en una federación francesa. La integración de Euskadi en Europa debe ser directa y sin escalones intermedios que puedan suponer el reconocimiento de las «ficciones España y Francia». De esta forma, la vocación europeísta de ETA queda directamente condicionada y ligada al rechazo de los Estados-nación español y francés.

Tanto en el tema de la unificación de Euskadi como en el logro de su independencia o de su soberanía en el marco de una federación europea, ETA establece una confusión absoluta entre medios y fines. El fin perseguido en ambos casos queda claramente determinado. Sin embargo, los medios no sólo no quedan especificados con claridad, sino que, incluso en muchas ocasiones, tales medios ni se perfilan tan siquiera. Se señala con absoluta claridad la necesidad de la unificación de Euskadi, pero en la práctica se reduce la acción política al estricto ámbito territorial de la Euskadi peninsular. De igual modo se señala con absoluta precisión la necesidad de la consecución de la independencia de Euskadi o el reconocimiento de su soberanía en el marco de la Europa federal y, sin embargo, no sólo no se determinan las etapas a cubrir para el logro de tal objetivo, sino que incluso se rechaza expresamente toda aquella etapa que, pudiendo resultar válida para la consecución de tal objetivo, sin embargo, suponga de alguna forma un cierto reconocimiento de las realidades estatales española y francesa. En una palabra, se da una absoluta confusión entre el deseo y la realidad.

El contencioso «intransigencia-posibilismo» de la época de la preguerra sigue latente entre las fuerzas nacionalistas del exilio y va a resurgir con ímpetu de la mano de las nuevas generaciones. Tanto EKIN como después ETA van a establecer una distinción entre la actitud «intervencionista» y la actitud no «intervencionista» en relación a la política española. Así, al PNV, calificado de intervencionista por pretender conseguir la libertad vasca a través de reformas y cambios políticos conseguidos y pactados en Madrid, se oponía *Jagi-Jagi*, cuya línea política consistía en actuar en Euskadi, sin intervenir en la política española, y arrancar la libertad mediante el desarrollo de la lucha por la independencia.

ETA va adoptar desde el primer momento una línea «no intervencionista», estableciendo así una continuidad política de intransigencia nacionalista marcada con anterioridad a la guerra por los *aberrianos* y los *jagi-jagis*. La inclinación de ETA hacia esa opción intransigente no puede resultar nada sorprendente, puesto que en el momento de su aparición se dan todas las circunstancias necesarias para la adopción de tal actitud. En efecto, las más recientes experiencias sufridas por el nacionalismo vasco en los últimos años de su actividad no favorecían, en absoluto, la inclinación por parte de la nueva generación en favor de una política moderada y de colaboración con las fuerzas políticas españolas.

El fracaso de la estrategia posibilista del PNV en la inmediata posguerra origina en ETA una reacción lógica consistente en desconfiar de cualquier tipo de posibilidad de derrocamiento del régimen de Franco por parte de las potencias extranjeras. Ello conlleva la necesidad imperiosa, para ETA, de que sea el propio pueblo vasco quien deba ponerse en pie —el órgano oficial de expresión de ETA se llamará precisamente *Zutik!* («¡En pie!»)—, a fin de obtener la recuperación de la identidad nacional.

A ello debe añadirse una razón más importante todavía, cual es la propia existencia del régimen franquista. La falta del más mínimo vestigio de tolerancia, la imposibilidad de ejercer actividad política alguna, la enorme brutalidad con la que responde el régimen a la más mínima manifestación de protesta, constituyen sin lugar a dudas el elemento más decisivo para que ETA adopte una postura extraordinariamente rígida y radical a la hora de sus

planteamientos políticos.

Todas estas causas harán posible que ETA haga suya la idea central de *Jagi-Jagi* de que no se debe esperar la liberación de Euskadi de pacto o acuerdo alguno, sino de la intensificación de la lucha contra el poder opresor, y del fortalecimiento de la conciencia nacional sustentada en un espíritu de sacrificio.

Si bien es cierto que ETA constituye en este sentido la continuadora de la línea intransigente del nacionalismo vasco, no lo es menos que la asunción de tal actitud política no viene derivada de una influencia directa por parte de los militantes exiliados de *Jagi-Jagi*, sino que se trata de una convicción que surge de forma prácticamente espontánea en la organización, a la vista de las circunstancias políticas concretas del momento. Ello no impedirá, sin embargo, que ETA aparezca como la legítima heredera de las organizaciones intransigentes de la preguerra. El respeto y aprecio de ETA hacia las figuras más sobresalientes de *Aberri* y *Jagi-Jagi* sólo resultan comparables al respeto que les merece Sabino Arana.

ETA, al igual que *Jagi-Jagi*, mantiene una clara postura de oposición y negación de la legitimidad republicana. Asimismo existe entre ambas organizaciones una coincidencia con respecto a la no aceptación del Estatuto de 1936. Ambas posturas, antiestatutismo y antilegitimismo republicano, no son otra cosa que la consecuencia de la asunción de la tesis sabiniana que basa su doctrina, como ya vimos, en la contraposición total entre lo español y lo vasco.

Las primeras aportaciones ideológicas

Resulta ciertamente sintomático el hecho de que ETA, que en principio va a asumir y hacer suyos tantos aspectos de la ideología sabiniana, marque sus distancias, sin embargo, en los dos aspectos más importantes de esa ideología, a saber, la religión y la raza. A ello hay que añadir un tercer aspecto, de índole más estratégica que ideológica, cual es el del activismo y la violencia.

El clero vasco que mayoritariamente había apoyado y defendido el nacionalismo vasco con anterioridad a la guerra civil y, sobre todo, a lo largo del conflicto armado, va a continuar en la misma tónica en el período de la posguerra. Desde el momento de su

surgimiento, ETA no sólo va a contar con el apoyo de numerosos sacerdotes sino que además un gran contingente de sus futuros militantes va a proceder de seminarios o casas religiosas e, incluso, se van a dar algunos casos de sacerdotes que militen en ETA.

Sin embargo, y a pesar de la evidente influencia religiosa en la sociedad vasca, ETA se va a decantar desde un principio, y de forma inequívoca, en favor de una estricta separación entre religión y política, entre la Iglesia y el Estado. En esta decisión resulta evidente la influencia de los grupos aconfesionales escindidos del PNV (Centro Republicano Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca, etc.) durante el período anterior a la guerra.

Este rechazo del confesionalismo adquiere una cierta relevancia si tenemos en cuenta el profundo sentimiento religioso del que están imbuidos los militantes de ETA de esta época. Sin embargo, no debe resultar sorprendente esta actitud, habida cuenta de las circunstancias del momento. Los jóvenes de ETA, sinceramente religiosos, observan con profunda decepción la actitud cómplice o cuando menos vergonzante de la jerarquía ante el régimen franquista. Por ello, su religiosidad no les va a impedir atacar con dureza a la Iglesia católica y particularmente a la jerarquía eclesiástica.

También se va a dar una contraposición entre el pensamiento sabiniano y ETA en lo referente a la cuestión de la raza como seña de identidad del nacionalismo. Sin embargo, tal contraposición no aparece tan clara como en el caso de la relación «confesionalismo-anticonfesionalismo».

En sus primeros escritos ETA sigue incluyendo a la raza entre los elementos configuradores de la comunidad vasca. Pero no lo considera como el elemento primordial y esencial de la misma. Ya desde sus inicios ETA va a sustituir el concepto biológico-genético de raza como elemento básico constitutivo de la comunidad vasca por el concepto lingüístico-cultural de etnia. Este desplazamiento se acentuará notablemente de forma casi inmediata. Ello no significa que ETA deje de utilizar políticamente la idea de la superioridad vasca sobre la española. Muy al contrario, tal aspecto será subrayado de forma constante en numerosas ocasiones. Lo que sucede es que tal superioridad no va a fundamentarla en el aspecto genético, biológico o racial, sino en razones etnológicas. Lo que late

en las argumentaciones justificadoras es una superioridad de carácter, de cultura, de idiosincrasia. No hay, pues, racismo biológico, pero sí una arrogancia etnocentrista que actúa como instrumento de defensa frente a los elementos extraños a la comunidad vasca.

Este abandono del racismo obedece, en mi opinión, a varias razones. En primer lugar, la pura y simple inviabilidad de mantener, en un mundo tan evolucionado, la existencia de una raza vasca pura. A ello cabe añadir el desprestigio sufrido por las teorías relativas a la raza, tras el masivo genocidio perpetrado por el régimen nazi. Por último, un motivo práctico que afectaba a los propios líderes y fundadores de ETA. Si se aplicasen los criterios biológicos propuestos por Sabino Arana, que basaba la pureza del linaje vasco en los apellidos, algunos de los líderes más influyentes de la ETA inicial tales como Txillardegi (José Luis Álvarez Emparanza), Federico Krutwig, o José María Benito del Valle, no serían «vascos».

Por otra parte, no hay que olvidar que estos mismos teóricos de ETA toman contacto con la problemática vasca a través del estudio de su lengua, siendo éste un factor determinante en la toma de conciencia nacional por su parte. Se da en ellos, por lo tanto, un cierto rechazo a ese nacionalismo cuyas premisas les impide aparecer como vascos de primera y, en consecuencia, terminan sustituyendo el factor «raza» por el factor «lengua». Ello les obliga precisamente a incidir de forma intensa en la consideración de la lengua como factor primordial de la nacionalidad vasca y les incita a especializarse y constituirse en auténticos maestros de la lingüística, tal como ocurre en los casos de Krutwig y Txillardegi.

En las publicaciones de ETA correspondientes a la época que transcurre desde 1959 hasta su I Asamblea, no se ofrece referencia alguna relativa a la práctica de métodos de lucha violentos. La inexistencia de la más mínima referencia al tema de la violencia y de la lucha armada resulta tanto más sorprendente si tenemos en cuenta que ETA se estructura, desde el mismo momento de su creación en 1959, en seis ramas, una de ellas —la sexta en concreto — militar, encargada precisamente de las actividades de este tipo. Quizás la explicación a tal silencio deba encontrarse en las rigurosas medidas de seguridad tomadas por los dirigentes de ETA en el

momento de la creación del movimiento.

Resulta realmente difícil establecer con precisión las posibles causas por las cuales ETA adopta la decisión de estructurar una rama militar en el seno de la organización; y además, resulta enormemente sorprendente el hecho de que tal decisión sea adoptada desde el mismo momento de su nacimiento, ya que históricamente no existe precedente alguno en el nacionalismo vasco que pueda avalarla.

No obstante, cabe destacar, a mi juicio, tres posibles causas, por orden de importancia: 1) el regeneracionismo de ETA, el cual le lleva a una constante actitud de querer realizar actividades patrióticas, a una inevitable necesidad de acción, capaz de poner en marcha de forma urgente la reconstrucción nacional del pueblo vasco; 2) la represión del régimen franquista, que impide que ese activismo sea encauzado hacia actividades de orden político legales o cuando menos toleradas; y 3) el ejemplo de los países tercermundistas, que aparece a los ojos de ETA como una vía válida en la consecución de sus objetivos.

ETA mantiene con respecto a la lucha armada el mismo criterio que con relación a otros muchos aspectos de su bagaje ideológico inicial. Lo que a ETA preocupa en principio no es la validez o no de tal método de acción, sino los pasos necesarios para que el mismo se ponga en marcha cuanto antes y ofrezca ya de inmediato unos resultados. Es decir, se da por sentado que tal método es válido, sin necesidad de analizarlo, y lo que realmente se estudia es su puesta en práctica.

Va a ser tras el atentado de julio de 1961, y la consiguiente represión originada como consecuencia del mismo, cuando ETA comience realmente a plantearse la validez o no de los métodos de lucha violentos como instrumento favorable a sus objetivos. La excepcional dureza con la que va a responder el régimen franquista origina una clara reacción, al mismo tiempo de estupor y de rabia, que se traducirá en una mayor violencia verbal en sus escritos.

Pero al mismo tiempo la represión desencadenada va a resultar motivo de reflexión en el seno de la organización acerca de cuál debe ser el método más apropiado. En tal sentido comienza a plantearse por primera vez la posibilidad de llevar a cabo acciones pacíficas, si bien es preciso reconocer que tal tipo de acciones

aparecen relegadas a un nivel secundario, complementario de la lucha armada. De todos modos, las referencias a las acciones pacíficas aparecen de forma intermitente, en contraposición a las posiciones favorables a la lucha violenta, la cual se sigue defendiendo con absoluta claridad y precisión.

Esta indefinición, o cuando menos esta falta de decisión clara y contundente en favor de una u otra forma de acción, queda reflejada en la I Asamblea, en cuyos «Principios» se solventará la cuestión con la inclusión de un párrafo en el que se afirma que «se deberán emplear los medios más adecuados que dicte cada circunstancia histórica». Es precisamente a partir de esta Asamblea cuando se iniciará por primera vez un debate en el seno de la organización en torno al tema, debate que se producirá a lo largo de la segunda mitad del año 1962 y los primeros meses del siguiente año.

La I Asamblea. Declaración de Principios

Como consecuencia de la acción policial llevada a cabo tras el atentado perpetrado en julio de 1961, la estructura organizativa de ETA resulta seriamente lesionada al producirse numerosas detenciones de sus militantes así como la huida al exilio de la mayor parte de sus dirigentes. Todo ello les va a obligar a hacer un alto en el camino, con el fin de analizar la labor realizada hasta el momento y determinar las directrices básicas de su futuro. Con este objetivo se va a proceder a la celebración de la I Asamblea de la organización, la cual tendrá lugar en la primavera de 1962, y cuyas decisiones van a quedar plasmadas en una declaración conocida con el nombre de «Principios», declaración que ETA lanzará a la opinión pública en mayo del mismo año.

El análisis de la «Declaración de Principios» no depara sorpresa alguna, pues en ella se va a recoger y sintetizar el fruto de la intensa labor llevada a cabo, no sólo por ETA desde que naciera oficialmente en 1959, sino también por el grupo EKIN desde su fundación en 1952.

La síntesis ideológica efectuada por ETA en esta su I Asamblea y recogida en su «Declaración de Principios» contiene cuatro

elementos que resulta importante destacar: a) el redescubrimiento de todas las experiencias, tanto ideológicas como políticas, vividas por el nacionalismo vasco desde su fundación por Sabino Arana; b) un espíritu regeneracionista muy acentuado como respuesta a la «desesperada» situación del pueblo vasco; c) la asunción con carácter exclusivo y excluyente del acervo ideológico sedimentado por el nacionalismo vasco histórico, con todas las contradicciones inherentes a la existencia, en el seno del mismo, de diversas corrientes ideológicas, y d) una extraordinaria heterogeneidad ideológica, tan sólo unificada por el aranismo.

Como consecuencia del profundo corte generacional producido a raíz de la guerra civil, ninguna de las opciones ideológicas del nacionalismo vasco existentes en aquellas fechas va a poder mantener una continuidad capaz de establecer una conexión ideológica y política, por mínima que fuera, con las nuevas generaciones surgidas en la posguerra. La falta de continuidad entre el nacionalismo de la preguerra y el nuevo grupo, el largo paréntesis abierto entre ambos, va a constituir un elemento esencial en el sentimiento regeneracionista de ETA.

El redescubrimiento del nacionalismo, de una parte, y la inoperancia en la práctica de ese mismo nacionalismo, va a generar en ETA la idea de que el nacionalismo histórico ha muerto y que, en consecuencia, es a ella a quien corresponde en exclusiva la inmensa labor de recomponer y reavivar el espíritu nacionalista. Para ETA se trata de continuar con la labor iniciada por Sabino Arana y a la que, en su opinión, habrían renunciado posteriormente sus seguidores oficiales.

Este espíritu regeneracionista resulta patente a lo largo de la exposición de los «Principios» elaborados en esta I Asamblea. ETA se va a definir como «un Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional, creado en la Resistencia Patriótica».

He aquí una de sus constantes: su autoafirmación como movimiento, y no como partido. Se da una evidente resistencia por su parte a autocalificarse como partido, y la razón aducida es muy clara: su objetivo, el fin que persigue, no es político, sino mucho más elevado, la reconstrucción nacional vasca. En este mismo sentido cabe entender la inclusión del concepto de «liberación nacional», término al que se le confiere un significado mucho más

profundo que el de la mera independencia del país.

A primera vista resulta bastante sorprendente la inclusión del término «revolucionario» en su declaración. Sin embargo, conviene indicar que el contenido semántico que ETA otorga a este término resulta reducido y limitado. ETA se presenta como revolucionaria en lo que hace referencia estricta a la liberación nacional del pueblo vasco, y no en lo que respecta a los cambios radicales en la estructura social y económica de la sociedad vasca.

La asunción por parte de ETA del acervo ideológico sedimentado por el nacionalismo vasco histórico, supone, en definitiva, la asunción de las múltiples opiniones y contradicciones en él insertas. ETA se siente heredera del nacionalismo intransigente y radical formulado por Sabino Arana, y continuado posteriormente por el grupo *Aberri* en la década de los veinte, y por *Jagi-Jagi* durante la República y la guerra. Ello no le va a impedir hacer suyos algunos de los postulados defendidos por el Partido Nacionalista Vasco, y por la propia Acción Nacionalista Vasca.

Con respecto a la influencia del nacionalismo radical, no merece la pena volver sobre el tema. Tal influencia ha quedado ya debidamente probada en las páginas anteriores.

La influencia del PNV va a resultar mucho más decisiva de lo que la propia ETA piensa, y sobre todo adquirirá un carácter notorio en aspectos relativos a la futura organización y estructuración de la sociedad vasca. Así, por ejemplo, y siguiendo la estela de José Antonio Aguirre, la necesidad de establecer un sistema democrático de corte democristiano, o la estructuración de un sistema político intravasco descentralizado.

Bastante más pobre resulta la influencia de ANV, la cual queda estrictamente limitada a la cuestión religiosa. No es cierto, como han señalado algunos autores, que las posiciones propugnadas por ETA en el área socioeconómica se hallaran influidas por ANV. A pesar del tiempo transcurrido desde la guerra, el programa propugnado por ETA en este campo no alcanza las cotas progresistas marcadas por ANV en su tiempo.

De cuanto ha quedado expresado cabe deducir que ETA acoge en sus bases ideológicas todas las experiencias y contradicciones inmersas en el nacionalismo vasco, un nacionalismo que ha quedado paralizado, petrificado ideológicamente, en 1936, por

causa de la guerra y de la dictadura franquista. A las contradicciones propias del nacionalismo histórico habrá que añadir la nueva realidad sociológica, política y económica que presenta la Euskadi de 1962 con respecto a la sociedad vasca de la preguerra. Por todo ello, las posiciones ideológicas sintetizadas por ETA deben soportar, desde el comienzo, el lastre derivado del desfase producido por un cuarto de siglo de inactividad y de vacío ideológico.

Se percibe ya en el seno de la organización una evidente heterogeneidad ideológica que, sin embargo, mantiene una cierta cohesión gracias al aranismo, que actúa como hilo conductor, como elemento unificador. Ahora bien, el aranismo no ofrece, ni puede ofrecer, a ETA la solución a sus problemas ni la solución a los múltiples y complejos aspectos que presenta la moderna sociedad vasca. Se hará necesario, por tanto, acudir a otras fuentes ideológicas, más allá del estricto ámbito del nacionalismo vasco. En la medida en que se vaya produciendo una paulatina asimilación, una progresiva influencia de las nuevas ideas, entonces comenzarán a aflorar al exterior esa heterogeneidad ideológica y esas contradicciones recogidas por ETA, sin solución de continuidad, a través del redescubrimiento del nacionalismo histórico.

La I Asamblea de ETA supone, en el aspecto ideológico, el punto de inflexión entre el nacionalismo histórico y el nuevo nacionalismo que se va a derivar de la mano de la nueva organización. La «Declaración de Principios» elaborada en esta Asamblea pretende ser el cuerpo ideológico capaz de dar cohesión a la nueva organización; sin embargo, esta «Declaración de Principios» nace muerta, pues más que un programa constituye una recapitulación, una memoria de las actividades llevadas a cabo hasta entonces. A partir de este momento comienza el despegue de la nueva organización, no sólo en el aspecto organizativo y político, sino también en el ámbito ideológico. Si la historia de ETA va a resultar enormemente conflictiva y llena de acontecimientos, no menos conflictivo y vivo va a resultar el proceso de su evolución ideológica.

Capítulo VI

Del nacionalismo sabiniano a la guerra revolucionaria (1963-1965)

El reto que se le presenta a ETA, nada más finalizada su I Asamblea, gira en torno a tres grandes cuestiones: 1) la búsqueda de una teoría capaz de fundamentar de forma sólida la reivindicación nacional del pueblo vasco; 2) la adecuación del nacionalismo vasco a las nuevas realidades socioeconómicas del país; 3) la puesta en marcha de una estrategia política de liberación nacional. La respuesta a estas tres cuestiones va a venir de la mano de Federico Krutwig a través de su libro *Vasconia. Estudio dialéctico de una nacionalidad*, publicado en 1963.

La lengua y la etnia como fundamentos de la nación vasca

ETA da por sentado y demostrado que Euskadi constituye una nación perfecta. Habida cuenta de que esta afirmación resulta indiscutible, parece lógico que, en principio, no se muestre por su parte demasiado interés «en justificar lo que resulta evidente». Lo que a ETA preocupa es que esta nación se halla en peligro de muerte, irremisiblemente abocada a su desaparición, y que, en consecuencia, para salvarla es preciso adoptar de forma inmediata una serie de medidas fundamentales y básicas.

Sin embargo, ya no basta con establecer afirmaciones

apriorísticas acerca de la consideración de Euskadi como nación perfecta, sino que, además, es absolutamente necesario justificar la legitimación de la reivindicación nacional, dotarla de un contenido concreto, y situar esa realidad llamada Euskadi en el concierto de los demás pueblos. ¿Qué derecho le asiste a Euskadi para reivindicar su independencia? ¿Cómo explicar ese derecho al propio pueblo vasco y a los demás países del mundo? ¿Cómo fundamentar la lucha hacia ese objetivo? He aquí algunas de las cuestiones que preocupan a ETA y que le obligarán a estructurar su propia teoría de la reivindicación nacional vasca.

ETA va a establecer una mutua interrelación entre la lucha política y la lucha por la recuperación del euskera, considerándolas como los dos aspectos de una misma realidad, de forma que carece de sentido trabajar tan sólo en el ámbito de la recuperación de la lengua vasca, como carece igualmente de sentido desligar la actividad patriótica de la lucha por la salvación del euskera.

La interrelación entre ambos tipos de lucha tiene un sentido y un significado doble, puesto que, de una parte, no se puede obtener la verdadera recuperación de la identidad nacional vasca si no se recupera previamente el euskera, pero, a su vez, no cabe una recuperación del euskera y, en consecuencia, de la identidad vasca si no se obtiene previamente la independencia política de Euskadi. El euskera es el antídoto contra toda posible tentación españolista. En tanto se mantenga la lengua no hay peligro alguno de que el país se desnacionalice, pero en cuanto ésta cede, de forma inmediata comienza la descomposición de las esencias vascas o, lo que es lo mismo, la descomposición del sentimiento nacionalista.

La concepción que ETA va a mantener con relación a la lengua vasca va a resultar antagónica de la que en su día mantuvo Sabino Arana. Sólo va a existir una identidad de criterios en relación a un único y exclusivo punto: la necesidad de la recuperación del euskera. Los motivos por los cuales se hace necesaria esta recuperación, el papel que la lengua juega en la recuperación de la identidad nacional, la función que debe cumplir en la futura sociedad vasca, su proceso de adaptación a las nuevas necesidades, son aspectos en los que se va a dar una enorme contraposición entre ambas concepciones del nacionalismo.

ETA otorga al euskera un tratamiento dinámico y abierto,

tratamiento que, en definitiva, resulta acorde con su concepción de la identidad nacional vasca. Si la lengua constituye la esencia de la etnia vasca y, por tanto, de la nación vasca, y si esta lengua se encuentra en situación de regresión progresiva, se trata de adecuar el euskera a la realidad vasca presente y de proceder a la progresiva extensión de su uso, con el fin de que, efectivamente, ocupe el papel que le corresponde de «creador social de la nación» y máximo «forjador de la unidad nacional».

ETA apuesta de forma inequívoca en favor de que el euskera constituya una lengua útil, actual, moderna y vehículo de expresión y producción del pueblo vasco, y no una lengua pastoril, arcaizante y encerrada en sí misma. Asimismo, se posiciona en favor de que la lengua vasca se constituya en vehículo de expresión de todos los vascos, de los vascos que forman parte de esta nueva sociedad moderna, industrializada, altamente avanzada tecnológicamente. Para ello se hace necesario que la lengua tome contacto con la realidad social vasca y se contamine, se mezcle con otras lenguas y otras culturas, de forma que pueda asimilar y hacer suyas cuantas aportaciones beneficiosas ofrezcan aquéllas. Ahora bien, para que el euskera pueda constituir un auténtico vehículo de expresión, un instrumento colectivo de comunicación, se hace preciso adecuar y modernizar la lengua, así como unificarla, con el fin de fijar una lengua literaria y estandarizada, capaz de responder a la problemática de la moderna sociedad vasca.

En resumen, para ETA, la lengua: 1) juega un papel primordial y básico en el proceso de recuperación de la identidad nacional vasca; 2) adquiere un carácter dinámico a fin de favorecer el afianzamiento y la extensión de la conciencia nacional; y 3) debe adecuarse a las realidades que presenta la moderna sociedad vasca, abriéndose para ello a la influencia de otras lenguas y otras culturas.

En otro orden de cosas, ETA asume una distinción entre etnia (conjunto de factores objetivos) y nación (etnia con conciencia propia y voluntad de regir sus propios destinos). A su vez, establece una distinción entre nacionalidad política y nacionalidad étnica.

La nacionalidad política tiene, en su opinión, un carácter puramente artificial, ya que constituye el producto de los avatares de la historia, y si en un momento concreto y determinado tal

concepto de nacionalidad ha podido resultar dominante, y de hecho lo está resultando, ello no significa en absoluto que tal concepción nacional tenga que permanecer en el devenir de la historia. En su lugar, las nacionalidades étnicas, es decir, las nacionalidades fundadas en un pueblo que, a través de la historia, han mantenido su propia identidad, tienen un carácter inalterable que les sitúa por encima de los acontecimientos y los avatares de la historia.

Por ello, Euskadi, que constituye una etnia antiquísima, que se ha mantenido en su pureza a través de los siglos, tiene unos principios básicos, sustanciales, inamovibles y, tarde o temprano, será elevada a la categoría que como tal le corresponde, a la categoría de nación independiente. Por su parte, España, al igual que todos los demás estados nacionales o «nacionalidades políticas», se irán disolviendo paulatinamente, ya que no constituyen ninguna realidad sustancial, sino meros accidentes de la historia.

El ideal de ETA radica en la construcción de un Estado nacional vasco en paridad de rango a los ya existentes en Europa, y basado en una comunidad étnicamente homogénea, exigiendo, además, una remodelación total del mapa de Europa, de forma que los actuales estados nacionales, o «nacionalidades políticas», sean sustituidos por futuros estados nacionales étnicamente homogéneos, o «nacionalidades étnicas».

Federico Krutwig llevará la defensa de su teoría de la nacionalidad étnica hasta extremos insospechados, al considerar como etnia vasca no solamente a la comunidad extendida en las siete regiones históricas vascas, sino también a una serie de territorios del viejo reino de Navarra y del ducado de Vasconia. De esta forma, la configuración del futuro Estado nacional vasco debería abarcar, en opinión de Krutwig, los territorios del Alto Ebro, la Bureba, La Rioja, las laderas del Moncayo hasta las puertas de Soria y el Alto Aragón, y, por otra parte, todos aquellos territorios que se extendían hasta el Garona, e incluso más allá del río, concretamente el condado de Foix y el Cousserans. Se perfila, pues, por parte de Krutwig, un auténtico nacionalismo expansionista, emulando el espíritu imperialista de quienes son objeto del blanco de sus ataques y haciendo buenos y plenamente justificables sus desmanes con su propia actitud.

La adecuación a las nuevas realidades socioeconómicas. ETA y la clase trabajadora

A fin de reprimir la extensión de importantes movimientos huelguísticos el gobierno franquista decreta en mayo de 1962 un estado de excepción por un período de tres meses en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa, el cual será posteriormente ampliado a todo el territorio español por un plazo de dos años.

ETA no va a permanecer impasible ante estos acontecimientos. Se abre ante sus ojos un mundo nuevo, totalmente desconocido hasta el momento, y que ofrece extraordinarias posibilidades de acción política. ETA descubre por primera vez la importancia de la lucha de la clase trabajadora, en la medida en que supone un importante factor de contestación al régimen establecido. No es tanto la situación real de los trabajadores, aunque ello también le preocupa, cuanto la utilidad de la conflictividad obrera como elemento de radicalización antirrégimen lo que interesa a ETA. A pesar de las especiales características que rodean esta toma de contacto con la clase trabajadora, la misma supone un paso decisivo en su progresiva evolución hacia posiciones más avanzadas y progresistas. Así, comienzan a perfilarse algunas ideas de cierto interés, tales como la necesidad de no limitar la lucha obrera a una actividad puramente reivindicativa.

Quizás la consecuencia más importante derivada de ese acercamiento la constituya el hecho de que el mismo va a obligar a ETA a un paulatino alejamiento y a una crítica cada vez más clara del nacionalismo vasco tradicional. Se perfila ya desde estos momentos la idea, un tanto confusa todavía, de la necesidad de ligar de un modo u otro la lucha nacionalista con la lucha de la clase trabajadora.

En 1963 se crea en la zona industrial de Bilbao un Comité de Coordinación encargado de encauzar las actividades y la lucha de la clase trabajadora de esa zona. ETA va a estar presente, a través de algunos de sus militantes, en el citado comité, tomando así parte directa, por primera vez, en un conflicto obrero. A partir de estas fechas se va a dar a la lucha obrera un sentido mucho más positivo que el otorgado hasta entonces. Ya no se trata tan sólo de apoyar aquellas manifestaciones que, de un modo u otro, favorecen el

progresivo debilitamiento del régimen, sino de entroncar las reivindicaciones obreras dentro del marco de actuación de ETA.

El acercamiento a la clase trabajadora va a culminar en este período con la participación en la manifestación a celebrar en Bilbao con motivo del 1 de mayo de 1964, efemérides a la que ETA va a otorgar una gran importancia, haciendo especial hincapié en la idea de que la consecución de una Euskadi libre supone la necesidad de una revolución social. Resulta patente el avance producido, desde finales de 1963, con respecto a épocas anteriores. Ahora bien, tal avance se da en medio de una incoherencia y dispersión ideológicas generalizadas. En esta época resulta muy difícil determinar cuál es la doctrina oficial de ETA, no sólo con respecto a esta cuestión, sino a otras muchas, dada la cantidad de posiciones divergentes, e incluso antagónicas existentes en su seno.

No obstante, a pesar de todas las contradicciones y de la diversidad de posiciones al respecto, lo cierto es que se produce un avance ideológico claro y, lo que es más importante, irreversible. Ya desde ahora se apuntan cuestiones que en el futuro adquirirán una importancia de primera fila en el desarrollo posterior de ETA, tales como la de vincular indisolublemente la lucha de liberación del pueblo vasco con la lucha contra el capitalismo.

Nacionalismo y revolución vasca

El rechazo por parte de ETA tanto de la raza como del confesionalismo le va a permitir situarse en una posición favorable, en teoría, a una mayor receptividad hacia corrientes ideológicas progresistas. Va a ser Federico Krutwig quien a través de *Vasconia* establezca, en este aspecto concreto, una ruptura con el nacionalismo sabiniano y una puerta abierta. Gracias a *Vasconia* ETA va a acceder a ideologías progresistas y revolucionarias, permitiendo así la entrada de una corriente de influencias que, de otra manera, difícilmente hubieran tenido acceso al movimiento nacionalista, al menos en estos años.

Son cuatro los aspectos principales a reseñar, en este sentido, en la aportación de Krutwig: 1) necesidad de un nacionalismo urbano, acorde con las transformaciones socioeconómicas del momento; 2)

necesidad de que las élites intelectuales conecten con el nacionalismo; 3) necesidad de que el nacionalismo aparezca como una fuerza dinámica con visión de futuro, y 4) necesidad de que la ideología nacionalista vaya en la misma dirección que las corrientes ideológicas progresistas y revolucionarias.

Krutwig niega de forma expresa y tajante la idea de que el nacionalismo suponga precisamente la conservación de estructuras caducas pertenecientes a épocas ya pasadas, y arremete contra la idea sabiniana de una Vasconia pastoril y rural, cual nueva Arcadia feliz. Krutwig afirma que la industrialización no ha constituido un mal para el país, sino todo lo contrario, puesto que industrialización significa progreso y dinamismo. Habida cuenta de que el País Vasco constituye una nación altamente industrializada y urbanizada, es necesario acomodar el nacionalismo vasco a las realidades sociales y económicas del momento y, en consecuencia, se hace absolutamente imprescindible el rechazo de cualquier tipo de tentación ruralista. En su opinión, el «aldeanismo» del nacionalismo vasco ha resultado nefasto, ya que ha impedido desde un principio su conexión con la revolución industrial de Vizcaya. La identificación del nacionalismo con lo aldeano, con lo rural, ha conseguido que esta idea resulte, en definitiva, extraña a los problemas reales del pueblo vasco, convirtiéndose así en una idea realmente conservadora.

Considera al ruralismo, asimismo, la causa principal de que en el nacionalismo no haya existido nunca una élite intelectual de auténtica talla. Para que la élite intelectual vasca haga causa común con el nacionalismo se hace preciso que éste aparezca como un ideal de futuro, como una fuerza dinámica, en torno a la cual se agrupen mental y materialmente hombres que se crean unidos, por uno u otro factor, a la tarea nacional. El nacionalismo no tiene que fijar su mirada tanto en el pasado cuanto en el porvenir. Es importante que el pueblo vasco recupere su propia historia, pero no se puede volver a lo pasado, a lo tradicional. Para que el nacionalismo adquiera un dinamismo real y aparezca como fuerza de futuro es necesario que su actividad y sus exigencias se sitúen en la misma dirección que marca el propio devenir de la historia, y, en consecuencia, el nacionalismo no sólo debe ser progresista, sino auténticamente revolucionario. Si quiere ser auténticamente

liberador, el nacionalismo debe ser, al igual que el socialismo, revolucionario y dinámico.

ETA apenas hace mención, durante sus primeros años, a la necesidad de conectar la lucha nacional con la lucha social. Es cierto que, tal como he señalado, se da en su seno una real preocupación por atraer hacia su causa a los trabajadores. También se plantean, de forma ocasional, cuestiones relativas a la necesidad de una intervención del Estado en la vida económica y en el control de la actividad industrial y comercial, e incluso se cita el socialismo como posible solución al futuro de Euskadi. Pero tales menciones son puramente ocasionales y carecen de continuidad alguna.

Es Krutwig quien marca una nueva dirección en este sentido, rompiendo de forma radical con el tabú anticomunista tan extendido tanto en el nacionalismo vasco en general como en ETA en particular. El discurso argumental de Krutwig resulta muy simple. Partiendo de una óptica sabiniana pura, afirma de modo tajante que el pueblo vasco ha vivido a través de la historia en una armoniosa relación social, sin conflictos de ningún género. Los intentos de opresión, en tal sentido, no han partido de los propios vascos hacia sus hermanos sino, siempre, de España o de Francia. El secreto mágico, la piedra de toque que ha hecho posible el mantenimiento armónico del pueblo vasco a través de la historia, y su espíritu de unidad frente a la opresión extranjera ha sido, en su opinión, la lengua vasca.

En el discurso krutwiano no cuadra en absoluto la idea de una Euskadi sin clases y sin conflictos sociales con el hecho de que la burguesía surgida con la revolución industrial resulte precisamente vasca de origen. La solución por él adoptada para resolver este dilema resulta tajante: la burguesía vasca no constituye parte de la nación vasca. Se trata de hijos espurios del pueblo vasco.

Krutwig considera que la nueva situación creada como consecuencia de la revolución industrial es irreversible, y que constituye un absurdo cerrar los ojos ante las nuevas realidades, por lo que el nuevo nacionalismo no puede volver a caer en el mismo error cometido por los nacionalistas históricos. Es necesario, en consecuencia, aportar soluciones efectivas a tales problemas.

Quien mejor ha sabido comprender y dar respuesta a la problemática de la clase trabajadora y de los oprimidos ha sido el

marxismo, por lo que, en el caso de Euskadi, deben aplicarse los métodos de análisis marxistas, a fin de resolver la situación de las clases oprimidas. La aceptación del marxismo por parte de Krutwig resulta tajante, llegando a afirmar que la aplicación de cualquier metodología ajena al mismo no solamente resulta anticientífica, sino incluso antisocial. Asimismo, Krutwig defiende explícitamente el comunismo, del cual afirma que ha sabido ser muy universal en sus conceptos, sin que por ello haya por qué perseguir a los pueblos minoritarios.

A pesar de su defensa del marxismo, lo cierto es que las síntesis ideológicas de Krutwig adquieren el carácter de un explosivo cóctel en el que se entremezclan aspectos sabinianos con aportaciones de Proudhon, Bakunin, Marx, etc. En un intento de aplicar las tesis marxistas, Krutwig pretende realizar un análisis de las clases sociales en Euskadi. Además de tratarse de un análisis ciertamente pobre, en el mismo se omite incluir, de acuerdo con su ideología sabiniana, a los trabajadores inmigrantes. Es evidente que las tesis de Krutwig se hallan plagadas de enormes contradicciones, derivadas en todo caso de su formación sabiniana, y estas mismas contradicciones pasarán, sin solución de continuidad, a constituir parte inseparable del bagaje ideológico de ETA. No obstante, Krutwig abre, aunque de forma primaria y rudimentaria, una nueva vía que no tardará en ser adoptada por ETA.

El acercamiento de ETA hacia el movimiento obrero y su participación en la acción reivindicativa en el mes de octubre de 1963 no pasan inadvertidos para el resto de las fuerzas políticas clandestinas operantes en Euskadi, de forma que, entre finales de octubre y principios de noviembre de 1963, se van a producir una serie de contactos entre ETA y el Partido Comunista de Euskadi. No se produce acuerdo alguno entre ambas organizaciones, constituyendo los principales puntos de desacuerdo la tendencia de ETA a propugnar una insurrección armada y la política excesivamente españolista del PC. El representante de esta última organización afirmará que ETA «se halla en período de infantilismo político».

A pesar del cambio que supone la aceptación expresa del marxismo por parte de Krutwig, como método válido y aplicable a Euskadi, y a pesar de la aceptación por parte de ETA de los

planteamientos de Krutwig, sin embargo deberá pasar mucho tiempo para que ETA comience a aplicar o hacer suyas las teorías marxistas. La revolución vasca va a seguir el camino de la lucha armada y de la violencia, en lugar del camino de la defensa y la acción obrera, si bien este camino no va a resultar rectilíneo, sino enormemente sinuoso y complejo.

El inicio de la vía tercermundista

En teoría, a ETA se le presentan dos modelos nacionalistas alternativos a la hora de establecer su estrategia: el de las minorías étnicas europeas, o el del emergente nacionalismo tercermundista. Las primeras centran su estrategia en la perspectiva de reestructuración y remodelación de los estados nacionales europeos cara a la consecución de una Europa federal de los pueblos. El segundo, a su vez, basa toda su estrategia en un antagonismo radical y absoluto entre la metrópoli y la colonia, de tal modo que la solución del conflicto deba pasar, imprescindiblemente, por la expulsión violenta del colonizador, y la sustitución del viejo poder colonial por un nuevo poder autóctono.

Aun cuando se da una cierta ambigüedad inicial, la balanza se inclina hacia la adscripción definitiva al modelo tercermundista. ¿Por qué?

En primer lugar no hay que olvidar, como ya indicaba antes, que Sabino Arana plantea su reivindicación nacionalista sobre la base de considerar a Euskadi como un país ocupado por España. Añádase a ello el hecho de que las facciones más intransigentes del nacionalismo de la preguerra habían establecido, de modo expreso, una identificación entre Euskadi y las colonias africanas de España.

ETA recoge toda esa herencia y da un paso más al afirmar, claramente, que la negociación y la vía política resultan inviables e inservibles, pues «se ha comprobado a través de la historia que todo proceso de lucha nacional de independencia de un pueblo ha seguido siempre, y sin excepciones, la vía de la violencia y de la lucha armada». De este modo, no sólo se va a inclinar hacia la vía tercermundista, sino que además va a propugnar expresamente la puesta en marcha de una auténtica guerra revolucionaria, a imagen

y semejanza de las de Cuba, Argelia o Vietnam.

Se produce de este modo una asunción de los métodos de lucha de los movimientos anticolonialistas y, a través de ellos, una paulatina identificación de situación entre aquellos países y Euskadi. Es así como ETA encuentra en las tesis anticolonialistas una teoría capaz de explicar la relación de dependencia de Euskadi con respecto a España. La cosa resulta bastante sencilla. A la tesis de ocupación mantenida por Sabino Arana y el nacionalismo histórico debe añadirse el precedente anticolonialista de los grupos radicales de la preguerra, más el sentimiento anticolonialista generalizado en la década de los sesenta. La respuesta es inmediata: Euskadi constituye una colonia ocupada por España.

Por sorprendente que pueda parecer, esta estrategia tercermundista va a resultar efectiva. La razón es muy simple: con su brutalidad, el franquismo va a hacer «casi» real el «espejismo colonialista» de ETA. Así, frente a la realidad de una sociedad altamente industrializada y de un movimiento obrero poderoso, surge la evidencia de una represión brutal capaz de abortar hasta las más insignificantes manifestaciones de lo vasco. De este modo, el franquismo se va a convertir en el mejor y más eficaz agente de concienciación del nacionalismo vasco de la posguerra en general, y el mejor propagandista de ETA, en particular.

La estrategia tercermundista de ETA va a encontrar su soporte teórico y doctrinal, una vez más, en el libro *Vasconia* de Krutwig. La historia ha demostrado, en opinión de Krutwig, que todo proceso de lucha nacional en favor de la independencia de un pueblo ha seguido siempre, y sin excepciones, la vía de la violencia y la lucha armada. Por lo tanto, en una reivindicación como la que plantea el pueblo vasco, la negociación y la vía política resultan inviables e inservibles. La negociación política puede constituir, quizás, el último eslabón, el último peldaño previo a la consecución de la soberanía nacional, pero a esa negociación se debe ir en una posición de fuerza, con el fin de obtener satisfacción de las reivindicaciones mantenidas.

La adopción por parte del pueblo vasco de métodos de actuación violentos no resulta gratuita, sino que constituye una necesidad imperiosa, supone el único camino válido para la consecución de sus objetivos. En Euskadi han quedado ya agotados todos los

medios políticos y todas las posibilidades de diálogo. No es posible el diálogo en una situación como la de Euskadi, anexionada a una potencia ocupante y agresora. Esta anexión ha sido efectuada en virtud de un presunto derecho de conquista, legalizado por la sociedad internacional. Por ello, la puesta en cuestión del ejercicio de ese derecho de conquista supone ya en sí una acción ilegal contra el estatus jurídico impuesto por el país opresor.

La tiranía y la persecución sufrida por los nacionalistas vascos hace que en Euskadi se halle ya abonado el terreno para una guerra revolucionaria. Hasta el más obtuso es capaz de ver la enorme injusticia nacional que el pueblo vasco viene sufriendo a manos de España y de Francia.

Vasconia va a amalgamar y apuntalar la dispersión ideológica existente en el seno de ETA y a constituir un armazón ideológico en el que la organización encuentra una respuesta aparentemente satisfactoria, y aparentemente científica, a sus dudas y vacilaciones. Sin embargo, va a quedarse a medio camino, puesto que se limita a apuntalar, a afianzar las posiciones ya perfiladas en el seno de ETA y, en lugar de constituir un crisol capaz de depurar las profundas contradicciones latentes tanto en el nacionalismo vasco en general, como en ETA en particular, lo único que hace es dar carta de naturaleza a las mismas.

Vasconia constituye un modelo de ambigüedades y de contradicciones. Pretende superar el racismo aranista y termina por establecer una superioridad etnocultural de la etnia vasca sobre la población inmigrante. Pretende adecuar el nacionalismo vasco a las realidades sociopolíticas del país y termina estableciendo un nacionalismo tercermundista, haciendo abstracción del enorme potencial revolucionario del proletariado vasco. Pretende, en fin, que Euskadi se convierta en una entidad autónoma con identidad propia en el futuro de Europa y termina por propugnar una guerra de liberación.

La ambigüedad de *Vasconia* va a favorecer de modo notorio su aceptación por parte de ETA. Sus teorías satisfacen a todos en general. El pensamiento de Krutwig se halla directamente ligado con la ideología sabiniana y resulta coincidente, en consecuencia, con los planteamientos de ETA. Satisface, asimismo, a los partidarios de estructurar la futura Euskadi como comunidad étnica

diferenciada, en el marco de una Europa de los pueblos. Del mismo modo satisface a los defensores de la lucha armada, quienes encuentran en sus teorías de la guerra de liberación respuesta a sus pretensiones. Y por último satisface también a aquellos que ven con buenos ojos un acercamiento de ETA hacia la clase trabajadora, dado que su ruptura con el tabú antimarxista y anticomunista supone un enorme paso para los defensores de esa posición proobrerista.

El éxito de *Vasconia* radica, en el fondo, en el hecho de que cada una de las tendencias o líneas ideológicas que ya desde ahora se perfilan en el seno de ETA asumen aquellos aspectos del libro que más concuerdan con sus planteamientos ideológicos y políticos.

La «insurrección en Euzkadi». Un plan de guerrillas para el País Vasco

Como consecuencia de la acción policial llevada a cabo tras el paro laboral de octubre de 1963, ETA queda prácticamente desarticulada. Veintisiete de sus principales militantes van a ser procesados y trasladados posteriormente a la prisión de Carabanchel, en Madrid; otros muchos tienen que huir al exilio, y se producen numerosas detenciones.

Al igual que en 1961, la reacción por parte de ETA es, al mismo tiempo, de estupor y de rabia, pero así como en aquella ocasión no se producen reacciones directas, en esta ocasión puede decirse que la acción represiva y la consiguiente reacción de ETA van a traer consecuencias decisivas para el futuro. Los militantes exiliados, reunidos en torno a la delegación de ETA en Biarritz, consideran que se hace necesario convocar una Asamblea, con el fin de reorganizar las actividades, iniciando para ello la elaboración de diverso material de trabajo, cara a su discusión en la misma.

A tal efecto se va a elaborar un cuaderno de formación, que aparecerá a finales de 1963, con el título de «La guerra revolucionaria», y que posteriormente, tras su aprobación en la III Asamblea que se va a celebrar en abril-mayo de 1964, será editado en Bayona, esta vez con pie de imprenta, con el título de *La insurrección en Euzkadi*. Este panfleto constituye una respuesta

inmediata de ETA a la acción represiva del régimen, y el inicio de una decantación práctica en favor de la vía revolucionaria de carácter tercermundista y anticolonialista, así como el primer intento para poner en práctica un plan de acción guerrillera. El documento no hace otra cosa, en realidad, que desarrollar en la práctica las ideas apuntadas por Krutwig en *Vasconia*, cuya influencia resulta palpable y omnipresente en todos y cada uno de sus aspectos.

En *La insurrección en Euzkadi* aparecen tres partes claramente diferenciadas: en la primera, que tiene carácter introductorio, se indican las razones por las cuales se hace necesario iniciar una guerra revolucionaria en Euskadi; la segunda parte tiene por objeto explicar los aspectos teóricos de la guerra revolucionaria, sus diferencias con respecto a la guerra clásica, sus ventajas, sus peculiares características, etc.; por último, la tercera parte trata de los objetivos esenciales a tener en cuenta para el desarrollo de la guerra revolucionaria en Euskadi, estructuración de la misma, fases por las que debe pasar, etc.

Las premisas en las que se basa el folleto son las mismas que las ya apuntadas por Krutwig. En tal sentido se parte de la base de que Euskadi constituye una nación que resultó en su día violentamente anexionada por parte de los dos estados extranjeros que actualmente la oprimen. Si los estados opresores han conquistado por la fuerza Euskadi, si esa conquista ha quedado legalizada por el derecho internacional, ¿qué otra posibilidad, qué otro camino le queda al pueblo oprimido que no sea el de la guerra de liberación?

Tras sentar las premisas básicas justificativas de la necesidad de la puesta en marcha para Euskadi de una guerra de liberación, el folleto pasa a exponer las líneas maestras de su aplicación. En primer lugar, se insiste en el hecho de que los métodos de guerra clásicos no resultan válidos como instrumento de liberación de un pueblo, debiendo establecerse en su lugar los métodos determinados por la «guerra revolucionaria», puesta en práctica con gran éxito por otros países colonizados. Insiste asimismo el folleto en la distinción de un doble tipo de acción en el marco de la guerra revolucionaria: la acción estrictamente militar, y la acción ideológica y psicológica. Si la acción militar es importante, no lo son menos la ideológica y la psicológica, en cuya aplicación radica

precisamente la peculiaridad de la guerra revolucionaria.

En *La insurrección en Euzkadi* se produce una vez más, y en esta ocasión con enorme claridad, algo que constituye ya una constante de ETA desde su nacimiento, cual es la de anteponer la acción a la teoría, las afirmaciones *a priori* al análisis de la realidad. Esta falta de análisis de la realidad vasca se hace notar en todas y cada una de las afirmaciones del folleto. Se da una absoluta superposición de planos y de situaciones, de modo que Euskadi no sólo aparece como Argelia o Vietnam, sino que incluso se identifica a ETA, con su multicopista y sus pocas decenas de militantes en el exilio, con el Frente de Liberación argelino o vietnamita, con todo un pueblo y un auténtico ejército revolucionario tras de sí.

Los objetivos perseguidos son también idénticos a los ya clásicos de los movimientos de liberación tercermundistas, y en tal sentido se propugna como principales: 1) conquistar la población; 2) destruir la organización del opresor colonialista; 3) hacer fracasar los medios del enemigo, y 4) finalmente, tomar el poder, objetivos todos ellos que, como puede observarse fácilmente, pueden resultar más propios para el VIII Ejército chino que para una organización incipiente como ETA.

No obstante, el aspecto más destacable de *La insurrección en Euzkadi* no viene constituido, a pesar de su evidencia, por el espíritu tercermundista, sino por un misticismo guerrillero que impregna la totalidad del folleto de principio a fin. Este misticismo guerrillero, que en algún momento raya con un mesianismo de la guerra revolucionaria como origen y fin de todas las cosas, encuentra su base justificativa en la sensación de agonismo latente en ETA desde sus orígenes. En numerosas ocasiones ETA hace alusión a la idea de que Euskadi se halla a punto de desaparecer, de ser borrada del mapa de los pueblos, pues si su lengua y su cultura van muriendo lentamente, las costumbres son sustituidas por otras extrañas. De ahí la necesidad urgente y perentoria de poner fin a esa progresiva desaparición, y de modificar la correlación de fuerzas en el sentido de pasar a una ofensiva regeneracionista de recuperación nacional.

La mística que ETA quiere impregnar en el guerrillero tiene claras connotaciones de misticismo religioso. El mesianismo de ETA adquiere en algún pasaje del folleto caracteres de iluminismo en el que se mezclan sin solución de continuidad elementos de

romanticismo, irracionalismo, invocaciones a la muerte, un sentimiento trágico de la revolución, etc. El iluminismo revolucionario va a constituir a partir de este momento una de las constantes de ETA, pero se trata de un iluminismo trágico, ligado a la idea del sacrificio y de la muerte como condición indispensable para la consecución de la felicidad futura.

Como ya ha quedado indicado anteriormente, *La insurrección en Euzkadi* va a ser aprobado en la III asamblea que ETA celebra en los meses de abril y mayo de 1964. A primera vista puede parecer sorprendente que ETA, con un programa tan poco halagador como el expresado en el folleto, comience, a pesar de todo, a granjearse la simpatía cada vez más clara de una parte importante del pueblo vasco. Las razones de tal éxito habría que cifrarlas, cuando menos, en dos causas que guardan entre sí una interrelación estrecha, hasta el punto de poder afirmar que una y otra se complementan mutuamente. Se trata de la represión franquista y de la adopción por ETA de una estrategia coherente con tal represión.

En efecto, entre el cúmulo de fantasías guerrilleras del folleto, aparecen sin embargo algunos aspectos que, si bien en otras circunstancias no hubieran producido consecuencia alguna, sin embargo, en la situación concreta que vive el pueblo vasco, sometido a una auténtica opresión en todos los órdenes de la vida, cultural, político, económico, etc., por parte del régimen dictatorial franquista, van a resultar de una importancia extraordinaria, hasta el punto de convertirse en el hilo conductor de la estrategia de ETA a través de los años. El franquismo va a caer una vez tras otra en el mismo error, deviniendo, de ese modo, en el mejor y más eficaz agente concienciador del nacionalismo vasco de la posguerra.

Sin embargo, y al mismo tiempo, el franquismo constituye el principal obstáculo para una correcta interpretación, por parte de ETA, de las coordenadas específicas en las que debe situarse el nacionalismo vasco como fenómeno no tercermundista, sino inmerso en una zona geográfica desarrollada, altamente industrializada, con una clase obrera concienciada y combativa y con la mira puesta en la Europa del futuro.

De este modo se va a producir la paradoja de que ETA, que considera a Euskadi como país avanzado, culto, desarrollado, en contraposición a España, país cuasitercermundista, analfabeto, más

cercano de África que de Europa, sin embargo adopte para la resolución de sus problemas la vía de los países tercermundistas y subdesarrollados.

La adaptación del modelo revolucionario tercermundista. El principio de acción-represión

El folleto *La insurrección en Euzkadi* va a ejercer, como ya se ha indicado, una enorme influencia en la mística guerrillera y revolucionaria de ETA cara al futuro, pero va a resultar, sin embargo, totalmente inoperante en lo que hace referencia a la aplicabilidad práctica de los principios de la guerra revolucionaria en él reseñados. En tal sentido cabe decir que este cuaderno nace muerto, pues ya desde el mismo momento en que resulta aprobado en la III Asamblea aparece como claramente inapropiado a las reales circunstancias por las que atraviesa tanto ETA como el pueblo vasco en general.

El periodo que transcurre entre la primavera de 1964 —fecha de la III Asamblea— y la primavera de 1965 —fecha de la IV Asamblea — puede definirse como de adaptación y profundización de las tesis anticolonialistas y tercermundistas, periodo que alcanzará su punto culminante con la publicación de la llamada «Carta a los intelectuales», que será el documento orgánico más importante de cuantos ha elaborado ETA hasta esa fecha.

Tras haber confeccionado todo un programa de insurrección armada en el que, con un extraordinario lujo de detalles, se preveían las más sofisticadas técnicas de acción militar y guerrillera, ETA se enfrenta a la realidad cotidiana y, siguiendo lo que ya constituye una constante suya, comienza un proceso de adaptación de las tesis anticolonialistas a la situación real de Euskadi.

Es preciso hacer constar que lo que ETA va a analizar en este periodo que transcurre entre la III y IV Asambleas no es tanto la validez de las tesis anticolonialistas cuanto aquellos aspectos que pueden tener una aplicabilidad práctica a las condiciones concretas de Euskadi. Es decir, no se pone en cuestión el anticolonialismo y el tercermundismo —con todas sus consecuencias— como método

válido para el País Vasco, validez que se da por sentada, sino que simplemente se trata de adaptar el modelo de lucha empleado por aquellos países.

El sentimiento anticolonialista va a alcanzar su punto álgido, en lo que a sus aspectos teóricos hace referencia, en la IV Asamblea. En efecto, en esta Asamblea van a resultar aprobadas dos ponencias que ejercerán notoria influencia en los años posteriores. Se trata, de una parte, de la ya mencionada «Carta a los intelectuales», sobre la que volveré más adelante, y de la ponencia titulada: «Bases teóricas de la guerra revolucionaria». Asimismo, se acuerda modificar los «Principios» aprobados en la I Asamblea de 1962 y sustituirlos por unos principios ideológicos más acordes con las nuevas posiciones ideológicas, políticas y estratégicas de la organización.

La ponencia «Bases teóricas de la guerra revolucionaria» constituye el material de trabajo más importante del que se valió la Asamblea para desarrollar los dos aspectos de la nueva estrategia revolucionaria: el principio de la acción-represión y la estructuración de ETA en cuatro secciones: militar, activista, de información y oficina política. En esta ponencia cabe observar, cuando menos, dos aspectos importantes: un lenguaje mucho menos místico e idealizado que el de *La insurrección en Euzkadi* y un evidente esfuerzo en adecuar la estrategia guerrillera a las condiciones objetivas vascas y al grado real de desarrollo organizativo de ETA.

El contenido de la ponencia gira, en realidad, en torno a un eje fundamental: el principio de la acción-represión, principio basado en una espiral dialéctica de la violencia que es aplicado por ETA del siguiente modo: 1) ETA, o las masas dirigidas por ETA, realizan una acción provocadora contra el sistema; 2) el aparato de represión del Estado golpea a las masas; 3) ante la represión, las masas reaccionan de dos formas opuestas y complementarias: con pánico y con rebeldía. Es el momento adecuado para que ETA dé un contragolpe que disminuirá lo primero y aumentará lo segundo.

Las condiciones previstas por ETA para el logro del éxito en su estrategia son dos: 1) que, como consecuencia de la represión, no sufra su estructura, y 2) que las masas afectadas reaccionen con más rebeldía que pánico.

En esta ponencia queda fijada ya una de las claves del éxito

futuro de ETA. La otra clave se halla fuera de sus manos, y se encuentra en el franquismo, el cual se va a convertir en el mejor colaborador de su estrategia, como ya he apuntado. En efecto, y si bien todavía deberán transcurrir varios años para que ETA ponga en práctica esta espiral de la violencia, el régimen franquista caerá inevitablemente, una vez tras otra, en la trampa tendida por ETA, haciendo buenas y reales todas las previsiones de ésta.

La «Carta a los intelectuales»

El proceso evolutivo ideológico de ETA hacia el tercermundismo encuentra su culminación en la «Carta a los intelectuales», documento publicado por primera vez en septiembre de 1964. Tras la celebración de la IV Asamblea, en la que va a ser aprobada oficialmente, aunque con ciertas modificaciones, será objeto de una nueva edición en junio de 1965.

La «Carta a los intelectuales» pretende ofrecer una respuesta global por parte de ETA —movimiento de liberación nacional— a la problemática general del pueblo vasco. No es tanto un programa político cuanto un intento de poner las primeras bases en torno a un programa de regeneración, de reconstrucción nacional. En tal sentido, aborda todo tipo de cuestiones, tales como la lengua y cultura vascas, la religión, la familia, la educación, los trabajadores, la inmigración, el papel de la mujer, y todo ello en una perspectiva de renovación, de puesta en marcha del pueblo vasco en pro de su liberación nacional.

La influencia de los movimientos revolucionarios tercermundistas de liberación nacional es enorme, y en tal sentido la «Carta…» recuerda, tanto en su estructura, como en sus objetivos, así como en sus aspectos formales, a las famosas cartas de Frantz Fanon aparecidas durante la revolución argelina en el periódico *El Moudjahid*.

Cabe destacar la calidad y la estimable altura intelectual del texto, sobre todo de la primera edición —la segunda tiene un estilo literario más directo y más vivo, dirigido fundamentalmente a causar impacto en el lector—, aspecto que no hace otra cosa que confirmar la notable preparación intelectual de muchos de los

dirigentes de ETA de esta época.

Con algunas variaciones en su segunda edición, el documento contiene una introducción justificativa del manifiesto; una primera parte dedicada al análisis de las estructuras socioeconómicas vigentes en la sociedad vasca y al estudio de los mecanismos utilizados por el neocapitalismo para mantener su hegemonía en Euskadi, una segunda parte en la que se da a conocer, de forma muy resumida, la ideología y objetivos de ETA, y un llamamiento final en el que solicita el apoyo de los intelectuales a la revolución vasca.

La «Carta a los intelectuales» representa, en realidad, una síntesis de las diversas concepciones ideológicas latentes en el seno de ETA, y en tal sentido cabe afirmar que constituye el último intento de homogeneización ideológica y política de las diversas tendencias en ella subsistentes, antes de su definitiva ruptura. Concretando aún más esta idea, cabría indicar que supone un intento, ciertamente fallido, de compaginar y aunar una estrategia tercermundista con la lucha de la clase trabajadora o, dicho de otro modo, un intento de aplicar una revolución de carácter tercermundista a una sociedad desarrollada y moderna.

Comienzan a decantarse ya, en esta «Carta a los intelectuales», las diferentes concepciones ideológicas y las diferentes tendencias. No se trata ya, como antes, de la opinión más o menos confusa del militante X o del militante Z, sino de verdaderas opciones y corrientes ideológicas diferenciadas. No obstante, se hace preciso aclarar que en esta «Carta…» sólo aparecen con verdadera intensidad las contradicciones entre una línea obrerista y una línea tercermundista. La tercera de las opciones, aquella que defiende una concepción etnolingüística y europeísta, aparece diluida y desdibujada en el seno de la tendencia tercermundista, en la medida en que esta concepción tercermundista asume, asimismo, una concepción etnicista de la sociedad vasca. No obstante va a mantenerse dentro de ambas, de forma latente, la contradicción europeísmo-tercermundismo.

De cuanto ha quedado expuesto puede deducirse que la «Carta a los intelectuales» constituye, en cierto modo, el resultado de las tensiones existentes en ETA y un fiel reflejo de la influencia y de la presencia, en el seno de la organización, de cada una de las

tendencias latentes mencionadas. En tal sentido cabe destacar que las aportaciones de cada una de esas tendencias resultan directamente proporcionales a la fuerza que mantienen en el seno de la organización.

Así, la «Carta…» como tal constituye, tanto por su forma, como por sus fines, como, sobre todo, por los destinatarios a quienes va dirigida, el fiel reflejo de un espíritu claramente anticolonialista y tercermundista. Sin embargo, los análisis de la realidad socioeconómica del País Vasco, así como de las relaciones sociales subsistentes en el seno del mismo, apuntan a una mayor incidencia en el campo estricto del movimiento obrero. Las alusiones a la integración de Euskadi en una federación, a la comunidad europea supranacional, hacen pensar, por su parte, en un intento de conectar con los movimientos nacionalistas de Europa.

Capítulo VII

La V Asamblea. El estallido de las diversas concepciones ideológicas (1965-1968)

El año 1964 constituye una fecha clave en la dinámica histórica del pueblo vasco, y ello por tres motivos. En primer lugar, en este año se inicia un importante renacimiento lingüístico, literario y cultural de la lengua vasca. En segundo lugar, se produce el definitivo resurgimiento del nacionalismo de masas, tras el largo período de silencio y atonía de casi tres décadas. Por último, este año representa para ETA su despegue organizativo, lo cual le permitirá incidir en las masas por primera vez de forma directa. El nacionalismo constituye de nuevo un valor en alza, y con él ETA, como su principal animadora. A partir de esa fecha todas las fuerzas políticas, sindicales y sociales de oposición al franquismo se van a ver obligadas a tener muy presente el fenómeno ETA a la hora de fijar su estrategia y sus planes de actuación.

El enfrentamiento abierto ETA-PNV

El resurgimiento del nacionalismo va a beneficiar, sobre todo, a ETA. Prácticamente desde los inicios de 1964 se va a producir una notoria afluencia de nuevos militantes que no cesará, cuando menos hasta finales de 1966. El PNV teme, y con razón, a ETA. No es sólo

la presunta osadía y la actuación de los dirigentes de ETA, cuando se hallaban al frente de EKIN, lo que preocupa al PNV. Hay razones mucho más importantes y de evidente peso para que el PNV no vea con buenos ojos el progresivo despegue de la nueva organización. En primer lugar, cabe destacar que por parte de los dirigentes del PNV se sigue manteniendo, todavía en 1964, un sentimiento, una idea de identificación del PNV con la totalidad del nacionalismo vasco, y en tal sentido se resiste a reconocer la existencia de organización alguna que «no teniendo historia» pueda arrogarse, aun cuando sea parcialmente, la legitimidad del nacionalismo vasco.

De otra parte, la creciente influencia que ETA va adquiriendo entre las masas, particularmente en el ámbito de las generaciones jóvenes, así como la notoria actividad y el dinamismo que muestra esta organización constituyen motivo de enorme preocupación para los dirigentes del PNV.

A ello debe añadirse el hecho de que el nacionalismo propugnado por ETA va adquiriendo cada vez visos más serios de alejamiento con respecto a las pautas ideológicas tradicionales del nacionalismo vasco histórico. No se trata ya de un grupo muy radical y muy activo, pero que permanece dentro de las coordenadas ideológicas del nacionalismo histórico, cual pudieran haber sido, con anterioridad a la guerra civil, *Aberri* y *Jagi-Jagi*, sino que se trata de una nueva concepción del nacionalismo, que muestra en algunos aspectos características totalmente ajenas al cemento ideológico del nacionalismo vasco.

El PNV es consciente del peligro que puede representar para sus intereses la aparición de este grupo que proclama la necesidad de llevar a cabo una revolución total, una ruptura radical e intransigente con España y Francia y que, al mismo tiempo, proclama la necesidad de que la libertad nacional vaya acompañada de un profundo cambio de las estructuras de la sociedad. Y va a ser precisamente en estas dos cuestiones donde el PNV incidirá de modo muy preciso en su enfrentamiento con ETA.

La acusación más importante que el PNV va a lanzar contra ETA es la de su conexión con el Partido Comunista de Euskadi en particular, y con el comunismo en general. De esta forma se va a extender paulatinamente la idea de que ETA constituye una

organización comunista, subvencionada por el comunismo, y que realiza pactos con el Partido Comunista. La acusación resulta enormemente «grave», habida cuenta del generalizado sentimiento anticomunista que predomina en la comunidad nacionalista, y en el pueblo vasco en general, y va a obligar a ETA a emplearse a fondo, a fin de contrarrestar sus efectos.

El segundo aspecto, objeto de preocupación para el PNV, lo constituye el carácter rupturista e intransigente del nacionalismo de ETA. Este nuevo nacionalismo, su estrategia tercermundista y, sobre todo, el sentido de revolución integral y absoluta que perfila con la adopción de la guerra revolucionaria como fórmula de liberación, no agrada en absoluto al PNV, que todavía sigue basando toda su estrategia en una política de prestigio y de buenas relaciones con las democracias europeas y americanas, y especialmente con los partidos democristianos europeos y sudamericanos, tan poderosos en algunos países.

No se puede olvidar, por otra parte, que el PNV, por su ideología, por sus objetivos, y por su propia estrategia política, constituye un partido de orden y moderación, y en tal sentido, todo conflicto, toda actividad, tales como huelgas, conflictos colectivos, enfrentamientos de clases, etc., que pueda llevar implícito cualquier tipo de finalidad que supere o se aparte del estricto objetivo de la recuperación de un poder político autónomo vasco, constituye más motivo de preocupación que de apoyo a sus objetivos.

Las tensiones en el seno de ETA

En noviembre de 1964, el Gobierno francés impone una medida de prohibición de residencia a cuatro fundadores de ETA (Eneko Irigarai, José Luis Álvarez Emparanza, *Txillardegi*, José María Benito del Valle y Julen Madariaga). Esta medida va a modificar profundamente no sólo la propia estructura organizativa de ETA, sino incluso la relación de fuerzas existentes en el seno de la organización. A partir de este momento los centros de decisión real de ETA van a pasar al interior de la Euskadi peninsular, originando de esta forma un evidente aumento de la influencia de los cuadros directivos existentes en el interior.

No se debe olvidar que estos acontecimientos se producen en un momento muy especial, caracterizado fundamentalmente por el notorio incremento de la militancia y por las diferencias de criterios entre sus dirigentes. Por ello, el alejamiento de los cuatro fundadores citados adquiere una enorme significación.

Hay que tener en cuenta que tanto Benito del Valle como Txillardegi —particularmente este último— constituyen los dos principales representantes de una opción etnolingüista, poco amiga de guerras de liberación y partidaria de la creación de un Estado vasco enmarcado en la Europa de los pueblos, y sustentado sobre la etnia vasca. Por ello su salida de la Euskadi continental supone una evidente disminución de su influencia y de su peso específico en el seno de ETA. Por su parte, el alejamiento de Madariaga, hombre fuerte de la III Asamblea y la cabeza más visible e influyente de los defensores de la línea tercermundista, y acérrimo partidario de la guerra de liberación, supone también una importante baja para los partidarios de esta tendencia.

Desde principios de 1965, el poder de decisión real de ETA va a quedar centrado en el interior, y más concretamente en torno a José Luis Zalbide y Francisco Iturrioz. En prisión durante la celebración de la III Asamblea de 1964, ambos habían vuelto a la lucha tras su salida de la cárcel, convirtiéndose en los hombres fuertes de la organización durante la IV Asamblea. Las decisiones adoptadas en la IV Asamblea reflejan fielmente la correlación de fuerzas existente en la organización. El contenido de la «Carta a los intelectuales» ya citada muestra el mantenimiento de una cierta coexistencia de dos líneas dominantes. La tercermundista, representada por Zalbide, y la obrerista, representada por Iturrioz, todo ello en perjuicio de la línea etnolingüística representada por Txillardegi.

En cumplimiento de los acuerdos adoptados en la IV Asamblea, y particularmente de lo establecido en la ponencia «Bases teóricas de la guerra revolucionaria», el Comité Ejecutivo de ETA decide dar comienzo a una serie de acciones armadas dirigidas a la obtención de fondos para la organización. La primera acción de este tipo, y la última por el momento, se produce en septiembre de 1965. Como consecuencia de esta acción, José Luis Zalbide resultará detenido y más tarde condenado a veinticuatro años de cárcel. A partir de este instante, el peso de la organización recae en Francisco Iturrioz, que

figura como responsable de la Oficina Política, rompiéndose de esta forma el equilibrio entre las tendencias tercermundista y obrerista.

La hegemonía de la Oficina Política —que es precisamente la encargada de la publicación del órgano oficial *Zutik!*— va a hacerse patente de forma casi inmediata. En efecto, en el número 35 de *Zutik!*, aparecido en octubre de 1965, se inicia un giro ciertamente espectacular en los temas que se publican, así como en el tratamiento otorgado a los mismos. Del análisis de lo publicado a partir de este momento puede deducirse la existencia de dos fases claramente diferenciadas en el proceso de evolución de la tendencia obrerista, hasta el momento de su definitiva expulsión del seno de ETA.

La primera etapa abarca desde octubre de 1965 hasta abril de 1966, y viene representada por la publicación de los números 35 al 39, ambos inclusive, de *Zutik!* Esta etapa está caracterizada por los siguientes aspectos:

a) Un notorio aumento de los artículos dedicados a los temas sociolaborales y económicos.

b) El inicio de un análisis de cierta profundidad sobre la situación socioeconómica y política de Europa occidental, y de los países desarrollados en general, así como de las diversas corrientes revolucionarias existentes en estos países, todo ello en un claro intento de tratar de conectar la lucha de ETA con las ideas expresadas por estas corrientes revolucionarias.

c) El planteamiento, por primera vez, de la historia de Euskadi desde una perspectiva marxista, aplicando los métodos del materialismo histórico. Se produce, en tal sentido, una ruptura con respecto a la concepción simplista de Euskadi como nación soberana hasta la pérdida de los fueros, y nación ocupada a partir de ese momento.

d) El mantenimiento oficial de las tesis anticolonialistas, con alusiones a la guerra revolucionaria, y a la necesidad de la violencia.

e) Mantenimiento oficial de una postura claramente nacionalista.

No cabe duda de que, a lo largo de este período, la Oficina Política muestra una gran cautela en sus planteamientos, motivada no solamente por una lógica precaución ante los presumibles

ataques por parte de la militancia, sino también quizás por la propia inseguridad que acompaña siempre la exposición de ideas nuevas y en consecuencia no demasiado elaboradas todavía.

La segunda etapa en la evolución de la Oficina Política comprende el período que transcurre entre abril de 1966 y diciembre del mismo año, fecha en que se produce la expulsión del grupo. El contenido ideológico de esta etapa viene recogido en los números 40 al 44, ambos inclusive, de *Zutik!* Las características fundamentales de esta etapa pueden resumirse en:

a) Planteamiento de los análisis ideológicos y políticos partiendo de una perspectiva global española, quedando relegado el análisis de la realidad vasca a un segundo plano.

b) Como derivación lógica de lo anterior, se modifica el sentido último de la lucha, de forma que se incide más en la idea de lucha antifascista, que en la de lucha contra España en sí misma considerada.

c) Crítica del nacionalismo burgués. Se trata, por ahora, de una crítica muy primaria y muy poco elaborada.

d) Rechazo de la unidad de los diversos grupos nacionalistas vascos y, como alternativa, planteamiento de un programa de unidad de toda la clase trabajadora, en torno a Comisiones Obreras. En una palabra, defensa del frente de clase como alternativa al frente nacional.

e) Creencia en la posibilidad de una liberalización progresiva del régimen franquista, e insistencia en la necesidad de adaptar los métodos de lucha y la estrategia política a la nueva situación prevista.

Esta segunda etapa viene caracterizada por fuertes tensiones en el seno de ETA, y en ella la Oficina Política opta por jugar fuerte, poniendo todas las cartas boca arriba, en un claro intento de hacerse con el control de la organización. Es un momento en el que desaparecen las vacilaciones ideológicas anteriores, y se plantean los problemas y las respectivas posiciones con toda su crudeza.

Las escisiones de la V Asamblea

La evolución del contenido de *Zutik!* no pasa en absoluto

inadvertida para los militantes de ETA, ni mucho menos para los miembros de la «vieja guardia», quienes, a pesar de que se encuentran dispersos en zonas muy lejanas —Txillardegi en Bruselas; Irigarai y Madariaga en Argelia, etc.—, siguen de cerca tanto los acontecimientos generales de Euskadi, como los relacionados con ETA en concreto.

-La alianza de las tendencias etnolingüística y tercermundista-

El primer ataque frontal a la nueva línea marcada por Francisco Iturrioz y su equipo va a provenir precisamente de la mano de Txillardegi, quien, entre los meses de noviembre de 1965 y julio de 1966, va a remitir una serie de cartas o informes políticos, a la dirección de ETA. En los mismos lleva a cabo una denuncia en toda regla de la línea ideológica y política impuesta por la Oficina Política. El objeto de la crítica es doble. En su opinión, la nueva línea de ETA es españolista y comunista.

Al tiempo que escribe esta serie de informes, Txillardegi toma contacto con Federico Krutwig, quien a la sazón se encuentra en Bruselas. Ambos siguen con preocupación la desviación ideológica de la Oficina Política con respecto a las decisiones de la IV Asamblea y, a fin de paliar la influencia de *Zutik!*, deciden editar una nueva revista, cuyo primer número sale a la luz en abril de 1966. La revista en cuestión, que aparece con el título de *Branka* («Proa»), surge oficialmente con la pretensión de ser el órgano de los intelectuales vascos patriotas. En la práctica *Branka* nace con una idea y un objetivo muy concretos: luchar contra la influencia de la Oficina Política. La aparición de *Branka* supone, en definitiva, la alianza entre las tendencias etnolingüística y tercermundista representadas por Txillardegi y Krutwig, respectivamente, frente a la tendencia obrerista de la Oficina Política.

A pesar de la aparición de *Branka*, Txillardegi redacta un nuevo informe en el que, tras un exhaustivo análisis del contenido de cada uno de los números de *Zutik!* publicados desde la celebración de la IV Asamblea, llega a la conclusión de que la revista «se ha convertido en un órgano pseudoizquierdista del imperialismo y del colonialismo político y cultural del Estado español».

Mientras Txillardegi no cesa en su tarea de denuncia, un grupo

de militantes exiliados, cualificados defensores de la línea tercermundista, deciden volver al interior, conectando tanto con gentes que se hallaban algo apartadas de la vida de ETA en los últimos meses, como con militantes disconformes con la Oficina Política. Las tensiones comienzan a hacerse patentes en el seno de la organización.

A partir de este momento el enfrentamiento se hace cada vea más visible. La Oficina Política edita el número 41 de *Zutik!*, dedicado, con motivo del 1 de mayo, a la clase trabajadora, y en él plasma su pensamiento sin recato alguno, con ánimo evidente de entablar ya, de forma definitiva, la batalla con sus detractores. Esto mismo se repite en el número 42 de *Zutik!*, editado con carácter especial, y en el que se contienen las líneas maestras de su pensamiento político.

Se ha producido ya la ruptura en la práctica, pero falta el detonante para que la misma se haga pública y definitiva. Ello se dará con motivo de la publicación, en el número 43 de *Zutik!*, de un artículo en el que ETA se decanta, oficialmente, en favor de la participación en las elecciones sindicales convocadas para el otoño de 1966. Esta decisión constituye la gota que desborda el vaso de la paciencia de las tendencias tercermundista y etnolingüística, y ello resulta lógico desde su punto de vista, por cuanto que resulta contraria no sólo a la estrategia de ETA, sino incluso a su propio sustrato ideológico, y a su propia razón de existencia.

Un movimiento de liberación como ETA, que tiene por objetivo la consecución de la independencia de Euskadi, y que fundamenta su propia existencia en el antagonismo autoexcluyente de Euskadi con respecto a España y Francia, deja de tener sentido desde el momento en que acepta participar en cualquier tipo de contienda electoral propugnada por alguno de esos entes cuya existencia se niega. El hecho de tratarse de unas «elecciones españolas» viene agravado, además, por la circunstancia de que esas elecciones han sido convocadas por el régimen franquista. A todo ello hay que añadir el hecho de tratarse de unas elecciones sindicales, que afectan de modo específico a un sector, la clase trabajadora, cuya situación y problemática estarán muy lejos de constituir todavía para ETA una materia de primer orden en importancia.

La respuesta a tal decisión no se hace esperar. El número 44 de

Zutik!, editado por la Oficina Política es destruido y, en su lugar, se edita un nuevo número 44, esta vez bajo el control directo de los opositores a la Oficina Política.

-La expulsión de la tendencia obrerista. El grupo ETA Berri-

El Comité Ejecutivo de ETA, que en estos momentos aparece ya controlado por las líneas tercermundista y etnolingüista, ordena la expulsión de los cuatro principales responsables de la Oficina Política, entre ellos Francisco Iturrioz, así como la convocatoria para la celebración, en diciembre de 1966, de la V Asamblea. Nada más comenzar la Asamblea una parte de los asistentes a la misma manifiesta su decisión de abandonarla.

En un largo informe titulado «Análisis y crítica del españolismo social-chovinista», se formulan contra los cuatro expulsados una serie de acusaciones que pueden resumirse en los siguientes puntos: A) Practicar un doble revisionismo españolista y legalista, en total oposición a la auténtica línea revolucionaria de ETA. B) Apoyar un sistema ideológico idealista desconectado de la realidad. C) Constituir una tendencia no vasquista, introducida solapadamente en ETA, y haber ocultado para ello su naturaleza socialista españolista. D) Constituir un nuevo brote de social-oportunistas y estar, por lo tanto, en total oposición a la ideología revolucionaria de ETA.

Tras la lectura de este informe se ratifica por parte de la Asamblea la expulsión de los cuatro miembros de la Oficina Política. Posteriormente la Asamblea continúa sus deliberaciones y aprueba la elaboración de una ponencia titulada «Posiciones ideológicas aprobadas por la V Asamblea», determinándose que, a partir de ese momento, sólo serán considerados militantes de ETA aquellos que aceptan las conclusiones elaboradas en esa Asamblea, y en la citada ponencia. Con ello termina la celebración de la primera parte de la V Asamblea, dedicada íntegramente a la expulsión de los miembros de la Oficina Política.

Los cuatro expulsados, junto con los militantes disidentes, deciden constituirse como nuevo grupo, con el nombre de ETA Berri («ETA Nueva»), y asimismo deciden continuar con la publicación de *Zutik!* De este modo, a partir de esta fecha van a aparecer dos *Zutik!*,

el correspondiente a ETA Berri y el correspondiente a la ETA oficial.

Por su parte, ETA va a lanzar una importante campaña popular contra ETA Berri, acusándole de españolista y de liquidacionista —es decir, de liquidadora de la contradicción nacional entre España y Euskadi—. Sin embargo, ETA Berri va a continuar sus actividades hasta agosto de 1969, fecha en que deciden adoptar el nombre de Komunistak («Comunistas»), decidiendo asimismo dejar de publicar *Zutik!* y sustituyéndolo por una nueva revista titulada *Gora* («Arriba»). Unos años después este grupo constituirá uno de los colectivos que pasan a formar el Movimiento Comunista de España.

-El abandono de la tendencia etnolingüista. El grupo Branka-

Hasta la celebración de la primera parte de la V Asamblea, las tendencias tercermundista y etnolingüística aparecen, al menos aparentemente, como un grupo estrechamente unido e ideológicamente compacto.

Se da en ambas tendencias una identidad de criterios en torno a temas fundamentales, tales como la idea de Euskadi como nación ocupada por España y Francia, o el independentismo como única solución al futuro de Euskadi (si bien el grupo etnolingüista se manifiesta ocasionalmente partidario de un federalismo europeo en el que Euskadi constituiría una entidad política propia), y una identificación del pueblo vasco con la comunidad étnica vasca.

Pero también existen diferencias sustanciales en otra serie de aspectos tales como la adopción de una estrategia tercermundista y de guerra revolucionaria, o la tendencia a conectar ideológicamente con el nacionalismo revolucionario propugnado por Mao y otros teóricos marxistas del Tercer Mundo, cuestiones todas ellas que en absoluto satisfacen a la tendencia etnolingüista. Hasta la definitiva expulsión de la tendencia obrerista, ambos grupos —etnolingüista y tercermundista— olvidan sus diferencias y aúnan todos sus esfuerzos con el objeto de abortar, a la mayor brevedad, la «infiltración españolista» en el seno de ETA.

Al finalizar la primera parte de la V Asamblea, se acuerda convocar la segunda parte para el mes de marzo de 1967, con el objeto de configurar en ella el futuro ideológico, estratégico y político de la organización. Si bien cada una de las tendencias va a

preparar sus propias ponencias, sin embargo la supremacía de la tendencia tercermundista va a resultar incontestable. Según José María Garmendia, todas las ponencias de la tendencia etnolingüista resultan derrotadas, e incluso algunas ni siquiera llegan a leerse.

A pesar de ello, Txillardegi y sus compañeros no van a oponerse directamente a los tercermundistas, y prefieren abandonar la organización de forma silenciosa, sin estridencias. A tal efecto, con fecha 14 de abril de 1967, Txillardegi, Benito del Valle y Xabier Imaz dirigen un escrito al Comité Ejecutivo de ETA, en el que anuncian su decisión de abandonar la organización. Como diría Txillardegi unos años después: «Nosotros éramos partidarios de una lucha mucho más política, mucho menos militar, que la de los que finalmente vencieron en la V Asamblea… La guerrilla urbana, y la guerrilla en general, son quizás válidas como fuerza de apoyo, pero no como sistema de liberación de un país ultraindustrializado como España. Es válida en Vietnam, pero no aquí».

Un mes después, la delegación de ETA en México, afecta ideológicamente a la tendencia etnolingüista, acuerda asimismo desligarse de la organización. Se produce, así, el primer relevo generacional dentro del seno de ETA, si bien continúan todavía en la misma algunos de sus fundadores como, por ejemplo, Madariaga.

Tras su salida de ETA se reagrupan en torno a la revista *Branka*, la cual va a convertirse, a partir del número 5, y tras la marcha de Krutwig, en su órgano de expresión. *Branka* va a significar algo más que una mera revista, pues a partir de ahora, va a convertirse en un auténtico grupo de presión, ejerciendo en algunas ocasiones una notable influencia en el desarrollo de la actividad política cercana a ETA. El grupo *Branka* se verá reforzado, además, como consecuencia del acercamiento al mismo de una tendencia escindida del sindicato nacionalista ELA-STV.

De esta forma, y tras la celebración de la segunda parte de la V Asamblea, el grupo tercermundista se convierte en el heredero legítimo de ETA. De hecho, y desde el punto de vista ideológico, la V Asamblea no va a hacer otra cosa que confirmar las tesis ya expuestas en la IV Asamblea. No obstante, en sus resoluciones va a perfilarse con una mayor concreción un punto que anteriormente había quedado ambiguo, y que hacía referencia a la liberación social de Euskadi.

Sin embargo, para dar contenido a esta liberación social, ETA no va a acudir al marxismo europeo, sino al propugnado por los países del Tercer Mundo, adoptándose, en tal sentido, los principios del nacionalismo revolucionario, fundamentalmente maoísta. La adopción del nacionalismo revolucionario va a permitir, de este modo, la definitiva puesta en práctica del principio de acción-represión aprobado en la IV Asamblea.

La victoria de la opción nacionalista y, dentro de ella, la de la tendencia partidaria de la lucha armada, constituyen un hecho que, a partir de estas fechas, se convertirá en una constante en todas y cada una de las sucesivas crisis de ETA. Como acertadamente afirmaría algunos años después el grupo Saioak, «ETA nunca se ha parado a examinar la trayectoria anterior. Siempre ha tirado hacia adelante, aun en los momentos más difíciles de crisis ideológica o en los momentos crudos en que la represión hacía estragos: siempre existe material humano para reemplazar y proseguir la marcha, y siempre existe también la suficiente confianza ciega en los principios nacionalistas para cortar por lo sano cualquier problemática nueva —no nacionalista— que hiciera su aparición».

El espejismo colonialista. El afianzamiento de la estrategia tercermundista

La adscripción de ETA a las tesis anticolonialistas no puede resultar sorprendente en absoluto. Muy al contrario, constituye en cierto modo una derivación lógica, y ello por varios motivos: a) la existencia de un precedente anticolonialista en el nacionalismo vasco, y más concretamente en el nacionalismo radical, principal fuente ideológica de ETA; b) el hecho de que en el momento del nacimiento de ETA, y salvo en el caso de Irlanda (fácilmente encuadrable, asimismo, en el ámbito del nacionalismo tercermundista, en lo que a sus métodos hace referencia), no existe en la Europa occidental un movimiento nacionalista radical con la suficiente entidad como para aportar experiencias de lucha de liberación nacional; c) el hecho de que tanto el sentimiento anticolonialista como el propio proceso de descolonización se hallan, en el momento del nacimiento de ETA, en su fase más

álgida; d) la aparente coincidencia entre la idea de ETA (Euskadi, país ocupado) con la realidad ofrecida por el franquismo, que mantiene una política de opresión y ocupación real y efectiva del País Vasco desde el final de la contienda civil.

Este cúmulo de circunstancias hace que la inclinación de ETA hacia métodos de lucha armada no resulte gratuita, sino que responda a una represión ciega y brutal aplicada de forma sistemática por el régimen franquista.

El proceso de aproximación a las tesis anticolonialistas resulta realmente sencillo y lineal. Se inicia con una inmediata corriente de simpatía hacia los países tercermundistas, simpatía que no tarda en convertirse en proceso de identificación de la situación objetiva de esos pueblos colonizados y Euskadi. Tal identificación no hace referencia tanto a la realidad objetiva interna (social, económica, política) de cada pueblo, sino a la relación de ocupación, opresión o dependencia que los mismos sufren por parte de las potencias colonizadoras.

De esta identificación de situaciones se deriva inmediatamente una identificación de métodos de lucha. Argelia, Vietnam, etc., son países ocupados por potencias extranjeras. Euskadi, también. Argelia, Vietnam, etc., han iniciado una guerra de liberación nacional. Euskadi debe, asimismo, iniciar su guerra de liberación nacional. El análisis gira, en consecuencia, en torno a este eje elemental y un tanto simple de «situación objetiva de ocupación/ respuesta a esa ocupación». Para ETA, Euskadi es un país ocupado; tal afirmación no presenta duda alguna. Si, para llevar a cabo su liberación nacional, otros países ocupados utilizan la guerra revolucionaria como método adecuado, ¿por qué ETA no?

Se produce de esta forma un «espejismo colonialista». Sin embargo, tal espejismo se deshace por causa de muchos factores que encuentran su fundamento en la realidad de Euskadi como país desarrollado, cuyas estructuras sociales y económicas nada tienen que ver con las propias de los países colonizados. En efecto, la identificación de Euskadi como colonia queda manifiestamente truncada a poco que se incida en la realidad social vasca. Euskadi es un país altamente industrializado, con una clase trabajadora que constituye la fracción más importante y extensa del total de la población, y con un movimiento obrero altamente combativo y con

una extraordinaria capacidad de lucha. Una gran parte de esa clase trabajadora está constituida por el proletariado inmigrante. La adopción de una estrategia anticolonialista supone reducir este proletariado inmigrante a la categoría de enemigo, o, lo que es lo mismo, reducir las organizaciones políticas y sindicales que los representan a esa misma categoría de enemigos del pueblo vasco. En los países colonizados, esta reducción adquiere sentido en la medida en que, al tratarse de sociedades subdesarrolladas o semisubdesarrolladas, no se da una estratificación social propia de las sociedades industrializadas y, en consecuencia, el contencioso burguesía-proletariado queda ciertamente difuminado en ese otro contencioso de opresión colonial/lucha de liberación.

ETA va a mantener inalterada la idea de Euskadi como colonia hasta finales de 1968, fecha en la que aparece un trabajo titulado «Hacia una estrategia revolucionaria vasca», escrito en la cárcel por José Luis Zalbide, con el seudónimo de K. de Zumbeltz. En el mismo se produce un abandono implícito de la idea anticolonialista en favor de una nueva visión de la lucha claramente antiimperialista. A pesar de que el panfleto en cuestión fue objeto de algunas críticas, lo cierto es que sus tesis fueron imponiéndose, poco a poco, en el seno de ETA. Así, tras la debacle provocada por las diversas escisiones habidas durante 1970 en la VI Asamblea, y a las que aludiré más adelante, lo cierto es que la nueva ETA emergente partirá, desde 1971, de posiciones claramente antiimperialistas.

El inicio del activismo armado

En la V Asamblea, ETA acuerda estructurarse en cuatro frentes, a saber: político, económico, militar y cultural. De esta forma, hace suya la distinción establecida por Krutwig entre dos tipos diferentes de guerrillas: la guerrilla de los tres frentes, y la de los cuatro frentes. La distinción entre ambos tipos de guerrillas no es gratuita, en opinión de Krutwig, sino que aparece estrechamente unida a los objetivos y al contenido concreto de la revolución que se pretende llevar a cabo.

En aquellos países donde no existe un problema específico de opresión nacional, el objetivo perseguido por la guerrilla lo

constituye la liberación social de ese país. Sin embargo, si además de una opresión social se da una opresión nacional por parte de una potencia extranjera, en tal caso, el objetivo fundamental de la lucha viene constituido por la liberación nacional del mismo, junto con su liberación social. En los casos en que la revolución tenga un contenido de liberación social, basta con el establecimiento de tres frentes. Si el objetivo lo constituye la liberación nacional, se hace precisa la constitución de un cuarto frente, el cultural.

El frente militar debe quedar subordinado al político. Sin frente militar no hay guerrilla; sin embargo, sin una dirección política, tal frente se convierte en un mero destacamento armado que fácilmente puede ser destruido por el enemigo. Además, las guerrillas sin dirección política terminan por convertirse en «una banda de bandoleros». Por último, el frente económico queda subordinado a los dos anteriores, pues «la lucha económica es inferior a la lucha política».

La especificidad de la guerrilla vasca, al igual que la de las demás guerrillas de liberación nacional, viene determinada por su diferencia de cultura con respecto a la del pueblo opresor. Su forma de actuación está determinada por ese cuarto factor, el más elevado en el orden jerárquico, cual es el factor cultural. Cuando en una guerrilla existe un cuarto frente, el cultural, éste se convierte en el frente supremo y director de los demás.

La diferencia cultural impide absolutamente, en opinión de Krutwig, que se establezca un plan estratégico común entre los revolucionarios de Euskadi y los españoles. Entre unas fuerzas vascas y unas fuerzas españolas, lo más que se pueden establecer son meras alianzas tácticas.

ETA acepta, como ya se ha indicado, las posiciones de Krutwig, y se dispone a ponerlas en práctica. En efecto, la V Asamblea ratifica la validez del principio de la acción-represión, ya aprobado en la IV Asamblea, y que no había podido ser puesto en práctica como consecuencia de las tensiones surgidas en el seno de la organización. Veamos cómo sitúa ETA, en la práctica, este principio.

«Se intenta abrir una ikastola en un pueblo, sin más ambición que la de realizar un derecho tan elemental como el de estudiar y aprender en la propia lengua. El alcalde la prohíbe por las buenas.

El siguiente intento será abrirla clandestinamente (…). Si a pesar de las precauciones es descubierta y desmantelada, el pueblo se encontrará sin posibilidad de respuesta pacífica. Una acción violenta del frente militar (por ejemplo, quemar el coche del alcalde) hará aparecer enseguida los *jeeps*, las metralletas; habrá detenidos, serán interrogados y torturados; los guardias civiles emprenderán a culatazos contra la población concentrada en el Ayuntamiento… Lo que era una contradicción cultural se habrá convertido en una contradicción total, vital. Las metralletas de los guardias apuntando las cabezas de la gente, indicarán a la población que hasta para poner en marcha una ikastola habrá que cambiar todo: el alcalde, los guardias, las relaciones entre personas; oscuramente se intuirá que esto (cambiar todo) equivale a hacer la Revolución (…)».

Esta cita explica por sí sola, mejor que cualquiera de mis comentarios, el sentido y el alcance que ETA va a dar a su estrategia política, y a su lucha armada. Evidentemente, el tipo de acción explicado poco o nada tiene que ver con el esquema de «guerrilla revolucionaria» propuesto por Krutwig y, en tal sentido el frente cultural no va a tener en el futuro el mínimo peso en relación con el frente político, y sobre todo con el frente militar. Pero de hecho, las bases teóricas de esa estrategia revolucionaria han quedado perfiladas en la V Asamblea. ETA se encargará de ponerlas en práctica y adaptarlas a la específica situación vasca.

No va a pasar mucho tiempo sin que se experimente, con gran éxito, el principio de la espiral acción-represión. A ello va a contribuir de modo fundamental el propio régimen franquista, quien va a cumplir a la perfección su papel represivo, completando así el ciclo total de la espiral. Tras la celebración de la segunda parte de la V Asamblea, ETA establece un plan de acción con resultados muy positivos. En abril de 1968, se celebra en San Sebastián el día del Aberri Eguna, que constituye la conmemoración más dura de las celebradas hasta la fecha. Helicópteros militares patrullan sobre los tejados de la ciudad; comandos de manifestantes vuelcan coches en las entradas angostas de la Parte Vieja y tienen lugar encuentros violentísimos en la calle Mayor.

Las medidas policiales se endurecen notablemente, como consecuencia de la campaña activista iniciada por ETA. El 7 de

junio de 1968 se producen, en sendos controles de carretera, las muertes del guardia civil José Pardines y del miembro del Comité Ejecutivo de ETA Francisco Javier (Txabi) Echebarrieta. El compañero que viajaba con Echebarrieta (Iñaki Sarasketa) resulta detenido y es condenado a cincuenta y ocho años de reclusión y, posteriormente, a muerte en un consejo de guerra. Tiene lugar una intensa movilización popular y se hacen gestiones ante estados y fuerzas políticas y sindicales extranjeras. Frente a esta presión, Franco se ve obligado a conceder el indulto.

En agosto de 1968, se produce un atentado mortal contra el comisario de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa, Melitón Manzanas. El día 16 de agosto, el Gobierno pone en vigor el articulo 2.º del Decreto sobre Bandidaje y Terrorismo, que había sido derogado en 1963. Simultáneamente es declarado el estado de excepción en Guipúzcoa.

La estrategia de la acción-represión se va a cumplir a la perfección desde finales de 1967, y sobre todo a lo largo de 1968. El atentado contra Melitón Manzanas se lleva a cabo en un momento extraordinariamente crítico, y constituye la culminación de dos largos meses de intensa agitación provocada fundamentalmente como consecuencia de la muerte de Echebarrieta y el consejo de guerra de Sarasketa. En estos dos meses, ETA ha comenzado a revelarse como el centro de la acción nacionalista y revolucionaria. Pero va a ser a partir del atentado contra Manzanas cuando el protagonismo de ETA comience a adquirir verdadera intensidad. El régimen pierde la serenidad, y en la aplicación de detenciones, torturas, malos tratos y deportaciones no se tiene en cuenta ni la edad, ni el sexo y, lo que es más grave en un régimen de derechas, no se respeta la condición social.

A lo largo de 1968, se dan 434 detenidos, 189 encarcelados, 75 deportados y 38 exiliados. La tortura va a constituir una realidad cotidiana en comisarías y cuarteles de la Guardia Civil. La reacción del pueblo vasco es generalizada, y desde diversos sectores se denuncia la represión policial, destacando, una vez más, en este sentido, el clero vasco, especialmente afectado por la ola de represión. Las muestras de solidaridad se extienden a toda España y al extranjero, donde organismos de distinto signo comienzan a mostrar su interés por lo que sucede en el País Vasco.

La lucha del pueblo vasco aparece, a partir de ahora, identificada, o cuando menos estrechamente ligada, a las siglas ETA. La organización se va a convertir en el centro indiscutible de la lucha vasca. Ello tiene consecuencias positivas, entre las que cabe destacar el extraordinario aumento de la conciencia nacional vasca, pero también consecuencias muy negativas entre las que hay que señalar el desplazamiento del centro de gravedad de la lucha revolucionaria vasca hacia una minoría organizada. En tal sentido, la historia de la ETA del futuro, de esa ETA que, a partir del proceso de Burgos en 1970, adquiere un renombre internacional, va a aparecer directamente ligada y condicionada por el contencioso abierto entre la minoría activista organizada y el movimiento obrero vasco. Todas las escisiones posteriores, al igual —en cierto modo— que las de 1966-67, hallan su causa última en la siempre aplazada y nunca resuelta conexión entre ambos.

Capítulo VIII

Consolidación y crecimiento de ETA (1969-1975)

Entre 1967 y mediados de 1970, cabe distinguir dos períodos nítidamente diferenciados. El primero, que se extiende hasta principios de 1969, en el que se produce una intensísima actividad política y armada, y el segundo, que transcurre a lo largo de 1969 y parte de 1970, en el que, como consecuencia de las detenciones o exilio de sus principales dirigentes, la organización queda maltrecha. Entre tanto se van a dar, desde un punto de vista estrictamente ideológico y político, dos importantes hechos, a lo largo de 1968.

El primero de ellos es la publicación, en diciembre de 1968, de un trabajo titulado *Hacia una estrategia revolucionaria vasca* que, como ya he señalado anteriormente, fue escrito en la cárcel por José Luis Zalbide, con el seudónimo de K. de Zumbeltz. Este trabajo más conocido con el nombre de *Iraultza*, por el título de la revista en el que se publicó, va a suponer un importante avance cualitativo en el proceso de evolución ideológica de ETA.

Zumbeltz critica el «espejismo colonial» de ETA y considera que no es posible aplicar, tal cual, la lucha del tercer mundo en Euskadi. Es preciso adecuar la estrategia tercermundista a la situación vasca y para ello resulta imprescindible llevar a cabo un análisis de los cambios históricos del pueblo vasco, en función de la evolución de las fuerzas sociales que lo componen. Tras un análisis de la

situación vasca, propone la necesidad de establecer una adecuada correlación entre la lucha revolucionaria de ETA y la lucha de masas: «sólo dentro de una estrecha unidad práctica entre las masas y ETA —afirma Zumbeltz— será posible la continuidad del proceso revolucionario y el paso a fases más avanzadas del mismo».

La crítica de Zumbeltz no va, sin embargo, dirigida tanto a la utilización de métodos tercermundistas, métodos que él sigue considerando perfectamente válidos y vigentes, cuanto a la aplicación mecánica de los mismos a la situación vasca. En su opinión, la unidad entre ETA y las masas exige que las necesidades puramente militares de la lucha revolucionaria se compaginen con las necesidades políticas. Ello no significa la renuncia a la actividad armada, ni tan siquiera un sometimiento o subordinación de las acciones armadas con respecto a las actividades políticas. Las acciones armadas deben resultar prioritarias con respecto a la acción política. Lo que ocurre es que tales acciones deben ser guiadas por criterios fundamentalmente políticos.

Zumbeltz pretende, de este modo, «europeizar» la lucha revolucionaria de ETA, pero en ningún momento pone en cuestión la validez de la estrategia revolucionaria tercermundista como fórmula adecuada para el desarrollo de la revolución vasca. Se modifica, pues, el sentido de la ocupación de Euskadi, dándose un desplazamiento de las tesis anticolonialistas hacia tesis antiimperialistas —el pueblo vasco se halla ocupado por dos potencias imperialistas: Francia y España—, pero no la idea de ocupación como tal, ni tampoco la estrategia tercermundista.

El segundo acontecimiento importante a reseñar es la sustitución del frente económico, por un nuevo frente: se trata del frente obrero.

Cuando en el verano de 1968 ETA inicia su escalada activista con motivo de la muerte de Echebarrieta, muchos de sus militantes se hallaban seriamente implicados en acciones políticas de masas y, más concretamente, en las actividades de los frentes cultural y económico. La agudización de las movilizaciones obreras a lo largo de 1966, 1967 y 1968 habían obligado a ETA a tomar posiciones ante la problemática específica de la clase trabajadora. Tras la V Asamblea, ETA había decidido prestar una atención especial al movimiento obrero y para ello solicita el ingreso de sus militantes

en Comisiones Obreras, la organización más prestigiosa, combativa y, sobre todo, de carácter unitario, de cuantas existían en esa época. Ello hace que una buena parte de su militancia se halle, en ese tiempo, implicada de forma decidida en la lucha obrera.

Tras una serie de diferencias ETA abandona CCOO y decide reconvertir, en 1968, el frente económico en un frente obrero. Han hecho falta casi diez años para que se estructure un organismo específico dedicado a la clase trabajadora. Sin tratar de minusvalorar la importante actividad llevada a cabo por los miembros del frente obrero en determinados momentos tales como las huelgas y movilizaciones de comienzos de 1969, lo cierto es que deberán pasar otros seis años para que a ese frente obrero comience a dársele un contenido.

La VI Asamblea

Entre finales de 1968 y abril de 1969 la policía va a desmantelar de forma prácticamente total el entramado organizativo de ETA surgido de la V Asamblea. Las detenciones o el exilio, en su caso, de los principales dirigentes de la organización van a provocar, a lo largo de 1969 y comienzos de 1970, una situación de absoluta confusión en el seno de ETA. Las caídas han sido muy importantes y queda prácticamente paralizada su actividad política.

En el otoño de 1969 se establece una nueva dirección en la que van a tener un peso específico los militantes vizcaínos más ligados a la lucha obrera. Esta nueva dirección, que es bien acogida y aceptada por todos los sectores de la organización, aunque con ciertas reticencias por parte de los miembros del frente militar o *milis*, aborda de modo prioritario la reestructuración de la organización. No obstante, ya desde el primer momento se plantea la necesidad de otorgar al frente obrero el carácter de vanguardia de la revolución dado que «nuestra liberación nacional sólo puede ser nuestra liberación como clase trabajadora». Pero en ningún momento se propone la renuncia a la lucha armada. Por el contrario, la tarea del frente obrero debe ser la de hacer comprender a la clase trabajadora la necesidad de la toma de poder político, la cual debe verse respaldada y potenciada por su

vanguardia obrera armada.

La nueva dirección equipara en importancia la liberación nacional, hasta entonces prioritaria y casi exclusiva, con la lucha socialista, y afirma la necesidad de construir una organización política leninista en la cual ocupe el papel dirigente el proletariado industrial. Sin embargo sigue propugnando, sin solución de continuidad, la necesidad del activismo y la lucha armada pues considera que el único enfrentamiento existente es el que se da entre el Pueblo Trabajador Vasco y el Estado.

Entre tanto los militantes exiliados van a organizarse poco a poco dando lugar, así, a la aparición, en el exilio, de diversos grupos más o menos estructurados. Uno de estos grupos lo constituye lo que posteriormente se denominarán «Células Rojas». Estos exiliados crean en ciudades como Bayona, París, Lovaina y Bruselas grupos de estudio que tratan de racionalizar y aplicar el marxismo a la realidad vasca. Las Células Rojas, que agrupan en su seno a militantes muy cualificados, con gran prestigio en el seno de la organización, comparten con la dirección del interior la idea de que ETA debe constituirse en el partido del proletariado. Sin embargo discrepan con ella en lo referente al papel de la lucha armada. Tampoco ven con buenos ojos la idea, entonces vigente en el seno de ETA, de crear un Frente Nacional junto con las demás fuerzas nacionalistas. Inicialmente las Células Rojas no van a criticar el nacionalismo vasco en sí mismo considerado pero su rechazo a la idea del Frente Nacional y su progresiva inclinación a otorgar prioridad a la lucha social sobre la lucha nacional terminará desembocando de forma rápida en un rechazo explícito del nacionalismo.

Otro grupo que sigue manteniendo una importante influencia en el exilio es el formado por los defensores de las tesis anticolonialistas. Liderados intelectualmente por Krutwig y Beltza, este sector anticolonialista asume con muchas reticencias la política obrerista de la dirección de ETA y muestra su radical desacuerdo con las tesis planteadas por las Células Rojas.

A todo ello hay que añadir una compleja amalgama de militantes que no reconoce, en la práctica, la autoridad de la nueva dirección. Estos militantes, ligados en su mayor parte al frente militar, nunca han visto con buenos ojos la participación de ETA en

las luchas obreras y su «maridaje» con CCOO y, sobre todo, rechazan de forma radical la inactividad armada en la que se ha sumido la dirección de la organización. Por ello deciden de forma autónoma iniciar una serie de acciones armadas, fundamentalmente atracos a bancos, a partir de la primavera de 1970.

En el verano de 1970 se convoca, por parte de la nueva dirección, la VI Asamblea. En este momento aparecen perfiladas en el seno de ETA, cuando menos, cuatro grandes tendencias, cuyas características pueden quedar resumidas, en un intento de esquematización forzada, de la siguiente forma: a) las Células Rojas, que inciden en la idea del rechazo a la creación de un Frente Nacional formado por todos los grupos nacionalistas e insisten en la necesidad de otorgar prioridad a la lucha obrera y la revolución social sobre la lucha nacional, b) La dirección de ETA, cuyo objetivo fundamental es constituir un partido de la clase trabajadora como dirigente de una revolución vasca dirigida simultáneamente a la liberación nacional y la liberación social del pueblo vasco, c) Los defensores de las tesis anticolonialistas, agrupados en torno a Beltza, Krutwig y Madariaga; y d) Los *milis*, dirigidos por Juan José Etxabe, grupo poco amigo de disquisiciones teóricas, y que consideran la actividad armada como el motor de la resistencia vasca.

A ellos debe añadirse el grupo Branka, ideológicamente alineado junto al sector anticolonialista y los *milis*, y que actúa como francotirador en defensa del purismo *abertzale*, así como la Asociación Anai-Artea, dedicada a la ayuda de los refugiados vascos, y presidida por Telesforo Monzón, con criterios muy similares a los de Branka.

Los *milis* y los defensores de la línea anticolonialista establecen una alianza que origina el abandono de la organización por parte de las Células Rojas. Este abandono es posible gracias a la pasividad de la dirección de ETA, que mantiene serias discrepancias de carácter personal con algunos de los miembros más destacados de las Células Rojas. Tras su expulsión, las Células Rojas se agruparán en torno a la revista teórica *Saioak*, e iniciarán un proceso rápido de evolución hacia posiciones claramente antinacionalistas. Los componentes de *Saioak* no tardarán en afirmar que el nacionalismo en general, y el nacionalismo vasco en particular, constituyen una cuestión ajena a

los intereses específicos de la clase trabajadora. De esta forma terminarán asumiendo el esquema marxista clásico seguido por los partidos marxistas de los países desarrollados.

La VI Asamblea continúa tras el abandono de las Células Rojas. Sin embargo, los diversos y heterogéneos colectivos agrupados en torno a la tendencia anticolonialista y a los *milis* impugnan, a través de un manifiesto, la legitimidad de la misma. De este modo se produce una nueva ruptura entre la dirección de ETA que defiende la legitimidad de la VI Asamblea, y los sectores que no reconocen legitimidad a la misma. Los primeros serán conocidos como ETA VI, mientras que los segundos se calificarán como continuadores de ETA V.

ETA pasa por el peor momento de su historia. La confusión es absoluta, hasta el punto de que, en algún momento, se habla de la disolución de la organización. Pero, una vez más, el régimen franquista va a acudir, por supuesto de forma involuntaria, en ayuda de ETA. En efecto, el proceso de Burgos va a retener la atención de todo el pueblo vasco, y va a actuar como catalizador de algunas de las tendencias existentes.

El proceso de Burgos constituye un verdadero punto de inflexión histórico tanto para ETA como para el conjunto de la oposición al franquismo. Ese proceso provocó en Euskadi, de una parte, el nacimiento de una nueva generación de militantes antifranquistas y de una nueva ETA, la ETA militarista que hemos conocido a lo largo de todos estos últimos treinta años, y que va a consolidarse a partir del atentado a Carrero Blanco en 1973. De otra parte, la represión franquista hizo que ETA ampliase de forma extraordinaria su base popular y que se convirtiera, definitivamente, en el centro en torno al cual iba a girar, en los años siguientes, toda la oposición al franquismo.

En pleno proceso los *milis* van a llevar a cabo una acción espectacular: el secuestro del cónsul Beihl en San Sebastián. El éxito de esta acción va a reforzar de forma considerable la posición de ETA V frente a ETA VI, ya que el común de los ciudadanos va a identificar al conjunto de ETA con la fracción ETA V. ETA VI se constituía teóricamente en la continuadora legal de la ETA histórica frente a las otras fracciones disidentes. Los propios militantes procesados en el proceso de Burgos habían ratificado de forma

pública y solemne esa legitimidad. A pesar de ello, no va a ser ETA VI sino ETA V la que consiga mantener, tras el proceso de Burgos, la legitimidad histórica de la organización. Como ha ocurrido siempre en la historia de ETA, la tendencia más extrema termina por imponerse, produciéndose la expulsión de todos los sectores obreristas.

En efecto, tras una serie de discusiones y escarceos habidos en los primeros meses de 1971, la dirección de ETA así como el conjunto de militantes que reconocen la validez de la VI Asamblea terminarán saliendo de la organización, pasando a constituirse como ETA VI. Posteriormente ETA VI sufrirá una importante evolución ideológica desembocando en un grupo trotskista que terminará uniéndose, más adelante, a la Liga Comunista Revolucionaria.

A partir de la salida de ETA VI terminan por consolidarse en el seno de la organización las tesis sublimadoras de la lucha armada hasta derivarla en un fin en sí mismo. A ello y a su espectacular desarrollo posterior colaborará de forma decisiva el progresivo acercamiento a ETA de un importante sector de la rama juvenil del PNV conocido como EGI-Batasuna. Este sector terminará fusionándose con ETA V en 1972.

Curiosamente, esta nueva ETA, surgida del proceso de Burgos, va a rechazar tanto las tesis anticolonialistas, como las mantenidas por los *milis*, y va a acudir al *Iraultza*, de Zumbeltz, como fuente de su inspiración. El anticolonialismo se va a convertir en un mero recurso teórico para dar un cierto apoyo ideológico a la actividad armada de la organización.

De este modo se consolida la tesis antiimperialista, y se reestructura el movimiento en cuatro frentes, si bien dando una prioridad, cuando menos teórica, al frente obrero. Ahora bien, esta prioridad aparece interpretada de un modo harto heterodoxo: es la época de los secuestros de industriales, como el de Zabala, en 1972, y el de Huarte, en 1973.

ETA y la crisis del franquismo. La escisión entre ETA político-militar y ETA militar

La escisión entre ETA V y ETA VI constituye la última gran explosión de ideas, la última gran discusión ideológica habida hasta el momento presente en el seno de la organización. La historia de ETA está marcada por dos grandes contradicciones. Una de carácter ideológico-político. La otra, de carácter estratégico-práctico.

La primera de ellas, a la que he denominado en otra parte como el primer gran drama de ETA, viene determinada por el intento de aplicar una estrategia tercermundista en el País Vasco. Todas las escisiones y discusiones habidas en el seno de ETA desde su nacimiento hasta el año 1971 en el que se produce la escisión entre ETA V y ETA VI vienen determinadas, en definitiva, por esa *contradictio in terminis* que supone el intentar aplicar una estrategia tercermundista a un país desarrollado, con una amplísima clase obrera en su seno y un poderoso movimiento obrero.

Ninguna de las escisiones y discusiones hasta ahora explicadas fue capaz de resolver esa gran contradicción, y ello es lógico dado que la misma resulta en sí misma irresoluble. Si bien se va a seguir produciendo posteriormente un rosario continuo de escisiones a alguna de las cuales se aludirá brevemente más adelante, puede afirmarse que, desde 1971 hasta nuestros días ETA se halla ideológicamente muerta. Si pobres han sido, tal como se ha venido señalando en estas páginas, las construcciones doctrinales producidas a lo largo de los primeros años de su historia, a partir de 1971 se produce un anquilosamiento casi total de su actividad teórica y doctrinal. Todas las discusiones y escisiones surgidas a partir de esta fecha vendrán determinadas por problemas de pura estrategia y táctica política. Así ocurre, por ejemplo, en la escisión producida en 1974 entre ETA militar y ETA político-militar.

El elemento que de forma determinante distingue a la «auténtica» ETA con respecto a sus sucesivas escisiones, fracciones disidentes o ramas autónomas lo constituye su activismo y, más concretamente, su recurso a la lucha armada. Van a ser el activismo y la lucha armada el elemento fundamental a la hora de provocar críticas y, sobre todo, adhesiones, y a la hora de lograr, mantener la cohesión por encima de las diferencias ideológicas y políticas.

Tras la VI Asamblea ETA va a crear una oficina política encargada del control ideológico y de las publicaciones y va a mantener su política de frentes: militar, cultural y obrero. A pesar

de la división en varios frentes va a ser, sin embargo, una vez más, el frente militar el que adquiera el protagonismo. En una aplicación intensa de su activismo ETA va a llevar a cabo, durante el año 1972, una oleada de acciones militares (atentados, atracos a bancos, secuestros, etc.) sin precedentes. Esta oleada de atentados provoca algunas muertes entre los militantes de ETA, muertes que van a marcar de forma profunda el estatus de la organización. Frente a los militantes de los frentes cultural y obrero, los miembros del frente militar son conscientes del enorme riesgo que supone la realización de acciones armadas. Ello hace que la lucha armada y quienes la practican adquieran un enorme prestigio en el seno de la organización y gocen de respeto. Como señala José María Garmendia, la lucha armada pasa de ser de una doctrina más o menos elaborada a una vivencia profundamente arraigada en amplios sectores sociales, tanto por la vía directa —participando en ETA— como por la indirecta, a través de la experiencia de la represión.

Como ya he señalado antes, la nueva ETA surgida a partir del proceso de Burgos apenas elabora construcciones doctrinales e ideológicas dignas de tal nombre. Los únicos elementos comunes que aglutinan a todos sus militantes son la idea de Euskadi como país ocupado, una convicción más o menos vaga de la necesidad de entroncar la lucha del pueblo vasco en el marco de una lucha o revolución antiimperialista, y sobre todo, la absoluta necesidad de la lucha armada como medio idóneo para la liberación de Euskadi. De todos estos aspectos, es la lucha armada la que actúa como auténtico elemento aglutinador de los militantes, con la excepción de un sector del frente obrero. La lucha armada va a actuar no sólo como medio o instrumento de combate sino como fin en sí mismo. Se produce una sublimación de la lucha armada como catarsis, concepto o símbolo que se sitúa más allá o que, si se quiere, cruza transversalmente todas las construcciones ideológico-doctrinales, cualquier tipo de estrategia política y condiciona toda la actividad de la organización. Ahora bien, esta misma lucha armada va a actuar, al mismo tiempo, como una espoleta que va a permitir la explosión de las múltiples contradicciones existentes en el seno de la organización.

El atentado contra Carrero Blanco, en diciembre de 1973,

confirma lo que ya se venía perfilando en los meses anteriores: la indiscutible hegemonía del frente militar sobre los demás frentes, con claro perjuicio, particularmente, del frente obrero, cuya actividad resulta yugulada de raíz como consecuencia de la constante represión derivada de la actividad militar de ETA.

Ante esta situación resulta comprensible el desdibujamiento del frente cultural y, sobre todo, del frente obrero. Un frente obrero que, a pesar de comenzar a organizarse a partir del verano de 1972, sin embargo va a encontrar serias dificultades para desarrollarse. Por ello, desde 1972 hasta 1974 los sectores militares y obreristas van a convivir a duras penas. Así, en la primera parte de la VI Asamblea convocada por ETA (es decir, por la ETA oficial tras el abandono de los militantes de ETA VI) en el verano de 1973, se producen disensiones muy fuertes entre el frente obrero y el resto de la organización.

Ni tan siquiera el atentado de diciembre de 1973 contra el presidente Carrero Blanco, considerado como la más brillante acción de los estrategas militares de la organización, va a impedir el progresivo alejamiento del frente obrero. Muy incómodo ante la imposibilidad de llevar una acción directa en el campo del movimiento obrero, este frente va a terminar escindiéndose de la organización en el verano de 1974.

Unos meses más tarde, la mayor parte de sus militantes pasarán a constituir una nueva organización política con el nombre de LAIA —Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia (Partido de los Trabajadores Patriotas Revolucionarios)—. Esta nueva organización renuncia de modo expreso a la utilización de la actividad armada, y se plantea —una vez más— la necesidad de organizar un partido obrero y un sindicato, capaces de mantener una actividad tolerada.

Entretanto, la muerte de Carrero Blanco permite perfilar la próxima desaparición del franquismo, y todas las fuerzas de oposición tanto vascas como españolas tratan de adaptar su estrategia a la nueva situación política, cada vez más esperanzadora, tras la «revolución de los claveles» de Portugal, y la primera enfermedad de Franco, en noviembre de 1974.

ETA no es ajena a esta nueva situación política, y se va a ver obligada a acomodar su estrategia a la misma. El análisis de esa nueva situación y las posibles alternativas a seguir provocan

disensiones en el seno de la organización. El fondo del problema sigue siendo el de siempre: cómo compaginar la lucha armada con la lucha de masas. Van a plantearse al respecto dos soluciones alternativas, antagónicas entre sí.

La dirección de ETA considera que el sistema de frentes provoca una tendencia a la división de la organización en compartimentos estancos impidiendo de esta forma una visión global de la realidad. Además esta compartimentalización conduce de forma inevitable a un predominio del frente militar sobre los demás y, consecuentemente, a un descuido y dejación de las actividades de los demás frentes. Por ello proponen configurar a ETA como una organización político militar capaz de hacer frente a la acción militar y, al mismo tiempo, movilizar y organizar a las masas.

Frente a esta opción, un sector minoritario ligado al frente militar considera que la nueva coyuntura provocada por la crisis del franquismo y la previsible apertura de un proceso democrático sitúa la lucha de ETA en una perspectiva totalmente diferente. En opinión de este sector, la represión que acarrea consigo la actividad armada ha impedido una labor política adecuada por parte de ETA entre las masas y, más concretamente, en los sectores sociales que simpatizan con las ideas de ETA. La crisis del franquismo hace imprescindible y urgente la configuración de una organización de masas (política, social, sindical, etc.) capaz de intervenir y jugar un papel político propio en la futura coyuntura democrática. Ahora bien, dado que la actividad de las masas resulta en sí misma insuficiente, viene a ser necesaria la configuración de una organización estrictamente militar cuyo objetivo sea el de apoyar, salvaguardar y garantizar las conquistas políticas obtenidas por la organización de masas.

A fin de evitar los errores provocados hasta entonces por la estructura frentista, este sector minoritario propone el establecimiento de una estricta separación entre ETA, que pasará a configurarse como una organización única y exclusivamente militar y, por lo tanto, clandestina, y la nueva organización de masas que deberá participar de forma legal en el juego político democrático.

En un manifiesto de noviembre de 1974 este sector minoritario de ETA plantea su estrategia en torno a tres puntos clave que transcribo literalmente:

«1. Consideramos que es preciso dar un cauce dentro de la

legalidad democrática a los grupos obreros y populares independentistas, hoy escasamente organizados.

2. Decidimos no entrar en la legalidad democrática y mantener nuestra estructura en la clandestinidad.

3. Por ello nos separamos del aparato de masas y tácticamente limitaremos nuestras funciones al desarrollo de la lucha y a la expresión de nuestras posiciones políticas, según las necesidades de cada momento…».

El desacuerdo entre ambos sectores termina desembocando, en octubre de 1974, en una nueva escisión que dará lugar a la aparición de dos ETAs. De una parte, el sector mayoritario que será calificado como ETA político-militar (ETApm), mientras que el sector minoritario se configura como una estructura estrictamente militar, dando lugar así a la aparición de ETA militar (ETAm). Como puede verse, la causa inmediata de la escisión obedece a una diferente perspectiva sobre la estrategia política más adecuada, aunque en el fondo subyace asimismo una diferente concepción ideológica, no excesivamente nítida, sobre el papel de la clase trabajadora en el proceso revolucionario de Euskadi.

Mientras ETApm propugna una conjunción y mutuo enriquecimiento entre la lucha de masas y la lucha político militar, ETAm se automargina como grupo estrictamente clandestino, aun en el supuesto de que, con el posfranquismo, se produzca una modificación de la situación política, y propugna la autoorganización de las masas con independencia de la organización armada.

En ambos casos se mantiene de forma evidente la idea de ocupación, así como la necesidad de la lucha armada como fórmula válida para la consecución de la liberación de Euskadi. En ambos casos, se produce asimismo una desconexión con el movimiento obrero y, por último, en ambos casos se da una sublimación de la lucha armada, con prioridad a otros métodos de lucha, y como respuesta a la idea de ocupación de Euskadi.

Si en el ámbito ideológico el gran drama de ETA radicaba en su intento de aplicar una estrategia guerrillera tercermundista a una sociedad industrializada, en el ámbito de la praxis y a través de la tormentosa relación, primero entre los frentes obrero y militar y luego, sobre todo, entre ETApm y ETAm, se va a reproducir ese

mismo drama, un segundo drama consistente en cómo hacer compatible la lucha armada con la acción de masas, o si se quiere, cómo compaginar el activismo militar con la lucha del movimiento obrero.

En los meses inmediatamente posteriores a la escisión ETApm va a llevar a cabo una intensísima actividad armada, la cual provocará, a su vez, una enorme represión entre sus filas y el consiguiente desmantelamiento de muchos de sus comandos. Por su parte, tras un largo período de intensa reorganización interna a fin de adaptarse a la más estricta clandestinidad, ETAm va a iniciar con éxito una no menos intensa actividad armada. Su fuerte preparación militar, la adaptación de sus estructuras a la lucha armada y la no necesidad de mezclarse con la lucha de masas van a favorecer de forma notable su despegue y su fuerza militar sin que ello les ocasione un coste demasiado grande o, al menos, un coste tan grande como el sufrido por ETA (pm).

La represión sufrida por ETA (pm) le obligará a replantearse toda su estrategia mediante la convocatoria de la VII Asamblea en septiembre de 1976. Esta nueva Asamblea traerá consigo, como ya es casi costumbre, una nueva escisión. Ante la imposibilidad práctica de llevar a cabo una actividad simultánea en los ámbitos político y militar, la VII Asamblea decide desdoblar las dos funciones en dos estructuras organizativas diferenciadas. Una estructura política consistente en la creación de un partido político, y una estructura militar constituida por la propia ETA. Los comandos operativos de la organización conocidos como *Bereziak* no aceptan las resoluciones de la VII Asamblea y, tras un cierto tiempo, terminarán integrándose en ETAm.

En cumplimiento de lo establecido en la VII Asamblea, del seno de ETApm surgirá una nueva organización política conocida con las siglas de EIA (Euskal Iraultzarako Alderdia) que, tras una serie de vicisitudes terminará desembocando, en pleno período democrático, y no sin tensiones, en una organización política democrática de izquierda conocida con el nombre de Euskadiko Ezkerra. ETApm terminará disolviéndose de forma definitiva en 1982. No obstante, un sector de la organización conocido como ETA VIII Asamblea seguirá llevando a cabo algunas actividades armadas que finalizarán en 1984 mediante una nueva escisión. De esta escisión resultarán

dos grupos: De una parte ETA VIII Asamblea que se disuelve definitivamente y, de la otra, ETA VIII Asamblea línea KAS que terminará integrándose en ETAm.

ETAm, por su parte, se organiza como un auténtico ejército, con una gran experiencia, y con una disciplina y una jerarquía estrictamente militares, con los trágicos resultados que todos conocemos. A partir de 1977 va a iniciar una intensísima actividad armada y terrorista.

Por su parte, en cumplimiento de lo señalado en el manifiesto de ETAm de 1974, diversos sectores sociales y políticos de la izquierda nacionalista comienzan a partir de esa fecha a estructurar una organización sociopolítica capaz de llevar a cabo una actividad política propia en el nuevo sistema democrático. Ello da lugar a la aparición de diversas organizaciones como KAS (Koordinadora Abertzale Socialista) y, sobre todo, Herri Batasuna, HB (Unidad Popular), y más recientemente Euskal Herritarrok, EH. El conjunto de estas organizaciones más ETA van a configurar lo que se ha dado en llamar el MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco).

A modo de conclusión. El futuro de ETA

He afirmado, al comienzo de este trabajo que en el surgimiento de ETA intervinieron dos factores: la ideología nacionalista y el franquismo. Si esto es así, ¿cómo es posible que, casi veinticinco años después de la muerte de Franco, la violencia siga manteniendo profundas raíces en el seno de la sociedad vasca?

Resulta realmente difícil otorgar una respuesta definitiva a esta pregunta. Durante mucho tiempo he considerado que, dado su carácter político, las claves necesarias para la comprensión —y posible solución— de la violencia política en Euskadi se hallaban en la teoría política. Frente a esta idea, muy extendida por cierto, cada vez estoy más persuadido de que la comprensión adecuada de este complejo asunto no depende tanto de la teoría política cuanto de otras ramas del conocimiento científico tales como la psicología social, la antropología simbólica, etc. Por ello, mi análisis sobre ETA y, en definitiva, sobre el arraigo de una cultura de la violencia en un importante sector de la sociedad vasca tiene que resultar

necesariamente parcial e incompleto.

Hecha esta advertencia, voy a intentar avanzar una respuesta que paradójicamente, y a pesar de la evidencia de la desaparición —hace ya casi veinticinco años— del franquismo, se halla implícita en esa mutua interrelación de los dos factores ya citados: el nacionalismo y el franquismo. Creo que, llegados a este punto, resulta urgente tanto una referencia a esa aparente paradoja, como una explicación acerca de qué es lo que pretendo significar cuando hablo de «franquismo».

En primer lugar es preciso señalar que el franquismo constituyó, como bien señala Aranzadi (Juan Aranzadi y otros, *Auto de terminación*, Madrid, 1994), más una condición que una causa de la violencia etarra. Como ya he apuntado, el eje fundamental del nacionalismo vasco en general y de ETA en particular se sustenta en la contraposición radical entre lo vasco y lo español como algo naturalmente antagónico. Esta contraposición lleva a la idea de la «ocupación» del País Vasco por parte de un Estado extranjero, España.

El franquismo hace bueno, con su actuación, el mito de la «ocupación». De este modo se va a convertir en un mito que trasciende la realidad y la persistencia del propio franquismo entendido como régimen político concreto. Para el nacionalismo en general, y para ETA en particular, el franquismo representa algo más que un régimen autocrático sin libertades. Supone la simbolización de esa «ocupación» extranjera. Así, el franquismo adquiere, en el imaginario colectivo nacionalista y, particularmente, en el seno de ETA, la categoría de mito necesario. Un mito que pueda permitir generar una respuesta a su vez mítica: la de que, frente a la «ocupación extranjera», sólo cabe el recurso a las armas.

De lo que acabo de indicar se desprende claramente que a lo largo de su historia, ETA ha planteado el recurso a la violencia no tanto en términos de eficacia real cuanto, como dice Aranzadi en la obra antes citada, en términos mágicos, no racionales. ETA no se plantea si la lucha armada es el medio más eficaz para la consecución de sus objetivos. Es, simplemente, la respuesta. Se produce, así, una fe en la eficacia mágica de la violencia *per se*. La violencia pasa, así, de ser un medio a convertirse en un fin prácticamente único y exclusivo.

Dado el profundo enraizamiento de la idea de la contraposición radical entre Euskadi y España vigente en el conjunto del nacionalismo, tanto la violencia de ETA como la propia ETA dejan de constituir una determinada realidad política para convertirse en un símbolo, en un concepto. De este modo, tal como señalan William Douglass y Joseba Zulaika (en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 32, n.º 2, Cambridge University Press, 1990), ETA representa para el nacionalismo no sólo «el paso de un Rubicón conceptual en el que el objetivo es la independencia, y ésta justifica los medios», sino incluso «la catarsis de una gran parte del pueblo vasco, su explosiva expresión libidinal». Consecuentemente, ETA termina por formar parte de «la consciencia de cada vasco nacionalista» trascendiendo así por encima de cualquier organización política incluida la propia organización ETA.

Por ello, la desaparición de la violencia exige dos condiciones. De una parte, que la misma deje de constituir el «ritual autoafirmativo de la comunidad vasco-nacionalista». De la otra, que quede definitivamente roto el espejismo franquista de la «ocupación». En ambos aspectos se ha avanzado notoriamente, y ese avance ha permitido que el apoyo o comprensión casi unánime hacia ETA de la época franquista quede limitado en el momento actual a una parte mínima de la población. Pero es evidente que queda todavía un largo camino que recorrer.

Por ser sobradamente conocidas, no voy a hablar aquí de las consecuencias derivadas de la actividad de ETA sobre el conjunto de la sociedad vasca y española, sino que voy a centrarme exclusivamente en las nefastas consecuencias para la propia ETA y su entorno. El balance es lisa y llanamente desolador y, como digo, lo es no ya desde la perspectiva de la democracia española, sino desde la perspectiva de la sociedad vasca, del nacionalismo vasco, y de los objetivos predicados por la propia ETA.

Desde el punto de vista humano, centenares de familias desgarradas como consecuencia de la secuela de muertos, heridos, presos y exiliados, y una sociedad vasca, incluso un movimiento nacionalista, profundamente divididos y enfrentados.

Desde el punto de vista político, ETA se autodefine como un movimiento nacionalista revolucionario. Pues bien, ETA no ha conseguido prácticamente ninguno de sus objetivos en los dos

ámbitos —nacionalismo e izquierda— que dice defender. Si atendemos a sus objetivos nacionalistas resulta que la integridad territorial vasca ha sufrido un serio retroceso con el alejamiento de Navarra, y ETA no ha sido ajeno a ello. Por otra parte, cuarenta años después de su nacimiento no sólo no ha impedido sino que ha provocado un mayor desgarro en el ámbito de una sociedad desvertebrada como la vasca. Una sociedad que mantiene intactos, a pesar del tiempo transcurrido y de los extraordinarios logros obtenidos en los ámbitos institucional, social, político, cultural, etc., todos sus demonios familiares. ETA es en buena parte responsable, aunque no la única, de que el proceso de construcción de la sociedad vasca no sólo no haya avanzado un palmo, sino que haya retrocedido de forma espectacular, cual si hubiere sufrido un auténtico bombardeo de napalm. La sociedad vasca sigue siendo una sociedad social y políticamente tribal, y llena de inmensas contradicciones y tensiones.

Desde el punto de vista de la izquierda, a lo largo de estos últimos veinticinco años ETA ha ido dilapidando de forma irremisible todo el caudal de respeto y simpatía de los que gozó durante la dictadura franquista. Poco a poco, los diversos grupos políticos, bien nacionalistas o bien de izquierda, optaron no sólo por darle la espalda sino, incluso, por rechazarla frontalmente. Ello ha provocado graves consecuencias en el ámbito de las fuerzas de izquierda en general, y en el ámbito de la propia ETA y HB en particular.

La primera y la más importante es la relativa a la renuncia en toda regla a los valores tradicionalmente defendidos por la izquierda. Una ética de izquierda implica la defensa a ultranza y el desarrollo de los grandes valores democráticos: la libertad y la igualdad. Resulta incompatible tal defensa con la violación permanente y constante de los más elementales derechos y libertades como son el derecho a la vida o la libertad ideológica. Una ética de izquierda implica la defensa a ultranza y el desarrollo de aquellas instituciones que favorecen la limitación del poder y el imperio de la tolerancia. Resulta incompatible tal defensa con el sometimiento de las ideas y del poder político a un poder militar.

ETA ha vampirizado cualquier alternativa de izquierda democrática secándola de raíz y anulando la potencialidad de los

numerosos e interesantes grupos alternativos, movimientos ecologistas, pacifistas, etc. que surgieron, con un vigor ciertamente inusitado en Euskadi, durante el tardofranquismo y los primeros años de la democracia.

Las perspectivas de futuro resultan más desoladoras, si cabe, que el balance de los resultados obtenidos. ETA y HB son dos organizaciones mutua e intrínsecamente necesarias o complementarias, y al mismo tiempo mutua e intrínsecamente contradictorias o antagónicas. Ello significa que una no puede subsistir sin ja otra, pero al mismo tiempo cada una de ellas lleva en sí el germen de destrucción de la otra de forma prácticamente inevitable.

ETA no puede sobrevivir sin HB, y ello cuando menos por dos motivos. Desde un punto de vista biológico, ETA ha encontrado en el autodenominado «MLNV» los recursos humanos necesarios para la renovación de sus comandos. Cada vez que ha tenido que cubrir las bajas producidas, ETA siempre ha contado con una mano de obra segura en el ámbito de los diversos sectores que pululan en torno a HB. Desde un punto de vista estrictamente político, el considerable apoyo electoral tradicionalmente obtenido por HB ha permitido que ETA no sea considerada sólo como un grupo de asesinos, sino como un problema político de gran magnitud.

A su vez, la fuerza electoral de HB aparece íntimamente ligada a ETA. El liderazgo histórico de la organización armada, y su «prestigio» ha constituido durante muchos años un gancho electoral de primer orden. Para muchos nacionalistas ETA ha significado, históricamente, el ejemplo más acabado y heroico de la resistencia vasca en su lucha contra la «opresión» española. Por ello, el éxito electoral de HB a lo largo de todos estos años ha sido sobre todo un éxito de ETA como tal organización armada.

Pero a su vez ETA y HB resultan intrínsecamente antagónicas. ETA, en cuanto organización armada, se siente mucho más cómoda en un sistema autoritario que en un sistema democrático. La democracia constituye un grave obstáculo para su actividad y objetivos. No sucede lo mismo en el caso de HB. Su fuerza e influencia dependen de los resultados electorales obtenidos, de modo que la democracia constituye condición indispensable para su supervivencia.

Esta contradicción intrínseca ha conllevado siempre importantes desajustes estratégicos y políticos entre ambas organizaciones. Hasta hace unos pocos años tales desajustes se han paliado mal que bien gracias a que, de una parte, ha predominado la mutua complementariedad sobre las contradicciones, y de la otra, ETA ha ejercido un férreo control y liderazgo que ha reducido a HB al papel de mera comparsa y correa de transmisión de aquélla. Aparentemente la cuadratura del círculo ha resultado casi perfecta durante bastante tiempo.

Sin embargo, en ese complicadísimo engranaje ha comenzado a fallar una pieza clave. Como consecuencia de una serie de factores, el terrorismo de ETA ha dejado de ser desde hace unos años, y cada vez de forma más acentuada, electoralmente rentable. Ello ha originado una seria descompensación entre ambas organizaciones de la cual ha resultado especialmente perjudicada HB.

En el surgimiento de esta nueva situación han incidido tres factores. En primer lugar, la debilidad militar de ETA. Desde la operación Sokoa, en septiembre de 1986, que constituye la primera de las grandes operaciones de la policía francesa dirigidas a acabar con la infraestructura de ETA, hasta las más recientes operaciones llevadas a cabo contra la cúpula militar de la organización, la actividad de los diversos cuerpos policiales ha colocado a ETA en una situación extremadamente delicada.

En segundo lugar, la presión política manifestada en la unión de las fuerzas democráticas frente al terrorismo. Esta presión política se manifiesta, sobre todo, a partir de enero de 1988, mediante la firma del Acuerdo para la Pacificación y Normalización de Euskadi, más conocido como Pacto de Ajuria-Enea, el cual fue suscrito por todas las fuerzas políticas democráticas.

Por último, el rechazo ciudadano. El cambio de actitud del sector mayoritario de los ciudadanos vascos hacia ETA puede ser dividido, históricamente, en seis fases diferentes. Una primera fase de apoyo explícito a lo largo del franquismo y los primerísimos años de la transición democrática. Una segunda fase de apoyo implícito que cabe situar entre 1978 y 1981. Una tercera fase de indiferencia que se extiende hasta el asesinato de Yoyes en 1986. Una cuarta fase de rechazo implícito que se sitúa entre el ya citado asesinato de Yoyes y los brutales atentados de Hipercor y Zaragoza en 1987.

Tales atentados constituyen el detonante de la quinta fase, de rechazo activo, expresado a través de la aparición de la Asociación por la Paz de Euskal Herria, Gesto por la Paz, y otros movimientos pacifistas similares. La última fase, iniciada con el secuestro de Julio Iglesias y que culminó con las masivas manifestaciones convocadas tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco convirtió ese rechazo activo en un rechazo masivo.

Estos hechos han ido produciendo como efecto inmediato una perplejidad manifiesta entre sus simpatizantes y un enfriamiento de los sentimientos pro-ETA en amplios sectores de su electorado. De este modo, los elementos de complementariedad han ido dejando paso a una permanente y estridente contradicción.

A la vista de este cúmulo de circunstancias, ante ETA y HB se presentaban tres alternativas, a cada cual más trágica y difícil. La primera consiste en forzar a ETA a su autodisolución, bien unilateral, o bien a través de una negociación. Constituye, en teoría, la mejor de las soluciones posibles, ya que permitiría un final, lo menos traumático posible de todo este dramático problema.

La segunda consiste en la posibilidad de que HB rompa amarras con ETA. No resulta fácil esta posibilidad por dos motivos de menor a mayor importancia. El primero lo constituye el peso intrínseco de lo que se ha dado en llamar el síndrome «Yoyes» en muchos de sus militantes. El segundo, más importante, la propia psicología de esos militantes. Como ya he señalado antes, el apoyo a ETA por parte de sus seguidores no depende tanto de los éxitos o fracasos, de los aciertos o errores de la organización, sino que tiene profundas raíces psicosociológicas relacionadas con factores de autotrascendencia personal y política. Una autotrascendencia que se muestra irónicamente a través de ETA. No es una alternativa tan buena como la anterior, pero tampoco es la peor. Ambas alternativas permitirían la supervivencia en el futuro de HB.

La tercera alternativa se caracterizaría por un lento declinar electoral de HB, y un abandono silencioso y por la puerta trasera de sus dirigentes más cualificados. Es la peor alternativa para todos. Para los ciudadanos, porque retrasará notablemente el final de toda esta trágica y sangrienta historia. Para ETA, porque se extinguirá como consecuencia de la pura y simple acción policial, sin tan siquiera haber solucionado su problema más acuciante, el de sus

presos y exiliados. Para HB, porque la caída de ETA conllevaría, al contrario de los dos supuestos anteriores, su debilitamiento, e incluso eventualmente su desaparición.

El futuro no está escrito todavía y es algo que se sale fuera de los objetivos y límites de este trabajo. Este libro no pretende avanzar alternativas de futuro sino pergeñar y analizar algunas de las claves que nos puedan permitir comprender las razones por las cuales surgió ETA y evolucionó y se desarrolló en un sentido determinado. El objetivo de la historia no es adivinar el futuro sino tratar de comprender el pasado. Pero dado que, en este caso, el historiador, además de historiador es también, y lo es sobre todo, ciudadano, permítaseme la licencia de confundir los deseos con la realidad y desear fervientemente que el presente o futuro de ETA pase a constituirse, lo antes posible, en pasado definitivo y, por lo tanto, en objeto de interés de los historiadores y no de la ciencia prospectiva.

Tercera Parte

El enfrentamiento de ETA con la democracia

Capítulo IX

Las bases de dos décadas de terrorismo. ETA entre 1977 y 1979

El periodo que transcurre entre 1977 y 1979 constituye para ETA una etapa crítica en la que se configuran sus características organizativas y estratégicas, que se mantendrán, con escasos cambios, durante los veinte años siguientes.

En esa etapa, que para la sociedad española representa la consolidación del sistema democrático —celebración de elecciones libres, aprobación de la Constitución y, en el caso vasco, del Estatuto de Autonomía—, ETA establece las bases sobre las que de enfrentarse al franquismo va a pasar a oponerse a la democracia.

ETA militar —la única rama de la organización que subsiste hoy — consigue en 1977 superar en número de efectivos y violencia a la fracción político-militar, afectada por una crisis a causa de la escisión de los comandos *Bereziak* (especiales). En ese mismo año se configura también el núcleo dirigente de ETA.

Es en este trienio, además, cuando ETA adopta estrategias de organización interna que permanecerán inalteradas durante las dos décadas siguientes. Al amparo teórico del centralismo democrático, introducido en la organización en 1973, se establece una rígida jerarquía que culmina en una cúpula todopoderosa que se renueva por cooptación, a la que las bases del grupo están totalmente supeditadas en nombre de la clandestinidad, lo que conduce a una

rápida desaparición de los mecanismos que en otra época habían hecho posible una cierta participación de la militancia en la toma de decisiones o en las discusiones.

Como consecuencia, desaparece la reflexión política e ideológica colectiva y se produce la primacía del activismo *militar*. El abandono de la reflexión ideológica se manifiesta en el nulo adoctrinamiento político de la militancia, a la que sólo se instruye en el manejo de armas y explosivos, en la inexistencia de debate sobre principios políticos y en el progresivo empobrecimiento del discurso teórico.

En esta misma etapa se perfilan los instrumentos que van a permitir a ETA el control de los organismos políticos y sociales afines, que, carentes de autonomía, adoptarán como prioridad el apoyo al grupo armado en cualquier circunstancia. La Koordinadora Abertzale Socialista (KAS), de la que queda fuera la rama político-militar, se convierte en el foro donde, bajo la dirección indiscutida de ETA, se decide la estrategia de la izquierda *abertzale*. ETA y otros organismos como LAIA, ASK (Comités Abertzales Socialistas), Jarrai (creado en 1979), el partido HASI y el sindicato LAB establecen de forma coordinada las líneas de acción para estos grupos, para la coalición HB y para toda la malla social tejida a su alrededor. La última palabra corresponde siempre a ETA, que se atribuye el carácter de «vanguardia».

Los acontecimientos políticos de este trienio originan una serie de rupturas que van a tener hondas repercusiones en los años posteriores. La primera ruptura es la que se produce en torno a la decisión de participar o no en las elecciones del 15 de junio de 1977. En ese momento se perfilan dos posturas irreconciliables: una, la defendida por ETAm, contraria a esas elecciones, y la otra, avalada por ETApm y EIA, el partido nacido de los *polimilis*, que opta por presentarse.

Aunque la discusión acerca de la oportunidad de concurrir a los comicios está centrada, fundamentalmente, en la no excarcelación de todos los presos y en las cotas de libertad real que existen, el trasfondo de la polémica tiene mayor alcance, pues se trata de reconocer o no la virtualidad democrática del régimen que va a nacer de las urnas. Los *polimilis* aceptan que, con las elecciones, cambia la naturaleza de la legitimidad del sistema al que se

enfrentan. «Si antes se basaba en la fuerza —escribe ETApm en el número 21 de *Hautsi*—, hoy esa legitimidad le viene del sufragio popular».

ETA militar, por el contrario, se niega a reconocer carácter democrático al nuevo sistema político. En todo caso, admite que puede tener validez con respecto a España, pero bajo ninguna circunstancia en lo que afecta al País Vasco. Este punto de partida arrastrará a ETA a una argumentación basada en el desprecio a los resultados en las urnas y a basar su legitimidad en la fuerza.

La segunda ruptura histórica es la que se produce entre ETA y el PNV en 1979 con motivo de la aprobación del Estatuto de Gernika, ruptura entre la moderación y la intransigencia, en palabras de Gurutz Jáuregui, que abre una brecha estratégica entre los dos nacionalismos. Esta brecha se ha mantenido durante casi dos décadas y sólo empezará a cerrarse en 1998, con motivo de las conversaciones entre el PNV, ETA y HB que desembocaron en el Pacto de Lizarra.

En este mismo periodo se sitúa el origen de la división entre la mayoría de la sociedad vasca, que opta por un proyecto político colectivo en el marco formado por la Constitución y el Estatuto, y ETA y sus simpatizantes civiles, que se convierten en fuerzas antisistema, una parte minoritaria aunque importante de la sociedad vasca fascinada por la violencia etarra, cuya defensa incondicional absorbe todas sus energías.

En 1977, mientras el conjunto de la sociedad española, no sin sobresaltos, se encamina hacia la institucionalización del sistema democrático que debe poner fin definitivamente al franquismo, en el País Vasco se vive un clima de efervescencia social, de movilización política y agitación callejera que en algunos momentos roza lo insurreccional.

Las instituciones se encuentran deslegitimadas, desbordadas ante una movilización social constante en reivindicación de la amnistía, del autogobierno, del euskera, de la *ikurriña* o en contra de los excesos policiales que, con demasiada frecuencia, se producen en esas fechas.

Este conflictivo marco político está acompañado de un recrudecimiento de la actividad terrorista, que alcanza unos niveles que nunca antes se habían conocido. A medida que se iban

consiguiendo logros políticos (legalización de la *ikurriña*, cooficialidad del euskera, amnistía general, autonomía, etc.), los grupos violentos se radicalizaban en lugar de moderarse.

ETA era un organismo omnipresente que parecía condicionar toda la vida pública española y el polo de referencia para una parte importante de la sociedad vasca. Las encuestas de la época revelaban la valoración positiva que muchos ciudadanos hacían de un grupo que estaba empezando una carrera de muertes sin precedentes. Fue necesaria casi una década para que la mayoría de los ciudadanos vascos dejara de considerar a los etarras en términos positivos (patriotas, idealistas, etc.), aun cuando no estuvieran de acuerdo con ellos.

La atracción que ETA suscitaba entre sectores de jóvenes le permitió poner en marcha, a partir de 1977, una organización poderosa, con cientos de militantes encuadrados en sus filas, económicamente potente y estructurada con eficacia.

Los avances que se registraban en el proceso democrático se veían acompañados, a menudo, de actuaciones erróneas en materia de orden público que, en el País Vasco, contribuyen a alimentar las reservas de los más descreídos y, sobre todo, afianzan en sus convicciones a los partidarios de la violencia.

Los sucesos de Montejurra, en 1976, la muerte de cinco obreros por la actuación de la policía en Vitoria, ese mismo año, los muertos provocados al disolver manifestaciones o en controles de carretera, el asalto policial a Rentería, con saqueo de comercios incluido, los Sanfermines de 1978, los malos tratos en las comisarías y los cuarteles o las implicaciones de miembros de los cuerpos de seguridad en actuaciones extremistas e ilegales minaron la credibilidad social de estos cuerpos y del propio Gobierno que los dirigía, y contribuyeron a que no pocos jóvenes se enrolasen en ETA para enfrentarse con las armas en la mano a un régimen al que identifican con facilidad con el franquismo.

La fascinación por la violencia no es un fenómeno exclusivamente vasco, aunque en Euskadi haya prendido de una forma peculiar. No hay que olvidar, por ejemplo, que en Europa, en el ecuador de los años setenta, el activismo armado se extiende como forma de cuestionar los procedimientos tradicionales de las democracias de posguerra. En 1977desaparecen dramáticamente en

Alemania los líderes de la primera generación de la Fracción del Ejército Rojo (RAF); en 1978 las Brigadas Rojas italianas alcanzan el cenit de su enfrentamiento con el Estado mediante el secuestro y asesinato de Aldo Moro; en las mismas fechas se constituye en Francia Acción Directa, inspirada en parte por la autonomía italiana y en parte por el viejo anarquismo español. A su vez, el terrorismo palestino se hace presente en diferentes capitales europeas a lo largo de toda la década de los setenta, la misma en la que un IRA, renacido de sus cenizas, actúa con una violencia sin precedentes en el Ulster.

Si esto ocurría en Europa, con democracias consolidadas, no es de extrañar que en España, donde todavía se estaba saliendo de una dictadura reciente, la opción armada sedujera a cientos de jóvenes a lo largo y ancho del país. En esos años florecen numerosos grupos locales que recurren a la violencia como método de acción, aunque la mayor parte de ellos no se consolidan y desaparecen o son desmantelados por la policía al poco tiempo de nacer.

El Ejército Rojo de Liberación Armado, en Madrid; el Ejército Revolucionario de Ayuda a los Trabajadores, en la Seat de Barcelona; el Frente Popular Gallego; la Guerrilla Roja Catalana; el Comando Valeriano Martínez, en Asturias; el Front Militar de Catalunya; los Grupos Armados 28 de Febrero, de Andalucía; los Grupos Armados Revolucionarios, en Santander; la Organización de Destacamentos Armados Canarios; los Grupos Autónomos Anarquistas, en Barcelona; o los Grupos Armados 28 de Febrero, en Andalucía, son algunas de las organizaciones que surgen en ese periodo anunciando su decisión de utilizar la lucha armada y responsabilizándose de diversos atentados, que no tienen continuidad. Grupos nacidos años antes, como el MPAIAC o los GRAPO, continúan activos y, especialmente este último, son capaces de interferir de forma notable en la vida política española de los setenta. En cambio, el FRAP, que había tenido en su momento relativa importancia, desaparece en los primeros años de la democracia.

En el País Vasco el fenómeno no consiste tanto en la aparición de nuevos grupos —aunque no falta el nacimiento de unas cuantas organizaciones fugaces, junto a otras, como los Comandos Autónomos Anticapitalistas, menos efímeras— como en la

incorporación masiva a los grupos armados ya preexistentes y consolidados.

El que fuera dirigente de ETApm Fernando López Castillo recuerda cómo el «estado de efervescencia» política y social existente en Euskadi en 1977 provocaba que miles de jóvenes creyeran, pese al avance hacia la democracia, que la transición no conducía a nada. «Yo era uno de ellos —afirma—. Así se generaron las condiciones para captar una militancia sorprendente: en un año se desarrolló una organización de trescientos militantes».

ETA ofrece a muchos jóvenes inquietos una perspectiva de «acción auténtica» frente a la pasividad de los partidos tradicionales. «Mi decisión de entrar a formar parte de las estructuras de la organización [ETA] —afirma el miembro del comando *Madrid* Ignacio Aracama, *Macario*— se debe a que entendía que ésta era la única organización política que gracias a sus métodos ofrecía los instrumentos adecuados para avanzar hacia los objetivos estratégicos que nuestra conciencia de clase y nacional nos demandaba».

El juicio de Burgos, en 1970, había desatado una oleada de solidaridad con ETA en Euskadi, mientras que el atentado contra el almirante Carrero, tres años más tarde, le había proporcionado una imagen de eficacia y contundencia que no había sido difuminada ni siquiera por masacres como la de la calle Correo, en Madrid.

El primer paso en el reforzamiento de ETA militar vino de la fusión con los comandos *Bereziak*, que en abril de 1977 hicieron oficial la crisis que les enfrentaba a la dirección de ETApm y en septiembre culminaron la ruptura anunciando su ingreso en las filas de los *milis*.

Los *Bereziak* —de sesenta a cien activistas, que constituían el grueso de los grupos armados de ETApm— se pasaron en bloque a ETAm, la facción minoritaria desde la escisión de 1974. La unificación de las dos ramas dio lugar a una organización poderosa, con un gran número de efectivos, que de esta forma adquiría la dimensión necesaria para enfrentarse a la reforma propugnada por el Gobierno de Adolfo Suárez.

La entrada de los *comandos especiales* en ETAm fue aprobada por los *milis* en una asamblea de *liberados* celebrada en julio de 1977 en un hotel de la localidad vascofrancesa de Anglet, y se consumó en

otra reunión en el mismo lugar, en el mes de septiembre, en la que se constituyeron los órganos de dirección con la presencia de representantes de los dos sectores. Previamente, unos cuarenta miembros de los *Bereziak* habían celebrado una asamblea en Hasparren (Francia) en la que dieron el visto bueno a la unificación y eligieron a los tres representantes de su fracción que debían integrarse en la ejecutiva de la organización resultante de la fusión.

De esta forma, en la segunda asamblea de Anglet se configuró el núcleo dirigente de ETA que llevó el timón de la organización, sin apenas cambios, hasta 1992. La ejecutiva etarra estaba formada por miembros de la rama *militar*, como Domingo Iturbe Abásolo (*Txomin*), José Antonio Urrutikoetxea (*Josu Ternera*), José Miguel Beñarán (*Argala*), José Luis Ansola Larrañaga (*Pello el Viejo*), Juan Ramón Aramburu (*Juanra*), Isidro Garalde (*Mamarru*) y por los tres procedentes de los *Bereziak*: Francisco Múgica Garmendia (*Pakito*), Juan Lorenzo Lasa Mitxelena (*Txikierdi*) y Eugenio Etxebeste (*Antxon*). La primera baja en este núcleo dirigente fue la de su ideólogo, Argala, asesinado en diciembre de 1978.

El poder quedó repartido entre los dos sectores que integraban la nueva ETA de forma equilibrada: los activistas procedentes de los *Bereziak* controlaban el aparato de comandos *ilegales* de forma continuada y en exclusiva; el *aparato de legales* era compartido por las dos ramas, al igual que el *aparato político* y el área de relaciones internacionales, mientras que las finanzas, la logística y la información quedaban en manos exclusivas de los antiguos *milis*.

Este grupo de activistas, junto a otra serie de colaboradores que en ese momento ocupaban puestos de segunda fila, pero que asumieron importantes responsabilidades en años posteriores, constituyeron el núcleo de dirección que controla ETA hasta el año 1992, como ya se ha dicho. Se trataba de un colectivo en el que predominaban los guipuzcoanos, en su mayor parte de comarcas del interior de la provincia y que, en buena medida, entraron en ETA tras el juicio de Burgos de 1970.

Reclutamiento masivo

En un desconocido caserío del País Vasco francés el 3 de diciembre

de 1977 se presenta particularmente agitado. En coche, desde primeras horas de la mañana han ido llegando grupos de jóvenes procedentes de Biarritz, Bayona y Hendaya. Después de acompañarlos al interior de la casa, el conductor del automóvil en el que han hecho el viaje se marcha, para regresar al cabo de unas horas con un nuevo grupo. Así hasta sumar un total de treinta personas. Proceden de diversas localidades del País Vasco y de Navarra. Unos acuden desde Tolosa, Ordizia, Rentería o Pasajes, otros de Pamplona o Etxarri Aranaz, también hay algunos vizcaínos de Berango, Getxo, Gernika y el Duranguesado.

Pasarán los quince días siguientes encerrados en un caserío del País Vasco francés —encuadrados en tres grupos de diez, encapuchados la mayor parte del tiempo—, durante los cuales asistirán a un cursillo en un aula dividida por cortinas. Enrique Gómez Álvarez, *Korta*, el instructor, puede verlos a todos y todos lo ven a él, pero las capuchas impiden que los «alumnos» puedan reconocerse entre sí. Al resto de los asistentes sólo pueden escucharlos, al otro lado de las cortinas.

Durante dos semanas toman notas sobre la elaboración de artefactos explosivos, montan y desmontan armas o reciben instrucciones sobre medidas de seguridad en la clandestinidad. Transcurrido ese tiempo, se trasladan en pequeños grupos a un búnker costero en San Juan de Luz, donde, bajo la supervisión de Isidro Garalde, *Mamarru*, realizan prácticas de tiro e incluso de colocación de explosivos.

Un miembro de ETA afirmaba en 1980 que la formación en el uso de explosivos era completa y estaba bien organizada; la práctica con armas de fuego, en cambio, dejaba bastante que desear, lo que evidentemente constituía una debilidad a la hora de actuar.

El último día, los alumnos, la mayoría de ellos procedentes de los *Bereziak*, reciben la visita de José Miguel Beñarán, *Argala*, acompañado de Dolores González Catarain, *Yoyes*. Argala, el único que habla, les da una charla política. Tiempo atrás, la formación ideológica hubiera llevado varios días y habría exigido la lectura de diversos documentos. Otras tandas de nuevos activistas no tienen tanta suerte como la del 3 de diciembre: «el instructor político» no aparece.

La concentración termina con una entrevista de cada uno de los

jóvenes con Txomin Iturbe, al que entregan el cuaderno donde han tomado sus apuntes. En esta reunión conocen el nombre del comando en el que se integrarán, y reciben las últimas instrucciones antes de volver a sus respectivos domicilios siguiendo un procedimiento similar al utilizado para llegar al caserío. Dos o tres semanas después, los cursillistas tendrán que acudir a una cita en la que un desconocido les hará entrega de una bolsa con armas y explosivos, en la que también se encuentra el cuaderno de notas que han usado en los quince días de cursillo. *Gamboa, Otxabio, Xeiherri, Bizkargi, Murumendi* o *San Donato* son algunos de los nombres que aparecen en las tapas de esos cuadernos, correspondientes a nuevos grupos *legales*.

Los treinta asistentes al cursillo del 3 de diciembre constituyen una de las primeras promociones de activistas enrolada en ETA militar tras la fusión con los comandos *Bereziak*.

El objetivo de este reclutamiento masivo es llenar el País Vasco y Navarra de células armadas y realizar el mayor número posible de atentados en un plazo reducido.

ETA dispone en esas fechas de facilidad de movimientos en Francia, suficiente como para poner en pie una sólida estructura que encuadre a los nuevos activistas. Los dirigentes, las viviendas adaptadas para impartir cursillos, los depósitos de armas, los enlaces… todo se encuentra en Francia a salvo de la persecución policial española.

Entre 1977 y 1979, ETA logra organizar nada menos que ochenta y dos comandos *legales*, que se suman a los ya existentes y a los grupos *ilegales*. En 1978, la tarea de captación, adiestramiento y activación de comandos *legales* es vertiginosa. Todo ello se traduce en la posibilidad de disponer de un nuevo grupo armado en condiciones de cometer atentados cada once días. En 1979 el ritmo es similar, pues ETA logra sacar a la calle un comando cada dos semanas.

Durante el bienio 1978-79, ETA logra organizar veinticuatro comandos más que los que desmantelan las fuerzas de seguridad. Todo eso sin contar con los grupos de recogida de informaciones o los de propaganda.

La afluencia de nuevos militantes es tal que ETA rechaza a aquellos aspirantes a integrarse en los comandos *legales* que no han

hecho el servicio militar. Esta exigencia desaparecerá unos años más tarde, cuando la afluencia de jóvenes deseosos de unirse a ETA disminuya y la organización no pueda permitirse ya rechazar a un solo simpatizante.

Desde Francia, los dirigentes de ETA controlan las dos estructuras de comandos armados que, de forma paralela, se ponen en marcha: los *legales* y los *ilegales* o clandestinos. Los primeros constituyen la fuerza principal de ETA, ya que cometen más de las tres cuartas partes de los atentados durante los años 1978 y 1979. Estos grupos son responsables, también, del 63 por ciento de los asesinatos. Su actividad es, por tanto, clave en la escalada terrorista de esos años.

Así pues, los comandos *legales*, diseminados por todas las comarcas del País Vasco y buena parte de Navarra, desarrollan una intensa actividad. Sus miembros no están fichados, compaginan una vida normal en sus domicilios, en el trabajo o el instituto, con la actividad clandestina. Dentro de la organización sólo conocen a sus jefes directos, que les envían el material necesario, las órdenes y, en ocasiones, dinero, no demasiado, porque es el suyo un terrorismo poco costoso. Se comunican con ellos mediante notas que algún enlace se encarga de recoger, aunque en ocasiones mantienen entrevistas personales con sus responsables orgánicos en el sur de Francia: en las calles y bares de San Juan de Luz o de Hendaya, en el monte Larrún, en Biarritz.

Los segundos, los *ilegales*, constituyen la élite de ETA: están formados por huidos residentes en Francia que pasan «al interior» de forma clandestina para realizar campañas de atentados o, a veces, para cometer una única acción. Miembros antes de comandos *legales*, logran escapar al ser descubiertos por la policía y ahora se entregan plenamente al activismo. Son integrantes de grupos de reserva o están encuadrados en los comandos *Donosti, Éibar, Vizcaya, Araba, Nafarroa, Goierri* o *España* (luego *Madrid*), tienen mejor preparación que los *legales* y más medios económicos y materiales. El nombre del comando alude a la zona en la que actúa.

Juan Lorenzo Lasa Mitxelena, *Txikierdi*, es el primer jefe de esta estructura. Su detención, en 1985, da lugar al ascenso de su mano derecha, Santiago Arróspide Sarasola, *Santi Potros*.

Hasta mediados de los ochenta, la estancia de los etarras en

Francia es cómoda. No son perseguidos por las autoridades, y si son arrestados, las penas de cárcel son benignas; sólo ocasionalmente se produce alguna redada a la que sigue el confinamiento lejos de la frontera, pero en cuestión de semanas los deportados están de vuelta. La proximidad de la frontera española les permite estar en contacto permanente con familiares y amigos. Los fines de semana pasan a Francia cuadrillas enteras a visitar al amigo huido, llevarle comida, ropa y, sobre todo, prestarle apoyo moral. El exiliado adquiere a ojos de muchos una imagen romántica, aparece rodeado, a partes iguales, del aura del perseguido y del aventurero. Estas visitas de fin de semana permiten a ETA incrementar el reclutamiento, integrar en la organización a muchos de los que acuden a ver a los huidos. La admiración por el amigo comprometido da paso a la propia militancia.

Cuando cruzan la frontera para iniciar una campaña de atentados, los activistas encuadrados en los comandos *ilegales* se apoyan en colaboradores *legales*. Son éstos quienes les dan alojamiento, les facilitan transporte e información. Las campañas, hasta 1987, son breves, de poco más de cinco meses, tras los cuales los activistas regresan a Francia, mientras otro grupo entra en su lugar para hacer el relevo. Dado que ETA no tiene problemas para reclutar activistas, cada grupo de *liberados* está formado por seis personas, que actúan juntas o divididas en dos células.

A estos grupos corresponde, en teoría, realizar las acciones terroristas más arriesgadas y complejas. Son los *liberados* del comando *Araba* —reforzados hasta sumar nueve personas— los que penetran en el interior del Centro de Instrucción de Reclutas de Araca (Vitoria) para ametrallar un barracón ocupado por guardias civiles. Son los miembros de los comandos *Éibar* y *Vizcaya* los que en febrero de 1980 tienden una emboscada a una patrulla de la Guardia Civil en Ispaster que se salda con seis agentes muertos y dos etarras víctimas de su propio fuego. Los miembros del comando *Goierri* realizan en julio de ese mismo año otra emboscada similar en Aia, que deja sobre el campo los cuerpos de dos guardias y de dos de los etarras, abatidos al repeler las fuerzas del orden la agresión. Del ataque de Ispaster los agentes habían sacado algunas lecciones para minimizar sus bajas y responder con más eficacia.

El comando Argala

Es esta capacidad de encuadrar nuevos militantes y poner en marcha grupos armados lo que hace posible que ETA desarrolle en ese periodo una intensa actividad, que se traduce en un atentado cada dos días y un asesinato cada cinco. De los grupos organizados en este periodo destaca uno sobre todos los demás, por su singularidad, por los muchos años que permaneció activo y por la relevancia de sus atentados. Se trata del que, unos meses después de nacer, fue bautizado como comando *Argala*, en honor al asesinado ideólogo de ETA.

La singularidad de este grupo residía en que estaba compuesto únicamente por ciudadanos franceses y era el brazo ejecutor de la cúpula de ETA a causa de la dependencia directa de los jefes de esta organización: Txomin, Txikierdi, Azkoiti y Pakito, sucesivamente.

El comando *Argala*, creado por Txomin Iturbe en 1978, actuó durante casi doce años sin que sus miembros fueran identificados hasta su desarticulación en marzo de 1990. Las características especiales del grupo —derivadas de la nacionalidad de sus integrantes y de su relativa independencia orgánica de los *aparatos* de ETA— le permitieron pasar desapercibido ante los servicios policiales. Sus atentados eran atribuidos a los comandos conocidos de ETA.

Además del número de años que estuvo activo, hay que destacar la importancia de sus acciones. En este tiempo cometió 38 asesinatos, en Madrid y Zaragoza, fundamentalmente. Sus acciones tenían una significación política muy superior a las de los otros comandos de ETA. Siguiendo instrucciones de Txomin, el grupo asesinó al magistrado Mateu Cánovas y a los generales Constantino Ortín y Gómez Ortigüela, e intentó hacer lo mismo con el también general Esquivias Franco.

El acceso del PSOE al poder, en octubre de 1982, fue saludado por este comando con el asesinato del jefe de la División Acorazada Brunete, el general Lago Román. El general Quintana Lacacci, uno de los hombres clave en el fracaso del golpe de Estado del 23-F, fue la siguiente víctima mortal del grupo. Para responder al asesinato de Santiago Brouard, la dirección de ETA envió el comando a Madrid, y en menos de veinticuatro horas atentó contra el general

Rosón, hermano del exministro del Interior, que resultó gravemente herido. Al «comando francés» se le encargó la venganza por las acciones del GAL y fue encargado del asesinato de Clement Perret, a quien se suponía vinculado con las actividades del grupo anti ETA.

Desarticulado el comando *Madrid* en enero de 1987, los pistoleros franceses fueron los encargados de hacer creer que ETA había vuelto a organizarse en la capital española, para lo cual colocaron tres coches bomba en el mes de mayo que mataron a una transeúnte. Cuando las primeras conversaciones de Argel se encontraban al borde de la ruptura, después de que Julen Elgorriaga hubiera exigido una tregua en las actividades terroristas, ETA respondió una vez más con una acción de este grupo especial, la voladura del cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza, en la que murieron once personas.

El 22 de noviembre de 1988, veinticuatro horas antes de que Felipe González se entrevistara con Mitterrand en Montpellier, el mismo comando atentó contra la Dirección General de la Guardia Civil, en Madrid, causando la muerte de dos personas. También fue este comando el responsable de la primera oleada de cartas bomba contra funcionarios de prisiones, y el que colocó las bombas en las vías férreas que supusieron la confirmación de la ruptura de Argel. La fiscal Carmen Tagle, once años después del asesinato del juez Mateu Cánovas, también cayó abatida por sus armas.

El refugio francés y otros apoyos

La tradición de Francia como tierra de asilo, unida a los intereses políticos y económicos en conflicto entre Madrid y París, se conjugaron para prolongar la tolerancia de las autoridades francesas hacia ETA.

Buena parte de los intelectuales y de la clase política y periodística francesa, con alguna excepción notable como la de Jean-François Revel, veían a ETA como una organización antifranquista en lucha por los derechos de los vascos. En el mejor de los casos, identificaban a los etarras con unos jóvenes idealistas, ignorando el baño de sangre que estaba provocando tanta miopía.

Los dirigentes políticos franceses no razonaban de forma muy

distinta a *monsieur* Gaurjon, párroco de la localidad de Valensole, adonde habían sido deportados diecisiete miembros de ETA en enero de 1979. «Yo no creo que sean terroristas, más bien pienso que son unos jóvenes idealistas, que tienen sus ideas políticas y tienen derecho a expresarlas», afirmaba el sacerdote, el mismo día en que era asesinado un vecino de la localidad vizcaína de Ibarruri.

La transición a la democracia no cambió apenas la postura de París, que mantuvo su tolerancia hacia ETA a cambio del compromiso tácito de que ésta mantendría bajo control al nacionalismo vascofrancés. Esta postura permaneció sin cambios durante los años 1977 y 1978 y sólo inició un giro en enero de 1979, al ser detenidos veinte miembros de ETA. Siete de ellos fueron entregados a las autoridades españolas y el resto confinados en los Alpes Marítimos y la Alta Provenza.

Esta operación aislada, consecuencia de un pacto encaminado a evitar que Adolfo Suárez denunciara la actitud de París ante el Consejo de Europa, fue replicada de inmediato con una oleada de atentados contra intereses franceses que se prolongó a lo largo de varios meses. Treinta y un actos terroristas se cometieron durante esta campaña, que fue suficiente para disuadir a Francia de nuevas iniciativas contra ETA durante los cuatro años siguientes.

La tolerancia francesa no fue la única ventaja de la que ETA disfrutó en el ámbito internacional durante la segunda mitad de los años setenta, aunque sí la más relevante. En 1976, como consecuencia del desacuerdo con Madrid sobre la descolonización del Sáhara, Argelia decidió «castigar» a España ofreciendo ayuda al MPAIAC canario y a ETA. Sesenta y tres miembros de las dos ramas de la organización recibieron adiestramiento en la escuela de Policía de Souma a lo largo de tres cursos que tuvieron lugar durante el citado año. La ayuda argelina se interrumpió en 1977 al descubrir la policía española la existencia de los cursillos, aunque se reanudó en 1984, como veremos más adelante.

Libia, en cambio, nunca adiestró a miembros de ETAm. Representantes de esta organización visitaron Trípoli a principios de los ochenta para estudiar la posible ayuda del régimen del coronel Gadafi, pero las exigencias libias frustraron la posibilidad de un acuerdo similar al que había existido con Argelia. En su lugar, ETAm buscó la ayuda del Frente Popular para la Liberación de

Palestina, que proporcionó adiestramiento a doce etarras durante los meses de febrero y marzo de 1980 en un campamento yemení. El año anterior, seis miembros de ETApm habían recibido un cursillo similar impartido en Líbano por la OLP.

La fracasada lucha contra la reforma

Al iniciarse el periodo democrático, ETA todavía arrastra una concepción *militar* inspirada por las teorías maoístas de la *guerra popular* según la cual el grupo insurgente puede vencer a las fuerzas armadas enemigas o, al menos, ser el detonante de una insurrección general que dé el triunfo a los revolucionarios.

Estas tesis habían sido abandonadas ya por los *polimilis* en la segunda parte de su VI Asamblea celebrada en febrero de 1975, asumiendo la imposibilidad de destruir las fuerzas enemigas en un enfrentamiento convencional y poniendo en duda la capacidad de ETA para provocar una insurrección general. Como alternativa, ETApm se propuso desarrollar una guerra de desgaste «con el objetivo de forzar una negociación política».

Tres años más tarde, en febrero de 1978, tal vez por la influencia de los *Bereziak*, ETA militar asumió también la idea de la imposibilidad de derrotar al adversario y abandonó las tesis insurreccionales. En su lugar, planteó la Alternativa KAS, que incluía el derecho de autodeterminación y la integración de Navarra en Euskadi como condición para una negociación con el Estado, indicando que sólo se podría discutir la forma de aplicación, pero no los contenidos. «Los cinco puntos mínimos [de la Alternativa KAS] por su misma naturaleza no son negociables, sino a lo sumo concretizables (sic) entre el Gobierno español y ETA», manifiesta ETAm de forma rotunda en el *Zutabe* de junio de 1980.

Este cambio de orientación tardó en ser asumido por muchos miembros de ETA y de los sectores políticos afines. Esta actitud se refleja, por ejemplo, en el escrito de un comando de *liberados* publicado en el *Zutabe* de febrero de 1980 en el que propugnaba una estrategia *militar* que contemplara el asalto de cuarteles o la toma de localidades, al estilo de los grupos insurgentes latinoamericanos.

El cambio de táctica —el paso del insurreccionalismo a la «negociación» política— se produce en un momento en el que concurren dos factores contradictorios dentro de la organización terrorista. Por un lado, desde el punto de vista organizativo, ETA se encuentra en una posición de gran fortaleza, posiblemente la mejor que haya disfrutado nunca, gracias al gran número de células armadas de que disponía. Por otro, se enfrenta al inicio de una situación de debilidad política que, previsiblemente, se iba a acentuar en el futuro debido a los triunfos que empieza a cosechar la reforma política de Adolfo Suárez. Las elecciones del 15-J de 1977 han sido un éxito y las cámaras salidas de las urnas trabajan en la elaboración de una Constitución que terminará de legitimar el naciente sistema democrático. ETA no ignora, en ese momento al menos, esta situación: «La reforma iniciada por Suárez el 15 de junio va poco a poco ganando posiciones y consolidando un proceso institucional que, una vez aprobada la Constitución, asegurará la conformación de un régimen reconocido internacionalmente como democrático», afirma ETA en el *Zutabe* de abril de 1978.

Advertido el peligro de que el proyecto que impulsa Adolfo Suárez se consolide, con lo que ello supondría de deslegitimación de la propia ETA, esta organización se fija como prioridad fundamental impedir «la estabilización de la reforma», al menos en Euskadi. Se trata lisa y llanamente de que la «monarquía parlamentaria» se sitúe ante «la alternativa de ver peligrosamente desestabilizado su proyecto a nivel estatal o acceder a las exigencias de KAS», tal como expresa con claridad meridiana la propia organización terrorista.

Una vez decidido el objetivo a batir, la reforma política, ETA pone al servicio de este propósito toda su maquinaria bélica e inicia, a finales de 1977, una ofensiva sin precedentes contra el Estado, basada en atentados contra funcionarios policiales y militares, además de ataques contra supuestos confidentes, empresas, etc. La ofensiva contra la reforma política se hace más intensa a mediados del año siguiente, cuando en las Cortes Generales se inician los trabajos de elaboración de una Constitución democrática.

Los atentados se multiplican en el mes anterior a la celebración del referéndum constitucional. En apenas treinta días, ETA realiza treinta y dos acciones terroristas que dejan un saldo de quince

personas asesinadas. El balance de un atentado diario y un asesinato cada dos días da una idea cabal de la intensidad del esfuerzo terrorista empleado contra la Constitución.

Tras el referéndum, ETA, al igual que el resto del nacionalismo, hace suya la interpretación de que la Constitución ha sido rechazada en el País Vasco por el discutible procedimiento de sumar los votos en contra y las abstenciones e interpretarlos todos como expresión contraria al texto sometido a votación. No obstante, como ha señalado Kepa Aulestia, tras el referéndum, Argala perdió la esperanza de forzar la ruptura frente al reformismo. Sin embargo, la incógnita de hacia dónde hubiera evolucionado el principal teórico de ETA militar no tiene solución: apenas dos semanas más tarde una bomba colocada bajo su coche le causó la muerte. Le sucedieron, al frente del aparato político, Eugenio Etxebeste y José Antonio Urrutikoetxea.

Una vez aprobada la Carta Magna, en el horizonte político vasco se abre el debate sobre un Estatuto de Autonomía que dé carta de naturaleza institucional a la reivindicación de autogobierno compartida por la mayoría de los vascos. Este proceso político supone un nuevo divorcio entre ETA y la mayoría de la sociedad, que incluye, como ya se ha mencionado anteriormente, al PNV.

El resultado favorable al Estatuto ponía a ETA en la tesitura de admitir que la sociedad vasca se había pronunciado en contra de sus tesis. Sin embargo, ETA alegó que había habido «trampas y manipulaciones», y suma la abstención (considerada en su mayoría como consciente y por tanto asumida) a los votos en contra, concluyendo que se ha conseguido un equilibrio de fuerzas, con lo que «la Organización considera estar en condiciones de seguir la lucha y de endurecerla en la medida de sus posibilidades».

De forma tan inconsistente, ETA soslayaba la derrota sufrida en el referéndum y prometía un recrudecimiento de la actividad terrorista.

La espiral de la violencia

El recrudecimiento, en realidad, se había iniciado hacía tiempo, a finales de 1977, y de ello dan buena fe el número de muertos como

consecuencia de los atentados de ETAm. De las doce personas asesinadas en 1977 —seis de ellas en los últimos tres meses del año —, se había pasado a sesenta y dos al año siguiente y a sesenta y nueve en el año del referéndum estatutario, sin considerar las ocasionadas por otras organizaciones (los *polimilis* se hicieron responsables de ocho muertes en el bienio 1978-79 y los Comandos Autónomos de otros ocho asesinatos). En esos dos años, se había producido el doble de víctimas mortales que en los dieciocho años transcurridos desde que en 1960 ETA matara por primera vez.

La violencia impregna la vida diaria en el País Vasco y Navarra al terminar la década de los setenta. Prácticamente, no pasa un solo día en el que no se registre algún atentado. Son auténticos años de plomo en los que la sombra de la muerte se extiende amenazadora sobre una sociedad intimidada.

Si para muestra basta un botón, según dice el refrán, será suficiente repasar por encima un mes cualquiera para darse cuenta de la losa que ha sido el terrorismo en Euskadi. Veamos, por ejemplo, el mes de enero de 1979, un mes alejado tanto de la ofensiva etarra contra la Constitución como de la desplegada contra el Estatuto.

Apenas había transcurrido un día desde que se iniciara el año, cuando se registraban los dos primeros muertos. En Pamplona, el artificiero de la policía Francisco Berlanga perdía la vida al intentar desactivar una bomba, mientras que en San Sebastián era asesinado a tiros el comandante José María Herrera, ayudante del gobernador militar. El mismo día 2, también en Pamplona, estallaba otra bomba en un bar.

Al día siguiente, un atentado de más impacto político: el gobernador militar de Madrid, general Constantino Ortín Gil, caía abatido cerca de su domicilio por los tiros de Henri Parot, hijo de un *pied noir* francés, nacido en Argelia, ganado para la causa vasca por Txomin Iturbe y activista principal del comando *Argala*. Pero no fue el único acto terrorista del día. En Bermeo un comando heteróclito cuyos miembros creían ser de ETA porque quien los reclutó así se lo dijo, pese a que carecían de cualquier vínculo real con esta organización, tiroteaban las oficinas de la Policía Municipal, y en Vitoria una bomba destrozaba el coche de un supuesto confidente. El día 4, ETAm realizaba un secuestro de unas

horas en Andoain para atracar una caja de ahorros y conseguir medio millón de pesetas de botín, a la vez que en Bilbao estallaba una bomba en unas dependencias policiales de la calle Heros. Veinticuatro horas después, también en Bilbao, otra bomba estallaba en otra oficina policial de la Estación del Norte. En Llodio, el guardia civil Ciriaco Sanz era asesinado a tiros por el comando *Upo*. El *Urkiola*, a su vez, llevaba a cabo un robo de explosivos en una cantera de Durango.

El día 6, en Beasain, ETA franqueaba otro límite moral al tirotear a bocajarro al guardia civil Antonio Ramírez y a su novia, Hortensia González, en el interior de un coche. Al explicar el doble crimen, que el grupo terrorista calificaba de «enfrentamiento», y en especial la muerte de la mujer, ETA decía que era una advertencia de que estaba dispuesta a llegar a las «últimas consecuencias». Tras este atentado se produce un insólito periodo de calma que llega hasta el día 13, en el que tres guardias civiles son asesinados en Azpeitia. Los atentados se suceden, aunque sin víctimas: es ametrallado el cuartel de la Guardia Civil de Portugalete, el 15; falla un atentado del comando *Xenki* con explosivos contra un juez de San Sebastián, el 18; estalla un artefacto en unas oficinas forales de Vitoria y otro en unos almacenes comerciales, el 20.

El día 26, en la localidad de Tudela, Juan Luis Echeverría Aguirre, un antiguo carlista devenido en etarra, intenta asesinar a un guardia civil. El agente se percata y se entabla un tiroteo en el que resulta muerto el miembro de ETA. Al día siguiente la muerte se hace presente en la pequeña localidad de Echarri Aranaz, en el corazón de la Barranca. El exalcalde Jesús Ulayar es asesinado a tiros por un comando en el que está integrado un sobrino suyo. El 28, el atentado del día ocurre en Vitoria: una bomba en un colegio, sin víctimas. El 29 la cita con la sangre se produce en Tolosa: otra bomba causa la muerte del guardia Esteban Sáenz cuando iba de patrulla. La gestora del ayuntamiento protesta «máxime por la forma suicida en que ha [sido] llevado a efecto, [el atentado] poniendo en peligro la vida y la seguridad de los tolosanos». Un atentado en campo abierto tal vez no hubiera sido tan repudiable.

Faltan dos días para acabar el mes, pero todavía hay tiempo para nuevas víctimas. El día 30, en Antzuola, es asesinado el viajante José Fernando Artola. En Vitoria estalla una bomba en un

coche. El día 31, por último, un guardia civil retirado, Félix de Diego, es asesinado a tiros en el bar que regenta en Irún. De nada le sirvió haber cambiado el uniforme por el delantal de camarero.

La extrema derecha, o los grupos parapoliciales, no han estado ociosos durante ese mes. El día 13, el dirigente de ETA Imanol Pagoaga, *Peixoto*, recibe un disparo en la cara que le deja casi ciego. Una supuesta Organización Antimarxista y Antiseparatista (OAMAS) se atribuye este atentado, así como la colocación de una bomba en un bar de Hernani y los disparos contra un vecino de San Sebastián, que también resulta herido.

Es la densa, pero esquemática, cronología de un mes muy parecido a tantos otros del periodo 1977-79 en el que la violencia y sus ejecutores están omnipresentes en la sociedad vasca.

Toda esta actividad terrorista responde a tres líneas estratégicas principales: el enfrentamiento directo contra el Estado, la atemorización social y el apoyo a las movilizaciones populares.

Aunque todos los atentados, en último término, significan un enfrentamiento con el Estado, algunos de ellos simbolizan en particular esta intención: se trata de aquéllos dirigidos contra las Fuerzas Armadas y cuerpos policiales, como encarnación del poder del Estado y, a los ojos de ETA, responsables directos de la «opresión» del País Vasco; en este grupo hay que incluir también los ataques contra la judicatura o los funcionarios de prisiones y contra otros símbolos del poder como las sedes oficiales.

En noviembre de 1977 fue asesinado el comandante del Ejército que mandaba la Policía Armada en Navarra, y el 21 de julio del año siguiente resultó abatido en Madrid el general Juan Sánchez-Ramos Izquierdo, el primer militar de alta graduación muerto en atentado desde la guerra civil.

Esta acción, que constituyó el inicio de los ataques de ETA contra jefes militares, provocó contradicciones internas en el seno de la izquierda *abertzale*, donde se escucharon voces en contra. La elección de los militares como objetivo se debía a la desestabilización que podía suponer el acoso al Ejército. Los atentados contra los militares no se justificaban por el papel que éstos ocupaban en la estructura del poder, sino por las tensiones que podían producir en el seno de las Fuerzas Armadas.

La argumentación cambia al cabo de dos o tres años, cuando los

atentados contra militares forman parte de la rutina etarra. Entonces se deja de apelar al potencial desestabilizador y se buscan nuevas razones que justifiquen los ataques a las Fuerzas Armadas *per se*. Se les acusa de ser «el elemento de presión» que impide el logro de la Alternativa KAS o de constituir «uno de los pilares con los que cuenta el Estado opresor español para continuar sometiendo a Euskadi sur».

El ataque contra altos mandos militares se convierte en una práctica rutinaria a partir del verano de 1978, y el comando *Argala* se convierte en el principal ejecutor de la dirección de ETA en los atentados contra los altos mandos militares.

Al colectivo uniformado pertenece el 63 por ciento de las personas asesinadas por ETA durante 1978 y 1979, lo que pone de relieve la intensidad del esfuerzo criminal contra militares y policías. Cuarenta y tres guardias civiles, veinticuatro policías nacionales, dieciséis militares y ocho policías municipales perdieron la vida en los tres últimos años de la década de los setenta a causa de los ataques de ETA.

Otra de las líneas estratégicas de los atentados de ETA es la que intenta extender en la sociedad el temor generalizado, para evitar cualquier conato de resistencia cívica o de colaboración con el «enemigo». Así se justifican los atentados contra personas acusadas de ser confidentes de la policía —lo de menos es si lo son o no, lo importante es el temor colectivo que provocan—, contra adversarios ideológicos, representados por personas a las que se identifica con el franquismo, con la UCD o, simplemente, con la resistencia a los símbolos del nacionalismo, y los atentados dirigidos contra exmiembros de ETA que han abandonado la disciplina de la organización y son sospechosos de traición.

El efecto de estas acciones es contundente: ETA logra generalizar el miedo en la sociedad vasca, un miedo cuya existencia no se reconoce, pero que se manifiesta de forma inequívoca en detalles como en la negativa a hablar de política en determinadas circunstancias, en la inhibición política y social ante el terrorismo, en la «cautelosa» actuación de los medios informativos, en el abandono a su suerte de las víctimas y, en definitiva, en la espiral del silencio.

Esta actitud de inhibición colectiva ante la fuerza se expresó en

el «algo habrá hecho», frase con la que se zanjaban todas las preguntas y con la que se extendía hacia la víctima y su familia una presunción de culpabilidad y, en último término, la responsabilidad de su propia muerte. La víctima no sólo perdía la vida ante los etarras, sino que por el hecho de ser asesinada hacía creíbles las acusaciones de los pistoleros.

Las hemerotecas están llenas de declaraciones de familiares de las víctimas de ETA pidiendo a los asesinos pruebas de sus acusaciones, como si se aceptara que en caso de existir tales pruebas el crimen pudiera estar justificado. Incluso organizaciones plenamente democráticas, sin sospecha alguna de simpatía hacia los terroristas, entran en esta lógica perversa.

En un episodio patético, la viuda de un policía muerto en 1978 amenazaba a los asesinos de su marido… con una querella por injurias como respuesta a las acusaciones formuladas por los etarras contra la víctima: «Las razones expuestas por ETA para justificar el ignominioso asesinato de mi esposo —escribía la viuda— son absolutamente falsas y me reservo el derecho a demandar a esta organización por injurias y asesinato». Una denuncia por calumnias contra el asesino movería a risa si no hubiese un muerto por medio.

La tercera de las líneas estratégicas subyacentes en la ofensiva etarra es el apoyo que presta con sus atentados a iniciativas sociales que podrían reportarle cuotas más altas de popularidad o adhesiones, en especial, la campaña contra la central nuclear de Lemóniz iniciada a finales de 1977.

La campaña contra la central nuclear de Lemóniz se tradujo en cientos de atentados entre 1977 y 1982. ETA se subió al carro de una movilización social ya en marcha y puso la violencia al servicio de la paralización de las obras.

Capítulo X

Un periodo de estancamiento

ETA afronta la década de los ochenta con el rechazo de la población vasca a sus planteamientos contra el Estatuto en Euskadi, pese a lo cual no renuncia a sus intentos de impedir el asentamiento de las nuevas instituciones, manteniendo su presión desestabilizadora, como ya hemos visto. La fortaleza organizativa y, en consecuencia, su capacidad para cometer atentados, le sirve para ocultar su fracaso político.

Ante la puesta en marcha de las nuevas instituciones derivadas del Estatuto de Autonomía, ETA responde con una doble maniobra política: por un lado, realiza un último intento de arrastrar al PNV hacia sus posiciones en torno a la Alternativa KAS y, por otro, promueve el desarrollo de instituciones alternativas pensadas para ejercer como contrapoderes frente a las derivadas del Estatuto.

Aunque la relación con el PNV había empezado a deteriorarse en 1978 a raíz de la convocatoria por parte de este partido de una manifestación «contra la violencia», fueron las posturas encontradas de ETA y PNV ante el Estatuto las que terminaron por provocar la ruptura entre ambas organizaciones. A principios de 1980, ETA desairó a los dirigentes del PNV. Tras haber hecho que pidieran por escrito la celebración de una reunión, les exigió la adhesión pública a la Alternativa KAS como paso previo, lo que frustró el encuentro. A pesar de ello, en octubre, los dirigentes de ETA Txomin, Josu Ternera y Antxon se reunieron con los peneuvistas Xabier Arzalluz y Gorka Aguirre, a los que trataron de convencer, sin éxito, para que

se situaran «en la trinchera» de ETA. El PNV había apostado por el Estatuto y no estaba dispuesto a renunciar a él cuando apenas empezaba a ponerse en marcha.

ETA calcula que si «la lucha armada se mantiene y crece la lucha de masas y la organización de toda la izquierda *abertzale*, podemos evitar el tranquilo gobernar del PNV», el partido mayoritario en las primeras elecciones autonómicas celebradas en 1980.

Tanto ETA como su entorno político optan por una estrategia que se basa en la negación de las vías institucionales abiertas por la Constitución y el Estatuto de Gernika —lo que se traducirá en su ausencia de las cámaras legislativas derivadas de estas leyes—, en el apoyo a los ayuntamientos, «como instrumento de potenciación del movimiento asambleario y de autoorganización popular», y en la creación de contrapoderes enfrentados a las instituciones estatutarias.

La estrategia de impulsar una institución alternativa, la Asamblea Nacional Popular, como se denomina inicialmente, o Euskal Herriko Batzarre Nazionala (Asamblea Nacional de Euskal Herria), como será conocida más tarde, se perfila en 1979. El EHBN, que pretende ser el «embrión del futuro organismo de contrapoder obrero y popular», se constituye en octubre de ese año, pero no pasa de una existencia mortecina antes de que el proyecto sea abandonado oficialmente en 1983, tras un completo fracaso. La iniciativa apenas consigue sumar a otras fuerzas políticas y sociales distintas de las que giran en la órbita de KAS, incapaces de sacar adelante un proyecto alternativo al Estatuto de Gernika y mucho menos de generar una legitimidad social que desplace al marco estatutario de 1979.

Fracasado este proyecto político alternativo y fracasado también el intento de arrastrar al PNV, no quedaría frente al proceso institucional derivado de la Constitución y el Estatuto más que la resistencia por la fuerza, respaldada de forma incondicional por los seguidores de ETA.

Hasta muy avanzada la década de los ochenta, en el seno de ETA existe el convencimiento de que no hay posibilidad de negociar con el Gobierno español a medio plazo, pese a que, desde poco después de la muerte de Franco, los intentos de contacto del Gobierno habían sido numerosos.

La propia organización terrorista se había encargado de impedir que estos contactos fructificaran. Unas veces planteaba exigencias imposibles, como la aceptación previa de la Alternativa KAS o que las reuniones tuvieran un carácter público; otras, despreciaba a los enviados del Gobierno o, lo que es peor, se mataba al mensajero, como ocurrió con José María Portell en 1978. No faltó, incluso, la voladura, a base de bombas, de iniciativas como la Mesa por la Paz promovida por el *lehendakari* Garaikoetxea, en 1983.

Sin una estrategia política precisa y sin creer en la viabilidad inmediata de la declaración de febrero de 1978, en la que planteaba la aceptación de la Alternativa KAS como paso previo a cualquier negociación, ETA se centra en el activismo armado orientado al «hostigamiento de las fuerzas enemigas» con el fin de «obligarles a reconsiderar la inseguridad e incomodidad de su presencia en territorio vasco y, en consecuencia, obligarles a abandonar éste».

Sin embargo, aunque parezca contradictorio, una vez desaparecidas del horizonte las campañas contra la Constitución y el Estatuto y sin perspectiva de conseguir a corto plazo la imposición de sus posturas al Gobierno, disminuye la intensidad del enfrentamiento directo con el Estado. Si en el bienio 1978-79 los ataques contra miembros de los cuerpos de Seguridad y de las Fuerzas Armadas representaban el 42 por ciento del esfuerzo terrorista, en el periodo 1980-85 los atentados contra este colectivo suponen sólo el 24 por ciento de la actividad de ETAm.

Aunque tanto en números absolutos como relativos se producen menos atentados contra miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, no es menos cierto que algunos de ellos son espectaculares. Además, este colectivo sigue proporcionando la mayor cifra de víctimas mortales. ETA pone un empeño especial en matar generales en Madrid. Lo intenta con el general Esquivias en 1980, y con el teniente general Valenzuela, jefe del Cuarto Militar del Rey, al año siguiente. Ambos resultan heridos. No tienen tanta suerte como ellos el jefe de la División Acorazada Brunete, Víctor Lago Román, asesinado el 4 de noviembre de 1982, ni el teniente general Guillermo Quintana Lacacci, muerto el 29 de enero de 1984. Todos ellos son víctimas del comando *Argala*, encabezado por Parot, como hemos visto al relatar la trayectoria de este sangriento grupo.

En el País Vasco, los jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas, al igual que los miembros de los cuerpos policiales, sufren un acoso constante y se producen atentados tan graves como el ya mencionado de Ispaster.

La capacidad desestabilizadora de los atentados de ETA obtuvo su mayor éxito con el fracasado golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. No cabe duda de que la provocación terrorista jugó un papel importante en la motivación del teniente coronel Tejero y sus cómplices, aunque no fuera éste el único factor desencadenante de la asonada. Paradójicamente, los estrategas de KAS, apenas unos días antes del 23-F, consideraban que no había peligro de golpe de Estado y que, incluso, la negociación con el Gobierno parecía más cercana que nunca.

La ceguera de los dirigentes de KAS ante la posibilidad de un golpe de Estado no era una ofuscación ocasional, sino una tradición sólidamente asentada en el seno de ETA y avalada desde antiguo por los análisis de su principal mentor ideológico, Argala. En el número 69 de *Zutik!*, de febrero de 1978, atribuido a Beñarán, ETA analiza las posibilidades de evolución política que se abren en ese momento en España y descarta que pudiera darse un golpe militar o, en todo caso, que éste pudiera triunfar. Argala opinaba que la dictadura militar no ofrecía ventajas para la burguesía porque «un nuevo franquismo» sólo contribuiría a acelerar «el proceso revolucionario». Además, creía que la comunidad internacional no permitiría que prosperase una intentona de estas características. El análisis no tenía en cuenta la posibilidad de que el Ejército, o una parte de él, adoptase una decisión autónoma, sin considerar los intereses económicos de la clase dominante o los factores geoestratégicos.

Dado que no era posible un golpe y la actividad de ETA hacía imposible el afianzamiento democrático, Argala llegaba a la conclusión de que la «solución más probable» era que la burguesía pactara «con el Pueblo Vasco» las condiciones de paz y aceptara la Alternativa KAS, «lo que significaría el fracaso de la reforma en Euskadi».

Con un voluntarismo que el tiempo demostró suicida, Argala señalaba que «el peligro de involución» no era más que «una especie de coco terrorífico» que se inventaba el Gobierno «como arma

psicológica para imponer un freno a cualquier alternativa de carácter progresista». La bomba que acabó con la vida de Beñarán en diciembre de 1978 le privó de la oportunidad de analizar si el «coco» Tejero era un «arma psicológica» del Gobierno o algo más que eso.

Pasado el susto del primer momento, y a pesar del riesgo, las provocaciones de ETA al Estado mediante los ataques contra el estamento militar se mantuvieron tras el 23-F. El golpe de Estado fallido conduce a ETA a una radicalización verbal: el sistema político español es una «dictadura militar» en la que los militares «han concedido la posibilidad de un gobierno civil», encabezado por Calvo Sotelo, como «última tentativa antes de la formación de un gobierno presidido por un militar», gobierno que, 19 años después, todavía está por llegar.

Hay en los documentos de ETA de esta época una evidente involución con respecto a otros de 1978, en los que se admitía que el régimen político español podía ser identificado con las democracias europeas, aunque esta condición se cuestionara en lo referente al País Vasco. La involución ideológica de ETA tiene como objetivo reforzar el sentido de su propia actividad violenta tras la entrada en vigor de la Constitución y el Estatuto. El golpe de Estado, que según los análisis etarras no podía producirse, demuestra que los militares mandan en el país, no hay por tanto un régimen democrático y, en consecuencia, ETA vuelve a enfrentarse al fascismo. Ésta es su lógica.

«En el proceso de refascistización actualmente en curso en el Estado, pactar, negociar con la burguesía, es doblegarse a sus intereses y por tanto, desde un punto de vista objetivo, colaborar con el proceso de vuelta al fascismo o si se quiere a un sistema de dictadura abiertamente represiva bajo el control del Ejército y la oligarquía», afirma ETA en un *Zuzen* de enero de 1982.

Los comunicados públicos de ETA y las declaraciones políticas publicadas en los diferentes números de *Zuzen* constituyen un ejemplo de voluntarismo o, lo más probable, una manipulación propagandística destinada a mantener intactas las esperanzas de cambiar un marco político que, en contra de las interpretaciones etarras, caminaba hacia su afianzamiento.

Las publicaciones de ETA presentan ante sus seguidores la

imagen de un régimen agónico a punto de derrumbarse, mientras crece de forma imparable la fuerza de la izquierda *abertzale*. En diciembre de 1980 ETA explicaba a sus militantes «la evidente debilidad demostrada por el poder central materializada en el fracaso del asentamiento de la reforma en Euskadi», reforma que se encontraría «en una coyuntura extremadamente grave», en contraposición al «contexto ascendente del MLNV».

Un año más tarde, desde las páginas del *Zuzen* de septiembre de 1981, se advierte que «la farsa de la reforma española viene tocando fondo en Euskadi sur» y los partidos reformistas «saben que su retroceso en el favor popular es notorio», todo lo contrario del «auge de KAS y HB». En enero siguiente, «el régimen de la monarquía hace aguas por todas partes», lo que explica que en julio «el Estado español esté viviendo en estos momentos la más grave de las crisis políticas que se han venido sucediendo desde la muerte del dictador Franco» y que de las elecciones de octubre de 1982 sea posible «deducir que nos encontramos ante uno de los últimos estertores que es capaz de ofrecernos la reforma política». Seis meses más tarde, en abril de 1983, la coyuntura política era «crítica para los reformistas», en opinión de ETA, que veía cómo «las fuerzas rupturistas siguen ascendiendo irresistiblemente». Ante tan evidente y prolongada agonía, no es de extrañar que en mayo la organización terrorista vaticine que «todo este entramado [el de la reforma] caerá como un castillo de naipes».

Por otra parte, a partir de 1981, disminuyen los atentados etarras dirigidos contra supuestos confidentes o enemigos ideológicos que persiguen la intimidación social. En estos objetivos apenas si se concentra el 7 por ciento de todos los actos terroristas. Probablemente ello se derive de la consideración implícita de que una vez asentado en la sociedad el clima de temor, su mantenimiento requiere ocasionales atentados que sirvan de recordatorio. Además, el impacto en la sociedad vasca de este tipo de acciones estaba garantizado por las actuaciones de otros grupos como las diversas ramas de ETA político-militar y los Comandos Autónomos, que se prodigan en ataques contra la UCD y, en menor medida, contra militantes de otros grupos políticos.

Donde no disminuye el esfuerzo etarra es en la campaña contra Iberduero, en la que se vuelcan todos los grupos de la organización

terrorista. En los tres primeros años, entre 1977 y 1979, fueron treinta y ocho los atentados dirigidos contra la empresa eléctrica, pero la ofensiva se intensifica a partir de 1980. El secuestro y asesinato del ingeniero José María Ryan, en enero de 1981, provocó en la sociedad vasca un rechazo sin precedentes, hasta tal punto que ETA se vio obligada a convocar una reunión de su Biltzar Ttipia para analizar la situación. Sin embargo, el resultado de este debate fue hacer caso omiso del clamor social y continuar la campaña contra Lemóniz «con todos los medios militares y de movilización». Los ecos del rechazo popular multitudinario se esfumaron de inmediato cuando, apenas una semana más tarde, el miembro de ETA José Arregui, detenido en Madrid, fallecía a causa de las torturas sufridas en dependencias policiales. Pocas veces los terroristas habían visto escenificada con tanta claridad su teoría de la existencia de dos violencias enfrentadas que se alimentaban mutuamente.

La campaña contra Lemóniz se prolongó a lo largo de cinco años y concluyó sólo cuando la empresa y el Gobierno decidieron paralizar definitivamente las obras, en 1982. El asesinato del director de la central, Ángel Pascual, el 5 de mayo de 1982, y la generalización de las amenazas a todo el personal fueron los factores que llevaron a la empresa a poner fin al proyecto.

El balance de la actividad de ETAm dentro de esta campaña se resume en 246 actos terroristas, con un saldo humano de cinco personas muertas y otras catorce heridas, y unos daños materiales directos estimados en 2100 millones de pesetas, pero con un coste económico real superior al medio billón de pesetas, derivado de la paralización del proyecto.

Tan grave como el coste económico y humano fue el hecho de que la batalla contra Lemóniz supuso una victoria simbólica de ETA que realimentó el terrorismo en los años siguientes. El Estado, una poderosa empresa y hasta las nacientes instituciones autonómicas se habían visto obligadas a rendirse sin condiciones ante la ofensiva etarra. La fuerza se revelaba como un instrumento útil para conseguir resultados políticos. Lemóniz era la prueba tangible de esta victoria que, a los ojos de ETA y los suyos, constituía un anticipo de la victoria que buscaban en su enfrentamiento contra el Estado. De este triunfo se han alimentado generaciones de etarras

hasta fechas bien recientes.

Cerrada la campaña contra Lemóniz de manera oficial a mediados de 1982, ETA orientó su potencial destructor contra un nuevo enemigo, la banca, a la que pretendía extorsionar. En abril, la dirección etarra había enviado una carta a las principales entidades bancarias solicitando a cada una de ellas doscientos cincuenta millones de pesetas, más otros diez millones por cada miembro del consejo de administración. En total fueron nueve las entidades chantajeadas.

La primera carta remitida a los directivos de los bancos daba un plazo de un mes para pagar, amenazando en caso contrario con una «ofensiva armada» contra la entidad. Las dos primeras bombas estallaron el 6 de junio en sendas oficinas de los Bancos Santander y Vizcaya. Con ellas comenzaba una campaña que se iba a prolongar hasta el mes de marzo de 1984 y que se tradujo en la comisión de 188 atentados que ocasionaron la muerte de siete personas y heridas a otras veintisiete. Los daños materiales de esta campaña se cifraron en unos 900 millones de pesetas.

Sin haber conseguido, aparentemente, los objetivos por los que se inició esta cadena de atentados, la dirección etarra ordenaba a sus comandos, en marzo de 1984, ponerle fin: «La campaña de bombas contra los bancos queda suspendida desde ya, o sea que se ha terminado. Lo que hay que hacer es sacar información de los consejos de administración de los bancos y le dais en la cabeza a los consejeros».

Por otro lado, a partir de 1980, ETA va a abrir un nuevo frente dentro de lo que se ha denominado línea de apoyo a los movimientos sociales. Se trata de la campaña contra las drogas, iniciada en mayo de 1980 mediante atentados contra establecimientos acusados de estar involucrados en el narcotráfico y contra personas a las que se realizan las mismas imputaciones. ETA partía de la premisa de que el tráfico de drogas en Euskadi, que en aquella época registraba preocupantes índices de consumo de heroína, estaba siendo impulsado desde sectores policiales como una forma más de acabar con la «combatividad» de la juventud vasca.

«La droga dura sigue estando presente en Euskadi sur como arma de alienación y represión», afirmaba la organización terrorista

en un comunicado de 1982.

El resultado de la campaña contra personas y locales sospechosos de estar implicados en el narcotráfico se tradujo en sesenta y tres atentados, con un saldo de quince muertos.

Además, ETA comete varios atentados en Navarra con los que pretende denunciar la evolución política de este territorio, consolidada con la Ley de Amejoramiento Foral de 1982. ETA, que califica esa ley de «parricidio político», ataca algunos objetivos que considera símbolos del navarrismo, tales como *El Diario de Navarra* y a su director, José Javier Uranga, que resultó gravemente herido, o la Universidad de Navarra, en la que ve el centro de formación de las élites que sostienen el rechazo a la unión con la Comunidad Autónoma Vasca.

Respuesta política y policial al terrorismo

Desde la transición, el terrorismo es percibido por los poderes públicos como el principal peligro de la consolidación de la democracia en el país. En los análisis que se realizan sobre este problema a finales de los setenta parece contemplarse la posibilidad de que la actividad etarra evolucione hacia un modelo de guerrilla como el latinoamericano que intente ocupar un espacio territorial «liberado» en el que establecer su propia autoridad y desde el que hacer frente a las «fuerzas de ocupación» españolas. Atentados como los ya mencionados del CIR de Araca, Ispaster o Aia, junto a algún otro, tenían un componente guerrillero, de búsqueda del enfrentamiento convencional con las fuerzas enemigas, que no tenía el terrorismo urbano.

En el diseño de algunas políticas contra ETA, como la creación de los Grupos Antiterroristas Rurales, de la Guardia Civil, puestos en servicio en 1980 poco después del atentado de Ispaster, parece verse reflejado ese temor. Los GAR constituyen una unidad de élite, bien preparada, de gran movilidad, capaz de convertirse en la fuerza de choque principal si ETA pasaba de las prácticas de terrorismo urbano a las de guerrilla rural con la creación de zonas «liberadas». En tanto no se da este paso, los efectivos de los GAR son utilizados como fuerza de control del territorio, en sustitución

de las patrullas ordinarias de los acuartelamientos a las que el acoso terrorista impide desempeñar sus funciones habituales. Los GAR actúan también como unidad de intervención en supuestos en los que hay riesgo de enfrentamiento o en casos que requieren una reacción rápida y como refuerzo de los mecanismos ordinarios de seguridad.

La creación de los GAR, y de los GEO en el seno de la policía, se había decidido en el Ministerio del Interior que desde 1976 y hasta 1978 ocupó Rodolfo Martín Villa. Fue este ministro el responsable de establecer las primeras políticas antiterroristas de la naciente democracia.

El punto de partida no podía ser más complicado, al menos en lo que al País Vasco y Navarra se refiere. Los cuerpos de seguridad —Guardia Civil, Policía Armada y Cuerpo General de Policía, entonces— habían estado involucrados, en la fase final del franquismo, en una represión generalizada e indiscriminada, que en ocasiones había tenido la cobertura de los estados de excepción, bajo cuya sombra se produjeron importantes vulneraciones de derechos humanos. Todo esto había motivado, en el caso vasco, un distanciamiento de la población con respecto a las Fuerzas de Seguridad del Estado que no tenía precedentes.

El acoso del terrorismo a los miembros de las fuerzas de seguridad, el aumento de la conflictividad social y política a medida que se abrían nuevos espacios de libertad, los recelos de la clase política, en especial de la oposición, hacia las Fuerzas de Seguridad del Estado y de éstas hacia aquélla, la deficiente dotación material de los agentes, la falta de experiencia y doctrinas válidas para desarrollar la función policial en un marco democrático, entre otros factores, configuraban un panorama desalentador al inicio de la transición política, una transición que descansaba sobre el acuerdo tácito de no depurar los aparatos del Estado.

Este clima hizo posible que menudearan actuaciones policiales desproporcionadas, errores fatales y abusos que tardaron mucho más tiempo del debido en ser corregidos y reorientados hacia un comportamiento más profesional. Durante casi una década, entre 1977 y 1987, los cuerpos policiales desarrollaron una estrategia de contención del terrorismo, basada en las detenciones masivas, las más de las veces sin pruebas de ningún tipo, con el fin principal de

obtener información. Esta política, muy similar a la aplicada en las mismas fechas en el Ulster, permite conseguir información sobre los terroristas y su círculo social, pero a costa de un notable malestar en amplios sectores del País Vasco y del rechazo de una parte importante de la población.

El afán inicial de los políticos de la transición de evitar cualquier tratamiento de excepción del fenómeno terrorista, reflejado en los Pactos de la Moncloa de 1977, tuvo que enfrentarse pronto con la necesidad de conseguir éxitos frente a un terrorismo rampante que amenazaba la consolidación del sistema democrático. En 1977 se crea la Audiencia Nacional como jurisdicción especializada en delitos de terrorismo, y al año siguiente se introducen las primeras medidas legislativas específicas, que, en general, van en la línea de prolongar el periodo de detención policial —pese a las denuncias de que así se propiciaban abusos y malos tratos—, facilitar la labor de los cuerpos policiales restringiendo la intervención judicial en algunos aspectos, como en las entradas en domicilios y registros, o la limitación del secreto de las comunicaciones.

Las diferentes reformas legales que en la lucha contra el terrorismo se van desarrollando en estos años incluyen también un agravamiento de las penas y una restricción del derecho del detenido a ser asistido por un ahogado de confianza, medida ésta introducida en 1984 en el ordenamiento legal.

Martín Villa, ya en la etapa final de su mandato, presentó un plan, el primero, que pretendía dar un enfoque global a la lucha antiterrorista, basado en la mejora de los equipamientos técnicos de las fuerzas de seguridad, la ampliación de plantillas, el desarrollo de operativos encaminados a mejorar el control territorial y la creación de nuevas estructuras policiales especializadas. Este ministro, que pretendió hacer descansar la lucha antiterrorista en la Policía antes que en la Guardia Civil, fue sustituido por un militar, el teniente general Ibáñez Freire, que no estuvo a la altura de lo que se esperaba de él. En 1980 accedió al ministerio otro civil, Juan José Rosón, de cuya gestión habría que destacar tres aspectos: el afán por conseguir una mayor coordinación entre los diferentes servicios policiales, asignatura siempre pendiente; la introducción de las Fuerzas Armadas en tareas de vigilancia contraterrorista, medida que resultó poco útil, pero que sirvió para canalizar la

intranquilidad de los cuarteles en momentos de máxima tensión; y el acuerdo alcanzado con ETA político-militar para que abandonara las armas, abriendo la posibilidad de que sus miembros se reintegraran a la sociedad.

La llegada del PSOE al poder tras las elecciones de octubre de 1982 provocó vacilaciones en algunos sectores de ETA, como lo revela una consulta realizada por los miembros del comando *Vizcaya* a sus dirigentes acerca de si debían continuar la lucha armada. Aunque en ningún momento ETA llega a considerar la posibilidad de dejar las armas —el comando *Argala* asesinaba al jefe de la División Acorazada Brunete el 4 de noviembre de ese año—, la primera postura de los dirigentes de ETA, recogida en el número 26 de *Zuzen*, correspondiente a noviembre, revela cierta cautela, y hasta esperanza: «El PSOE tiene en sus manos el compromiso de convertirse en garante de las libertades democráticas o, por contra, en aliado de la acción golpista. (…) Ante la hipotética voluntad de cambio socialista», ETA ofrece su disposición a un alto el fuego, siempre que, como punto de partida, se asuma la Alternativa KAS.

Apenas un mes más tarde, el PSOE es descalificado radicalmente y ETA se atribuye la labor de «desenmascarar» a este partido para demostrar que las expectativas creadas en torno a Felipe González «no son más que falsas ilusiones». Las dudas creadas en algunos sectores de la propia ETA tras el acceso al poder de los socialistas quedan cerradas en menos de dos meses. La violencia continúa.

Los socialistas heredaron de Rosón el acuerdo de 1982 con los *polimilis*, por lo que fueron los encargados de gestionar la política de reinserción derivada de ese compromiso, así como de otras iniciativas como las impulsadas poco después por el entonces senador del PNV Joseba Azkárraga. El conjunto de vías de reinserción abierto desde los meses finales del Gobierno de la UCD hasta 1989 hizo posible que un total de 258 personas vinculadas a los grupos terroristas normalizara su situación, en unos casos tras obtener un indulto, en otros gracias a la excarcelación o la vuelta del exilio, sin riesgo de sufrir persecución policial o judicial. El grueso de los acogidos a esta iniciativa lo hicieron entre 1982 y 1985: el asesinato en 1986 de Dolores González Catarain, *Yoyes*, que había vuelto de México un año antes, disuadió a otros miembros de ETA de buscar una salida personal.

La política antiterrorista del PSOE tuvo una gran dosis de continuismo con respecto a la que habían aplicado los gobiernos centristas. Los socialistas mantuvieron, incluso, a numerosos responsables policiales en sus puestos. La principal diferencia fue la concesión a la Guardia Civil de un mayor protagonismo. El Ministerio del Interior, con José Barrionuevo al frente, elaboró en 1983 el Plan Zona Especial Norte (ZEN), que pretendía dar un enfoque global y unificado a la estrategia antiterrorista.

El Plan ZEN, que tuvo una gran repercusión propagandística, establecía las líneas generales de actuación de los cuerpos de seguridad. Al mismo tiempo, contemplaba un capítulo de inversiones en equipamiento técnico, locales y medidas de protección de las fuerzas de seguridad que resultó de una gran efectividad, pues contribuyó, por un lado, a mejorar las condiciones de vida de los agentes y, por otro, a facilitar la tarea policial.

Dentro de la política antiterrorista se encuadran las medidas penitenciarias aplicadas a los miembros de ETA encarcelados. En diciembre de 1977, gracias a la amnistía, las cárceles españolas se habían quedado sin presos etarras, pero la continuidad de la actividad terrorista y la consiguiente respuesta policial hizo que, poco a poco, volvieran a llenarse.

Los gobiernos de la UCD, primero, y del PSOE, después, aplicaron en España los modelos penitenciarios que habían desarrollado otros países, especialmente Alemania, para los presos terroristas, y que consistían en la creación de cárceles de alta seguridad para concentrar en ellas a este tipo de internos. El primer traslado masivo a estas nuevas cárceles se produjo en diciembre de 1978 con el internamiento en Soria de noventa y siete presos de ETA que se encontraban en centros del País Vasco y Navarra.

Esta medida provocó una alta conflictividad, ya que fue combatida por los reclusos con huelgas de hambre y diversos actos de protesta. En agosto de 1979, ETApm puso en marcha una campaña de atentados para pedir la puesta en libertad de dieciocho reclusos y el cese del director de la cárcel de Soria.

Un segundo paso se dio en julio de 1981, con el traslado a la prisión gaditana de Puerto de Santa María de un grupo de ciento diecinueve etarras, medida que fue contestada por la organización terrorista con el asesinato del médico de la cárcel, Alfredo Suar

Muro. Este crimen decidió al Gobierno a aplicar de forma definitiva la concentración de todos los reclusos en unas pocas cárceles, especialmente en la de Herrera de la Mancha.

Esta política permite a los presos de ETA mantener su organización dentro de los centros penitenciarios: realizan asambleas, se producen debates políticos, imparten instrucción ideológica, gestionan los recursos alimenticios y económicos en común, etc. Una carta de un preso incautada en Francia refleja el ambiente de esa época dentro de las cárceles: «Trabajo mucho, leyendo, escribiendo, preparándome para el momento de salir. Desde aquí también participamos en la lucha general, cuando toca pelear, peleando, y, si no, formándonos, haciéndonos fuertes, ideológica y personalmente, cuidando la alimentación y la forma física. Ya sabes que doy clases de euskera. Para mí es una satisfacción sentirme útil, aguantar a mis compañeros, comunicarles mis experiencias y recibir la suya. Esto es una escuela dura, fenomenal. Y podría ser mucho mejor todavía si no tuviéramos la ideología tan deformada».

El funcionamiento de las comunas de presos y de sus asambleas queda reflejado en una serie de artículos publicados en el diario *Egin* a mediados de febrero de 1983. Un redactor y un fotógrafo del diario recorren las prisiones en las que hay miembros de ETA, fotografían sus reuniones y recogen sus declaraciones. «Los presos de Puerto celebran asamblea siempre que en la situación interna del centro o en la lucha política de Euskal Herria se dan elementos dignos de ser analizados», se señala en uno de los reportajes.

A partir de 1985, en el seno del Gobierno y del PSOE se empieza a considerar la posibilidad de poner fin a esta política penitenciaria, pero la oposición del titular de Justicia, Fernando Ledesma, por miedo a la reacción de los funcionarios de prisiones, bloquea cualquier cambio hasta la llegada al ministerio del guipuzcoano Enrique Múgica.

Un factor nuevo: el cambio de actitud de Francia

A su llegada al poder, el PSOE se encontró con idénticos problemas que los gobiernos centristas. La cooperación francesa, una de las

piezas fundamentales para hacer frente a ETA, seguía siendo nula, a pesar de que el socialista Mitterrand había alcanzado la Presidencia de la República. Algunos ministerios claves del Gobierno francés estaban ocupados por personas que habían actuado como abogados de los etarras en procesos de extradición, caso de Robert Badinter, en la cartera de Justicia, o por personas que identificaban a ETA con la resistencia durante la ocupación de Francia por los nazis, caso de Gaston Deferre, titular de Interior.

Mitterrand, incluso, restableció la posibilidad de conceder asilo político y documentación para regular la estancia en Francia de los miembros de ETA, retrocediendo en los pocos avances que se habían producido en los años anteriores, como la negativa a conceder nuevas tarjetas de refugiado a los activistas de ETA.

La mejor descripción de la situación en Francia durante el periodo que transcurre entre 1981 y 1984 está recogida en un escrito elaborado por un miembro de ETA e incautado por la policía francesa en París en 1993: «En noviembre de 1981 y después de ganadas las elecciones legislativas por el PSF en mayo del mismo año, se produce un cambio sustancial en la política a seguir de cara al colectivo [de refugiados] por parte del Gobierno francés, ésta se resume sustancialmente en la posibilidad de conseguir papeles (*récépissé* renovable cada mes, y posteriormente de tres meses) que hace que el colectivo pueda tener acceso a trabajo e incluso en algunos casos (*récépissé* de tres meses) a cobrar alocaciones (sic, "ayudas") familiares. Ante esta disyuntiva se opta porque la mayoría del colectivo entre en esa dinámica y por consiguiente realizar los trámites necesarios para la consecución de los papeles y posterior inscripción en el paro».

El cambio en la postura inicial del Gobierno de París fue consecuencia de un proceso de gestiones diplomáticas, acercamientos personales, afinidades políticas y contactos de alto nivel protagonizados por Mitterrand, González y el rey don Juan Carlos, que se prolongó durante casi un año. El primer acuerdo, conseguido tras las negociaciones secretas desarrolladas entre el embajador Pierre Guidoni, Felipe González, Alfonso Guerra y los ministros de Exteriores e Interior, se cerró en noviembre de 1983. Una conversación telefónica mantenida por Mitterrand y González el día 19 de ese mes permite al presidente español constatar el

cambio de actitud de su interlocutor: «Ha prohibido la concesión de cartas de residencia para los etarras y está dispuesto a expulsar a los que les comuniquemos del territorio francés, ayudando lo más intensamente que pueda a la cooperación, pero sin hacer declaraciones públicas sobre este tema», señalaba González en el resumen de la conversación redactado ese mismo día.

El acuerdo negociado por Guidoni no recibió el visto bueno oficial hasta un mes más tarde, el 20 de diciembre, en el transcurso de una cena del presidente francés con el jefe del Gobierno español. El pacto incluía el compromiso de iniciar la cooperación policial, la limpieza del «santuario» francés mediante la expulsión de etarras a terceros países y la voluntad de Francia de perseguir a los comandos instalados en su territorio. El Gobierno español, a su vez, ofrecía generosidad para reinsertar a los etarras que abandonaran las armas y mostraba su disposición a negociar con ETA el fin de la violencia, sin contenidos políticos.

La materialización de este acuerdo se produjo el 10 de enero de 1984 con la detención de cuatro dirigentes de ETA político-militar VIII Asamblea y dos de ETAm. Los seis activistas fueron deportados a Panamá. En mayo se aplicó una medida similar a cinco miembros de los Comandos Autónomos y a otros tres de ETAm. Era el principio de una política de deportaciones que se mantuvo hasta 1989 y que afectó a sesenta y tres presuntos miembros de organizaciones terroristas. Panamá, Venezuela, Ecuador, Cuba, la República Dominicana, Togo y Cabo Verde fueron los destinos acordados por los gobiernos español y francés para establecer a esta colonia de deportados.

La deportación a terceros países no era lo que deseaba el Gobierno español, pero al menos constituía un avance con respecto a la situación anterior mientras ganaba tiempo para que fueran desapareciendo las reservas de las autoridades de París ante una colaboración plena. Estas medidas fueron eficaces para acabar de forma definitiva con la rama «octava» de ETApm y con los Comandos Autónomos Anticapitalistas, que ya se encontraban debilitados a causa de otras operaciones policiales realizadas en España; no lo fueron tanto en relación con ETA militar, aunque contribuyeron también a su debilitamiento.

El acuerdo hispano francés coincidió con la aparición en el sur

de Francia de un nuevo grupo antiterrorista, los GAL, cuyas primeras actuaciones consistieron en el secuestro y asesinato de dos miembros de ETA, José Antonio Lasa Aróstegi y José Ignacio Zabala Artano, el 16 de octubre de 1983, así como el secuestro de un ciudadano francés, Segundo Marey, confundido con un dirigente de ETA. Los restos de los cuerpos de Lasa y Zabala fueron encontrados en 1994 en un paraje de monte de la localidad alicantina de Bussot.

Lo que en los medios de comunicación se ha llamado «guerra sucia», el terrorismo contraterrorista, reaparecía después de dos años de inactividad. Los primeros atentados contra miembros de ETA o sus propiedades en Francia se habían producido en 1975. Sin embargo, el terrorismo anti ETA no produce víctimas mortales hasta 1978, año en el que son asesinados Argala y Agurtzane Arregi, mujer del que había sido dirigente de ETA Juan José Etxabe. Organizaciones como la Triple A, el Batallón Vasco Español y otras cometen diez asesinatos en territorio francés entre 1978 y 1981. También son responsables de otros veintitrés crímenes en territorio español de personas vinculadas a ETA, familiares, simpatizantes de la izquierda *abertzale*, o de ciudadanos ajenos a ese mundo, víctimas accidentales.

Este tipo de terrorismo reapareció a finales de 1983, ahora firmado por los GAL, coincidiendo con el secuestro y asesinato del capitán farmacéutico Alberto Martín Barrios, por parte de ETApm VIII Asamblea. La captura de este militar destinado en Bilbao y el ultimátum dado por los etarras fue la causa de que desde Interior se diera el visto bueno para que un grupo de policías secuestrara en Francia a un dirigente de esta organización. El intento resultó un fracaso ya que los policías fueron cogidos in fraganti por sus colegas franceses. Poco después comenzaban las actuaciones clandestinas de los denominados Grupos Antiterroristas de Liberación, tras los cuales, como ha quedado establecido judicialmente en algunas actuaciones, se encontraban agentes policiales españoles y los responsables políticos del ministerio.

Los GAL, entre octubre de 1983 y febrero de 1986, cometieron un total de veintisiete asesinatos: miembros de ETA, pero también ciudadanos franceses alcanzados por error, además del dirigente de HB Santiago Brouard. Un año más tarde, en 1987, este grupo asesinó en Hendaya al vecino de Tolosa Juan Carlos García Goena,

ajeno a ETA, por causas todavía no aclaradas.

A juicio del embajador francés Pierre Guidoni, las primeras actuaciones de este grupo —el secuestro de Marey y de Lasa y Zabala— fueron contraproducentes para la redada que se estaba preparando y cuyos resultados ya hemos visto: «Si la redada de enero de 1984 no es más que un éxito a medias es por culpa de los GAL. Éstos harán más difícil la tarea de los policías franceses —por miedo a los GAL los miembros de ETA se esconden, se protegen, desaparecen— y del Gobierno francés —los terroristas pueden, a ojos de la opinión pública, asumir el papel de mártires y víctimas inocentes».

Aunque las objeciones policiales que invoca Guidoni puedan ser consistentes, lo cierto es que el desarrollo de la cooperación bilateral no se ve aparentemente afectada por los atentados del GAL. Fernando Morán, ministro de Exteriores, recuerda el asesinato en Francia del etarra Miguel Ángel Goikoetxea, *Txapela*, en enero de 1984: «No obstante, la actitud de las autoridades francesas es más firme, como muestran los confinamientos en la [isla de] Guadalupe y en los departamentos del Norte».

En cualquier caso, la cooperación se normalizó plenamente entre los dos países en 1984, con la firma de los Acuerdos de la Castellana entre los ministros de Interior José Barrionuevo y Gaston Deferre. A pesar de ello, los GAL continuaron activos durante dos años más.

El cambio de actitud del Ejecutivo francés fue contestado por ETA de forma inmediata con el inicio de una campaña de atentados contra intereses de este país. La presión etarra, que se había revelado eficaz en 1979, fue gradual: inicialmente se ordenó a los comandos atacar los camiones franceses con gasolina y cócteles molotov, con prohibición expresa de tirotear los vehículos o colocar explosivos. Estaba pendiente la resolución de siete demandas de extradición y ETA quería enseñar los dientes, pero sin correr el riesgo de que su presión resultara contraproducente. Pasado el verano de 1984 —después de que el Tribunal de Pau dictara una sentencia favorable a la concesión de las siete extradiciones, pero antes de que París hubiera adoptado la decisión final—, ETA aumentó la presión y ordenó que se ametrallara a los camiones franceses a fin de provocar el colapso en la frontera. Los intereses franceses se habían convertido en «objetivos prioritarios» del

terrorismo etarra, pero las acciones de los comandos no satisfacían a los dirigentes de ETA que no hacen sino recriminar una y otra vez a sus activistas: «No hay derecho a lo que está pasando y a la falta de combatividad que se ve sobre todo en los K. [comandos] *legales*, que una cosa es que veamos pegas para cazar a la *txakurrada* [policía] y otra cosa es que no le demos a los camiones franceses», se quejaba la dirección de ETA en una circular interna.

Los gobiernos español y francés, antes de dar el paso definitivo de las extradiciones, habían decidido ofrecer a ETA una oportunidad de diálogo con el Ejecutivo de Madrid; el embajador Guidoni, a través del dirigente de HB Santiago Brouard, había citado a los representantes de la organización terrorista en Burdeos el 22 de septiembre para que se vieran con un representante del Ejecutivo de Felipe González. La cita, para la que se habían ofrecido toda clase de garantías de seguridad personal, fue acompañada de la advertencia de que el Gobierno francés se emplearía a fondo contra ETA si no era tenida en cuenta su invitación.

ETA no acudió al encuentro —lo que provocó que al día siguiente tres etarras fueran extraditados— y además respondió con un comunicado retador al Gobierno francés. Así pues, éste quedaba a partir de ese momento con las manos libres para emplear todos los medios jurídicos y policiales contra la organización terrorista. La extradición, por vez primera, de miembros de ETA a España no había sido fácil. En el seno del Consejo de Ministros francés celebrado el 15 de septiembre anterior, los dos miembros del Ejecutivo más directamente afectados, el de Justicia, Robert Badinter, y el de Interior, Pierre Joxe, se manifestaron en contra de la medida, defendida por el titular de Exteriores, Roland Dumas. Mitterrand no se pronunció en ese momento, pero diez días más tarde dio el visto bueno a la extradición de los tres activistas antes aludidos y a la deportación a Togo de cuatro más.

Consumadas las extradiciones, la campaña de atentados contra intereses franceses se intensificó, pese a las críticas y a la insatisfacción de la dirección etarra, aunque no lo suficiente para conseguir lo que había logrado cinco años antes: disuadir al Gobierno francés de intervenir contra ETA. La campaña se mantuvo con cierta intensidad hasta 1990, y aunque en los años posteriores todavía se registró algún atentado, fueron casos aislados que

evidenciaban que ETA había renunciado a mantener el pulso con París y que había asumido su derrota. A lo largo de esos seis años de ataques contra intereses franceses se perpetraron un total de trescientos diez atentados que produjeron en ocasiones importantes pérdidas económicas.

El cambio de postura de Francia, que se empieza a manifestar de forma práctica en enero de 1984, está acompañado por el estancamiento organizativo en el seno de ETA. La organización ya no crece, aunque todavía registra un ritmo de adhesiones importante que le sirve para paliar las pérdidas de efectivos a causa de la acción policial. En el periodo 1980-83, ETA logra poner en funcionamiento cincuenta y tres comandos *legales* nuevos, pero en cambio pierde setenta y seis.

La dirección de ETA es consciente ya a principios de 1984 de algunos de los factores adversos que se han mencionado: la tolerancia francesa se termina y en su lugar comienzan las primeras acciones policiales al norte del Bidasoa, la capacidad de regeneración de las células armadas ya no es suficiente para compensar las pérdidas por efecto de la acción policial y con ello se resienten las posibilidades de cometer atentados. Además, la reforma política se encuentra ya asentada, tanto en el conjunto de España como en el País Vasco.

La actitud de reflujo de ETA se traduce en el lema «resistir es avanzar» que adopta la cúpula etarra en esos meses. Esta postura defensiva se empieza a manifestar antes incluso de que el Gobierno de París dé el paso histórico de conceder las primeras extradiciones de etarras solicitadas por la justicia española y se prolongará, al menos, hasta 1987.

Tres años decisivos: 1984-1986

Al llegar al ecuador de los años ochenta se produce una conjunción de factores que va a modificar de forma importante las características de ETA en los años sucesivos. Algunos cambios, como el ya mencionado de la política de Francia, van a provocar modificaciones organizativas internas y a repercutir tanto en el nivel de violencia etarra como en el escenario de sus

manifestaciones.

En el País Vasco, en 1984 se celebran las segundas elecciones autonómicas, marcadas por el inicio de la crisis en el seno del PNV. Frente a la mayoría absoluta de la etapa anterior, el Parlamento salido de los comicios de 1984, en el que HB está ausente, se caracteriza por un equilibrio entre los escaños del Gobierno y los de la oposición, lo que obliga al PNV a alcanzar un pacto de legislatura con el Partido Socialista de Euskadi.

La crisis interna del nacionalismo aboca a la dimisión del *lehendakari* Carlos Garaikoetxea, primero, y a la escisión del PNV, después, con la aparición de unas nuevas siglas, Eusko Alkartasuna, el partido constituido por los seguidores del primer presidente autonómico. La precaria situación del PNV conduce en 1986 a un adelanto de las elecciones vascas en las que el Partido Socialista se convierte en la formación con mayor número de escaños debido a la división de votos del nacionalismo moderado.

El PSE, pese a tener dos escaños más que el PNV, renuncia a presidir el nuevo Gobierno y deja que sea el candidato nacionalista José Antonio Ardanza quien acceda al Palacio de Ajuria Enea en virtud de un pacto entre los dos partidos. Se pone en marcha una etapa, que durará doce años, de cohabitación entre el primer partido del bloque nacionalista y el primero del bloque no nacionalista, una etapa que propiciará una nueva cultura de pactos en el País Vasco, atenuando el enfrentamiento acusado que se había registrado en los años anteriores. El pacto obliga a ambas formaciones a realizar concesiones importantes. Los socialistas renunciarán a revisar el modelo institucional que el PNV había establecido con la Ley de Territorios Históricos; por su parte, los nacionalistas aproximarán sus puntos de vista a los de los socialistas en lo relativo al terrorismo.

En marzo de 1985 —a raíz del asesinato del superintendente de la Ertzaintza, Carlos Díaz Arcocha—, el PNV reconoce por vez primera desde el inicio de la transición, mediante una declaración del Gobierno vasco, la legitimidad de la acción policial y judicial en la persecución del terrorismo. En sentido similar se pronuncia el Parlamento vasco. Apenas unos meses antes, representantes del PNV habían hecho gestiones en Bruselas para que el Gobierno belga no extraditara a dos presuntos miembros de ETA, y en septiembre

de 1984 se habían opuesto a que París aplicara similar medida a otros siete activistas.

El cambio de postura es imputable, en buena parte, al hecho de que ETA había atacado una institución simbólica como la Ertzaintza, pero también a los nuevos compromisos que se derivaban del pacto de legislatura establecido con el PSE-EE. Reconocer la legitimidad de la acción policial contra el terrorismo y que ésta no era incompatible con la aplicación de medidas políticas constituía un paso importante para el nacionalismo democrático, que había desarrollado un discurso frente al problema de la violencia en el que sólo se contemplaba el camino de la negociación y en el que cualquier forma de represión era considerada contraproducente, cuando no ilegítima.

Además, en la misma declaración del Gobierno vasco se anunciaba la organización de una comisión internacional de expertos que debería elaborar un informe sobre cómo afrontar el problema del terrorismo. La comisión, que entregó su trabajo en marzo de 1986, no aportó ideas novedosas ni propuestas que no se hubieran discutido con anterioridad. Pero permitió al PNV asumir la obligación de enfrentarse policialmente a ETA en un momento en el que la Ertzaintza empezaba a tener importantes responsabilidades en el orden público y la seguridad. El dictamen de los expertos internacionales sirvió, pues, como coartada para el cambio de postura de los nacionalistas, que siempre se habían mostrado reacios a las medidas policiales.

ETA se apercibió del alcance que encerraba la declaración de marzo del 1985 y se apresuró a tacharla de «apéndice del plan ZEN». Un año más tarde, tras la finalización del trabajo de los expertos, el denominado Informe Rose, el dirigente de la organización terrorista Francisco Múgica Garmendia, *Pakito*, en el transcurso de una serie de entrevistas mantenidas, entre los meses de abril y julio, en una casona señorial de Hendaya con Genaro García de Andoain, hombre de confianza del consejero de Interior, Luis María Retolaza, pedía a su interlocutor explicaciones sobre el alcance del informe y los compromisos que se derivaban del pacto de legislatura. Apenas tres meses después de esta reunión, García de Andoain moría asesinado en un enfrentamiento con un comando de ETA cuando, al frente de un grupo de ertzainas, intentaba liberar al

empresario secuestrado Lucio Aguinagalde en la primera operación antiterrorista de la policía vasca.

El cambio importante que condiciona la actividad terrorista es el de la modificación de la postura francesa ante ETA. El primer paso lo constituye el acuerdo de finales de 1983, que se materializa con una redada el 10 de enero siguiente en la que son detenidos los veteranos dirigentes de ETA Carlos Ibarguren Aguirre y Pello Ansola Larrañaga, junto a otros cuatro cabecillas de ETApm VIII Asamblea.

El asesinato del senador socialista Enrique Casas, en el mes de febrero de 1984, causó un gran impacto en la sociedad francesa y reforzó la disposición del Gobierno de Mitterrand a continuar con la línea emprendida.

Tras las extradiciones de septiembre de 1984, Francia da un nuevo paso en la persecución de ETA llevando a los detenidos ante sus propios tribunales acusados de asociación de malhechores. Dos miembros de la ejecutiva de ETA, Juan Lorenzo Lasa Mitxelena e Isidro Garalde, detenidos con una semana de diferencia a finales de enero de 1985, tienen el dudoso honor de ser los primeros activistas a los que se impone la pena máxima de diez años de prisión por asociación de malhechores. Para hacer más eficaz la actuación judicial, se crea en 1986 la 14 sección de los Tribunales de París especializada en la persecución de los delitos de terrorismo, al estilo de la Audiencia Nacional española. La centralización de los sumarios da lugar a la aparición de magistrados expertos conocedores de la actividad etarra que, desde su función judicial, van a tener un papel importante en este campo.

A lo largo de 1985, las deportaciones afectan a los últimos comandos organizados con que contaba ETA político-militar y a destacados miembros de ETAm, entre ellos Juan Ramón Aramburu Garmendia, miembro de la ejecutiva etarra, que son conducidos al archipiélago africano de Cabo Verde o a Ecuador. La persecución contra los dirigentes de ETA en Francia afecta también a su líder principal, Domingo Iturbe, quien el 11 de julio de 1986 fue deportado a Gabón, desde donde se trasladó clandestinamente a Argelia.

A partir de 1985, se restringe la concesión de cartas de refugiado, anulando la decisión en sentido contrario que Mitterrand había adoptado al llegar al poder en 1981. Sin embargo, lo peor

para ETA todavía está por venir. En marzo de 1986, el centro derecha gana las elecciones y se forma un nuevo Gobierno presidido por Jacques Chirac. Charles Pasqua, el nuevo ministro del Interior, un abanderado de las políticas de firmeza frente al terrorismo, tiene que hacer frente a una serie de atentados de grupos islámicos que han elegido la capital francesa para actuar. Para mostrar ante estos grupos y ante la sociedad francesa en general su voluntad de ser firme ante el terror, Pasqua echa mano de una ley de 1945 para expulsar a miembros de ETA por un procedimiento de urgencia. Koldo López Varona, detenido el 19 de julio, es el primero en ser puesto en manos de la policía española al amparo de esta ley; le seguirán otros ciento noventa presuntos etarras en dos años y medio, hasta que la formación de un nuevo Gobierno socialista, en 1988, puso freno a este expeditivo procedimiento.

De esta forma, en el trienio 1984-86 Francia pone en juego, de manera escalonada, toda la gama de recursos legales disponibles contra ETA: retirada del estatuto de refugiado, restricción de los permisos de residencia, prohibición de residencia en los departamentos fronterizos, confinamiento en lugares alejados del País Vasco, deportaciones a terceros países, extradiciones, persecución judicial y policial y expulsiones directas.

«Nos tienen en un hotel de nueve habitaciones (perdido en un barrio a tres kilómetros y medio del pueblo que tiene seiscientos habitantes), los gastos corren a cargo de la Administración, esto no quiere decir que todos los gastos los pagan ellos, sino que ellos pagan pensión completa (cama y comida) y el resto nosotros —relata un escrito de un miembro de ETA confinado en el departamento de Pas de Calais—. (…) Al ser un barrio perdido y el clima (frío, viento y lluvia) la relación con la gente de aquí se limita a la gente del hotel, ya que esto es un lugar de paso que está apartado de la carretera nacional y la departamental muere aquí (…). Resumiendo, que han elegido bien el sitio para tenernos aislados».

Las condiciones de ETA en territorio francés cambian radicalmente en esos tres años. Se acaban las cuadrillas de etarras que toman vinos por las calles de San Juan de Luz o Hendaya, no hay visitas de familiares y amigos los fines de semana, se terminan los contactos orgánicos a plena luz del día y la actuación de

dirigentes de ETA a la vista de la policía. El conjunto de medidas del Gobierno francés, combinadas con el miedo y la precaución que imponen los atentados del GAL, obligan a ETA a convertirse en una organización clandestina en territorio francés.

La culminación de este periodo la representa el descubrimiento del zulo de Sokoa, la empresa de muebles situada en Hendaya, localizado por la policía francesa de fronteras en noviembre de 1986 siguiendo la señal que emitían dos transmisores colocados en sendos misiles rusos que los servicios de información españoles habían vendido a la organización terrorista. Además de recuperar los dos misiles, otro armamento y una importante cantidad de dinero, la operación permitió la detención del responsable de finanzas de ETA, José Luis Arrieta Zubimendi, y la incautación de una importante documentación con datos sobre los fondos manejados por esta organización.

La intervención francesa contra ETA obliga a muchos militantes a abandonar las localidades próximas a la frontera en las que habían residido hasta entonces. Algunos se trasladan a la región de Bretaña, a grandes ciudades como Marsella, París o Toulouse, o a otras zonas del país, pero la gran mayoría se ve forzada a cruzar el Atlántico para instalarse en México o Venezuela, donde existen redes de apoyo creadas al amparo de la emigración vasca, primero, y de activistas de la propia ETA, más tarde. Estos países son adecuados para cientos de activistas de ETA con escasa implicación en las tareas internas de la organización, pero para aquellos otros que tenían una militancia cualificada, la dirección del grupo terrorista busca una protección especial al amparo de los regímenes de Cuba, Nicaragua y Argelia.

En una carta patética, fechada en junio de 1986, la dirección etarra pide la ayuda de los gobiernos de Cuba y Nicaragua. La carta comienza lamentando el terrorismo de otros grupos que había facilitado el clima de entendimiento entre los gobiernos europeos: «el incremento de las actividades armadas en Europa occidental —por cierto no siempre correctas— ha sido un excelente pretexto para la creación de un marco jurídico antiterrorista en el continente que persigue, no por casualidad, sofocar y aniquilar las luchas de liberación nacional que tienen lugar en, por ejemplo, Irlanda y Euskadi», señala la dirección de ETA, ignorando su propia

responsabilidad.

ETA está obligada a «posibilitar una salida digna a la angustiosa situación que viven nuestros refugiados». «Al hablar del colectivo de refugiados no podemos negar ante ustedes la evidencia de que dentro del mismo están compañeros que trabajan en algunas estructuras de la Organización, y hay otros que se mueven en la periferia realizando trabajos igualmente valiosos y necesarios —añade la carta—. Por supuesto, son compañeros que, por tales características, podrían poner en peligro lo que conocen en caso de caer en manos del enemigo. Es éste el aspecto que más nos preocupa y es también el motivo fundamental del llamado que les estamos haciendo en representación del MLNV».

«Demandamos su apoyo fraternal y revolucionario —dice ETA a los gobiernos de Cuba y Nicaragua—, un apoyo que vendrá a evitar un mayor y doloroso desgaste a nuestro proceso que, en definitiva, iría en detrimento del Movimiento Revolucionario Internacional. En este sentido sería también una enorme ayuda para nosotros que las puertas de su Revolución se abrieran para que algunos de nuestros compañeros pudieran reponer fuerzas».

Un número indeterminado de miembros de ETA logró ser aceptado por los sandinistas, con quienes la organización terrorista tenía contactos desde 1978. Los miembros de este grupo, al frente del cual se encontraba Javier María Larreátegui Cuadra, que había realizado innumerables viajes a Nicaragua desde el triunfo del Frente Sandinista, fueron empleados por el Ministerio del Interior nicaragüense dentro del departamento de los Servicios Secretos. La mayor parte de este colectivo abandonó al país a raíz del triunfo electoral de Violeta Chamorro y se trasladó a Cuba, aunque algunos permanecieron en él con identidades falsas proporcionadas por los jefes sandinistas.

Trabajar para los servicios secretos sandinistas no era una novedad para ETA, que desde 1980 tenía algunos activistas en el país centroamericano, según reconoció el que fuera ministro de Interior, Tomás Borge. En este sentido, sobre los miembros de ETA recae la sospecha de haber intervenido en el atentado que sufrió Edén Pastora, el «comandante Cero», y en otras acciones similares ocurridas en países limítrofes de Nicaragua.

La afinidad ideológica que se daba entre los grupos insurgentes

centroamericanos y los miembros de ETA llevó a varios de éstos a enrolarse en las guerrillas salvadoreñas. Es el caso de Francisco Arriarán, que murió a causa de las heridas sufridas en un enfrentamiento con el Ejército, o de Ángel Galarraga, que después de combatir en la guerrilla salvadoreña retornó al País Vasco, fue encuadrado en el comando *Donosti* y murió en un enfrentamiento con la policía en 1985.

Otro país considerado «amigo» al que recurren los etarras para buscar refugio es Argelia, a donde se traslada Larreátegui Cuadra a mediados de 1985 para pedir la ayuda de las autoridades del país magrebí. No obstante, el apoyo argelino, interrumpido en 1977, ya se había restablecido con anterioridad a esa fecha, pues durante los meses de octubre y noviembre de 1984 un grupo de selectos activistas de ETA vuelve a recibir cursos de instrucción en ese país. Según el relato de Soares Gamboa ante el juez Garzón, al curso asistieron tres miembros del comando *Nafarroa* y cuatro del *Madrid*, entre los que se encontraban José Luis Urrusolo Sistiaga, Ignacio Aracama Mendía, Belén González y él mismo. «El lugar donde se realizó el cursillo, que se centró en tiro con arma corta, larga y bazoka RPG-7 de fabricación soviética —señala el documento judicial que recoge las manifestaciones de Soares— fue Gardaya, al lado de la base militar de Ouargla. La duración fue de dos meses y la instrucción corrió a cargo de oficiales del ejército de Argelia, llamados Omar Hachís y un teniente. Dispararon cada uno de los cursillistas mil quinientas balas y dos tiros de RPG-7».

A otro nivel, ETA busca en Francia complicidades para ocultar a sus activistas y para ello crea una red de comités de apoyo en los que participan generalmente militantes de extrema izquierda, del PCml, de la LCR, de los Grupos Antifascistas, de nacionalistas bretones u occitanos, etc.

Así pues, la estrategia de ETA para sobrevivir al incremento de la represión pasa por la dispersión de sus activistas, por la reducción del número de estructuras y de cuadros, por la utilización de ciudadanos franceses para realizar tareas internas y por el refuerzo de la clandestinidad de sus dirigentes.

Las dificultades para moverse en Francia y la detención de algunos de los líderes de ETA obligaron a esta organización a prescindir del aparato de propaganda y de los comandos de

información. Más importante, sin embargo, fue la desaparición de la estructura de dirección de los comandos *legales*, que hasta entonces había llevado el peso de la actividad terrorista. Agobiada por la presión policial, ETA optó en 1987 por no organizar nuevos comandos *legales* y dejar que fueran los grupos *ilegales* que operaban en las diferentes comarcas los encargados de encuadrar, adiestrar, armar y dirigir a las nuevas células.

Esta nueva estructura, que convertía a los activistas *liberados* de cada zona en jefes de una red de grupos satélites, tuvo a medio plazo importantes consecuencias, entre otras el debilitamiento de ETA y la disminución de la actividad terrorista, aunque cuando se adoptó se creyó que era una forma de burlar el acoso policial en Francia.

La captura, en menos de tres años, de la mitad de la ejecutiva de ETA provoca el ascenso de otros miembros del núcleo de dirección de la organización terrorista para asumir las funciones de los arrestados. Santiago Arróspide, *Santi Potros*, sucede a Txikierdi al frente de los comandos *ilegales*, José Arregui Erostarbe, *Fiti*, ocupa el lugar de Garalde, José Javier Zabaleta Elósegui asume nuevas funciones, al igual que Francisco Múgica Garmendia que se responsabiliza de la dirección del comando *Argala* en sustitución de Arrieta Zubimendi. Otro veterano como Josu Ternera ve reforzado su papel al frente del aparato político, donde coloca a José Luis Álvarez Santacristina, *Txelis*, como número dos.

La renovación del primer nivel de la cúpula etarra coincide en el tiempo con el cambio que se está produciendo en la base social de este grupo. Los militantes que se adhieren a mediados de los ochenta a ETA son jóvenes nacidos en los años sesenta que, a diferencia de los anteriores activistas, no han vivido personalmente las consecuencias del franquismo. Su socialización política, por tanto, se produce a finales de los setenta en un ambiente de libertades crecientes, efervescencia nacionalista y de intensa actividad de ETA.

Nuevos escenarios y nuevas formas para la violencia

El año 1984 registra doscientos un atentados de ETAm por lo que

puede considerarse el último del ciclo alto de violencia iniciado en 1978, ya que desde entonces no ha vuelto a alcanzarse una cifra tan elevada de actos terroristas. La acción policial de los años anteriores había supuesto un serio desgaste para las células etarras, especialmente entre los comandos *legales*, cuyo número venía descendiendo desde 1981. La pérdida de estos grupos, que en 1983 fueron los responsables del 80 por ciento de los atentados de ETA, tiene como resultado una drástica reducción del nivel global de violencia. En el periodo 1980-84, ETA organiza sesenta y un nuevos grupos *legales*, pero pierde noventa, lo que supone una seria erosión de su capacidad operativa.

En 1985 se registran ciento cuarenta y ocho atentados de ETA, lo que supone una disminución del 26,3 por ciento con respecto al año anterior. La reducción al año siguiente es todavía mayor, un 36 por ciento con respecto a 1984. Los comandos *ilegales* no son capaces de compensar la reducción de las actuaciones que durante los años anteriores habían llevado a cabo los integrantes de la otra estructura armada, los *legales*, y por ello la crisis de ésta se traduce en una pérdida de poder de la organización terrorista, que ya nunca volverá a alcanzar los niveles del periodo 1978-84.

Este debilitamiento no fue corregido ni siquiera por el proceso de absorción de alguna de las ramas desgajadas de ETA político-militar que se produce entre 1983 y 1984. Una de estas facciones, la denominada ETApm VIII Asamblea pro KAS, se separa a principios de 1983 de la ya debilitada VIII Asamblea y solicita el ingreso en ETA militar, que exige a los aspirantes, como condición previa, que demuestren su entidad como grupo ejecutando atentados durante un año. Tras cometer siete atentados sin víctimas como prueba de su capacidad, a los *milikis* se les exigió asumir públicamente sus yerros pasados. «Con el sabor amargo de siete años de historia, los militantes consecuentes de la organización p-m nos vemos en la obligación de aceptar nuestra responsabilidad histórica y la total autocrítica como parte integrante que hemos sido de este proceso», señalaba la declaración recogida en el número 40 de *Zuzen*, de febrero de 1984.

Arnaldo Otegi era uno de los cabecillas de esta fracción *miliki*, que en su declaración final asumía que fuera de KAS no hay salvación para el *abertzale* consecuente. «Hemos reconocido nuestra

equivocación y comprendido que sólo una asunción de la ideología y del marco organizativo y político que propugna KAS puede propiciar nuestra incorporación al proceso revolucionario vasco».

Con un cierto tono de superioridad, la dirección de ETAm informaba en una carta remitida a sus comandos en abril de ese mismo año del final de los *milikis*: «Tal como os anunciamos, los VIII Asamblea pro KAS se han disuelto y se ponen a disposición de la organización, o sea en manos de la dirección, y pasan a formar parte de la reserva de la organización o no».

En esta situación de debilidad objetiva, confluyen una nueva dirección de ETA, que necesita obtener el carisma de sus antecesores, y una nueva base militante, que está dispuesta a secundar sus instrucciones. El resultado es una radicalización de las acciones, pero no un aumento, pues ya no está en condiciones, y la búsqueda de una mayor repercusión social de los atentados. Para conseguir esto último la dirección etarra decide ampliar su ámbito de actuación y trasladarse de manera regular a Madrid y Barcelona. La elección a partir de 1985 de estas dos ciudades como escenario de sus atentados va acompañada de la introducción del coche-bomba como técnica terrorista, que provoca efectos devastadores.

ETA, cuyo primer atentado en Madrid fue el asesinato del almirante Carrero en 1973, mantiene una presencia ocasional en la capital española hasta 1984, a pesar de que en 1977 se organiza un comando *España* para actuar en la ciudad y en otras zonas fuera del País Vasco. Este grupo, sustituido luego por un específico comando *Madrid*, lleva a cabo el asesinato del general Sánchez-Ramos, en 1978, la voladura de la central telefónica de Ríos Rosas, en 1982, y el secuestro de Diego Prado (en colaboración con un grupo de chilenos del MIR), al año siguiente. El peso de las acciones en la capital española recae en el comando *Argala*, que se desplaza cada vez que va a cometer un atentado y es responsable del asesinato del juez Mateu Cánovas y de otros siete atentados contra generales entre 1978 y 1984 como ya hemos visto.

A partir de 1985, sin embargo, la presencia etarra en la capital española se hace permanente con el comando *Madrid*, que había sido adiestrado el año anterior en Argelia, según ha revelado Soares Gamboa, uno de sus componentes en esta etapa. A lo largo del bienio 1985-86, este grupo comete veintiséis asesinatos y hiere a

ochenta y una personas, en un periodo negro para la capital española. También a finales de 1985 ETA se organiza en Barcelona mediante un grupo estable que, en los doce meses siguientes, cometerá siete atentados, con un saldo de un muerto y cuarenta y un heridos.

Además de tratar de paliar su debilidad con atentados espectaculares, la acción de estos grupos tiene como finalidad lo que ETA y su entorno denominan «acumulación de fuerzas» de cara a una negociación, concepto que, en su versión más simple, no es sino acumulación de cadáveres.

De esta forma, Madrid se ve sobrecogido por el espectáculo de los cinco guardias civiles muertos el 25 de abril de 1986 en la calle Juan Bravo, al estallar un coche bomba en el que, por vez primera, ETA utilizaba el amonal como explosivo. Más terrible todavía, el 14 de julio, otros doce agentes del Instituto Armado perdían la vida en la plaza de la República Dominicana al ser alcanzado por otro coche bomba el autobús en el que viajaban. Un atentado similar se había producido el 9 de septiembre del año anterior, pero el vehículo no fue alcanzado de lleno de forma que sólo murió un civil, un ciudadano norteamericano que practicaba deporte, aunque diecisiete agentes resultaran heridos.

Dentro de esta búsqueda de nuevos escenarios, ETA recupera en 1985 y 1986 la idea de una campaña de verano contra intereses turísticos, imitando a los *polimilis* de 1979, y coloca treinta y seis artefactos en diferentes puntos de la costa mediterránea en vísperas del inicio de las vacaciones. Francisco Múgica Garmendia dirige desde Francia estas acciones, llevadas a cabo por dos comandos, que gastaron en la operación diez millones de pesetas, según revelará posteriormente la documentación incautada en Sokoa.

El año 1985 constituye también una fecha importante en los modos de actuar de ETA por el empleo masivo del coche-bomba.

El resultado del uso sistemático de los coches bomba es que los atentados con explosivos provocan, entre 1985 y 1992, el 68 por ciento de las muertes y el 64,2 por ciento de los heridos, buena parte de ellos ajenos a las fuerzas de seguridad.

Un rasgo de la actividad de ETA, a partir de 1985, es el inicio de la fabricación de sus propios explosivos, que evitará tener que comprarlos en el mercado negro o robarlos en canteras, donde la

vigilancia era mucho más intensa que en los años setenta. En la decisión de fabricar los explosivos influye, posiblemente, el suicidio, en abril de 1985, del ingeniero francés Michel Lafitte, bajo cuya vivienda de Saint Pee Sur Nivelle existía un habitáculo subterráneo en el que ETA almacenaba más de dos mil kilos de explosivos procedentes del robo de Soto de la Marina, de 1980. El suicida dejó una nota dirigida a la policía en la que explicaba cómo acceder al subterráneo secreto, donde además del explosivo se guardaban 190 000 proyectiles de pistola y fusil, 66 granadas de carga hueca, 23 000 metros de cordón detonante y otros efectos.

La pérdida de este importante almacén provocó a ETA problemas de suministro, según revela una carta enviada a uno de sus comandos: «De momento no pidáis explosivo pues lo que hay se va a guardar para acciones de envergadura y selectivas». La escasez duró poco, pues apenas un año más tarde la organización terrorista empleaba una sustancia nueva, el amonal, fabricado por ella misma, convertido a partir de entonces en el explosivo característico de esta organización.

La importancia de esta actividad de fabricación queda reflejada en los casi trece mil kilos de explosivo que ETA ha elaborado en el periodo transcurrido desde 1986 hasta 1999.

Capítulo XI

Entre Argel y Bidart

A pesar de que ETA había diseñado en 1978 una nueva estrategia que debía conducirle, al menos en teoría, a algún tipo de negociación con el Gobierno español, la organización terrorista no empieza a considerar creíble que pueda darse un proceso de ese tipo hasta la mitad de los años ochenta. ETA entendía la negociación no como una forma de resolver conflictos, sino como un medio para imponer sus exigencias, y entendía que esta imposición no podría hacerse realidad en tanto el Gobierno no se sintiera derrotado o acosado en modo grave.

En coherencia con un planteamiento de este tipo, se abstuvo de desarrollar cualquier reflexión para ampliar el esquema negociador de febrero de 1978. Si de lo que se trataba era de sentarse en una mesa con el Gobierno para que éste firmara la Alternativa KAS no había necesidad de darle vueltas al asunto. Esta actitud quedó de manifiesto en 1984, cuando el Gobierno francés emplazó a ETA para que entablara una negociación con el Ejecutivo español, advirtiéndole de que en caso de no atender este requerimiento París se emplearía a fondo con todos sus medios, judiciales y policiales, contra la organización terrorista.

ETA no valoró adecuadamente la trascendencia que encerraba el emplazamiento transmitido por el embajador francés en Madrid, Pierre Guidoni, a los dirigentes de HB Santiago Brouard y Jokin Gorostidi, y se permitió una respuesta soberbia pidiendo al Gobierno de París que acudiera a negociar con el Comité de

Refugiados la suerte de los activistas etarras en Francia y solicitando a los «poderes fácticos del Estado [español, se supone] la asunción de la Alternativa táctica-estratégica de KAS». La consecuencia fue la extradición de tres etarras y la deportación de otros cuatro en septiembre de 1984 ya comentada.

Si los miembros de ETA hicieran una revisión mínimamente crítica de su propia historia, deberían exigir responsabilidades a los dirigentes del grupo, encabezados en aquel momento por Josu Ternera e Iturbe Abásolo —Antxon había sido detenido y deportado unos meses antes—, que cometieron tamaño error político, error que está en la raíz de los cientos de detenciones practicadas en los años siguientes.

Un destacado miembro de ETA, Alfonso Etxegarai, antiguo integrante del comando *Vizcaya*, reconoce que la organización terrorista «no había madurado la idea de abandonar su postura de siempre, que consistía en entregar a los mensajeros, como sola respuesta, un panfleto con los puntos de la Alternativa KAS».

El intento negociador de 1984 puso en evidencia dos aspectos: el primero, la inexistencia de una estrategia en el seno de ETA para hacer frente a un proceso de ese tipo, mucho más complejo de lo que la organización terrorista se había planteado hasta ese momento; el segundo, que la posibilidad de una negociación no era un espejismo.

En el ámbito interno, la dirección de ETA pone en marcha entre 1986 y 1987 un debate sobre la Alternativa KAS y el proceso de negociación cuyas conclusiones son recopiladas, en un documento titulado «Alternativa y negociación», por Josu Muguruza, vinculado a la Oficina Política de ETA hasta su detención y expulsión a España en marzo de 1987.

El documento recoge el primer debate en ETA, aunque restringido a los dirigentes, para desarrollar el esquemático planteamiento hecho en 1978. Se trata de un esfuerzo para afrontar una hipotética negociación, aunque todavía se expresan reservas sobre la posibilidad de que se abra un proceso de este tipo a corto plazo. Las posturas recogidas en este documento condicionan casi todos los textos que se elaboran en el seno de HB y de KAS en los años siguientes.

ETA mantiene en este texto la misma postura de inflexibilidad

que había defendido en los años anteriores: la Alternativa KAS no es negociable. Únicamente se discuten los plazos y la forma en que se va a aplicar, pero no su contenido. En contrapartida, ETA se muestra dispuesta a aceptar una tregua, aunque rechaza expresamente la entrega de armas. La única concesión con respecto a planteamientos anteriores es la aceptación de un proceso de negociación secreto, extremo contrario a las posturas tradicionales de la organización terrorista que había exigido publicidad como condición previa a cualquier contacto, como hemos visto.

En este documento de 1987 ETA acepta, por vez primera, que el Estado español esté representado en las negociaciones por el Gobierno, aunque no deja de expresar que sería interesante la presencia de militares en la mesa, aunque fuera «decorativa». El cambio no es baladí, pues hasta el año anterior la organización terrorista no reconocía al Ejecutivo como fuente del poder en España. ETA seguía encerrada en sus teorías de los «poderes fácticos», únicos poderes reales que movían los hilos del Gobierno, cualquiera que fuera éste.

Esta idea está recogida en unas declaraciones de dirigentes de ETA hechas a Radio Popolare de Milán, en febrero de 1986, en las que se afirmaba lo siguiente: «Nosotros estableceríamos un "alto el fuego" inmediatamente después de que el Gobierno español, de una manera pública y con los Poderes Fácticos a la cabeza —es decir, la cúpula militar con capacidad auténticamente decisoria y ejecutiva, así como la cúpula oligárquica—, negociase con nosotros en base a la Alternativa KAS».

Por si los oyentes italianos no entendían aquello de los «poderes fácticos», ETA aclaraba que eran «estructuras de poder muy tangibles, concretados en el ejército, la oligarquía financiera y la Iglesia ultraconservadora».

El documento de Muguruza, que desarrolla la idea de la «acumulación de fuerzas», estima que no hay posibilidades de una negociación a corto plazo, salvo que los atentados de ETA provoquen esa situación.

Si en esa línea había que situar las acciones de ETA en Madrid y Barcelona durante los años 1985 y 1986, con más razón hay que encuadrar en ese contexto la matanza de Hipercor, perpetrada el 19 de junio de 1987 en la capital catalana. La explosión de un coche

bomba en unos grandes almacenes ocasionó la muerte de veintiuna personas, todas ellas civiles, y heridas a casi medio centenar. Se trata del atentado más sangriento que se haya registrado nunca en España, cuya ciudadanía quedó conmocionada por la brutalidad de esta acción. Igual conmoción provocó el 11 de diciembre la explosión de otro coche bomba junto a la Comandancia de la Guardia Civil de Zaragoza, que ocasionó la muerte de once personas. Estos asesinatos, junto a otros cometidos a lo largo del año, hicieron del 1987, con cincuenta muertos, el más luctuoso de la década, sólo superado por 1980.

La posibilidad de poner en marcha una negociación intensificó los atentados contra los miembros de las Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad, al igual que había ocurrido en el trienio 1977-79 cuando el objetivo etarra era evitar a corto plazo la consolidación de la reforma política.

Este repunte criminal está relacionado con los contactos que había empezado a desarrollar ETA en Argelia, país al que se había trasladado Txomin Iturbe el 5 de septiembre de 1986, tras su expulsión de Francia a Gabón, como ya sabemos. El Gobierno español conocía la presencia de Iturbe en Argelia, pero no que junto a él se encontraba un grupo notable de activistas que se habían refugiado en el país magrebí huyendo de la persecución francesa. Miembros del comando *Madrid* como Juan Manuel Soares Gamboa o Idoya López Riaño se habían trasladado a Argel al terminar la campaña de atentados en la capital española. En el mismo país se encontraban otros activistas como Belén González o Ignacio Aracama, integrantes de la misma célula etarra. Argelia realizaba un doble juego, dando adiestramiento militar y refugio a los miembros de ETA y ofreciendo al Gobierno español su mediación para facilitar una negociación.

Soares Gamboa, testigo de excepción, menciona la presencia de catorce activistas en Argelia, además del propio Iturbe, seis de los cuales estaban a favor de dejar las armas.

Apenas dos meses después de la llegada de Iturbe a Argelia, el Ministerio del Interior envía al abogado Jorge Argote para establecer contacto con el dirigente de ETA, aunque el intento no puede tener peor inicio por la animadversión personal de los interlocutores. En enero siguiente, el Ejecutivo envió una

representación de mayor nivel formada por el exsecretario de Estado para la Seguridad, Julián Sancristóbal, y los comisarios Ballesteros y Pedro Martínez. Txomin Iturbe pidió que fuera trasladado a Argel su compañero Eugenio Etxebeste, que en aquellas fechas permanecía deportado en Ecuador.

El proceso de contactos quedó interrumpido por la muerte accidental del dirigente de ETA Txomin Iturbe en circunstancias que las autoridades argelinas quisieron enmascarar atribuyéndola a un accidente de tráfico supuestamente ocurrido el 27 de febrero de 1987 cuando viajaba con Ignacio Aracama y Belén González.

Frente a esta versión tenemos el relato efectuado ante los jueces de la Audiencia Nacional por Juan Manuel Soares Gamboa, testigo de primera mano, quien reveló que Iturbe falleció el día 25 de febrero al caer del tejado de un antiguo monasterio situado en la localidad de Medea. Este edificio servía de alojamiento al grupo de ocho etarras favorable a continuar la actividad armada. Los seis contrarios habían sido alojados en un bloque de viviendas situado a unos dos kilómetros.

Los etarras que se encontraban en Medea fueron rápidamente trasladados en dos grupos separados a la localidad de Boumerdes para evitar que fuesen localizados por los periodistas españoles que se desplazasen al país cuando se conociera la muerte de Iturbe.

El interés argelino en ofrecer una versión falsa se derivaba de que las autoridades del país magrebí habían ocultado a España la presencia en su territorio de un importante grupo de etarras. El descubrimiento del edificio de Medea en el que se alojaba la colonia de miembros de ETA hubiera sido comprometedor. Más tarde, a la vista del escándalo organizado por la presencia de González y Aracama, presencia que había sido negada de forma expresa al Gobierno español, se organizó su «expulsión» a Bamako, donde estuvieron el tiempo justo para hacerse una fotografía y enviarla al diario *Egin* para «demostrar» su salida del país, regresando poco después a Argelia.

La muerte de Iturbe deja a ETA sin representación cualificada en Argelia y provoca la paralización de los contactos durante varios meses. En esta situación de bloqueo, se produce el atentado de Hipercor. Apenas un mes después de esta masacre, Eugenio Etxebeste es trasladado a la capital argelina para ocupar el hueco

que había dejado Txomin y de inmediato se reanudan los contactos. Los comisarios Ballesteros y Martínez Torres son los encargados de mantener en agosto y septiembre los primeros encuentros con el dirigente etarra, antes de dejar paso a Julen Elgorriaga, delegado del Gobierno en el País Vasco, que se reúne con Etxebeste los días 15 y 16 de octubre. En estos contactos, así como en otro celebrado el 21 de noviembre, el representante del Gobierno establece como único marco posible de negociación «una salida digna» para los miembros de ETA, extremo rechazado por Antxon.

En la última de las reuniones, Elgorriaga condiciona la continuidad de los contactos a que no se produzcan más asesinatos. Desde el atentado de Hipercor otras once personas habían perdido la vida a causa de las acciones de ETA, siete de ellas después de la reanudación de los contactos en agosto. ETA rechaza la exigencia del representante del Gobierno, porque considera que «pone totalmente en entredicho la hipotética voluntad del PSOE de arreglar el conflicto».

La respuesta a la exigencia de Julen Elgorriaga es el envío del etarra Henri Parot y su grupo a Zaragoza donde colocan un coche bomba en la Comandancia de la Guardia Civil ocasionando la muerte de once de sus moradores, cinco de ellos niños, el 11 de diciembre, acción a la que ya he aludido antes. Esa misma noche, un sargento del Instituto Armado es asesinado en Guipúzcoa.

El Gobierno español responde a ETA el día 18 declarando, a través de las autoridades argelinas, que quedan suspendidos los contactos y solicita una tregua de dos meses como condición previa para reanudarlos. Si se acepta la tregua, además de la reanudación de las conversaciones, y en paralelo, se establecería un contacto entre el PSOE y HB «sin condiciones», qué podría ampliarse a otros partidos posteriormente. ETA responde, en un comunicado el 29 de enero, que está dispuesta a una tregua de dos meses si el Gobierno español se compromete a iniciar las negociaciones, con Argelia como mediador. El 20 de febrero, Julen Elgorriaga se entrevista de nuevo con Etxebeste. El clima es tenso y duro y no se llega a ningún acuerdo. Cuatro días más tarde ETA secuestra a Emiliano Revilla y el proceso se paraliza definitivamente.

Conflictos en la izquierda abertzale

El horror causado por el atentado de Hipercor no había sacudido sólo a los ciudadanos normales, sino que había afectado incluso a sectores afines a ETA que hasta ese momento no habían cuestionado la actividad terrorista.

La escalada de atentados de 1987 tenía como telón de fondo una crisis larvada entre diversos sectores de la Koordinadora Abertzale Socialista. El conflicto, con mayor o menor virulencia, venía arrastrándose desde hacía algunos años, pero a principios de 1987 se había manifestado con toda su gravedad. El partido HASI pretendía disputar a ETA la dirección del conjunto de organismos que componían la denominada izquierda *abertzale*.

La Koordinadora Abertzale Socialista (KAS) se había constituido en el verano de 1975 para impulsar movilizaciones ante el juicio que se iba a celebrar contra los miembros de ETA Txiki y Otaegui, sobre los que pendía la amenaza de una pena de muerte. Forman parte de la coordinadora en ese momento los partidos HAS, EAS y LAIA, la organización obrera ELI y las dos ramas de ETA, aunque poco después se incorporaría EIA, el partido creado a instancias de ETApm.

Inicialmente, ETAm no muestra un interés especial por los movimientos que se están produciendo en el campo político, aunque esta situación cambia a principios de 1977. Las diferencias suscitadas entre EIA y ETApm, por un lado, y el resto de miembros de KAS, por el otro, sobre la conveniencia de presentarse a las primeras elecciones democráticas en 1977 provocaron la salida de los dos primeros grupos y dejó convertida a la coordinadora en una organización sometida a la influencia de ETAm.

El concepto de KAS como bloque dirigente, desarrollado y adaptado convenientemente, facilitaría la supremacía de ETA sobre los integrantes de la coordinadora en la que estaban representados, además de la organización terrorista, HASI, los Comités Abertzales Socialistas (ASK), el sindicato LAB, Jarrai y LAIA. En el seno de KAS, a pesar de que se comparten los postulados ideológicos, hay una situación de permanente enfrentamiento entre el partido HASI y la organización ASK. En estas polémicas participan en ocasiones los otros miembros de KAS, generalmente enfrentados a HASI por

su papel en la dirección de la estrategia política.

A mediados de 1983, por iniciativa de HASI, en el seno de la coordinadora se mantiene un debate sobre un documento, que recibirá el nombre de «Ponencia KAS Bloque Dirigente», que aparecerá como documento oficial en el mes de septiembre. La ponencia sostiene que «la estrategia independentista constituye el motor de la lucha de clases que adopta en Euskadi sur una forma de lucha de liberación nacional de la cual el máximo exponente, eje garantía del mismo y clave de su éxito lo constituye la actividad armada». KAS es definida como «el sector más avanzado del Pueblo Trabajador Vasco» y «la Vanguardia Dirigente del proceso revolucionario vasco».

El documento define el papel asignado a cada una de las organizaciones que componen la coordinadora: ETA, el partido HASI, la organización «de masas» ASK, el sindicato LAB y el grupo juvenil Jarrai, a los que más tarde se añadiría una organización de la mujer, Egizan, de escaso peso político. La dirección política global «del proceso» queda reservada a ETA, a quien se reconoce la supremacía sobre los restantes miembros de KAS.

La reordenación de funciones en el seno de KAS no puso fin a los conflictos internos, especialmente por la tendencia de HASI a convertirse en dirigente de toda la coordinadora y de HB. Los enfrentamientos, a mediados de los ochenta, se producían entre el partido y ETA, que temía que su papel se redujera a secundar la línea política marcada por HASI y que, en último término, se planteara su desaparición.

Para frenar las aspiraciones de HASI, ETA promueve en la primavera de 1987 un documento titulado «Anexo Interpretativo de la Ponencia KAS Bloque Dirigente» que pretende ser la «lectura fiable de la ponencia» puesto que ésta «no ha servido de guía al bloque en la medida que el proceso exigía». En virtud del anexo, ETA delega la dirección de la lucha política «en los demás instrumentos organizativos (HASI, LAB, ASK y Jarrai) que coparticipan en las tareas de dirección». «Para el correcto funcionamiento del Bloque —se recomienda—, el Partido deberá evitar el caer en la tentación de formar tendencia o convertir el resto de organizaciones en correas de transmisión. A su vez, LAB, Jarrai y ASK deberán desechar y superar en la teoría y en la

práctica todo tipo de concepción antipartido».

Coincidiendo con la publicación del anexo, la crisis entre HASI y ETA alcanza un punto de no retorno en el verano de 1987, tras el atentado contra los almacenes de Hipercor en Barcelona. El secretario general de HASI, Txomin Ziluaga, manifiesta abiertamente su discrepancia con el atentado y expone, en el transcurso de una Asamblea Delegada del partido, que ETA «debería tomarse unas vacaciones» y realizar un «repliegue táctico». Además, propugnaba un nuevo modelo en el que aparecía «HASI como brazo y Dirección Política» y «la Vanguardia [es decir, ETA] como brazo armado».

Los meses finales de 1987 fueron muy intensos en el seno de HASI, con un amplio debate sobre el papel de ETA y el protagonismo que debía corresponder a los diferentes miembros de KAS, además de la pugna entre el sector encabezado por el secretario general, Txomin Ziluaga, y sus adversarios, con Joselu Cereceda al frente. En diciembre de 1987 se celebró en Cestona (Guipúzcoa) el tercer congreso de HASI, en el que los sectores que habían criticado a ETA por el atentado de Hipercor son apartados de la dirección del partido por veto directo de la organización terrorista, cuyas instrucciones son decisivas en la forma de resolver el conflicto.

Una vez recuperado el control de HASI por los más afines a ETA, durante los meses siguientes se llevará a cabo una purga iniciada con la expulsión de Txomin Ziluaga y otros miembros de la anterior dirección, a la que seguiría el abandono de un centenar de militantes alineados con el sector derrotado. Un congreso extraordinario celebrado en diciembre de 1988 puso fin a la crisis, aunque el resultado fue un partido debilitado que será incapaz de recuperar el papel que había tenido en los años anteriores.

Apenas solucionados los conflictos de los años 1987 y 1988, KAS y los grupos que la componían, especialmente HASI y Jarrai, tienen que enfrentarse a una reconversión ideológica que los distanciase de los aspectos más negros del marxismo tras el desmoronamiento del bloque soviético. «Esa vocación marxista leninista nos la atribuyen. No es asumida». Con estas palabras los dirigentes de KAS Gorka Martínez y Joselu Cereceda trataban de desmarcarse en febrero de 1992 de una ideología que aparecía devaluada por la historia más

reciente.

Viendo lo declarado por Cereceda y Martínez parecería que ellos nunca hubieran sido líderes de HASI, en cuyos estatutos (artículo 4) se afirmaba solemnemente: «HASI asume el marxismo como la base teórico científica de la práctica revolucionaria», los mismos estatutos que en su artículo 14 establecían que «HASI se estructura internamente en base a los principios del Centralismo Democrático», entendido éste como «la concepción científica de la Organización».

Una definición muy parecida a la anterior daban las juventudes de KAS de sí mismas: «Jarrai se orienta y basa su acción en los principios del marxismo y del internacionalismo proletario». Además, naturalmente, el modelo organizativo venía definido por el «centralismo democrático». Sin embargo, al igual que HASI, Jarrai inició también un confuso alejamiento de estos principios. «Jarrai —afirma un documento debatido en el congreso de 1991—, como el resto del MLNV, basa sus planteamientos y actuaciones políticas en la tradición marxista. Sin embargo, no podemos afirmar que Jarrai sea una organización marxista, tampoco que no lo sea. Jarrai no tiene que ser esclavo de ninguna fidelidad ciega».

La crisis de identidad es bastante elocuente en este texto o en otro en el que se afirma que «las interpretaciones o lecturas estáticas del marxismo resultan incorrectas y es del todo imposible (y además contradictorio con la propia filosofía del marxismo) definir qué es marxismo y qué es una organización marxista». Las juventudes de KAS entendían que una correcta aplicación del marxismo impedía saber si se es marxista o no, lo que, llevada la lógica hasta el final, pondría en evidencia que cuando se calificaban como marxistas no lo eran puesto que a la luz de esta filosofía, escuela de interpretación Jarrai, resulta imposible hacer tal definición.

Apenas tres años y medio antes, cuando ya la *perestroika* marcaba la línea de la URSS y los regímenes del Este desaparecían, HASI aprobaba en Cestona sus estatutos, que incluían el artículo 4 citado anteriormente, aferrándose al marxismo. En abril de 1989, la Koordinadora Abertzale Socialista manifestaba que la *perestroika* buscaba «la construcción del socialismo desde otras bases», aunque advertía que esta política hacía posible una «ofensiva ideológico

imperialista» y favorecía a la socialdemocracia en Europa. «Intentan presentar *perestroika* y marxismo leninismo como conceptos contrapuestos, la primera liquidadora del segundo —indicaba un documento de KAS—, cuando el marxismo leninismo es un método científico de análisis de la realidad y no una forma de estructuración económica o política».

Ocho meses más tarde, en diciembre de 1989, KAS difundía entre su militancia un análisis del significado de la *perestroika* soviética, con la que, a juicio de los analistas de KAS, se buscaba «la democratización en profundidad de las estructuras sociales, políticas y nacionales de cara a hacer realidad los principios del socialismo». El documento hacía una dura crítica al sistema capitalista para defender un socialismo que incluía la propiedad colectiva «de los grandes medios de producción».

Las repercusiones de la crisis del «socialismo real» en el entorno político de ETA se manifestaron en el IV congreso celebrado por HASI en enero de 1991. En las ponencias sometidas a discusión se señala que «KAS debe realizar un esfuerzo importante por actualizar e innovar su bagaje teórico en función de las actuales realidades de la lucha en Euskadi así como teniendo en consideración las propias experiencias a nivel mundial». Sobre el marxismo se afirmaba que «este instrumento, plenamente vigente para ayudarnos a comprender la naturaleza de las diferentes contradicciones que recorren a nuestro pueblo, precisa no ser interpretado en clave lineal y mecánica y estar abierto a innovaciones de muy diversa índole (…). Cuestiones como la no adscripción del método de análisis marxista a una escuela determinada, la eliminación de etiquetas, adjetivos y calificativos apriorísticos en los debates teóricos… son sólo ejemplos significativos de este enriquecimiento teórico».

Un año más tarde, al hacer pública la autodisolución de HASI y la integración de sus militantes en KAS, Cereceda se muestra ambiguo a la hora de determinar cuál era el modelo de sociedad que propugna su partido. «La sociedad en que vivimos es fundamentalmente injusta. Por eso hemos buscado una sociedad alternativa en las antípodas de ésta. Se le puede llamar socialista o de otra forma. Nosotros adoptaremos esa solución más justa que quiere el pueblo».

Aquel modelo mezcla de Albania y Alemania Oriental, que propugnara en su día Txema Montero, ya no servía como referencia para el entorno político de ETA, que no había encontrado más alternativa que la ambigüedad o, en todo caso, una acentuación del perfil nacionalista, si eso era posible. José Antonio Egido Sigüenza, miembro de la Mesa Nacional de HB hasta 1992, el dirigente de esta formación más identificado con el régimen soviético hasta entonces, denunciaba que tras la caída del comunismo en HB se había acentuado el mensaje del «nacionalismo estrecho» y se había abandonado la tradición internacionalista, llegando a sacralizar el derecho de autodeterminación.

La purga de 1988 no acabó con los conflictos en el seno de KAS, aunque las diferencias ya no tuvieran la dimensión crítica de los años anteriores. A caballo entre los años 1989 y 1990, en el seno del KAS Nacional se repite el inacabable debate sobre las funciones de cada uno de sus miembros y el ejercicio de la «dirección política», del que se extrae como conclusión la perogrullada de que «las organizaciones habrán de ayudarse mutuamente, desterrando las discusiones estériles». Se admitía la existencia de diferencias entre HASI y ASK, que a veces se manifestaban «soterradamente y otras en voz alta», y se apelaba a todos los miembros de KAS para que reconocieran «el necesario reforzamiento» de HASI.

HASI dejó de existir en febrero de 1992, tras un congreso celebrado en Vitoria, como consecuencia de una reforma de KAS, impulsada por ETA, encaminada a conseguir que el organismo dejara de ser una coordinadora y fuera un ente unitario. Los militantes de HASI se convirtieron en militantes «amancomunados» de KAS, según su argot, y la coordinadora pasó a asumir las funciones que con anterioridad había tenido el partido.

La captura de la cúpula de ETA en Bidart, en marzo de 1992, y la crisis posterior de la organización terrorista dejaron a todo su entorno político sin la dirección que hasta entonces había tenido. La reforma que se acababa de producir en KAS apenas dos meses antes permitió a este organismo asumir, sin la presencia de ETA, un papel nuevo, mucho más importante que el hasta entonces desempeñado. La crisis etarra coincidió con el momento en que KAS se había reforzado para tener nuevas responsabilidades, por lo que se aceleró el proceso de conversión de KAS en un organismo de dirección

realmente efectivo. La reforma que se había iniciado en 1992 culminó en 1995 con la desaparición del carácter de coordinadora de KAS y su conversión en algo parecido a un partido de cuadros.

Sin embargo, cuando más sólida parecía su estructura, la Koordinadora Abertzale Socialista empezó a tener problemas legales. En 1996, por vez primera desde hacía muchos años, dejó de convocar el Gudari Eguna el 27 de septiembre. Poco antes, la Fiscalía General del Estado había abierto una investigación sobre KAS solicitando informes a todos los servicios de policía para identificar a sus dirigentes.

Desde el momento mismo de la creación de KAS existió una estrecha vinculación con ETA, miembro y motor de la propia coordinadora. Esta vinculación, sin embargo, no había tenido ninguna repercusión en el ámbito de la represión penal. Ningún juez se había planteado investigar si entre la organización terrorista y la coordinadora existía algo más que afinidades ideológicas o políticas.

Esta situación empezó a cambiar, en un terreno conceptual, en 1997. Quizás uno de los primeros documentos emanados de un juez en el que KAS se dibuja como algo más que un grupo político no inscrito en el registro de asociaciones es el prólogo del libro de Sagrario Morán *ETA, entre España y Francia* escrito por el juez Baltasar Garzón: «Hoy día está claro que el MLNV es un movimiento que se integra por un complejo entramado político-armado estratégico que se compone de una serie de estructuras políticas legales e ilegales y armadas que es dirigido por una estructura ilegal llamada KAS». El juez no manifiesta dudas: la cúpula de KAS «ejerce la dirección de todo el entramado junto a la de la organización armada».

Esa teoría deja de ser un ensayo intelectual y se convierte en norte de la actuación judicial del magistrado cuando pone en marcha, a principios de 1998, las investigaciones que culminan con el desmantelamiento de varias empresas sospechosas de integrarse en una trama económica vinculada a ETA, en la actuación contra la estructura de relaciones internacionales de la izquierda *abertzale* y en el cierre del diario *Egin*. Numerosos dirigentes y cuadros de peso de KAS son detenidos y encarcelados en estas operaciones. No deja de ser significativo que el juez Garzón acuñe en las resoluciones

judiciales relativas a los dos primeros casos el concepto ETA-KAS como un todo unívoco cuyos elementos no pueden ser contemplados de forma separada.

Las consecuencias penales de una identificación entre KAS y ETA no se ocultaban a nadie y menos a los dirigentes de KAS que, en una reunión celebrada a principios de 1998 en Zarautz, acordaron formalmente la disolución de la coordinadora. Sorprendentemente, representantes de este grupo, con Arnaldo Otegi a la cabeza, realizaron una comparecencia pública el 17 de diciembre de 1998 anunciando que tal disolución se había producido… ¡cuatro años antes!

Los pactos por la paz

La ofensiva terrorista de 1987 y los primeros contactos de Argel habían creado una situación política ambivalente. Por un lado, el Gobierno, responsable de garantizar la seguridad de los ciudadanos, se encontraba contra las cuerdas a causa de atentados como el de Hipercor. La opinión pública reclamaba medidas que atajaran aquel estado de cosas, pero a corto plazo era poco lo que se podía ofrecer desde el Ministerio del Interior. Por otro, existía un peligro real de que se malinterpretaran los movimientos que se desarrollaban en Argel o cuando menos que aparecieran diferencias entre los partidos. En una situación tan grave, el Gobierno necesitaba estar arropado por el máximo de fuerzas políticas. Argel era una apuesta sin precedentes y las posibilidades de que saliera mal superaban las contrarias. Por ello, el entonces dirigente del PSOE José María Benegas puso en marcha, un mes después de Hipercor, una serie de conversaciones con representantes de todos los partidos políticos encaminadas a establecer un consenso más amplio sobre la manera de afrontar el terrorismo.

El resultado de estas conversaciones fue la firma, el 5 de noviembre, del Pacto de Madrid que incluía una ratificación de los acuerdos adoptados por el Parlamento vasco en marzo de 1985 y establecía la creación de foros de información y debate entre los firmantes y el Gobierno en asuntos relativos al terrorismo. A consecuencia de este pacto, la política antiterrorista quedaba, *a*

priori, excluida de la contienda partidista e, incluso, de la discusión en el ámbito parlamentario, pues la información y los análisis se trasladaban a reuniones periódicas de los firmantes con los ministros de Interior y de Justicia. Ante el ataque brutal del terrorismo, la clase política ofrecía a la ciudadanía una imagen de unidad y consenso en torno a las cuestiones esenciales.

Para la oposición, además de asumir ante la sociedad su parte de responsabilidad en la respuesta unitaria, el Pacto de Madrid constituía un procedimiento para ejercer un control a corta distancia del Gobierno en lo relativo a las eventuales conversaciones con ETA, evitando actuaciones unilaterales.

De forma paralela, en el País Vasco y Navarra se desarrollaban procesos de negociación entre los partidos, liderados por los respectivos presidentes autonómicos, para establecer en el ámbito regional sus propios pactos. El *lehendakari* Ardanza impulsó las negociaciones que dieron lugar al Pacto de Ajuria Enea el 12 de enero de 1988. El acuerdo conseguía establecer por vez primera un marco común, aceptado por todas las fuerzas políticas vascas con la excepción de HB, para afrontar el problema de la violencia. Heredero del espíritu de la declaración de marzo de 1985, el documento establecía una diferenciación nítida entre la resolución del problema de la violencia y las decisiones políticas sobre el futuro del País Vasco, hacía un reconocimiento expreso de la personalidad diferenciada de Navarra, reconocía la legitimidad de la acción policial y judicial dentro de la legalidad y pedía la derogación de la legislación especial antiterrorista. El diálogo entre las instituciones y ETA se circunscribía a la resolución de los problemas de los terroristas cuando hubieran decidido abandonar las armas, por lo que quedaba excluida una negociación política con los etarras. El documento suponía, en suma, el abandono definitivo de la ambigüedad del nacionalismo ante la violencia, además del aislamiento político de ETA y su entorno social.

Por otra parte, el pacto firmado en Navarra en el mes de octubre daba respuesta a la inquietud suscitada en esta comunidad ante la posibilidad de que su futuro pudiera ser objeto de discusión entre el Gobierno y ETA.

El Pacto de Ajuria Enea tuvo una gran importancia en la sociedad vasca y se constituyó en el paraguas bajo el que se

desarrolló una importante movilización en favor de la paz. Hasta entonces, las movilizaciones ciudadanas de rechazo al terrorismo habían tenido un escaso eco popular, salvo en alguna circunstancia excepcional. Grupos voluntariosos habían empezado a salir a la calle para denunciar los atentados y las muertes, pero no eran más que minorías bienintencionadas. Los atentados de 1987 habían removido muchas conciencias y habían provocado la aparición de la coordinadora Gesto por la Paz, agrupando a varias iniciativas locales preexistentes.

El ambiente social de rechazo al terrorismo había empezado a manifestarse a finales de 1987 de forma muy diferente a épocas pasadas. En noviembre, el asesinato en Ordizia del guardia civil Mateo Melero había dado lugar a una manifestación de repulsa convocada por el Ayuntamiento y al cierre de bares de la localidad, algo hasta entonces impensable. Al mes siguiente, el asesinato en Placencia del sargento José Solís Sánchez dio lugar a una manifestación popular de rechazo convocada por la corporación local.

Eran los primeros signos de que en la sociedad vasca estaba empezando a desaparecer parte del miedo y que el rechazo a ETA se trasladaba por fin a las calles. La reacción a otros dos asesinatos, los de Sebastián Aizpiri y Patxi Zabaleta, ocurridos en Éibar y Elgóibar, respectivamente, en mayo y junio de 1988, confirmó la existencia de esa nueva actitud en los ciudadanos de a pie. Como había ocurrido en otras muchas ocasiones, las víctimas fueron acusadas por ETA de narcotraficantes, pero se trataba de dos vecinos de gran arraigo social en sus respectivos municipios y las acusaciones etarras sólo produjeron indignación. Los vecinos de las dos víctimas salieron a la calle de forma multitudinaria y se enfrentaron abiertamente con los seguidores de HB en los plenos municipales, actuaciones que no tenían demasiados precedentes.

Estos episodios sacaron a la luz una ciudadanía cansada de soportar en silencio los asesinatos, una ciudadanía que a partir de entonces empezó a manifestarse claramente, secundando las convocatorias de Gesto por la Paz o las de los partidos de Ajuria Enea. La unidad de los partidos provocaba un efecto multiplicador entre los ciudadanos. Sectores juveniles procedentes de organizaciones vinculadas a la Iglesia o a centros educativos se

constituyeron en la punta de lanza del movimiento pacifista en el País Vasco.

Un segundo efecto de los pactos por la paz, en especial el de Ajuria Enea, fue la modificación de la ley antiterrorista, aunque algunas de las medidas contempladas en ella fueron incorporadas al Código Penal. El Tribunal Constitucional había sentenciado en diciembre de 1987 que la prórroga de la detención hasta diez días era inconstitucional; por el contrario, había respaldado la legalidad de la Audiencia Nacional y los Juzgados Centrales de Instrucción.

Una estructura contraproducente

A partir de 1987 se puede distinguir una nueva fase cuyo rasgo más definitorio es la quiebra en el control del territorio que ejercía ETA. Hasta ese momento, las pocas desarticulaciones de los grupos *ilegales* eran paliadas por la organización terrorista con rapidez. Unas pocas semanas bastaban para que un nuevo grupo ocupara el lugar del capturado y continuara su actividad terrorista.

En esta nueva etapa las operaciones policiales tienen como consecuencia que ETA desaparezca de una comarca o de una provincia durante varios años, incapaz de reorganizarse.

El fenómeno se produce por vez primera en el año 1986, a raíz de la desarticulación del comando *Nafarroa*. Reorganizar un grupo similar le costó a ETA más de dos años. En el territorio ocupado por el comando *Goierri*, activo en la comarca del mismo nombre, la zona costera de Guipúzcoa, así como la zona de Tolosa, la desarticulación del grupo en noviembre de 1987 supondrá la práctica desaparición de ETA en el área durante otros dos años. Capturado el nuevo comando *Goierri* en 1991, ETA se mostró incapaz de reorganizar el grupo.

No obstante, la virulencia de atentados como los de Hipercor o Zaragoza hacían imposible el optimismo, aunque a partir de 1987 la actuación policial contra ETA empieza a poner de relieve algunos puntos débiles en la estructura que había formado la organización terrorista en los dos años anteriores. Hasta mediados de los ochenta, los comandos *liberados o ilegales* estaban formados por seis activistas, que cruzaban la frontera juntos, se trasladaban al lugar

elegido y cometían los atentados formando un único grupo o divididos en dos células o *taldes*. A partir de 1986, los comandos se componen únicamente de tres activistas, ya que la organización no consigue la infraestructura suficiente —colaboradores y redes de pisos de alojamiento— como para mantener a los seis de antaño.

Un segundo fenómeno es el alargamiento de las campañas de los comandos, esto es, del tiempo que están «en el interior». Hasta 1987, los comandos permanecían entre uno y seis meses, al cabo de los cuales regresaban a Francia, mientras eran relevados por otros activistas.

El ejemplo del comando *Nafarroa* pone de manifiesto el riesgo que se deriva de la prolongación de las campañas terroristas. Desde su constitución hasta su desarticulación por vez primera en 1986 pasaron siete años, durante los que actuó impunemente en campañas de corta duración, al cabo de las cuales volvía a Francia. Reorganizado en 1988, en los ocho años siguientes fue desmantelado en cuatro ocasiones, en algunas de ellas antes de que hubiera llegado a cometer un solo atentado.

Otra muestra la constituye el caso del comando *Vizcaya* entre 1992 y 1998. A lo largo de este periodo han sido doce los activistas *liberados* integrados en esta célula terrorista. Cinco de ellos han muerto en enfrentamientos con miembros de las fuerzas de seguridad o por aparente suicidio, otros seis han sido detenidos y encarcelados y sólo uno logró huir a Francia. Cifras similares se pueden aportar con respecto a otros grupos. En Navarra, entre 1987 y 1997, actuaron doce *liberados*, ocho de los cuales fueron detenidos, dos murieron y otros dos volvieron a Francia. Hasta 1998, en el comando *Araba* se conoce la presencia de once activistas *ilegales*, cinco de los cuales fueron arrestados, tres murieron y otros tres huyeron a Francia. El viaje de Francia «al interior» es, como se puede ver, un viaje sin billete de retorno para la mayor parte de los militantes de ETA.

El desmantelamiento en 1989 del comando *Araba* supuso que hasta finales de 1995 ETA se quedara sin un grupo de *liberados* en Álava, así como en las comarcas vizcaínas y guipuzcoanas en las que actuaba. En el mismo año fue capturado el comando *Éibar*, sin sustituto aún. En Vizcaya el fenómeno tarda más en percibirse, pero la caída del grupo *ilegal* que actuaba en esta provincia en 1992

abrió un periodo de casi año y medio sin atentados terroristas, algo que no había ocurrido desde hacía dos décadas. En el área del comando *Donosti*, en cambio, no se da con nitidez el fenómeno, como en las otras zonas mencionadas.

Por lo que respecta al funcionamiento interno, el periodo que se inicia en 1987 tiene como novedad que los grupos *liberados* van a responsabilizarse del control, adiestramiento y dirección de los comandos formados por militantes *legales*, dando lugar a la estructura denominada de «satélites». Este modelo hace que prácticamente todos los grupos de ETA de una provincia estén vinculados al núcleo de *liberados*, por lo que la captura de éstos hace posible la eliminación de raíz de la organización terrorista en el territorio de que se trate. Esto es lo que ocurre con el comando *Araba* en 1989 y con el *Vizcaya* tres años más tarde. La acción policial conduce a la detención de decenas de personas implicadas en la estructura de «satélites» y ocasiona a ETA un daño muy superior al que provocaban las detenciones en el modelo de organización anterior.

Este tipo de estructura guarda bastante similitud con el modelo de organización en «columnas» que desarrollaron los tupamaros y que después fue imitado por ETA político militar y las Brigadas Rojas. Todos ellos sufrieron los efectos negativos que la acción policial provoca en estructuras así, muy superiores a los que ocasiona en otros modelos como el del IRA y el de la propia ETA en el periodo anterior a 1987. En 1993 la dirección de ETA dio marcha atrás y restableció el modelo anterior, con dos estructuras armadas, la de los *legales* y la de *liberados*, que operan de forma separada.

El principal responsable de los comandos *legales*, Santiago Arróspide Sarasola, que dos años antes había sucedido en el cargo a Txikierdi, fue detenido por la policía francesa el 30 de septiembre de 1987 en un chalet de Anglet, como consecuencia de una investigación relacionada con el grupo Iparretarrak. Arróspide tenía en su poder unos ochenta millones de pesetas e importantes documentos sobre los miembros de la organización terrorista.

Con la documentación incautada fue localizado pocas horas después un chalet en Saint Pée sur Nivelle donde estaba ubicada la Oficina Política de ETA y se guardaban sus archivos. El número uno de ETA, Josu Ternera, pudo salir a la carrera de este chalet, pero no

su compañero Iñaki Pikabea, a quien un disparo en una pierna dejó inmovilizado en el suelo. Los documentos hallados en las dos viviendas permitieron la puesta en marcha a ambos lados de la frontera de la redada más importante que se haya producido nunca contra ETA. En territorio francés se detuvo a un centenar de personas, de las cuales cincuenta y ocho fueron entregadas a la policía española, doce deportadas a Argelia, cuatro ingresaron en cárceles francesas y a otras tres se les asignó residencia lejos de la frontera.

La redada realizada en territorio español dio lugar a la captura de otro centenar de personas, al descubrimiento de catorce «pisos francos» en Vizcaya, Guipúzcoa, Vitoria, Madrid y Barcelona, al hallazgo de cuatro depósitos de armas y de un local adaptado que había servido para mantener secuestrado a un empresario. Cuarenta y dos personas fueron condenadas por la Audiencia Nacional a causa de esta redada. Fue tal el daño causado por esta operación que Arróspide fue considerado proscrito por sus compañeros, condenado al ostracismo orgánico y abandonado a su suerte judicial. A diferencia de otros activistas de su nivel, nunca fue tenido en cuenta en ninguna de las consultas efectuadas ocasionalmente a exdirigentes o militantes significados.

Tras la captura de Arróspide, el *aparato de ilegales* pasó a manos de Iñaki Pujana hasta su detención en diciembre del mismo año, y poco después quedó bajo el control de José Javier Zabaleta Elósegui, con la colaboración de Jesús Arkauz Arana y Carmen Guisasola Solozábal. Zabaleta fue detenido a finales de 1990, un mes después de la captura de Guisasola. La responsabilidad de esta estructura recayó en Francisco Múgica Garmendia, desde finales de 1990 hasta su detención el 29 de marzo de 1992 en Bidart.

Las operaciones policiales contra ETA en Francia se vieron afectadas, a partir de mayo de 1988, por la reelección de Mitterrand y la formación de un nuevo Gobierno socialista con Pierre Joxe al frente de Interior. Joxe puso fin a las redadas masivas de Pasqua y acabó con las expulsiones por vía de urgencia, sustituidas en algunos casos por confinamientos en lugares alejados de la frontera española.

En España, la modificación de la ley antiterrorista y el nuevo clima entre los partidos políticos derivado de los pactos por la paz

condujeron al desarrollo de una nueva estrategia policial, mucho más selectiva, que redujo de forma considerable las detenciones indiscriminadas. El año 1988 marca la frontera entre las dos concepciones policiales de la lucha antiterrorista. A partir de esa fecha las detenciones tienen por objetivo principal poner a los sospechosos a disposición de la justicia, y no obtener información, como había ocurrido en el pasado. De esta forma, de 531 detenidos en 1987 se pasa a 148 al año siguiente y de tener pruebas sólo contra una quinta parte de los arrestados, se pasa a conseguir el encausamiento del 40 por ciento, cifra que se irá elevando paulatinamente hasta situarse por encima del 60 por ciento en los años noventa, alcanzando en ocasiones el procesamiento del 75 por ciento de los arrestados.

Esta estrategia policial selectiva, mantenida a lo largo de los años, condujo al aislamiento del grupo terrorista frente al conjunto de la población vasca y a reducir al mínimo el mecanismo de la solidaridad antirrepresiva. En épocas anteriores este mecanismo había permitido a ETA arroparse con sectores sociales que no estaban identificados con los procedimientos de este grupo, pero se ponían de su lado como respuesta a los excesos policiales.

Al mismo tiempo, en 1988 se produjo la llegada a los ministerios de Justicia e Interior de los vascos Enrique Múgica Herzog y José Luis Corcuera, respectivamente. El primero modificó radicalmente la política penitenciaria que se estaba aplicando a los miembros de ETA desde hacía una década. Ya hemos visto que la política de concentración en unas pocas cárceles consideradas de máxima seguridad se mantuvo hasta 1987.

Múgica optó por una política de dispersión que, en primer lugar, suponía la disolución de las comunas etarras y la redistribución de los reclusos en pequeños grupos por diferentes prisiones. Además, dejaban de tener un tratamiento especial y eran mezclados con los otros reclusos. La lejanía o cercanía de la prisión a la que se destinaba cada recluso con respecto a su lugar de origen estaba en función de su comportamiento penitenciario y de su grado de identificación con ETA.

La nueva política comenzó a aplicarse en 1988, aunque inicialmente se hizo a ritmo lento y no se generalizó hasta después de la ruptura de las conversaciones de Argel, en abril de 1989. En

octubre de 1987, poco antes de que comenzara a aplicarse la dispersión, 483 miembros de ETA estaban distribuidos en 18 cárceles, aunque dos de ellas, Herrera y Madrid II, concentraban a 345 reclusos. A mediados de 1989, los aproximadamente 500 reclusos relacionados con ETA fueron distribuidos en 67 prisiones de toda España. En octubre de 1990 había 454 reclusos distribuidos en 85 centros. Herrera, con 43 etarras presos, seguía siendo la cárcel con mayor número de internos de este colectivo.

La contrapartida era que se concedía a los etarras encarcelados la posibilidad de acogerse a los mecanismos de progresión de grado y a las ventajas penitenciarias que conlleva esta medida. Hasta entonces, de modo generalizado todos los reclusos vinculados a organizaciones terroristas estaban por principio clasificados en primer grado y quedaban excluidos de cualquier beneficio penitenciario.

El objetivo de la política de dispersión era conseguir la ruptura del colectivo de presos y favorecer la decisión de aquellos que quisieran desvincularse de la disciplina de ETA. Para estos casos, además de beneficios penitenciarios ordinarios, se contemplaba, incluso, la aplicación de medidas extraordinarias, como el indulto.

A finales del 89, el 27,53 por ciento de los 322 etarras sentenciados habían pasado a segundo grado y a 13 de ellos se les había aplicado el tercer grado, que permite obtener permisos de fin de semana y alcanzar la libertad condicional. El resultado de esta política fue que 105 miembros o colaboradores de ETA pasaron a tercer grado entre los años 1990 y 1994. De este grupo, 78 reclusos salieron poco después de la cárcel, bien por obtención de la libertad condicional, bien de manera definitiva.

El cambio de política penitenciaria fue combatido por ETA con el inicio de una campaña de atentados contra los funcionarios de prisiones, con la esperanza de que éstos se rebelasen contra las decisiones del Ministerio de Justicia e hicieran impracticable la dispersión. ETA se guiaba por el recuerdo del asesinato del médico de la prisión de Puerto, en 1983, que había provocado la decisión de concentrar a todos los reclusos en unas pocas cárceles. Sin embargo, la campaña iniciada en 1988 y mantenida durante los años siguientes fracasó a pesar de que los atentados ocasionaron víctimas mortales, tanto entre los funcionarios como entre sus

familiares.

El año de Revilla

El 25 de febrero de 1988, un comando formado por miembros de ETA y un grupo chileno escindido del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) secuestraba al empresario Emiliano Revilla en las inmediaciones de su domicilio en Madrid. El industrial fue trasladado de inmediato a un escondite subterráneo ubicado en una casa de la calle Belisana, comprada a nombre de los padres de uno de los jefes del grupo chileno. En ese lugar, el empresario iba a permanecer durante ocho meses, lo que convertiría su secuestro en el más largo hasta ese momento.

El secuestro de Revilla bloqueó los contactos que se venían desarrollando en Argel y se convirtió en el acontecimiento del año. La acción terrorista fue interpretada como un pulso al Ejecutivo de Madrid y, quizás por ello, por vez primera el Gobierno decidió intervenir a fondo para impedir que ETA obtuviera un rescate que se presumía cuantioso. Si en otras ocasiones los servicios policiales se habían conformado con vigilar a distancia, a fin de no dificultar la liberación del secuestrado, ahora estaban dispuestos a esforzarse al máximo para evitar el pago del rescate.

La presión policial, unida a que para ETA la prolongación del secuestro constituía un hecho propagandístico de primera magnitud, contribuyó a que el cautiverio del industrial se prolongara meses y meses. Aunque el comando *Madrid* había sido desarticulado en enero de 1987, la captura de Revilla ponía de manifiesto que el grupo se encontraba de nuevo operativo y en condiciones de burlar a la policía.

La policía logró interceptar un pago de 725 millones en Hendaya y otro de 100 en París, deteniendo a los activistas que habían acudido a cobrar el rescate en ambos casos, pero no pudo evitar que, finalmente, la organización terrorista obtuviera una cantidad que se estimó en torno a los 1200 millones de pesetas, la cifra más alta que había conseguido nunca en una operación de este tipo.

En pleno secuestro, el secretario de Estado para la Seguridad, Rafael Vera, viajó a Argel para solicitar a ETA, a través de las

autoridades del país magrebí, la puesta en libertad de Emiliano Revilla y el cese de los atentados como condición para reanudar los contactos.

Tras 249 días en cautividad, Emiliano Revilla volvió a su domicilio con una tarta regalada por sus captores y 1200 millones menos, que representaban para ETA la superación de una difícil situación económica arrastrada durante el año anterior.

El descubrimiento del zulo de Sokoa, el 5 de noviembre de 1986, había puesto en manos de la policía una ingente cantidad de documentación sobre las finanzas de ETA. Un día antes de que se cumpliera el segundo aniversario de la localización del zulo, el juez Carlos Bueren fijaba en un auto las conclusiones principales de la investigación derivada de estos papeles. La principal revelación era el descubrimiento de que entre 1979 y 1986, la organización terrorista había ingresado 1163 millones de pesetas mediante la extorsión a los empresarios. Los años 1985 y 1986 habían sido especialmente fructíferos para ETA, ya que había logrado 227 y 450 millones respectivamente.

La caída del centro financiero de Sokoa y el aumento de la presión policial francesa habían hecho mucho más difícil la extorsión etarra a lo largo de 1987. Empresarios chantajeados que habían intentado establecer contacto a través de los canales habituales hasta entonces se encontraron sin interlocutor por parte de ETA, lo que impedía hacer efectiva la extorsión. Sin embargo, a mediados de 1988, utilizando el secuestro de Revilla como factor de intimidación, volvieron a llegar cartas en las que se reclamaba a los empresarios el pago de diferentes cantidades de dinero.

Hasta mediados de los ochenta, la extorsión había sido la fuente principal de ingresos de ETA, como demostraba la contabilidad de Sokoa. Esta organización, hasta 1985, había recurrido también al atraco de bancos y cajas de ahorros, como hemos visto, pero las cantidades obtenidas por este concepto habían ido disminuyendo a medida que mejoraban las medidas de seguridad de las entidades bancarias.

A diferencia de los *polimilis*, que habían hecho del secuestro la fuente principal de sus ingresos, hasta la captura de Diego Prado, en 1983, ETAm no había obtenido cantidades significativas por este medio. Sin embargo, mediada la década de los ochenta el secuestro

se convierte en una de las vías fundamentales de financiación, en especial a partir de 1988, año a partir del cual disminuye de forma notable lo obtenido mediante la extorsión.

Desde que ETA cobró su primer rescate en 1973, correspondiente al empresario navarro Felipe Huarte, hasta el último, el de Cosme Delclaux, en 1997, se estima que la organización terrorista ha conseguido unos ingresos por este procedimiento de unos 6700 millones de pesetas.

La vuelta a la mesa de Argel

Tras la liberación de Revilla en octubre de 1988, el Gobierno español reclama de nuevo la intervención de Argelia ante los activistas de la organización para que ETA declare una tregua que permita reanudar las conversaciones. Durante dos meses se produce un tira y afloja entre el Ministerio del Interior y la organización terrorista, con los argelinos en medio, que conduce a un comunicado de ETA, el 8 de enero de 1989, en el que, por vez primera en su historia, se anuncia una tregua de quince días. Se trataba del primer paso para reanudar las conversaciones suspendidas once meses antes.

Sin embargo, apenas tres días más tarde la policía francesa detenía a José Antonio Urrutikoetxea, *Josu Ternera*, máximo dirigente de la organización terrorista que, desde la clandestinidad en Francia, debía vigilar el desarrollo de las conversaciones.

Ternera formaba parte de la ejecutiva de ETA desde hacía quince años, desde la escisión de 1974. Se había ocupado inicialmente de las relaciones internacionales y había hecho su primer viaje a Argel en 1976 para asistir a un curso de adiestramiento. La desaparición de algunos de sus compañeros de la dirección de ETA le había permitido concentrar poder y responsabilidades. A la muerte de Argala, había empezado a robar protagonismo en el aparato político a Antxon, teórico sucesor del ideólogo asesinado. La detención y deportación de Etxebeste en 1984 le había dejado solo al frente de esta estructura, ayudado por un equipo de colaboradores entre los que sobresalía una persona apenas conocida públicamente: José Luis Álvarez Santacristina,

Txelis. Tras la operación de Sokoa y la captura de José Luis Arrieta Zubimendi, el área de finanzas había pasado a ser responsabilidad del aparato político de Ternera, como antes había ocurrido con la estructura de propaganda. La muerte de Txomin Iturbe le había dejado convertido en un indiscutido número uno de ETA.

En la crisis de HASI de 1987, Ternera había actuado con mano firme y expeditiva forzando la depuración de los sectores críticos y reafirmando la superioridad de ETA sobre el conjunto de la izquierda *abertzale*. Controlaba de cerca toda actividad que tuviera que ver con las relaciones internacionales de los grupos *abertzales*, que estaban obligados a enviarle minuciosos informes de cualquier paso que dieran en este sentido.

En el seno de ETA había sido el responsable de los contactos con Nicaragua, Cuba y Argelia, con grupos guerrilleros latinoamericanos o con los palestinos. La compra de armas formaba parte de la responsabilidad del aparato que dirigía. Había puesto en marcha la primera reflexión sobre la estrategia de negociación, dejando en manos de Josu Muguruza las conclusiones, y había dirigido a distancia los primeros tanteos de Argel, en los que había permitido un escaso margen de actuación individual a Eugenio Etxebeste, que se veía obligado a consultar la mayor parte de las decisiones. No mandaba los comandos, ni les daba las armas o el dinero, pero hacía algo más que eso: decidía cuál debía ser la línea estratégica de ETA y de su entorno.

Se temió en un principio que la detención pusiera en peligro el proceso que se estaba empezando a poner en marcha en Argelia, pero no ocurrió así. Álvarez Santacristina asumió las funciones de Ternera desde unas posiciones similares.

Las conversaciones se reanudaron con nuevos interlocutores: el secretario de Estado para la Seguridad, Rafael Vera, y Juan Manuel Eguiagaray, delegado del Gobierno en Murcia, por parte del Ejecutivo, y Etxebeste, Belén González e Ignacio Aracama por parte de ETA, asesorados por un grupo de cinco dirigentes de HB. Un primer encuentro, el 14 de enero, que sirvió para determinar la agenda de las siguientes reuniones, dio paso a un segundo comunicado de ETA en el que se prorrogaba la tregua durante dos meses. La primera fase de conversaciones se desarrolló durante los días 25 de enero, 14 y 20 de febrero y el 14 de marzo.

ETA plantea esta primera fase como si fuera una sesión de psicoanálisis político en la que los participantes debían remontarse a épocas remotas para buscar las causas ocultas de la situación actual. Por parte de ETA se manifiesta un deseo obsesivo de una legitimidad retrospectiva cuya raíz se encuentra en el momento mismo de la transición, cuando todos los partidos políticos escogieron un camino y ETA el contrario. Se bucea compulsivamente en el momento del pecado original en el que todos los actores políticos mordieron la manzana envenenada de la reforma.

Siguiendo el guión de ETA, los reunidos discuten, al igual que había hecho dos años antes Julen Elgorriaga, sobre la situación a la muerte de Franco, la transición, la elaboración de la Constitución y el Estatuto, Lemóniz, la OTAN, de ecología y hasta de la pancarta que sujetaba Benegas en una manifestación de 1978. El objetivo de Etxebeste es obtener el reconocimiento de su razón histórica, de la legitimidad de su camino, un reconocimiento que les eximiría de responsabilidades por la violencia desatada durante todos estos años.

Así presenta la dirección de ETA la marcha de las conversaciones en una circular interna fechada en abril: «La consecuencia más importante de este debate, entre otras cosas, fue la capacidad mostrada por la Organización de realizar un discurso coherente, de gran altura política y dialéctica tanto de cara a la parte española como a la argelina, dando una imagen innegable de organización política».

«La actitud de la parte española ha sido en todo momento evasiva, llena de excusas y ambigüedad, intentando evitar asumir sus responsabilidades o pretendiendo hacer olvidar de un plumazo ciertos hechos incontrovertibles, GAL, Lemóniz, etc.», añadía la circular.

El 18 de marzo de 1988 marca un punto y aparte en los contactos de Argel. Ese día, en Bilbao, convocadas por el *lehendakari* Ardanza y los partidos de Ajuria Enea, decenas de miles de personas acuden a una manifestación para reclamar la paz y el final de la violencia. El lema: «Paz ahora y para siempre». La marcha es la más importante de las que se habían celebrado nunca en la capital vizcaína y muestra el amplio respaldo social con que

cuentan los partidos del pacto.

La multitudinaria marcha cívica saca a ETA de sus casillas y provoca un endurecimiento inmediato de sus posturas. Esta organización acusa al Gobierno de haber impulsado una campaña «de desafío e intoxicación» que culminaba con la manifestación del día 18 con la que se quería «obstruir el proceso de conversaciones iniciado en Argel» poniéndolo «gravemente en cuestión». Cuatro días después de la manifestación se vuelven a reunir Vera y Eguiagaray con sus interlocutores. Etxebeste amenaza con romper las conversaciones en protesta por la convocatoria de Bilbao. Vera contraataca reclamando una tregua indefinida o, al menos, de tres meses, y expresa reservas a la exigencia de su interlocutor de trasladar a Argelia a Josu Ternera, Isidro Garalde y Lasa Mitxelena, presos en Francia. Las mismas reservas se extienden a la petición de Antxon de constituir una mesa paralela entre el PSOE y HB.

La sesión del día 22 no permite avanzar y hay que prolongar la reunión un día más, con idéntico resultado. Eguiagaray y Vera regresan a Madrid confiando en que la intervención argelina acerque posiciones en los próximos días. Cuatro días más tarde, un comunicado de ETA hace un balance de las conversaciones y anuncia como acuerdos cerrados precisamente aquellos en los que las discrepancias habían impedido el acercamiento: el traslado de los tres dirigentes encarcelados en Francia y el establecimiento de un diálogo PSOE-HB. Este último extremo provocó de inmediato reacciones adversas de todos los partidos vascos, que temían verse excluidos de ese proceso. José Antonio Ardanza y Xabier Arzalluz se desmarcaron enérgicamente de las resoluciones que pudieran salir de tal foro entre socialistas y HB.

Ante la negativa del Gobierno a asumir el contenido del comunicado etarra del día 27, la organización terrorista lanza un ultimátum para que el Gobierno rectifique, amenazando con romper la tregua si este cambio no se produce en veinticuatro horas. El día 31, un nuevo comunicado amplía el ultimátum en setenta y dos horas más. En este tiempo, ETA exige al Ejecutivo que haga pública la siguiente declaración para evitar la ruptura: «El Gobierno, en su espíritu ya declarado de proseguir el proceso de Conversaciones Políticas iniciado en Argel entre sus representantes y la organización ETA, y entendiendo que este diálogo político posibilita

la continuación de una nueva fase de distensión, afirma su voluntad de continuar este proceso en curso, comprometiéndose a respetar los puntos de acuerdo establecidos por ambas partes el 23 de marzo pasado».

La contrapropuesta del Gobierno es un texto que omite la aceptación de los supuestos acuerdos de la última reunión: «El Gobierno, en su espíritu ya declarado de proseguir el proceso de Conversaciones Políticas iniciado en Argel entre sus representantes y la Organización ETA, y entendiendo que este diálogo positivo posibilita la continuación de una nueva fase de distensión, afirma su voluntad de continuar este proceso reafirmando los principios y contenidos que han sido expuestos por ambas partes hasta el pasado 23 de marzo. A este respecto, el Gobierno reitera su disposición a iniciar una nueva fase de Conversaciones en Argel».

Estos dos párrafos constituyen el último intercambio de propuestas de las conversaciones de Argel. La alternativa del Gobierno es rechazada por ETA que, pasadas las setenta y dos horas, da por acabada la tregua.

La ruptura de la tregua fue decidida por la dirección de ETA en Francia, en contra de la opinión de sus tres representantes en Argel y de los asesores que les acompañaban, según han demostrado diferentes documentos del grupo descubiertos a lo largo de los últimos años. La decisión se había tomado contra la opinión de los negociadores de ETA e, incluso, sin haber sido informados de ella, como reconocía el propio Ignacio Aracama, que reprochaba a sus compañeros que se hubiera enterado «cuando la noticia ya estaba circulando por los teletipos». «Un hecho que no llegué a comprender totalmente fue la ruptura de las conversaciones (al menos en la forma en que se procedió), sus verdaderas motivaciones», escribía Aracama tres años más tarde. «La impresión que me dio fue que la dirección no tuvo muchos escrúpulos a la hora de lanzar el ultimátum, se podía decir que con ello se quitaban un muerto de encima», apostillaba el antiguo miembro del comando *Madrid*.

ETA, encabezada en esos momentos por Álvarez Santacristina, José Javier Zabaleta Elósegui, Francisco Múgica Garmendia y José Arregui Erostarbe, se consideraba satisfecha con haber conseguido su reconocimiento como interlocutor político frente al Gobierno y

no estaba interesada en ir más allá, ni preparada para ello. Como había ocurrido cinco años antes cuando Francia planteó la necesidad de una negociación, tampoco en esta ocasión la dirección de ETA calculó las consecuencias que su postura podía acarrear a sus militantes. Consideraba que dada su relación privilegiada, y hasta su complicidad, con el régimen argelino, lo más grave que podía suceder a la colonia etarra que se había ido concentrando en ese país sería que tuviesen que buscar otra residencia a medio plazo. No contó con que todos sus activistas pudieran ser deportados contra su voluntad. Once etarras fueron enviados a Venezuela, diez a Cabo Verde y seis, entre ellos los tres representantes de ETA en las conversaciones, a la República Dominicana.

El 7 de abril un paquete-bomba mutila a un profesor de Irún. Es el primer atentado en los últimos tres meses y el que demuestra que el fin de la tregua es un hecho real. A la bomba de Irún siguen otras en la vía férrea a su paso por Ciordia (Navarra), y el día 10 el asesinato en Las Arenas (Vizcaya) de un sargento de la Guardia Civil. Se trata del primer crimen tras la tregua y también el primero del año. Es la vuelta a la rutina del terrorismo.

Pero el Gobierno también tiene guardada una baza para responder a esa rutina. Desde mediados de febrero, la Guardia Civil tiene localizado al comando *Éibar*, un grupo que había cometido una decena de asesinatos en los últimos dos años. El ministro Corcuera, en una reunión con mandos policiales y gobernadores civiles al inicio de la tregua, había dado instrucciones para «investigar, localizar, identificar [a los terroristas]… y consultar» antes de hacer detenciones.

Con estos criterios, los agentes han seguido los pasos de los *liberados* del comando *Éibar* por toda la comarca durante semanas. Saben en qué casas se alojan y qué citas tienen con sus colaboradores. Los han seguido por Éibar, Elgóibar, Ondárroa, Deba, Placencia y Bergara. Una noche, incluso, los guardias civiles ayudan a uno de los activistas, borracho, a llegar a casa para evitar que en tal estado y armado pudiera ocasionar algún incidente.

A finales de febrero, el grupo había intentado pasar a Francia oculto en un camión, pero la Guardia Civil llenó de controles las carreteras y la policía francesa de fronteras se dejó fotografiar por

la prensa mientras montaba ostentosas patrullas para impedir el paso de un comando a España, según se hizo saber a los periódicos. Las patrullas desaparecieron unos minutos después de que lo hicieran los fotógrafos, pero el montaje funcionó. El comando *Éibar* dio media vuelta y regresó a su zona, sin sospechar que toda aquella escenografía era en su honor.

Cuatro días después del primer asesinato, agentes especiales del Instituto Armado asaltaron la casa en la que dormían los miembros del comando y los detuvieron, a ellos y a toda su red de colaboradores, excepto a aquellos que no interesaba detener. Por ejemplo, al camionero que tenía el vehículo preparado para que los etarras cruzaran la frontera. Sometido a vigilancia durante meses, el 17 de septiembre llevó a los agentes hasta el puerto de Urquiola. Tres miembros del comando *Araba* —el grupo que el 26 de julio había tratado de volar espectacularmente el cuartel de Llodio colocando quinientos kilos de explosivos en una alcantarilla— se introdujeron en el vehículo para huir a Francia. Al ser interceptado el camión en Irún, se produjo un tiroteo en el que murieron dos de los etarras y el tercero fue detenido. En días sucesivos se desarrolló una operación que dio lugar al arresto de más de sesenta personas y a la desarticulación total de la infraestructura del grupo.

Estas dos actuaciones policiales, y otras como la desarticulación por la Ertzaintza de un comando *legal* en Mondragón, el primero al que este cuerpo policial llegaba a través de la investigación, no impidieron que 1989 registrara un número importante de atentados, algo más de un centenar, aunque los diecinueve muertos ocasionados, igual que el año anterior, representaban la cifra más baja de víctimas mortales desde 1978.

La violencia de ETA estuvo acompañada de un repunte del terrorismo ultraderechista, que costó la vida al diputado de HB Josu Muguruza en un atentado perpetrado el 20 de noviembre de 1989 en Madrid. En el mismo atentado, cometido el día que los representantes de HB acudían al Congreso de los Diputados a recoger sus acreditaciones, resultó gravemente herido Iñaki Esnaola.

Un autodenominado Grupo Antiterrorista Nacional Español (GANE) se responsabilizó de este asesinato, como antes se había responsabilizado de la colocación de una bomba en una casa vacía de Etxarri Aranaz y del secuestro del concejal de HB en Hondarribia

Fermín Urtizberea. Las investigaciones llevaron a la detención de un policía, Ángel Duce, y del ultraderechista Ricardo Sáenz de Ynestrillas. Juzgados en la Audiencia Nacional, Duce fue condenado por el crimen y su compañero de banquillo absuelto.

La víctima del atentado, Josu Muguruza, era en aquel momento un valor en alza en el seno de HB. Huido a Francia en 1981, la policía española le acusaba de formar parte de la Oficina Política de ETA, a las órdenes de Josu Ternera. Durante el tiempo que estuvo en territorio francés escribió semanalmente una columna en el diario *Egin*, firmada con el seudónimo *Zohardia*, que los servicios antiterroristas seguían con especial interés ya que era interpretada como opinión autorizada de ETA. Muguruza fue detenido el 12 de marzo de 1987 y expulsado a España, donde fue encarcelado durante unos meses, aunque más tarde resultó absuelto de la acusación de colaboración con banda armada.

Tras su puesta en libertad, Josu Muguruza se convirtió en redactor jefe de *Egin*, además de responsable de formación dentro de Herri Batasuna, partido por el que fue elegido diputado en las elecciones de 1989. Cuando se cometió el atentado era considerado ya como uno de los dirigentes más influyentes de HB.

El síndrome de la ruptura de Argel

Fracasado el proceso de contactos en el país magrebí, ETA y su entorno político quedan expuestos a lo que la propia organización terrorista denominó el «síndrome de la ruptura de Argel», caracterizado por la desorientación interna y las discrepancias, que condicionó la estrategia de esta organización durante buena parte de la década de los noventa.

ETA y sus seguidores, pese a las declaraciones públicas, salieron de Argel con una notable sensación de derrota y la de cargar con el coste de la ruptura. Los pactos por la paz se revelaron sólidos en aquel momento de crisis y todas las formaciones políticas arroparon al Gobierno, responsabilizando a ETA del fracaso de las conversaciones. La ciudadanía hizo lo propio en las elecciones celebradas aquel mismo año: HB experimentó un retroceso, mientras que el PSOE y el PNV salían reforzados de las urnas.

Un documento de KAS de junio de 1990 reconocía que el Pacto de Ajuria Enea había generado «en el seno del MLNV sensibles niveles de autoaislamiento político y social» que les estaban impidiendo «penetrar electoralmente» en nuevos sectores. La propia ETA admitía que los partidos del pacto estaban «logrando atacar con una violencia y unidad nunca vista y últimamente obteniendo un reconocimiento social».

ETA veía al PNV como uno de los responsables principales de la ruptura, tanto por haberse opuesto a la mesa HB-PSOE como por haber secundado la estrategia del Gobierno central durante todo el proceso. Como consecuencia, para el futuro sacó la lección de que, aunque quisiera, no podía marginar al primer partido vasco y que, como mínimo, debía neutralizarlo.

Tras la ruptura, ETA comprendió que había frustrado las esperanzas que habían aflorado en la sociedad vasca durante los meses de la tregua, que su responsabilidad en la ruptura de las conversaciones tenía un coste muy alto en descrédito y aislamiento, y que el desmoronamiento alcanzaba también a sectores de la izquierda *abertzale*. Además, los miembros de la organización terrorista tenían que pagar en sus carnes el aislamiento internacional y la pérdida de apoyo de Argelia, que había secundado las exigencias del Gobierno español deportando a los etarras residentes en el país.

La dirección de ETA llegó a la conclusión de que «no debíamos volver a vivir algo parecido (las conversaciones de Argel) y que antes de emprender otro proceso de negociación tendríamos que tener claros los criterios y las bases». Especialmente precavidos se mostraban ante la eventualidad de volver a declarar una tregua. La posibilidad de generar una nueva esperanza en la sociedad y tener que asumir luego la responsabilidad de frustrarla les aterraba. Los miembros de la cúpula etarra detenida en Bidart opinaban que «una vez metidos en una dinámica de políticas de tregua, sería para siempre, se quiera o no».

El *Barne Buletina* («Boletín interno») de marzo de 1993 recoge un largo documento elaborado por uno de los miembros de la *troika* de Bidart, en nombre de los tres dirigentes, en el que se expresan abiertamente estos miedos: «Debíamos ser conscientes de que si se daba de nuevo una tregua de cualquier manera (esto es, sin

garantías mínimas), no nos quedarían más que dos opciones al llegar al día 30 o al 60 de la tregua: 1) O ceder para no sufrir una ruptura como la de Argel, y como consecuencia dirigirnos con las manos atadas a otro alto el fuego y entonces —no nos engañemos— volver a ceder y, como consecuencia inevitable, provocando ambientes largos de "paz", quedar con las manos atadas para siempre y sumergirnos totalmente en la estrategia de "negociación" del Pacto [de Ajuria Enea] y el Gobierno y dirigirnos seguramente a la extinción. 2) O no ceder y tener que sufrir una nueva ruptura de Argel, con las consecuencias incontrolables que eso podría traer para la cohesión y las fuerzas de la izquierda *abertzale* y, en consecuencia, para todo el proceso».

El «síndrome de la ruptura de Argel» es para ETA algo dramático, que les deja sin salidas claras, algo que les lleva a decir que debían «matar ese tipo de proceso» para el futuro. Tanto ha pesado este síndrome que se puede asegurar que no ha sido superado hasta la tregua de septiembre de 1998.

Durante los tres años siguientes a la ruptura de 1989, en el seno de ETA se producen discrepancias permanentes entre Eugenio Etxebeste y la dirección residente en Francia. Antxon, con el apoyo de la mayoría de los dirigentes de HB que actuaron como asesores en Argel, reprochaba a sus jefes que no tuvieran confianza en el «frente negociador». En consecuencia, exigía que se creara dentro de ETA una estructura de negociación, con un cierto margen de autonomía frente a la dirección de la organización, aunque estuviera bajo su mandato. Esta postura era rechazada por la dirección de ETA, que reclamaba en exclusiva «la capacidad para anunciar un alto el fuego», competencia que no estaba dispuesta a compartir con ningún «aparato de interlocución».

Frente al temor cerval a las treguas que se había instalado en la dirección etarra, Antxon pedía una «política de alto el fuego más valiente y serena», sin miedo a posibles rupturas.

Las discrepancias entre Antxon, a quien secundaban sus compañeros de Santo Domingo, y la dirección etarra discurrieron sin apenas trascendencia pública hasta el descubrimiento en París, en la primavera de 1992, de unos documentos escritos por Etxebeste, Belén González y Aracama en los que las diferencias se expresaban con toda su crudeza.

Este ambiente de confrontación interna tras Argel no estaba limitado al grupo dominicano, sino que se había extendido a algunos sectores de HB. Los abogados Iñaki Esnaola y Christianne Fando, estrechamente vinculados en su día al fallecido Txomin Iturbe, protagonizaron en 1990 un duro enfrentamiento con la dirección de ETA que ocasionó divisiones entre los más significativos presos de esta organización.

Las reservas de un sector de la dirección etarra hacia estos dos abogados se habían manifestado ya en 1984, después de que Fando y Esnaola advirtieran de la conveniencia de tener en cuenta la propuesta de negociación formulada por el Gobierno francés y llamaran la atención sobre las consecuencias que podía tener no atender el llamamiento. La muerte de Txomin, amigo personal de ambos, contribuyó a acentuar el distanciamiento entre una parte de la dirección de ETA y los dos abogados. En mayo de 1990, Esnaola hizo llegar al dirigente etarra José Javier Zabaleta, *Baldo*, una carta que contenía descalificaciones de la línea de ETA y criticaba de manera especial a Francisco Múgica Garmendia y Josu Arcauz Arana. Tras un intercambio epistolar de críticas, en septiembre, se formuló a Esnaola una «clara advertencia» para que se abstuviera de continuar en la línea mantenida hasta entonces, ya que se temía que estuviera promoviendo un movimiento dentro de HB para hacerse con el control de la coalición.

Entre los militantes de ETA se distribuyó un documento titulado «Saludos, camaradas» en el que se afirmaba que había sido necesario «enmudecer alguna voz tan célebre como criticable» en referencia expresa a Esnaola, Txema Montero y otro dirigente de HB, aunque unos meses más tarde, ETA «rehabilitaba» temporalmente a Montero, ajeno a ese conflicto. Sin embargo, en 1992 fue defenestrado por HB a causa de un artículo que iba a ser publicado en el diario *Deia*. La postura crítica que mantenía Christianne Fando contaba con el respaldo desde la cárcel de José Luis Arrieta, Santiago Arróspide e Iñaki Pujana. Para atajar la influencia de la abogada vasco-francesa, ETA ordenó a sus miembros que renunciaran a sus servicios profesionales cuando fueran detenidos. José Javier Zabaleta, detenido en septiembre de 1990, fue el primero en rechazar públicamente a Fandó.

A finales de 1990, ETA creía que el conflicto con los dos

abogados, a los que calificaba de «cáncer liquidacionista», estaba bajo «aparente control y superación», aunque reconocía que existían «condiciones subjetivas para reanimación de estos movimientos con los mismos o con otros abanderamientos». El control que creía tener ETA de la crisis no parece que fuera tan sólido ya que un año más tarde, en diciembre de 1991, la organización terrorista difunde entre su militancia una circular interna en la que se volvía a atacar a Esnaola, que en agosto había abogado por un entendimiento con el PNV en cuestiones básicas, acompañado en esta ocasión de Txema Montero. Ambos eran acusados de «propiciar dinámicas escisionistas». En esta circular, además de las críticas personales, se rechazaban las posturas de quienes exigían que HB se convirtiese en la cabeza de la izquierda *abertzale*, y se rechazaba el planteamiento de una negociación política entre los partidos vascos y una negociación «técnica» entre ETA y el Gobierno.

La circular mostraba también el rechazo de la dirección de ETA a la postura de quienes defendían un acuerdo previo con PNV y EA y una «posterior negociación de contenidos políticos entre todos los partidos vascos y el Gobierno español». Para ETA esta «pseudonegociación» con el Gobierno español «en tales condiciones de sumisión supondría un nuevo rebaje de planteamientos y contenidos». A juicio de la organización terrorista, este modelo escondía una «negociación técnica» adornada.

El momento elegido por ETA para descalificar a Esnaola coincide con el inicio en el seno de HB de un proceso de debate que debe culminar cuatro meses más tarde con la renovación de la Mesa Nacional de la coalición. Su descalificación busca dejar claro ante los militantes de HB que el abogado donostiarra no tiene la confianza de ETA. El hecho de que las posturas de Esnaola fueran respaldadas por el 15 por ciento de la base de HB otorga a este apoyo, aunque sea minoritario, un significado especial puesto que supone cuestionar frontalmente a la dirección etarra.

Los ataques contra Esnaola, cuya actividad política había disminuido notablemente a raíz del atentado sufrido en Madrid, tenían además como fundamento el hecho de que el dirigente de HB era el abogado de varios presos que se estaban distanciando abiertamente de la organización terrorista y se estaban acogiendo a los beneficios que les ofrecía la nueva política penitenciaria. Un

cliente de Esnaola, el preso Ramón Sagárzazu, había sido el primero en salir de la cárcel con un permiso el 16 de diciembre de 1989. El ejemplo de este interno fue rápidamente seguido por otros presos de ETA que se encontraban en la prisión donostiarra de Martutene. En algunos de los primeros casos, ETA reacciona expulsando a los interesados por «indisciplina y desvinculación», pero el problema se extiende de la cárcel donostiarra a la de Nanclares, donde hay un foco crítico de presos liderado por Isidro Etxabe, *Zumai*, exmiembro del comando *España*, que también tiene como abogado a Esnaola.

La existencia de dos sectores entre los presos de ETA no era nueva. Se remontaba al menos a tres años atrás, pero la política carcelaria no daba pie a que las diferencias existentes se tradujeran en algo más que en discusiones sobre si había que realizar o no huelgas de hambre o qué grado de combatividad debían tener los reclusos. Al abrir la posibilidad de que los internos por terrorismo pudieran acceder a las situaciones más favorables contempladas en la legislación penitenciaria se dejó expedito el camino para que las discrepancias internas devinieran en crisis. Las Gestoras pro Amnistía advirtieron en un documento que la política de grados «si bien en un primer momento no tendría consecuencias externas, podría ser interiorizada y asumida por el preso a medio plazo, con lo que se ahondarían las diferencias entre unos presos y otros».

Más contundente se muestra Antonio López Ruiz, *Kubati*, miembro del comando *Goierri*, contra las nuevas medidas penitenciarias: «Si nosotros aceptásemos los permisos, pidiéramos el cambio de grado o el traslado, ellos nos exigirían la imposición de un tratamiento penitenciario (…). Sabéis dónde terminaría nuestro afán por los grados y los permisos, en una carrera sin frenos hacia la reinserción que propugna el enemigo».

La postura oficial de ETA se plasmó en una directriz dirigida a todos los presos en abril de 1991 en la que se prohibía acogerse a los beneficios penitenciarios. La dirección etarra y los presos que comparten sus puntos de vista consideran que «aceptar esta política [la de los grados penitenciarios] como inevitable es aceptar que el enemigo ha ganado la batalla de la dispersión (…) pues no en vano su aceptación supone equipararnos en la práctica carcelaria a los presos sociales, abandonar a su suerte a los más represaliados, promover la búsqueda del tercer grado para conseguir la libertad

condicional, alentar la salida personal», según expresan en una carta de febrero de 1991 los presos del módulo 2 de Alcalá Meco.

Estas posturas no son compartidas por todos los miembros de la organización terrorista encarcelados. En Nanclares se elabora en 1990 un documento inspirado por los presos de la línea de Zumai en el que se propugna acogerse a los beneficios penitenciarios, en contra de la actitud oficial de ETA. Quienes defienden esta actitud penitenciaria sostienen además una crítica política a la orientación de la dirección etarra que se manifiesta en el apoyo expreso a Esnaola y otros dirigentes tradicionales de HB como Jon Idígoras o Itziar Aizpurua y en la defensa de tender puentes al PNV. Las posturas críticas son en esos momentos mayoritarias en Martutene, Basauri y El Dueso y tienen notable peso en Nanclares y Burgos.

La elaboración de este documento dio lugar a un intenso debate dentro de las cárceles, que se mantuvo abierto durante todo el tiempo que duró la crisis provocada por las posturas de Isidro Etxabe y Jon Urrutia.

Las diferencias existentes alcanzaron naturaleza pública en 1991 a raíz de la difusión de unas conversaciones grabadas en el locutorio de la prisión de Nanclares en las que Zumai y Urrutia realizaban duros reproches a la organización terrorista. Las críticas de Etxabe, un activista «histórico» ingresado en ETA a principios de los años setenta y con un denso historial de atentados a sus espaldas, causaron una importante conmoción interna en la organización terrorista y en especial entre el colectivo de presos. La dirección de ETA envió a los dos reclusos una carta escueta en la que les exigía romper sus relaciones con Iñaki Esnaola y «hacerlo público y sin miramientos». Además, se les conminaba a aceptar cinco puntos: «a) Denunciar el juego sucio y la intoxicación de Instituciones Penitenciarias y de Antonio Asunción, b) Situar vuestras grabaciones en un contexto emocional y coloquial, c) Valorar las críticas vertidas en vuestras grabaciones de una forma matizada y autocrítica, tanto en el tono como en el fondo, d) Manifestar inequívocamente la adhesión a la Organización y a la estrategia de la Organización en sus líneas generales (pese a críticas puntuales), e) Otro tanto sobre el colectivo de presos».

Ante este emplazamiento, los dos disidentes se niegan a romper con Esnaola alegando que «nadie puede pedir a alguien que rompa

una relación personal pues coloca esta decisión en una posición de difícil acatamiento». Etxabe y Urrutia acusan a ETA de estar volviéndose «absolutista» porque existe «una línea que marca la pauta, arrastrando tras de sí a las demás de una manera voraz e irracional». Además, le acusan de mantener una estrategia que provoca un distanciamiento de la sensibilidad popular. Concluyen asegurando que «no tenemos intenciones de pedir el grado, pero sí de aceptarlo si se nos concede». Ocho presos de Nanclares salieron en defensa de sus dos compañeros, enfrentándose a la dirección de ETA y a los abogados de las Gestoras pro Amnistía.

En navidades de 1991 a Etxabe y Urrutia les fue concedido el régimen abierto y tres años más tarde la libertad condicional. Como medida disciplinaria, ambos fueron expulsados del colectivo de presos de ETA, en medio de un aluvión de críticas de sus excompañeros, que no ahorraron epítetos para descalificarlos. Desde las cárceles, se critica la condescendencia de la dirección etarra con el sector minoritario y se llega a solicitar a ETA la aplicación de medidas de fuerza. Se reclama «el uso del *aizkora*» (el hacha) contra los disidentes y, si esto no es posible, se pide que por lo menos se pegue «un fuerte puñetazo encima de la mesa y empezar a dirigirse "personalmente"» a los discrepantes. El conflicto interno dentro de las prisiones tiene tal intensidad que algunos reclusos llegan a sostener que «es mejor tener un colectivo de trescientos consecuentes y activos, a tener seiscientos presos de lastre».

Las divisiones internas se viven entre los presos con el sentimiento dramático de las guerras civiles y también con la dureza y visceralidad que suele acompañar este tipo de conflictos: «Se empezó con la desmovilización, luego vino la pérdida de derechos conseguidos tras largas y duras *borrokas* [luchas], con la dispersión asistimos a una individualidad alarmante, estamos inmersos en una dinámica carcelaria abandonando la del colectivo. Ya no se discute la aceptación de grados, ya estamos hablando de aceptar permisos. Se ha dejado pudrir el colectivo y estamos a punto de encontrárnoslo totalmente podrido. No podemos permitir que esto siga así, hay que cortarlo ¡ya!».

Pese a este clima de amenazas e intimidación interna, un grupo de unos veinticinco internos del «foco de Nanclares» secundaron las

posturas de Zumai y Urrutia, a los que se había sumado Guillermo Arbeloa, preso que había sido candidato de HB a la presidencia del Gobierno de Navarra, y se acogieron a los beneficios penitenciarios.

Los conflictos internos no se limitaban al ámbito penitenciario y al político, pues a lo largo de 1991 la dirección etarra tenía que hacer frente a las duras descalificaciones que formulaba contra sus integrantes, y en especial contra Francisco Múgica, uno de sus activistas más destacados: José Luis Urrusolo. Encuadrado en el comando *Ekaitz* en aquel momento, Urrusolo se enfrentaba abierta y violentamente a su jefe directo, al que acusaba de incompetente, y amenazaba con resolver la disputa con las armas en la mano. En este conflicto, Mágica contó con el respaldo incondicional de sus compañeros en la ejecutiva de ETA, José Luis Álvarez y José Arregui. La discusión, por escrito y mediante cintas grabadas, se prolongó a lo largo de varios meses y no concluyó hasta la detención de la dirección de ETA en marzo de 1992. Sus sucesores se encargaron de expulsar de la organización al indisciplinado militante.

Fuera de los muros de las cárceles, los miembros de ETA continúan cometiendo atentados con la vista puesta en los acontecimientos que se esperan para 1992: Expo en Sevilla, V Centenario del Descubrimiento de América, Olimpiadas en Barcelona y Capitalidad Cultural en Madrid. Durante los cinco años anteriores a 1992, la literatura etarra había ido creando en torno a esta fecha un referente mítico de primera magnitud. Según su interpretación, que es posible seguir en distintos documentos a partir de 1987, el Gobierno español iba a verse en una situación de debilidad por la confluencia de una serie de acontecimientos, como los ya mencionados, Olimpiadas, Expo, V Centenario, y otros como la entrada en vigor del Acta Única Europea o las diferentes convocatorias electorales. De todas estas cuestiones ETA, al igual que KAS y HB, que compartían el análisis de la situación, extraían la conclusión de que España no podría soportar la presión internacional para que conjurara la amenaza etarra. Al no poder solucionar por las bravas este problema, la presión exterior obligaría al Gobierno a negociar con ETA.

«El ingreso en la CEE y en la OTAN exige del Estado español un mínimo de garantías de pacificación en pleno corazón de la

retaguardia europea», explicaba HB en un documento interno. La conclusión era obvia: «Si somos capaces de "llegar enteros" a 1992 habremos dado un salto histórico, tendremos semiderrotado al enemigo».

Se incurría en el mismo error que a finales de los setenta, cuando ETA suponía que la presión internacional haría imposible un golpe de Estado y obligaría al Gobierno a sentarse a negociar. En momentos de debilidad política, ETA parece transferir las esperanzas de lograr sus objetivos a la acción de la comunidad internacional, ignorando que ésta es más solidaria con el Gobierno español que con la organización terrorista, como es evidente.

Para motivar, tal vez, esa intervención internacional a favor de la negociación a la que se ha aludido, a lo largo de 1991 y 1992 ETA perpetró veinticuatro atentados con explosivos contra sedes de bancos españoles, centros culturales o representantes diplomáticos en Italia y Alemania. Como antecedente de este tipo de actuación se encontraban unos atentados perpetrados en 1989 y 1990 contra representaciones diplomáticas españolas en Holanda y Turquía.

Además de las acciones en el extranjero, el horizonte de los acontecimientos previstos para 1992 motiva una intensificación de las acciones terroristas a lo largo de 1991, que se traduce en un aumento del número de atentados y de víctimas mortales, tanto que ese año fue el quinto en el *ranking* de asesinatos de la historia de ETA, los más altos del periodo 1985-92. Cuarenta y cinco personas —ocho policías, nueve guardias civiles, tres militares, un ertzaina, dos policías municipales y veintidós ciudadanos ajenos a las fuerzas de seguridad— fueron asesinadas en 1991, un año en el que también se registró la muerte de siete etarras en enfrentamientos con las fuerzas de seguridad o víctimas de sus propias bombas.

Una buena parte de esta campaña terrorista estuvo sostenida por el esfuerzo de los comandos *Barcelona* y *Ekaitz*. El comando *Barcelona* fue responsable del atentado con coche bomba contra el cuartel de Vich en el que murieron dos guardias civiles y siete familiares de otros agentes. Unos días más tarde, dos de los tres autores del atentado morían en un enfrentamiento con los efectivos policiales, que lograban el arresto del tercero. El comando *Ekaitz* había empezado sus actuaciones a finales de 1990, bajo la dirección de Urrusolo Sistiaga, a lo largo de la costa levantina. Desde esa

fecha y hasta el desmantelamiento del grupo en marzo de 1992, esta célula, convertida en el buque insignia de ETA, perpetró una veintena de atentados con trece asesinatos, entre ellos el del catedrático valenciano Manuel Broseta, que había sido secretario de Estado con la UCD.

El esfuerzo terrorista se trasladó fuera del País Vasco y Navarra —donde sólo se perpetraron el 44 por ciento de los atentados en 1991— para aumentar la presión sobre el Gobierno. Una mortal campaña de paquetes bomba, que ocasionó nueve muertos, un rosario de artefactos bajo los vehículos de sus víctimas, como el que hirió gravemente a la niña Irene Villa y a su madre, o el que mató en San Sebastián a la adolescente Coro Villamudria, hija de un policía, junto al resto de ataques de ETA dieron lugar a un primer semestre del año especialmente intenso, con una acción terrorista cada cuarenta y ocho horas.

Tres años de desencuentros

El «síndrome de la ruptura de Argel», junto con la óptica desenfocada con que ETA espera la llegada del año 1992 y los recelos existentes entre Antxon y la ejecutiva de esta organización van a ser la causa de que se frustren nuevamente los intentos de contactos entre el grupo terrorista y el Gobierno.

Los primeros contactos entre un representante del Ministerio del Interior y Eugenio Etxebeste se produjeron casi un año después de las conversaciones de Argel, en marzo de 1990. Rafael de Francisco, antiguo director general de Política Interior, fue el enviado de Rafael Vera para restablecer la comunicación con el dirigente etarra deportado en la República Dominicana.

El esquema que se pretende aplicar en estas conversaciones es muy similar al que se había desarrollado en el país magrebí. El Gobierno exige una tregua de ETA de dos meses de duración, tácita o expresa, y se muestra dispuesto a reanudar las conversaciones con Antxon. A lo largo de cinco reuniones que se desarrollan entre marzo y el verano de 1990, se habla del posible nuevo escenario, de los representantes de ETA, del estatus que se les concedería, pero todo queda condicionado a la tregua. La organización terrorista, por

su parte, reclama la celebración de lo que llama «un contacto físico» entre Rafael Vera y Eugenio Etxebeste, como condición previa a la tregua que, inicialmente, quiere limitar a quince días.

La madeja queda enmarañada en ese punto y, por diversas circunstancias, no volverá a desenredarse. Si se tienen en cuenta sólo los aspectos formales del estancamiento, la conclusión a la que se llega es que se estaba ante un diálogo de besugos o ante una situación kafkiana gestionada por incompetentes. Sin embargo, teniendo en consideración los factores que se han mencionado anteriormente, en especial los profundos recelos de ETA a cualquier nuevo proceso que le obligara a una tregua y la esperada debilidad del Gobierno en 1992, se comprenden mejor los bandazos y vacilaciones que llevaron a la organización terrorista a una estrategia de dejar pasar el tiempo como única opción, a la espera de mejorar su posición en el tablero.

En el segundo semestre de 1990, la dirección de ETA parece dispuesta a aceptar una tregua de dos meses, pese a que la actitud de sus comandos es de desconfianza. La dirección etarra llama a esta actuación «política de riesgos calculados». Este cambio de postura, en teoría, debería haber resuelto la situación… si alguien se la hubiera comunicado al Gobierno. El momento elegido para ello era un viaje de Vera a Santo Domingo en el mes de diciembre, pero el viaje se canceló a causa de la publicación en *Egin* de un documento de ETA con informaciones sobre los contactos previos, además de la realización de varios atentados.

La situación no cambia en los meses siguientes, a pesar del envío por fax de una carta de Rafael Vera al representante etarra, ni de los encuentros que el secretario de Estado mantiene con dirigentes de HB. En uno de ellos, celebrado en febrero de 1991, Vera manifiesta que está dispuesto a reunirse con Antxon, si ETA expresa su intención de mantener una tregua de dos meses. En abril, Antxon entrega a las autoridades de Santo Domingo un escueto texto de aceptación de la tregua de dos meses, para que se lo hagan llegar al Gobierno español lo que, al parecer, no hacen los responsables de la República Dominicana. En mayo, Vera habla telefónicamente con Antxon para reiterar las exigencias de tregua y se reúne de nuevo con dirigentes de HB. Son los últimos contactos directos antes de que ETA inicie una ofensiva terrorista en el segundo semestre de ese

año.

Con esta campaña de atentados como telón de fondo, en diciembre vuelven al escenario los servicios secretos argelinos, tras más de dos años de ausencia. Un coronel se reúne con miembros de ETA el día 4 y unos días más tarde con representantes españoles. Vera hace saber, a través de este canal, que está dispuesto a tener una entrevista secreta con Etxebeste en Argelia. Se advierte que es la última oportunidad que está dispuesto a dar a ETA y plantea como condición que Antxon le llame telefónicamente el día 30 de diciembre. La llamada no se produce y con ella se esfuma otra oportunidad de restablecer los contactos. Unos días más tarde, el 11 de enero, el secretario de Estado y el representante etarra conversan por teléfono. Este extremo y el anuncio hecho por Vera a los intermediarios argelinos de que estaba dispuesto a reunirse con Etxebeste fueron interpretados por ETA como un síntoma de debilidad del Gobierno, en un momento de máxima actividad terrorista. Ello les llevó a dar marcha atrás en su aceptación de una tregua de dos meses, volviendo a la idea de quince días sostenida año y medio antes.

Esta fugaz sensación de fortaleza, posiblemente, fue la causa de que el contacto telefónico del 30 de diciembre no se produjera. Por si hubiera dudas, el 2 de febrero, Antxon recibe una llamada desde Francia en la que se le ordena que no acepte «más llamadas de los españoles». La campaña de atentados iniciada en 1992 está siendo demoledora y ETA, en plena euforia, no parece interesada en el confuso escenario de conversaciones que Rafael Vera plantea desde hace casi dos años.

Capítulo XII

La herencia de la crisis de Bidart

El día que ETA perdió la cabeza

En enero de 1992, el ideólogo de ETA, José Luis Álvarez Santacristina, recluido en su apartamento de la urbanización Les Pastorelles, de Bayona, tecleaba en su Macintosh un exultante balance de la actividad terrorista del año anterior: «El nivel operativo de la Organización en 1991 ha superado con creces el alcanzado en los años precedentes y, frente a manipulaciones e intoxicaciones interesadas, es preciso constatar que en intensidad, diversificación y nivel de efectividad se encuentra en las cotas más elevadas de los últimos doce años».

Apenas ha comenzado el nuevo año, pero el jefe del aparato político etarra deja traslucir el sentimiento de euforia que se deriva de la actividad llevada a cabo por las células a sus órdenes. En apenas dos semanas ETA ha matado a tres militares en Barcelona, a un policía en Bilbao y al catedrático y miembro del Consejo de Estado Manuel Broseta, en Valencia. Álvarez se muestra satisfecho en su análisis: «El comienzo del 92 está siendo así mismo reflejo de este salto en el nivel operativo que está invalidando las tesis de la supuesta “debilidad” promulgadas desde el Ministerio del Interior y colocando en una situación complicada al Estado ante los acontecimientos previstos para su “año insignia”».

Txelis, en esas fechas, cree plenamente en el andamiaje teórico que ha ido construyendo durante los últimos tiempos en torno a la debilidad del Estado en 1992. «El Gobierno español tiene verdadera prisa en resolver el conflicto que le enfrenta a Euskal Herria», escribe José Luis Álvarez tras mencionar la serie de acontecimientos que van a tener lugar ese año y la nueva fase que se abrirá para la Unión Europea dentro de doce meses.

Al igual que Argala tres lustros antes, el jefe político de ETA muestra una irracional confianza en la presión internacional ejercida sobre el Gobierno español para obligarle a negociar, y ceder, ante la organización terrorista.

Desde su puesto de máximo responsable del aparato político etarra, Txelis ha impulsado el desarrollo de equipos dedicados al análisis de la situación internacional. El resultado de este esfuerzo es la difusión de un documento interno denominado «Apuntes de coyuntura internacional», en octubre de 1991. La segunda edición, con fecha de enero siguiente, está todavía en fase de elaboración en su ordenador y contiene el guión del análisis que se quiere realizar sobre países como Corea, Libia, Liberia, Somalia, el Sáhara, Trinidad y Tobago, la URSS…

Pese a todo este despliegue, José Luis Álvarez incurre en un error elemental, el de confundir sus deseos con la realidad, y no percibir que si algo están haciendo los gobiernos de otros países es colaborar con las autoridades españolas. La celebración de la Olimpiada en Barcelona origina un intenso intercambio de información entre los servicios de seguridad y de inteligencia de numerosos países y la celebración de un sinnúmero de encuentros de trabajo encaminados a conseguir que el evento deportivo transcurra sin sobresaltos.

ETA ha hecho saber a principios de 1992 que, a diferencia de la Expo de Sevilla, los Juegos Olímpicos en sí mismos no son su objetivo, pero su actividad es particularmente intensa en Cataluña y a lo largo de toda la costa mediterránea, como hemos visto. A los cuatro muertos ocasionados en enero se añaden otros diez al mes siguiente, cinco de ellos en un atentado perpetrado en Madrid contra una furgoneta que transporta oficiales del Ejército, y cuatro más en el mes de marzo.

Para llevar a cabo esta ofensiva, la dirección etarra ha reforzado

a finales de 1991 a sus comandos o ha constituido células nuevas. Esto último es lo que ha hecho en Cantabria, con la instalación por vez primera de un grupo de *liberados* denominado *Mugarri*. Además, ha enviado activistas de refuerzo al comando *Vizcaya*, al comando *Ekaitz*, en la costa mediterránea, y al comando *Donosti*, que debe ser reconstruido partiendo casi de cero.

La euforia de Txelis apenas se mantiene durante tres meses, pues si ETA ha iniciado el año poniendo toda la carne en el asador, otro tanto están haciendo los cuerpos policiales. Unos sesenta miembros y colaboradores del comando *Vizcaya* son detenidos en el curso de dos operaciones realizadas en enero y mayo. La destrucción de todas las redes de ETA en Vizcaya es tan profunda que transcurrirá un año y medio antes de que vuelva a cometerse un nuevo atentado, algo que no tenía precedentes. Y no es ésta la única operación policial realizada en el primer trimestre del año. La Ertzaintza desmantelaba una red de extorsión dirigida desde Francia por Álvarez Santacristina; la Guardia Civil capturaba al comando *Mugarri* y, como ya se ha comentado páginas atrás, la policía ponía fin a las actividades de la peligrosa célula dirigida por Urrusolo en la región levantina, entre otras operaciones. Con estas actuaciones quedaban neutralizados los responsables de doce de los diecinueve asesinatos cometidos en los tres primeros meses del año.

La operación más espectacular, sin embargo, se produjo el 29 de marzo en un caserío de la localidad vascofrancesa de Bidart, donde fueron detenidas las tres personas que en ese momento formaban la ejecutiva de ETA: José Luis Álvarez Santacristina, Francisco Múgica Garmendia y José Arregui Erostarbe. Una investigación realizada a lo largo de varios meses por efectivos de la Guardia Civil a las órdenes del entonces coronel Enrique Rodríguez Galindo había llevado a la localización de Txelis, primero, y al resto de los miembros de la dirección de ETA, más tarde.

En la versión oficial proporcionada por la Guardia Civil se afirma que se había llegado a la localización de Txelis siguiendo a Patxi Rollán y Anselmo Olano, dos vecinos de Rentería cuya posible vinculación con ETA había sido revelada a los agentes por un dirigente de Jarrai un par de años antes. El seguimiento a estos dos miembros del comando *Askatu* llevó a los hombres del coronel Galindo a las cercanías de la iglesia de la localidad francesa de

Guéthary, lugar fijado para una cita con José Luis Álvarez. Después, la operación consistió en vigilar los movimientos del dirigente de ETA durante tres meses hasta llegar a la ejecutiva etarra en pleno. El primer seguimiento se hizo el 28 de diciembre de 1991, pero ese día Txelis no acudió a la cita. El segundo, ya sólo a Rollán, tuvo lugar el 4 de enero siguiente, fecha de la primera reunión con Txelis, y el tercero el 18, día en el que ambos fueron filmados en vídeo.

Los datos recogidos por los etarras en diversos informes internos ponen en cuestión esta versión, aunque no llegan a aclarar dónde estuvo el fallo que condujo a tal descalabro.

En un escrito elaborado para la dirección de ETA en el que explica las circunstancias de su detención, Patxi Rollán relata los pormenores de su primera cita, a la que no acudió Txelis: «En las inmediaciones, junto al hotel situado en la carretera de Bayona, y que queda justo enfrente de una callejuela que sube hasta la Iglesia de Guéthary, sentada en un banco estaba una *neska* [chica] que nos miró al llegar. Estaba con un libro o con crucigramas, y no era normal que permaneciese allí durante una hora con el frío que hacía. Falló la cita, esperé a la de seguridad una hora más tarde, y también [falló]».

Patxi Rollán decidió entonces regresar a casa, para lo que se trasladó hasta la parada del autobús situada en la carretera de Bayona, adonde acudió su hermano a recogerlo con el coche. «Me recoge —prosigue el relato—, y damos la vuelta en dirección de Donostia (bueno, de Irún), y la *neska* sigue ahí, mirándonos de forma más o menos descarada, yéndose del lugar justo cuando desaparecíamos de su visión en la curva (nos quedamos mirando por el retrovisor)».

Al llegar a la frontera, el vehículo de los hermanos Rollán fue detenido por miembros de la Guardia Civil que les ordenaron abrir el maletero, mientras uno de los agentes se marchaba a llamar por teléfono. Este policía volvió y, sin que les hubieran registrado el maletero, les pidió disculpas y les autorizó a seguir el viaje. «Con esto nos pegamos un mosqueo de la hostia —escribe Rollán—, ya que estas dos cosas concatenadas no nos parecían nada lógicas, pero claro, tampoco entendíamos que sin llegar a haber hecho nada, fuéramos a estar ya controlados».

El miembro del comando *Askatu* relató estos incidentes a Txelis en la cita del 4 de enero y recibió como respuesta el consejo de que estuviese tranquilo, lo que hizo suponer a Patxi Rollán que la mujer que había estado vigilando el día de la primera cita pertenecía a ETA y tenía como función ocuparse de la seguridad de la zona.

El miembro del comando *Askatu* llega a la conclusión de que Txelis ya estaba controlado por la policía antes del 18 de enero. «Txelis estaba controlado desde mucho antes, pero su detención se demoró».

El propio Álvarez Santacristina envió al menos cuatro notas a la dirección de ETA dando detalles de las circunstancias de su captura y barajando diversas hipótesis sobre el origen de la operación policial. Desarrolla varias alternativas, pero tampoco se inclina con claridad por una de ellas, aunque tiende a pensar que el origen de la operación de la Guardia Civil pudo estar en la vigilancia sobre Philippe Lasalle Astiz, *Tintín*, que actuaba como su enlace y hombre de confianza.

Sin embargo, en el relato de José Luis Álvarez entran en juego otros personajes. Su escrito contiene alusiones a François Wolf, un empresario francés que actuó de enlace de ETA para los comandos *Madrid*, en 1987, y *Mugarri*, en 1992, y al traficante de armas luxemburgués Nicolas Nagelin, uno de los más destacados suministradores de armamento de la organización terrorista. Ambos fueron capturados en los meses siguientes a Bidart.

Álvarez, como se ha mencionado, parece pronunciarse por el hecho de que la policía controlaba a Lasalle Astiz desde hacía tiempo. En apoyo de esta teoría menciona lo que le ha relatado Nicolas Nagelin en la cárcel de La Santé: «El luxemburgués dice que le enseñaron un montón de referencias de citas, incluidas facturas de bares, que probaban que les seguían a los dos desde octubre de 1991».

Esta opinión, según indica, es también compartida por José Arregui Erostarbe y Francisco Múgica Garmendia. Los tres coinciden en que, posiblemente, Tintín estaba siendo vigilado desde el otoño de 1991.

El asunto fue tratado por los tres máximos dirigentes de ETA, que consideraron oportuno romper cualquier relación con Lasalle Astiz como medida de seguridad. Sin embargo, en aquel momento

no era posible porque «teníamos un asunto muy importante entre manos y la ayuda de Tintín era imprescindible», en palabras de Álvarez Santacristina. Aunque no da ningún detalle acerca de cuál era ese asunto tan importante, se puede suponer que se trataba de una compra de armas, ya que Lasalle era el encargado de negociar con el traficante Nicolas Nagelin. Fue el propio Lasalle quien se encargó de que Nagelin devolviera a ETA un cheque por importe de 300 000 dólares, al parecer por una entrega de armas no efectuada. El cheque fue intervenido en Bidart, hecho añicos por los dirigentes de ETA, aunque pudo ser recompuesto por la policía francesa.

Pese a todo lo anterior, Álvarez no descarta la versión oficial: que fue el seguimiento de los miembros del comando *Askatu*, «Rollán y sus amigos», lo que llevó a la Guardia Civil a dar con su paradero. «Esos chicos estaban más quemados de lo que nosotros pensábamos y utilizaban el teléfono como querían. Según me dijeron, ya habían tenido grandes mosqueos con la Ertzaintza».

Todos estos datos no eran suficientes para que la dirección etarra se hiciera una idea clara de dónde se había producido el fallo que había motivado la operación de Bidart. En una carta remitida a los miembros del comando *Askatu* encarcelados, la dirección de ETA les informaba de que tenían tres hipótesis sobre las causas de su detención. «La primera hipótesis —señala la carta— es que vosotros o uno de vosotros estuviese controlado y de ahí el seguimiento. Con los datos que tenemos actualmente no pensamos que las caídas de Iparralde sucedieran siguiendo vuestro hilo (si bien esta posibilidad no se puede rechazar del todo)». La segunda hipótesis de la cúpula etarra es «la que nos hacíais llegar vosotros: es decir, que fuese intervenida alguna comunicación de la cárcel y de ahí que siguieran vuestro hilo». La tercera y última hipótesis expuesta es que «cogiesen el hilo en las citas que teníais en Iparralde». Al final, los responsables de ETA concluyen afirmando que «no nos podemos inclinar por una u otra hipótesis. Manejamos las tres hipótesis».

Sea cual sea el origen de la operación policial, lo cierto es que la captura de la cúpula etarra en Bidart tuvo un efecto demoledor para la organización terrorista y el conjunto de sus miembros, efecto que se vio multiplicado al producirse apenas dos meses más tarde la detención de Ignacio Bilbao y Rosario Picabea, los dos dirigentes de ETA que debían ocupar el puesto de los apresados en Bidart.

Estas operaciones, junto a las que, casi al mismo tiempo, se habían llevado a cabo en España, ponían a ETA ante la más grave crisis de su historia. De la noche a la mañana perdían a la mayor parte de sus comandos operativos y a todo el equipo dirigente, incluidos los reservas, algo sin precedentes en la historia de la organización. Militantes de a pie y dirigentes compartían la creencia de que ETA como organización era indestructible por vía policial. Un verso de Telesforo Monzón (*lepoan hartu ta segi aurrera*: «recoge al compañero caído y sigue adelante») simbolizaba la mística que habían compartido casi todos los miembros del grupo hasta entonces. Podrían ser detenidos los militantes, incluso los dirigentes, como había ocurrido con frecuencia, pero gracias a una inagotable capacidad de regeneración serían sustituidos por otros que ocuparían el lugar del caído.

Los efectos de la operación de Bidart se dejaron notar en todos los terrenos: en el político, porque abrió una crisis interna de gran calado que dejó a los miembros y simpatizantes de ETA desmoralizados y sin referencias válidas durante mucho tiempo; en el organizativo, porque ETA se vio obligada a reconstruir sus estructuras y sus redes en un proceso que le llevó más de dos años; en el nivel de violencia, porque a partir de 1992 la organización no fue capaz de recuperar el ritmo de acciones terroristas anterior a ese año. Si Txelis podía afirmar en enero que la actividad de ETA se encontraba en «las cotas más elevadas de los últimos doce años», al acabar 1992 lo indudable es que el número de atentados terroristas era el más bajo desde la muerte de Franco.

Bidart cambió las convicciones de los miembros de ETA y los sectores afines: a partir de entonces percibieron claramente que la denostada solución policial no era una quimera del Gobierno, sino una posibilidad cierta con la que tenían que contar en el futuro. La detención de la cúpula etarra causó estragos en la moral de numerosos miembros de la organización terrorista, empezando por algunos dirigentes como Eugenio Etxebeste, que llegó a cuestionarse la viabilidad de la actividad terrorista: «¿Hay conciencia suficiente en Euskal Herria para sobrellevar una política de guerra?», se preguntaba en un documento elaborado poco después de Bidart. Él mismo, en un plural mayestático, se daba la respuesta: «Pensamos que no; que hoy en día ni siquiera se dan los suficientes elementos

represivos (controles asesinos, masacres indiscriminadas…). Así pues, la guerra queda delimitada al campo de nuestro reducto político. Es una guerra, digamos, "particular", en la que la mayor parte de la población no sufre sus efectos contundentes, y por tanto sus consecuencias físico-políticas. (…) Así se comprende el "aislamiento" a que nos ha sometido el reformismo, jugando nuestra "miniguerra" con instrumentos de neutralización represivos y selectivos».

Muchos presos en aquel momento resultaron afectados por lo que en el seno de la propia ETA se denominó «síndrome de Bidart», que les hacía vivir «una situación de (…) impotencia, de voluntad de contribuir y sentirse incapaces de ello», según un documento interno que refleja el estado de ánimo de los reclusos un año después de la caída de la cúpula etarra. Y no eran sólo quienes estaban tras las rejas los que mostraban este abatimiento. La militancia de KAS, también un año después de Bidart, mostraba en sus reuniones internas desencanto y desmotivación, «debilidad ideológica» y una actitud pasiva.

La fase aguda de la crisis, que se desarrolla a lo largo de 1992 y 1993, se origina por los arrestos de Bidart, pero se prolonga debido a la falta de asentamiento de los nuevos dirigentes y a las actuaciones de una serie de líderes como Eugenio Etxebeste, Álvarez Santacristina o José Luis Arrieta Zubimendi, que minan la confianza interna.

Antxon y sus compañeros de Santo Domingo, Belén González e Ignacio Aracama, son los primeros en abrir el fuego, apenas un mes después de Bidart, con la elaboración de sendos documentos en los que se formulan serias acusaciones contra la dirección etarra detenida y la estrategia marcada por ésta desde las conversaciones de Argel. Los documentos, conocidos rápidamente gracias a que fueron capturados por la policía francesa en París, ocasionaron una seria conmoción interna por proceder de activistas tan destacados como los tres mencionados.

ETA se encuentra en esos momentos tan debilitada que es incapaz de responder a las críticas de Etxebeste y sus compañeros y necesitará un año para dar réplica oficial al grupo dominicano. En su lugar es KAS quien reacciona dando a conocer un documento en el que se formula una radical defensa de la lucha armada y se

justifica cualquier consecuencia de ésta. El documento de KAS, titulado «Reflexiones sobre la lucha en Euskal Herria», se mantiene en la más pura ortodoxia etarra y trata de contrarrestar el ambiente de desmoralización que afecta a la izquierda *abertzale*.

El segundo factor de conflicto interno, aunque limitado a ciertos niveles de la dirección de ETA, lo protagoniza José Luis Álvarez Santacristina, quien en pocos meses pasa de ser el estratega del terrorismo a sufrir una conversión religiosa tan radical como repentina. El 10 de noviembre, *Egin* publica una entrevista a Txelis —hecha sin el consentimiento de la nueva dirección— en la que mantiene los puntos de vista tradicionales de ETA, incluyendo la defensa del uso de las armas. Sin embargo, en abril del año siguiente es amonestado por la ejecutiva etarra por haber elaborado un documento en el que se propugna, lisa y llanamente, el abandono de las armas, apelando, además, a razonamientos éticos y morales. La conversión, por tanto, debió de producirse en el último mes y medio del año o, como muy tarde, a principios de 1993.

La dirección de ETA —de la que forman parte Ignacio Gracia (*Iñaki de Rentería*), Mikel Albizu (*Antza*) o Félix Alberto López de la Calle (*Mobutu*)— percibe que el documento de Txelis es una bomba de relojería y le ordena su destrucción inmediata, orden que es acatada por el antiguo jefe del aparato político.

La ejecutiva de ETA rechaza la propuesta de Txelis de declarar una tregua y acordar un pacto electoral con Eusko Alkartasuna y con Euskal Ezkerra (EUE), la escisión habida en Euskadiko Ezkerra: «Nosotros preguntamos: ¿es ser realista hacer un alto el fuego por unos cuantos votos? ¿Piensas que tendremos un éxito clamoroso? Pues nosotros no creemos que vayamos a tener grandes resultados con eso. Continuando en esa línea, para nosotros la hipotética desaparición de la Lucha Armada supondría un retraso y unas consecuencias negativas incalculables. También la desaparición de ETA de la escena política supondría el fracaso político del sector social *borrokalari* [luchador] y el desarrollo del centralismo. Además, los enemigos lo verían como el fracaso de una forma de lucha y la destrucción de un Proyecto Político de Construcción Nacional. Dicho definitivamente, la imposibilidad de una Nueva Sociedad Euskaldun en una Euskal Herria Independiente. Mientras no se vea lo contrario, nosotros no creemos que los partidos

políticos puedan ser capaces por sí mismos de solucionar el problema de Euskal Herria».

Tras reiterar que no estaban «en absoluto de acuerdo» con sus nuevas posiciones, los dirigentes de ETA formulaban una última advertencia a su compañero encarcelado: «No nos hables de ética ya que el enemigo mete mucho esa palabra en sus discursos envenenados».

Operación Azkoiti

El tercer factor de incertidumbre gira en torno a José Luis Arrieta Zubimendi, *Azkoiti*, que había sido responsable de finanzas de ETA hasta su detención en 1986. Arrieta, vinculado a los abogados Esnaola y Fando, fue el protagonista de lo que se llamó «operación Azkoiti», consistente en una serie de contactos indirectos con el Gobierno español.

El punto de partida de la «operación Azkoiti» se remonta a los últimos días del mes de mayo de 1992 y el escenario es la capital italiana, adonde se trasladaron el secretario de Estado para Seguridad, Rafael Vera, y el director del Gabinete de Información de la citada Secretaría, el comisario Manuel Ballesteros, con el pretexto de tratar con las autoridades italianas sobre los atentados de ETA ocurridos el día 25 de ese mismo mes en Roma.

En un hotel de la capital de Italia, Vera y Ballesteros mantuvieron una reunión secreta con los abogados Iñaki Esnaola y Christianne Fando, a quienes expusieron la propuesta de convertir a Azkoiti en interlocutor de un nuevo proceso de conversaciones que tendrían lugar en territorio francés. La reunión fue grabada por agentes del CESID.

La intervención de Esnaola y Fando en ese proceso resultaba prácticamente inevitable ya que constituían los canales adecuados para hablar con Arrieta, que se encontraba en ese momento encarcelado en Pau. Christianne Fando, a pesar de haber sido recusada por la dirección etarra, seguía siendo la abogada defensora de Azkoiti, un «histórico» de la organización terrorista a quien se situaba en el sector «txominiano» y en quien se quería ver un potencial abanderado de una línea posibilista dispuesta a buscar

una solución al problema del terrorismo.

Para tantear el terreno y la disposición del propio Arrieta fue elegido el comisario Joël Cathalá, antiguo jefe de la Comisaría de la PAF en Hendaya, que había sido, paradójicamente, el policía que detuvo a Azkoiti en 1986 en la fábrica de muebles Sokoa. El experto comisario francés había mantenido algún contacto con Arrieta en prisión y lo consideraba capaz de liderar en ETA una tendencia hacia el diálogo.

A principios de junio de 1992, tres meses después de que hubiera sido desmantelada la ejecutiva etarra en pleno, el comisario Cathalá y un segundo policía se presentaron en la prisión de Pau para transmitirle a José Luis Arrieta una propuesta en nombre del Gobierno francés. Según un documento interno de ETA, Cathalá hizo ver a su interlocutor que el Gobierno francés, aunque había dado duros golpes a la banda terrorista, era partidario de conseguir «un arreglo político», que tendría más estabilidad que una salida policial. El comisario puso de relieve la existencia de un vacío en la dirección etarra, en la que no era posible encontrar interlocutores válidos, ni siquiera en Eugenio Etxebeste, que era cortocircuitado por sus propios compañeros.

Tras este preámbulo, el jefe policial explicó las condiciones del ejecutivo galo para propiciar un nuevo proceso de conversaciones, condiciones que eran conocidas por el Gobierno español. Lo expuesto por Cathalá se resumía en cuatro puntos: en primer lugar, estas conversaciones deberían realizarse en territorio francés; Etxebeste sería trasladado desde Santo Domingo a Francia para que participara en el proceso negociador; en tercer lugar, el propio Azkoiti debería tomar parte en las conversaciones, para lo que le ofrecían la posibilidad de ser puesto en libertad; finalmente, París consideraba posible excarcelar a Josu Ternera y a Isidro Garalde, *Mamarru*, para que se sumaran a la mesa.

Arrieta Zubimendi respondió a sus interlocutores desde una postura identificada con la ortodoxia de la organización terrorista y les remitió a Antxon, portavoz oficial de ETA, a quien deberían presentar la propuesta. Pocos días después de esta entrevista, Azkoiti recibió en la cárcel una segunda visita, en esta ocasión la de Iñaki Esnaola, quien le informó que le transmitía una propuesta de parte de Rafael Vera basada en tres puntos: excarcelación de Arrieta

con residencia en el País Vasco francés; esta medida supondría el punto de partida de unas conversaciones con ETA y, en el transcurso de estas conversaciones, la organización terrorista debería declarar una tregua.

La respuesta del recluso, según la versión de ETA, fue similar a la dada a Cathalá, es decir, remitir a su interlocutor a Santo Domingo para transmitir la propuesta a Antxon. En el transcurso de la conversación entre el abogado y el etarra se acordó llevar la oferta del Gobierno a Santo Domingo, a Josu Ternera y a Pakito, dirigentes encarcelados en Francia. Fando y el propio Esnaola se encargarían de hacer de mensajeros.

Tras estas gestiones, el 5 de julio, José Luis Arrieta fue puesto en libertad y trasladado a una localidad próxima a Perpignan, donde se le confinó bajo vigilancia policial. Pocos días después fue trasladado a Toulouse en las mismas condiciones. El carácter político de la excarcelación de Arrieta fue destacado por los medios informativos desde el primer momento, ya que la situación judicial del etarra —con sentencias de extradición a España firmes y pendiente de otros juicios— no permitía la aplicación de ese tipo de medidas.

En paralelo a la liberación de Arrieta, Esnaola y Fando proseguían sus gestiones para comunicar con los otros dirigentes de ETA presos o deportados. La abogada vasco francesa se entrevistó con Mamarru en la cárcel y le dio cuenta de lo que se traían entre manos, recibiendo la respuesta ortodoxa: que tenía que acudir a Santo Domingo con el mensaje. También realizó gestiones para visitar a Josu Ternera en prisión y exponerle la situación.

Los dos letrados hicieron llegar un mensaje escrito a Eugenio Etxebeste, en la República Dominicana, con el siguiente texto: «Azkoiti nos pide que te mandemos la siguiente nota: ha recibido una propuesta de Vera para salir de prisión cumpliendo las siguientes condiciones: 1) salida propiamente dicha y libertad en Euskadi Norte. 2) inicio de conversaciones ETA-Gobierno desde este mismo momento. 3) tregua durante el transcurso de las conversaciones. Por todo ello quiere conocer tu opinión y consiguiente aprobación o rechazo de la citada propuesta. Esto mismo va dirigido a otra gente por lo que rogamos discreción máxima y contestación rápida. Contactaremos telefónicamente».

Todas estas maniobras fueron acogidas con un evidente disgusto

y malestar por parte de ETA, que las consideró una «operación escisionista» por parte de los gobiernos de París y Madrid, que utilizaban como anzuelo la excarcelación de Arrieta.

Pero los calificativos más graves se reservaban para Esnaola y Fando, a los que se acusaba de haber asumido «el papel de emisarios del Ministerio del Interior», expresando incluso la sospecha de que hubieran sido los inductores de la operación. Los dirigentes etarras acusaban a los dos abogados de haber puesto en marcha «esta serie de iniciativas a espaldas de la Organización, poniendo en marcha en un corto margen de tiempo una nueva y rápida maniobra escisionista».

Las hipótesis manejadas por los medios de comunicación sobre el significado de la excarcelación de Arrieta y la existencia de un brote de malestar hacia la postura de ETA entre algunos dirigentes de Herri Batasuna provocaron un considerable grado de nerviosismo y preocupación en el seno de la dirección etarra, que consideró necesario atajar de inmediato los efectos de la «operación Azkoiti». Con una dirección en régimen de provisionalidad, la organización terrorista veía abrirse en su seno un proceso que escapaba a su control y que podía poner en peligro su unidad en un momento crítico.

El 11 de julio, sábado, el diario *Egin* publicó un comunicado de ETA en el que se anunciaba que estaba dispuesta a una tregua de dos meses si Rafael Vera se trasladaba a Santo Domingo para tratar con Antxon las condiciones en que deberían reanudarse las conversaciones. La postura no contenía elementos novedosos, ya que la exigencia del viaje de Vera a Santo Domingo venía siendo manifestada desde hacía tiempo como condición previa a cualquier tregua. El comunicado etarra iba dirigido a matar tres pájaros de un tiro: por un lado, a abortar la «operación Azkoiti»; por otro a presentarse ante la opinión pública con supuesta voluntad de negociación y, finalmente, a acallar las voces críticas que se planteaban en Herri Batasuna.

Precisamente, HB había convocado una Mesa Nacional para el 11 de julio dedicada exclusivamente a discutir cómo se habían desarrollado las conversaciones de Argel, la estrategia seguida desde entonces y la línea que habría que adoptar en el futuro. La reunión de la Mesa se preveía polémica. Los sectores de KAS temían

que los independientes exigieran «un replanteamiento absoluto» de la estrategia seguida hasta entonces.

Los dirigentes de HB tuvieron conocimiento del comunicado de ETA la víspera de su publicación en el periódico y la reunión de la Mesa. Este comunicado serenó los ánimos de los que *a priori* se presentaban como más críticos. El debate, protagonizado por los primeros espadas de la dirección de HB ante la presencia pasiva de sus compañeros, se desarrolló con guante blanco, aunque dejó prácticamente intactas las diferencias que existían entre unos y otros. Además, el examen de las actuaciones desarrolladas en el pasado no dio tiempo a que la Mesa Nacional de HB discutiera la estrategia de futuro.

En el seno de HB se planteaban dos posturas acerca de cómo debía afrontarse la negociación de ETA con el Gobierno. La primera, continuista, representada por los miembros de KAS, defendía la postura tradicional de una negociación política que debería desarrollarse mediante dos mesas complementarias, una de ellas, la principal, integrada por ETA y el Gobierno, y la otra por los partidos. El segundo punto de vista, derrotado por la mayoría de la Mesa, era partidario de que HB pidiera a ETA un cese de actividades para constituir un frente nacionalista, con PNV y EA, y de presentarse de forma conjunta ante Madrid. Íñigo Iruin aparecía como el ideólogo de esta última corriente.

La segunda iniciativa adoptada para neutralizar el efecto de la «operación Azkoiti» fue obligar a una declaración pública del interesado acatando la disciplina de la organización para deshacer cualquier equívoco. Esta declaración, breve y escueta, apareció publicada en *Egin* el 20 de julio, lo que llevó a KAS a considerar liquidada la maniobra preparada en torno a Arrieta.

El 17 de agosto, además, ETA asesinó a dos guardias civiles en Oyarzun, echando por tierra toda esperanza de un cese de la actividad terrorista. A finales del verano, el Gobierno daba por acabada la «operación Azkoiti» y comenzaba a pensar en la suerte de Arrieta, que no era otra que la de volver a la cárcel o ser extraditado a España.

ETA expresó su satisfacción a finales de agosto por cómo había reconducido la operación. Los meses de septiembre y octubre constituyeron un tiempo muerto para el Gobierno tras la decepción

sufrida en las semanas anteriores, y hasta principios de noviembre no se volvió a reactivar la «operación Azkoiti», a iniciativa de la abogada Christianne Fando. Si el comisario Cathalá había sido una pieza clave en el inicio de la operación, en la segunda fase de la misma, puesta en marcha en noviembre, adquirió un protagonismo especial el coordinador de la lucha antiterrorista en el Departamento de Pirineos Atlánticos, el comisario Roger Bosslé, que hizo de puente entre los ministerios del Interior de España y Francia y el tándem Fando-Arrieta.

En esta segunda etapa, Arrieta reclamó la colaboración de uno de los miembros de ETA de primera hora, Juan José Echave Orobengoa, antiguo jefe del aparato militar de ETA tras la V Asamblea, que regularizó su situación tras la amnistía.

Echave, otro «histórico» como el propio Arrieta, fue requerido por éste para que se convirtiera en su embajador ante otros miembros de ETA y ante algunos líderes del entorno político. Su situación dentro de la legalidad le permitía moverse por España y Francia sin contratiempos y sus antecedentes le abrían las puertas de los miembros y exmiembros de ETA con los que tenía la misión de contactar.

Los servicios de información detectaron en los meses finales de 1992 reuniones de los «veteranos» de ETA promovidas por Echave para tratar sobre las propuestas de Azkoiti. Se empezó, incluso, a especular acerca de que se estuviera gestando una importante escisión en el seno de la organización terrorista, la primera desde hacía veinte años. El propio Arrieta recibió diversas visitas en su casa de Toulouse, entre ellas una muy especial: la de Isidro Etxabe Urrestrilla, *Zumai*, que aprovechó uno de sus permisos en el centro penitenciario de Nanclares, después de ser clasificado en el tercer grado, para trasladarse discretamente hasta Toulouse.

Las idas y venidas del comisario Joël Cathalá para tejer los mimbres de esta operación le llevaron en diciembre a la cárcel para entrevistarse con los que habían constituido hasta poco antes la cúpula etarra, José Luis Álvarez Santacristina y Francisco Múgica, a fin de conocer su actitud. Los promotores de la operación consideraban que una oposición decidida de estos dos dirigentes haría muy difícil que pudiera salir adelante el intento. Txelis y Pakito dieron al comisario la misma respuesta que había obtenido

con anterioridad: que debía dirigirse a Santo Domingo y hablar con Etxebeste. Después de casi tres años de gestiones infructuosas, el Gobierno ya no estaba interesado en Etxebeste. En esos momentos Antxon es un factor marginal, a pesar de que sigue siendo el representante oficial de ETA; aunque la organización no le da capacidad de maniobra, es un símbolo que puede utilizar contra el Estado.

ETA en sus comunicados y los dirigentes de KAS en sus manifestaciones seguían criticando estas iniciativas, advirtiendo que el único camino hacia la negociación pasaba por el portavoz oficial, y que no era admisible atajo alguno. «Estas maniobras —afirmaba el dirigente de KAS Rafa Díez en enero— en nada favorecen los pasos a dar para avanzar en la solución al conflicto político, pues se aumentan las desconfianzas entre dos partes claves (ETA y el Estado) para abordar un proceso de negociación integral (…). Es decir, con estas vías, la voluntad del Gobierno español queda en entredicho y los pasos a dar obstaculizados».

Las especulaciones periodísticas sobre la proximidad de una tregua de ETA se frustraron con los asesinatos, cometidos en enero de 1993, del industrial José Antonio Santamaría y de un funcionario de prisiones. El doble asesinato de San Sebastián tuvo su repercusión al otro lado de la frontera. El 5 de febrero, la juez Laurence Le Vert ordenó el traslado a París de Arrieta Zubimendi y le comunicó un nuevo procesamiento por haber ordenado un asesinato cuando era responsable del comando *Argala*, antes de 1986. A pesar de la gravedad de la acusación, mantuvo su situación de libertad condicional, aunque con obligación de residir en la capital francesa.

El traslado de Azkoiti a París y la asignación de residencia en esta ciudad no fue en absoluto «inocente», ya que el dirigente etarra se instaló en el piso que compartían otros dos veteranos miembros de ETA, Eloy Uriarte, alias *Señor Robles*, y José Luis Ansola, *Pello el Viejo*, a los que poco después se sumó José Manuel Pagoaga, *Peixoto*. La coincidencia de los tres dirigentes de ETA en París volvió a suscitar las especulaciones periodísticas acerca de la existencia de un proyecto por parte de los «históricos» para hacerse con el control de la organización terrorista. Los tres etarras hicieron pública una declaración el 18 de febrero asegurando que no había

nada de lo que decía la prensa. «Seguimos en la línea de siempre, el camino que tomamos al principio y no hemos variado nuestros principios», afirmaron en la que calificaron de «primera y última» declaración.

La intensificación de la actividad terrorista y la falta de iniciativa por parte del «sector Azkoiti» provocó el fracaso definitivo de la operación, de la que el único beneficiado fue el propio Arrieta, que volvió a la clandestinidad para evitar su reingreso en prisión.

Los meses en los que estuvo abierta la «vía Azkoiti» coincidieron con la iniciativa desordenada de otros intentos de comunicación con ETA. En enero de 1993, José María Benegas y el entonces ministro de Interior, José Luis Corcuera, transmitieron a través del exdirector de *Egin*, Pablo Muñoz, y de Elkarri una propuesta a ETA para estudiar la posibilidad de reanudar las conversaciones. En paralelo, Rafael Vera, utilizando a la organización Gernika Gogoratuz, enviaba otro mensaje a ETA. La organización terrorista contemplaba atónita esta duplicidad de mensajes que, a su juicio, contenían contradicciones. Además, la lectura que hacía del afán del Gobierno y del PSOE de establecer contactos era que los socialistas tenían prisa con el fin de lograr algún triunfo de cara a las próximas elecciones generales.

A mediados de marzo, ETA envió una carta al Gobierno para que aclarara los términos en que se estaban planteando los contactos y solicitaba que cualquier propuesta fuera presentada en un documento oficial que debería darse a través de los deportados en Santo Domingo. La misiva, fechada el 15 de marzo, llegó a manos de Rafael Vera el 7 de abril. De forma verbal, ETA respondió a Benegas que no aceptaba su oferta si no era presentada a través de Eugenio Etxebeste. Ante la falta de una respuesta oficial a su carta, ETA perpetró el 21 de junio un atentado en Madrid que costó la vida a seis militares y a un civil.

En el mes de julio se produjo el secuestro del ingeniero Julio Iglesias Zamora y la «tradicional» campaña de bombas en las zonas turísticas del Levante, las vías férreas y diversos objetivos en Barcelona.

Aunque la línea de contactos de Benegas con Pablo Muñoz y el coordinador de Elkarri, Jonan Fernández, se mantuvo todavía durante algún tiempo, no dio ningún fruto.

Un último intento negociador tuvo lugar a finales de 1995 y principios del año siguiente con la intervención, a instancias de ETA, del premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, que realizó gestiones ante el equipo de Interior dirigido entonces por Juan Alberto Belloch y Margarita Robles. Durante el tiempo que duraron los contactos no cesaron los actos terroristas ni los secuestros, pese a lo cual se concretó la celebración en Roma de un encuentro entre enviados del Gobierno y ETA. La cita no se llevó a cabo porque tras la derrota electoral socialista el nuevo ministro de Interior, Jaime Mayor Oreja, no avaló las gestiones de sus antecesores.

La llama encendida de la violencia

La crisis de ETA dejó al conjunto de la izquierda *abertzale* no sólo sin el referente emocional en el que tenían puesta la mirada de forma permanente, sino también sin el foco de poder que tomaba las decisiones principales y vigilaba las restantes. Lo que los documentos de KAS llamaban «ejercicio de la dirección política» o «la vanguardia» tenía una dimensión práctica consistente en la supeditación a la voluntad de ETA de todos los organismos de la izquierda *abertzale*.

El vacío provocado por la acefalia de ETA durante un largo tiempo fue ocupado por la Koordinadora Abertzale Socialista, que acababa de salir de un proceso de reestructuración interno desarrollado en el segundo semestre de 1991 y primeros meses del año siguiente.

Esta remodelación se había producido en paralelo con el debate en el seno de HB denominado *Urrats Berri* («Nuevo Paso»), que concluyó con la configuración de una Mesa Nacional dominada por KAS de forma abrumadora.

A este KAS, reforzado orgánicamente, pero desorientado en lo ideológico, según apuntamos páginas atrás, le corresponde a partir de 1992 mantener encendida la llama de la violencia, mediante la justificación intelectual del uso de las armas, por un lado, y el recurso intensivo a un instrumento de acción que ha estado alimentando durante los últimos cuatro años: la violencia callejera.

La red de grupos afines a KAS dedicados a cometer actos de

violencia callejera se puso en marcha de forma experimental entre los años 1988 y 1989. El conflicto de la autovía Navarra-Guipúzcoa, entre 1990 y 1992, supuso la mayoría de edad de estas células, cuyo instrumento era la bomba incendiaria y el cóctel molotov. Bendecidos por ETA e impulsados desde sectores de KAS, los *grupos* Y se convirtieron en una herramienta poderosa de agitación social, que no encontró respuesta adecuada de las instituciones hasta varios años después. Comparada con la capacidad letal de ETA, la quema de autobuses y bancos parecía una chiquillada a la que durante mucho tiempo no se dio importancia alguna.

Al llegar la crisis de Bidart, este instrumento de violencia, que tras el acuerdo sobre la autovía había quedado sin objeto, fue reorientado para suplir las carencias de ETA y mantener con él la intimidación terrorista.

Diez años ininterrumpidos y la implicación de buena parte de los sectores juveniles de la izquierda *abertzale* en el ejercicio de la violencia callejera han dado lugar a una generación de difícil ubicación en un sistema democrático convencional, radicalizada e intolerante, que ha contribuido a la sectarización de la propia HB y que se ha resistido a ser controlada cuando los dirigentes «mayores» del entorno político etarra lo han intentado. ETA era más consciente que las instituciones de que esta actividad paraterrorista iba «asentando, entre los más jóvenes sobre todo, una cultura de la resistencia armada muy interesante, cimentando una base social ante falsos pacifismos».

Cerca de seis mil actos violentos, con un coste económico directo superior a los quince mil millones de pesetas, es el balance de la violencia callejera hasta 1998. Los daños sobre la convivencia no son, probablemente, tan fáciles de cuantificar y mucho menos de reparar.

La realimentación ideológica de KAS se lleva a cabo a lo largo de un proceso concatenado de debates internos que conducen a la elaboración de diversos documentos en los que se plasma la reafirmación en las vías de la violencia. El primero de estos debates concluye en marzo de 1993, coincidiendo con el aniversario de Bidart, con la presentación de las «Bases para la reflexión sobre la línea política», un documento encaminado a facilitar el rearme ideológico de la militancia de KAS entre la que, según se reconoce,

hay personas que cuestionan «la validez de la estrategia política del MLNV». En años sucesivos se van produciendo otros debates que llevan el nombre de los documentos utilizados como base en el seno de HB. Dentro de este proceso de cambio ideológico se inscribe la sustitución, en 1995, de la vieja Alternativa KAS por la ahora denominada Alternativa Democrática, que incluye una exigencia al Gobierno para que acepte la autodeterminación y la «territorialidad» (integración de Navarra) como paso previo a una tregua.

Todos estos debates sancionan una progresiva radicalización de las estructuras políticas afines a ETA, con un respaldo incondicional a la huida hacia adelante que emprende la organización terrorista. A finales de 1992, los nuevos dirigentes de ETA, encabezados por dos estrechos colaboradores de Txelis, Ignacio Gracia Arregui, *Bruno*, y Mikel Albizu Iriarte, *Antza*, ponen en marcha un proceso de consultas en el seno de la organización terrorista para recoger ideas y, de paso, conseguir el reconocimiento de su militancia. Gracia, antiguo *polimili* del grupo de los *Bereziak*, constituye el último veterano de la generación de 1977 en la dirección de ETA. En abril de 1992 fue fotografiado por la policía francesa junto a Sabino Euba y en julio en París con Miguel Ángel Gil Cervera, pero en ninguna de las dos ocasiones fue arrestado.

Las primeras actividades de la nueva ejecutiva se centran en la «reestructuración organizativa y el debate interno», debate que se mantiene abierto a lo largo de todo un año, recogiendo propuestas de los presos y de otros activistas sobre la forma en que debe afrontarse la situación. Al margen de la ejecutiva etarra, Francisco Múgica organiza desde la cárcel otra consulta limitada a una decena de selectos activistas, lo que le acarrea una enérgica recriminación de los jefes del grupo.

Después de la dramática experiencia de Bidart, la prioridad que marcan los nuevos jefes de ETA es «la calidad y la seguridad» en los atentados, aunque ello sea a costa de una menor actividad. La dirección de ETA reconoce a mediados de 1993 que «nos está costando más de lo que se piensa agilizar el funcionamiento, y el ritmo de las *ekintzas* [atentados] está siendo escaso», pero ello se atribuye al criterio de «buscar la calidad de las *ekintzas* y no tanto la cantidad, asegurar la seguridad y no cometer errores (sin olvidar

que siempre habrá riesgo) y que los plazos o presiones de la coyuntura no condicionen estos preparativos».

La debilidad que se reconoce en este documento se mantendrá de forma estructural en los años sucesivos, durante los cuales ETA no logrará recuperar el nivel de actividad anterior a la crisis de 1992 en ningún momento, según he comentado. Ello se une a la angustia con que ha sido percibida la constatación de que la derrota policial es posible y que, por ello, el tiempo corre en contra de la organización terrorista. La estrategia de vencer por desgaste al enemigo aplicada hasta entonces se manifiesta ilusoria. No sólo eso. Resulta contraproducente, ya que el único actor que se agota en esta partida es la propia ETA, con menor capacidad de actuación y con una pérdida progresiva de apoyo e incidencia social. ETA y su entorno toman conciencia de que lo que creían que era una guerra entre Euskadi y España no es más que una guerra de etarras y policías.

Además, ETA y su entorno se ven sorprendidos en 1993 por la reacción ciudadana al secuestro de Julio Iglesias Zamora. Numerosos colectivos sociales, empezando por los trabajadores de la empresa que dirige el ingeniero donostiarra, se implican desde el primer momento en movilizaciones encaminadas a reivindicar la puesta en libertad de Iglesias. Los sectores afines a la organización terrorista comprueban cómo el movimiento pacifista es capaz de mantener una movilización continuada ocupando la calle para expresar su rechazo a la acción de ETA. Quienes, despreciando la legitimidad democrática de las urnas, basaban toda su legitimidad en la fuerza y en la ocupación de la calle, se ven expulsados también de este ámbito.

Para hacer frente a todo este conjunto de circunstancias adversas, ETA y los sectores afines a ella impulsaron una estrategia de radicalización, a partir de 1993, basada en el empleo extremo de la fuerza, en la generalización de la intimidación social a gran escala, en el asesinato de dirigentes y cargos políticos y en el ataque directo al nacionalismo moderado.

La intimidación social fue puesta en manos de los sectores afines a ETA y, en especial, de los grupos protagonistas de la violencia callejera. A partir de 1995, con motivo del secuestro de José María Aldaya, estos sectores generalizaron las acciones de intimidación

tratando de impedir por la fuerza cualquier movilización en favor del empresario, vulnerando de forma sistemática los derechos políticos de los ciudadanos opuestos a la organización terrorista, en ocasiones incluso con agresiones personales. La cifra de casi cuatrocientas personas heridas entre 1993 y 1998 da una idea de las dimensiones y la gravedad de la violencia callejera en el País Vasco.

Gorka Martínez, ideólogo de las posturas más extremistas en KAS y HB, justificaba en 1995 la estrategia de recuperación de la calle a cualquier precio invocando la defensa de «los espacios vitales y esenciales de supervivencia». KAS reconocía que organizaba «manifestaciones gigantescas, casi como alternativa a los resultados electorales, para ver cuántos reúne la izquierda *abertzale* (mirando hacia adentro) y para enseñar (mirando hacia afuera)».

Un segundo elemento de la radicalización emprendida en 1993 fue la inclusión del PNV entre los objetivos de ETA y de sus grupos paraterroristas. En plena crisis de Bidart, a lo largo de los meses de junio y julio de 1992, representantes del PNV —los mismos que seis años más tarde iban a ser protagonistas del acercamiento a HB y a ETA— y de la coalición HB celebraron una serie de reuniones cuya primera cuestión, como en Argel, fue revisar la postura de cada uno desde la transición. Todos los intentos del PNV por conseguir que HB suscribiera una petición de tregua dirigida a ETA fracasaron.

La izquierda *abertzale*, que de Argel había extraído la lección de que el PNV tendría que ser neutralizado si no se conseguía su complicidad en futuros procesos similares, decidió a partir de 1993 que la mejor forma de hacer cambiar de postura a los nacionalistas era recurriendo a la fuerza. Con este fin, los grupos paraterroristas se emplearon a fondo en el ataque sistemático a los *batzokis* y sedes del PNV y en el acoso a sus militantes, mientras ETA asesinaba a los *ertzainas* Joseba Goikoetxea y Montxo Doral, que a su condición de policías añadían sus afinidades con el PNV. Con estos atentados, ETA no sólo buscaba paralizar la participación de la policía vasca en la lucha antiterrorista, sino advertir al PNV de hasta dónde estaban dispuestos a llegar.

Más cruento que el acoso al PNV fue el dirigido contra miembros de partidos no nacionalistas, como el PP y el PSOE. El abogado socialista Fernando Múgica Herzog y el líder del PP de Guipúzcoa, Gregorio Ordóñez, fueron las primeras víctimas de esta

estrategia, a la que se añadieron otros atentados, como el sufrido por José María Aznar o el que la policía frustró contra el Rey en Mallorca.

Dos secuestros: Ortega Lara y Miguel Ángel Blanco

Aprovechando que a lo largo de 1995 se había roto el consenso entre los partidos nacionalistas y no nacionalistas en torno a la dispersión de presos de ETA, la organización puso en marcha una campaña que tenía a los reclusos como eje. Los internos iniciaron huelgas de hambre rotatorias, mientras los sectores afines a ETA llevaban a cabo intensas movilizaciones en la calle. La organización terrorista contribuía a la puesta en escena con atentados regulares contra funcionarios de prisiones y con el secuestro de uno de ellos, José Antonio Ortega Lara, el 17 de enero de 1996. Se iniciaba con esta acción el secuestro más largo de la historia de ETA, con el que la organización terrorista pretendía forzar un cambio de política penitenciaria.

La situación se mantuvo estancada hasta que el 1 de julio del año siguiente agentes de la Guardia Civil rescataron al secuestrado y detuvieron a sus captores en la localidad de Mondragón. La imagen de Ortega Lara, con un aspecto físico deplorable, conmovió a la sociedad española y se convirtió en un documento gráfico contra una ETA que había perdido en aquella operación su principal baza propagandística y de extorsión al Gobierno. Éste, por contra, se apuntaba un éxito claro y contundente.

La lógica *militar* etarra trató entonces de difuminar su fracaso con otro secuestro, el de un joven concejal del PP de Ermua llamado Miguel Ángel Blanco, cometido el 12 de julio. ETA lanzó un ultimátum de cuarenta y ocho horas para que el Gobierno cambiara la política penitenciaria, amenazando con matar al edil si no eran atendidas sus reclamaciones. La amenaza etarra provocó una movilización ciudadana sin precedentes, tanto en el País Vasco como fuera de él. Cientos de miles de personas salieron a la calle, en concentraciones espontáneas unas veces, convocadas por las instituciones y los partidos democráticos, otras, con el objetivo de que ETA no asesinara a Miguel Ángel Blanco.

El rechazo popular desbordó todos los límites, en el País Vasco de una manera especial. Autoridades, líderes de opinión de todo el mundo, pidieron a ETA, sin éxito, que no cumpliera su amenaza. Entre estas peticiones se encuentra un llamamiento patético hecho por los Tupamaros de Uruguay. Sus representantes recuerdan en una carta enviada a ETA el mismo día del secuestro cómo se movilizaron en 1992 y en 1994 contra la detención primero y la extradición después de varios militantes del grupo vasco que se encontraban en Montevideo.

Los líderes tupamaros aluden al coste que tuvo para ellos la solidaridad con ETA: «Asesinaron a dos compañeros e hirieron a noventa (de los cuales varios gravemente), mientras que, "del otro lado", sólo hubo que lamentar la herida leve de un caballo… Peleamos a mano vacía, pero hasta las últimas consecuencias contra una horda armada hasta los dientes que tiró a matar contra masas inermes. Nuestros dirigentes fueron procesados (aún lo están) y pueden ir presos. Nos clausuraron arbitraria y definitivamente una de las dos únicas radios de izquierda (CX44) en plena campaña plebiscitaria y electoral. Ganamos una y perdimos la otra por pocos votos. Muchos opinan que debido a todo eso la izquierda perdió el Gobierno ese año después de tantos de lucha, cárcel, tortura, desapariciones, sangre derramada…

»Pero eso importa poco. Sólo importan las cosas sustantivas, los avatares son adjetivos de la lucha. Por eso os pedimos, humildemente, sin pretender injerencias indebidas e imposibles, que reconsideréis la resolución tomada. Os pedimos la vida de Miguel Ángel Blanco».

El emocionado texto recuerda a ETA los motivos de su petición, el primero de los cuales es «una apuesta por la vida»: «Perderíamos la legitimidad si calláramos la boca —añaden—. Llevamos con orgullo las heridas contraídas en combate. Y con vergüenza las que alguna pésima vez propinamos a enemigos prisioneros indefensos o víctimas inocentes».

Eleuterio Fernández, José Múgica y Julio Marenales, firmantes de la carta en nombre del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, terminan reiterando «el pedido de clemencia» para Miguel Ángel Blanco. La única respuesta obtenida fue un desabrido correo electrónico del dirigente de HB Gorka Martínez en el que se

aseguraba que «cualquier concesión, por leve que sea, a su actual postura [la de los Gobiernos de Madrid y París] es garantizar la continuación del dolor y de la opresión».

No hubo clemencia para Miguel Ángel Blanco, pero con su secuestro y asesinato ETA provocó la mayor de las repulsas ciudadanas. Los seguidores de la organización terrorista se vieron acorralados y acosados y aparecieron en su seno voces —pocas— que criticaron el crimen. A corto plazo, aparentemente, no cambió nada: ETA siguió asesinando a ediles del PP. Pero sin secuestro previo para no volver a provocar una protesta popular como la de los «días de Ermua».

Sin embargo, un grupo de destacados miembros de la organización terrorista, entre ellos Txelis y José Luis Urrusolo, condenó el asesinato del concejal de Ermua, al igual que el denominado Colectivo Sarobe, misterioso grupo formado por exmiembros de ETA que se oponía frontalmente a la estrategia seguida en los últimos años; en HB se empezó a considerar la necesidad de marcar distancias con ETA si se mantenía en la misma línea; otro grupo de presos de ETA instaba desde Francia a seguir el ejemplo irlandés, combinando una estrategia de unidad nacionalista con una tregua.

El camino de la tregua

La búsqueda de un modelo de pacificación ha sido una constante en el seno del nacionalismo a partir de la crisis de Bidart. Primero fue el caso salvadoreño, en el que ETA, mientras estudiaba el proceso de negociaciones entre la guerrilla y el Gobierno y sus virtualidades para Euskadi, ayudaba a una de las facciones insurgentes a ocultar su arsenal en Nicaragua para evitar que fuera decomisado por los observadores internacionales, tal como estipulaban los acuerdos de paz. Después fue el «modelo noruego» aplicado al conflicto palestino-israelí el que atrajo el interés del nacionalismo vasco. Dirigentes del PNV se desplazaron a Israel para conocer de primera mano el proceso de paz, mientras, paradójicamente, altos funcionarios israelíes se trasladaron al País Vasco en 1994 y en 1996 para estudiar el modelo policial que se había aplicado en

Euskadi y ver si había ideas aprovechables para el caso palestino.

Fue finalmente el modelo irlandés el que cautivó a unos y otros, especialmente porque el punto de partida era el establecimiento de un acuerdo previo entre los nacionalistas, algo que sintonizaba con algunas posturas que habían sido expuestas tiempo atrás tanto en el seno de la izquierda *abertzale* como del PNV. Ya vimos que en HB era Íñigo Iruin quien propugnaba en 1992 la posibilidad de alcanzar un acuerdo con PNV y EA para establecer una posición negociadora común ante Madrid, que debía ser acompañada de una tregua de ETA. Esta alternativa, cuya filosofía ya había sido rotundamente rechazada por ETA en la circular interna de diciembre de 1991, fue aparcada también por los dirigentes de HB. En el seno del PNV era su dirigente Juan María Ollora quien impulsaba un acercamiento al mundo radical.

Los primeros pasos prácticos los dieron los sindicatos nacionalistas ELA y LAB, que a partir de 1995 empezaron a coordinar estrategias políticas basadas en la idea de que el Estatuto de Autonomía había quedado ya desfasado. Su camino común era considerado por sectores del PNV y de la izquierda *abertzale* como un modelo a imitar. Al llegar al segundo semestre de 1997, la izquierda *abertzale* se encontraba acogotada socialmente por el rechazo al asesinato de Miguel Ángel Blanco, con los dirigentes de la Mesa Nacional de HB a punto de ingresar en prisión por haber tratado de difundir un vídeo de ETA en la campaña de las elecciones de 1995, con cientos de jóvenes encausados en los tribunales por su implicación en actos de violencia. Por si fuera poco, las diferentes convocatorias de movilización realizadas a lo largo de ese año en apoyo a la Mesa Nacional habían fracasado.

Por otra parte, en algunos sectores del PNV la movilización de Ermua era vista con aprensión, como un movimiento «españolista». El consenso sobre política penitenciaria con el Gobierno central había quedado roto durante el periodo en el que Juan Alberto Belloch ocupó la cartera de Interior. Las diferencias se habían mantenido con el Gobierno del PP, a pesar del entendimiento inicial, y eso había llevado al PNV a adoptar en enero de 1997 la decisión de emprender por su cuenta cualquier iniciativa que considerase oportuna para la pacificación. El frágil consenso del que hasta entonces se había llamado bloque democrático se quebró

definitivamente cuando, en marzo de 1998, socialistas y populares rechazaron el Plan Ardanza, en el seno del Pacto de Ajuria Enea.

Ésas eran las líneas generales del marco político existentes cuando, en enero de 1998, dos miembros de ETA que se identificaron con los alias de *Bermeo* y *Zuberoa* entraron en contacto en Bruselas con el eurodiputado del PNV, Josu Jon Imaz, para exponerle que la organización terrorista quería buscar una salida y las ideas en las que se debía encuadrar. Imaz anotó los planteamientos expuestos por sus interlocutores, elaboró un informe y lo remitió a la dirección de su partido, que estudió con sorpresa las informaciones transmitidas por su europarlamentario. El EBB dudó inicialmente sobre la representación de los dos interlocutores de Imaz, al carecer en ese momento de datos suficientes para valorar si representaban a ETA en su conjunto o a un determinado sector de este grupo.

ETA se encontraba en aquel momento en plena campaña de acoso contra los cargos públicos del Partido Popular. Apenas seis meses antes había asesinado a Miguel Ángel Blanco, al que habían seguido los también ediles José Luis Caso, en diciembre, y el 9 de enero José Ignacio Iruretagoyena.

Para resolver las incertidumbres que provocaba el contenido del mensaje etarra ante una realidad de máxima radicalidad, la dirección del PNV acudió al camino más corto: reunirse con ETA. Las dos conversaciones con ETA se celebraron en el verano de 1998, después de los contactos que el PNV había mantenido con HB en el mes de junio.

En los encuentros, que se celebraron en Bélgica, ETA exigió al PNV una estrategia conjunta para avanzar en lo que denominan «construcción nacional» y la ruptura de sus acuerdos con lo que la organización terrorista llama «partidos españoles». El PNV aceptó un cambio en su política de alianzas, reclamando el compromiso de HB para asegurar la gobernabilidad de las instituciones, aunque se negó a firmar un acuerdo por escrito como exigía ETA. Encuentros posteriores de ETA con Eusko Alkartasuna sentaron las bases para que en septiembre se preparara el Pacto de Estella/Lizarra, mientras la dirección etarra elaboraba la declaración de una tregua que ya había decidido de antemano.

El acercamiento hacia ETA estuvo precedido de una serie de

gestos que supusieron una aproximación a Herri Batasuna y, de forma paralela, un distanciamiento de PP y Partido Socialista. El acercamiento del PNV a Herri Batasuna se realizaba a costa de un distanciamiento de sus socios de gobierno, los socialistas, que se mostraban cada día más disconformes con la evolución del partido de Xabier Arzalluz. Debates sobre Treviño, los presos o las selecciones deportivas reflejaron en el Parlamento una mayoría nacionalista, más Izquierda Unida, frente a socialistas, populares y UA. La discusión sobre la inclusión del acatamiento de la Constitución en el reglamento de la Cámara se convirtió también en otro punto de aproximación entre nacionalistas y en el detonante que provocó la salida del PSE del Gobierno, el 30 de junio.

En junio también, se ponía en marcha el Foro de Irlanda, promovido por HB, con la participación de los nacionalistas, que iba a dar lugar al Acuerdo de Lizarra tres meses más tarde. En julio, la decisión de la tregua de ETA parecía que estaba ya tomada, a falta del momento oportuno para hacerla pública. Éste se produjo apenas unos días después de la firma en Estella de una declaración que hacía oficial el proceso de acercamiento de posturas que había ido registrándose en los meses anteriores. Un comunicado hecho público el 16 de septiembre anunciaba una interrupción indefinida de las actividades de ETA, aunque a PNV y EA se les había hecho saber que la tregua no tenía tal carácter indefinido, sino que era de cuatro meses y que la prórroga quedaba condicionada a que ambas formaciones dieran pasos efectivos en el cumplimiento de los acuerdos que habían alcanzado con la organización terrorista.

En su comunicado, ETA dejaba constancia con claridad de que la tregua no era una iniciativa encaminada a avanzar hacia la paz, entendida como el abandono de la actividad terrorista, sino a fortalecer una estrategia de logros nacionalistas mediante una actuación conjunta de PNV, EA y HB. El anuncio del 16 de septiembre suponía para ETA abandonar la idea que siempre había sostenido de una negociación «final» con el Gobierno a modo de tratado de paz en el que se determinase el futuro político del País Vasco. En su lugar se optaba por una estrategia basada en la unidad de acción nacionalista encaminada a imponer a Madrid una política de hechos consumados. Por ello era a los nacionalistas a los que se exigía contrapartidas directas por la tregua, dejando de lado al

Gobierno español.

«El Gobierno español no es ni actor ni destinatario, el Gobierno francés tampoco, pero sin duda alguna, la tregua les concierne directamente», señala la propia ETA, que en noviembre pidió a Aznar el establecimiento de un «canal de comunicación permanente». Esta petición era respuesta a una declaración hecha por el Presidente el día 3 en la que anunciaba su intención de abrir contactos con ETA con el fin de «acreditar que la organización está en posición de adoptar de forma inmediata un cese definitivo de la violencia». También expresó su decisión de conducir el proceso de paz «sin intérpretes ni intermediarios».

Hasta entonces, ETA pensaba que Aznar tenía la intención de ganar tiempo y reubicarse en una situación «que le había dejado fuera de juego» y que para ello pretendía justificar «una política inmovilista» dando la sensación «de una negociación virtual». La declaración del 3 de noviembre, sin embargo, es interpretada como un cambio de actitud.

Unos días más tarde, la dirección etarra envió una carta dirigida «Al presidente del Gobierno de España» en la que se indicaba que «es interés de ETA establecer un canal de comunicación permanente e independiente de las coyunturas entre el Gobierno y nuestra Organización». «El establecimiento y el reconocimiento de un canal de comunicación permanente tienen como objetivo, para ETA, responder democráticamente al conflicto armado histórico entre Euskal Herria y España», se afirmaba en el último punto del mensaje.

La carta fue enviada a través de un intermediario, el obispo de Zamora, monseñor Juan María Uriarte, por lo que se deduce que en ese mismo mes de noviembre se estableció una vía de comunicación oficial entre el Ejecutivo y la organización terrorista. Este intermediario fue el encargado de transmitir la respuesta verbal dada por el Gobierno español a la carta de ETA en la que se aceptaba el inicio de los contactos en el lugar y la fecha que la organización terrorista estableciera. ETA se sintió muy molesta porque la respuesta del Ejecutivo careciera de cualquier «forma de oficialidad o garantía» y la manera de expresar este malestar fue una nueva carta enviada no al Gobierno, sino al intermediario. La misiva, fechada en enero de 1999, iba firmada en esta ocasión por

«la dirección de Euskadi Ta Askatasuna», a diferencia de otras cartas que aparecían suscritas por Euskadi Ta Askatasuna.

El nuevo escrito recogía en seis puntos las críticas y las exigencias que planteaba ETA:

«1.- No comprendemos que no se hayan dirigido a nosotros por escrito, como hemos hecho nosotros con ellos.

2.- No comprendemos cómo pueden hablar de discreción si no nos envían las notificaciones por escrito.

3.- Si tienen intención de poner el conflicto armado que viven Euskal Herria y el Estado español en el camino de una solución, es necesario una actitud más concreta y seria.

4.- En consecuencia, pedimos que el Gobierno español utilice al menos el mismo nivel de comunicación con nosotros que el que nosotros utilizamos con ellos. Es decir, queremos que todo lo que nos quieran decir sea enviado por escrito y firmado.

5.- No hay que ver en esta actitud una especie de formalismo artificial, sino el reflejo de la desconfianza que nos inspira la falta de seriedad del Gobierno español en contactos anteriores.

6.- Si se dan todos los pasos necesarios, existe por parte de Euskadi Ta Askatasuna una voluntad firme, determinada y seria de poner en marcha un proceso de contactos que colocaría el conflicto armado en una vía de resolución».

La respuesta gubernamental a la carta de ETA del mes de enero debió demorarse por lo menos hasta después de marzo, ya que en ese mes la organización terrorista envió un escrito a los partidos de Lizarra en el que se les informaba de los anteriores intercambios de opiniones, pero no se mencionaba la réplica a la última misiva. La respuesta, que se habría producido en abril o principios de mayo, cuando ETA ya había anunciado la prórroga de la tregua tras un debate celebrado a principios de año, consistió en un escrito firmado de manera oficial con la aceptación de los contactos y la fijación de los representantes del presidente del Gobierno. Se repetía el mensaje ya transmitido en diciembre, pero con el nivel de formalidad que requería la organización terrorista.

Una vez satisfecho el requisito que exigía ETA, esta organización dio respuesta el 16 de mayo, a través del diario *Gara*, a las exigencias públicas de nombrar sus representantes. «ETA siempre ha tenido sus representantes, los tiene ahora y los tendrá en el futuro»,

manifestaban dos encapuchados respondiendo a la interpelación hecha por Aznar cuatro meses antes.

Tras estos últimos pasos, se celebró de inmediato la reunión entre los comisionados etarras y los enviados de Aznar, Javier Zarzalejos y Ricardo Martí Fluxá. El encuentro tuvo lugar el 19 de mayo en Suiza. Por parte de ETA asistieron a la cita el jefe del *aparato político* Mikel Albizu Iriarte, *Antza*, y Belén González Peñalva.

La celebración del encuentro se mantuvo en secreto hasta que el Gobierno reconoció su existencia el 7 de junio; ETA hizo lo propio a continuación en un escueto comunicado. Ni uno ni otro proporcionaron apenas detalles de lo tratado, aunque la dirección etarra difundió entre sus militantes algunos datos sobre la reunión. En esta información la dirección de ETA indicaba que el encuentro se caracterizaba como «una reunión entre Euskal Herria y España» celebrada con el objetivo «de obtener la garantía de que el Gobierno español respetará el proceso en marcha en Euskal Herria». En este sentido, añadía que se había presentado a los representantes gubernamentales la «Alternativa Democrática» destacando que «al cabo de diez años, representantes de ETA y del Gobierno español se encontraban de nuevo frente a frente», en alusión a las conversaciones de Argel, en 1989.

La organización terrorista señalaba que el Gobierno español no había presentado ninguna propuesta concreta: «Los representantes del presidente Aznar hicieron una distinción clara entre Estado y Gobierno e, incluso, entre el presidente y el Gobierno. Apoyándose en la ley, han expresado claramente que el Estado no puede reconocer el derecho de autodeterminación a los habitantes de una parte de su territorio».

El único acuerdo de la reunión fue mantener el canal de contacto existente y «dejar la puerta abierta» para un futuro encuentro «una vez que cada parte haya hecho las reflexiones necesarias». También acordaron hacer pública la celebración de la reunión para evitar las especulaciones, pero sin crear falsas expectativas. ETA también informó de este encuentro a los firmantes del acuerdo de Estella mediante otro documento fechado en el mes de mayo.

ETA y el Gobierno habían pactado reunirse de nuevo a finales

del mes de julio. Sin embargo, el día 25 de ese mes el Ejecutivo recibió un mensaje de la organización terrorista cancelando la futura reunión. Unos días más tarde, el 1 de agosto, fue detenido en Francia Jokin Etxeberría Lagisket, que actuaba de intermediario entre el obispo Uriarte y la cúpula de etarra. Este episodio fue aprovechado por ETA como excusa para justificar la ruptura de los contactos, ruptura que se había producido días antes del arresto y que había sido precedida de una reunión con el PNV y con EA en la que estos dos partidos habían expresado serios desacuerdos con la organización.

En octubre, ETA anunció de nuevo su decisión de restablecer la comunicación, aunque nombrando como representantes a tres militantes encarcelados, José Javier Arizukuren, Josu Urrutikoetxea y José Antonio López Ruiz. Como respuesta a esta nueva postura, el Gobierno ratificó su voluntad de hablar con representantes de la dirección de ETA, lo que parecía excluir a los presos. Sin embargo, un nuevo comunicado etarra difundido el 28 de noviembre anunciaba la ruptura de las conversaciones echando el peso de la responsabilidad mayor sobre el PNV y EA por no haber aceptado íntegramente las exigencias políticas de ETA que incluían la elección de un parlamento para Euskadi, Navarra y el País Vasco francés.

Hasta el momento de la ruptura, el nivel de entendimiento entre los tres partidos se mantenía todavía alto en el apoyo a la situación de los presos de ETA. PNV y EA, al igual que Izquierda Unida, modificaron su postura favorable al acercamiento a cárceles cercanas al País Vasco por la del traslado a prisiones situadas en el País Vasco, sin explicación alguna. Además, secundaron numerosas iniciativas propuestas por HB y sus organismos afines en apoyo a los presos, hasta el punto de que en el seno del PNV y EA empezaron a aparecer posturas individuales de cargos públicos que cuestionaban la legitimidad de la acción judicial y policial, como ocurriera hasta 1985. Sin embargo, a partir del momento en que ambos partidos asumieron los puntos de vista de HB, esta formación dio un nuevo paso al frente y exigió directamente la amnistía.

El compromiso de avanzar en la unidad nacionalista se había traducido en la negociación de un costoso pacto de legislatura entre Euskal Herritarrok, nombre adoptado para sustituir al de HB, y

PNV-EA, en virtud del cual los primeros apoyaban al Gobierno de Juan José Ibarretxe. Las exigencias de un desmarque de la violencia planteadas a EH dificultaron la firma de este acuerdo durante varios meses y ocasionaron tensiones recurrentes con posterioridad.

Sin embargo, más allá de estos acuerdos y de diferentes declaraciones, las relaciones entre nacionalistas aparecían rodeadas de factores de tensión que se trasladaban al seno de cada uno de los partidos. La apuesta del Pacto de Estella y la tregua de ETA no provocaron el más mínimo aumento del peso del nacionalismo en la sociedad vasca. Las elecciones autonómicas de octubre de 1998 y las locales de junio siguiente mostraron un estancamiento, acompañado, además, de una pérdida de poder institucional de PNV y EA, a pesar, incluso, de que en junio se presentaron en coalición para defenderse del avance de EH, único partido nacionalista que gana posiciones a costa de sus socios. En las elecciones locales de 1995 de cada cien votos nacionalistas casi 73 eran para PNV-EA y el resto para HB. En las de 1999, la coalición radical obtiene 36,7 de cada cien votos, mientras PNV-EA se quedan con 63,3. El ascenso de EH era particularmente acusado en los municipios pequeños y medianos.

Los resultados de las elecciones y la estrategia ante el futuro abrían un conflicto interno en el seno de Eusko Alkartasuna que provocaba la dimisión de su secretario general. En el seno del PNV aparecían serias resistencias a seguir ampliando el pacto con EH y ello se traducía, por ejemplo, en el rechazo a coaligarse con este partido en las Diputaciones y el Ayuntamiento de Bilbao. Entre los que cuestionaban esta estrategia se encontraba el ex*lehendakari* José Antonio Ardanza. Pese a todo, la Asamblea General del PNV, celebrada en enero de 2000, ratificó la estrategia soberanista impulsada por dirigentes como Joseba Egibar. Herri Batasuna no estaba exenta de tensiones, especialmente a raíz de la puesta en libertad de los miembros de la anterior Mesa Nacional tras ser absueltos por el Tribunal Constitucional.

Los intentos de ETA y HB de forzar el marco estatutario actual provocaron las más serias tensiones con PNV y Eusko Alkartasuna. Los primeros habían propuesto la creación de la Asamblea de Electos Municipales de Euskal Herria, denominada luego Udalbiltza, entendida como «primera institución nacional vasca». La idea no

entusiasmó a los otros dos partidos, que accedieron a poner en marcha este organismo, formado en exclusiva por ediles nacionalistas, casi a regañadientes, como una concesión a HB. Sin embargo, mientras HB se esforzaba por presentar el nuevo organismo como un contrapoder que debía ser el primer paso para desbordar a las instituciones autonómicas actuales, PNV y EA, poco convencidas de la utilidad de la Asamblea, le conferían un carácter básicamente simbólico.

Además, ETA y HB, recuperando viejos tics de los referendos constitucional y estatutario, se plantearon la abstención en las elecciones generales previstas para marzo del 2000, medida que no contaba con el apoyo de PNV y EA.

Las diferencias existentes, como ya se ha mencionado, habían quedado patentes en una reunión celebrada en el mes de julio entre representantes del grupo terrorista y de PNV y EA, a la que siguió una amonestación de la organización terrorista a los dos partidos mediante un comunicado difundido en agosto. Estas diferencias se hicieron públicas y definitivas con el anuncio de la ruptura de la tregua etarra a partir del 3 de diciembre, anuncio que abría de nuevo las puertas a la incertidumbre.

La ruptura de la tregua se consumó el 21 de enero, en Madrid, donde la explosión de un coche bomba causó la muerte del teniente coronel del Ejército Pedro Antonio Blanco García. Desde el 3 de diciembre, ETA lo había intentado en dos ocasiones y en ambas las fuerzas de seguridad lograron evitarlo. Primero la Guardia Civil interceptó dos furgonetas cargadas de explosivos cuando eran trasladadas a Madrid para ser activadas. Después la policía capturó al comando *Vizcaya*, poco después de que hubiera intentado hacer estallar otro coche bomba. Nadie pudo impedir, sin embargo, la muerte del teniente coronel Blanco, que ponía fin a un periodo de dieciocho meses sin atentados mortales.

El balance del periodo abierto con la tregua de ETA tiene en su haber el largo tiempo transcurrido sin ningún atentado. En el otro plato de la balanza hay que situar la extrema polarización que se produce en la clase política, dividida en dos bloques, nacionalistas y no nacionalistas, que amenaza con poner en peligro la cohesión interna de la sociedad vasca.

Veintidós años después de que se configurara la actual ETA, el

único balance que puede ofrecer a la sociedad vasca es un reguero de sangre y de dolor, de conflictos sociales y políticos provocados o agravados por el terrorismo. La historia de ETA es la historia de una organización progresivamente debilitada, que ha cosechado un rechazo social creciente, y cuyo único éxito, y no es pequeño, es su mera supervivencia.

Epílogo

Regreso a casa. (Ayer y hoy)

> «¿Hay nada más lógico, en el orden de los sentimientos vascos, que en la deshecha tempestad que padece la raza vuelvan sus hijos a la casa solar?»
>
> Engracio de Aranzadi, *Kizkitza* (*La casa solar vasca*, 1932)

El 21 de enero del año 2000, ETA asesinaba en Madrid al teniente coronel Pedro Antonio Blanco. Ponía fin así a la tregua iniciada en septiembre de 1998 y que había dado lugar al más dilatado periodo sin atentados mortales desde 1971. La ausencia de funerales hizo posible que durante esos quince meses se anudasen fuertes lazos ideológicos y políticos entre el nacionalismo tradicional y el radical articulado en torno a ETA. El acercamiento se produjo sobre la base de una identificación compartida con los rasgos esenciales de la ideología nacionalista primitiva; mejor dicho, de la interpretación de esa ideología por la generación fundacional de ETA: el antiespañolismo sumario y la proclamación de la actualidad del objetivo independentista; de esa identificación se deduce una estrategia de frente nacional y ruptura de toda alianza con partidos no nacionalistas. El acuerdo se fraguó en paralelo al compromiso de decretar un alto el fuego por parte de ETA. Sin embargo, tras el atentado, y contra lo que habían anunciado los dirigentes del PNV y

EA, la ruptura de la tregua no fue seguida por la de relaciones entre ambos nacionalismos. De esta manera, los lazos ideológicos se vieron reforzados por vínculos mucho más siniestros, y más difíciles de romper.

Así, tras un largo rodeo que le había llevado a las inmediaciones del izquierdismo marxista, ETA regresaba al punto de partida: al nacionalismo etnicista y excluyente del integrista Sabino Arana: a la *simpleza étnica*. Volvía a la casa del padre, con la intención de desalojar al PNV y quedarse con la casa y con la causa. Que lo consiga está por ver, pero la reunificación de la comunidad nacionalista en torno a un programa antiautonomista convierte al nacionalismo democrático en su rehén. Al precio de una sociedad envilecida por el miedo y cada vez más desvertebrada, ése es el principal logro de ETA tras cuarenta años de existencia.

De los dos rasgos esenciales de su trayectoria, el antiespañolismo y el recurso a la violencia, fue el primero el más decisivo para garantizar su continuidad durante el franquismo. Pero desde mediados de los setenta fue sobre todo la identificación con los métodos violentos lo que fundó la adhesión a ETA. La contradicción entre el radicalismo de su programa independentista y el pluralismo de la sociedad vasca contemporánea condujo a tratar de imponerlo por la fuerza. Y aunque desde sus orígenes hubo en sus planteamientos un componente coactivo, fue sobre todo tras la instauración de la democracia y el autogobierno —que pusieron de relieve ese pluralismo— cuando la violencia pasó a primer plano como esencial signo de identidad.

Incluso es posible que la relación entre independentismo y violencia se haya invertido. No es ya sólo que lo forzado o irreal del objetivo empuje a adoptar métodos coactivos para imponerlo; sino que es la existencia de una organización que practica la coacción en gran escala lo que determina el rechazo de cualquier fórmula política que pueda alcanzarse sin violencia: la autonómica, por ejemplo.

I. Ayer

El 15 de noviembre de 1998, dos meses después del inicio de la

tregua, fallecía en Bilbao Federico Krutwig Sagredo. Tenía setenta y siete años, y hacía treinta y cinco que había publicado, bajo pseudónimo, *Vasconia*, su obra más conocida. Aunque pocos leyeron el libro entonces, es ya un lugar común dar por hecho que tuvo una gran influencia en la decantación de ETA hacia una estrategia violenta. En una nota necrológica aparecida en el diario *El País* el 17 de noviembre de 1998, el académico Henrique Knör resumía el contenido de *Vasconia* como un intento de «enlazar el viejo y el nuevo nacionalismo».

Viejos y nuevos nacionalistas, miembros de la generación de los años treinta y de la de los sesenta, se habían juntado pocos meses antes, el 14 de julio de 1998, en la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, de Bilbao, para despedir a Trifón Echebarría Ibarra, *Etarte*, fallecido la víspera, a los ochenta y siete años. Entre los asistentes se encontraba el escritor bilbaíno Jon Juaristi, autor de un breve artículo necrológico que aparecería el día 15 y en el que recordaba el papel de Etarte en la transmisión generacional del nacionalismo. Echebarría, escribía Juaristi, «fue el portavoz de la inquietud social del sector del nacionalismo más sensible a las reivindicaciones del movimiento obrero» y, en cuanto tal, «su influencia fue decisiva en la generación de la ETA antifranquista».

En *El bucle melancólico*, Juaristi había citado ya a Trifón Echebarría como uno de los engarces personales entre el sector independentista del nacionalismo de los años treinta, agrupado en torno al semanario *Jagi-Jagi*, y algunos miembros de la segunda generación de ETA. La de los hermanos Echebarrieta: José Antonio, el primer teorizador de la lucha armada, y su hermano menor Javier (Txabi), el primero en llevar la teoría a sus últimas consecuencias, muriendo y matando el mismo día de junio de 1968. En el prólogo a un escrito de J. A. Echebarrieta, redactado a comienzos de los sesenta y publicado como libro por primera vez en 1999, el historiador J. M. Lorenzo Espinosa —elegido en 1998 miembro de la Mesa Nacional de Herri Batasuna— considera al mayor de los hermanos el eslabón perdido entre su generación y la de los colaboradores de *Jagi-Jagi*.

Jagi-Jagi, expresión que podría traducirse como «levantaos» —y que probablemente inspiró el título que daría ETA a su principal publicación externa: *Zutik!* («¡En pie!»)—, era el nombre de la

revista de la Federación de Mendigoxales (montañeros), una de las organizaciones sectoriales del nacionalismo vasco en los años treinta. La revista abrió sus páginas al grupo disidente del PNV encabezado por Elías (*Eli*) Gallastegui, disconforme con la evolución autonomista del partido. Gallastegui, que había permanecido en el exilio entre 1925 y 1931, ya se había distinguido como principal ideólogo de la rama independentista del nacionalismo en los años (entre 1921 y 1930) en que ese movimiento estuvo dividido entre los radicales o *aberrianos* —por el nombre de su periódico, *Aberri* («Patria»)— y los *gradualistas* encabezados por Engracio de Aranzadi, *Kizkitza*, y Luis Eleizalde, y que ya en 1916 habían cambiado el nombre tradicional del partido por el de Comunión Nacionalista.

En una entrevista con Eugenio Ibarzábal publicada a fines de los setenta en la revista *Muga*, Federico Krutwig expresaba su admiración hacia Gallastegui, a quien dice considerar «superior a Sabino Arana» como ideólogo nacionalista. Lo comenta a propósito del hijo mayor de Gallastegui, Iker, a quien había conocido a su llegada a Biarritz, en 1961, y que poco antes había sido uno de los principales protagonistas de una escisión producida en la organización juvenil del PNV. Una división que afectaba tanto a cuestiones doctrinales —el rechazo del estatutismo— como a los métodos de lucha. «Todo el mundo —recordaba Krutwig— hablaba de violencia y de formar grupos armados. En aquel grupo (…) estaba Iker Gallastegi, *Gatari*, que había trabajado bastante sobre el tema y que estaba influido por el IRA».

La familia Gallastegui, instalada en San Juan de Luz desde 1958, había pasado los veinte años anteriores de exilio en Irlanda. El nombre de guerra de Iker, *Gatari*, acrónimo de su nombre en euskera: GAllastegi TAR Iker, era probablemente un homenaje más o menos consciente a su padre, que utilizaba el sobrenombre de *Gudari* («soldado»). Según Krutwig, Gatari estaba «fuertemente influenciado por las ideas de la revolución armada», pero «no sabía plasmarlas bien, y fue José Antonio Etxebarrieta, al que Iker había acogido bajo su manto, quien puso en orden y escribió las ideas de *Gatari*, introduciendo además algunas cosas de maoísmo». Y añade Krutwig: «Tanto Iker como Etxebarrieta eran disidentes de EGI [Eusko Gaztedi, Juventud Vasca, rama juvenil del PNV], y fue Iker

el primero en [concebir] la idea de tratar de lanzar comandos, en cuya preparación colaboré yo. A este fin recibimos una ayuda de mil dólares que venían de Venezuela. Tuve, por lo tanto, grandes relaciones con Iker. Aún recuerdo la multitud de horas que pasamos leyendo *La revuelta en Tierra Santa*, de Menahem Begin, libro que muy pronto se convertiría en nuestra Biblia y que nos influyó fuertemente. Los primeros comandos, por tanto, no fueron de ETA, sino que los creó gente escindida de Euzko Gaztedi». Según el testimonio de Julen Madariaga, uno de los fundadores de ETA, incluido por J. M. Lorenzo Espinosa en su edición del libro de Echebarrieta, fue Luis María Retolaza, que sería veinte años después consejero de Interior del Gobierno Vasco, quien les recomendó la lectura del libro de Begin.

Respecto al *Vasconia*, «para muchos de nosotros —escribía Knör en su necrológica de Krutwig— la parte más importante sería la de los documentos, ayunos como estábamos de información». Entre los documentos incluidos en el apéndice del libro hay un texto de *Gatari* y otro de José Luis Álvarez, *Txillardegi*, la figura intelectual más sobresaliente de la primera generación de ETA. Ambos textos corresponden probablemente a la participación de sus autores en un ciclo de conferencias celebrado en la Delegación del Gobierno Vasco en París a lo largo del año 1961 en el que también participó José Antonio Echebarrieta.

En 1961 se cumplían veinticinco años desde el inicio de la guerra civil, y también desde la constitución del Gobierno Autónomo Vasco presidido por José Antonio Aguirre. Éste había fallecido en marzo del año anterior, sustituyéndole Jesús María de Leizaola. Su vicepresidente era el periodista y antiguo diputado Francisco Javier de Landáburu. Será éste, que en 1961 tenía cincuenta y cuatro años —y varios hijos en edad juvenil—, quien organice el ciclo de conferencias en el que van a intervenir, como representantes de las generaciones posteriores a la guerra civil, Iker Gallastegui y Txillardegi. Echebarrieta lo había hecho unos meses antes. Iker, nacido en 1926, y Txillardegi, en 1929, eran bastante mayores que Echebarrieta, que en 1961 tenía veinte o veintiún años.

Sin embargo, los tres comparten rasgos generacionales, uno de los cuales es precisamente la insistencia en el tema de la necesaria

renovación generacional del nacionalismo. La versión escrita de la conferencia de Echebarrieta, publicada en un pequeño cuadernillo de treinta páginas bajo el título *Un planteamiento, un problema, una opinión*, va firmado por «Uno de la Nueva Generación». Otro rasgo común es el sentimiento agónico de lo vasco, aunque cada uno lo expresa de manera diferente, y una misma visión, maniquea y arrogante, de la situación política. El lenguaje más desgarrado es el de Iker Gallastegui: «No puede haber paz entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre la justicia y la opresión, entre la libertad y la tiranía. La guerra existirá siempre entre ellos hasta que el mal sea corregido, hasta que la verdad se imponga, hasta que sea hecha justicia, hasta que se gane la libertad. La guerra es una cosa terrible pero no es una cosa mala. Los motivos que provocan las guerras, esos sí son malos».

Pero también Txillardegi siente «vergüenza y asco» por tener que hablar en castellano, la lengua «de Franco». Para él, la urgencia de actuar es consecuencia del «peligro inminente de desaparición [de los vascos] como pueblo». La responsabilidad de evitar ese destino corresponde a los jóvenes: «El futuro de Euskadi depende más de nosotros, por la edad en último caso, que de los que hicieron la guerra y votaron el Estatuto». Se impone una adecuación a los nuevos tiempos: todo ha cambiado desde 1936 «menos la estructura de dirección del patriotismo vasco. Y eso no puede ser».

Hay, pues, una nueva generación que pide paso, que empuja casi a la anterior, pero ante la que mantiene una actitud ambivalente: por una parte hay un reconocimiento a «nuestros padres y abuelos», transmisores del «sentimiento latente de nacionalidad» (Gatari) y cuya lucha por la autonomía y comportamiento en la guerra «nos inflaman y nos hacen vibrar» (Txillardegi). Gatari cree que «nuestros antecesores fueron honestos» y que «su intención era buena»; sin embargo, «equivocaron el camino». La causa de su extravío fue haber pasado demasiado tiempo «parlamentando con los españoles», lo que les hizo perder «la comunión con la fe insobornable». Esa actitud ambivalente pero respetuosa hacia los nacionalistas de la generación anterior es perceptible también en *Zutik!*, el periódico clandestino de ETA, cuyos primeros números aparecen en 1961. En el más antiguo conservado, publicado en abril con ocasión del Aberri Eguna, hay un perfil biográfico de Leizaola,

en términos respetuosos, y un elogioso artículo sobre el pensamiento social de José Antonio Aguirre.

Pero si el mensaje del hijo de Gallastegui tiene acentos casi místicos, seguramente tiene razón Krutwig al considerar que es José Antonio Echebarrieta el más capaz de traducirlo en términos políticos. Como a Gatari o a Txillardegi, al mayor de los Echebarrieta le mueve la impaciencia porque cree saber que «otros veinte años» de dictadura «no dejan de nosotros ni el recuerdo». Entre otras cosas, porque la inmigración, que considera impulsada con fines desnacionalizadores por el franquismo, está haciendo sentir su «terrible influencia exotizadora». Los vascos deben impedir que la existencia de «núcleos de población extraños al país, sin arraigo humano», sea la base de «un nuevo Ulster alienígena en el País Vasco». El problema es «de supervivencia», y «rechazamos firmemente cuanto venga a distraernos de este hecho gravísimo, al que subordinamos el resto». Por ello, «nuestro patriotismo no es romántico, ni histórico, ni demócrata, ni ético. Puede ser todo ello [pero] puede no serlo. Nuestro patriotismo es funcional».

Hay un maquiavelismo implícito; mejor dicho, un leninismo latente: «Quien desee el fin está obligado a pasar por los medios»; el problema vasco «es político» y condicionar su solución a consideraciones «extrapolíticas (éticas, familiares, religiosas)» supone renunciar al fin; «el problema no es que nos gusten o no ciertas medidas, sino elegir entre ellas las que ofrezcan mayores y más amplios efectos».

El autor, como Gatari y Txillardegi, da por supuesto que la lucha no es contra Franco, sino contra España. Para los vascos «el problema no es sólo de estructurarse libremente en el Estado, sino el aún más profundo de en qué Estado hacerlo». Por eso, el problema vasco «late en un plano vital mucho más hondo que el de las instituciones y hombres de la dictadura» y «desborda la momentaneidad del general Franco».

Sin embargo, a la hora de argumentar el recurso a métodos radicales, de criticar la pasividad de la generación anterior o de esbozar una estrategia, la referencia fundamental es el carácter dictatorial del régimen, que hace utópica la pretensión de respetar la legalidad republicana y la política de alianzas anudada en ese marco: «La dictadura hace cesar esa lucha democrática, esa lucha de

ideas, y se organiza para defenderse por la fuerza. Resulta absurdo oponer[le] ideas. Si se alinea a un lado la fuerza pública, al otro sólo cabe la revolución del ejército, el estallido de la masa o la acción individual». Una alianza con los partidos españoles es imposible porque «son antifranquistas y nada más». También Gatari considera que tras veinticinco años de franquismo y de «no reconocimiento» de la singularidad vasca, «hoy no caben pactos con las fuerzas políticas españolas, y, por lo tanto, no caben métodos políticos y legales en nuestro país. Hoy sólo cabe (…) el camino de las armas».

Hay una cierta contradicción. La adhesión al independentismo y la legitimidad de la violencia se justifican por las características del régimen franquista, que ha liquidado la autonomía y no permite una lucha política convencional. Pero al mismo tiempo se rechaza cualquier estrategia conjunta con la oposición antifranquista, con el argumento de que «Franco no es más que un factor accidental en nuestra historia y en nuestra lucha» (Gatari). Esa contradicción estará latente en las dos primeras escisiones de ETA: la defensa de una estrategia conjunta en toda España —y por tanto de alianzas con fuerzas no nacionalistas— para acabar con la dictadura, y no la supuesta renuncia al ideal nacionalista, fue el motivo de fondo de las rupturas de ETA Berri y ETA VI en 1966 y 1970, respectivamente. El distanciamiento del nacionalismo se produjo después de la ruptura, y no antes.

Frente a la participación en cualquier alianza antifranquista, el núcleo *mili* que mantiene la continuidad de la ortodoxia defenderá una política de frente nacional, aunque con dos formulaciones: cuando ETA se sienta fuerte, ella misma (con sus derivaciones sectoriales) se considerará germen de ese frente, rechazando a los demás partidos nacionalistas como objetivamente *españoles*; cuando, a consecuencia de caídas o escisiones recientes, se sienta débil, se acogerá a la protección del PNV, pasando a considerarse a sí misma un componente, su vanguardia, del frente. En cuanto a la violencia, la forma burda de superar la contradicción tras la instauración de la democracia y la desaparición, por tanto, del argumento fundamental en favor de la lucha armada, será negar que haya habido cambio alguno; la proclamación de que se mantiene, bajo disfraz democrático, la «dictadura militar».

Durante algunos años habrá un tercer factor de diferenciación con el nacionalismo tradicional: la apelación al socialismo e incluso al marxismo. Aunque casi siempre retórica, esa referencia servirá de coartada para el abandono del terrorismo por parte de muchísimos militantes, en oleadas sucesivas. El rechazo del asesinato como método de actuación casi nunca se plantea de entrada en términos morales, sino de eficacia política; y la doctrina marxista aporta pretextos diversos para demostrar la ineficacia de la *violencia individual*: por no corresponder al nivel de conciencia actual de los trabajadores, resultar contradictoria con la movilización de masas, etc.

El núcleo *mili*, refractario a tales sutilezas, retendrá del contacto con el izquierdismo otras conclusiones: la fundamental, que la violencia será en todo caso imprescindible para alcanzar los objetivos finales (porque la burguesía —traducido: el Estado imperialista español— no renunciará voluntariamente a su dominio), por lo que no cabe una renuncia definitiva a las armas; todo lo más, una tregua revisable. Pero también, la de que el éxito político no lo miden las urnas, sino el control de la calle, y la que identifica la solución justa con la instalación del propio grupo en el poder. Esta última adquisición reforzará en ETA la tendencia de todos los grupos vanguardistas violentos a considerar que la continuidad de la propia organización, y de su dirección en particular, es un objetivo que prevalece incluso sobre los de índole programática que en su día fueron invocados para justificar el recurso a la violencia.

II. Y

El Echebarrieta casi adolescente que convive con el viejo independentista y su primogénito en el domicilio familiar de San Juan de Luz tenía, según le recuerda Iker Gallastegui en una semblanza incluida en el libro de su amigo ahora editado, una curiosidad «insaciable por el más mínimo detalle y buscaba datos e información en todos los libros y papeles que mi *aita* tenía en casa y que luego contrastaba y discutía conmigo y con *aita*».

Sobre lo que pensaba a comienzos de los años sesenta Eli

Gallastegui existe un documento de gran interés incluido por J. M. Lorenzo Espinosa en su recopilación de artículos de Gudari. Se trata de una carta al historiador nacionalista Martín de Ugalde que se supone redactada hacia 1963. En ella, Gallastegui resume los motivos de su distanciamiento definitivo del PNV oficial en los años treinta, y en particular de su oposición a la reunificación a comienzos de esa década entre los independentistas de *Aberri* y los autonomistas de Comunión. Gudari habría sido partidario de una articulación en un frente de ambas tendencias antes que de su integración en un solo partido. La fusión sin superar las divergencias le pareció «artificial» y a la larga nefasta ya que dio paso al estatutismo, planteamiento «corrosivo» que debilitó «las convicciones sobre el problema nacional y en no pocos la mística del nacionalismo». Si las divergencias no salieron entonces a relucir fue «por la euforia de aquellos días de tan brillante resurgir del nacionalismo y tan llenos de halagadoras promesas».

El libro de Echebarrieta es en buena medida un intento de reivindicación de la memoria de los aberrianos consecuentes, con los que se identifica y a los que propone como modelo para su generación. Los patriotas de los sesenta deben recuperar la tradición *abstencionista* (respecto a la política española), rompiendo con los autonomistas (o *intervencionistas*), que aceptan participar en ese marco. En 1930, las discusiones sobre si revisar o no la doctrina de Sabino Arana (especialmente su antiespañolismo radical y su confesionalismo) para adaptarla a la política que realmente se practicaba fueron solventadas mediante el expediente de mantener íntegra la ideología aranista pero considerarla compatible con «soluciones concretas» de tipo autonomista sin otra condición que la de que fueran «congruentes con la aspiración final nacionalista». Al precio de mantener la ambigüedad, la fórmula permitió conservar la unidad del partido.

III. Hoy

El 28 de noviembre de 1999 ETA anunciaba que daba por concluido el alto el fuego iniciado catorce meses antes. En su declaración, responsabilizaba a PNV y EA de ese desenlace por su tibieza en el

impulso del «proceso» [de construcción nacional], en general, y por su negativa a secundar la propuesta de convocatoria unilateral de elecciones constituyentes en el conjunto de Euskal Herria, en particular. En apoyo de su decisión, ETA desvelaba un documento que recogía el compromiso contraído en agosto de 1998, dos meses antes del inicio de la tregua, por el que PNV y EA aceptaban dar los pasos necesarios para «crear una institución con una estructura única y soberana» que comprenda a las actuales comunidades de Euskadi y Navarra y el País vasco-francés, y se obligaban a «romper con los partidos (PP y PSOE) que tienen como objetivo la construcción de España y la destrucción de Euskal Herria».

El lenguaje es en este caso un reflejo fiel de la mentalidad que preside el planteamiento. Identificar ese supuesto objetivo de «construcción de España» —algo que existe hace siglos— con el de «destrucción de Euskal Herria» es una simpleza propia de lectores de tebeos. La misma idea, con otras palabras, figura en la ponencia política aprobada en la Asamblea de Herri Batasuna de febrero de 2000. En su epígrafe 39 se habla de que «ambos Estados [el francés y el español] han actuado conjuntamente durante largos años con un solo objetivo: la desaparición y asimilación de Euskal Herria». Más adelante se asegura (epígrafe 64) que el actual marco jurídico-político —el definido por la Constitución y el Estatuto de Gernika— «tiene como objetivo la desaparición de este pueblo».

La expresión «construcción nacional de Euskal Herria» es una metáfora de significado variable e impreciso pero que ha tenido un sorprendente éxito desde los prolegómenos del acuerdo de Lizarra. En uno de los comunicados de ETA durante la tregua, difundido en febrero de 1999, se afirma que «hay que dibujar Euskal Herria y mostrarla (…), hacernos con el concepto dinámico del solar en el que se construirá Euskal Herria (…) de modo que, en su totalidad, entre poco a poco desde los ojos hasta el corazón de los ciudadanos vascos y de los de fuera». La casa, el solar, la construcción nacional. Son metáforas escolares, como de seminarista sensible, sin relación alguna con las preocupaciones de la gente corriente. Sin embargo, han pasado a convertirse en argumentos justificativos del homicidio por razones políticas.

En un libro titulado muy en línea *La construcción nacional de Euskal Herria*, su autor, un profesor de la Universidad de Deusto

llamado Josetxu Martínez Montoya, sostiene la teoría de que en estos últimos años el conflicto secular entre el pueblo vasco y España se ha planteado como el enfrentamiento entre los procesos de «construcción de dos casas, la casa vasca y la casa española, con proyectos alternativos de comunidad social, cultural y política». En una nota aclaratoria, el autor precisa que la lucha entre esos dos procesos se da hoy entre los firmantes del acuerdo de Lizarra, que «reafirman su voluntad de dar pasos para solucionar el conflicto político», y los gobiernos y partidos mayoritarios de Francia y España, que «niegan el carácter político del conflicto» y, entre otras cosas, «se niegan a reconocer que la violencia no es sino una más de las manifestaciones de un contencioso histórico sin resolver y de un déficit democrático permanentemente reproducido y sostenido por las armas y la represión».

Sin embargo, lo que habría que demostrar no es que exista una motivación política, sino que ésta es de tal naturaleza que justifica el recurso al asesinato. Además, como ha recordado recientemente el diputado Joseba Arregi, nacionalista crítico con la línea Arzalluz-Egibar, si bien es evidente que el terrorismo «ha tenido motivaciones políticas, ni se reduce a ellas, ni las que aduce son asumibles desde una perspectiva democrática liberal y desde el respeto a la pluralidad de la sociedad vasca».

El PNV (al igual que EA) negó haber suscrito el documento cuya existencia desveló ETA, alegando que en el reverso del mismo había hecho constar sus reservas. Sin embargo, la evidencia indica que los dos compromisos que recoge han sido asumidos de hecho por los nacionalistas; y la única reserva concreta señalada por Arzalluz en su respuesta a ETA se refería a los ritmos de aplicación de lo convenido, que se decidirían, dijo, «de común acuerdo [entre] los nacionalistas». No había, pues, objeción a lo esencial del contenido del texto, incluyendo la ausencia de cualquier referencia a la mitad no nacionalista de la población.

La adaptación del nacionalismo a las exigencias del mundo de ETA había aparentemente llegado todo lo lejos que era posible: congelación de la Mesa de Ajuria Enea (*demócratas contra violentos*) y constitución de un Frente Nacionalista (*patriotas contra españoles*) en torno al programa y las obsesiones de ETA/HB: autodeterminación y territorialidad; denuncia del Estatuto de

Gernika como falsa salida, y reclamación de un nuevo marco político; ruptura de los pactos institucionales con PP y PSOE y respaldo a Udalbiltza (Asamblea de electos, de base municipal).

Frente a los intentos de relativizar el significado de esa Asamblea como una especie de coordinadora transfronteriza para asuntos de interés común —fomento del euskera, etc.—, Arnaldo Otegi, cabeza visible de HB, le atribuyó el papel de núcleo impulsor de un «proceso constituyente vasco» común a los seis territorios, de acuerdo con el planteamiento de ETA. Arzalluz, por su parte, reconoció que se trataba de «una iniciativa del MLNV respaldada por el PNV para ayudarles a salir del atolladero de la violencia» y a «hacer su entrada en la política».

Una concesión; algo que no habría hecho el PNV por propia iniciativa, pero que aceptaba en aras de un objetivo deseable. Lo es intentar que el independentismo desligue la defensa de sus ideales de la práctica de la violencia, como ocurre en Cataluña, por ejemplo. El mantenimiento en la etapa democrática de esa ligazón entre independencia y violencia refleja de entrada una impotencia: el reconocimiento de que por las buenas no van a convencer a la mayoría. Pero tal vez refleja también una inercia. Hubo bastantes posibilidades, en los comienzos de la transición, de que ETA se transformase en un partido político no violento. No ocurrió por factores en gran medida azarosos. Pero es un hecho que se mantiene como organización armada, y que en estos veinte o veinticinco años se ha formado toda una madeja de intereses ligados a su permanencia. Para muchas personas, y no sólo sus dirigentes, la justificación de la existencia de ETA se ha convertido en su principal obsesión (y ocupación). A tal fin, se le atribuyen funciones taumatúrgicas, en algunos casos extremos, o, más frecuentemente, efectos políticos *sobrevenidos*.

Un ejemplo sublime de desbordamiento místico en relación a ETA era el ofrecido en un artículo firmado por J. Aguirre en la revista de los curas y excuras próximos al MLNV (*Ética, moral y MLNV*. *Herria 2000 Eliza*, número 142, 1995). El articulista sostenía que el nacimiento de ETA había sido un acontecimiento histórico liminar pero también un suceso con consecuencias privadas para él pues había hecho posible su «incorporación a la política» dándole ocasión de vivir «experiencias subjetivas inéditas, estimulantes.

Porque me he visto impregnado de la solidaridad de personas y grupos de apoyo. Porque he observado cómo surgen en mí capacidades nuevas (…), porque me encuentro vivo y me siento decidido, valeroso». Ejemplo de atribución a ETA de efectos políticos diferentes a aquellos que fueron invocados para justificar su creación durante el franquismo es el reciente descubrimiento por parte de los estrategas de que el verdadero objetivo de la lucha armada era impedir que se estabilizase el sistema autonómico, forzando al PNV a modificar su política.

En todo caso, el ensayo de integración del nacionalismo violento en la actividad política e institucional mediante concesiones del nacionalismo pacífico, ha fracasado. Todas las cesiones y gestos de apaciguamiento —incluyendo iniciativas tan insólitas como la participación del Gobierno de Ibarretxe en movilizaciones inicialmente promovidas por HB contra la detención de activistas, la tolerancia de hecho frente a la violencia callejera y hasta el cambio de lenguaje para adoptar el de los radicales— le han parecido insuficientes a la dirección de ETA, el auténtico *ámbito vasco de decisión*. Una de las imágenes más patéticas de la ruptura de la tregua fue la de Otegi diciendo que todos los políticos eran responsables de la situación por no haber sido capaces de convencer a ETA de que su regreso no resultaba necesario. Como si se tratase de un dios al que se ofrecen sacrificios para aplacar su ira.

La renuncia de HB a participar en las elecciones legislativas del 12 de marzo de 2000, sin duda para evitar que se reflejara en las urnas la decepción de los sectores que habían vuelto a votarle tras el alto el fuego, evidencia ese fracaso del PNV en el intento de integración de HB en las instituciones. Las ponencias aprobadas por esta formación en su Asamblea de febrero de 2000, indican, por lo demás, que sigue siendo escaso el margen de maniobra del brazo político respecto al militar. El nacionalismo excluyente de siempre se refuerza ahora con la obsesión *incluyente*, irredentista, respecto a Navarra y el País Vascofrancés, convertida en eje principal de su propuesta. Se considera que es «un principio democrático» indiscutible la aceptación del conjunto de Euskal Herria —territorios donde se habla o habló euskera: un concepto antropológico, no político— como único sujeto válido de decisión. Lo cual es una forma pueril de esquivar la evidencia de que la

incorporación a Euskadi de esos territorios no sólo es un asunto controvertido en la teoría, sino impugnado en la práctica por el 80 o 90 por ciento de los navarros y vasco-franceses. También se consideran requisitos imprescindibles para que la «solución sea democrática» que las «fuerzas armadas extranjeras abandonen Euskal Herria» y que «puedan participar en el proceso los presos, refugiados y deportados» de ETA; y la «desactivación» de los «instrumentos que resultan parte de los estados opresores», como el «poder judicial».

La idea de un censo vasco depurado de españoles y vascos españolizados ha sido objeto de debate en el seno de ETA. En un boletín interno del que ha extraído algunas perlas Carlos Martínez Gorriarán (para un artículo publicado en *Claves*) se sostiene que «el censo no es neutral en Euskadi. Están censadas las fuerzas opresoras, carceleros y todo tipo de alimañas que nos oprimen. En cambio, los presos (…) tienen de un modo u otro negado el derecho al voto». La conclusión es que resulta urgente elaborar pautas para definir la nacionalidad de los votantes, estableciendo que «todos los que quieran ser votantes tendrían que pedir el derecho al voto». En un artículo aparecido en el diario *Gara* el 15 de octubre de 1999 se reseña la conferencia pronunciada por un tal Gabriel Ezkurdia sobre criterios para definir el sujeto de la autodeterminación. Una de sus ideas es que el asunto es especialmente importante en Álava, donde «la diferencia entre votos *abertzales* y nacionalistas españoles es mínima» y, por otra parte, «hay varios miles de miembros de las fuerzas de Seguridad del Estado», por lo que «es muy importante definir quiénes pueden votar y quiénes no».

A la luz de tales elucubraciones, resultan bastante dudosos los avances en la integración de HB en las instituciones y su aceptación de las reglas de juego democráticas. En la ponencia política aprobada en su Asamblea de febrero se advierte (epígrafe 215) que «hemos de dejar bien claro que no vamos a participar en un gobierno que refleja la partición (el de Gazteiz [Vitoria])»; y la presencia en las Diputaciones se condiciona a «la apuesta por la territorialidad».

Esa actitud es inseparable de la incapacidad de HB para desplegar una política no condicionada por las opciones esenciales de ETA. Entre ellas, la de permanecer indefinidamente en el

escenario. Porque la ruptura del alto el fuego es también un reflejo del vértigo que ha cegado a ETA siempre que se han abierto posibilidades de una salida del círculo de la violencia. Una vez decretada la tregua, y a medida que se alejaba el recuerdo de los últimos atentados, la población tendía a interpretar la paz como algo ya dado y por cuya consecución no había, por tanto, que pagar compensaciones. Seguramente la ruptura del alto el fuego, adelantada por indicios como el ultimátum exigiendo al Gobierno una negociación en términos imposibles, fue también una forma de recordatorio por parte de ETA de que no se había ido; y de reafirmación de su autoridad sobre los Otegi y compañía.

El intento de integración de ETA y su brazo político había sido puesto en marcha por el PNV tras la conmoción de Ermua. Esa movilización, en julio de 1997, había dado verosimilitud a un temor que su portavoz, Joseba Egibar, había expresado dos años antes: el de que se produjera un enfrentamiento entre nacionalistas pacíficos y nacionalistas violentos. Esa posibilidad había venido fraguándose desde que el mundo de ETA había decidido incluir a la Ertzaintza, por una parte, y a las sedes y bienes de los militantes nacionalistas, por otra, entre los objetivos de sus comandos y grupos de acción callejera.

Ermua hizo reales los fantasmas del PNV en un momento en que era ya evidente su fracaso como artífice de la pacificación: no había sido capaz de vencer a ETA mediante la asunción por la policía autonómica de plenas competencias en materia de seguridad; y tampoco de convencerla de que abandonara la lucha armada una vez garantizado un amplio autogobierno gestionado por nacionalistas. La conclusión de Egibar, y a la larga de toda la dirección nacionalista, fue que había que llegar a un acuerdo con ETA *como fuera*: a cualquier precio. El precio fue el pacto con ETA que se plasmaría en Lizarra: adhesión al programa soberanista a cambio de una tregua de cuatro meses, ampliable según cuál fuera el comportamiento del PNV y EA. Pero no es un precio que paguen los nacionalistas, sino que ellos hacen pagar a quienes no lo son. Una de las mentiras más sangrantes de las muchas que han envilecido la política vasca en los últimos años es la de que ha sido el PNV quien ha «arriesgado» en aras de la paz. Lo que ofrece es la renuncia de los que no son nacionalistas, que se verían obligados a

actuar como si lo fueran, avalando el programa máximo nacionalista de superación del marco actual en una perspectiva independentista. El chantaje que se hace al PNV no es que, si incumple, ETA desatará la violencia contra sus filas, sino contra el enemigo común, los españoles y vascos españolizados; es decir, que hará recaer sobre ellos la sangre de los otros: que les convertirá en sus cómplices.

Esa perversión moral sólo es posible desde una ideología que se considera con derecho a excluir de la comunidad civil a parte de la población. La renuncia a los planteamientos racistas de Arana ha resultado compatible con el mantenimiento de criterios de segregación entre los ciudadanos por motivos ideológicos. De la famosa entrevista de Arzalluz con Iñaki Gabilondo (reproducida en *El País* el 14-12-99) se resaltó su arriesgada apuesta por una independencia sostenida por el 51 por ciento frente al 49 por ciento. Pero lo más sorprendente es lo que dijo a continuación: «Tenga usted en cuenta que también aquí puede haber gente de nacionalidad vasca y de nacionalidad española, y convivir perfectamente. Simplemente, que unos votarían en las elecciones españolas y otros votarían en las vascas». Ocho décadas de evolución del movimiento fundado por Sabino Arana hacia el reconocimiento del pluralismo interno de la sociedad vasca, y de la existencia en su seno de identidades no excluyentes, son liquidadas de un plumazo. No hay sitio para esa mayoría que no considera incompatible su condición de vascos con la de españoles. A estos últimos se les dejará votar en las elecciones españolas; por correo, o en los consulados: como los turcos de Alemania. Hipótesis en absoluto descartable según se desprende de otra perla de las descubiertas por C. M. Gorriarán en el boletín interno de ETA, *Zutabe*: «Nuestro objetivo tendría que ser el siguiente: en Euskal Herria no se hacen elecciones españolas. Los ciudadanos españoles tendrían que votar en sus consulados».

El fracaso no significa que no se debiera de haber intentado aprovechar la situación creada por el periodo de alto el fuego. Por una parte, porque es probable que los propios terroristas dudasen sobre el camino a seguir: así ha ocurrido en Irlanda, por ejemplo. Por otra, porque con independencia de las intenciones, la ausencia de violencia crea dinámicas propias objetivamente favorables a la

paz. Pero la experiencia de estos meses parece dar la razón a quienes sostuvieron que el planteamiento de *paz a cualquier precio* no sólo es injusto, sino que, además, no conduce a la paz. Por el contrario, para que ETA desista tendrá antes que convencerse de que no hay ninguna posibilidad de obtener beneficios políticos de la violencia; de que todo lo que puede esperar es un arreglo en términos de *paz por presos*. Y para que HB se sume a los partidos democráticos en la exigencia de autodisolución de ETA, sus miembros deben comprobar que hay incompatibilidad entre sus intereses —influencia política, acceso a las instituciones, respetabilidad social— y la permanencia de la violencia de ETA y de la coacción de la *kale borroka*.

En ese sentido, tal vez haya sido necesario pasar por la experiencia fallida de la oportunidad de la tregua para que ETA compruebe que ni siquiera en las condiciones extremas de chantaje planteadas va a ceder el Estado democrático a sus exigencias. La experiencia también era necesaria para que el PNV comprobase que incluso cediendo al límite —y es difícil imaginar qué más podría haber ofrecido el nacionalismo democrático—, ETA no va a desistir de seguir condicionando las decisiones de los ciudadanos mientras vea que a más presión, más cesión. Una tercera experiencia necesaria habría sido que HB comprobase que no recibe el mismo trato con atentados que con tregua, ni siquiera de los partidos nacionalistas democráticos; pero éstos han actuado más como lo primero que como lo segundo y han desistido de romper el frente forjado durante la tregua. Con ello unen en buena medida su destino al de ETA.

La hipótesis más negativa, pero no del todo descartable, es que ni siquiera tras una ofensiva terrorista como las de antes de la tregua rompa el PNV su vinculación con ETA y HB. En ese caso, las relaciones ideológicas entre ambos nacionalismos se interiorizarían por ambas partes como complicidad recíproca. Ésa sería la única victoria de ETA: haber devuelto al nacionalismo vasco al primitivismo del que había salido, y establecer con él lazos de sangre. El largo rodeo habría concluido en el punto de partida.

Obras de los autores relacionadas con la historia de ETA y el nacionalismo vasco

GARMENDIA, José María, *Historia de ETA*, 2 vols., Haranburu editor, San Sebastián, 1979 y 1980.

DOMÍNGUEZ, Florencio, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1998.

—, *De la negociación a la tregua. ¿El final de ETA?*, Taurus, Madrid, 1998.

ELORZA, Antonio, *Ideologías del nacionalismo vasco (1836-1937),* Haranburu, San Sebastián, 1978.

—, *La religión política*, Haranburu, San Sebastián, 1995. (Versión italiana ampliada *La religione política*, Editori riuniti, Roma, 1996).

JÁUREGUI, Gurutz, *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Siglo XXI, Madrid, 1981 (2.ª edición 1985).

—, *Contra el Estado-Nación. En torno al hecho y la cuestión nacional*, Siglo XXI, Madrid, 1986 (2.ª edición 1988).

—, *Entre la tragedia y la esperanza. Vasconia ante el nuevo milenio*, Ariel, Barcelona, 1996 (2.ª edición 1997).

—, *Los nacionalismos minoritarios y la Unión Europea. ¿Utopía o Ucronia?*, Ariel, Barcelona, 1997.

UNZUETA, Patxo, *Los nietos de la ira. Nacionalismo y violencia en el País Vasco*, El País-Aguilar, Madrid, 1988.

Otras lecturas

ALCEDO, Miren, *Militar en ETA*, Haranburu, San Sebastián, s. a. 1996.

AULESTIA, Kepa, *Días de viento sur. La violencia en Euskadi*, Antártida-Empuries, Barcelona, 1993.

—, *HB. Crónica de un delirio*, Ediciones Temas de Hoy. Madrid, 1998.

CALLEJA, José María, *Contra la barbarie*, Temas de Hoy, 1997, Madrid.

IBARRA GÜELL, Pedro, *La evolución estratégica de ETA (1963-1987),* Kriselu, San Sebastián, 1987.

LETAMENDÍA, Fracisco, *Historia del nacionalismo vasco y de ETA*, R&B ediciones, San Sebastián, 1994.

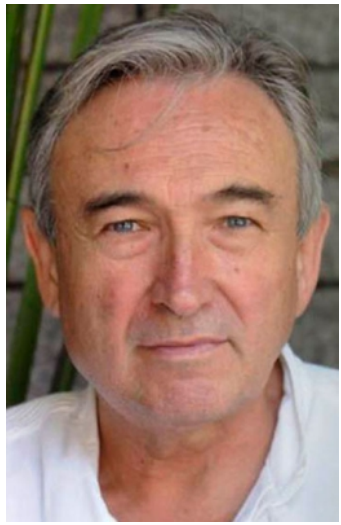
MORÁN, Gregorio, *Los españoles que dejaron de serlo. Euskadi, 1937-1981*, Planeta, Barcelona, 1982.

MORÁN BLANCO, Sagrario, *ETA entre España y Francia*, Universidad Complutense, Madrid, 1997.

SHABAD, Goldie, y Francisco José LLERA, «Political Violence in a Democratic State: Basque Terrorism in Spain», en Martha Grenshaw, ed., *Terrorism in Context*, Pennsylvania State University Press, 1995, pp. 410-469.

SULLIVAN, John, *ETA and Basque Nationalism*, Londres, 1988.

VVAA, *Documentos* Y, Hordago, San Sebastián, 1979.



ANTONIO ELORZA es catedrático de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor visitante en las universidades de Turín, París X-Nanterre, Borgoña y en la École des Hautes Études en Ciencies Sociales. Dirigió entre 1977 y 1992 la revista *Estudios de Historia Social*. En la actualidad es miembro de los consejos de redacción de *Passato e Presente* y de *Le Mouvement Social*. Ha colaborado en *Triunfo, Revista de Occidente, Saioak, El País*… Entre sus libros figuran *Ideologías del nacionalismo vasco* (1978), *Socialismo utópico español* (1970), *La religión política* (1995), *La formación del PSOE* (con Michel Ralle, 1989) y *Queridos camaradas* (con Marta Bizcarrondo, 1999).

JOSÉ MARÍA GARMENDIA URDANGARÍN es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco. Entre sus obras destacan *Historia de ETA, Ideologiak eta migimendu politikoak Bergaran, La guerra civil en el País Vasco. Política y economía y La posguerra en el País Vasco. Política, acumulación y miseria*, las dos últimas escritas en colaboración con el también catedrático de Historia Contemporánea Manuel González Portilla.

GURUTZ JÁUREGUI es catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad del País Vasco. Ha sido vicerrector de la Universidad del País Vasco, decano de la Facultad de Derecho, y director de su

Departamento de Derecho Constitucional y Administrativo. También ha sido consultor científico de las Naciones Unidas (UNRISD) en materia de resolución de conflictos étnicos. Es autor de una decena de libros entre los que destacan *Ideología y estrategia política de ETA* (1981), *Contra el Estado Nación* (1986), *La Nación y el Estado nacional en el umbral del nuevo siglo* (1990), *Decline of the Nation-State* (1994), *La democracia en la encrucijada* (1994), *Entre la tragedia y la esperanza. Vasconia ante el nuevo milenio* (1996) y *Los nacionalismos minoritarios y la Unión Europea* (1997).

FLORENCIO DOMÍNGUEZ IRIBARREN, doctor en Comunicación Pública por la Universidad de Navarra, es redactor jefe de la Agencia Vasco Press y autor de *ETA: estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992* (1998) y *De la negociación a la tregua ¿el final de ETA?* (1998).